

NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY
LIBRARY

B. PÉREZ GALDÓS
EPISODIOS NACIONALES
SERIE FINAL

ESPAÑA SIN REY

3.000



MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1908

PQ 6555 . F1 1908 L.V. 1-2

EST. TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Carrera de San Francisco, 4.

ESPAÑA SIN REY

I

Faltóme tiempo y espacio para referiros un suceso doloroso acaecido en la familia de Santiago Ibero. Si me dais licencia, emplearé mis ocios en adobar ésta y otras historias particulares anotadas en la cuenta de los años 1869 y siguientes, las cuales á mi entender no deben perderse en el sumidero del olvido, á donde paran muchas historias públicas pregonadas y trompeteadas por esa gran voceadora que llamamos *la Gaceta*. Los íntimos enredos y lances entre personas, que no aspiraron al juicio de la posteridad, son ramas del mismo árbol que da la madera histórica con que armamos el aparato de la vida externa de los pueblos, de sus príncipes, alteraciones, estatutos, guerras y paces. Con una y otra madera, acopladas lo mejor que se pueda, levantamos el alto andamiaje desde donde vemos en luminosa perspectiva el alma, cuerpo y humores de una nación... Por lo expuesto, y algo más

que callo, pedida la licencia, ó tomada si no me la dieran, voy á referir hechos particulares ó comunes que llevaron en sus entrañas el mismo embrión de los hechos colectivos. El caso es éste:

Primogénito de Santiago Ibero y de Gracia (la niña segunda de Castro-Amézaga), fué aquel ambicioso y desengañado joven, cuyas andanzas á tiempo se relataron. Siguióle en el orden de sucesión Demetria Fernanda, nacida el 45, y el 47 vino al mundo Fernandito Demetrio. Por un caso de trasposición harto común en el habla doméstica, los segundos nombres de la niña y su hermanito pasaron á primeros, quedando así confirmados por el uso para toda la vida. No bien cumplidos los veintitrés años, era Fernanda una moza de opulenta hermosura, flor de la ibérica raza, traslado y reproducción femenina de su padre, de quien tenía los ojos negros y la mirada quemadora, la riqueza sanguínea, el cuerpo espigado, el andar resuelto, la terquedad aragonesa batida en el yunque riojano. Era de ventajosa talla; en las anchuras moderada, en las delgadeces recogida; la tez morenita, la boca no pequeña, roja y dulcísima. En el regazo moral de su madre y su tía Demetria, aprendió Fernanda todas las virtudes, y se revisitó de aquella honestidad y comedimiento que tan bien cuadraban á su linaje por ambas ramas. La tenacidad de su carácter, la espiritual fuerza polarizada en dirección del bien, existían envueltas en capitas de dul-

ce modestia, semejantes á las túnicas delicadas que protegen á ciertos frutos en formación.

La vida provinciana, casi lugareña, fomentaba en Fernanda un estado psicológico de puro desarrollo interno. Ni los padres habían pensado en casarla, ni anduvo ella en tanteos candorosos de novios ó pretendientes, como es ley de vida en toda juventud, aun las mejor nacidas, sin que por ello se empañe su pureza. Mostrábase con los jovenzuelos graciosamente esquiva; teníanla algunos por orgullosa ó encopetada, de éstas que se reservan y custodian en espera de un partido principesco, y cuando vuelven de su encanto se encuentran aderezando trapitos para vestir al Niño Jesús. Gustaba Fernanda de componerse y acicalarse con toda la elegancia posible, según las modas que á La Guardia llegaban perezosas; su presunción, encerrada escrupulosamente en la medida de la modestia, se producía dentro de los cánones de un gusto exquisito.

Amaba también la niña de Ibero el teatro, la sociedad, el baile decoroso, y por esto los amantes padres, atentos á dar gusto á una hija tan buena, pasaban en Vitoria dos ó tres meses de invierno para presentarla en lo que socialmente llamamos *el mundo*, darle el goce de las representaciones escénicas por buenos cómicos, y alegrar su venturosa y lozana juventud. Completaban estas expansiones, en cierto modo educativas,

las escapadas á Burdeos, en verano, con sus tíos Demetria y Calpena. En Royan pasó Fernanda semanas alegres de Agosto en medio de una risueña sociedad de veraneantes. Allí, y en la gran ciudad girondina, se soltó en el francés, practicando lo poquito que sabía; dominó el acento y las fórmulas elementales de la conversación; perfiló su natural elegancia, corrigiendo la rigidez de modales y el hablar reducido y dengoso de las señoritas de pueblo.

A su fin corría con paso incierto el año 68, atropellando sus días inquietos entre clamorosas disputas. Habíamos hecho una revolución con el instrumento naval y militar, trayendo después al pueblo á que la confirmara, y apenas cogieron los nuevos estadistas el manubrio de gobernar, saltó la cuestión batallona: si quitado el Trono debíamos poner otro, ó constituirnos en República. Y los españoles se encendieron en porfías y altercados sin fin. La oratoria, que había sido achaque de algunos escogidos habladores, se hizo manía epidémica, y hombres, mujeres y aun chiquillos, salieron perorando á cántaros, cada cual según su tema ó sus humores. Los más fríos argumentaban así: "Pero, hombre, no es poco trabajo carpintear ahora un trono con las astillas del que acabamos de romper." Y esta discusión primaria pronto había de ramificarse en variedad de peloterías. Los republicanos despotricarían sobre si la República debía llevar penacho unitario, federal

ó mixto, y los monárquicos andarían á la greña por si encasquetaban la corona en ésta ó en la otra cabeza.

A principios de Diciembre, el Gobierno llamó á Cortes Constituyentes, fijando los días de las elecciones y de la apertura de la gran Asamblea en que se había de desescombrar á España, y enderezar lo caído, y poner mano en las nuevas construcciones planeadas por los revolucionarios. Y allí fué el correr los candidatos á sus casillas electorales, y el remover en ellas voluntades y opiniones, soltando la catarata de sus discursos. El ardor sectario en algunas localidades, la intriga y los amaños de amistad en otras, la tutela oficial en casi todas, iniciaron la campaña, tempestad ruidosa y fulgurante.

Pues Señor... la nube electoral descargó en La Guardia un candidato joven, de sonoro nombre y extraordinarios atractivos personales. Era don Juan de Urríes y Ponce de León, andaluz segundón de la casa noble de Ben Alfí. Llevaba una expresiva carta de Ságasta para Santiago Ibero, en la cual, después de enaltecer la caballeridad y el patriotismo del ilustre candidato, se indicaba que el Gobierno Provisional le vería con gusto representando en las Cortes Constituyentes la circunscripción de... (No aparece claro en los apuntes recogidos para esta historieta si la provincia agraciada con tan esclarecido candidato era Burgos, Alava ó Logroño. Lo mismo da.) Cartas llevaba tam-

bién de Olózaga para los pudientes de Oyón y Treviño; otras, que había de entregar en Vitoria, para ilustres canónigos y respetables veteranos del carlismo. Según decía Sagasta á su amigo Ibero, el gallardo joven no tenía ya cabimento en ninguna casilla electoral de su tierra, pues la que estaba vinculada en la familia Ben Alí la representaría el Conde de este título, hermano mayor del don Juan de Urríes. Seguía éste las banderas de la fracción ó estamento unionista, compuesto de graves y aprovechadas personas. ¡Y tan aprovechadas! Como que sin ellas nunca se habría hecho la Revolución.

Por de contado, Ibero aposentó en su casa y agasajó cumplidamente al señor de Urríes, caballero de acabada hermosura varonil, años veintisiete, soberbia estampa, realizada por un hablar fácil y gracioso, que era el encanto de cuantos le oían. Muy honrados se consideraron Ibero y Gracia con tal huésped. Don Juan respiraba nobleza, elegancia; su traje y modales eran la misma distinción; sus pensamientos, expresados con exquisito donaire, revelaban un alma tan selecta como sus corbatas, y sentimientos primorosos, bien limpios y esmeradamente planchados. Aconteció que la visita de Urríes coincidía con la época en que los Iberos se trasladaban á Vitoria á cuarteles de invierno. Como el candidato había de seguir el mismo derrotero, no hubo necesidad de alterar planes, y allá se fueron todos. Demetria y su esposo don Fernando Calpena

estaban á la sazón en Madrid con sus hijos.

Aunque los Iberos tenían casa propia en Vitoria, creyérase, por lo mucho que lo frecuentaban, que vivían en el palaciote de los Marqueses de Gauna, parientes de Gracia por doña María Tirgo y el cura Navarridas, ya difuntos, parientes de Ibero por los Barandas y Pipaones... No vendrán ahora mai cuatro pinceladas descriptivas de la casa de Gauna y de sus moradores en aquellos años, gente de atildada bondad y llaneza no incompatibles con el rancio abolengo. Casos notables de longevidad ilustraban aquella mansión, descollando en ella el añoso don Alonso Landazuri, Marqués de Gauna, del hábito de Santiago, que á su título añadía esta pomposa coleta: *Juez Superintendente de Arcas y Tesoros de Encomiendas vacantes y Medias annatas*. Llevaba á cuestras noventa y seis inviernos, y aún tenía cuerda para un rato. Seguíanle en la serie cronológica otros vejestorios disecados y señoras embalsamadas: don Tirso Pipaón, sobrino del Marqués, fraile exclaustrado que había sido *Provincial de la Orden de Predicadores de Alcarria y tierra de Toledo, supra Tagum*; doña Manuela Tirgo y Sureda, viuda de un alto funcionario de la corte de Oñate; otra momia nombrada doña Rita de Landazuri, solterona, hija del Marqués; don Wifredo de Romarate, sobrino de Gauna, *Bailío de Nueve Villas en la Militar Orden de San Juan de Jerusalén*. Completaban la lista dos clérigos: el uno, *ex-Capellán del*

Hospital de Convalecencia de Unciones; el otro, ex-Canónigo cuarto de optación en la insigne Iglesia Colegial de Santo Domingo de la Calzada, después Canónigo entero en la de Logroño.

En este museo de antigüedades destacábanse con juvenil colorido los presuntos Marqueses de Gauna: él, don Luis de Trapineto, nieto del casi centenario don Alonso; ella, doña María Erro Sureda y Arias Teijeiro, que por los cuatro costados de su nombre declaraba su sangre carlista. Ambos eran agradables, hablaban y casi pensaban á la moderna. Tenían dos hijas muy monas, la mayor de la edad de Fernanda, sencillitas, inocentes, menos bellas y más provincianas que su amiga, y dos chicos adolescentes que estudiaban en el Instituto. Esta generación alegraba la casa holgona y feudal, enclavada en la ciudad antigua entre las calles de Zapatería y Herrería. Las familias de Trapineto y de Ibero eran la vida y el color en medio de aquel ennegrecido retablo de *ricos omes, fijosdalgo*, dueñas *acecinadas* y reverendos eclesiásticos curados al incienso.

Viejos y jóvenes acogieron al caballero Urries con deferencia y noble agasajo. Harto sabía él, consumado artista social, adaptarse á todos los medios; en la masa de la sangre tenía la facultad de asimilación, y en su labia flexible y chispeante un arsenal inagotable de recursos persuasivos. Conversando se llevaba de calle á todo el mundo;

su dicción derramaba sin tasa la sal andaluza, sin ceceo, por haberse criado en Madrid. Entendía de linajes y entronques nobiliarios; de costumbres, modas y estilos de elegancia; usaba la sátira con donaire, la crítica con apariencias de buen sentido: el gracejo de los chascarrillos que contaba hacía desternillar de risa á las momias del palacio de Gauna; el propio don Alonso se estremecía riendo con muecas de ultratumba.

A los primores de la cháchara jovial añadía don Juan de Urríes el don singularísimo de impresionar á las mujeres con tonos y conceptos de fácil entrada en el corazón de ellas... Ya se adivina el resto... y es que con sólo unos pocos días de trato en La Guardia y otros tantos en Vitoria, quedó Fernandita intensamente enamorada del don Juan, y llegó á prender en ella el fuego de amor con tal furia, que pronto fué incendio imposible de apagar. Ni ella trataba de sofocarlo; antes bien dejábalo crecer, dejábalo crepitar, echando en la hoguera toda su alma inocente.

El galán, vista la facilidad de su conquista, procedía con las formas pulcras del que ante todo anhela conservar su opinión y timbres externos de caballero. Buen cuidado tuvo de no salirse ni una línea del campo de la corrección: sagaz calador del corazón femenino, entendía que era imposible llevar su conquista por caminos apartados de la pura honestidad. Con toda su pasión y ciego delirio, Fernanda no le habría segui-

do. Podían mucho en ella la educación, los ejemplos de su familia y el carácter rígido de su padre. El don Juan supo enarbolar desde los primeros arrullos la bandera de matrimonio, pues si así no lo hiciera, la niña se habría llamado á engaño, dándose á la muerte antes que á la deshonra. No tardaron los padres en hacerse cargo; que la comunicación por miradas, actitudes ú otros espacios del alma, llegó pronto al punto en que el secreto se vende á sí mismo. Padres y amigos tuvieron por venturoso el hallazgo de un porvenir... Quedaba la tramitación del novlazgo hasta la petición y las nupcias, enesta que los enamorados suben con bríncos de impaciencia y los mirones bostezando. Así es la vida: bríncos aquí, bostezos allá.

Desde que la violentísima ráfaga de amor arrebató el alma de Fernanda, ésta no tenía sosiego: la extremada felicidad le dolía, y las risueñas esperanzas la punzaban. Era como una protesta de la naturaleza humana contra la irrupción insolente del bien. Recordaba el dicho eclesiástico de que hemos nacido para sufrir, no para gozar. Se impacientaba por llegar al fin, á la solución de lo que tenía siempre, á pesar de la indudable formalidad del caballero, el ceño del enigma. A ratos tenía morirse antes de casarse, que muriese don Juan, ó que un espantoso cataclismo hundiera en abismos de fuego á toda la humanidad. Y á ratos su felicidad se reclinaba en la confianza, y de todo su sér despedía torrentes de luz.

¡Cuántas veces, paseando por el campo con el galán, la hija mayor de Trapinedo y el cura don Tirso Pipaón, creía Fernanda que no pisaba el suelo, sino una nube convertida en alfombra; que todas las cosas visibles eran bellas, que las alturas de Gorbea podían alcanzarse con la mano, que las coles sonreían y los árboles secos cantaban al paso del viento por entre las ramas ateridas! Los burros cargados de leña ó de ladrillos eran guapísimos, los grajos parleros, las ranas elocuentes, y los rastros de la tierra encharcada pensiles cubiertos de flores. Los ojos negros de la señorita enamorada devolvían á la Naturaleza el amor que de ésta recibía, y apenas devuelto lo tomaba de nuevo. Con este ir y venir, las miradas fulgentes de la niña de Ibero encendían el cielo, abrasaban la tierra, y derretían la nieve que en aquella cruda estación blanqueaba las alturas.

II

Unos días á caballo, otros en coche, salía el galán á sus correrías electorales, visitando pueblos, alentando á los amigos y desarmando á los contrarios con urbanidad melosa. Aquí derramaba obsequios en especie ó moneda, allá dejaba caer amenazas, y en todas partes prometía lo que no lograra cumplir si mil años viviera. Total, que triun-

fó, y quedaron los electores tan satisfechos como si hubieran encontrado la piedra filosofal. Trabajo le costó á don Juan cortar las ligaduras de amor para irse á Madrid, á donde le llamaban sus deberes de hombre público y constituyente; y al fin, dado el último tirón que á él le dolió mucho y á Fernanda más, partió días antes del 11 de Febrero, señalado para la apertura de las Cortes.

La novia era de las que no sin dificultad se consuelan consumiendo la propia idealidad. Al quedarse sola, levantaba castillos imaginarios, torres de proyectos más altas que la de Babel, y entre estas torres y castillos tendía cables y columpios en los cuales mentalmente se balanceaba. Era de ver cómo entre un aleteo de sus negras pestañas, surgían los días futuros matizados de vivos colores. En la intimidad del pensamiento, Fernanda preveía lo moral y lo físico. Su marido era muy bueno, y además eficaz marido. Por consiguiente, ella tendría hijos, los cuales de seguro habían de ser guapos, inteligentes, tan buenos como su padre. Este ocuparía elevados puestos, ministro, embajador, y aunque la soñadora no se pagaba de vanidades, veía con gusto el encumbramiento del jefe de la familia por el honor que de ello había de recibir toda la descendencia... Meciéndose en su columpio, Fernandita se miraba al espejo de un remoto porvenir, y en él se veía risueña, grave, bella en sus años maduros, los negros cabellos ya neva-

dos... En tal estado, Fernanda acariciaba á sus nietos...

Desde Madrid continuaba el galán constituyente alimentando con cartas la hoguera de amor. A Fernanda prolijamente escribía, llenando el papel de cariñosos melindres que no perdían su valor por repetidos y vulgares. Pudo notar la señorita que su caballero era menos inspirado escribiendo que hablando. Ella plumeaba mejor que él, y solía *poner* cosas que á nadie se le habían ocurrido antes. Vaya de muestra: "Estoy celosísima de las Cortes, que me parecen unas jamonas habladoras y emperifolladas.", "Dices que vais á hacer una Constitución. Por Dios, no te metas en eso... En todo caso, coge una de las viejas, y con algún garabatito aquí y otro allá, la presentas como nueva. Me ha contado mi madre que el famoso caballero don Beltrán de Urdaneta, cuando ya chocheaba, no tenía más entretenimiento que hacer constituciones. Todas las noches escribía una, y al día siguiente hacía con ella pajaritas.."

A Ibero también escribía Urríes de vez en cuando, informándole del curso de la política. Divagaba, hinchaba las noticias, y se ponía furioso siempre que mentaba á los republicanos. "Esos majaderos están comprometiendo la Revolución con sus exageraciones... En Cádiz, el Puerto, como antes en Málaga y Antequera, se suceden las escenas *vandálicas*... Me ha dicho el Duque de la Torre que no hay más rey *viable* que

Montpensier. Urge restablecer la Monarquía para que los *vándalos* del republicanismo se encuentren con la horma de su zapato.„ El hombre de inagotables gracias en la conversación, no sabía salir, escribiendo, del círculo tonto en que están contenidas todas las vulgaridades del pensamiento.

A principios de Marzo volviéronse los Iberos á La Guardia, y á los pocos días de estar allí tuvieron de huésped á uno de los *ricos omes* ó *fijosdalgo* que decoraban la casa de Gauna, Frey don Wifredo de Romarate y Trapinedo, que en sus tarjetas ponía sobre el nombre un casco rematado de plumas, y debajo este título insigne y pomposo: *Bailío de Nueve Villas en la Real y Militar Orden de San Juan de Jerusalén...* Era un caballero cincuentón, de corta talla y tiesura ceremoniosa, pulcro, remilgado, afeitadito, espejo de la buena crianza y diccionario vivo de las palabras finas y cortesés. Cifrabá su orgullo en pertenecer á una de las Ordenes de caballería más ilustres, y nada le halagaba como que le llamaran *señor Bailío*, aunque todos ignorasen el significado de la palabreja... Pues como digo, aparecióse inopinadamente en La Guardia el señor don Wifredo, y Santiago Ibero le tuvo en su casa los días que empleó el Bailío en despachar sus menesteres en la villa. (Aquí un paréntesis para decir que Romarate trató siempre á Fernanda con las más exquisitas atenciones y los rendimientos más refinados. Era como un caballero *servente*, que á la dama

obsequiaba y asistía, sin traspasar nunca la línea que separa el cortesano respeto del melindre amoroso.

De La Guardia fué don Wifredo á Ceniceró y Logroño; siguió después á Viana, y de aquí á Estella. A las tres semanas de su partida se le vió aparecer de nuevo en La Guardia por el camino de Oyón, acompañado de otros dos caballeros, que así los llamamos porque venían en sendas mulas, no por su aspecto, que era como de clérigos vestidos de paisano. Aposentáronse en la casa de Crispijana, dando excusas á Ibero por no aceptar su hospitalidad. Los dos sujetos que con el Bailío viajaban, no podían encubrir su carácter eclesiástico. No eran viejos, no tenían aire juvenil; antes bien revelaban el cansancio de las naturalezas consumidas por el sedentarismo y el estudio de esas materias abstrusas, que lo mismo dan de sí sabidas que ignoradas. Uno de ellos era endeble, medio cegato, con anteojos de una convexidad extremada; el otro hablaba con acento extranjero, picando en todos los asuntos sin eludir los mundanos. Cuando fueron á visitar á Santiago, el Bailío presentó al primero diciendo que era un afamado teólogo; al nombre del otro agregó una retahíla de conocimientos: Historia, Matemáticas, Lenguas orientales, Geografía. Era incansable viajero. Acababa de llegar del Japón, y después de recorrer *la España*, se embarcaría para el Perú.

El amigo Ibero no necesitó preguntar á

Romarate el móvil de tales viajatas. Al punto le dió en la nariz el tufo carlista: como hombre de corazón abierto, lo dijo claramente á los tres señores en la segunda visita que le hicieron; y como añadiese algunas palabras de asombro por la impavidez y ningún sigilo con que los tradicionalistas andariegos llevaban su negocio, replicó el teólogo: "Nos acogemos á los derechos individuales que proclama la Constitución nueva: *Libertad igual para todos*, señor don Santiago, *porque si no, no es tal libertad*... Permítame usted que me ría un poco de la candidez de los señores de la *España con honra*.

—Está bien—dijo Ibero.—Pero la Constitución no se ha promulgado, no rige todavía.

—Para nosotros como si rigiera—agregó el Bailío sonriente, echando atrás la cabeza con airecillo de autoridad dogmática.—Y no dude usted que estamos agradecidos á la *España con honra* por la generosa concesión de esos derechos... inalienables... En esto se ve la mano de la Providencia: nos dan la libertad que esa misma Libertad necesita para ser abolida... O como dijo el sabio: *similia similibus*...

En otra conversación, solos Ibero y Romarate, éste empleó conceptos de hueca solemnidad para contar á su amigo que los carlistas áulicos habían conseguido del Príncipe don Juan que abdicase en su hijo. No era don Juan hombre capaz de sostener en toda su pureza el dogma de la legitimidad. Para esto había venido al mundo don Carlos, hijo

de aquél, joven de excelsas virtudes y partes, grande, apuesto, magnánimo, bien penetrado de sus deberes como de sus derechos, que arrancaban de su realeza histórica y divina, hijo intachable, padre de sus pueblos, esposo de una ilustre Princesa que daría prez y honor al Trono de San Fernando. Y antes de acabar esta letanía sacó del bolsillo interior de su levitín un retrato de fotografía que enseñó á Santiago. Este lo había visto ya en casa de Crispijana, afiliado también á la Causa que á la sazón revivía de sus cenizas. Sin entusiasmarse con la figura del Príncipe, elogió la talla lucida, la gallardía marcial, la expresión varonil, y devolviendo la cartulina, con melancólico y frío acento se expresó de esta manera: "Cuando al carlismo dimos sepultura en Vergara, lo dejamos muy á flor de tierra. Claro: con la alegría de terminar la guerra, no pensábamos más que en abrazarnos... No nos dimos cuenta de que el enemigo mal enterrado estaba medio vivo.

—Diga usted que con toda la vida y robustez que tuvo en los días de Zumalacarre-gui y de Cabrera... Vacante el Trono, por haberse podrido la rama segunda, nadie puede evitar que venga la primera... Declare usted con toda franqueza, como hombre discreto y leal, si cree posible que España reciba y aguante á un Rey extranjero.

—¡Rey extranjero!... Eso nunca,—afirmó Ibero poniendo en su voz todo el españolismo de su nombre y apellido.

—Veo que es usted de los míos... Carlos VII es nuestro Rey, el único Rey posible...

—No estoy conforme, señor Bailío; no me llame usted de los suyos... Me sublevo... quiero decir, voto en contra... Guárdese usted su Rey.

—No me lo guardo, pues no sólo es Rey mío, sino de todos los españoles... Precisamente aquí tengo dos cartas... (*Metiendo mano al bolsillo.*) Una es de don Joaquín Elío (*sacándola*). Otra es del señor Arjona, secretario de Su Majestad...

—Sí, sí... le escribirán con la pluma mojada en ilusiones...

—Me dicen... (*gravemente, envainando las cartas*) que antes de San Juan estará el Rey legítimo en el Palacio de Madrid...

—Lo dudo... pero si así fuere... no le arriendo la ganancia... ¿Y cree usted, don Wifredo, que Prim se cruzará de brazos?...

—No sé de qué se cruzará... Sé que en el ejército español hay infinidad de jefes y oficiales que pronto tomarán el camino por donde ha ido el Coronel don Eustaquio Díaz de Rada... Prim verá que el ejército español se le escapa por entre los dedos.,,

Con frases un tanto vivas de una y otra parte terminó el coloquio. El alavés se despidió para Miranda, á donde iría con sus acompañantes, el teólogo y el enciclopédico, ambos jesuitas de cuidado. El primero era de los expulsados de España en Octubre del 68; el otro, polaco recriado en Francia, poseía

en grado sumo la facultad de asimilación, y á los pocos días de entrar en España masculaba nuestra lengua, apropiándose con furioso y pertinaz estudio el conocimiento gramatical, y ejercitándose en la palabra castellana, en su acento y prosodia, con arrestos de conquistador... Ambos iban rectilíneos y sin pestañear al fin que se les señalaba, resortes inflexibles de una máquina tenebrosa y fuerte, soldados de una Orden de caballería que unos creen de Dios, otros del Diablo.

Cuando Romarate se despidió de la familia Ibero, pidiéndole á Fernanda órdenes para don Juan de Urriés y Ponce de León, la hermosa señorita se mostró desconsolada por la ya larga ausencia del galán, doliéndose de que el corte y costura de una Constitución durase tanto.

“Ya están dando las primeras puntadas—dijo don Wifredo.—Es una prenda de vestir que nosotros nos pondremos, pero volviéndola del revés... Del derecho podrá servirnos para Carnaval.” Habló después Fernanda de sus rabiosas ganas de ir á Madrid, y de la cachaza con que sus padres habían aplazado de un año para otro la satisfacción de este deseo. Sus tíos Demetria y Fernando la llamaban desde allá con voces cada día más cariñosas. Faltaba sólo que su padre se determinase á llevarla.

Oyendo esto, Gracia y Santiago sonreían. Don Wifredo, tomando un aire de intercesión paternal y caballeresca, apoyó á la se-

ñorita. Los padres no decían que no... Lo pensarían... La mamá, amargada por la desaparición de su querido hijo Santiago, sentía horror del bullicio de las capitales, y no quería separarse de Fernanda hasta que ésta se casara... Si la boda era en otoño, Madrid sería el punto elegido para el viajecito de novios... ¡Madrid, Sevilla, Granada..! Ante estas manifestaciones, Fernanda suspiraba, soltando su imaginación por los piélagos infinitos del espacio y del tiempo; y después de un navegar loco, volvía, como la paloma del arca, con una rama en el pico... rama de los olivares andaluces.

Salieron para Miranda el Bailío y los clérigos de San Ignacio; mas en aquel punto se separaron, marchando los jesuitas á Tolosa, y agregándose á don Wifredo para ir con él á Madrid otro eclesiástico, ya mencionado en la relación de los huéspedes de la casa de Gauna. Era el doctor *in utroque* don Cristóbal de Pipaón y Landazuri, sobrino ó resobrino del Marqués por agnación lejana, varón ilustrado y pío, con gafas de oro, mirar oblicuo y habla reposada. De sus títulos eclesiásticos no se copia más que mínima parte: *canónigo cuarto de optación... canónigo entero... chantre de Armentia... prestamero de San Miguel, etc.* La opinión le señalaba por su conducta severa y por su feroz intransigencia política. Ultimamente diéronle fama de poeta varias composiciones religiosas de estilo tonto-pindárico. La lira de don Cristóbal cantaba asuntos bíbli-

cos con estro semejante al volar de un pato, con engarabitada sintaxis y terminachos pedantescos. Todo era Jehovah para arriba, Jehovah para abajo, y poner motes á los demonios, llamándolos *tartáreos* ó *abortos del Horeb*; á Jerusalén llamábala *reina impura*. Hablaba de la *faz jocunda* de Dios en su trono, y de la *ímpia raza de Cam* (los judíos). Describía con pelos y señales la mansión de los justos: *los abismos de azul, las cataratas—de vívido fulgor llenan los cielos...* Se metía con el filisteo y el saduceo, poniéndolos como hoja de perejil, y ensalzaba la *mano innocua* de Jesús curando á los leprosos. Aunque nadie entendía los versos del conspicuo don Cristóbal, unos cuantos amigos de su misma cáscara le alzaban hasta el cuerno de la luna, diputándole por eminentísimo poeta entre los primeros del mundo. La verdad era que al buen señor no deslumbraban los ridículos encomios, y se hacía muy de rogar para dar á la stampa sus bíblicas, retumbantes y huecas majaderías.

Sin contratiempo alguno hicieron su viaje don Wifredo y don Cristóbal. Despabilados y nerviosos, no pararon de charlar en todo el camino, agotando los tópicos de la ojalería y cuentas galanas. Eran dos monomaniacos que jugaban á la pelota con la idea que á entrambos enardecía y fascinaba. El *canónigo entero*, en un arrebató de optimismo humanitario, planeaba la nueva Inquisición para limpiar de errores heréticos á la gran familia española, y Romarate esbozó

pragmáticas diaconianas que restablecieran las buenas costumbres, el respeto á la nobleza y al sacerdocio. De madrugada, cuando ya el sueño les rendía, sin que remitiera la embriaguez optimista, don Cristóbal dijo á su amigo: "Créame usted, señor Bailío: una de las primeras medidas debe ser el establecimiento de la censura para poner coto á los mil esperpentos que se publican. Yo no permitiría la impresión de composiciones poéticas que no tuvieran un fin altamente moral y un estilo decoroso."

Asintió don Wifredo con cabezadas, pensando en otra cosa: la recompensa de su adhesión sería una embajada en cualquiera de las cortes extranjeras. Durmióse, y al poeta bíblico también se le cuajaron los pensamientos en una mezcla de sueño y cavilación. Pero no dormía con sosiego, porque en la cabeza le estorbaba un desmesurado gorro, al cual tenía que echar mano para que no se le cayese. A fuerza de tocarlo, llegó á entender que era una mitra... En uno de sus dedos notaba la presión de un gordo anillo, y á cada movimiento del buen señor, el pesado báculo le daba un golpe en la nariz... La complicada vestimenta crujía con rumor de seda y rigidez de bordados de oro...

Al entrar el tren en la estación de Villalba, ambos viajeros, en dislocantes posturas, roncaban estrepitosamente.

III

No era rico ni mucho menos el caballero de Jerusalén. Su hacienda consistía en dos casas modestas en la parte alta de Vitoria, llamada *Villa de Suso*, y en un caserío situado en Arganzona, hermandad ó término de la capital de Álava. De sus mezquinas rentas gastaba tan sólo lo preciso para su sostenimiento, y defendía el corto peculio con su asistencia casi diaria á la mesa del Marqués de Gauna. Gracias á esto, el Bailío tenía sus ahorros, que aplicaba al dispendio extraordinario, ó al renglón de viajes en servicio de la Causa. Hombre más arreglado no se conocía en el mundo: jamás contrajo la menor deuda; jamás recibió de amigos ni de parientes préstamo ni favor alguno en metálico.

Ajustándose á sus limitados posibles, don Wifredo, apenas resolvió el traslado á la Corte, escribió á un su amigo de toda confianza que le previniese un alojamiento decoroso y no caro, como otros que tuvo en Madrid en viajes anteriores, el 49 y el 53. El discreto amigo, doctor don Pedro Vela y Carbajo, *Comendador de la Orden de Alcántara y Capellán Mayor del Convento de las Descalzas Reales*, cumplió el encargo con diligencia y tino. Ved al buen Bailío ins-

talado en una casa de huéspedes decentísima y de buen trato, calle de Atocha, entre San Sebastián y Santo Tomás. Al escribirle á Vitoria incluyendo las señas en un papelito con olor de incienso, don Pedro Vela le decía: "Es casa de las más recogidas de la Corte, pues no se admiten más que personas recomendadas. Allí van sacerdotes y señoras mayores que huyen del bullicio. El trato es excelente y como de familia. A las ventajas de buen sol, calle espaciosa y ventilada, une la inapreciable proporción de la misa cercana por un lado y por otro.."

Instalados los dos amigos en la casa que les recomendó el señor Vela, vieron que éste no había sido hiperbólico en los encarecimientos. La vivienda hospederil era de lo mejor en su género, limpia y ordenada. Como una docena de personas vieron en el comedor á la hora de los garbanzos, gente juiciosa y grave, con excepción de dos jóvenes inquietos y un poco maleantes, que se permitían adular la honesta conversación con frases equívocas y vocablos de reciente cuño callejero. Había un sacerdote, un relator de la Audiencia, un coronel retirado con su esposa, dos ricos caballeros extremeños, un cónsul, y otros sujetos de circunstancias.

Ilustre huésped de la casa era una señora Marquesa, ya madura, con sobrina y criada; pero esta familia comía en su cuarto, y era casi invisible. La dueña, señora mayor de buen porte y modales finos, no hacía más

que vigilar el servicio, recorriendo cuartos y pasillos asistida de un grueso bastón, por estar dolorida de las piernas. El gobierno inmediato de la casa llevábalo una mujer de mediana edad, limpia, seca y no mal parecida, andaluza, muy diligente. El ama la llamaba *Chele*, y algunos huéspedes pronunciaban su nombre invirtiendo las sílabas. Todo lo que vió y observó en la casa el señor Bailío fué de su agrado; todo le parecía discreto y conforme á la buena educación, menos la desenvoltura de lenguaje de los dos caballeres. Y lo que mayormente en éstos le disgustaba, era que á la gobernanta de la casa la llamasen *doña Leche*, nombre ó remoquete que á su parecer no era completamente decoroso.

Mientras más á los mozalbetes trataba, menos estimación les tenía. Uno de ellos cultivaba una uña. Había dejado crecer desmesuradamente la del dedo meñique de la mano izquierda, limpiándola con potasa y cuidándola como se cuida un objeto de gran valor. Con los gestos de su mano hacía por mostrar á la admiración del mundo aquella excrescencia, como si fuese una joya. Tal moda de origen chinesco le pareció á don Wifredo una porquería, y así lo manifestó al joven, recordándole uno de los consejos de don Quijote á Sancho; mas con tal discreción y timidez lo hizo, que el dueño de la uña no se dió por ofendido. La manía del otro era *culotar* una boquilla de las que llaman de *espuma de mar*. Fumaba puros

de estanco, más que por el vicio del tabaco, por el gusto de arrojar sobre la pipa los chorros del humo. Esto hacía sin parar, parloteando de sobremesa en el comedor, y luego frotaba la boquilla con un trapo de lana. Satisfecho de su labor, mostrábala á los huéspedes para que admirasen el negro brillo que tomaba. Luego se iba al café, donde seguía culotando y frotando, y ofreciendo su obra á la admiración de un círculo de ociosos.

Los insubstanciales señoritos, el de la uña y el de la boquilla, se revelaron pronto en el comedor de la casa como pretendientes á destinos. Al discreto y comedido don Wifredo le repugnaban aquellos silbantes que pretendían y al propio tiempo criticaban con chocarrerías expresiones á los hombres de la *Gloriosa*. El uno imitaba la voz atiplada de Castelar; el otro zahería con chanzonetas del peor gusto al Duque de la Torre; al propio Prim y á Sagasta escarnecían ambos, y de todos los candidatos al Trono hacían disección y picadillo con anécdotas sceces.

Al sacerdote que en la casa vivía abordaron pronto los dos alaveses, quedando muy desconsolados del trato de aquel sujeto. Llamábase don Víctor Ibraim, y llevaba luengos años en el sacerdocio castrense. Desde las primeras palabras gargajosas del clérigo andaluz, le dió en la nariz á don Cristóbal olor de caballería. Hablando de diferentes asuntos eclesiásticos y políticos, los tradicionalistas descubrieron en el huésped

hervor de ideas revolucionarias y un soez desenfado para manifestarlas. Entre la hojarasca de sus vanos conceptos, dejaba traslucir el castrense una ambición insensata. El propio Romero Ortiz le había prometido la Rectoría de Atocha, destino calificado y pingüe. Pero pasaba el tiempo ¡caray! y ya se cansaba de esperar el santo nombramiento... Brindóse luego Ibraim á presentar al señor de Pipaón en San Sebastián, donde tendría misa diariamente, y remató la oferta con estas groseras palabras: "Ojo al cura, que es un tío muy malo... y el bandido del colector no le va en zaga.", Guárdáronse muy bien los alaveses de clarearse ante aquel renegado. Apenas oyeron los primeros bramidos de su ambición no satisfecha, encerráronse en reserva sagaz, envolviendo cuidadosamente el lío que llevaban á Madrid.

"Hemos de recatarnos de este sinvergüenza—dijo Pipaón á su amigo cuando se hallaron solos,—porque como buen revolucionario y mal sacerdote, será de los que llevan soplos al Gobierno.", Y otro día, cuando incidentalmente se tocó la cuestión de reyes posibles en España, Ibraim se dejó decir que el carlismo era una aberración de cerebros enfermos. Luego nombró á don Carlos con el mote irrespetuoso de *Niño terso*, inventado, según el canónigo poeta, por los graciosos *que infestan la noble habla castellana*. Oía don Wifredo por primera vez de nominación tan irreverente, y un noble co-

raje encendió su alma caballeresca, monárquica y religiosa en que revivía el espíritu de las Cruzadas.

A los tres días de su llegada recibieron los de Alava la interesante visita de dos caballeros muy señalados en Madrid por su filiación política, con vueltas á la fama literaria. Eran Gabino Tejado y Navarro Villoslada, ambos atrozmente neos ó clericales, buen orador y periodista el primero, el segundo excelente prosista, y el que con más ingenio y dotes narrativas había cultivado en España la novela histórica en el género de Walter Scott. Era Tejado de mediana estatura, de rostro duro y bruscas maneras, que se acomodaban á su intransigencia irreductible; Villoslada no desmerecía del otro en el rigor absolutista; pero le aventajaba en estatura y no carecía de cierta flexibilidad en el trato, por lo que contaba con buenas amistades en el bando liberal. A primera vista causaban cierta pavora su talla escueta y el color subidamente moreno de su rostro, en el cual boca y ceño nunca fueron apacibles. Tejado solía emplear el tono humorístico con gracejo y elegante frase. Ambos se producían en sus escritos como en su conversación con cierta donosura tiesa y castiza que, según el entender de ellos, era el verbo adecuado á las ideas que profesaban.

La primera entrevista de Tejado y Villoslada con el Bailío de Nueve Villas y el canónigo Pipaón no duró menos de dos horas.

En ella cambiaron instrucciones y planes; hubo trasiego de papeles y notas, designación de pueblos adictos, listas de personas que ansiaban dar su vida por la Causa, y todo lo demás que es materia prima del amasijo de las conspiraciones. Los tales caballeros trabajaban la harina con activa mano; pero faltaba el horno bien caldeado para intentar y obtener la cochura. Sin esto, de nada valdría la preparación de la masa, como verá el que siga leyendo...

Nuevas entrevistas celebraron los mismos sujetos en la casa de huéspedes, y otra, con más asistencia de amasadores; en un tenebroso piso bajo de la calle de la Cruzada. De aquel local recóndito, con trazas de masónica sacristía, salió el acuerdo de que don Cristóbal de Pipaón acudiera *incontinenti* á varios pueblos de la Mancha, donde era necesaria la presencia de varón tan calificado, y don Wifredo quedase en Madrid esperando instrucciones de carácter delicadamente internacional, las cuales le obligarían á visitar con tapadillo impenetrable las Cortes extranjeras.

Todo lo que dispuso el reverendo Sínodo fué cumplido al pie de la letra, y en Madrid quedó muy gozoso y hueco el señor Bailío, recreándose mentalmente en la secreta misión que se le confiaría y en los graves puntos que había de tratar con las Potencias de Europa; misión que á su parecer encajaba en él como anillo al dedo.

Hallándose don Wifredo en esta expecta-

ción, hizo un nuevo y peregrino conocimiento sin salir de la casa. Como ya se ha dicho, allí moraba una linajuda y triste señora que día y noche permanecía reclusa en su aposento, sin dejarse ver más que de muy contados visitantes. En el comedor había oído el Bailío diferentes versiones acerca de la retraída y un tanto misteriosa dama: quién la consideraba mujer *de historia*, degenerada en *novela* de litigios denigrantes; quién deslizaba el innoble supuesto de que la bella sobrina, que compartía la triste existencia y reclusión de la señora mayor, no era tal sobrina, y sí una princesa de sangre real... El tontaina de la larga uña llegó á insinuar algo más grave, suponiéndola de sangre pontificia... Tales desatinos encendieron la ira de don Wifredo, y con la ira la curiosidad. Pero Dios quiso que ésta quedara pronto satisfecha, porque una tarde llegóse á él risueña y susurrante *doña Leche* con la encomienda de que la señora Marquesa, sabedora de quién era don Wifredo y de su jerarquía y significación, le suplicaba que la honrase con su visita.

Acudió á la cita el caballero; recibióle la señora con amable finura, mostrando alegría y orgullo de verle en su cuarto; de un gabinete próximo salió la sobrina; sentóse él, después de los obligados cumplidos, y frente al enigma pensaba que le sería fácil descifrarlo... La dama se dió el título de Marquesa viuda de Subijana, que don Wifredo desconocía, aunque en su oído sonaba

con eco alavés. Los apellidos eran Lecuona y del Socobio, y apenas enunciados añadió la Marquesa que estuvo reñida con sus parientes de Madrid, Serafín del Socobio, y con la viuda de Saturnino, una tal Eufrasia, advenediza, que de aluvión bastante turbio había entrado en la familia. Oyendo estas cosas, pasó rápidamente don Wifredo por variables estados de ánimo. Tan pronto creía que hablaba con una farsante aventurera, como con una víctima inocente de graves discordias domésticas. Al fin resultó que la Marquesa viuda de Subijana sostenía en Madrid un rudo pleito con el Estado por la posesión de gran parte de las salinas de Añana, que el Ministro de Hacienda de O'Donnell, Sr. Salaverría, vendió indebidamente años atrás.

En el curso de la exposición del litigio, pudo observar el sanjuanista la dicción perfecta que declaraba el alto abolengo; observó también la belleza de la sobrina, que era del tipo angélico, rubia, vaporosa, espiritual. Diríase que sus brazos, honestamente recogidos, se iban á convertir en alas, y que todo lo que su modestia callaba lo diría remontando el vuelo por encima de las cabezas de la tía y el visitante. Una vez que la ilustre viuda explanó sus derechos, se metió en el campo político, declarándose ferviente partidaria de la Causa que el caballero defendía. No había otro Rey para España que el gallardo Príncipe, hijo de don Juan y nieto de don Carlos María Isidro. A estas

manifestaciones añadió el relato patético de sucesos presenciados por ella en los años 34 y 35; páginas palpitantes de la vida y desencuentros del asendereado Carlos V, la verdadera Historia de España, según don Wifredo. Aunque se la sabía de memoria, oíala siempre con desmedido gusto. La otra Historia, la de la rama segunda, que á Isabel enaltecía llamándola Reina y á su tío denigraba con el depresivo mote de *Pretendiente*, le atacaba los nervios: era una Historia suplantada, apócrifa y petardista.

IV

Embelesado prestó atención el buen Romarate á este relato fidedigno. “Yo, señor mío, seguí á don Carlos, á la Reina doña Francisca y á sus hijos, con la Princesa de Beira, en la persecución que sufrieron en Portugal, después de la derrota de los *miguelistas* por las tropas de Saldaña y Rodil, y embarqué en el *Donegal* con los Reyes y su séquito. Era yo camarista de mi señora doña Francisca, y constantemente al lado suyo en aquellos trances, pude admirar su grandeza de alma y su valor sublime ante la adversidad. Si don Carlos Isidro era la paciencia resignada, en doña Francisca había usted de ver la fortaleza desafiando al Desti-

no. De don Carlos Luis puedo decir que no se ha conocido Príncipe más inteligente, ni más simpático y resuelto. ¡Con su muerte ¡ay! perdió España un excelso Rey!„

Con cierta prevención escuchaba don Wifredo este exordio, sospechando que la tronada Marquesa historiaba de oídas; y para salir de dudas, la interrogó bruscamente: “¿Recuerda usted, señora, el nombre del pueblecillo donde embarcaron?

—Aldea-Gallega—replicó al instante la narradora.—¿Cómo no he de acordarme si en mi vida he pasado mayor susto que en la angustiosa travesía de la playa al navío, que era inglés, como usted sabe? Lo que tal vez ignora es que el comandante se llamaba Pushave, y era hombre seco y de pocas palabras.

—Lo sabía, señora, y también que en el séquito de nuestros Reyes iban algunos generales.

—Sí, sí: Romagosa, González Moreno...

—Y Maroto, señora, y dos Mariscales de Campo.

—Abreu, Martínez: bien me acuerdo. El personaje que más abultaba por su hinchada jerarquía era el Obispo de León, señor Abarca. También llevábamos al Padre La Calle, confesor del Rey, y al Padre Ríos, ayo de los Príncipes, y otros Padres, que no se mareaban y comían como buitres.

—No se olvidará usted del Gentilhombre señor Conde de Villavicencio, pariente mío.

—No me olvido de ese, ni de mi tío ma-

terno el Marqués de Obando. Llevábamos también al secretario Plazaola, al Brigadier Soldevilla, á los médicos Llord y Villanueva, y al caballero francés Saint Silvain.

—Veo que tiene usted una memoria felicísima—afirmó Romarate, sosegado ya de su recelo.—Me ha dicho usted que era camarista de Su Majestad la Reina.

—Sí, señor. Mi esposo, caballero de Su Majestad, quedó en Portugal, encargado de traer con sigilo pliegos del Rey á Madrid y á las Provincias Vascongadas... Nuestro viaje fué pesadísimo por causa de las calmas. Doña Francisca, impaciente por llegar á Inglaterra, imprecaba con ardor á los vientos dormidos y al tiempo perezoso... Por fin ¡válgame Dios! llegamos á Portsmouth, en cuyas aguas nos tuvieron fondeados dos días sin dejarnos desembarcar. ¡Qué ansiedad, qué amarguras las de aquellas horas! A bordo vinieron varias autoridades que, con preguntas irrespetuosas, indiscretas, aumentaban la desazón de la Familia Real. Al cabo llegó un inglesote con el escopetazo de que el Gobierno británico no reconocía los derechos de nuestro señor don Carlos al trono de España, y que no podía tributarle honores regios, ni tampoco honores de Príncipe, como no renunciase previamente á lo que aquel bárbaro llamaba *derechos ilusorios* á la Corona. No podía, pues, el Gabinglés concederle mejor trato que el correspondiente á un simple particular.

—De entonces acá, señora mía—dijo se-

sudamente el Caballero de San Juan,—ha cambiado mucho la opinión de la Inglaterra respecto á estos particulares, y no han tenido poca parte en esta mudanza los escándalos del reinado de esa pobre doña Isabel... Y no la llamo Reina, porque no lo ha sido más que de hecho... El hecho contra el derecho claro y patente no tiene valor alguno. Esa Isabel, mal llamada *Segunda*, es para mí como una sombra que ha pasado por el Trono sin romperlo ni mancharlo... Siga usted, señora.

—El agravio de aquellos malditos ingleses nos encendió la sangre. Como no nos entendían, les insultábamos en nuestra lengua. Yo no podía contenerme: les dije todas las desvergüenzas que podía decir una señora, y algunas más... Saltamos en tierra... El Rey se mantenía en su paciencia taciturna: miraba al suelo y movía los labios como si rezara entre dientes. Doña Francisca, mujer poco sufrida, de sentimientos hondos, fácilmente inflamables, no disimuló la quemadura en el rostro que el bofetón inglés le había causado, y con fiera dignidad de Reina ofendida protestaba del ultraje en formas iracundas. No había consuelo para ella. La negación, burla más bien, de sus derechos, les ponía en un grado de excitación cercano á la demencia... La familia no quiso residir en Portsmouth. En una quinta de las cercanías de Gosport se instalaron los Reyes con su inmediata servidumbre. De las camaristas, yo fuí la única que permaneció junto á

la Reina doña Francisca, y puedo asegurar que ni una sola vez puso *la Señora* sus pies en la calle: tan grandes eran su tristeza y abatimiento.,,

Pausa larga y patética. Suspiró el caballero de San Juan, y su mirada melancólica, al vagar por la estancia como ave que busca su nido, se cruzó con la mirada igualmente desconsolada y errabunda de la señorita angélica, que figuraba en el mundanal catálogo como sobrina de la Marquesa de Subijana. Chocaron las miradas un momento; la señorita recogióse de nuevo en sí, apretando contra el cuerpo sus alas, sin decidirse á volar; rasgó el silencio una tosecilla del caballero, y al poco rato lo cortó la voz bien entonada de la señora, que así reanudaba el hilo de sus graves historias:

“Triste era la existencia de las Reales personas en la soledad de Gosport. Corrieron los días con la única distracción de proyectos de viaje y planes belicosos. En diarios consejos de magnates se trataba de los arbitrios para costear la campaña en el Norte de la Península, donde ya estaba encendida la guerra; tratábase asimismo de si la presencia del Rey era ó no necesaria para inflamar los ánimos de la gente carlista. Un día de gran discusión en el consejo, se levantó fuerte altercado sobre esto, y el Obispo Abarca y el francés Saint-Silvain opinaron porque el Rey se reservara, cuidando de no exponer su persona al riesgo de los combates. Presentóse de improviso la Reina en medio

de la junta ó concilio, y con acento de dignidad y enojo soltó un severo discurso terminado con esta frase: *Quien aspira á ceñirse una corona por la fuerza, no ha de mirar peligros, no ha de mirar más que á la posibilidad ó certeza de lograr el triunfo.*

„No fué menester más para que todos se decidieran por la presencia inevitable de Carlos V en Navarra y Guipúzcoa... Poco después, el travieso Silvain se procuraba unos pasaportes falsos expedidos á favor de *Alfonso Sáez y Tomás Saubot, comerciantes en la isla de la Trinidad*, y al amparo de estos papeles, partió don Carlos de Londres, atravesó el Reino de Francia, y el 1.º de Julio del 34 fué recibido en Elizondo por Zumalacarreui. *Un faccioso más* dijo el badulaque de Martínez de la Rosa al saber la noticia... El faccioso era el Rey, un leño más, un bos que de leña arrojado en el incendio de la guerra.

—Incendio—afirmó prontamente el Bailío,—que no quedó extinguido en Vergara, sino mal tapado entre cenizas.

—Llegó á lo más sensible, á la mayor amargura y desolación de la historia que me tocó presenciar, y fué la muerte de mi amada señora y Reina doña María Francisca de Braganza. La proscripción, la estrechez de la vivienda, la negrura del cielo inglés, los desaires de aquel Gobierno hereje más inclemente que cielo, suelo y clima, la incertidumbre y ¿por qué no decirlo? la pobreza, pues Su Majestad llegó á carecer de lo más

preciso, destruyeron su salud. La grande heroína quedó desarmada para la tremenda lucha que sostenía... La veíamos desmerecer por meses, por semanas. Su lozanía degeneró en extrema flaqueza. Todo en ella moría lentamente; sólo vivían en sus ojos la tristeza y la majestad. Su hermana doña Teresa y yo, únicas personas que la asistíamos con nuestro cariño y nuestros cuidados, vivíamos en constante alarma. La arrogancia, la tirantez de voluntad que sostenían, como armazón de hierro, aquella desmayada naturaleza, vinieron á tierra con dos golpes de adversidad que recibió en Mayo de aquel año funesto. El uno fué las malas nuevas que recibió del Pirineo, confirmadas por una carta de don Carlos en que le decía que, sorprendido por las avanzadas cristinas, estuvo á dos dedos de caer prisionero. Se salvó de milagro, gracias á un pastor llamado Esain que en hombros le sacó por entre peñas y precipicios horribles, ocultándole en una choza.

—Fué la ocasión más crítica—dijo don Wifredo,—en que se vió Su Majestad durante aquella guerra, y una de las que más claramente manifestaron la acción tutelar de la Providencia.

—Permítame usted, señor Bailío—dijo con cierto escepticismo de buen tono la Marquesa historiadora,—que dude de las bondades de la Providencia en aquellos dias trisísimos. Esa señora tutelar no se dignó evitar á doña Francisca el horrible notición de

la escapatoria de Carlos V, llevado á la pella por un pastor, como si fuera una oveja descarriada. Y para mayor desdicha, sobrevino nuevo altercado con las autoridades inglesas por negarle éstas á *la Señora* los honores que á su realeza correspondían... Ardiendo en indignación, doña Francisca no se mordió la lengua. "Mis pretensiones y derechos —les dijo— nacieron conmigo; tienen un origen tan remoto y respetable como mi propia existencia. Toda detentación de estos derechos será un atropello inicuo." No se dieron por convencidos los ingleses... La infeliz Reina, sintiendo que se hundía todo su tesón, cayó moralmente desplomada, y su espíritu no alentó ya más que para prepararse á un morir cristiano... ¡Ay, señor! no podré contar á usted la muerte de mi amada Señora sin que mis ojos se llenen de lágrimas y el corazón se me despedace. Arrebatada Su Majestad de una fiebre violentísima, estuvo algunos días entre vida y muerte. La ciencia hizo esfuerzos desesperados, y al fin se retiró de la lucha, dejando á la enferma en manos de Dios. Nuestros cuidados fueron también ineficaces... La tribulación y congojas de los últimos días no podré olvidarlas si mil años viviera... Rodeada de su familia y servidumbre, con entero conocimiento, despidiéndose de todos en tierno lenguaje, que parecía descender del cielo, grandiosamente, santamente, entregó su alma al Señor á las once y treinta y cinco minutos de la mañana del 11 de Junio..

Gimoteando terminó la noble dueña su página histórica, y la señorita angélica rompió á llorar amargamente.

“Esta niña—indicó la Marquesa, tratando de contener su propia emoción,—es tan sensible, que no puedo referir delante de ella los trances dolorosos de nuestra Causa sin que se deshaga en lágrimas, como usted ve. Hija del alma, sosiégate. Han pasado más de treinta años desde aquellos días tristes, y ahora esperamos días risueños..”

Ni con estas palabras afectuosas se le calmó á la sobrinita la congoja, que más parecía mal de corazón... Contagióse la tía, y por no ser menos, también se afectó dolorosamente don Wifredo, que hubo de llevarse á los ojos su pañuelo marcado con la cruz de San Juan de Jerusalén sobre las iniciales.

V

“No haga usted caso, señor Bailío — dijo la dama, limpiándose el mojado rostro.— Es que somos tan desgraciadas, y con tanta saña se ceba en nosotras el infortunio, que por cualquier cosa, por un triste recuerdo, por una palabra de ternura, nos convertimos en Magdalenas...”

El noble caballero, dominando la parte de emoción que le había tocado, empleó toda su elocuencia en sosegar á tía y sobrina,

logrando al fin que se iniciara lo que en lenguaje clásico se llamaba *descordajo*, ó sea el alivio de la congoja y el dulce placer que sigue á las fuertes aflicciones. Por fin, á ratos condolido, á ratos consolando, los ojos de Romarate se embelesaban en la admiración de la señorita, cuya belleza no desmerecía con el llorar. Aunque la nariz se le había puesto muy colorada, y la boca se contraía con muequecillas poco estéticas, don Wifredo la consideraba tan bonita como los ángeles que acompañan en su duelo á Nuestra Señora de las Angustias.

Sosegadas tía y sobrina, entraron los tres en conversación de cosas positivas y tocantes á intereses, y el alavés pudo enterarse de que el bienestar de ambas señoras dependía de una resolución del Consejo de Estado. En Madrid tenía la Marquesa conocimiento con personajes de los que la Revolución había puesto en candelero. Sin ningún escrúpulo solicitaba y obtenía el amparo de tales hombres, pues todo debía posponerlo al rescate de su hacienda. Semejante contubernio con los enemigos del Trono y el Altar no le parecía bien á Romarate; pero se calló por no tener aún confianza para contrariar á las señoras en puntos tan delicados...

La visita de aquel día fué demasiado larga para ser la primera. Cada vez que don Wifredo pedía venia para retirarse, le instaban á permanecer un poquito más; pero al fin dejáronle salir, sin agotar los variados temas que unos tras otros, enredándose como

cerezas, se suscitaban. Al retirarse caviloso á su estancia, el sanjuanista no veía los caracteres de la dama y damisela con claridad satisfactoria. Pensando más en ello, se dijo: "Pocos días, pocas horas quizás de conocimiento bastarán para disipar la neblina que las envuelve, á no ser que su disimulo sea más fuerte que mi penetración. Estate en guardia, Wifredo, que para tí está guardado este precioso enigma.,,"

En las visitas siguientes, las obscuridades, lejos de disiparse, aparecieron más espesas á los ojos del caballero. En una larga conversación que tuvo con la sobrina (cuyo nombre familiar era *Céfora*, elipsis de *Nicéfora*), revelóse en la niña un conocimiento de cosas místicas y aun teológicas, que no por superficial dejaba de ser gracioso. Sin duda, su adolescencia precoz se apacentó en variadas lecturas; seguramente cayeron en sus manos, tras de las novelas sentimentales y enredosas, obras de literatura sagrada ó de ejercicios devotos á la moderna, y en aquel feraz campo espigó ideas, hechos y conclusiones referentes á la vida inmortal.

Y cuando *Céfora*, después de pasearse un ratito por los *Lugares teológicos*, se declaraba horrorizada de la terrenal existencia y querenciosa de la paz del claustro, saltaba la Marquesa con estas doloridas manifestaciones: "Han sido inútiles mis esfuerzos para desviarla de esos caminos... Buena es la inclinación hacia la verdad, excelente el

estudio de cuanto conduce á Dios; mas para determinarse á encerrar la vida en el rigor y dureza de un monasterio, hace falta mayor reflexión. Verónica es una criatura, y su vocación no ha pasado por las pruebas que han de darle la debida consistencia. ¿No está conforme conmigo el señor Bailío?„

Sí que lo estuvo don Wifredo; y penetrado de que la señorita procedía con infantil precipitación y aturdimiento en sus anhelos de vida ascética, en tal sentido la sermoneó con palabra cortés y un poquito galante. Pero la niña defendía su criterio con tesón y eruditas razones, y un mover de sus ojos azules, y un accionar de manos y brazos, que al alma del Bailío llevaban más trastorno que convencimiento.

No acababa de convencerse el caballero de San Juan de la sinceridad de Céfora en aquel orden de ideas, y su confusión subió de punto una tarde oyéndola tratar materias muy distintas. Esquivando la disputa de temas religiosos, habló *de re* mundanal y suntuaria, de costumbres y devaneos cortesanos con un conocimiento ¡ay, ay! y con una picardía, que hicieron á don Wifredo el efecto de un tiro... Pero la gran sorpresa, más bien espanto, del ilustre alavés, fué al anochecer de aquel mismo día, cuando vió entrar de visita, con la desenvoltura y modos familiares de una firme amistad, al caballero andaluz don Juan de Urríes y Ponce de León.

El estupor dejó mudo á Romarate por al-

gunos segundós. Don Juan tardó más de la cuenta en encontrar la fórmula de saludo. Pero recobrándose, como hombre muy corrido, disimuló lo desagradable de aquel encuentro. Alegre y cordial fué la salutación de las señoras, y en ellas se traslucía que el amigo había estado ausente un par de semanas. Con toda su agudeza no pudo evitar Urríes cierto embarazo en la conversación, y don Wifredo, de puro cortado, trabucaba los conceptos. Pero su confusión no le impidió advertir el extremado gozo de la señorita teóloga ante el gallardo sujeto recién venido.

Los ojos de Céfora brillaron: en ellos jugueteaba una luz que por convencionalismo seguiremos llamando celestial. Al buen alavés le parecieron más azules, más expresivos, húmedos de candorosa emoción. Corrían las miradas de la niña hacia la faz del caballero, como si quisieran sorprender sus pensamientos antes de que los expresara. Tan aturdido estaba el noble personaje carlista, que á ratos cerraba sus ojos para descansar de una visión que le resultaba odiosa. Sostuvo la conversación, no sin sutilezas de su mente, para evitar una retirada brusca, y al fin, en cuanto halló coyuntura de fácil salida, pidió la venia, y despidiéndose de Urríes y de las señoras con afectadas finezas, se puso en salvo.

Muy alterado estuvo el caballero de San Juan aquella noche. La ira prendió en su noble alma, y con la ira tomaron en ella mayor

vuelo los sentimientos de hidalguía y caballeridad. Paseándose en corto dentro de la brevedad de su aposento, encasquetado el sombrero de copa y sin quitarse los guantes que llevó á la visita, monologuaba de este modo: "Tan ángel es como mi abuela. ¿Y de aquellas teologías, de aquel llanto por la muerte de doña Francisca, ocurrida treinta años há, qué debo pensar? O es loca de remate, ó una consumada histrionisa... Bien he visto que Urríes le ha sorbido el seso... ¿Y cómo compaginamos amor de hombre y devoción del Santísimo Sacramento? ¡Oh, corrompida sociedad; oh, fruto venenoso de las doctrinas de la maldita Enciclopedia; oh, burla de Dios y risotadas del diablo! ¡A lo que ha llegado esta pobre España, el país de las damas honestas, de los caballeros sin mancilla y de la exaltada fe religiosa! Aquí tenéis vuestra obra, revolucionarios; ved la sentina de vuestra *España con honra*.

Quitábase los guantes y con furia los arrojaba en el velador; dejaba sobre la cómoda el sombrero con violento golpe que parecía indicar poca estimación de aquella noble prenda, y aguardando el aviso de *doña Leche* para la comida (que allí á la francesa se servía, con los garbanzos por la noche), daba más cuerda á sus alborotados pensamientos: "Ya veo claro que si la sobrina es una comedianta, la tía es el prototipo de la trapisonda. ¡Y quieren hacerme creer que son partidarias de los que defendemos á ra-

jatabla el Trono y el Altar! Si así pensaran, ¿cómo habrían de andar en contubernios con los malditos *septembristas* y *alcoleístas*, valiéndose de ellos para negocios y enredos que han de ser de una suciedad apestosa? ¡Válgame Dios! ¡A lo que ha venido á parar la nobleza! Si no hubiera otros indicios para calar toda la malicia demagógica de esta pobre familia degenerada, lo que observé esta tarde me bastaría para formar juicio. Cuando llegué, la Marquesa leía... Para recibirme y saludarme, dejó el libro en el velador cercano... De soslayo lo miré... ¿Qué libro era, Dios mío? Pues *Los miserables* de Víctor Hugo... Ateme usted esa mosca... Y ¡lama aristocrática me soy... y ex camarista de la Reina legítima. ¿Qué idea tendrá esta gente de la legitimidad, y de los sagrados derechos, y de la verdadera y única Religión?,,

Después de comer con menguado apetito, salió como de costumbre á gustar las delicias de la fresca noche de Madrid, que es uno de los mejores recreos de esta villa, entonces descoronada. Solía don Wifredo dar unas vueltas, de nueve á diez, embozado en su capita, por la calle del Príncipe y Carrera de San Jerónimo. Su caballerosidad y catolicismo no le estorbaban para distraerse viendo las niñas guapas, y en seguimiento de ellas las acechaba para observarlas á su antojo al pasar ante el resplandor de los escaparates. Aquella noche no faltó á su rutina... Más desconsolado que nunca se re-

tiró á su vivienda después del ojeo, y al acostarse le acometió de nuevo la fiebre del monólogo.

“Y ahora resulta—se dijo—que el don Juan de Urríes es un pillastre, un hombre sin conciencia, que desconoce las leyes elementales de la delicadeza y del honor... ¡Vive Dios! no esperaba el muy ladrón que yo le sorprendiese en delito flagrante de infidelidad. ¡Oh, qué pensaría Fernanda si supiera que su prometido se entretiene en abrasar y derretir con amores, que á mí me parecen impuros, á esta dislocada mística rubia, á esta diablesa con ojos y cabello de serafines, blanca, modosa, tan pronto sentimental y llorona, como avispada y picaresca!... ¡Y qué diría de semejante canallada don Santiago Ibero, persona recta y pundonorosa, aunque progresista!... Ahora se me ocurre que yo, como amigo leal de aquella noble familia, debo tomar cartas en el asunto... ¡Sí...! ¿Somos acaso caballeros de relumbrón, ó lo somos para sacar el pecho bravamente en defensa de los ultrajados y adelantarnos al castigo de los que olvidan las leyes del honor?... ¡Oh, Fernanda hermosa, la más arrogante, la más honesta y pulcra doncella que Dios ha puesto en el mundo! ¿quién te había de decir que este Bailío de San Juan habría de ser mantenedor de tu inocencia, burlada por un libertino?... Por el nombre que llevo y el hábito que visto, no pasará el día de mañana sin que yo me plante frente al señor de Urríes y le exija reparación, y

le amenace con los furores de mi justicia implacable, si no rinde su necia vanidad de seductor ante la belleza y honestidad de la sin par Fernanda Ibero...„ Con estas belicosas ideas se durmió al fin el caballero de Jerusalén, abandonando su noble cabeza sobre la almohada hospederil.

VI

Al despertar á la siguiente mañana, lo primero que en sí notó el puntilloso Romarate fué una remisión notoria de la fiebre caballeresca. Saltó del lecho, y mientras se aseaba y acicalaba, reanudó sus cavilaciones, dándoles nuevo giro, por efecto del bálsamo de mansedumbre que el sueño había difundido en su alma. “La noche me ha dado serenidad bastante para ver que no siendo yo padre, ni hermano, ni tío siquiera, de la sin par Fernanda, no me corresponde pedirle cuentas á ese don Juan de los agravios hechos ó por hacer á tan primorosa doncella. Si fuese huérfana ó estuviese sola en el mundo, bien estaría mi metimiento en este negocio, y el exponer mi vida por la justicia y el honor..„

Poco después, hallándose en medio de la estancia, con sus escasos pelos mojados y tiesos, la cara enrojecida del frotar de la toalla, se decía: “Y has de tener muy en

cuenta, Wifredo de mi alma, que si ese bergante de Urríes hace contigo el jaquetón y te arrastra á un duelo de verdad, has de verte apuradillo. Eres poco fuerte en toda clase de armas: en esgrima no pasas de discípulo chambón, y en el tiro de pistola pones la bala en todas partes menos en el blanco... Por una verdadera irrisión social, estos señoritos calaveras son espadachines y tiradores muy temibles. Maldita gracia tiene que Urríes te mande al otro mundo, por el desaire de una niña bonita que no ha sido tu novia ni cosa tal... Bien mirado, resulta absurdo y casi ridículo que sea yo caballero de la insigne y militar Orden de San Juan de Jerusalén, que pueda usar un largo y severo manto con cruz roja de ocho puntas, que me cubra con un birrete, y ciña espadín, y que con todos esos arreos carezca de la más elemental destreza en el manejo de las armas... En su corto paseo matinal, camino de la peluquería donde se afeitaba, pensó también el Bailío que no debía poner el caso en conocimiento de la familia de Fernanda, pues no era compatible la dignidad de un caballero con la soplonería y el llevar y traer chismajos.

Aquella noche no visitó á la Marquesa. No quería estorbar, ni tampoco ser impertinente ó desairado testigo de la conversación y de los melindres, ojeadas y muequecillas que habrían de cruzarse entre los enamorados. Sabía que por las noches iban tía y sobrina á la parroquia de San Sebastián,

donde á la sazón se celebraba solemne novena de los Dolores. A la hora que le pareció más oportuna, requirió don Wifredo el tapujo de su capita, y embozado á la picaresca se situó en la calle de Cañizares al acecho de las damas, por ver si el amigo las acompañaba á la novena. Al cuarto de hora de centinela, distinguió el alavés la figura talluda y airosa de don Juan de Urríes. Junto á él iba Céfora, picoteando; detrás la muchacha, que era una mostrenca de nariz roma y ademanes silvestres, llamada Sagrario. ¡La Marquesa se había quedado en casa... embebecida en *Los miserables* de Víctor Hugo!... La sorpresa que embargó el alma hidalga de Romarate, trocóse prontamente en ira; apretó los dientes, imprecó al cielo con una mirada y al suelo con pataditas, masculló una frase corajuda, y dijo al fin con Jovellanos: ¡*Oh vilipendio, oh siglo!*...

De aquel innoble desaguizado tenían la culpa la *Enciclopedia*, Voltaire, d'Alembert, Diderot, y toda la taifa precursora y actora de la infernal Revolución francesa... De aquella ciénaga desbordada venía la corrupción de las costumbres en esta pobre España. Por obra y gracia de los emigrados, importadores del vicio mental, y de los masones y revolucionarios, puros monos de imitación, habían quedado estos reinos limpios y rasos de sus tradicionales virtudes. Apenas quedaban ya damas verdaderas; apenas teníamos hombres de honor. Urgía

restaurar la patria, empezando por sus quebrantados cimientos...

Las sospechas del alavés llegaron á lo más abominable. Determinó trasladar su punto de acecho desde la calle de Atocha á la de las Huertas, pues ya tenía noticia del fácil juego que ofrecen á los amantes en este Madrid las iglesias de dos puertas. Poco trecho medió entre lo sospechado y lo sucedido: á los cinco minutos de estar en el nuevo atisbadero, vió salir por el patio de San Sebastián á Urríes y Céfora, solitos, presurosos, escurriéndose con disimulo entre la multitud que entraba... Siguiéron el galán y la niña calle abajo, arrimándose á las casas, como en requerimiento de la obscuridad; llevaban el paso ligero; ocultaba ella su rostro entre los pliegues de la mantilla, y él se alzaba el cuello del gabán, so color de poner reparo al fresco de la noche. El Bailío les siguió á distancia... les vió torcer á la derecha, metiéndose por una transversal... De la calle del León pasaron á la de San Juan... Adelante siempre los bultos recatados. Detrás, á distancia, el embozado espía...

Pasaron la niña y su amigo á otra calle que don Wifredo desconocía... Entró por ella y no vió nada. La escurridiza pareja se perdió, filtrándose por alguna pared, ó sumiéndose por algún traicionero callejón ó puerta disimulada. Quedó perplejo y muy dolido de su chasco el buen Bailío, y se abstuvo de proseguir su persecución indiscreta. No era de caballeros apurar el espionaje. Su mal

humor fué expresado con patada violenta... Dió media vuelta brusca, como girando sobre un pivote, y marcó la retirada. Terribles cosas escupía de su boca contra la felpa del embozo. "¡A qué ignominias ha llegado esta nación! Crea usted en purezas de niñas angelicales, en virtudes de Marquesas tronadas y codiciosas, en palabras de galanes bien vestidos y dicharacheros!... ¿En dónde estoy?... Siento asco... Vuélvome á casa... ¿Dónde habrá personas decentes con quienes tú puedas hablar, Wifredo de mi alma?... Sin duda todo Madrid es pestilencia..."

La retirada del caballero fué triste y no sin peripecias. Perdido en las calles, fué á salir frente al Congreso, cuya fachada le sirvió para orientarse. Y á la tarde siguiente (¡oh incongruencia bárbara de la sociedad matritense y de la nueva neurosis de que atacada estaba toda la nación!), le recibieron las de Subijana con las demostraciones más afectuosas. Urríes no pareció por allí: sin duda la sesión del Congreso era movidita y de bullanga. El angélico rostro de Céfora estaba triste como un día sin sol. Creyendo el Bailío que el sol que faltaba era don Juan de Urríes, hacia la persona de éste derivó la conversación, tratando de sondear el pensamiento de las damas sobre aquel bergante de buen tono. Contra lo que esperaba, la viuda no fué muy benévola con el andaluz, cuya figura física y moral trazó con estas breves pinceladas: "Es un hombre agrada-bilísimo, fino y servicial como él solo; pero

á poco que se le trate, se descubre, debajo de la frivolidad graciosa, el enorme vacío moral de estas generaciones. Estimándole yo mucho como amigo de los de puro ornamento social, no me fiaría de él en cosa alguna pertinente á las buenas costumbres, á la familia y á nuestra religión sacratísima.,

No queriendo negar ni asentir, el Bailío salió del paso con generalidades de las que á nada comprometen. En su interior afirmó que cada día entendía menos á la Subijana. Ó era una sutil hipócrita, ó una inocente de esas que no ven más que la superficie de las flaquezas humanas... Carolina de Lecuona y del Socobio no revelaba en su noble rostro, de simpática belleza otoñal, inocencia ni gazmoñería. Había sido hermosa, y aun en aquella fecha lo sería sin el estrago que antes que el tiempo le causaron las pesadumbres, los quebrantos de salud y fortuna. Su cuerpo desbaratado por la obesidad y por la negligencia del estrecho vivir, contrastaba con su primorosa cabeza sesentona, en la cual la crítica estética más descontentadiza no encontraría ninguna vulgaridad. Hablaba con la pureza gramatical que observamos en las señoras de alto nacimiento y crianza exquisita. Su dicción y su acento encantaban; su lenguaje familiar reunía la llaneza castiza y el donaire sutil apenas perceptible, como los aromas delicados.

Súbitamente, sin que nadie le preguntara, habló Céfora del ausente caballero andaluz. De su linda boca oyó el Bailío, maravi-

llado y aturdido, estas peregrinas razones: “¡Ah! ese pobre don Juan quiere ser listo, pasarse de listo, y lo que hace es pasarse de tonto. Ayer... ¿te acuerdas, tía? nos reímos de él todo lo que quisimos. Por halagarnos se empeñó en hacernos creer que está desengañado del mundo; que no tiene novia, ni la busca; que si se decide á casarse, se casará con una lugareña... sin ilusión, se entiendo... por aquello de tener quién le cuide... Dijo que se siente viejo, muy viejo, y que desea vivir en un rincón, olvidado de todo el mundo. ¡Qué farsa, qué comedia tan mal representada! Nada me hastía como ver á estos hombres, que son todos mentira, así cuando dicen verdad como cuando la fingen... Total, que ni mentir saben. Verás, tía, cómo don Juan vuelve otra vez mañana con la cantinela de su desengaño del mundo... Y si le hablas de Dios, te dirá que no le entra la fe ni con escoplo y martillo... Espíritus muertos, ¿verdad, señor de Romarate?... Yo no puedo tomar en serio á este pobre don Juan...”

Largo rato duró el reir nervioso, entre jovial y dolorido, de la niña angélica. Carolina le decía: “Basta, hija: por cualquier cosa se dispara la carretilla de tus nervios...”, El Bailío permanecía mudo, pensando que Céfora era tonta rematada ó un monstruo de cinismo precoz... Retiróse luego la joven á una estancia próxima, y la Marquesa dijo á su amigo: “Habrá usted observado que esta chiquilla tiene mucho talento... un talento

desmedido y que no cabe en su delicada persona. Quisiérala yo menos avisada y con menos luces en la mollera; quisiérala yo un poco tonta, señor Bailío, más acomodada al tipo común de señoritas en el estado social presente; me convendría que fuese más vulgar, de pasta blanda, que fácilmente se dejara modelar... Así haría yo de ella una mujer definitiva para el mundo, ó para la religión..”

No habían concluído la dama y el caballero de parafrasear esta idea, cuando reapareció Céfora, no ya riendo, sino compungida y llorosa. Viéndola su tía tan bruscamente cambiada del reír á las lágrimas, la reprendió cariñosa, incitándola al reposo y á la ecuanimidad, á lo que replicó la sobrina con humilde acento: “Perdóneme, tía; perdóneme también el señor Bailío. Es que me había propuesto confesar y comulgar hoy... pues no lo he hecho desde el jueves... No encontré en Santo Tomás á mi confesor, Padre Codes... Por esperarlo se me pasó el tiempo. ¿Verdad que debí confesar con don Matías?... Lo que importa es la confesión, no los confesores.

—Sí, hija mía—dijo Carolina con amable corrección;—pero... se llora por un motivo serio, no por escrúpulos tontos y sin substancia.

—Cada cual aprecia, según su sensibilidad, los móviles de la conciencia... Yo me entiendo, tía... déjeme usted..”

Y más dolórida, la mano en el rostro,

con lento paso se metió en la cercana estancia, mientras su tía sacaba un suspiro del hondísimo pozo de su pecho, y Romarate se hacía cruces mentalmente, diciendo para su sayo: "Si no está loca de remate, es la más desvergonzada embustera del mundo.,,

VII

El primer encuentro del caballero de Jerusalén, después del ojeo nocturno que referido queda, fué en la Plaza de las Cortes, volviendo el uno de su paseo, camino el otro del Congreso. Saludáronse con formas de etiqueta, como personas que no se estiman y están obligadas á respetarse. Algo cohibido, Urríes se puso en guardia, esperando del alavés alguna desagradable insinuación. Así fué, en efecto. Preguntóle Romarate si seguía recibiendo noticias diarias de La Guardia... luego, dejándose caer, le dijo: "Ya le he visto á usted atrozmente derretido con la rubita candorosa de Subijana., Indeciso entre la expresión seria y la jovial, dando á conocer que le había escocido la indirecta, don Juan respondió con frivolidades evasivas, y para su capote dijo: "Este tío mamarracho llevará ó mandará cuentos y chismes á los Iberos y á las momias de la casa de Landazuri., El temor de la chismografía maliciosa le indujo á tratar al Bailío

con exageradas finezas y lisonjas. “Ya sé... lo he sabido por Gabino Tejado—indicó atenuando la intención guasona y palmoteándole en el hombro.—No me lo niegue... Es usted el diplomático del carlismo. No tardarán en enviarle las instrucciones para tratar con las Cortes extranjeras.”

Quedó atónito el alavés, y como precisamente se hallaba en gran desasosiego por la tardanza de las credenciales que le anunciaron Tejado y Viloslada, no bien llegó á su nariz el tufo del incienso, se hinchó de vanidad, y su actitud y ademanes fueron como los del pavo en el momento de hacer la rueda.

“Por Dios, don Juan—murmuró con cierto misterio, á estilo masónico;—esas cosas, cuando se saben sin deber saberlas, se callan... ¡Qué indiscreto ha sido el amigo Tejado!... Me compromete usted, querido Urries, divulgando lo que debe ser secreto impenetrable.”

Ya el andaluz le tenía por suyo. Para mejor asegurarle, echó sobre él cuantos halagos y adulaciones le sugería su extraordinaria viveza. Véase la muestra: “No me cansaré de decir á usted, ilustre amigo, que hace mal, pero muy mal, en no frecuentar el Congreso. Hoy mismo le mandaré un pase para el interior, y allí tendrá papeletas para la tribuna de Orden... Y no salgamos ahora con que es usted antiparlamentario furibundo, incorruptible... Mayor motivo para que trate de conocer bien aquella casa... Entre

paréntesis, es un herradero. Allí se aprende mucho. Se aprende á venerar, á odiar al régimen... según el humor de cada cual. Allí se ve día por día la marcha y paso que lleva la procesión política, el alza y baja de los candidatos al Trono, que hemos sacado á subasta ó concurso... Créame usted: hay tarde en que aquello parece una casa de locos. Tendré yo el gusto de presentarle á muchos diputados amigos míos... ¡Y qué sesiones tan brillantes y de tanta emoción podrá usted ver, oír y gozar!... Ahora se discute la cuestión peliaguda, *alias* religiosa..

Quedó el señor de Romarate convencido, y mientras el andaluz expresaba su pensamiento con gracia y ardor, dirigía miradas benévolas á los leones del Congreso. Había presenciado ya, desde la tribuna, dos ó tres sesiones. Ciertamente, lo que allí oyera no dejó en su ánimo impresión grata, ni atenuó su repugnancia del parlamentarismo. Su propósito de no volver fué quebrantado por el artificio mañoso de Urríes, que supo deslumbrarle excitando en él la vanidad. ¿No era el Bailío figura culminante del carlismo? Pues por estudio, ya que no por gusto, debía conocer y tratar de cerca á los llamados prohombres, respirar el caldeado ambiente de la intriga, ver, en fin, la farándula de telón adentro, desnuda y sin careta.

A la tarde siguiente, viérais al caballero de San Juan peripuesto de levita y chistera, guantes, botita de charol, y un bastón muy majo con puño de marfil, penetrar en

el Congreso por la puerta de Floridablanca, harto pequeña para ingreso de casa tan concurrida. Presentó su pase; saludáronle gravemente los porteros, y pronto dió con su estirada persona en el pasillo. A los pocos pasos hubo de quedar preso entre la muchedumbre que allí rebullía. El cuerpo del Bailío avanzaba, chocando ahora con codos, ahora con espaldas; la cháchara de tantas bocas le aturdí; la estrechez y escasa ventilación le sofocaban. Un ratito anduvo el hombre como atontado, buscando entre los cuerpos un hueco por donde avanzar corto espacio. Hablaban los diputados familiarmente, en algunos grupos con cierta vehemencia, en otros con inflexiones humorísticas. Aquí estallaban risotadas, allí susurraba el secreteo. La mayor sorpresa del buen señor fué ver confundidos en aquella grillera los padres de la patria de distintos partidos, bandos y fracciones, y oír que conversaban en tonos de tolerancia y amistad los que públicamente se argüían con dureza.

Por aquel callejón prolongado, que es paso para el Salón de sesiones, para las escaleras, escritorio, *buffet* y otras piezas; colector y partider, en fin, de todas las actividades de la casa, se fué colando trabajosamente el Bailío. Deslizándose entre los grupos, ganó la puerta del Salón llamado de conferencias, por la cual no podrían entrar juntos dos hombres de buenas carnes. Al penetrar allí, vió don Wifredo un espacio

rectangular con cuatro puertas y ninguna ventana, cuatro chimeneas, alfombra rica y mesa central sostenida por cuatro quimeras. Avanzando, pudo apreciar las proporciones, holgura y simetría del local, la altura del techo, la luz amarillenta que por la claraboya de éste se filtraba. El decorado y su pátina de oro viejo le hizo un efecto semejante al de los antiguos altares del renacimiento; los santos eran allí unos señores graves pintados en altos medallones. Muchos de éstos aún no tenían santo... En el cuadrado salón había también tropel de diputados, tropel de gente, pues entre tantos individuos ceñudos ó risueños, serios ó locuaces, el buen alavés no distinguía los padres de los hermanos, sobrinos y yernos de la Patria... Con menos estrechez estaban allí que en el pasillo; algunos en movibles grupos paseaban de chimenea á chimenea; otros platicaban con indolencia en los divanes rojos.

Esparcía don Wifredo sus miradas buscando algún rostro conocido, cuando de un pelotón próximo á la mesa central se destacó el don Juan... Saludáronse con fingido afecto. Momentos después el Bailío era presentado al *pollo antequerano*, don Francisco Romero Robledo. El encogimiento y la cortesía ceremoniosa del caballero alavés contrastaban con la soltura y gracia del andaluz, así como la talla corta del primero, malamente agrandada por los tacones y la bimba, quedaba deslucida por la hermosa

figura del segundo, y por su arrogante juventud, el rostro animado de picardías, la palabra erizada de agudezas. No tardaron en hablar de política, asunto que abordaba con desenfado el de Antequera en todos los terrenos.

“No harán ustedes nada sin Cabrera—indicó Romero,—y Cabrera, según me ha dicho hoy un amigo que acaba de llegar de Londres, no está dispuesto á meterse en historias. Los aires de Inglaterra han amansado al tigre...

—Con Cabrera ó sin Cabrera—afirmó el alavés, que obligado se creyó á mostrar optimismo y resolución,—iremos al cumplimiento de nuestro deber para con Dios y para con la Patria... Usted, señor Romero, será de los que no quieren confesar que don Carlos es el único Rey posible en España.

—Lo que confieso y declaro es que le tengo por el único Rey imposible.

—Permítame que le diga que no es usted sincero...

—No se ofenda, señor mío, si afirmo que viven ustedes en un mundo de ilusiones engañosas...—y añadió con gracejo:—“livianas como el placer..”

—Natural es, señor don Francisco, que usted y yo nos mantengamos en nuestras respectivas torres, y en ellas nos tiremos á la cabeza nuestras opiniones inconciliables.

—Yo admiro á ustedes por su fe...

—Somos los grandes convencidos.

—Pronto serán los grandes desengañados.,,

Sonaron los timbres llamando á sesión. Era un estridor metálico que tintinaba en diferentes partes del edificio, como el canto de un sin fin de chicharras que á la vez agitaran sus vibrantes elictros. Los diputados se dirigían hacia el Salón; algunos quedaban en el pasillo; otros entraban, subían á los escaños, á la Presidencia, ó permanecían formando corros bajo las barandillas del hemiciclo. La sesión comenzaba perezosa; el Secretario rezongaba el texto del acta como una letanía. En el Salón de conferencias, observó don Wifredo que la muchedumbre política se rarificaba; vió á Romero Ortiz y á Ruiz Zorrilla que pasaron presurosos con escolta de amigos locuaces; vió también á un joven de buen año que, cargado de papeles, llevaba el mismo camino (después supo que era Coronel y Ortiz); poco á poco se fué quedando solo; con aire de hastío, tan pronto miraba él reloj colocado sobre la puerta, como las figuras alegóricas pintadas en la escocia, y en esto vió entrar por la puerta del escritorio á su amigo el diputado carlista Vinader. Era un señor regordete, con larga perilla, anteojos, expresión seria, aire de actividad, como hombre abrumado de ocupaciones.

“Querido Romarate—le dijo en el tono expeditivo que en él era habitual,—supongo que irá usted á la tribuna. Suba, suba... no se entretenga, que voy á hablar en seguida...

¡Qué Gobierno! ¡Bonita está la Libertad! En mi distrito han emprendido una persecución horrorosa. Creen que podrán someter-nos desterrando curas y prendiendo veteranos de la otra guerra... Ya le contaré lindas cosas.

—Celebro esta ocasión de oír á usted... Pero tenga la bondad de indicarme el camino, que aún no conozco las subidas y bajadas de este *establecimiento*... como dijo el diputado y obrero catalán..”

Cogiéndole del brazo, le llevó al pasillo y á una de las escaleras, no sin que en aquel breve tránsito hablaran de la Causa. “¿Qué hay, amigo Vinader? ¿Tenemos alguna novedad?,”—“Poca cosa, y esa no muy buena. El empréstito no cuaja. Los banqueros Cramer y Breda no dan lumbre sino en condiciones horribles..”—“¿Y el Condé de Chambord?,”—“Nada entre dos platos. El Duque de Módena no suelta una peseta... En fin, ya hablaremos. Suba, suba..”

Indicándole la ruta que había de seguir, partió como una flecha hacia el Salón. Momentos después, el Bailío entraba en una tribuna junto á la diplomática, y tomaba sitio en la grada tercera; la primera y segunda estaban ocupadas por señoras elegantes... Un mediano rato empleó en contemplar el ancho y vistoso local, la Presidencia, las ringleras de diputados... Luego recogió sus miradas para examinar la sociedad de ambos sexos que inmediatamente le rodeaba. Abarcado todo el conjunto, lo distante

y lo próximo, fijóse en Vinader, que había empezado su perorata, gesticulando debajo del reloj, un poco hacia la izquierda. El sanjuanista no veía de su amigo más que la calva lustrosa, y la larga perilla que marcaba con nervioso sube y baja el ritmo de la indignación del orador. De lo que éste dijo no pudo enterarse. En los escaños y en las tribunas un murmurar hondo, como zumbido de abejorros, ponía sordina á los discursos. Diputados y público se distraían, se impacientaban...

Con ojos y oídos aplicó Romarate toda su atención á dos damas que picoteaban en la tribuna, separadas de él tan sólo por una grada. Eran la Villares de Tajo y la Campo Fresco, ambas privadas ya de toda frescura en la tez, pero conservándola en el ingenio y la palabra. No eran jóvenes, pero aún tenían ese atractivo emanado de la distinción y de la buena ropa, especie de hermosura convencional que hace las veces de la verdadera, y aun de la misma juventud. Era don Wifredo muy devoto del mujerío, aunque en las más de las ocasiones lo disimulaba, por obediencia al buen parecer y al rigor dogmático de la moral que su significación política le imponía; y entre todos los tipos femeninos, gustábale singularmente el de aquellas damas, ajadas ya, pero siempre seductoras por el prestigio heráldico y social.

Algo daría el personaje alavés por tener coyuntura de entablar conversación con las aristócratas picoterías; pero entre ellas y él

había una grada donde varias señoras y señoritas provincianas y un caballero enteco hacían comentarios sobre la gallardía de los maceros, ó trataban de interpretar el simbolismo histórico de las frías pinturas del techo.

El señor enclenque, con vanagloria de cicerone parlamentario, iba designando á las provincianas los diputados de más viso: “Aquél de larguísima barba blanca, el vivo retrato de Abraham ó Moisés, es Montero Tellinge, gallego él y progresista; y aquel jovenzuelo gordo y lucido de carnes es Coronel y Ortiz, entenado de Becerra... Muy cerca veréis al mismo Becerra. Más allá está Moncasi, el gran progresista aragones. Frente por frente tenéis á Muñiz, aquél de las patillas negras; junto á él, Damato... Más arriba, mi amigo Alvaro Gil Sanz, y en la fila más baja del redondel, veis á Moreno Benítez, á Milans del Bosch, á Paúl y Angulo, á *Frasco* Monteverde,... los mejores amigos de Prim. Mirad ahora por aquí abajo, tirando á la izquierda. Ahí tenéis á Cánovas, que según dicen es un gran talento: ¡lástima que no sea progresista!... Los republicanos, los que despiertan más curiosidad en Madrid... y en provincias no se diga... no puedo enseñároslos bien. Están aquí, debajo de nosotros. Si os ponéis en pie, podréis ver sus calvas; sus rostros, no. En lo más bajo García López y el valiente Fernando Garrido; arriba Figueras y el Marqués de Albaida; Castelar un poquito más abajo...

Arriba también, y arrimado á la derecha, se sienta Sánchez Ruano. Lástima que no hable hoy, porque había de gustaros por lo desahogado que es y la gracia que tiene... García Ruiz entra en este momento... Vedle llegar á la escalerilla... Es ese de color de pez, y el peor vestido de las Cortes... Ya sube; tras él viene Díaz Quintero, otro que tal en cuestión de ropa... Toda esta parte la ocupan los republicanos; entre éstos y los moderados, tenéis á los *carcundas*, Cruz Ochoa, Ortiz de Zárate y el Vinader ese, que nos está *vinaderizando* hace media hora y no lleva trazas de acabar..”

Muy mal le sentó al caballero de San Juan este modo irrespetuoso y burlesco de designar á los hombres de su partido y al digno diputado tradicionalista que rompía lanzas por Dios y por el Rey... No pudo contenerse: dirigió al descortés sujeto desconocido una mirada furibunda... El otro se dió por enterado, y fué más discreto en lo restante de sus informaciones, que recordaban el retablo de Maese Pedro. Tanto molestaban á don Wifredo la charla y el desenfado de aquella gente, que hizo propósito de marcharse; mas por fortuna los otros le dieron mejor solución, porque una de las señoritas se sintió sofocada del calor y pidió retirada. Verdaderamente, de Cortes y diputados tenían ya bastante, y el resto de la tarde podían emplearlo en dar otra vuelta por el Retiro. Al Bailío le vino Dios á ver cuando salieron las provincianas y el

caballero enteco, no sólo porque se libraba de vecinos fastidiosos, sino porque, al quedar vacía la segunda grada, podía descender á ella y estar pegadito á las damas elegantes... Saltó, hizo el paso de un banco á otro con juvenil ligereza, y en su nuevo sitio sentía gozo indecible aspirando el sutil perfume que las aristocráticas prójimas exhalaban.

VIII

Ansioso el hombre de ser notado, tomaba las posturas más propias para caer dentro del campo de visión de sus nobles vecinas cuando volvían la cabeza. Toda exclamación de ellas, ya fuese de alabanza ó de burla, la repetía y celebraba, agregándole algún fino comentario. Y tan embargado tuvo su espíritu en este juego de coquetería, que apenas se dió cuenta de que hablaba Sagasta contestando al difuso Vinader. Vagamente fijó sus miradas en el banco azul: vió los ademanes graciosos y elegantes del Ministro de la Gobernación, y oyó sus giros familiares y sus argumentos socarrones. Fué una visión rápida, porque don Práxedes se sentó pronto. La Cámara reía: don Wifredo no sabía por qué.

Inútiles eran las insinuaciones galantes del sanjuanista para enganchar la atención

de las señoronas. Sonrisas, miradas, muestras de conformidad y aquiescencia, todo resultaba como pólvora mojada. El apuntaba; pero el tiro no salía. En esto, presentóse un ujier con cartuchos de caramelos que á las damas enviaba el señor Romero Robledo. Pensó el caballero alavés que sus vecinas le convidarían; pero se equivocó en este cálculo risueño. Sin percatarse de ello, también él era un poco provinciano, pues las damas no eran de esas que convidan á un desconocido, como suele acontecer en los coches de un ferrocarril ocupados por gente del montón. Observó que una y otra señora criticaban acerbamente todo lo que oían á los oradores republicanos y progresistas. Sin duda eran *moderadas*, de las viejas cepas de Narváez ó Sartorius. Primero, hablaron pestes de Montpensier, por si vendía ó no vendía las naranjas de San Telmo. Luego cogieron por su cuenta á don Fernando de Portugal, un Coburgo viudo, casado después morganáticamente con una bailarina. Tembló el Bailío, sospechando que la emprenderían después contra don Carlos; pero con gran sorpresa y deleite oyó decir á la Campo Fresco: "Que no le den vueltas. El único Rey posible es don Carlos.," Alguna objeción hizo la otra; pero al punto tuvo réplica categórica y contundente: "O lo aceptan trayéndole con pomada, ó España le traerá con sangre. Que escojan.,"

Encantado de lo que oía, Romarate estuvo á punto de quebrantar la etiqueta, pre-

sentándose á sí mismo con sus títulos heráldicos y el dictado de carlista de acción, emisario probable del Rey en las Cortes extranjeras. Pero no había medio de llevar á la ejecución el atrevido pensamiento, porque las señoras, cuando él se insinuaba con ademán de romper el capullo de su timidez, volvían la cara, dejándole cortado y suspenso. Creyó notar que en una de éstas cuchicheaban, se reían... El rostro de don Wifredo echaba llamas. "O son—pensó,—de las que sólo tienen de damas el nombre y el traje, ó también en las personas de alto abo-lengo se debilita, se pierde la buena crianza. Voy viendo que en este corrompido Madrid para nada existe ya la seriedad. Todo es reir, bromear, sacar chistes á cada paso, y para las cosas más graves le sueltan á usted un chascarrillo indecente."

Por fin las señoras, fatigadas ya de una sesión que les ofrecía poco interés, se levantaron para salir. En aquel momento tan propicio para una cortés aproximación, fué también desgraciado el Bailío, porque cuando alargaba su mano para ofrecer apoyo á la más próxima, vió que un brazo negro avanzó con el mismo objeto. Era brazo y mano de un cura que estaba en la tercera fila y que debía de conocer á las damas, porque algo les dijo á que ellas contestaron *con sonrisa*... La otra recibió apoyo de un oficial de Caballería que acababa de entrar en la tribuna. "Debí acudir más pronto—se dijo don Wifredo pesaroso.—Para otra vez he de pro-

curar ser algo atrevido, pues ya veo que este Madrid liberalesco y corrupto es de los desaprensivos, tirando un poco á desvergonzados..”

A la tarde siguiente fué don Wifredo más venturoso, porque desde que entró en la tribuna le sonrió la suerte por la linda boca y ojos de una señora que le tocó por vecina. Era jamona; risueña, larga de lengua y opulenta de pechuga, corta de resuello por las apreturas del corsé, el rostro harto retocado de afeites, tan cargadita de buenas joyas como aliviada de cortedad. Su desembarazo era tal, que apenas vió á su lado á Romarate, trabó conversación con él: “Caballero, váyame diciendo... ¿quién es el que habla? ¿Y aquéllos de enfrente son los Ministros?... ¡Oh! sí, ya distingo á Prim: le conozco por los retratos... El que ahora entra es Topete... Dispénseme; pero soy de Cáceres; nunca he visto esto: hoy vengo aquí por vez primera... Estaremos aquí un mes, ni un día más... Pero no faltaremos á ninguna sesión... Esto es precioso... Lo que queremos es oír discursos de esos que levantan ampolla...”

Hablaba en plural, porque acompañada iba de otra jamona, flácida, desvaída y fualastre de vestimenta, con trazas de parienta pobre. Derritiéndose de cortesía, respondió don Wifredo al atropellado interrogar de la señora cacerense, y viendo la fácil llaneza con que ésta se insinuaba y su airoso desprecio de toda discreción, entendió que el cielo aquella tarde le deparaba conquista

segura, y se dispuso á proseguirla y rematarla del modo más gallardo. No necesitaba ser atrevido, porque la dama le había tomado la delantera en las audacias, y su alma, saliéndosele por ojos y boca, buscaba el alma del caballero. En la sinura, éste se quebraba de puro sutil.

“Mi deber de informante, señora—le dijo,—me obliga á prevenir á usted que ese á quien ahora se concede la palabra es don José María Orense, Marqués de Albaida. Aquí le tiene usted, debajo de esta tribuna, en el escaño más alto.” Atendió la dama gorda, y viendo que el orador era de edad madura, salió con este donoso comentario: “Caballero, usted comprenderá que no viene una de Cáceres á oír á los oradores viejos, sino á los jóvenes.” Celebró la gracia el alavés, y ambos escucharon al orador, que explanaba una idea conforme con el dicho de la gordinflona; pedía que al llegar á los veinte años adquiriesen todos los españoles el derecho de sufragio.

“Este buen señor—dijo el Bailío,—es hombre agudo, franco, noblote, y de los que expresan su opinión sin rodeos. Por su llaneza me gusta, por su honradez es digno de admiración; pero á mí no hay quien me quite de la cabeza que en la suya faltan algunos tornillos de los más necesarios para el buen discernimiento. Yo pregunto: ¿cómo es que este señor Marqués, aristócrata de raza, milita en los ejércitos del loco republicanismo?,” Y la vecina frescachona, que sin

duda era filósofa sin saberlo, respondió con cierta gracia ordinaria: "El mundo va caminando ahora *cacia* la variedad... Todo es *de otra manera*... ¿No lo entiende? Pues hasta en mi pueblo lo entendemos."

El buen castellano viejo, con ribetes de manchego por su lógica refranesca y su diáfano estilo, defendía la juventud, y con gracejo hablaba de *santones* y *santoncitos*, acusando á los viejos de que en sus manos se desacreditaban los movimientos populares. Le respondió Sagasta, imitándole en el razonar marrullero y en los tópicos aforísticos. Ambos hicieron reir con sus donaires al ilustrado concurso, y la cuestión entre jóvenes y viejos pasó, no á la Historia, sino al Limbo de una Comisión parlamentaria y somnífera. Entróse luego en lo que llaman *Orden del día*, que era el proyecto de Constitución en su totalidad, y dieron la palabra á un orador joven que se sentaba en el banco de la Comisión, detrás del de los Ministros... A la preguntona de Cáceres no supo contestar el sanjuanista. Había visto al orador en el Salón de conferencias: de él había oído que era uno de los jóvenes que más alto picaban en la predicación política; pero no se acordaba de su nombre. Felizmente, uno de la tribuna, con voz alegre, lo soltó en la grada más alta, y pronto corrió de boca en boca: "Es Moret... ese Moret, Segismundo..." — "¡Ah! sí, Moret y Prendergast."

Apenas empezó el orador, supo cautivar al auditorio. La dama cacereña, con sus ge-

melos chiquitos de teatro, hizo de él un examen atento. “¡Qué guapo es! —dijo sin poner frenos á su admiración; y pasando los gemelitos á la pariente pobre, agregó:—Mira, Jesusa, qué hombre más guapo.” Luego le tocó el turno á don Wifredo en el uso del óptico instrumento. Ver *de cerca* al orador y oír los encomios de la señora, era todo uno. “¿Verdad que es guapísimo? ¡Y qué cuerpo tan gallardo, qué actitudes y qué mover de brazos!,” No tuvo el Bailío más remedio que asentir á cuanto se le decía, pues la urbanidad y sus designios de conquistador así se lo ordenaban.

Reconocía el ilustre alavés, en su fuero interno, que Moret hablaba con perfección: dominaba las ideas, y con arte supremo las iba presentando engarzadas; dominaba el lenguaje, que era en su boca un esclavo sumiso y servidor diligente. Pero con todo esto y su airosa figura, el orador le encocoraba, porque defendía el proyecto del Gobierno, y para don Wifredo nadie que patrocinase las ideas *septembristas* podía ser de su agrado y devoción. Además, los elogios desmedidos de la señora, las flores con que á cada párrafo y á cada triquitraque adornaba la persona del caballero parlante, fueron parte á que el de San Juan le toma e ojeriza. ¡Vaya con los hombres guapos! Cuando tuviera más confianza con la cacereña, le diría que otras cualidades, más que la pulidez del rostro y la buena caída de ojos, deben ser estimadas en el hombre.

La simplicidad de la dama era realmente encantadora: con igual candor colmaba de elogios al joven por su gentileza, y declaraba después que no había entendido ni jota del discurso. Y no era que Moret fuese obscuro; al contrario, su verbo resplandecía de claridad. Pero la extremeña era absolutamente indocta en aquellas materias, y no sabía más sino que el orador *hilaba bien* sus razones. A pesar de esto, el discurso le parecía largo. ¿Por qué no acababa ya? ¿Por qué no *cogía* otro la palabra?..

Viéndola con trazas de aburrimiento, el conquistador creyó llegada la ocasión de encaminarse resueltamente á su negocio, y comenzó á disponer sus artilugios de amor fino, que eran, en verdad, harto anticuados y candorosos. Preguntitas, manifestaciones de gustos y preferencias, un discreto lamentar de la suerte por no encontrar las personas dignas de confianza y afecto... todo fué saliendo quedito y con delicadeza de los labios del caballero de San Juan... Tenía él vivos deseos de ir á Cáceres. Debía de ser un pueblo muy hermoso, de aspecto noble, como residencia de nobles familias... ¡Lástima que la señora ¡ay! no estuviera más tiempo en Madrid! ¿Por qué no quedarse siquiera hasta San Isidro?... El había simpatizado atrozmente con la señora, cuyo nombre aún ignoraba... La señora ¡ay! era de esas personas que con sólo una palabra, un suspiro, dejan traslucir un alma hermosísima... El era hombre que siempre ponía por enci-

ma de todo las dotes del alma... Por nacimiento, por educación y por pertenecer á una de las más venerables Órdenes de Caballería, *su línea de conducta* frente al bello sexo era la de una consumada delicadeza...

Y al cabo de estos requilorios del manido formulario del año 43, hizo la extremeña nuevos derroches de simplicidad. "Mi esposo—dijo—es también muy caballero... ha sido militar... Pronto le verá usted... Abajo está conferenciando con los diputados de Cáceres, señor Conde de Torre Orgaz y don Vicente Hernández... Quedó en subir á recogerme... Hilarión ha sido militar, como digo... Sirvió con Espartero, que le quería como á un hijo... Es hombre de muy mal genio y de pocos amigos... pero en el fondo, un ángel... Como usted, es delicado con las señoras, *verbigracia*, conmigo, pues para él no hay más bello sexo que yo... Y si para mí es de rosas, para todos es ortiga, y no tiene más ley ni más roque que el puntillo de honor.,,

Como gotas de hielo cayeron estas cláusulas bobas sobre el arrebatado corazón del sanjuanista. Y aún tuvo que oír mayores candideces de la dama extremeña. Era natural de Coria, hija única de padres muy ricos, que no aprobaban la boda con Hilarión. Este la depositó contra viento y marea. Era un hombre terrible. Toda Coria se alborotó... Hilarión tuvo seis desafíos... Iba al campo del honor como quien va á beberse un vaso de agua...

No hubo de esperar Romarate largo tiempo para conocer al truculento esposo de la dama frescachona... Aún no había terminado Segismundo su bella oración; aún se regocijaban los oyentes de abajo y arriba con la admirable ilación discursiva, cuando don Wifredo vió aparecer en la primera grada de la tribuna la procesora estampa de un caballero. Era él; era el Hilarión, el Perseo de la fábula cauriense. Su esposa, su Andrómeda, desde la grada inferior le dió á conocer por las miradas que entre uno y otra se cruzaron. El Bailío clavó en él los ojos, y obligado fué á retirarlos al punto, pues los del sujeto no admitían persistencia de extraña mirada.

Lo culminante del rostro terrible de dñ Hilarión era un bigote tan grande, que con él podrían hacerse hasta una docena, de regulares proporciones para hombres bien barbados ó bigotudos. Mas que bigotes eran dos cortinas que arrancaban del labio superior, y con pelo de la cara hábilmente dispuesto se prolongaban hasta los hombros. El color negro, retinto, abetunado, hacía más terroríficas las magníficas excrescencias capilares, obra de los años y de un cultivo esmeradísimo. El hombre las alisaba y repartía á un lado y otro con suaves pases de su mano, como diciendo: "Aquí hay un león que tiene por melenas estos signos de virilidad, y con ellos cita y emplaza á cuantos varones andan por el mundo armados de ordinarios bigotes.,,

Concluían la figura del respetable don Hilarión dos ojos fulgurantes, que eran pregoneros de la marcialidad y guapeza del negro aparato bigotil, y más arriba lucía la bóveda de una lustrosa calva. En la nítida y bien planchada pechera ostentaba el hombre un grueso brillante, cuyos destellos eran el adorno retórico de aquella firmísima provocación caballeresca ó matonil. Don Wifredo, dentro de su sayo, tembló y soltó la risa.

Puso punto final Moret en su gallarda peroración, recibiendo aplausos y felicitaciones de los circunstantes, y en aquella coyuntura ó paréntesis levantóse la extremeña para subir hacia su marido, que con bigotudos signos (que en él las miradas eran también mostachos espeluznantes) la llamaba. Por distracción sin duda, que á otra cosa no puede achacarse la falta, la señora no se despidió del galán su amable vecino; no tuvo para él un movimiento de cabeza ni una sonrisa de las que á los guapos oradores prodigaba. Al subir de grada en grada, su corpulencia y anchuras lozanas fueron gran molestia para los asistentes á la tribuna. Todo lo recogió el fantasmón de los bigotes, dueño indiscutible de aquellos ricos tocinos extremeños. El último detalle fué que si la dama gorda no hizo al salir ningún aprecio del desconsolado caballero de Jerusalem, en cambio la otra señora ó mujer, la que don Wifredo calificó de parienta pobre, le agradó con una sonrisa y una mirada...

del año 43. Y el Bailío de Nueve Villas, aunque la tal no era bella ni joven, lo agradeció cumplidamente, porque el mirar delicado y el lánguido sonreír respondían á sus arcáicas artes de amor, encastilladas en la tradición y refractarias al progreso.

IX

La siguiente tarde, que era la del 9 de Abril, la pasó don Wifredo en el Salón de conferencias más que en la tribuna. Hizo conocimiento con Vallín, hermano del que fusilaron en Montoro; con José Luis Albareda y con Augusto Ulloa. De lo poco que les oyó hablar, dedujo que eran *orleanistas*, y no fué preciso más para mirarles con recelo y antipatía. Después vió al pomposo don Salustiano con sus amigos Pardo Bazán y Montero Tellinge: eran el núcleo del bando que patrocinaba la candidatura de don Fernando de Portugal. Creía el noble alavés que los tales, así como los de Montpensier, estaban locos, ó que se habían vendido al oro extranjero. Esto mismo pensaba y decía Cruz Ochoa, por quien el Bailío sintió vivos estímulos de amistad apenas le hubo tratado. Era joven, esbelto, rubio como las espigas, y sus palabras despedían esa fragancia de las convicciones que con nada puede confundirse. Había sido guardia civil, y con

el uniforme de este Cuerpo se le vió años antes en las aulas de la Universidad estudiando la carrera de Derecho. Los carlistas de Pamplona le dieron sus votos para las Constituyentes. Cumplió en ellas como soldado parlamentario de la Monarquía que llamaban legítima. Después se hizo cura, estado á que le llamaban sus ideas, cierta testarudez del ánimo, nacida del trato con cabecillas veteranos y clérigos levantiscos. Contribuyó á encender la guerra civil con su palabra, no con el ejemplo de lanzarse al campo ungido por la Iglesia, trocando la estola por el fusil.

Con otro constituyente simpatizaba don Wifredo, saltando por encima del ancho foso que entre ellos abría la política. Era Sánchez Ruano, el ático ingenio salmantino. Admiraba en él la juventud, la gracia, la oratoria impulsiva y pendenciera, en la que armonizaba la virilidad del luchador republicano con las sales del humanista. Debe añadirse que el caballeresco Romarate sentía menos aversión de los republicanos que de los monárquicos llamados constitucionales. Entre aquéllos los había dignos de simpatía y aun de amistad; los otros, hombres sin fe religiosa ni política, no merecían más que desprecio. Los que, hartos de recibir honores de la Reina Isabel, la destronaron groseramente, y andaban luego pidiendo prestado un Rey á las naciones extranjeras, le parecían seres descoyuntados, políticos de circo ecuestre, cuatreros con puntas de ru-

fianes. Al pensar así, don Wifredo no era más que un lorito repetidor de la opinión de su partido.

Un momento subió á la tribuna por ver qué ocurría. De la pena de muerte y de la necesidad de su abolición, hablaba un orador progresista tiernamente compadecido de los asesinos y ladrones. ¡Horror! A la descarriada *España con honra* no le faltaba ya más que *honrar el delito*, y repartir á los delincuentes chocolate de Astorga... Escapó de la tribuna cuando empezaba la votación de proyecto tan desatinado, y en el Salón de conferencias, donde platicaban sosegadamente no pocos escépticos de la pena de muerte y de otras penas y glorias, agregóse á la trínca de Romero Robledo. Le agradaba el antequerano por su alegría, por el tijere-teo de su sátira, y por su ropa, que resultaba en él de una perfecta elegancia personal, aun contraviniendo los cánones indumentales para hombres públicos. Usaba comunemente *chaquet*, pantalón y chaleco de colores distintos, corbata un tanto chillona. Con estas prendas, que en otro habrían sido demasiado pintorescas, resultaba el *rubiales* de Antequera muy bien. Así lo entendía don Wifredo, y más de una vez le contempló con idea de imitarle; pero pronto se hizo cargo de que la imitación era imposible. Lo que debía buscar el Bailío era una originalidad propia, huyendo del plagio, más peligroso en esto que en literatura...

Rodeado de amigos, entre ellos Barca,

León y Llerena, Bermúdez Reina, Urríes y otros, *el pollo antequerano* picaba en todos los asuntos del día, en las personas más que en las ideas. Desenfadado, locuaz, gratísimo á las damas, poseía cuanto es menester para una brillante carrera política, y él la iniciaba con el arte instintivo, netamente español, de dejarse querer. Lo primero que aprendió fué á enguatar su ambición de modo que no lastimase á nadie. Fumaba cigarrillos con pinzas de plata para no manchar sus dedos pulcros... Fué á las Constituyentes como satélite de Ayala, y desempeñaba en derredor de éste la Subsecretaría de Ultramar. En el arte en que había de ser un águila andando el tiempo, el arte de hacer amigos, despuntaba ya entonces con genial precocidad. Cuentan que Ayala le decía: "Ya me duele la mano de tanto firmar credenciales para tus protegidos de Antequera... y de media España „

Un ratito figuró don Wifredo, aunque con muy escaso brillo, en la constelación de habladores presidida por Romero. De allí le llevó Urríes al pasillo largo que une las estancias de los dos Presidentes, de la Cámara y del Consejo, y paseo arriba, paseo abajo, trabaron palique con diferentes sujetos que asiduamente concurrían á la casa: periodistas, algún ex-diputado, algún ex-gobernador del Bienio en expectación de destino, aspirantes unos, sobrereros otros de la política. Allí, como en el Salón, había hombres arcáicos junto á otros que eran plan-

tas nuevas acabadas de traer de la almáci-ga; los había también que confundían en sus rostros los signos de la antigüedad con los de la juventud. Entre éstos individuos, uno con particular interés fué presentado á don Wifredo por Urríes, para lo cual misteriosamente los arrimó á un rincón, encareciéndoles la conveniencia y oportunidad de que fuesen amigos. El desconocido y presentado lo fué con el nombre de Celestino Tapia y con filiación tradicionalista. “Es de los empedernidos,, había dicho Urríes.

El tal Tapia lo mismo podía pasar por joven revejido que por anciano remozado: diríase una vida desligada del fuero del tiempo. Tenía cara de vieja; su labio superior ostentaba un bigotillo más poblado que el que decora la faz de algunas mujeres. El color era moreno, como pasta de higos; la nariz trompuda, los ojuelos chispos y maliciosos, la boca rasgada y pícara, conductora de un verbo ceceoso, sazonado con donaires. Desagradable á primera vista, dejaba de serlo cuando la palabra fácil y entretenida animaba el corcho de aquellas facciones... Del cuerpo nada malo se podía decir: era esbelto y flexible en su mediana talla, y de añadidura correctamente vestido según la moda del día. Esto cautivó á don Wifredo, admirador de los figurines vivos. Pero no tenía el sanjuanista bastante mundo para distinguir la verdadera elegancia de la de aluvión, adquirida en pocas lecciones con el texto de un buen maestro sastre. Tanto ó

más que el lujo y propiedad del vestir, agradó al Bailío el santo amor á la Causa, manifestado por el Tapia desde las primeras conversaciones. Cierto que también esta cualidad era de acarreo; mas el ciego fanatismo del señor de Romarate no podía como tal apreciarla.

Después de cambiar sus cortesanías, subieron los dos amigos á la tribuna. Lo primero que hizo don Wifredo fué pasar revista al mujerío, y á este propósito le dijo Tapia: “Estamos en el mejor campo para conquistas, señor de Romarate. En los días que llevan discutiendo la totalidad del proyecto de Constitución, yo he hecho tres... y no malas.” Admirado y dolido de tales venturas, don Wifredo pidió á su amigo que le revelase el secreto de sus rápidos triunfos. “Aquí no hay más que citar con los ojos—dijo Celestino.—En seguida *toman varas*... Vienen á lo platónico y á lo que no lo es... Elija usted luego.” Replicó el Bailío que él, por su condición de representante de los principios de Religión y Monarquía tradicional, no podía traspasar los límites de la moral cristiana. “Ya hablaremos de ello—dijo el otro,—y oigamos los discursos de estos bandoleros, que tienen secuestrada á la pobre España, y la venderán al extranjero si los dejamos... Paréceme que la función de esta tarde será de las que hacen época en la historia del aburrimiento... Si á usted le parece, dejemos este beaterio y vámonos á batir calles y á ver chicas guapas.”

Así lo hicieron, y la tarde y prima noche pasaron sin sentirlo, charlando en Recoletos y en el café Universal. Comieron en la fonda de Barcelona, donde vivía Tapia, y prolongaron la sobremesa parloteando hasta más de las doce. Nunca había gustado tan intensamente don Wifredo el placer puro de la charla, hablar por hablar, picando en todos los asuntos desde el político más alto al chismográfico más rastrero. Algo sabía el alavés de historias cortesanías; pero Tapia, que era viviente archivo de lo verídico y de lo falso, colmó la medida de la curiosidad de su amigo. De innumerables personajes ó fantasmones en candelero hizo Tapia disecación cruel, rajando sin piedad y sacándoles al aire las entrañas. A las mujeres de algunos puso mentalmente en la picota, aligerándolas de ropa para poder azotarlas más en lo vivo, refiriendo sus vicios, engaños y trapisondas, que movían á indignación y risa. El bendito don Wifredo estaba horrorizado.

Derivó la conversación hacia la pura política, y el desvergonzado Tapia hizo, con trazo gordo y chafarrinones espesos, retratos de hombres y partidos, esmerándose en pisotearlos y ennegrecerlos. Véase la muestra: "Esos pobres progresistas son un hato de borregos, que no saben ni balar; los de la Unión, zorros que vienen al robo de gallinas y huyen al menor ruido; los demócratas, papagayos disecados, que con un mecanismo dan los tres golpes de *Libertad*, *Igual-*

dad, Fraternidad. Ni entre todos valen tres pepinos, ni son capaces de hacer nada. Desaparecerían de un soplo si no tuvieran á su frente á ese hombrecillo desmedrado y lívido, á ese Prim, monstruo que parece un arrapiezo, saco de malicias, vaso de bilis... Su perversidad es tan grande como su inteligencia... Y ahí le tiene usted: es el amo... ha cogido á España y se la ha metido en el bolsillo... ¿Quién es el guapo que se atreve con él? Créame, señor don Wifredo: Prim es el estorbo insuperable, la rémora, el atasco...„

Quedaron los dos un instante pensativos, y luego mordieron en otro tema. Era viernes; el sábado también lo pasaron juntos; el domingo, no. Tapia tuvo que ir á Aranjuez, y el Bailío empleó el día en visitas: quería exponer al joven Olazábal y al viejo Aparisi su situación equívoca y desairada en el partido. El lunes 12 de Abril, conforme á la cita que se habían dado, reunieron-se á primera hora en el Congreso para presenciar juntos la sesión, que había de ser interesante: hablaría Manterola. Puntuales y madrugadores acudieron á la tribuna, resignándose á las apreturas y al largo plantón con tal de tener sitio. Casi todas las delanteras estaban ya ocupadas cuando Tapia y Romarate llegaron. Las señoras eran las más impacientes, las más ávidas de obtener lugar, y explotando el fuero de galantería, desalojaban á los caballeros de los sitios preferentes para ocuparlos ellas. Con gran tra-

bajo lograron los dos amigos un par de puestos en primera fila, arrimados á una columna: hallábanse en situación contraria á la que otras tardes ocuparon, es decir, á la derecha del Presidente, costado de la Epístola, aunque sea mala comparación. Tenían debajo á los Ministros y á la Comisión; veían de frente á las minorías ó izquierdas, que caen siempre del lado del Evangelio, comparando mal.

Largo rato hubieron de esperar viendo la Presidencia desamparada, los grandes semicírculos rojos como enormes mandíbulas bostezantes. Don Wifredo engañaba su hastío mirando al techo y al abanico de cristales que se abre ó se cierra para templar el aire del Salón; miraba las pinturas frías, cual estampas iluminadas y desteñidas por la luz, representando reyes aburridos y alegóricas figuras de las Artes y las Ciencias, que también gemían bajo el imperio del simbólico fastidio. De allí, por buscar el consuelo de la variedad, abatió sus miradas sobre la curva fila de las tribunas, y desfloró gozoso la ringlera de señoras que en aquel *cuerno de oro* brillaban. Movidos por el calor, aleteaban los abanicos; movidos de la curiosidad y del tedio expectante, mariposeaban los ojos. Colorines de sombreros salpicaban de temblorosos puntos todo el circuito...

A poco de comenzar la mujeril requisa, don Wifredo vió en la tribuna de los diplomáticos á las dos orgullosas damas que una

tarde le mostraron un desvío mortificante. En otra tribuna frontera vió á la señora cacerña que por breve rato fué su amiga. A la derecha estaba el tremendo marido de los bigotes espantables; á la izquierda, la pariente pobre, cuya mirada recogió la del sanjuanista, y ambas quedaron enzarzadas y como en simpática trabazón una con otra... Creyó el alavés que al correr de los minutos, los ojos de la dama pobre variarían de objetivo; pero no fué así. Continuaban fijos en el caballero, sin hartarse de su contemplación. Indudablemente, era una mirada del año 43, toda fe, ternura y constancia; mirada que decía: "Quiero un amor puro... y eterno."

X

No se le escapó el juego al maligno Tápia, que así dijo á su compañero: "Amigo, conquista tenemos... y ésta es de las que vienen con prisa... Allí hay unos ojos que se lo comen á usted. Supongo que esto no es nuevo, pues no se empieza con tanto furor..."

—Cierto que no es nuevo—murmuró el Bailío dándose tono lo más discretamente posible.—Ello *data* de hace días... Es una señora que adopta formas humildes; es persona que sufre; un ejemplo más de grande-

zas caídas, que no quieren contaminarse de la farsa reinante... como aquella otra que ve usted á su lado... una gordura cerdosa, imagen del siglo, ¿verdad?... La que me mira pertenece á la primera nobleza de Cáceres... Algo ajada está de tanto llorar, de tanto sufrir humillaciones...»,

En éstos y otros decires y comentarios se fué animando el Salón. Llegaban diputados; aparecían los maceros precediendo á los señores de la Mesa; comenzaba el run-run del Secretario en la tribuna. Ya ocupaba Rivero el alto sitio. Su figura recia, tozuda y ciclopea, llenaba la Presidencia. Ladeado en el sillón, hablaba con Ministros y diputados que á saludarle subían. Como todos los días, el principio de la jornada parlamentaria era un diluvio de exposiciones con miles de firmas pidiendo la unidad católica.

Los Ministros, andando de lado como los cangrejos, iban poblando el banco azul. Ya estaban en su sitio todas las celebridades: enfrente Castelar, Orense, Figueras... debajo del reloj, Cánovas; más á la izquierda, Ríos Rosas. Don Wifredo y Tapia vieron los solideos de Manterola y Monescillo, sentados bajo ellos, no lejos del banco de la Comisión. Un escaño más arriba veíase la roja vestimenta del Cardenal Cuesta. La orden del día no se hizo esperar. Empezó Cánovas rectificando, y á pesar de su fama, no obtuvo la atención de don Wifredo. Tratábase de contestar á conceptos de Ríos Rosas en la sesión última. Más que esto, le importaba al

Bailío cerciorarse del mirar persistente de su conquista, la cual, en su expresión amorosa, á juicio del caballero, no pasaba ni un día más acá de la caída de Espartero, y con sus ardientes y febriles ojos decía: "Tu amor ó la muerte." Era como un alarido del romanticismo que quería volver de ultratumba.

Recreándose en los ideales románticos, y acariciando á cada instante con su expresión caballeresca el mirar dolorido que de la tribuna frontera venía, el alavés no paraba mientes en los discursos. Ni le interesaba la oratoria viril y membruda del gran Ríos, ni menos la de Cánovas, en quien no vió más que uno de tantos constitucionales que en la España sin Rey iban á su negocio, llevando por señera el nombre de cualquier candidato de los averiados é imposibles... Prendido estuvo el espíritu del sanjuanista como una mosca en la red de miradas que tejía desde enfrente la dama melancólica y pobre, hasta que don Nicolás María Rivero, con su voz ciclopea, dijo: "El señor Manterola tiene la palabra."

A éste sí había que oírle. Era la Monarquía legítima, era la Religión, era la Verdad, voz augusta que pronto habría de desvanecer y dispersar las gárrulas mentiras. Púsose en pie Manterola, requirió su manteo, desembarazó su garganta con ligera tosecilla y empezó su perorata con ademán grave y modesto, con palabra llana, fácil, sin otro defecto que una leve guturalización

de las erres. De él se había dicho que era más tribuno que predicador, y que sus éxitos en el Congreso habrían de superar á los obtenidos en el púlpito. Y era verdad: Manterola se revelaba como un parlamentario hecho y derecho. ¡Con qué habilidad tocaba la delicada cuestión de creencias, sin herir las creencias ó incredulidades del contrario! ¡Y qué arte puso en disimular la pesadez de la erudición eclesiástica!

“¡Lo que habrá leído este hombre!”, dijo don Wifredo al oído de Tapia... Y éste replicó: “Sabe demasiado. No es menester atracarse de lecturas malignas para traer aquí la sana y sencilla verdad.” Esta idea era reflejo de una opinión muy extendida en el país vasco-navarro con respecto á Manterola. Creían por allá que para combatir la herejía y su derivación liberal, bastaban la fe y un conocimiento somero de la cuestión. Los creyentes habrían querido á Manterola más burdo, más elemental, quizás un poco zote, ayuno y limpio de exóticas filosofías. De tal absurdo protestó así el alavés: “Necesitamos venir al combate armados de todas armas, y con pertrechos y material de guerra semejantes á los que traen nuestros enemigos. He aquí un adalid que con cuatro mandobles no tardará en merendarse á toda esta caterva de sofistas y desvergonzados masones. Usted lo verá: aguárdese un poco. Vea con qué atención le oyen; note las caras de sorpresa y terror. Claro: no esperaban esto. Creían que los dignísimos sacerdotes

se venían acá con los Gozos de San José y la Letanía Lauretana. Y ahora les sale la criada respondona... y ahora este coloso de la dialéctica y la palabra los vuelve locos, los aniquila, los aplasta.,,

Admirable y completo, dentro de la corrección ó etiqueta parlamentaria, fué el largo discurso del cura Manterola; más admirable aún y de grande eficacia dentro del estricto criterio católico. Dijo con excelente lógica y persuasivo estilo cuanto había que decir: de la Teología y de la Historia sacó y expuso cuantos argumentos había menester para robustecer su tesis; tuvo sus rasgos de alta retórica para mover á la pura y noble emoción; y cuando hubo terminado y se sentó á descansar, como Dios después de haber hecho el mundo, con calurosos plácemes y apretones de manos le felicitaron los dos Obispos sentados á su vera, y otros conspicuos tradicionalistas que no lejos de aquel lugar tenían su puesto. Mientras recibía el buen presbítero tantos y tan valiosos parabienes, en los escaños altos de enfrente se levantaba un hombre regordete, calvo y bigotudo.

Al verle, don Wifredo, que había llorado de emoción oyendo los elocuentes conceptos finales de Manterola, no pudo reprimir su enojo, y limpiándose las lágrimas que humedecían el rostro caballeresco, dijo á su compinche: "¿Pero este majadero de Castellar se atreve...? Saldrá con alguna canción... con alguna de esas coplas que debe-

mos recomendar á los ciegos...„ Y hablando así, buscaba las miradas de la dama de enfrente, que constante en su apasionado ensueño le decía: “Amor puro, amor eterno en el seno de nuestra Madre dulcísima la Iglesia católica...”

Descendían sobre el salón las sombras de la tarde. Apenas distinguía don Wifredo la faz de la señora enamorada y pobre... Poco tardó en verla con claridad... Hablaba ya Castelar cuando se encendieron las luces. En las cristalinas bombas que encerraban los mecheros, detonaba el gas con alegre *bum-bum* al contacto del fuego. Cada bocanada aumentaba una luz, y la suma de ellas, difundiendo intensa claridad, ponía el color y la vida en los rostros de los constituyentes y en el pintoresco semicírculo de las tribunas. Todo renacía; todo se llenaba de matices y resplandores, con los cuales poco á poco se fundía el resplandor mágico del verbo castelarino.

El maestro de la elocuencia no atacó la fé: tuvo la extraordinaria habilidad de rodear de veneración y respeto lo fundamental del Catolicismo. Su táctica era describir los inmensos males ocasionados por la intolerancia religiosa. Gran estratega, sabía llevar al enemigo al terreno en que fácilmente pudiera destrozarlo. En esta maniobra avanzaba despacio, midiendo las cláusulas, graduando los efectos, graduando también las fuerzas que una tras otra al combate lanzaba. A medida que desarrollaba su plan, se

iba creciendo; su voz ganaba en sonoridad rotunda, su actitud en desembarazo majestuoso... El interés y la atención del auditorio crecían de igual manera. Don Wifredo lo veía en las caras, lo respiraba en el aire, por el cual pasó una corriente ciclónica, y la corriente giraba y pasaba de nuevo, aumentando en intensidad á cada vuelta.

De pronto oyó el sanjuanista un rumor lejano... que rápidamente se aproximaba. Era el profundo son subterráneo que precede á los terremotos, ó el rodar de la nube antes de descargar el granizo... Castelar se había crecido enormemente, y con voz que no parecía de este mundo exclamó: "Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede; el rayo le acompaña; la luz le envuelve; la tierra tiembla; los montes se desgajan... Pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y diciendo:—Padre mío, perdónalos; perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores porque no saben lo que se hacen..."

Al Bailío se le iba la cabeza, se le nublaban los ojos... El suelo de la tribuna se estremecía; el soplo ciclónico pasó velocísimo, sacudiendo el cuerpo y el alma del caballero... Este miró al techo, creyendo por un instante que tan alto llegaba la cabeza del orador. Y Castelar, como si con letras de fuego escribiera en los aires lo que decía,

prosигuió así: "Grande es la religión del poder; pero es más grande la religión del amor. Grande es la religión de la justicia implacable; pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre de esta religión, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pedirós que escribáis al frente de vuestro Código fundamental la libertad religiosa, es decir, Libertad, Fraternidad, Igualdad entre todos los hombres.."

Quedó el alavés sin resuello, viendo que la Cámara ardía, que todos gritaban. Los aplausos en escaños y tribunas, el golpe y sacudida de miles de manos derechas contra miles de manos izquierdas, daban la impresión de innumerables aves que aleteaban queriendo levantar el vuelo. ¿Qué pasaba? ¿Era una tempestad de entusiasmo ardiente, ó un espasmo colectivo de terror? Sacando las palabras del pecho con dificultad, dijo á Celestino: "Hágame el favor de darme algunas palmadas en la espalda... no sé lo que me pasa... no puedo respirar..". Hizo el amigo lo que se le pedía, y el señor de Romarate pudo echar de su boca estos conceptos: "¿Qué quiere ese hombre? ¿Libertad de cultos? Yo digo: matarle, matarle... Pero habla bien; me ha conmovido... Sin quererlo, se siente uno magnetizado... Esto es un abuso, amigo: no hay derecho á magnetizar... Eso no vale, no vale... Es como darle á uno cloroformo para dormirle y robarle... sacándole del bolsillo el dinero, ó del corazón la Unidad Católica... No, no mil veces. Atrás mag-

netismo, atrás gotitas de cloroformo... ¡Castelar, fuera de aquí!... Oradores que le sustraen á uno con engaño la Unidad Católica, ¡á la cárcel, á la cárcel!...”

Completamente tranquilo, veía Tapia con ojos escépticos la calurosa ovación que á Castelar hacían los diputados de aquende y allende. Contemplaba el hecho, el fenómeno, como quien lee una página histórica, y reservaba su juicio para mejor ocasión. Don Wifredo, con avinagrado talante, propuso la retirada. Se asfixiaba en aquel recinto, viendo flotar junto á sí en jirones dispersos la Unidad Católica... Veía los cadáveres de Manterola y de los reverendos obispos tendidos en el suelo. Quiso salir, pero no podía. El público desalojaba la tribuna con lentitud; las señoras tardaban un siglo en franquear la última grada... En estas apreturas, el caballero miró á la tribuna de enfrente, y advirtió con pena que su dama del año 43 ya se había retirado. Como ella y él habían de bajar por escaleras distintas, ya no era fácil aproximarse á la incógnita y enamorada señora...

¡Nueva desilusión, nueva trasheda de un Destino adverso y cruel, que no permitía el cuaje de la más inocente conquista! Como formulara esta queja al traspasar con gran trabajo la puerta de la tribuna, el amigo se apresuró á sosegarle, diciéndole que por la galería interior podían pasar de las escaleras del Florín á las que descargan en Floridablanca. Pero don Wifredo se encon-

traba imposibilitado de acelerar el paso: sus piernas flaqueaban; tenía que arrimarse á las paredes. El gentío le mareaba, y el largo tiempo de quietud en la tribuna le había entumecido. En tal situación, andando á empellones, Tapia se encontró á un amigo, con quien trabó conversación. Separáronse inadvertidamente Celestino y don Wifredo: éste quedó como perdido...

Cuando se encontraron con feliz coincidencia á la salida por Floridablanca, Tapia, risueño y burlón, cogió del brazo al sanjuanista para socorrerle en su premiosa y divagante andadura. "He visto á la familia carcereña—le dijo.—Hace un momento desapareció por la calle del Sordo. El señor de los bigotes es, en efecto, un terrible espantajo, muy propio para Carnaval; la señora gorda es una linda tarasca que podría servir como anuncio del género de Candelario y Almorchón; y en cuanto á la conquista de usted, mi querido don Wifredo... he de decirle que... la pobre anda con mucha dificultad. ¡Lástima que no saliese usted y le ofreciera el brazo para llevarla hasta su casa! ¿No entiende, ó se hace el mal entendedor? Pues la he visto bien de cerca. Está en estado interesante... tan interesante que... vamos, debe de haber entrado ya en el octavo mes... ¿Qué dice? ¿Duda del embarazo? Pues yo, que he visto á la dama, no dudo... y digo más: creo que es de usted...

—Señor de Tapia—replicó don Wifredo plantándose en actitud y tonos de la más

genuína al par que correcta caballería.—Yo me permito decir á usted que si es broma puede pasar... pero que en el caso presente, y tratándose de personas de absoluta moralidad y principios, no debo tolerar chanzas de tan mal gusto... Como le aprecio á usted, siento mucho verme precisado á emplear este lenguaje....,

Con explicaciones afectuosas de Tapia se restableció la concordia, y el paladín de Jerusalén envainó el temido acero.

XI

Las tristezas que agobiaban el alma del Baillío se ennegrecieron en los días subsiguientes á la portentosa oración de Castelar. Ya se ha dicho que salió el hombre del Congreso, en aquella memorable tarde, atontado y desvanecido. El discurso fué para él como un golpe de maza en el cráneo. A la impresión producida por el sublime estruendo y los fulgores de aquella tormenta oratoria, se unía, para desconcertarle más, la consternación que le causara el ver al orador republicano aplaudido y aclamado por tan diversa gente. Los diputados todos, casi sin excepción, corrieron á felicitarle; en las tribunas fué terrible el entusiasmo; hasta las nobles señoronas *moderadas* batían palmas, y otras de peor pelaje chillaban como

rabaneras... Castelar era un gran magnetizador de gentes, y por tanto, un inmenso peligro para la paz pública.

Pero aún tenía el caballero de San Juan otros motivos de desazón que personalmente le afectaban, y era que corrían días, semanas, meses, sin que le llegaran instrucciones ni avisos de aquella misión diplomática que le anunciaron Villoslada y Tejado. ¿Qué ocurría? ¿Por qué se le descartaba de toda intervención en los trabajos del partido? ¿Acaso había encontrado don Carlos de Borbón y de Este hombres que le sirvieran con más solicitud, lealtad y abnegación? Estas incertidumbres y resquemores le amargaban la vida. Dos ó tres veces visitó al señor Aparisi y Guijarro; pero ni el insigne letrado carlista, ni el joven áulico don Tirso Olazábal arrojaron luz sobre el giro que llevaban las cosas... Ambos le dijeron que no se le pretería ni se le olvidaba; que los trabajos estaban paralizados, y no habrían de ser emprendidos con brío hasta que cesaran las vacilaciones de Cabrera y se resolviese la cuestión madre y batallona, que era el empréstito. "Tenemos hombres de sobra—decían;—pero para salvar á España necesitamos dinero, dinero... Sin dinero no se salva nada.,,"

Algo calmado con tales explicaciones, recobró en parte don Wifredo su tranquilidad, pero no su alegría. Felizmente acudió á distraerle el picaresco Tapa, invitándole al teatro, á largos paseos en coche, ó á comer

en cafés y restaurantes, á todo lo cual proveía el amigo con el metal de su repleta bolsa. Del desaire de no pagar nunca protestaba orgulloso el Bailío; pero Tapia, con risueña y cordial contra-protesta, le decía: "Déjese querer, señor de Romarate. ¿Cuándo volveré yo á tener ocasión de obsequiar á un tan ilustrado y cumplido caballero?... Pues aguárdese un poco: para esta noche le tengo preparado un divertimento que ha de ser la mejor medicina de esas murrias que usted padece. Iremos á un colmado, donde comeremos muy bien, y de sobremesa... quizás entre plato y plato, nos servirán unas muchachas muy lindas... mejor dicho, se servirán ellas á sí propias, como la sal ó el ajilimójili de nuestra comida.,"

Rechazó don Wifredo la tentación con remilgados escrúpulos de orden moral; mas el otro pudo al fin doblegar la rígida conciencia del caballero, haciéndole ver que el *elemento femenino* ha sido siempre el mejor calmante de nuestras penas, y un seguro alivio de preocupaciones y quebraderos de cabeza. La sociedad autoriza esta clase de recreos, y la Iglesia misma los mira como deslices sin importancia, sabedora de que tales funciones terminan siempre con un lindo epílogo de arrepentimiento.

Movido de éstas y de otras razones, don Wifredo fué, ó se dejó llevar, á un *colmado* que algunos autores designan en la calle de la Visitación, otros en la del Lobo; y como la exactitud del lugar importa poco, deja-

mos el esclarecimiento de este punto á la erudición ociosa, y atenderemos sólo al indubitable suceso. Entraron por una tienda, cuyo mostrador ostentaba innumerables viandas crudas, otras condimentadas ya, fiambres succulentos, mariscos, frutas, repostería y cuanto apetecer pudieran los más refinados comilones, amén del sin fin de botellas que con los abigarrados signos de sus etiquetas pregonaban licores y vinos así de España como de *extranjis*. De la tienda pasaron á un corredor, en cuya banda izquierda se veían compartimientos separados por tabiques que no llegaban al techo, de lo que resultaban al modo de establos ó pesebres con mesas. En uno de estos pesebres se metieron, y allí les llevó el mozo el servicio y la lista de comistraje, y para empezar ó hacer boca gran copia de chucherías, mariscos, menudencias picantes ó saladas...

El hostelero y mozos saludaron á Celestino sin ninguna ceremonia, como á parroquiano casi familiar. Romarate, que entró con recelo, mostrándose inapetente, hizo á la comida los debidos honores; bebió un poco del vinillo blanco que Tapia le escanciaba, y sus melancolías empezaron á disiparse. Hablaba y reía, celebraba chascarrillos que el amigo refería con gracia. A media comida, serían las diez y media de la noche, oyeron bullanga de voces, risas y guitarreo en un departamento cercano, al término del pasillo. Tapia dijo al mozo: "Advierte á esos que no alboroten, que hay aquí esta noche

personas de respeto...,, A poco de enviar este recado, coláronse sin previo aviso, en el departamento ó establo donde los dos amigos comían, dos mozas de insolente hermosura, bravas, jocundas y desfachatadas. Al verlas llegar alborotando, arrimarse á la mesa metiendo ruido con platos y cubiertos, pedir langostinos, salsa tártara y manzanilla, lo primero que chocó á don Wifredo fué que hablaban con muy mala gramática. La una sazonaba su lenguaje con dengues andaluces, la otra con rudezas baturras.

Ambas mozas se mostraron desde el primer instante amabilísimas, con todos los pérfidos arrullos propios de su liviana condición. La que parecía baturra era de estatura mediana, carnosa, pegadiza y mareante, por la grande agilidad de su juego de ojos, de su charla suelta como el chorro de un grifo imposible de cerrar, por las ondulaciones pisciformes de su cuerpo bonito. La otra, de lucida talla y esbeltez admirable, morena, de gitanos ojos, tenía dos toques fisonómicos que le daban singular encanto; eran: una dentadura ideal por su corrección y blancura, y unas patillitas que limitaban su bello rostro con dulce sombra de terciopelo. Resultó que no era andaluza, sino de Ceuta, y respondía por Paca, reservando su verdadero nombre, *África*, por respeto á la Virgen de su pueblo. Fácilmente perdonó don Wifredo á la gentil africana sus faltas gramaticales, que por esto no des-

merecía su linda boca; antes bien la incorrección era un garabato gracioso.

Al principio, el insigne alavés estaba hecho un pánfilo: no sabía qué decirles ni cómo tratarlas. Empezó con galanteo sentimental del tiempo del *Triste Chactas*; mas pronto supo acomodarse á la condición anárquica de las alegres pelanduscas. En tanto, la bullanga crecía en el cercano pesebre, y cuando Tapia y la baturra transmitían por el mozo órdenes de atenuar el escándalo, dijo don Wifredo: "Dejarles; ¿qué más da que chillen? Aquí hemos perdido todos la vergüenza. Cada sitio tiene su moral, y cada moral su lenguaje propio. Discútase si debemos venir á estos lugares; pero una vez en ellos, adelante con la ignominia..."

Poco á poco, el escrupuloso paladar de don Wifredo se iba *yaciendo* á la medicina preceptuada por el sabio doctor Tapia, para remisión de la fiebre política y alivio de pesadumbres. Al cuarto de hora de tener á *Paca la africana* junto á sí, gustaba de ella y de las patillas que sombreaban su tez morena y limpia, de los ojos como luceros negros y de la ringlera de perlas de su dentadura maravillosa; á la hora, ya creía que el separarse de la moza era un golpe mortal, y á las dos horas pensaba el hombre que la *Paca valía una misa*, entendiendo por misa el soslayar á ratos el decoro, la representación social y toda la caballería andante ó sedente.

Al llegar á este punto, las incompletas

crónicas de donde se ha entresacado esta historia recatan con discreto silencio los actos del *Bailío de Nueve Villas*. Por respeto á tan digno personaje, ponemos sobre él la capa del silencio, y sólo se hacen públicos algunos incidentes y diálogos que al través de los agujeros de dicha capa se traslucen. Estos huequecillos, abiertos sin duda por mano aleve, dejan ver retazos de alguna escena interesante, en local muy distinto del colmado ya descrito. Era sin duda una casa donde tenía sus recepciones la gentil *africana*; la cual, consecuente con su ardorosa naturaleza, estaba ligerita de ropa. Don Wifredo, reclinado á su vera en sofá de gastados muelles que gemían al peso, la contemplaba con tiernos ojos. Languidecía la conversación, caída de los tonos vehementes á la frialdad del coloquio fragmentario. En la estancia, decorada con un lujo chillón y barato, había muebles de algún valor; otros, sin que nadie se lo preguntara, declaraban haber venido de *las Américas*. Láminas picantes, retratos de mujeres bonitas y de hombres achulados, se daban de bofetones con grandes cromos de Santos y Vírgenes.

La mujer de las patillitas y los febeos ojos habló así, con dejo de indolencia: "Me ha dicho Tapia que eres caballero.

—Naturalmente. ¿Pues qué querías que fuese?

—No me explico... Quiero decir que eres caballero de esos que están cruzados ó llevan cruz. .,

Resistióse don Wifredo á entablar tal conversación en lugar profano; pero tanto se obstinó la moza, que al fin hubo de responderle que, en efecto, era caballero de la Real, Militar y Hospitalaria Orden de San Juan de Jerusalén, la más antigua, la más noble de cuantas existen.

“¿Y eso para qué sirve?

—Tú no puedes entender—dijo el Bailío en tono agridulce,—estas cosas del honor, de las instituciones históricas y de la...

—¡Pues no estás poco tonto!—replicó *la africana* cortándole la palabra.—Esa cruz te la dió la pobre doña Isabel II.

—No, hija, no digas disparates. Soy caballero por decisión del Capítulo de la misma Orden de San Juan.

—Pero el capítulo ese ha de ser cosa del Rey ó Reina. Déjame á mí de historias. Eres caballero porque la Reina fundó para pasar el rato esas caballerías... ¿Qué quería ella más que caballeros?

—Con tu permiso, bella Paca—dijo el alavés entre severo y acaramelado,—mi Orden viene de tiempos muy remotos, pues la fundó Balduino I, hermano de Godofredo de Bouillon. ¿Sabes tú algo de Balduino I?

—No sé nada de ese señor—dijo *la africana* echándose una falda.—Pero á Godofredo sí le he conocido. Era un cochero francés de la Marquesa de Itálica, que tenía sus cocheras hace un año en el bajo de esta casa. Por cierto que me hizo el amor y quería llevarme á Francia. ¡Pues no nos hemos reído

poco del tal Godofredo y de su modo de hablar, lo mismo que el de los amoladores!

Rióse el Bailío de esta humorada, y como sólo estaba calzado de la bota izquierda, por que la derecha le apretaba, se calzó ésta con protesta de sus callos, disponiéndose á recobrar su eclipsada prestancia. Desvanecida la primera vergüenza de hablar de la Orden en sitio tan contrario á los históricos prestigios, quiso dar á su amiga un sumario conocimiento de aquel venerando instituto. “Fuimos fundados — le dijo, — con un fin hospitalario y guerrero. Residíamos primero en Jerusalén, después en Tolemaida, luego en Chipre, en Rodas, por fin en Malta...

—¿Y en todos esos puntos has vivido de paseante en Corte?—replicó la moza estirándose las medias por encima de las rodillas... —¡Pobrecillo! Vele ahí por qué estás tan encanijado. Si hubieras sido labrador, como San Isidro, estarías más robusto y con buen color... Lo que te digo es que tienes que traerme tu cruz para que yo la vea, y harías bien en dejármela poner un día y salir con ella á la calle... No, no me pongas esa cara de ave fría desconsolada... También me ha dicho Tapia que tienes un manto de gran cola, y que no lo sacas más que el Viernes Santo. ¿Vas con ese manto á la *Cara e Dios*, como voy yo con mi mantón de Manila?..

Calló don Wifredo, y sintiéndose de nuevo avergonzado, se atacó el pantalón y abrochó sus bragas, añadiendo al cuerpo la doma y suspensorio de los tirantes. Aplicó después

al talle un cinturón de cuero que hacía veces de corsé para enderezarle y cincharle el desbaratado cuerpo, y en este pergenio volvió á sentarse, requiriendo á la moza para cambiar con ella delicadas caricias. Dejando á un lado los escrúpulos de su noble alma, se sentía vivamente enamorado de *la africana*, y esclavo de su linda figura, de sus ojos asesinos, de sus patillas terciopelosas, y de su blanco, finísimo y uniforme dentamen.

La verdad sea dicha: tan enamorado como compadecido de la bella criatura, acariciaba la idea de redimirla, hidalga y generosa intención. Pero al propio tiempo veía en su mente las dificultades de tal empresa. No hallaba medio de aplicar á ésta la calidad hospitalaria y militar de su Orden, y temía que sólo el propósito de redención le precipitase en abismos de escándalo. En fin, la idea, no por difícil, debía ser desechada, y ya volvería sobre ella más adelante... Sigamos, pues, la historia, sin más datos informativos que lo que se trasluce por los agujeros de aquella capa de silencio, que cubre los actos del buen Romarate en esta parte de su azarosa vida. Sépase que en otro aposento de la misma casa donde se ha localizado la anterior escena, tuvo lugar otra de mayor interés y mucho más pintoresca y bulliciosa.

En comedor ó sala, que los heteróclitos muebles no decían claramente el destino de la estancia, hubo aquella noche (tampoco consta la fecha exacta) una regotijada franchachela. Asistieron, á más de Paca y la ba-

turra, dos mujeres de trapío y una matrona fofa y empalada dentro de un corsé, más pintada que un retablo. De hombres estaban Tapia y don Wifredo; dos militares, Navascués y Pulpis, y dos sujetos más, bien conocidos en Madrid por sus hípicas aficiones, y que reclaman y obtienen el anónimo. ¿Celebraba su santo la dueña de la casa? Tal vez. Se ignora su nombre. Pero escribiendo la historia, aparece la tal con quince años de antelación y el picaresco mote de *María Meneos*.

Cenaron, bebieron, alborotaron y se divirtieron como demonios. Conservó su noble gravedad don Wifredo hasta muy adelantada la cena. Al aceptar la invitación, habíase propuesto observar en el festín actitud semejante á la que le impondría su buena educación en un banquete de personas regulares. Era hombre de poco mundo, criado en el reino de la simplicidad. Así, mientras todos reían y bromeaban, manteníase el caballero en una desaborida y tétrica corrección; aumentaba el bullicio, pasaban del desorden á la desvergüenza, y él haciendo la triste figura de San Antonio, vencedor de las demoníacas tentaciones.

La africana por un lado y Tapia por otro le incitaban á doblar el palo de su tiesura ante las expansiones del alegre cotarro. Debemos quebrantar alguna vez la rígida observancia social, y sacudir el ánimo para que caigan de él las murrias que lo devoran. Paca le hacía beber, le demostraba con su enojo que un hombre tercamente encastilla-

do en la templanza es indigno del amor de una mujer. Cedía don Wifredo á los halagos, á las burlas, á la lisonja, mañosamente empleadas por la hija de Ceuta; bebió al fin mucho más de lo que acostumbraba, y sus ojuelos empezaron á encandilarse. El ambiente, el ruido, la jácara de la orgía se le fueron metiendo en el alma... También él rompía en risas por cualquier incidente baladí, y poco á poco se le iba pasando el finchado envaramiento de un decoro impropio del lugar y la ocasión. Poco tardó ya en zaherir á la *Meneos* por la prodigalidad de sus postizos lunares; se metió con Navascués, porque éste habló de *la africana* con poco respeto, llamándola hermosura *de presidio*, y cantó un responso á la candidatura de Montpensier, coplas á la de Espartero...

Con gran regocijo celebraron los comensales el trastorno del sanjuanista, y para llevarlo á la extrema irradiación de chispas del ingenio, le dió la maligna Paca un infernal brebaje, mixtura de coñac, aguardiente de Chinchón y no sé qué más... Apenas lo hubo tragado el pobre Bailío, sobrevino la rápida y monstruosa transformación: ya no era el mismo hombre; ya era un grotesco maniquí, hecho con los despojos del atildado caballero de San Juan. Su buen talle y compostura desaparecieron como por arte del demonio; con manotazos iracundos se desabrochó levitín y chaleco, se deshizo el lazo de la corbata; su comedido lenguaje se desbarató en carcajadas insolentes, como

un cristal que en mil pedazos se rompe; sobre la reunión, que no quería más que divertirse, arrojó dicterios y miradas provocativas. “¿Quién es el que ha dicho que yo soy el bastardo de don Godofredo de Borbón?...—gritaba.—Que lo repita en mi cara, y lo suicidaré al instante... Señoras de la aristocracia de Ceuta, no hagáis caso de estos borrachos que os quieren introducir la libertad de cultos... Oidme á mí que os traigo la verdad de mis convicciones superlativas... ¿Queréis oirme, sí ó no? Yo vengo de Tolemaida ó de Concentaina, que es lo mismo, como apóstol de gentes de mal vivir... Oidme, oidme.”

Empujáronle para que subiese á una silla y hablar pudiera desde lugar alto. El pobre señor desembuchó, con voz á ratos atiplada, á ratos cavernosa, estos horribles disparates: “Grande, grandísimo es Dios en el Sinaí... el trueno le precede, la chispa le acompaña... la tierra se echa á temblar, los montes se ríen á carcajadas... Pero en mí tenéis un dios más grande, más bonito... ¿No me declaráis el más bonito de los dioses? Yo soy el amador de Paquita; yo bebo en sus ojos la idea espiritual de Chinchón, y vengo á predicaros la libertad de aquellos cultos que practicaron caldeos y macabeos, fenicios, egipcios y estropipcios... Por esa idea muero, perdonando á mis verdugos. Y por eso soy más grande que aquel Dios del Sinaí, mi particular amigo... Me río yo del Dios del poder y de la justicia implacable...

Yo soy el dios del amor... dígallo la celestial Paca... yo soy el dios del perdón misericordioso de la Magdalena y la *Meneós*... y por eso os digo que no hagáis caso del Señor ese del Sinaí, escupe truenos y vomita rayos, y vengo á pedirlos que en vuestro código fundamental... ¡ah, señores! dejadme reir... que en vuestro código fundamental le mandéis memorias á la Unidad católica, y pongáis este letrero: *Liberté, qué sé yo qué...* y por último, *¡viva mi africana con honra!...*»

(Locos aplausos, berridos, pataleo, escándalo.) Lo que siguió apenas merece los honores de la narración. A las tres de la mañana sacaron á don Wifredo de debajo de la mesa, y entre Tapia y Pulpis le metieron en un coche, y como cuerpo muerto llevaronle á su casa.

XII

Dos días hubo de permanecer en cama el noble caballero, y otros dos sin salir de su aposento: tan desquiciado le dejó la estúpida broma de aquella noche infausta. Los huesos le dolían como si se los hubieran quebrantado en bárbara paliza; su cerebro era como abierta jaula, de la cual habían huído la memoria y el entendimiento.. Hizo Tapia por consolarle, diciéndole que todo caballero había corrido alguna borrasca de mujeres y vino, y que hasta los hombres más sesudos

y escrupulosos tenían anotada en su vida una borrachera, como tributo pagado á la virilidad. Ni admitía ni rechazaba Romarate estas ideas, pues su ánimo se estancaba en un fondo cenagoso de idiotez y marasmo. Casi á la fuerza, Celestino le obligó á vestirse; le sacó á la calle, y después de pasearle en coche por la Castellana, le condujo á un café donde almorzaron; y cumplida esta elemental obligación para con la máquina corporal, se fueron al Congreso.

Era el 26 de Abril. Ya se había discutido la cuestión religiosa en la totalidad del proyecto de Constitución. Faltaba examinar los artículos 20 y 21, en que se concedía de una manera farisáica y meticulosa la tolerancia de cultos. Aunque mucho se había dicho de tan grave materia, mucho y bueno quedaba por decir. La expectación era grande; las tribunas estaban llenas antes de empezar la sesión. Propuso don Wifredo á su amigo quedarse en el Salón de conferencias, donde no faltarían ociosos con quienes engañar las horas en dulce charla. Pero anhelando Tapia para sí y para el Bailío las fuertes emociones, á remolque le llevó arriba, y se colaron en la tribuna de periodistas, donde aquel gran entrometido tenía vara alta.

Vióse, pues, el ilustre hijo de Álava en un mundo nuevo y desconocido, el mundo de la Prensa, formado por personal de diferentes castas y procedencias, por hijos de diversas madres políticas, amamantados antes con unas leches, ahora con otras. Lo que

á primera vista le causó más sorpresa, fué ver confundidos en cháchara compañeril á los que seguían las inspiraciones de don Pedro la Hoz y á los que las recibían de Castelar ó Rivero. ¿“De modo—se dijo,—que en este coro angélico se practica la libertad de cultos?„ Nueva sorpresa fué para él que los folicularios de Dios y los de Luzbel aparecieran también unidos para ofrecerle en aquel beaterio sitio de preferencia donde pudiese ver y oír cómodamente.

Ya empezada la sesión, pudo observar el alavés que algunos de aquellos pícaros le miraban con cierta malicia, y apartados murmuraban risueños. Por Tapia, que entre ellos se sentaba y con todos alegremente departía, sabían el nombre y condición social del caballero. El que á su lado estaba, como los demás prevenido de lápiz y papel para extractar los discursos, le ofreció caramelos, y entrando en conversación con él sobre si estorbaba ó no en aquel sitio, le dijo: “Usted no estorba en ninguna parte, y para nosotros es un honor tener en nuestra compañía al señor don *Gaiferos*.„

Al pronto, tuvo el Bailío por irrespetuosa la alteración de su nombre de pila, y poco le faltó para corregir airadamente al pícaro escritorcillo; pero luego reflexionó que el *Gaiferos* no era más que la castellanización castiza del gótico nombre, como está escrito en los libros de caballería y en los romances de Gesta. No había, pues, motivo para enfadarse por un rasgo de erudición. En esto,

había empezado á discursar un orador republicano de lucida estatura y semblante un poquito diabólico, rostro largo y huesudo, frente ancha, ojos vivos, pelos negros y erizados en tres mechones, uno por arriba y dos en las regiones temporales; barba en la forma que llaman de candado, también negra, partida como cola de pez mitológico; figura, en suma, semejante á la que se ve en la parte inferior de algunos retablos. El periodista dijo así á su vecino: "Este es Suñer y Capdevila, diputado federalista, y ateo él *gracias á Dios*." Y á poco de oír el nombre, oyó don Wifredo de boca del orador esta frase sintética: "Ni el Gobierno ni la Comisión han comprendido bien la *idea nueva*, y voy á decírselo. La *idea caduca* es la fe, el cielo, Dios. La *idea nueva* es la ciencia, la tierra, el hombre."

Sorprendió á don Wifredo la idea; mas no levantó en él indignación. Se sentía caído, amilanado; yacía su alma en un pantano de indiferencia ó cobardía, en el cual dormitaba la perezosa voluntad. Las graves cuestiones de conciencia no tenían fuerza para sacarle de allí, y pasaban sobre él como aves errabundas, dejando caer la vana elocuencia de sus cantos ó graznidos. No pudo confiar su impresión al vecino más próximo en la tribuna, porque el diligente cronista transcribía con rápida mano las palabras del ateo... Este la emprendió luego con Jesucristo y la Virgen María, en forma tan irreverente, que toda la Cámara y las tribunas

respondieron con murmullos... Romarate estaba perplejo; no sabía qué pensar. El orador dijo: "Jesús, señores diputados, fué un judío, del cual todos los católicos, y sobre todo las católicas, tienen una idea equivocadísima... Jesús fué hijo de un carpintero... Según San Mateo, siendo María desposada con José, antes que vivieran juntos se halló haber concebido del Espíritu Santo...," El Bailío, cada vez más lelo, buscaba en los rostros circunstantes el efecto de aquellas palabras. Oyó claramente la voz de Tapia, exclamando: "¡Bárbaro!... ¡fuera!," Otras voces oyó, que por un momento ahogaron la voz del orador.

"¿Qué ha dicho?—preguntó don Wifredo al periodista.

—Que San José... no sé... que no conoció á María... que ésta tuvo otros hijos, á más del primogénito... Ese tío está loco... Aquí no se pueden decir ciertas cosas...,"

Trató la campanilla presidencial de atajar al impío; éste, con diabólica impavidez, hablaba del sentido que debemos dar á la palabra bíblica *conocer*. Quería demostrar que María tuvo más de un hijo, y que Jesús no provenía del Espíritu Santo... Rivero, haciendo de San Miguel, ponía el pie sobre Suñer, y con la campanilla le golpeaba el cráneo, aunque aparentemente los golpes caían sobre la mesa... Pero Suñer no se daba por entendido. Su calma y la feroz tranquilidad de su acerba crítica podrían tener expresión propia cuando el lenguaje paradógico nos

consintiese hablar de la frialdad del Inferno. "No debe olvidar Su Señoría—decía el Presidente furioso, descargando la espada ondeada sobre la testa dura de Suñer,—que no discutimos aquí la religión, sino la forma política que debemos dar á la religión en España..” Y el Belcebuth parlamentario devolvía la admonición con este zarpazo y coltazo de tente tieso: "Mi enmienda atraza dos partes: primera, que los españoles tengan libertad de profesar cualquier religión; segunda, que estén en libertad de no tener ninguna... He indicado que sería una ventaja para los españoles el estar limpios de toda religión..."

Oyendo estas cosas, don Wifredo vacilaba entre la risa y el enojo. El periodista su vecino le dijo con marcada socarronería: "Gracias á Dios que oímos aquí á un hombre de fe... ¿No cree usted que este Suñer es el evangelista del porvenir, y que su ateísmo es obra de la gracia divina?" Sin comprender el burdo humorismo de esta frase, Romarate asintió con sonrisa y cabezadas. Y luego, para su chaleco se dijo: "Estoy degradado. Busco en mí mis opiniones, y no las encuentro... efecto de la embriaguez y de andar entre Magdalenas que no quieren arrepentirse..” Sus ojos buscaron á Tapia, el cual alarmado le miraba, temiendo que las horrendas herejías del orador afectaran al puntilloso paladín católico, y que éste se disparase á una protesta ruidosa en plena tribuna. Pero Romarate parecía tranquilo y

como aletargado. A las preguntas que por señas le hacía Celestino, contestó á media voz... "No oigo nada... Estoy sordo...". Poco después de declarar el Bailío su sordera, Suñer y Capdevila soltaba nuevas y más detonantes bombas. Véanse algunas de éstas: "La ciencia debe sustituir á la fe, el hombre á Dios"... "La moral se deriva directamente del hombre"... "El hombre no será hombre mientras Dios sea Dios..."

Por último, entre la Presidencia, que quiere cerrar á todo trance la boca del diablo republicano, y éste y sus amigos co-diablos, que afirman ruidosamente su atea libertad de pensamiento y de palabra, se entabla un vivo diálogo. La Cámara, salvo el cotarro de la izquierda, apoya con calurosas excitaciones al Presidente; el orador sucumbe al fin á los golpes de los innumerables San MIGUELES que surgen de los escaños. Todos creen, todos envainan su indiferentismo práctico, para blandir el ondulado acero religioso que les ayuda á conservar sus posiciones políticas... El Satán parlamentario, acusado de una parte y otra por las voces que le motejan y las manos que le presentan cruces, repliega su cola erizada de escamas, esconde sus uñas, y con amargura flemática dice que no puede continuar apoyando su enmienda. Se sienta... Don Wifredo alarga su cabeza... ve desaparecer los cuernos del ateo entre las cabezas de los cachidiablos que le felicitan.

La necesidad de respirar aire no tan im-

puro como el de la Cámara, puede más que el entumecimiento perezoso del señor de Romarate. Se levanta; salta trabajosamente de la grada inferior á las superiores; su vecino le ayuda... Tropieza en unos y otros. Pide perdón, y una voz dice: "Tiene ángel este don *Gaiferos*..", Suénale á burla el *Gaiferos*; pero le faltan alientos para protestar... Al fin, sus manos encuentran las del amigo Tapia, que le ayuda á salvar los últimos obstáculos para salir al pasillo. Tras de sí, en la cavidad rojiza y negra de la Cámara, deja un vago rumor de tempestad que gradualmente se apacigua, y una como neblina ó tenue polvareda, producto de las retóricas emanaciones. "¿De veras está usted sordo?," —le dice Tapia cariñoso. "Sordo del espíritu —replica el alavés,—impedido del pensamiento. No sé razonar, no sé juzgar. Me encuentro acorchado, ó algodonado... Es atroz... no sé qué me pasa.."

El portero le ofreció una silla en la antecámara de la tribuna para que descansara. Dábase aire el Bailío con un pañuelo. A su lado, algunos periodistas disputaban. "Eso no puede decirse en un Parlamento,.. "En un Parlamento se dice cuanto es menester para fundamentar la opinión que se profesa,.. "¿Pero qué tiene que ver la Sagrada Familia con la libertad de cultos?,"... "¿Pues no ha de tener que ver? El Estado me manda que adore á San José, y yo, en uso de un derecho indiscutible, me niego á ello,.. "No es eso... por Dios, no es eso,.. "Suñer

no predica el ateísmo; no hace más que proclamar el derecho á no creer en nada., Uno de ellos, no de los más jóvenes, se dirigió á Romarate con frase afable y benévola: "Habrá usted pasado un rato amarguísimo. No debe venir aquí el que no pueda dejarse las creencias en la calle de Floridablanca.,"

A ésta y otras indicaciones de los que á su lado bullían, contestaba don Wifredo indistintamente, abanicándose, *sí sí, ó no no*, sin saber á qué ideas asentía ni cuáles reprochaba. Un amigo de Celestino tomó la defensa del diablo Suñer, encareciendo así sus virtudes privadas, las únicas que tal nombre merecen: "Es un hombre honradísimo, excelente padre de familia, cumplidor exacto de sus deberes en todos los terrenos. No ha necesitado extraer del catecismo su moral... y es benigno, generoso, indulgente... Ensalza á los buenos y detesta á los malos, sin preguntarles á qué religión pertenecen. Ama la ciencia, y la practica como médico. Respeta la fe... La fe suya arranca de la Naturaleza. No hace mal á nadie. Don Juan Prim, que le conoce bien, le ha retratado en pocas palabras: *un santo que no cree en Dios* ,"

Despidiéndose del grupo de periodistas con un solo saludo para todos, don Wifredo se agarró al brazo de Tapia, y con trémula voz le dijo: "Lléveme usted hasta la calle... No sé qué tengo..., Bajaron la escalera entre un gentío bullicioso que comentaba la crudeza brutal del enviado de Pero Botero.

Alarmado Celestino por la palidez y temblor del Bailío, quiso levantar su ánimo con palabras lisonjeras: "También hoy había mujeres bonitas en las tribunas... ¿No ha reparado usted?

—Sí, no... no sé... Algo sordo... También un poco ciego... Yo miré... Sobre las tribunas flotaba una niebla... Las caras de las mujeres, confusas, borradas... Abajo, lo mismo... Yo no veía claro más que el testuz cabrío y el corpacho peludo de ese Capdevila... Estoy trastornado, ¿verdad?... Pues en las tribunas de enfrente ví á *Paca la africana*, que no quitaba de mí sus ojos.

—Ilusión, fantasmagoría — dijo Tapia riendo.—*Esas* no vienen á las tribunas del Congreso.

—Alucinación, burla de mis sentidos... Como la llevo en el alma, la veo donde no está.,,

Suspiró con ansia el caballero, y al llegar á la calle requirió á su amigo para que hasta la de Atocha le acompañara. Temía perderse, tropezar con los transeuntes, caer al suelo... se sentía muy mal. Accedió el otro concolido y atento, y en aquel triste camino rompió de nuevo el silencio el buen Romarate para franquear al compañero las singulares anomalías de su espíritu. "Esa mujer, esa *africana*—dijo parándose para tomar aliento,—me tiene loco; se ha metido en mí... y con ella dentro de mí, yo soy otro hombre: ya no soy aquel, aquel..., Asintió el adlátere, temiendo que la contra-

dicción acreciera el desvarío, y entreteniéndole con frases amenas, le llevó hasta su casa.

Subieron. Opinó Celestino que al instante debía meterse en cama, y prevenida *doña Leche* para disponer lo necesario, pronto quedó entre sábanas el atribulado sanjuanista. La vicepatrona se apresuró á traer un tazón de tila bien caliente. Con la pócima se templó y sosegó el enfermo... No hacía falta más que reposo y descargar la cabeza de pensamientos vanos. De esto hablaban, cuando el cruzado de Jerusalem con brusco ademán mandó salir á *doña Leche*; atrajo á sí al amigo con otro gesto menos autoritario, y señalándole una silla próxima al lecho, amplificó y aclaró los conceptos expresados en la calle.

“Sí, señor de Tapia, soy otro hombre... Ya no soy aquel Frey don Wifredo de Romarate que vino de Vitoria dos meses há con el cura Pipaón. Madrid me ha embrujado, ó para decirlo más claro, me ha endemoniado... ¡Oh noche aciaga, oh infaustas horas, oh vilipendio! Y yo me digo: ¿No es lógico suponer que en aquellas tomas de aguardientes venenosos, bebí alguna droga de maleficio?... Si no, ¿cómo me explicaría usted, señor de Tapia, que desde aquella hora se encendiera en mí con tal furia el amor de Paca, llegando mi locura al punto de que la imagen de ella no se aparta ya un instante de mi pensamiento?... Yo sé de muchos casos en que el jugo de ciertas hierbas y la substancia

de ciertas alquimias enardecen la ilusión en el hombre, y le ponen más enamorado... hasta morir de incendio de amor. Esto es un hecho... Y yo miro á mi interior, y digo que con la pasión ha entrado en mí una villana condescendencia con la demagogia y las ideas anárquicas..”

Tomando resuello, prosiguió así el caballero sin ventura: “Se me han metido en el alma uno ó varios demonios, que á este paso pronto harán mangas y capirotos de mi nobleza, de mi honradez pura y hasta de mi santo temor de Dios... Ya no me asusto de oír menospreciar á Jesucristo. Agravian á la Virgen Santísima, injurian al bendito San José, y me quedo tan fresco... ¿Es esto lo que llaman meta... metamorfosis, ó qué demontres es? Dígamelo, por los clavos de Cristo. Para que vea usted cómo estoy, sepa que á ratos tengo á Castelar por el primer orador entre los nacidos... Hay dos Dioses: el del Sinaí y el otro... Oigo ruidos extraños... la demagogia patalea dentro de mí... Siento pasos... la incredulidad y el ateísmo llegan á la calladita y me acechan en un rincón del cerebro... Divertido es esto, como hay Dios... Y para concluir, señor y amigo particular, tráigame á mi *africana*; que si ella me ha ocasionado con sus gracias hechiceras este turris-burris, ella sola podrá quitármelo... Vaya usted; cuénteles lo que me pasa... vuelva pronto con ella..”

Inquieto y locuaz estuvo don Wifredo buena parte de la noche. Tapia no se separó

de él hasta dejarle sosegado y vencido del sueño, bajo la custodia de las sirvientes de la casa.

XIII

Al siguiente día, fué llamado un médico. Con los antiespasmódicos y la gradual alimentación nutritiva, se obtuvo una mejoría franca. El pobre señor, á los cuatro días del acceso, parecía totalmente reparado; hablaba poco y sin desvariar; pero su debilidad no le permitía salir del aposento. Visitábale á menudo la Marquesa de Subijana, acompañándole cariñosa... Una prima noche hablaban los dos tranquilamente de cosas gratas, extrañas á la política, y de pronto el alavés, sin venir á cuento, salió por este desatinado registro: "Yo, señora, iría de buen grado á pasar una temporadita en el campo, si no me retuvieran en este maldito Madrid mi obligación y compromiso de redimir á una gentil persona que por sus cualidades y su belleza no merece la vida miserable á que está condenada... Si usted, señora mía, se viera en esa esclavitud del trato con diferentes hombres, ¿no solicitaría el auxilio de un honrado caballero redentor?,"

Asustada de verle camino del despeñadero, Carolina torció la conversación hacia otro tema... En aquellos días regresó de su viaje á la Mancha don Cristóbal de Pipaón,

el cual, enterado de la dolencia del amigo y de sus causas, creyó confortar el espíritu de éste leyéndole una pindárica y palmípeda oda que en Daimiel había compuesto en elogio y defensa de la Unidad católica, tan combatida en aquellos días por los energúmenos parlamentarios. La composición había sido inspirada por el soez insulto de un diputado (García Ruiz) que llamó *monserga* á la Santísima Trinidad, y por la fervorosa protesta que contra blasfemia tan horrible formularon el Cardenal Cuesta y el Obispo Monescillo... Empezaba el poeta implorando el auxilio de la Musa ó Numen, que en aquel caso tenía que ser el Espíritu Santo, y ya con el soplo de la Divinidad sobre su frente, rompía en apóstrofes trompeteros contra los impíos y desvergonzados, diciéndoles que venían del *Báratro*, que traían marcadas en la frente la garra de *Astaroth* y la uña de *Baal*; tronaba en hinchadas voces contra la *infanda cohorte*; luego se volvía lisonjero hacia los defensores de la fe, hablaba del *pío arrebató* con que proclamaron la verdad, y terminaba invocando el auxilio y pronta venida del generoso Príncipe y enviado de Dios, que había de redimir á España de la esclavitud del error...

Apenas concluyó, díjole el Bailío que lo del redimir era la parte más inspirada de la canción, por la forma y por la idea. "Lo demás—agregó,—permíteme la franqueza, paréceme harto frío y obscuro. Si una lengua infernal llamó *monserga* á la Santísima

Trinidad, también tus versos tienen algo de monserga por lo ininteligibles y enrevesados... y no te enfades, Cristóbal, por este juicio de tu leal amigo..”

Pidióle después don Wifredo noticias del giro que llevaba en la Mancha el negocio carlista, y Pipaón, lastimado aún por el poco aprecio que el Bailío hiciera de su oda, contestó que todo iba mal en el país manchego, que los carlistas aguerridos y fieles no querían echarse al campo mientras no se les diera con qué sostenerse. Soflamas y ojalerías no valían para nada. No había dinero. Las pocas y desmandadas partidas del Campo de Calatrava no eran carlistas más que de nombre, pues alentaban y comían con dinero de Montpensier. Terminó don Cristóbal su informe con estas graves palabras: “Así me lo han asegurado, y mil pormenores he visto que lo confirman. Por esto he decidido retirarme, y acudir á París, ó á donde esté el *Señor*, y plantear la cuestión en estos términos: Ó se procura metálico abundante para que nuestros hombres no tengan que tomar el de ese tío maulón, ó arrollemos nuestra bandera, y envainemos la espada de nuestra fe, hasta que Dios nos depare un maná ó tesoro militar... Harto saben las tres personas de la Santísima Trinidad que sin dinero no se mueve el carro de la guerra entre los hombres. Lo de que la fe lleva de aquí para allá las montañas, está dicho en un sentido espiritual..”

Absorto quedó Romarate con estas opinio-

nes y noticias, y cuando rompió el silencio fué para decir que él había barruntado que las partidas carlistas de la Mancha y tierra de Burgos se alimentaban con dinero masonico. "Hay que ver en este Madrid el pujo de los candidatos, para comprender que ese maldito Duque lleva la mejor parte. El es rico, y ricos son sus partidarios. Si Prim, que es el amo, por él se decide, ten por cierto que será Rey. Prim dispone de los caudales de la nación... Así estamos... Y yo te digo: Cristóbal, aconséjale al *Señor* que se entienda con Prim... ¿Cómo?... A mí me parece que antes se entregará por ambición que por codicia, antes por honores que por moneda sonante. ¿Por qué no le ofrecen la soberanía de un pequeño reino? ¿No habrá por ahí una isla, ó algún pedacito de tierra firme...?

—No creas, también yo había pensado en eso... Hagámosle Rey... por ejemplo, de la República de Andorra.

—O aunque sea de la República de las Batuecas... Lo aceptará, sí, á cambio de abrir el camino al *Señor*... Y si no aceptara, los de Montpensier se encargarán de matarle... Esto he pensado yo... que lo maten los de Montpensier. Así lo he visto en mis delirios. He soñado; por mi magín han pasado mil extravagancias que pueden resultar la pura realidad..."

Callaron, meditaron. Poco después, don Cristóbal, confinado en su aposento, escribía cartas en cifra conforme á clave. Una

de las epístolas iba dirigida al señor Laban-
dero, Ministro de Hacienda de don Carlos;
otra era para Homedes, que llevaba y traía
mensajes entre don Ramón Cabrera y *el Se-
ñor*. Los conocedores de las interioridades
del Destino y de las revueltas de la Histo-
ria, sabían que en cuanto recibía Cabrera
los cifrados escritos de Pipaón, los hacía tri-
zas sin leerlos, y los arrojaba al cesto de los
papeles rotos.

Como la noticia del malestar y chifladura
del buen Romarate cundió entre los amigos,
menudearon las visitas, singularmente de
alaveses. Ninguna fué tan agradable para
el enfermo como la de Demetria y su esposo
don Fernando, que ya se disponían para re-
gresar con sus hijos á La Guardia, ó á cuar-
teles de primavera. El gozo de ver á perso-
nas tan entrañablemente estimadas, serenó
y templó de tal modo los espíritus del pobre
caballero, que en el curso de la larga visita
no dejó caer de sus labios las tonterías y
sinrazones, fruto morbosos de su destornilla-
do caletre.

Hablaron algo de Madrid, mucho más de
Vitoria; consagraron recuerdos cariñosos al
venerable Matusalén don Alonso, y á todas
las innúmeras personas de aquella patriar-
cal familia, desde las más vetustas y momi-
ficadas á las más frescas y juveniles. Nin-
gún Trapinedo, ni Tirgo, ni Landazuri que-
dó sin mención afectuosa, y especialmente
recargaron la cordialidad de sus buenas au-
sencias en los presuntos Marqueses de Gau-

na, don Luis y doña María, y en su lucida prole. Fácilmente pasaron de esta familia á la de Gracia y Santiago Ibero, que eran la propia familia de los visitantes. Al llegar á este punto y al tema de Fernanda y de su presupuesto matrimonio, le faltó á don Wifredo la discreción que hasta entonces había gallardamente manifestado... Sin ningún atenuante, se dejó decir que si consentían en el casamiento de su sobrina con Urríes, haríanla desgraciada para toda la vida, porque el don Juan era un calavera libertino y voluble que á diferentes mujeres entretenía y engañaba. Disparado en sus airadas revelaciones, contó el caso bien cercano y palpitante de Céfora, una joven mística y pérfida, una diablesa rubia, que en aquella misma casa tenía su escondrijo.

Oyendo esto, los señores de Calpena quedaron confusos y desconcertados. No se determinaban á creer lo dicho por Romarate, y pensaron que éste, tan juicioso en toda la visita, desbarraba lastimosamente al término de ella. No obstante esta consideración de la chifladura del alavés, al retirarse no iban tranquilos. Recordaba Demetria que su hermana, en carta del mes anterior, le había encargado que se informase discretamente de la conducta de don Juan de Urríes y de la vida que llevaba en Madrid. No hizo caso: hartó sabía que Gracia era excesivamente cavilosa y suspicaz... El día mismo de su partida para La Guardia hablaron del caso con don Cristóbal de Pipaón, el cual, lle-

vándose á la sien el dedo índice, habló así:

“No hagan caso de Wifredo, que está... un poco ido... El hombre parece otro... Y por lo que toca al Urriés, no puedo decir de él nada bueno. Es *montpensierista*, y con esto se dice todo. Hay más: me han asegurado que ese andaluz pinturero y otros farsantes como él, valiéndose de agentes astutos ó de falsos tradicionalistas, promueven y pagan el levantamiento de partidas, ora carlistas, ora republicanas, para que alboroten, escandalicen y atropellen. El intríngulis de esto bien claro se ve: que España se aburra, que España se desespere y á gritos pida la conclusión de esto que llaman *Interinidad*. España padece este grãve mal, y es forzoso curarla, *desinterinizarla*: el *desinterinizador* que la *desinterinice* no puede ser otro que ese franchute avariento y ruín, á quien yo llamo *Antonio Igualdad*, amamantado como su padre y su abuelo á los pechos de la Revolución francesa... Partieron Demetria y Fernando para La Guardia, llevando entre sus alegrías la tristeza de un enigma.

Las visitas del caballerete de la uña larga, su compañero de hospedaje, entretenían al Bailío; pero no aprovechaban á su salud, porque oyendo hablar de política, teatros, mujeres y otros mundanos asuntos, tornaba el pobre señor á sus insanas manías. García Junco se llamaba el tal, y era del lugar de La Felipa, cerca de Albacete. Habíanle mandado sus padres á estudiar Derecho, y él lo estudiaba torcido, dedican-

do las más de sus horas á pasear y divertirse. Fuera de aquel extravagante capricho de la uña crecida y cultivada, era un buen chico, con más frivolidad que malicia. A don Wifredo solía contarle sus aventuras en el paraíso del Teatro Real, y escenas en las casas de *damas de las camelias* (así lo decía buscando la distinción del lenguaje), donde apurar solía las horas de la noche.

Refirió también García Junco que por el padrinzago del señor don Manuel León Moncasi, famoso progresista, diputado por Albacete y por Huesca, disfrutaba de un destini- llo en Hacienda; pero que no iba á la oficina más que á cobrar. En cambio, su compañero y amigo íntimo el *culotador* de boquillas, Pepe Tinoco, natural de Concentaina, andaba todavía pereciendo tras del destino que le había ofrecido don Emigdio Santamaría, sin que llegase el momento de ver el rostro bonito de la credencial. Estudiaba Tinoco para notario. Aunque ambos eran de familia bien acomodada, pedían al Estado que subviniese á lo superfluo, teatros y placeres, pues no bastaba para esto lo que recibían de sus padres, ni lo que las madres á escondidas de éstos les enviaban. Divertíase don Wifredo con la viva historia referida por los muchachos, y encarecidamente les recomendaba que fundasen ó promoviesen la nueva Orden de Galanes de la Merced, ó *Redención de Cautivas*.

Por fin, un visitante tuvo don Wifredo que le llevó gran provecho espiritual, sere-

nando su turbado entendimiento con palabra docta y cristiana. Era don Pedro Vela y Carbajo, capellán de las Descalzas Reales, el amigo que le había recomendado la honesta casa en que el buen alavés vivía. Pues en cuanto se enteró del trastorno y de sus aparentes causas, fué allá y sin rodeos le planteó la cuestión de conciencia. "Ea, caballero Romarate, para que la cabeza rija como es debido, hay que limpiar el corazón de las porquerías que se han metido en él... ¿Qué ha sido ello? Que por no parecer gazmoño ó por alternar con viciosos, se dejó usted llevar, y anduvo en malos pasos... que en esos pasos trató y conoció á una moza guapa, con patillitas... ¡vaya por Dios! Reconozco que las patillitas, una sombra suave, como pelusa de melocotón que baja por delante de la oreja... así... son cosa de mucha gracia. Pero no es para que un hombre se disloque y quiera redimir, olvidando su calidad y posición política... ¡Magdalenas á mí...!",

Asentía don Wifredo con cabezadas y suspiros que mostraban su arrepentimiento, y el bravo capellán continuó así: "Dejémonos de pamplinas, y vamos por el camino derecho á la enmienda de estos graves errores. Lo primero es reconocer que una calaverada poco significa, si de esa callejuela indecente se sale con propósito firme de no volver á entrar en ella... Porque lo que yo digo: ante la dignidad de un caballero y la conciencia de un buen católico, nada significan unos

dientecitos blancos y unos ojuelos pícaros... Ello es muy bonito, lo confieso; pero no tiene maldita gracia bajar á los profundos infiernos por demasiado amor á esas lindeszas... Considere que pronto se las comen el tiempo y la muerte... Con que á salvarse tocan, Wifredo... Aunque tiene usted vida para muchos años, y Dios se la aumente, hágase cuenta de que llega la hora de liar el petate... ¿Está conforme? Ea, como médico del alma, le ordeno á usted que se prepare, que haga examen detenido de su conciencia... Todo, todo ha de salir á la colada...,

Penetrado Romarate de la rectitud del camino de vida y reparación que el capellán le trazaba, no acertó á expresar su reconocimiento. Poco le faltó para expresarlo con lágrimas... Por no excitar demasiado la sensibilidad del enfermo, don Pedro desvió la conversación hacia la política, evitando tocar el delicado punto de candidatos al trono, porque el buen clérigo guardaba fidelidad á la destronada doña Isabel, de quien había recibido el hábito de Alcántara y un pingüe destino eclesiástico, á más de la capellanía de las Descalzas. Con tesón y coraje á su protectora defendía de las ignominias que la maliciosa ingratitud le imputaba: para él, doña Isabel no había cesado de reinar; la situación creada por la *Gloriosa* era una sombra pasajera, un estado ficticio; no reconocía nada de lo existente; todo lo consideraba falso, postizo, provisional, y esperaba

que las aguas de la vida pública tornaran pronto á su natural cauce.

Volviendo luego, por natural querencia de las ideas, al fundamental tema de la visita, dijo el capellán á su amigo y ya penitente que pensase en someter su vida á un régimen nuevo, y que si se sentía picado y cosquilleado del estímulo amoroso, debía pensar en poner fin á una soltería que dañaba su alma. Aún no era viejo; aún podía procurarse por la vía matrimonial una compañera y un hogar tranquilo y honesto, que fueran alivio de sus comezones. Mas no buscara esta consorte en Madrid, donde hay poco bueno en materia de bello sexo, sino en Alava: allí encontraría fácilmente una señora de peso, viuda, virtuosa y con algo de hacienda, que le resolvería de una vez los problemas del espíritu y de la materia.

Propuesta la sabia solución, retiróse don Pedro Vela, y quedó el Bailío muy consolado. Los consejos del Capellán se clavarón en su pensamiento, y toda la tarde y prima noche dió vueltas en el magín á la saludable receta del médico espiritual. Lo del casorio embargaba singularmente su ánimo. Por entónces solía tener don Wifredo sueños extravagantes; pero aquella noche, al dormirse con la idea de buscar esposa en la clase de viudas recatadas y pudientes, su sueño fué de lo más peregrino que puede imaginarse. Soñó, pues, que se casaba con *doña Leche*, y cuando angustiado y oprimido disponíase á consumir boda tan desi-

gual, se le apareció en imagen clarísima la regidora de la casa... la vió revolver en un arcón, sacar papeles y llegarse á él diciéndole: "Si dudas de mi nobleza, Wifredo mío, aquí tienes la demostración de que puedo ser tu esposa. Desciendo en línea recta de Balduino II, hijo de Balduino I, fundador de tu Orden... Lee y lo verás. Mira mi árbol genealógico, y posa tus ojos en todas sus ramas. Mi nombre es Everarda; nací en Anatolia, en aquellas calendas... ¿te acuerdas? cuando tomásteis á Jerusalén reinando Guido de Lusiñán. La envidia y los malos quereres me han traído á la baja condición de pupilera. Para tí estaba guardado el sacarme de este encantamiento, y arrebatarme mi disfraz, volviéndome á mi pristino sér y regia condición... Toma, lee... *Tole et lege*, y verás que aún eres tú poco para mí...". Aprentando con dulzura la blanca mano de *doña Leche*, despertó el Bailío, y un ratito tardó en convencerse de que todo había sido humo cerebral.

XIV

Las visitas de Urríes al sanjuanista fueron breves y de pura fórmula. Al salir del aposento de la Subijana, llegábase al del vecino, y en él permanecía unos minutos, ó bien, limitándose á preguntar á *doña Leche*

“¿Cómo está el señor *Baldío?*”, se iba sin poner interés en la respuesta... Corrían ya los primeros días de Mayo; en uno de éstos, despidióse de Urríes su amigo Tapia, que partió á Barcelona, para de allí salir á cacería de incautos en la montaña de Cataluña. El objeto de tales correrías no consta en los archivos de donde se ha sacado el meollo documental de estas historias, y para conocerlo se ha de esperar á que las hablillas del vulgo (que asimismo son documento y manantial de históricas verdades) se concreten en hechos positivos. Partió el mozo viejo, en quien se confundían las dos naturalezas de carlista y demagogo, dejando un pequeño vacío en los afectos de Urríes. Este consagraba parte de su tiempo á la política, y al Congreso asistía con la puntualidad de los que allí laboran por sus intereses ó apetitos, despojados de todo ideal; otra parte, la mayor quizás de sus horas, dedicaba al mujeriego enredo, que era en él conveniencia tanto como diversión ó deporte.

El hermano de don Juan, Marqués de Ben Alí, era también diputado; pero no había venido al Congreso más que para jurar, y en su pueblo de la provincia de Córdoba permanecía gobernando y feudalizando con los instrumentos de tortura ó dominación administrativa. La connivencia entre los dos hermanos era completa, y ambos se daban maña para fortificar la torre del cacicato y hacerla inexpugnable. Con esto queda dicho que don Juan sostenía correspon-

dencia larga y prolija; carteo constante, entreverando los amores con la politiqueja local. Levantábase el hombre á medio día, y desde que almorzaba hasta la noche tiraba de pluma con verdadero frenesí. Cartas empezadas en su casa concluía en el Congreso, y algunos días no paraba hasta la noche, viéndose privado del recreo de la conversación.

Viéraisle una tarde abandonar el escritorio y acudir al Salón, dejar el cigarro en el pedestal de la estatua de Isabel la Católica, colocada en el rincón de la derecha; ocupar su asiento junto á una de las escalerillas de la banda ministerial, y allí, solicitado su espíritu de la necesidad epistolar que en muchos casos era obligación de caballero, levantar el pupitre y escribir, aislando su atención del interés de la Cámara ó compartiéndola con él. Así resultaba en sus escritos, no pocas veces, una incongruencia de ideas y un anarquismo gramatical que le obligaban á pedir indulgencia. Aquella tarde puso en garabatos esta graciosa coletilla: "Perdóname las faltas. Escribo en el Salón, en medio de un espantoso barullo, oyendo á un loco que nos habla de la Virgen María, y añade que no *quiso ofenderla ni presentarla como esposa infiel*... Este bruto es el Suñer que hablo la semana pasada... Aquí te pongo su retrato..." Y con cuatro rayas y borrones trazaba la silueta infernal del ateo.

No le bastaba esto, y poco después añadió á la postdata otra igualmente garaba-

tosa: "Para que te rías. Ha dicho este bárbaro que los que se han escandalizado de sus blasfemias *son cuatro beatas, cuatro sacristanes y muchos hipócritas*. Aplícate el cuento... También nos ha contado historias de ídolos chinos, de una diosa de buen ver que se llamaba *Ton-Pao*, y que con sólo mirar á una estrella tuvo un hijo, á quien pusieron el nombre de *To-Hi*... Te aseguro que es muy divertido oír estas cosas... Y todavía no hay quien le dé una patada á este tío... Adiós; hasta mañana... Adorándote..."

Al día siguiente, en su casa, escribió á la misma, contestando á inesperada y alarmante carta de ella. "Ciertamente—le decía,—es grave contratiempo que mi señora doña Carolina haya pronunciado el *lo sé todo*, que prepara el desenlace en las comedias de enredo... "¿Y ahora, qué?, dices tú. Y yo contesto: "Ahora, lo mismo..." Tú niegas; yo no temo á tu tía, ni he de temblar, como crees, cuando me presente ante ella. Alegre y sereno le notificaré dentro de dos días, tres á lo sumo, la resolución favorable del asunto de las salinas. ¿Te parece que soltando esta bomba sin dar tiempo para hablar de otra cosa, seré mal recibido?... Y lo que te digo no es cuento. Mañana tendremos la sentencia del Consejo de Estado. Váyase lo uno por lo otro. Carolina se amansará; es mujer de talento; ha padecido escaseces; ha luchado buscando el apoyo de personas de todos los partidos; en su corazón

ha entrado la indulgencia, y de allí no puede arrojarla... no puede....”

A estas razones, trazadas con tendida escritura y desordenado estilo, añadió el andaluz las ternezas de amor, planes de próximas secretas entrevistas, y otras menudencias espirituales entreveradas con conceptos eróticos. Terminada su epístola, que iba llena de borrones y tachaduras, la cerró y envió á su destino por una recadista que para estos tráficos tenía... Almorzó de prisa y corriendo, y en los escritorios del Congreso reanudó su tarea de Sísifo. Y no había medio de aplazarla, pues en deuda de carta estaba con la mujer á quien debía mayor respeto... deuda de tres días, que gravitaba en la conciencia del galán, anunciándole serias complicaciones. Apenas empezó, tuvo que pasar al Salón. Puesto el cigarro con cierta reverencia en el pedestal de la Católica Isabel para que ésta lo custodiase, subió á su escaño, levantó el pupitre, y aprovechando el rato destinado á preguntas é interpelaciones, fué despachando el delicado introito hasta entrar en materia... Leed, amigos, estos fragmentos especícos.

“Me duele mucho que creas esos disparates, y que no tengas bastante serenidad para ver en ellos una fábula grosera. O la inventó la envidia, ó es obra inconsciente de algún cazador de mosquitos. Yo sospecho que á tí y á los tuyos ha llevado estos cuentos el *señor Baldío*, en quien debemos ver más simplicidad que malicia. Es un pobre men-

tecato que no conoce el mundo; el hombre me gasta una moral estrecha, cortada por la regla de San Benito, y con ella convierte los actos inocentes en crímenes merecedores del Diluvio Universal... Te advierto que el *Baldío* está loco rematado, á consecuencia del naufragio de su virtud entre una turca y una africana. Corramos un velo....

Y más adelante escribía: "No te niego que conozco á esa Céfora, sobrina de una Marquesa de Subijana que acá vino no sé cuando. La tía es persona distinguida y tronada. De tonta no tiene un pelo, ni de inocente tampoco. Se rodea de sombras para darse lustre novelesco; se titula *ex-camarista de la Reina doña Francisca*; cuenta historias muy viejas, con pormenores que nadie puede rectificarle... Pleitea por las salinas de Añana, que dice son suyas... En cuanto á Céfora, buena falta le hacía la salazón, porque hembra más desaborida y sin gracia no ha nacido de madre. Es rubia desteñida, de ojos azules que nada expresan. No sabe hablar más que de los milagros que hicieron éstas ó las otras Vírgenes; figura en Santo Tomás como una de las beatas más empedernidas; viste como una percha de colgar ropa, y tira al monjío como la cabra al monte... Quedan con esta leal explicación disipados tus recelos; y no digo *celos*, porque lo que esta palabra significa es vela demasiado grande para llevada á un entierro tan chico... Amor de mi vida, no volverás tus ojos á ninguna parte sin encontrar mi lealtad y

el sagrario de mis promesas....” Al llegar aquí, el andaluz dejó la pluma... Cuando se escribe entre mucha gente, más interrumpe el silencio que el ruido. Englobada su atención en la atención de la Cámara, bajó don Juan el pupitre, y con propósito de terminar después su carta, ojos y oídos puso en la persona del orador, que hablaba detrás del banco azul.

“Este Echegaray—dijo una voz junto á Urríes,—me parece más científico que político, y más poeta que científico. Tiene el don singular de vestir sus ideas con imágenes tomadas de la astronomía y de la geología, y sobre estas figuras físicas sabe poner las humanas..” Esto lo decía Moreno Nieto. El andaluz, lego en tales materias, como en todo lo que no fuera el arte de amar, aplicó de lleno su sensibilidad al orador, un hombre de algo más de treinta años, flaco, espiritual, barbudo y con anteojos, de dicción fácil y razonar persuasivo. Le agradó sobremanera esta idea con tanta galanura expresada: “La ciencia ama la religión, sólo que la ama á su manera; no se encierra en ella, no se ahoga en ella; es como el águila que ama las montañas, que pasa de unas á otras, que se posa un momento en la más elevada, pero que después tiende su vuelo, sube á las nubes, se pierde en el espacio, y las montañas allí se quedan, inmóviles, gigantes, colosales..” La imagen empleada por el matemático poeta para exponer la idea democrática, el doble proceso cósmico desde la

nebulosa hasta el planeta, y desde la unidad al individuo, impresionó al frívolo caballero, individualista impenitente en cuestiones de moral y de amor.

Echegaray, de quien pudo decirse que poseía el secreto de la inspiración científica, alumbraba con potentes resplandores las cuestiones más distantes de la poesía. Tratando el punto harto prosáico de las relaciones entre la fe y las leyes humanas, trazaba con tonos dramáticos el cuadro de la teocracia y de su abusivo poder despótico en épocas remotas. Combatía la Unidad Católica como el más apropiado ambiente para que aquel poder tiránico pudiese atormentar á la humanidad; y al describir el quemadero del llamado irónicamente *Santo Oficio*, cuyos vestigios fueron desenterrados en aquellos días, puso en su acento toda la humana ira y las maldiciones más elocuentes. Por esto le gustó á Urríes, por la pasión del intento y el fuego de la palabra.

Admirable fué la reconstrucción que hizo el orador del lugar siniestro en que tostábamos á los herejes. En el corte del terreno veía como un libro cuyas negras páginas declaraban la infamia de aquel tribunal, que afrentó á la justicia divina con sus atroces crímenes. De las capas de terreno extraía residuos calcinados ó á medio quemar, y con ellos daba teatral realismo á los actos inquisitoriales; á su conjuro resurgían los verdugos fieros, las piras crepitantes, el chasquido de las carnes lamidas por el fuego

y la blasfema imprecación de las víctimas, que en el paroxismo del dolor pedían al Cielo que se desplomase sobre tanta iniquidad. Por éste y otros inspirados pasajes, Echegaray tuvo un éxito ardoroso. Urríes aplaudió á rabiár. Moreno Nieto dijo: "Lo que hemos oído es hermoso y dramático., Y al bajar á felicitarle, completó así su pensamiento: "Muy bien, muy bien, Echegaray. Lástima que no sea usted dramaturgo.,"

Y no fué Urríes el último de los que colmaron de sinceras alabanzas al orador. Después, apremiado por la obligación y urgencia de escribir, recogió su cigarro del pedestal de la Reina Católica y se fué al escritorio. La carta debía salir necesariamente aquella misma tarde, aunque fuera menester mandarla á la estación. Como se hallaba bajo la impresión del discurso de Echegaray, y aún le ardían en el oído las palabras de fuego del gran plasmador de la belleza científica, el resto de la carta *le salió* harto imaginativo y apasionado: "Si yo tuviera el convencimiento de que tú dudabas de mi amor, pondría término á mi existencia... Créeme, Fernanda: tus dudas son para mí como una *nebulosa* .. No, no, que de la nebulosa sale todo el Universo. Lo que quiero decir es que eres el sol, y tu amor es la atracción, la suprema ley que rige los orbes; yo, un pobre cuerpo que gira en derredor tuyo y no puede salir de su órbita sin correr á desmoronarse en el vacío...,

Muy satisfecho de este párrafo, lo releyó

y en él hizo enmiendas, retocando lo de la nebulosa. En los finales de la carta, los conceptos del galán revelaban contagio de la tensión dramática que puso en su brillante arenga el insigne sabio y poeta: "Ausente de tí, mi vida es como la del condenado á destierro. Momentos hay en que la desesperación me sobrecoge, me sacude, me irrita. Y si calumniadores infames me privaran de tu amor y de tu fe, mi único consuelo sería la venganza, mi gozo único condenar á los infames verdugos de mi felicidad á tormentos semejantes á los de la Inquisición, y que ellos y yo pereciéramos juntos en las llamas. El espectáculo de los autos de fe y mi propia extinción en la hoguera, son mi idea fija cuando pienso que me niegas tu amor y me condenas al olvido... Olvido no; antes muerte, infierno...." Con apasionadas ternezas, y el anuncio de que muy pronto las obligaciones parlamentarias le permitirían *volar á su lado*, echó la firma... Cerrada la carta, la mandó á la estación.

Cumplido el apremiante deber epistolar, descansó el caballero, y con libre espíritu entregóse á su recreo nocturno. Comió con Constantino Vallín en Lhardy; estuvo un rato en el Príncipe; el resto de la noche lo pasó en la tertulia de la Duquesa de la Torre y en el Casino. Pero no fué completo su descanso mental, porque le atormentaba la idea de una olvidada carta que debió escribir y aún estaba pendiente... ¿Quién es, quién era ella? Pues una viuda rica (veinti-

cinco años, agradable palmito, ilustre nombre), á quien había conocido y tratado en Córdoba antes de emprender su viaje electoral... Por hoy sólo se añade que en la mañana siguiente, por mi cuenta la del 6 de Mayo, escribió don Juan con singular esmero una extensa carta... No conoce el historiador más que el sobre, que así decía: "Excelentísima señora doña Mariana de Pedroche y Vaca de Guzmán, Marquesa de Aldemuz.—Priego.,"

XV

Conforme á los saludables requerimientos de don Pedro Vela y Carbajo, que á menudo le visitaba como cura de almas y como amigo, dedicóse aquellos días el caballero de San Juan al arreglo de su conciencia. Del menudo análisis y honda meditación resultó un admirable resumen que hubo de dividir en dos partes, apresurándose á escribirlo para que las interesantes conclusiones no se le fueran de la memoria. La primera parte de aquel registro de conciencia lleva el epígrafe de *Pecados*, la segunda el de *Tristezas*, ambos rótulos puestos en latín para mayor claridad. Conviene dar á conocer los dos índices trazados por la honrada mano del noble y cristianísimo alavés.

"PECATA.—1.º Error mío gravísimo y primer paso hacia la ignominia fué dejarme

llevar al colmado por el maligno Tapia. Debo considerar como pecado mortal la cenita ó comistraje en que Celestino y el demonio confabulados me entregaron á las hechicerías de la *africana*. Si yo no hubiera ido al colmado, mi pureza no habría sufrido el menor detrimento.

2.º Con sólo mencionar la flaqueza y el arrebató impúdico que me arrastraron hasta caer en el cieno, declaro mi pecado más horrendo, y de él me acuso. Mi arrepentimiento no empece para que yo admire una de las más bellas obras de Dios, á saber: los ojos negros y rasgados, el marfil de los dientes, el terciopelo de las patillas... y *ainda mais*, de la diablesa.

3.º En el tercer artículo de mi afrenta pongo la descomunal borrachera que cogí aquella noche después de echarme al coleteo un infernal bebedizo. Pecado repugnante fué la turbación á que damos el nombre de *papalina*, y los bárbaros despropósitos y suciedades del discurso que pronuncié subido en la silla. Parodiando á Castelar, más que á éste, ridiculicé al Dios del Sinaí y del Calvario.

4.º Culpa exºcrable fué haber admirado á Castelar, aunque por breves momentos y velando con escrúpulos mi admiración. Pequé asimismo cuando deseaba que Dios me concediese un poder oratorio semejante al de aquel vocinglero disolvente.

5.º Pecado fué la cobardía que paralizó mi voluntad cuando de labios del moderno

Moloch, Suñer y Capdevila, oí desvergonzados ultrajes á la Virgen Santísima y al glorioso Patriarca San José. Y no me disculpa la presunción ó el hecho de que en aquel instante tuviera yo dentro de mi cuerpo unos diablillos irónicos y picarescos. Esto no me vale. Yo debí vomitar mis diablos sobre el hemicíclo, y protestar furiosamente contra el blasfemo.

6.º El odio que de algún tiempo acá he sentido contra don Juan de Urríes y Ponce de León es un sentimiento notoriamente pecaminoso. Acúsome también de haber deseado la muerte de este sujeto, sin que me disculpe su perversidad. Abomino de mis pensamientos homicidas. Durante muchos días y noches me recreó y entusiasmó la idea de que pereziese en un desafío con espadachín más diestro que él. Quería yo ver reproducido en Urríes el caso de Celestino Olózaga, que por acometer airada y ciegamente se clavó en el sable de su contrario.

7.º Pecado de tontería, no por eso menos grave, es la confianza y amistad que, por sugestión astuta de Urríes, concedí á esa serpiente llamada Tapia. Pequé de obcecación, de inocencia; falté á la lealtad que debo á mi Dios y á mi Rey, abriendo mi corazón á un traidorzuelo que con máscara carlista es correveidile de Montpensier y miserable instrumento de sus intrigas. Así me lo han asegurado personas de tanto crédito como don Pedro Vela, don Cristóbal de Pipaón y el bendito don Cruz Ochoa.,

Reproducido el índice de los Siete Pecados del sanjuanista, sigue aquí el de sus Siete Tristezas.

"TRISTITIAE.—1.º Amor platónico y purísimo, sin ninguna esperanza, sentía yo por Fernanda Ibero, cuando tan cerca de mí la veía diariamente en casa de mi tío el Marqués de Gauna. Indómitos celos me quemaron el alma cuando la ví arrebatada de amor por ese danzante de Urríes. El dolor de esta quemadura me durará tanto como la vida.

2.º Conocí á Céfora; gusté de su dulce y blanda belleza dorada. Antes de que yo la desechase por extravagante y neurótica, me fué arrebatada por el atrevido pillastre don Juan de Urríes, á quien Dios pone siempre en mi camino para enturbiar mis glorias de amor. Yo habría conquistado á Céfora, enmendando con paciencia y saliva sus histéricas explosiones de risa y llanto... Luego he visto que tía y sobrina no son trigo limpio... Urríes se come la breva, y yo masco mi amargura.

3.º Entróme *la africanita* por el ojo derecho; sus gracias me subyugaron. Ya he reconocido como pecado grave la pasión inspirada por una Magdalena no arrepentida. Pero la idea de redimirla no quiere abandonarme. Puesto que mi director espiritual no consiente que me meta en líos de redención, obedezco, y consigno aquí mi desconsuelo, no sin hacer constar que la doctrina de Cristo no nos veda que redimamos á quien lo há menester, ni menos que lo hagamos por los

medios y resortes del amor. Dolida está mi alma de no poder salvar la de una mujer bella y descarriada, diciéndole: "Tú, que has amado mucho, vendrás conmigo al Paraíso."

4.º No disimules, corazón mío, tu aflicción por el desaire que te hicieron los propios agentes de la causa de Dios y del Rey. Ofrecieron mandarte á negociar con las Cortes extranjeras, y después nadie te dijo *por ahí te pudras, diplomático*. ¿Quién tiene bastante grandeza de alma para no sentir ni lamentar este vacío de la promesa no cumplida? ¿Hay otros más dignos de tan noble misión? Pues díganlo. Yo no soy ángel; yo me quejo de lo que considero doble bofetón á mi dignidad y á la Orden de caballería que profeso.

5.º Y como no me duelen prendas, también diré que estoy dolorido por haber hablado con *la africana* de la sacra Orden de San Juan de Jerusalén. Tuve la debilidad de darle pormenores de la fundación y de las reglas de honor á que los caballeros estamos sometidos. Esto no debí hacerlo hasta no tener el alma de Paca bien metida en las vías redentoras.

6.º Una de las tristezas que más lúgubremente agobian mi alma, es haber admitido socorros de dinero de ese maldecido Tapia. Verdad que este oprobio vino á mí de soslayo. ¡Perfidias de mi destino adverso! Mandóme el sastre la cuenta. Yo, contra mi costumbre, diferí el pago, esperando que de

Vitoria me remitieran fondos. *El Celestino*, que presente estaba, dijo que no me apurase. Yo, enfermo y turbado, me entristecí, suspiré... ¿Qué hizo él? Pues pagarme la ropa... Después vino con el requilorio de que ya arreglaremos cuentas. Se declaró mi administrador. ¡Canalla!

7.º Me duele haber querido competir en vestimenta con ese silbante de Romero Robledo; me horripila deber dinero á Tapia; me amarga la idea de que, con lo que ha de venir de Vitoria, no tendré para el médico y para la quincena de casa. Heme aquí perturbado en mi admirable orden, y sacado del carril de mi método... ¿Qué es esto? ¿Es anuncio de mi próxima muerte? Si es así, acójame el Señor en su santo seno.,

Así acababan las Tristezas del Bailío, que jamás contento con lo que había escrito, rehacía diariamente sus conclusiones. Por último, á fin de Mayo ó principios de Junio, que en la fecha no hay claridad, viendo don Pedro Vela que el amigo se hallaba ya restablecido de sus achaquillos cerebrales y bien preparado de conciencia, determinó que no se dilatase más el acto de confesión. De acuerdo ambos en el lugar y la hora, fué don Pedro á buscar al Bailío una mañana, y juntos se llegaron á la próxima parroquia de San Sebastián. No faltó el ratito de parlota en la sacristía con el cura, el colector y otros clérigos que entraban ó salían, algunos revestidos para la misa. Amigo de los más de ellos era don Pedro, y no escasea-

ban temas de conversación eclesiásticos y profanos. En esto, salió á la iglesia don Wifredo, con ánimo de arrodillarse en el primer confesonario que viese libre, según indicación del Padre Vela; y al atravesar la nave paralela á la calle de Atocha, entré el barullo de gente que á diversos altares y misas acudía, fué atormentado por visiones que tomaban cariz terrorífico en la penumbra del templo.

Creyendo que su ánimo turbado era el forjador de tales fenómenos, avanzó don Wifredo en seguimiento de dos bultos que le parecieron Céfora y Urríes. No eran, no, fantasmas, sino reales y tangibles personas. La mística de Subijana y el guapo caballero andaluz iban hacia la puerta de la calle de Atocha silenciosos, como pedía la santidad del lugar. Fuerte coloración observó el alavés en las mejillas de Céfora, como de quien ha llorado, como de quien ha tenido excesos de pena ó de alegría. El rostro del don Juan, por el contrario, era todo gravedad, decorada con palidez de buen tono. No daba Romarate crédito á sus ojos: buscando el testimonio del tacto, les cortó el paso, y poniendo su mano sobre el pecho de Urríes, dijo: “¡Ah! ¿son ustedes?,” El libertino respondió al instante: “Ha venido á confesar.”—“¿Y usted?,”—“Yo no; ella.”

Miró Céfora con lástima á su vecino de habitación, y dijo: “En la capilla de los Dolores saldrá misa muy pronto. Nosotros nos retiramos ya.” Y sin aguardar respuesta, se

fueron... El de Jerusalén les vió salir, después de tomar agua bendita... Era una visión en que hacían híbrida pareja el misticismo y el amor. Había pronunciado Céfora el *nosotros* con dulcísimo acento familiar y musical, que dejó una intensa vibración en el alma del pobre don Wifredo. Este, cuando el andaluz y la rubia de Subijana salieron, se sintió en pavorosa soledad, sin que el ruido de pisadas y las caras del gentío que se agolpaba frente á los altares le aliviaran de tan ingrata sensación.

Como quien huye, atravesó la iglesia en dirección de la salida por la calle de las Huertas, y junto á la capilla de la Novena vió un apiñado grupo con más mujeres que hombres. Acercóse... más propio será decir que el grupo le atrajo. Fué magnetismo, fué el efecto de una enorme irradiación vital. El grupo era una boda que esperaba la bendición, y en él estaba *Paca la africana* con otras mujeres, todas con mantón negro de largo fleco y flores en la cabeza. Al ver á su conquista, resplandeciente de hermosura, el sanjuanista estuvo á punto de perder el conocimiento. Luego se le achisparon los ojos; acercóse más hasta enredar sus dedos en el fleco sedoso que dejaba traslucir la torneada mano de la hetaira, y articuló palabras balbucientes. "Sí, sí, *Gaifrido*—dijo la moza, que así solía llamarle:—venimos de boda... Pero no soy yo la que se casa, sino la Eloísa... ¿no te acuerdas? Tú la conoces... estaba con nosotros aquella noche... cuando cogiste la

gran mona... Es buena chica, honrada en lo que cabe... con mucho ángel...

—¿Y es casamiento de verdad... ó...?

—¿Pues dónde estamos, *Gaifrido*, más que en la santa iglesia?... Ha tenido esta chica la gran sombra de encontrar un chico honrado y caballero... mírale allí... José Cornejo, que sin hacer caso del *qué diréis lenguas*, la saca de vida esclava y la trae á un altar, pasándose el mundo por las narices... Ya ves... para que aprendas. Eso hacen los hombres de corazón. Cornejo es guarnicionero, y trabaja en los arneses de la caballería, por lo que también es caballero como tú... Ahí tienes un hombre.

—Redención—dijo el alavés anegando sus miradas en los negros y fúlgidos ojos de Paca, que á su parecer (al del Bailío) alumbraban la iglesia.—Redención... lo que yo pienso, lo que yo predico, y no me entienden... Sólo que yo... no puedo... un cruzado de Jerusalén no puede, Paca... ¿Y la novia ha confesado? ¿Por qué no confiesas tú también, y limpias, barres y deshollinas tu conciencia? No hay otro camino... Yo he venido á eso... Te he visto. Estás guapísima. Tu hermosura es obra del Omnipotente, y esto se lo digo yo á don Pedro Vela y al Verbo divino. ¡Ay, Paca, Paca, yo estoy loco! ¿Cómo toco yo á redimir sin dejar de ser caballero... y cómo me pongo mi manto si redimo?... Que venga Dios y lo vea; que venga el Dios del Sinaí, mi particular amigo, y lo vea también... y que venga...,

Alzando gradualmente la voz y descomponiéndose, llegó á promover alarma y tumulto en el santo recinto. La gente acudía escandalizada, las misas se quedaban sin oyentes. Perdida por completo la noción del lugar donde estaba y toda idea de comedimiento, avanzó don Wifredo hacia la nave principal, y allí, de cara al altar mayor, aterró á los fieles con sus gritos y sus descompasadas gesticulaciones... El primero que acudió á contenerle echándole los brazos, fué don Víctor Ibraim, que salía ya para su casa. Después apareció consternado don Pedro Vela; tras él el párroco, y algunos otros clérigos, sacristanes y monaguillos. En tanto, el grupo de la boda entraba en la capilla donde los novios habían de recibir las santas bendiciones.

Fué don Pedro Vela el que primero logró imponer su autoridad al desdichado Bailío, haciéndole ver el escandaloso sacrilegio que cometía. Voces y músculos cedieron, agotada pronto la energía del pobre señor, y fácilmente le condujeron á su casa el mismo Vela y don Víctor Ibraim. Buena parte del día pasó el alavés sin que remitiera la exaltación. Por la tarde, al fin, quedó el hombre tranquilo; comió en su aposento; fueron á verle algunos amigos, y él se mantuvo correcto en la breve tertulia, más atento á sí propio que á las ajenas voces. No faltó aquella noche la de Subijana, mostrando tanta estimación como lástima del desdichado amigo, y mientras hubo con quien mover la

sin hueso, allí se estuvo parloteando. Don Pedro Vela fué el que más tiempo devanó con ella el hilo de la conversación. Carolina desplegó aquella noche una locuacidad diluviana. El motivo de este desbordamiento no era otro que la venturosa solución del pleito de Salinas; que la felicidad engendra el optimismo, y éste suelta las exclusas de la palabra.

“Al fin se me ha hecho justicia, señor don Pedro—dijo la dama;—al fin se me entrega el patrimonio de mi familia, y yo estoy loca de contento deseando volver á mi tierra.

—A usted—replicó el capellán de las Descalzas,—la llama el Norte; la llama el país de sus antepasados, de sus recuerdos. Desea respirar el aire de las montañas, y... digá-moslo de una vez... el aire carlista... Yo, señora, no la sigo á usted por ese camino: soy partidario acérrimo de la Reina destronada, y no hay quien me saque de las casillas de mi lealtad.,,

Observando que don Wifredo, adormecido suavemente, abandonaba su cabeza en el respaldo del sillón, aguardó un instante, y en voz baja dió esta réplica al digno sacerdote:

“Ahora que nuestro buen amigo no se entera de lo que hablamos, señor don Pedro, puedo decir á usted que los partidarios del nieto de don Carlos María Isidro no harán otra cosa que perpetuar la *Dinastía de la Pretensión*... no sé si me explico.

—Lo entiendo muy bien—dijo Vela,—y

abundo en las ideas de usted. Será ese joven *Pretendiente III*, pues aquí no hay más Reina efectiva que doña Isabel II.

—Y en todo caso, la *Señora* tiene un hijo que dentro de algunos años estará en edad de ceñir la corona.

—Es prematuro hablar de Alfonsito. Su madre, calumniada y escarnecida por los que se ensalzaron y se enriquecieron á su sombra, ha de volver al Trono, y una vez restaurada en él, abdicará ó no abdicará... Ella es quien ha de decidirlo.,,

Dormía profundamente don Wifredo, la cabeza tendida hacia atrás, abierta la boca, por la cual respiraba con áspero ronquido, las manos cruzadas sobre el vientre. Del angélico sueño del Bailío, que era como un alejamiento á cien leguas de la realidad, se aprovechó Carolina para echar de sí las ideas ingeniosas que á continuación se expresan.

XVI

“Yo, señor Capellán, no puedo negar mi abolengo carlista: fuí dama de honor de la primera esposa de don Carlos María Isidro en su emigración; en mis brazos espiró aquella digna señora; leal servidor de la Causa fué mi marido hasta su muerte, ocurrida en Italia. Desde entonces mi vida ha sido un *via crucis* de contratiempos, privaciones y

apuros, y á la hora presente, cuando me veo remediada de tantos males, me asalta y acaba por apoderarse de mí la idea de que la lealtad es tontería, ridículo amaneramiento que debemos desechar. ¿Qué debo yo al carlismo? Nada. ¿Por qué caminos me conducía la fidelidad? Por los de la miseria. ¿A quién debo mi reparación y estos alientos de vida? A la tan maldecida y execrada *Gloriosa*... Perdóneme usted si lastimo sus sentimientos. Contra doña Isabel no digo nada. Pero tampoco puedo negar que á los hombres que la destronaron debo yo la restitución de un bienestar perdido... A pesar de esto, no me gustan los delirios revolucionarios. Yo vería con gusto que este nudo se desatara con la abdicación de doña Isabel.

—En el fondo, la idea de usted no es mala—dijo gravemente el señor Vela;—pero nada espere de esos elementos desencadenados que llaman aquí Cortes Constituyentes...

—Perdone usted, don Pedro, que le contradiga en este punto. No debemos hablar de estas Cortes con ira ni menos con desprecio. Yo he tenido la paciencia de leerme todo lo que han hablado en ellas los hombres de los diferentes bandos... Urríes me trae el *Diario de las Sesiones*, y allí me entero y formo mi juicio, equivocado tal vez; juicio de mujer, pero mío, y por él tengo que guiarme, mientras no me den otro que me parezca mejor... ¿Qué, se asombra usted de lo que digo? Pues espérese usted un poco.

En las Cortes hay una suma de inteligencia que no encontraremos en ningún otro momento de la Historia de España en este siglo. Si de este foco de inteligencia no sale lo que debe salir, no es cuenta mía... ¿Qué tiene usted que decirme de los discursos que negros y blancos pronunciaron hace días sobre la forma de Gobierno? ¿Leyó usted el discurso de Figueras?... ¿y el de ese Pí y Margall que sabe por veinte?... ¿y lo que dijeron los de la otra cofradía, Ulloa, Silvela y Ríos Rosas?..

Con breves palabras, acentuadas por gestos negativos, indicó don Pedro Vela que no perdía su tiempo en vanas lecturas. Prosiguió impertérrita Carolina con claridad y desenfado: "Yo, hallándome ya en edad que no admite fantasmagorías, veo la procesión histórica, y á ella me agregó, marchando detrás modestamente... ¿Quiere usted que le hable, señor cura, con absoluta sinceridad, como se habla al confesor? Pues allá voy: al recobrar mi hacienda, tengo que ser muy otra de lo que he sido en mi desgracia. Los bienes que poseo me dicen que la vida es buena, y que no debo derrocharla en quejas lastimosas del mal ajeno, ni comprometerla uniendo mi suerte á la de causas que yo no perdí, que se perdieron por sus propios errores ó porque Dios así lo dispuso... Oigame hasta el fin, don Pedro, y no me juzgue mal. Yo veo la procesión histórica, y no soy tan tonta que me eche á andar en sentido contrario... no, señor: ando

con ella, tras ella... porque soy rica... tengo al menos con que vivir, y no se vive bien á contrapelo, señor mío...

—Hasta cierto punto—dijo Vela reprimiendo una sonrisa,—tiene usted razón... Vivimos á pelo derecho; pero podemos pensar á contrapelo...

—No, señor, que el pensar de ese modo altera los humores, y amarga la existencia. Es más saludable y entretenido mirar las comitivas históricas y dejarse ir al compás de ellas... Respetemos los hechos y asistamos á su paso majestuoso, cualquiera que sea la música que vayan tocando... No maldigamos á esta gente hasta que veamos á dónde van á parar con sus musiquillas y sus estandartes. ¿Qué ocurre? Que han hecho una Constitución... Vayan con ella benditos de Dios... Por una Constitución más no hemos de reñir... Han votado la Monarquía... Muy bien. Esto nos gusta á usted y á mí... Adelante con ella. Ahora falta que encuentren Rey. Yo... que tengo para vivir... permítame que insista en mi argumento capital... yo, que soy modestamente rica, no debo apurarme porque el Rey se llame Juan ó Perico... Ya le veremos, ya le examinaremos de pies á cabeza cuando nos lo traigan... En tanto que se ponen de acuerdo sobre este particular, nos dan un poco de Regencia... y en este Trono de la Interinidad colocan al general Serrano. Muy bien, muy bien.

—Muy mal, horriblemente mal—dijo el.

capellán alborotándose,—y no se enfade si le contesto tan á contrapelo.

—No me enfado, señor Vela. Usted maldice á Serrano por lo que llama su ingratitud con la Reina Isabel. Pues yo, dejando esta cuestión á un ladito, bendigo á Serrano, porque á él debo el remedio de mis abstinencias. Sí, señor mío: los amigos que me han ayudado en este negocio interesaron en favor mío al Duque de la Torre, y éste ha sido mi salvador. Por eso digo á voz en cuello que Serrano es el primer caballero de España y un Regente dignísimo. Comprenda usted, señor Vela, que vivimos bajo el imperio de la Fatalidad, y que el egoísmo es el gran constructor de caracteres. Yo debo enaltecer á los que me han devuelto mi posición. Las ideas caen desplomadas en cuanto tosen fuerte los intereses... Sea usted franco. ¿Por qué es usted furibundo isabelino? Porque doña Isabel le resolvió el problema de los garbanzos... ¿Qué? ¿se ríe? He llamado *garbanzos*, hablando en lenguaje popular, á la raíz de la existencia.

—Raíz... está usted en lo firme; pero no es la única—dijo el capellán transigiendo benignamente.—El caso es que si arrancamos esa, todas las demás mueren al instante.

—Al fin me da usted la razón... Las circunstancias me han obligado á cambiar de ídolos... Así hemos de llamar á los figurones que dirigen las cosas públicas. La gratitud se parece mucho á la devoción religiosa. Por ella quito de mi altar los santones

apolillados, y pongo un santirulico acabado de salir de la tienda, el Duque de la Torre... A la derecha de esta imagen tengo que colocar la de la Duquesa, que, por lo que me han dicho, fué quien hizo más para sacar á flote mi asunto... De Madrid no saldremos hasta que podamos visitar á esa señora. No hemos ido ya por... á usted puedo decírselo en confianza... porque este paso de la estrechez á la holgura nos ha cogido mal de ropa. De la modista depende que cumplamos pronto ese deber... Dicen que la Duquesa es un prodigio de hermosura.

—Vaya usted, vaya bendita de Dios—dijo don Pedro con leve dejo humorístico.—Apostaría yo que ahora, en su nueva posición empingorotada, visitándose con la Regente y otras damas de rumbo, se aficionará usted más á la vida de Madrid y la tendremos aquí mucho tiempo.

—¡Oh, no, don Pedro! .. Yo me voy á mi tierra; tengo que estar á la mira de mis intereses, mejorar la explotación de las salinas hasta duplicar su producto... Además, debo atender con la mayor solicitud al porvenir de Céfora.

—¿Y para casarla con Urríes tiene usted que ir tan lejos?

—No he hablado de Urríes; no he dicho tampoco que mi sobrina desee casarse... Es que Céfora no acaba de decidirse entre la vida religiosa y la matrimonial, y en mi país estoy en mejor terreno para elegir... yo, yo, no ella... lo que más convenga.

—Eso es puro despotismo. Veo, señora, que acabadita de hacerse constitucional, sigue usted tan carlista como antes.,,

Al pronunciar don Pedro Vela estas palabras, despertó súbitamente el Bailío, diciendo con fuerte voz: "Estoy conforme, absolutamente conforme..."

—¿Con qué, mi buen Wifredo?

—Con todo lo que ustedes han hablado, y con la conclusión, con la síntesis... *tan carlistas como antes.*

—¿Pero qué decíamos, señor Bailío de mi alma? —le preguntó afectuosamente Carolina, llegando a él.

—No se me ha escapado una sílaba de la conversación de ustedes... Lo primero, que murió la pobre Reina doña Francisca en Gosport... suceso tristísimo que nos ha hecho derramar lágrimas, y que por poco cae don Carlos en poder de los cristinos... Gracias que un pastor le cogió en hombros, como á una oveja, y le puso en salvo... Después viene la noticia del día, la más sonada, la más gorda... Que han matado á Prim... Se cree que haya sido Tapia el matador... Conste que el tal Tapia no es carca, sino *montpensierista*... Pues muerto Prim, la Regente, Duquesa de la Torre, resuelve la cuestión de Rey... ¿Cómo? Del modo más sencillo... Isabel II larga su abdicación, y casamos á don Carlos con Céfora... digo, con la Infanta Isabel Francisca.

—No hay más inconveniente sino que la Infanta y don Carlos están casados ya.

—El Sumo Pontífice, Gregorio XVI ó quien quiera que sea, casa ó descasa cuando así conviene á las naciones... Y ahora, Carolina, no falta más que redimirla á usted... Tenga usted calma, que todo se andará. Hoy, sin ir más lejos, hemos visto en San Sebastián una redención por vía de matrimonio... No ha sido cosa mía, sino de un caballero guarnicionista que arregla las monturas del Apóstol Santiago... Espere usted una buena coyuntura, y digamos con el corazón: “Tan carlistas como antes.”

Con miradas tristes dijéronse la Marquesa y el Capellán que Romarate no tenía remedio, y diputándole perdido totalmente de la cabeza, le recomendaron el reposó... Retirándose por el pasillo, la noble señora y don Pedro Vela convinieron en aplicar al sanjuanista el único remedio práctico, que era mandarle á Vitoria, donde el descanso y los aires del país nativo le repondrían del grave estropicio cerebral.

Llegaron por aquellos días á Madrid los presuntos Marqueses de Gauna, don Luis de Trapinedo y su esposa, parientes del buen Romarate, herederos del título y hacienda del casi centenario don Alonso. Como venían con propósito de pasar en Madrid un largo mes, ésta era buena proporción para el traslado del Bailío, si otra más pronto no se presentaba. El Marqués de Gauna, á quien todos daban el título antes de poseerlo por legal sucesión, era un caballero que física y moralmente llevaba consigo la sim-

patía, y aunque por tradición de familia militaba bajo las banderas de la legitimidad, la lectura y los viajes le habían modernizado. Y más que el viajar y el leer, influyó en esto su amistad íntima, casi fraternal, con Cánovas del Castillo. Tenían la misma edad, cuarenta y un años, en la época de esta historia; se habían conocido en Madrid, siendo ambos estudiantes; escribieron, no con criterio igual, en *La Patria*, fundada por Pacheco en 1849; juntos recibieron las inspiraciones y los consejos de Estébanez Calderón, y cuando Cánovas, á fines del 54, fué destinado á Roma como Encargado de negocios y Agente general de Preces, allá se fué también Trapinedo, en viaje de novios, y poco menos de un año permaneció junto á su amigo, embebecido con él en la admiración y el estudio del arte clásico.

Las estrechas relaciones mantuviéronse luego en España con el carteo frecuente. El ministro de la Gobernación en el Gabinete Mon-Cánovas (1864), ministro de Ultramar con O'Donnell (1866), no olvidó en ninguna ocasión á su amigo. Este hizo un viaje á Madrid en 1867, expresamente para asistir á la recepción de Cánovas en la Academia Española. Claro es que la primera persona visitada por Trapinedo en su viaje del 69 fué el entonces solitario malagueño, que en las Constituyentes representaba una causa harto embrionaria y verde para ganar prosélitos. No estaba aún el horno para las empanadas alfonsinas. Cáno-

vas, conforme en esto con la ingeniosa Marquesa de Subijana, no pensó en andar á contrapelo de la procesión política: iba con ella muy á retaguardia, esperando la madurez y oportunidad de los fines que perseguía. Para redondear este párrafo de historia privada, que pública podía ser á poco que se escarbase en ella, dígase que la señora de Trapinedo, María Erro y Sureda, era muy amiga de la Marquesa de Villares de Tajo, Eufrasia para los lectores de estas anécdotas que van cosidas con un hilo histórico robado del costurero de Clío.

Casi todas las tardes dejaba ver el Marqués de Gauna en el Congreso su agradable persona. Allí departió con Urríes; allí se permitió recordarle el compromiso matrimonial con la hija de Ibero. Obligado por razones de lógica y de dignidad á ratificarse en lo dicho, ya que no implícitamente pactado, hízolo con expresiones de fina delicadeza. Noticias interesantes agregó el Marqués. Que Fernanda estaba cada día más guapa (ya se lo imaginaba el novio)... Que la familia se había instalado por breve temporada en Bergüenda, donde Ibero había adquirido un monte que fué del Condado de Fontecha... Una y otra vez expresó Urríes su impaciencia por ir á la Guardia ó á donde estuviese la sin par Fernandita; pero no podría zafarse del *herrerado* hasta el mes de Julio.

Apenas terminada esta conversación, corrió don Juan al escritorio, acordándose de

que estaba en deuda epistolar. Con rauda escritura enjaretó una carta, de la cual se entresacan estos interesantes trozos: "Al hablar hoy con Luis, he sentido tan acerba la nostalgia, que me ha faltado poco para llorar. El tiempo vuela, y yo no puedo volar hacia mi cielo... A las razones que te dije en mi anterior, añadido hoy otras, recomendándote el sigilo por tratarse de asunto muy delicado: Ya sabes que por mi buena ó mala estrella, soy de los que trabajan la candidatura de Montpensier. No puedo decirte por escrito los medios que empleamos en esta secreta campaña. A su tiempo lo sabrás todo, vida mía.,,

Reflexionó un instante, temeroso de correrse más de la cuenta en las revelaciones; y una vez pensada y medida la parte que la discreción podía ceder á la confianza, prosiguió así: "Por hoy te diré que entre un amigo y yo hemos catequizado á Becerra, el furibundo demócrata: ello se ha hecho ganando de antemano la voluntad de su mujer, una señora tan ilustrada como respetable, á quien llaman aquí *Madame Rolland*. Después de esto, he tenido yo solo un triunfo mayor. Asómbtrate: he conquistado á Sagasta, el buen amigo de tu padre; Sagasta, Ministro de la Gobernación. Ahora trato de conseguir que don Práxedes arrastre tras sí á la reata de sus amigos. Para ello cuento con Abascal, á quien he metido en el ajo... Es un antiguo progresista, hoy encargado de la administración y conservación de los bienes

que fueron de la Corona. Palacio y los Sitios Reales están bajo su custodia. Pues verás: el que bien puedo llamar Intendente del Real Patrimonio, dará muy pronto un banquete á Sagasta y á los amigos que él quiera llevar. Sitio: el Escorial. Fecha: uno de los próximos días festivos...

„Espero que en esta comida traerá don Práxedes al campo del Duque una buena parte del rebaño de Prim. Figúrate mi alegría si esto se logra. ¡Quererme tú, ver yo cumplidos mis deseos en la esfera de amor y en el terreno político!... ¿Qué mayor felicidad para un hombre? Ya tienes bien explicado el motivo de mi tardanza, y seguramente me autorizarás para detenerme aquí un par de semanas... Otra cosa tengo que decirte. Cuidado, Fernanda mía: de esto, ni una palabra á tu padre, que hace *fu* á toda candidatura que no sea la de Espartero. Amor de mi vida, espero ansioso tu carta con el perdón que solicito y la licencia para vivir lejos de tí unos días más...„ Con veloz pluma trazó las últimas fórmulas de pasión, echó la firma, y ¡zas! al correo.

XVII.

En la calle del Príncipe encontró don Pedro Vela una tarde á la Marquesa de Subijana, y al pronto no la conoció: tan bien apañada y compuesta iba, luciendo al exterior elegante traje y capota, por dentro atormentada de un tirano corsé, máquina ortopédica contra la obesidad y los cuerpos deformados. Unos días á pie, otros en coche, cultivaba la noble señora sus nuevas amistades refrescando las antiguas. A la Duquesa de la Torre visitó más de una vez en la Inspección de Milicias (morada del Regente, como lo había sido de Espartero), y quedó muy prendada de su gracia y amabilidad.

Por cierto que en su reciente salida á las mundanas esferas, no era fácil clasificar á Carolina en uno ú otro de los dos bandos sociales que á la sazón existían marcados con graciosos mote. En entrambos podía figurar, porque á los dos por igual concurría. A las esposas de los ministros y personajes que pertenecían á la situación presidida por Serrano con el nombre de Gobierno Provisional, pusieron las damas de la vieja cepa aristocrática el picante apodo de *señoras provisionales*. No se quedó corta la de la Torre en devolver la picazón á sus enemigas, y como éstas tenían su conciliábulo

de murmuraciones en un palacio de la Carrera de San Jerónimo, fueron así llamadas: *las señoras de la Carrera*. La de Subijana, por la promiscuidad de sus relaciones, era tan pronto de *la carrera* como *provisional*.

No debe el historiador dejar en el olvido un dato importante, y es que Céfora se negaba tercamente á acompañar á su tía, ó lo que fuese, en el jubileo de visitas. Aunque no carecía ya de buena ropa, rara vez abandonaba su sencillo vestir. Más que de andar por el mundo, gustaba del visiteo de altares y de hociquear con curas y personas religiosas. Grandes altercados tuvo con ella Carolina; mas no pudiendo vencer su caprichuda modestia, al fin la dejó que hiciese su gusto. La probidad exige al narrador una declaración que arrojará, sin duda, sombras de sospecha y desdoro sobre la señorita; pero los hechos piden la verdad, y la verdad era que muchas tardes, dejando á la criada en la iglesia, Céfora se escapaba con Urríes de Santo Tomás ó de San Sebastián para esconderse con él en ignorado asilo... Doloroso es decir esto: tal vez los mismos sucesos traigan, cuando menos se piense, justificación de cosa tan irregular.

Para que todo fuera misterioso en aquella singular mujer de angélicos y dulces ojos, su origen y estado civil no estaban claros. Por conceptos oscuros y equívocos escapados de la discreta boca de la Subijana, entendió don Juan que no era tía de Céfora. ¿Qué lazo de parentesco había entre las dos?

¿Acaso no existía ninguno? Si así era, ¿cómo explicar la proximidad ó alianza de aquellas dos vidas? Por descifrar tan cerrado acertijo, ahondaba Urríes en el pensamiento de una y otra, partiendo de palabras, ademanes ó silencios de ellas; pero no encontraba la solución. Conjeturas, hipótesis, leyendas, disparates mil devanaba en su caletre el caballero andaluz, con interminable voltear de infinitos hilos. Y lo más extraño, confinando con lo inverosímil, era que su secreta confianza con Céfora no le valía para esclarecer las tinieblas de aquella existencia. La vaporosa mujercita no sabía nada de sus progenitores, ó no quería romper el sello que la dignidad, la vergüenza, el miedo quizás, habían puesto en sus labios.

Tan sólo, una vez habló la esfinge rubia. Hallábanse una tarde los enamorados en su retiro. Urríes estrechaba con preguntas apasionadas y capciosas á su amiga, y ésta, arreglándose los cabellos de oro entre el galán y un espejo, dejó caer de sus labios pocas palabras melancólicas, desmayadas: "Lo único que sé y puedo decirte es... que fuí bautizada en Roma, el 9 de Febrero, día de San Nicéforo... Para que sepas mi edad, añadiré que fué el 47, segundo año del Pontificado de Pío IX... Conténtate con saber una fecha, el principio de una vida... Deténgase aquí tu curiosidad....",

Dicho esto, revistió Céfora su bello rostro de una fría severidad displicente, que lasti-

mó al galán, llevando á su alma mayor confusión. Poco más hablaron aquella tarde. Céfora ó Nicéfora no se dignó poner en su boca la flor de la sonrisa. Urries, al separarse de ella en el portal de la casa, pensó que el carácter de la damisela incógnita estaba erizado de espinas. ¿Pero qué importaba si en la esfera física y sensual los encantos de ella se sobreponían al carácter y lo soslayaban y obscurecían?... A menudo dejaba ver la locuela de Subijana dos fases de su sér, absolutamente disconformes una con otra. La cara ardorosa, la cara de hielo, alternaban á las veces, sin que entre el frío y la llama mediara la más leve transición. Displícite, hinchaba las ventanillas de su nariz, y en sus azules ojos se eclipsaba todo lo angelical, dejando ver chispazos de ridícula fatuidad. Amorosa, volvía la luz del cielo á su mirada, y la faz recobraba su atractiva belleza...

Al entrar en su casa con la criada mostrenca, fué sorprendida de un bullicio de voces y carcajadas. Era que el pobre don Wifredo andaba por los pasillos en mangas de camisa, alborotado, protestando de graves injurias que en aquella tarde había recibido de personas de la casa y de otras que fueron á visitarle. Tras él iban risueños, calmándole con prudentes razones, *doña Leche* y el joven Tinoco, el *culotador* de pipas de fumar. Dos ataques á la dignidad soliviantaron al cruzado de Jerusalén: le habían llamado *señor Baldío*, poniendo en carica-

tura su honroso título, y habíanle dicho que un señor pariente suyo, el Marqués de Gauda, le pagaba todos sus gastos. Gritaba el alavés protestando de tales insultos, y apeló á Céfora para que le apoyase. “¿Verdad, señorita, que es humillación intolerable que le paguen á uno casa y comida, un triste cocido y lo demás? Un caballero de nacimiento sabe recorrer con la frente erguida el camino de la pobreza... Venderé mi caserío de Argandona, venderé los pantalones que llevo puestos por ley del pudor, venderé mi honrada camisa antes que...”

En este punto, entró Céfora en su aposento, y tras ella, como si huyera de sus enemigos, se coló el sanjuanista sin ninguna ceremonia, cosa muy opuesta, en verdad, á su exquisita educación. “Aquí busco refugio —dijo,—contra esa plebe desmandada., Pero la damisela no creyó que las bromas debían llevarse tan adelante, y con sequedad despiadada le significó que no se entraba con facha tan indecente en las habitaciones de las señoras. “¡Ah! dispénseme—murmuró el Bailío sin desconcertarse.—Va usted á rezar... ¿Pero no ha rezado bastante con el caballero Urríes?... Mi opinión es que debe usted cambiar de altar y de santo... Y no es que ahora pretenda yo que rece usted conmigo... no... Yo practico á mi modo la libertad de cultos, y tengo mi altarito y mis devotas... morenas, de ojos negros., Empujándole suavemente, Céfora echó de su estancia al *señor Baldío*.

Cuando Tinoco se encargaba de llevar á don Wifredo á su habitación, hallábase no lejos de allí el Marqués de Gauna, haciendo efectivo ante la patrona el pago de los débitos del pobre vesánico. Cumplido este deber, y adelantando algunas iadicaciones acerca del transporte del enfermo á Vitoria, retiróse Gauna, evitando la dolorosa emoción de ver y oír á su infortunado pariente. De allí se fué al Congreso; subió á las tribunas, donde estaba su mujer con la Marquesa de Villares de Tajo y otras damas, y después de saludarlas bajó al pasillo curvo, donde aguardó á que saliera Cánovas del Salón de sesiones. En el breve rato de espera le acompañó Iranzo, uno de los que componían la modesta constelación canovista. Díjole que pronto hablaría Prim para presentar á los nuevos ministros, Silvela y Martín Herrera, en sustitución de Lorenzana y Romero Ortiz, y presentarse él mismo como Presidente del Consejo.

Desde el 29 de Septiembre, venía siendo Prim la voluntad impulsora de la situación. A principios de Junio del 69, vigente ya el nuevo mamotreto constitucional, la cabeza visible, Serrano, fué colocada *en jaula de oro*, y apareció al frente del Gobierno el que de hecho lo presidía ya y era su efectiva cabeza... Propuso Iranzo á don Luis de Trapinedo introducirle en el Salón por la mampara de la izquierda, para que pudiese ver y oír á Prim. Aceptó gustoso el forastero, y en pie, en el ángulo donde estaba

la estatua de Fernando el Católico, presentó lo más interesante de la sesión. Justo será decir que le agradaron la persona enjuta y el amarillo rostro del General de los Castillejos, así como su oratoria ceñida, clara, de genuino estilo militar. Vino á repetir Prim la muletilla de los Presidentes del Consejo en tales casos: que el nuevo Gobierno era continuación del anterior, y que si cambiaban los hombres, inmanecían las ideas; ó en otros términos: que la idea, Prim, se perpetuaba, aunque por dar pasto á las ambiciones se variaran las figurillas del retablo.

Volvieron Iranzo y el Marqués al pasillo curvo, donde no tardó en agregárseles Cánovas del Castillo, el cual expresó una opinión, como suya, muy interesante y atinada. “No entiendo —les dijo,—cómo este Prim, hombre de una agudeza fenomenal, ha reconstituído el Ministerio sin dar participación á los demócratas, que vienen siendo, aunque el General no quiera, la salsa del guisado *septembrista*. Oigan ustedes á Martos, á Becerra, al mismo Rivero, y verán por dónde respiran. Lo que ellos dicen: “¿Y para esto nos hemos hecho monárquicos?,” No ha de tardar mucho la explosión de estas ambiciones hasta cierto punto legítimas... A esto dicen los de la Unión Liberal: “Sin nosotros estaríais aún en la emigración, cantando las letanías ojalateras...” En este punto pasó junto á ellos un joven regordete, con gafas, afeitado totalmente el

rostro... Gauna, que no le conocía, le tomó por un profesor de latín ó por un clérigo humanista que ahorcado había las negras hopalandas. Tocó en el brazo á Cánovas; éste alargó el suyo, le enganchó de la mano; le trajo al grupo y con afecto le presentó al de Gauna: "Mi amigo muy querido, Cristino Martos, Vicepresidente, gran orador y demócrata de la congregación de la paciencia.

—Ya sabes, Antonio—replicó Martos con gracejo, después de los cumplidos,—que no soy impaciente. Los que fabricamos el porvenir sabemos esperar.

—¿Y qué dices de los nuevos ministros?

—Que no traen más que una muda de ropa política... como quien viene para pocos días... Abur. Me llama el Presidente.,

Corrió á la Mesa, donde Rivero le soltó el trasto de presidir, la campanilla. Los tres del grupo quedaron riendo del gracioso dicho de Martos, y luego don Luis indicó á Cánovas que tenía mucho y bueno que contarle referente á los planes y conjuras carlistas. Desde que se puso en contacto con su entrañable amigo, contaminándose de las ideas del talentudo malagueño, contábale á éste todo lo favorable á la *Causa*, y con más gusto quizás todo lo adverso. Aquella tarde llevaba Gauna un buen puñado de substanciosas y verídicas noticias; pero como no había tiempo para transmitir las, propuso á D. Antonio que comieran juntos. "Convidados estamos María y yo para esta

noche por la Villares de Tajo... y en nombre suyo te digo que ella y nosotros tendremos muchísimo gusto en que tú y el amigo Iranzo *seáis de los nuestros*, para decirlo á la francesa., Aceptaron.

Vivía la Villares de Tajo en el novísimo barrio de Salamanca, ampliación de Madrid según la norma de las grandes ciudades europeas. Del plan ideado y á medio ejecutar por el atrevido negociante, resultaba partido el escudo de esta cortesana Villa: con todo lo viejo se quedaba el oso heráldico, y lo nuevo poníase bajo la jurisdicción del madroño. En los días de mi cuento, gran parte de la nueva Madrid avanzaba en su construcción, un poquito á la ligera, y se extendía desde el terreno próximo á la antigua Plaza de Toros, por detrás de la Veterinaria y Casa de la Moneda, hacia los altos que dominan la Fuente Castellana. Por el Este quería invadir los improvisados Campos Elíseos y los tejares y paradores que afeaban los aledaños de la capital. Las dos primeras manzanas de casas, levantadas hacia el 68, respondían al genial pensamiento de Salamanca. En su interior tenían un gran patio común ajardinado, que les daba luz y aire; sus habitantes gozaban de doble fachada y no padecían la insana obscuridad de los interiores del viejo caserío.

El espíritu progresivo de Eufrasia fué de los primeros en admitir la innovación. Una de las casas de la segunda manzana, con entrada por Jorge Juan y disfrute de las luces

del patio, fué adquirida por la ilustre dama, que se instaló en ella poco después de la Revolución de Septiembre. Falta decir, como última pincelada en el boceto del barrio flamante, que á la calle principal se dió primero el nombre exótico de *Boulevard Narváez*. La Revolución, con el criterio patriótico infantil de aquellos días, borró el *Narváez* para poner *Serrano*, y el instinto académico del pueblo condenó á muerte la primera parte del rótulo, pues no es necesario que las calles se llamen *bulevares* para ser aireadas, amplias y alegres... La comunicación entre el barrio y la vieja Villa era de lo más primitivo, conforme á la mezquindad y lentitud de la existencia urbana. Llevaba y traía gente un solo ómnibus con imperial, y cabida para veinte personas á lo sumo. El cobrador anunciaba las salidas con un cuerno ó trompetilla, y á los clamores de ésta acudían señoras y caballeros al estribo por donde trepaban al interior, ó á la escalerilla de la imperial. A muchos parecía este sistema de locomoción interurbana un portento de actividad y europeísmo.

Volvió á su casa la Villares de Tajo, acompañada de su amiga María Erro, antes que terminase la sesión, que fué bastante aburrida, como una comedia moral del viejo molde. Encontró tarjeta de la Subijana, que por segunda vez á visitarla iba. Supo al propio tiempo que también había estado la señorita Céfora. La visita de la titulada scbrina era ya la tercera, y en ninguna de

las tres llevó compañía de señora ni criada. Bastó la simple mención de estas personas para que María Erro, encendida en curiosidad, pidiese á su amiga información acerca de ellas. Como viuda de un Socobio, Eufrosia seguramente las conocería.

Declaró, en efecto, la Villares de Tajo que á Carolina trataba, y que de ella no podía decir nada malo. Era viuda de un don Miguel de Nanclares, caballero de don Carlos, por gracia de éste, Marqués de Subijana. A la terminación de la guerra, quedó el matrimonio en situación precaria, y huyendo de molestias y ahogos fué á parar á los Estados Pontificios. "Don Miguel y Carolina desaparecieron, pues, de Alava, y en más de veinte años apenas se ha tenido de ellos noticia. Muerto el marido en Roma, volvió Carolina con Céfora, hará de esto dos años. . Entre paréntesis, esa joven no es tal sobrina: ya lo explicaré. Volvió, digo, muy mal de ropa y de dinero, y se consagró asiduamente á reclamar del Estado las salinas de Añana, fundándose en el derecho que le había transmitido su tío paterno don Indalecio de Lecuona, fallecido en Miranda de Ebro el 66... Según parece, ha ganado el pleito, y ya está remediada de su estrechez. Yo me alegro mucho: la he felicitado de todo corazón. Carolina es mujer de talento. No tenga usted reparo en tratarla... A la inteligencia une la distinción, la bondad... Y hablemos ahora de la falsa sobrina, que bien merece capítulo aparte, porque esa sí que

es historia interesante de las que parecen novela. Carolina tuvo y tiene gran empeño en entapujarla. Con esto ha dado lugar á que la gente lance á la circulación mil cuentos extravagantes: que Céfora es hija de Montemolín, que nació de una princesa de Módena... Algunos van más allá, y han lanzado á la maledicencia el nombre del Papa... ¡Qué aberración! Yo soy quizás la única persona que sabe la verdad, y no vacilo en contarla para que se entere todo el mundo. No hay desdoro para nadie en referir una verdad que corta el vuelo á las mentiras... Amiga mía, tenemos tiempo de charlar un poco antes que lleguen mis convidados. Déjeme usted dar algunas órdenes... cinco minutos no más... y luego contaré...

XVIII

„Vivía yo en Roma el 47 cuando allí ocurrió lo que voy á contar—dijo Eufrasia,—y pude enterarme del suceso por mi conocimiento directo con personas que en él hubieron de intervenir... Céfora es hija de don Miguel de Nanclares, esposo de Carolina. La tuvo de una hermosa muchacha judía, llamada *Mesooda*, de familia pobre del *Gheto*. Cómo se las arregló el don Miguel para enamorar y seducir á esa *Mesooda*, es cosa que no sé, ni hace falta este dato para la histo-

ria. Lo indudable es que, nacida la chiquilla, la dieron á criar á una buena mujer de un pueblecito cercano. Allá iba don Miguel á verla, y en una de estas visitas á la aldea, el caballero y el ama de la niña discurrieron que debían bautizarla. Les pareció que era un crimen dejar que la tierna criaturita se perdiera para Dios... Trajéronla á Roma, y en la *Minerva*, ya recordará usted, una hermosa iglesia próxima al Panteón, recibió la hija de Nancíares el agua bautismal el 9 de Febrero, y le dieron el nombre de Nicéfora por el santo de aquel día. Mi marido estuvo presente, y contribuyó á la solemnidad del acto... Pues no quiero decir á usted la que se armó en cuanto pudo enterarse la madre, una rubita de traza ideal, del tipo de Ruth... me parece que la estoy mirando... ¡Y que era una fierecilla la tal Mesooda!... Por milagro se salvó Subijana de que le arrojará al rostro un cantarillo de aceite hirviendo...

—Es un caso semejante al del niño Mortara, que tanto ha dado que hablar—dijo la oyente.— Aunque en verdad hay diferencia, pues aquí el padre era católico.

—Cierto... y tan furibundo católico como ferviente libertino. No ha visto usted un hombre más extremado en la devoción de las faldas... Carolina tuvo que suprimir el servicio de criadas. Don Miguel las hacía suyas de la mañana á la noche, y fuera de casa andaba en liviandades con señoras, si alguna le caía por delante, con loretas y

hasta con monjas... ¡Y muy católico me soy! ¡Y ay del que en su presencia dijese alguna herejía leve! Había usted de oírle ensalzando la moral cristiana, y refiriéndonos milagros de santos y vírgenes. Era una risa... Pues, señor, el *Gheto* se alborotó con escándalo... Pero Pío IX, Rey absoluto de Roma, dijo que la niña Céfora había entrado en la grey cristiana, y punto final. Mesooda no volvió á ver á su hija; no le quedó más derecho que el del pataleo y las maldiciones: en el maldecir son terribles los judíos.

„Viene ahora otra faz del asunto, y es el furor de Carolina, que también maldecía, aunque en estilo cristiano: acudió á la Rota, quería divorcio, separación de cuerpos. En todos aquellos líos intervinimos mi marido y yo, queriendo poner paz en el matrimonio... Al fin logramos echarle un zurcido; pero de aquellas luchas quedamos la Subijana y yo enemistadas. Aquí en Madrid, hace cuatro días, hemos hecho las paces... La historia que refiero se iba volviendo cómica, ferozmente cómica. A los dos días de reconciliarse Carolina y su esposo. ¿sabe usted lo que hizo el arrepentido don Miguel? Pues después de pasar la noche velando al Santísimo Sacramento, por la mañanita, con la fresca, se escapó á Frascati con una bailarina del teatro de Apolo.

—¿Y Céfora?

—A ella voy. Ya grandecita la pusieron en un convento de Ursulinas... De esto hablo por referencia, pues ya no estaba yo en

Roma. Sé que murió el Marqués de Subijana, y que su mujer, dando pruebas de excelente corazón, cuidó de la desgraciada niña. Sé que ambas vivieron algún tiempo en Pau, y que al volver á España la presentaba como sobrina... Mucho tiempo estuve sin saber de ella, hasta que un día, no hace de esto dos semanas, me anuncian la visita de una joven, y sola... Una joven que viene sin compañía es siempre sospechosa. "Pues que pase,"... Entra aquí y hace su presentación con encantadora sencillez: "Soy Céfora.", La verdad, me fué muy simpática. Su figura delicada, su ademán humilde hablaban en su favor. Las primeras palabras que pronunció fueron para excusarse de venir sola. Por impulso propio imitaba á las señoritas extranjeras, que no necesitan rodrigón para andar por la calle... Esta gallardía me agradaba; pero empecé á recelar cuando con cierto temblor de voz me suplicó que á Carolina no hablase de su visita, rematando el ruego con esta frase: "Vengo sin que mi tía sepa que doy este paso..". El paso, no tardó en decirlo, era que sentía vocación religiosa muy viva y ardiente; que, anhelando ser monja, me pedía mi protección para encontrar convento en que meterse; deseaba una Orden muy estrecha. Acabó soltándome á boca de jarro un texto de San Agustín: "Mucho me cansa, Señor, esta vida, y me angustia esta prolija y triste peregrinación..".

—Estas que á los veinte años se cansan

de la *prolija peregrinación* — dijo María Erro, — me dan á mí muy mala espina.

— Y á mí... Siguió hablando la joven... Yo encantada de oirla. Tiene talento, mejor dicho, imaginación viva... ha leído... Pero con todo su ingenio, no acabó de convencerme. Me pareció el primer día una cabeza dislocada, y en su segunda visita confirmé esta opinión... Yo sabía que ese loquinario de Urríes le hace el amor. De esto le hablé, y ella, sin perder su serenidad, respondió que Urríes la persigue; pero que no logrará cogerla en sus garras. A propósito de esto, me disparó otro párrafo de San Agustín de que ahora no me acuerdo, santas palabras que venían muy á pelo... La verdad, he sacado en limpio que esta criatura, híbrida de judaísmo y cristianismo, es un sér bastante complejo. No hay claridad en ella. En sus ojos azules noto un estremecimiento de luces que marea... Yo me entretengo á veces en estudiar la mirada humana, y en la de Céfora he visto algo del suicida que mide la hondura del despeñadero en el momento de arrojarle... Esta es de las que se precipitan en el monjío como quien se arroja á una sima cuyo fondo apenas se ve... Pero ya hemos de poner punto á nuestra conversación... Ya están ahí: oigo la voz de Cánovas... Después vendrán Urríes y *Juanito Valera*.,,

La presencia de los tres convidados trajo á los salones de Eufrasia la dulce amenidad, el parloteo festivo con toques irónicos, que

son la orgía de las personas formales. ¡A comer se ha dicho, y á referir, comiendo, anécdotas y sucesos del mundo vigente, cosas amables, gustosas y picantes! Allí se realizaba lo que expresó Cánovas en un dicho ingenioso, como todos los suyos: “¿Qué hacen usted y sus tres amigos en las Constituyentes?...”, Y él respondió: “Esperamos, y esperando hacemos la Historia de España..”, Pues la mesa de Eufrasia fué aquella noche un taller de Historia con sólo las referencias que allí se hicieron de sucesos privados. En algunos de éstos se veía pronto la relación con la vida pública; en otros, la misteriosa tangencia de lo individual y lo sintético no aparecía bien clara, y sólo era visible para las mujeres, que saben encontrar el parentesco de la *Gaceta* con las costumbres.

Don Juan Antonio Iranzo llevó su lote de anecdotismo particular á la general leyenda hispánica. En él todo era extraño, incongruente. Hombre de origen humildísimo, formaba en el grupo conservador y aristocrático de Cánovas, y precisamente por esto resultaba tan española su figura. En España es un hecho constante la realidad de lo contrario, ó que cosas y personas actúen al revés de sí mismas. El diputado por Teruel era un sesentón, alto y enjuto, de rostro huesudo, cenceño y totalmente afeitado. Creyérase que días antes había cambiado el calzón corto ceñido, el chaleco de pana y el pañuelo en la cabeza, empaque muy noble ciertamente, por la levita y demás prendas,

que no caracterizan á nadie y á todos nivelan en la desairada vulgaridad... Lo que realmente á don Juan Antonio caracterizaba era que, en su alta posición de hombre político adinerado, no sentía vergüenza ni resquemor de su origen plebeyo; antes bien siempre fué su mayor gusto referir cómo subió la cuesta social desde la humildad pobre á la cumbre en que á la sazón se veía. Deseaba Eufrasia que sus amigos los Gaudinas oyesen de boca del propio caballero la historia de su vida portentosa. No se hizo de rogar Iranzo. La sorpresa de sus oyentes le hacía feliz; refiriendo la verdad escueta, gozaba tanto como los histriones que declaman el ingenioso embuste.

“Es cierto lo que Eufrasia dice. No me avergüenzo de mirar desde arriba la llaneza de donde vine... y bien puede uno alegrarse de haber subido cuesta tan empinada... Pero si me alegro, no me alabo de ello, porque, mirándome bien, veo que no he llegado por mi propio esfuerzo á donde estoy... Claro que mi constante trabajo ha tenido alguna parte en los bienes que disfruto; pero la parte mayor pertenece á la suerte... Debo lo que soy á un milagro... no se asombren, á un verdadero milagro, como van á ver... Yo fui criado de los Duques de San Lorenzo... criado... doy á las cosas su nombre... no vale disfrazar el nombre de las cosas. Criado fui, y á mucha honra... Los señores Duques me querían, porque yo era fiel y puntual en el servicio, y muy afecto á la casa. Doncella de

la señora Duquesa era una joven de quien me enamoré... Juntos servíamos... entramos en relaciones, resolvimos casarnos. Los amos veían con buenos ojos nuestros amores honestísimos... Pero aunque mi novia y yo teníamos algunos ahorrillos, el casorio nos lanzaba á los azares de la vida con pocos elementos para la lucha. ¿Cómo se remediaba esto? Pues la solución más sencilla era que los señores Duques, al salir yo de su casa, me consiguieran un destino. En mis ratos de descanso, entreteníame en pensar qué empleo, arreglado á mis cortos conocimientos, me convendría más... ¿Portero en algún Ministerio, en el Congreso, en Palacio, guardada en Sitios Reales?... A fuerza de cavilar, me decidí al fin por algo que halagaba mis gustos; yo veía con admiración á los cobradores que andan por Madrid llevando al hombro un saco de plata ó calderilla... Aquel empleo colmaba mis ambiciones. Cobrador te vean mis ojos, que capitalista como tenerlo en la mano.

“Con ojos y oídos atendían todos al buen Iranzo, y en cada pausa celebraban la ingenuidad y gracia del autobiógrafo. Este prosiguió: “Escogida la ocupación que había de sustentarnos, dije á mi novia que á la señora Duquesa manifestara mis cortas ambiciones, y ya descansamos de todo afán, pensando en apresurar la boda, pues la Duquesa pronunció el *estad tranquilos: corre de mi cuenta*... Y así fué: la ilustre señora no se anduvo en chiquitas, y acudió, no al Di-

rector ni al Ministro, sino á la propia Reina Gobernadora doña María Cristina, con quien tenía entrañable amistad. No sé si llevó de memoria la petición, ó en el mismo papelito en que yo la escribí para mayor claridad. Ello fué que Su Majestad repitió el sacramental *estate tranquila, etc...* y deseosa de servir, tiró de pluma y pidió al Ministro la plaza para mí...

—¿Y el milagro?

—El milagro fué que al escribir... ¡cómo tendría su cabeza la buena señora!... se equivocó, y en vez de poner *Cobrador colegiado*, fué y puso *Agente colegiado*... (exclamaciones alegres de los oyentes) que es destino de fianza, destino de rendimientos grandes, como que los agentes autorizan las operaciones de Bolsa... Total: que me casé, y á los dos días de ser marido de mi mujer, me dió la Duquesa el nombramiento. Lo-í... quedé aterrado... El primer impulso fué devolver la credencial, diciendo que aquello no era para mí, ni yo para cosa tan grande. Después me vino la idea de no precipitar los acontecimientos. Guardé mi papel... Ocho días lo tuve en mi bolsillo, sin mostrarlo á nadie; ocho días de meditación sobre aquel caso inaudito... Concluí diciéndome que cuando á Dios le da la gana de hacer un milagro, no debe el hombre meterse á corregirlo... Dios me había hecho Agente de Bolsa y Cambios, colegiado... Pues cúmplase su santa voluntad... A los ocho días de dar vueltas en mi caletre al bendito mi-

Ilagro, me fuí á ver á un amigo muy estimado, que en Bolsa operaba sin título: era listo, de riñón bien cubierto; yo le dije, mostrándole mi credencial: "Don Anselmo, mire lo que me han dado y no se encandile. De usted depende que yo me quede con este papel ó lo devuelva.", Y el hombre, abriendo el ojo, y dando un puñetazo en la mesa, me respondió: "¿Devolver? Eso es cobardía. Los valientes saben morir antes que devolver las armas que la patria les entrega.", Nos arreglamos. El cobraría la mitad de mis ganancias hasta reintegrarse con intereses la suma que adelantó para la fianza .. Trabajábamos juntos: operaba él; yo firmaba... hasta que llegó un día en que pude soltar los andadores... Para no cansar: á los cinco años de esto, ya tenía yo un capitalito ganado á pulso... á los diez, el capitalito era capital... á los veinte...

—No siga, don Juan Antonio—dijo Eufrasia riendo;—nos da usted una dentera horrible, contándonos cómo crecían sus cosechas de dinero..

Iranzo terminó así su cuento de hadas: "Ya saben todos los presentes que es más fácil hinchar cincuenta mil duros que cincuenta mil reales... El primer milagro, el verdadero, fué obra divina... Yo hice después los míos, milagritos pequeños, de los que hace cualquiera con un poco de suerte, buen ojo para los números y buen olfato para las ocasiones.

—Lo que llamamos suerte—dijo Gauna,

—no es más que la proyección de nuestras cualidades y defectos. En lo que hemos oído, veo yo la acción de una voluntad poderosa. Don Juan Antonio, es usted un hombre extraordinario.

—¡Ah... eso no! un hombre de los más comunes, honrado y trabajador, un obrero que sabe hacerse su propia casa... No me quejo de la vida, y bendigo mi estrella. A mayor abundamiento, también en mis dos matrimonios he sido afortunado. Mi mujer y yo vivimos en la mejor armonía. Disfrutamos de todo, y nos permitimos un poquito de vanidad. El Papa nos ha hecho Condes... Ps... esto gusta á las mujeres. En tiempo de la pobre doña Isabel, era moda ponerse un título para dorar la plata, y á veces la calderilla. Nosotros no habíamos de ser menos.,

En el giro de los comentarios, Cánovas expresó esta idea tan ingeniosa como profunda: “Vea usted confirmado, Eufrasia, con el ejemplo de Iranzo, lo que dije ayer hablando con Manzanedo. No esperemos que de la antigua aristocracia salga la fuerza conservadora, inteligente y eficaz, que ha de salvar á esta sociedad. O no sale esta fuerza de ninguna parte y la nación española se pierde sin remedio, ó vendrá de estos hombres nacidos del pueblo y elevados á las altas posiciones por su agudeza y laboriosidad. Estos, éstos son los fabricantes de fuerza. Vengan muchos Iranzos; vengan á robustecer el sentido conservador de la so-

ciudad, que hoy vemos harto flaco y miserable.„

Con sagaz criterio afirmó después don Antonio que España había de pasar fatalmente por graves disturbios, delirios y ensayos sangrientos. La política de los últimos años había producido, por errores de todos, una gran fuerza expansiva ó revolucionaria. No era prudente ni práctico oponerse al empuje de esa enorme fuerza desencadenada. No había más remedio que dejarla correr hasta que por el continuo roce se gastara. “La fuerza nuestra es aún muy débil. Esperemos su crecimiento, que ha de venir por ley de Naturaleza... Ya tenemos en nuestras catacumbas milicia, nobleza, damas elegantes, capitalistas... Pero aún vendrán en número incalculable... Nuestras catacumbas son doradas y cómodas: se está muy bien en ellas... Podemos esperar. „

Ya se ha dicho que las conversaciones de la calle y de las salas y comedores, con las anécdotas privadas y las vidas de hombres oscuros, colaboraban en la Historia de España. La vida de Iranzo era en esa Historia uno de los pasajes de mayor potencia documental. *Los fabricantes de fuerza* iban quitando el puesto á los guerreros y conquistadores. El pueblo, desnudo unas veces, vestido otras, hacía lo que antes hicieron reyes y tribunos. La plebe, transformada por la adquisición del dinero, escalaba las alturas, y modelaba los ídolos monárquicos con un yeso que no había de fraguar ídolos para

largo tiempo, pues ya no hay calor que endurezca la blanda masa de que están compuestos... Y ahora seguiremos presentando anécdotas y sucedidos particulares que son fundamento de la Historia fraguada para medio siglo de Idolatría nacional; un remiendo, más bien chapuza, para tirar hasta 1919.

XIX

Hablan ahora las damas. Eufrasia dijo: "Sólo en el carlismo veo yo un peligro imponente.."

Y María Erro, que hasta entonces había permanecido taciturna, anunció un nuevo pasaje histórico: "Que cuente Luis lo que sabe acerca del carlismo, y ustedes dirán si debemos mirarlo como un serio peligro, ó como un estorbo pasajero. Yo soy legitimista: mis apellidos traen acá los ecos de Oñate, de Estella, de Vergara. Pero no vive uno por vivir, sino por aprender. Seguiremos siendo carlistas platónicos mientras no se nos traiga una cosa mejor, ó algo que sea nuestro sér trasplantado á la vida real. Así lo dice Luis; así lo digo yo, que ante todo soy católica, apostólica, romana.."

La curiosidad de lo que el Marqués de Gauna había de contar no admitía espera. Apremiado por todos, don Luis cogió la palabra: "No es cuento, aunque lo parezca. Es,

no diremos un hecho, pero sí un propósito que ha de traducirse en hechos reales. Me han traído noticias de Cabrera, y las tengo por tan verídicas como si yo las recogiera del propio don Ramón, mi querido amigo. Cabrera, sépanlo ustedes, acepta al fin la dirección del partido, que es como decir la dirección de la guerra. Cabrera se pone al frente de las muchedumbres carlistas, llevando á su lado al Rey hasta traerle á ocupar el Trono. Pero... Aquí viene lo bueno. Cabrera será la espada de don Carlos, con la condición de que éste acepte un programa liberal, franca y abiertamente liberal. Aquí tengo copia de las bases (saca un papelito que pasa á las manos de Cánovas). Míralo, Antonio, y te convencerás: es copia exacta de las condiciones enviadas á Carlos VII... programa liberal á la europea, pues de otro modo, la *Causa* sería recusada por el mundo entero: Constitución, Parlamento y libertad de imprenta; tolerancia religiosa, vivir á la moderna, dar de lado á frailes y clérigos, sujetando á la beatería con un Concordato inspirado en las ideas regalistas...

—Basta, basta—dijo Cánovas con expresión victoriosa.—Si esto es verdad, y verdad será cuando tú lo dices, pon una losa sobre el carlismo, que ha muerto para siempre. ¿Rechaza don Carlos las condiciones de Cabrera y se lanza á la lucha con los elementos que ahora tiene? Pues será vencido, irremisiblemente vencido y destrozado. ¿Acepta el liberalismo que le ofrece el Conde de

Morella? Pues pronto le abandonarán los elementos clericales, que son su fuerza, son el alambre que mantiene derecha esa estatua de barro... Don Carlos, antes de disparar el primer tiro, tendrá que irse á su casa, porque el carlismo dejará de ser tal, y cambiando de ideas, ha de cambiar necesariamente de nombre: se llamará *Alfonso XII*. „

Callaron todos, esperando más vivos comentarios. Y Cánovas siguió así: “Esto lo sabe Cabrera mejor que nadie. Me consta que lo sabe... Por lo demás: esas condiciones diríanse ideadas con el fin de desengañar á don Carlos y abrir sus ojos á la realidad. Por ese medio Cabrera se quita de encima una mosca importuna, pues ni él está para salir á campaña, ni sus ideas son las que tuvo en 1838 y 1840. Vive en Inglaterra; está casado con una protestante, que es más fiera que él, y no puede ver ya en el carlismo más que una leyenda para solaz de inválidos de las clases militar y eclesiástica. „

A poco de terminar Cánovas, y cuando acababan de tomar café, fué anunciado Urríes. Pasaron los comensales al salón, donde no había más visitante que el diputado andaluz, con quien Eufrasia y sus amigos empalmaron la hebra de su charla política. “¿Qué noticias nos trae, Juanito? ¿Sigue en alza el papel Montpensier?... Díganos antes: ¿cómo es que no viene con usted esta noche Juanito Valera?

—Está en casa del Duque de Rivas, donde habrá lectura de una colección de elegías.

Juan quería llevarme; pero como esto de las elegías entiendo que es cosa triste y funeraria, he preferido brillar por mi ausencia... En cuanto al papel Montpensier, tengo el sentimiento de declarar que hay tendencias á la baja.

—¡Ah, Juanito! Ya me lo figuré en cuanto le ví á usted. Nos trae esta noche una cara terriblemente elegiaca. Vamos á ver: ¿qué ha resultado de la reunión masónica en el Escorial? ¿Fueron los amigos de Prim y de Sagasta? ¿Consiguió éste hacerles entrar por el aro? Ea, no nos venga usted ahora con reservas y tapujitos. Descúbranos el el lindo pastel?

—Como el pastel se nos ha quemado, todo lo diré, sin ocultar nombres... El primero, nuestro espléndido anfitrión Abascal, Intendente, ó cosa así, del Real Patrimonio; después Sagasta, que era el llamado á recomendar al Progreso el papel Montpensier; seguía la reata... Vaya usted contando: Figuerola, Llano y Persi, Moreno Benítez, Juan Manuel Martínez, Venancio González, Ricardo Muñiz, Bonifacio de Blas, Carratalá y *este cura*... Me parece que no se me olvida ninguno.

—Pues hansido ustedes trece. ¡Fatalidad!

—Dispénsame, Eufrasia. Mala cuenta hace usted. Eramos once. Y este número debe ser más fatídico que el trece, porque el final de la reunión hizo competencia al rosario de la aurora .. Sagasta desempeñó su papel con brevedad. Su argumento fué de los que no

admiten réplica: "Señores, no discuto la valía del Duque. Sólo afirmo que ha venido á ser el único candidato *viable*. No hay otro. Todos los intentos han fracasado. El que de ustedes crea posible mejor solución, dígalo pronto. Yo sólo añadiré que cada mes, cada día de interinidad es un gravísimo peligro para la Patria. No patrocino á Montpensier; expongo la urgente necesidad de tener un Rey. Don Fernando de Portugal se niega en absoluto... en el Duque de Génova no hay que pensar... ¿Qué hacemos? Quiero saber la opinión de mis queridos amigos.,"

Y la supo; la oyó bien clara y terminante, contraria resueltamente á la propuesta ó consulta del Ministro de la Gobernación. Cada cual según su temperamento, unos con suavidad, otros con energía, alguno con fiera, todos se interpusieron entre la Corona de España y la cabeza del cuñado de Isabel II. Antes la Interinidad indefinida; antes el desgobierno, el motín crónico, el diluvio. No sólo era cuestión política, sino cuestión moral. Yo me permití decirles que estaban obcecados, que estaban locos. Pero si de Sagasta no hicieron caso, ¿qué caso habían de hacerme á mí?

"¡Delicioso fracaso, Juanito! — dijo Eufrasia gozosa. — ¡Ay, qué alegría! Siga, siga.

— Nada más diré de un asunto que recuerdo con pena. Huyó de él, como los cómicos escapan del teatro en que les han arreado una silba. Pero algo más, de un orden enteramente distinto, hubo en la reu-

nión. ¿Lo cuento? Allá va. El bueno de Abascal quiso prepararnos una sorpresa... más que grata, emocionante, patética; un espectáculo que ha dejado en los que lo presenciamos recuerdo indeleble. Fué, por decirlo así, el número más hermoso y dramático del programa, el único éxito brillante, magnífico, de la excursión, jira, ó como quiera llamársela..”

Expectación ansiosa del público: “¿Qué ha sido, Juanito? ¿Qué ha visto? Dígalo pronto.

—Lo que yo he visto—afirmó Urríes pavoneándose, —ninguno de los que me oyen lo vió jamás, ni probablemente lo verá... Convengamos en que Abascal no tiene precio como empresario de espectáculos de gran novedad, ni como anfitrión que sabe obsequiar á sus convidados. Pues, señor... bajamos al Panteón, y allí nos encerramos con algunos albañiles y aparejadores. A cada uno de nosotros se dió una vela de cera encendida... Vimos al costado derecho del altar, en la primera fila de nichos, un andamio portátil, bastante sólido. Era el aparato que allí se emplea para dar sepultura á los Reyes ó Reinas. Subieron los aparejadores. Sacaron la urna más alta, tirando de ella como se tira del cajón de una cómoda... Una vez la urna en el andamio, levantaron la pesada losa de mármol que la cubre, y quedó descubierto el cuerpo del Emperador Carlos V... Subimos todos á verlo...

—¡Escándalo, profanación!—exclamó Cá-

novas con súbito estallido de ira. —Esto no puede tolerarse... Esos hombres nada respetan. ¿Qué sentimiento monárquico ha de haber en esas almas groseras y prosáicas, insensibles á la grandeza de una tumba gloriosa?... Siga, Juanito... ¿Y qué vieron? ¿en qué estado se halla el cadáver del César?

—Está momificado, y en admirable conservación. Enormemente nos impresionó ver el rostro y cuerpo del Emperador. Quedamos todos suspensos, y en los primeros instantes no se oyó el menor murmullo. Conteníamos la respiración; nos paralizaba un respeto religioso... Creíamos ver la Historia que volvía... no sé decirlo... el pasado que se nos ponía delante... tampoco acierto á expresarlo. Tiene el César la nariz casi destruída; los ojos como huecos profundos; inalterable la quijada saliente, y en perfecta conservación el pelo entrecano de la barba. Para mí resultaba como si la cabeza del retrato de Ticiano, que está en el Museo, fuera sacada de un desván donde las cucarachas hubieran hecho algún estrago, dejando el parecido... Las piernas, de rodillas abajo, son esqueléticas... La gota en vida le trató peor que las cucarachas en muerte.

—¿Y qué ropa viste...?

—Sólo un gran manto de tisú blanco, en que está envuelto todo el cuerpo; en la cabeza un capacete ó gorro de la misma tela. La conservación de ésta es admirable.

—Manteo de brocado de Cambray, tejido con seda y tirado de plata—dijo Cánovas.—

¿Y no tenía alguna insignia del Toisón?

—Nada. Ni collar, ni borrego, ni cruz, ni ningún objeto de metal vimos... Después de contemplar un rato lo que queda del hombre más poderoso de su tiempo, se volvió á poner en su sitio con muchísimo respeto la losa ó cobertera; los aparejadores empujaron la urna hacia el interior del nicho, y todo quedó conforme estaba.,,

Los comentarios y apreciaciones de la irreverente travesura fueron muchos y poco liсонjeros para los progresistas.

“CÁNOVAS.—¡Y esta gente anda buscando un Rey!... Los que no respetan la Monarquía en su representación personal más alta, quieren que venga un Príncipe extranjero á compartir con ellos la frivolidad de esta generación. Yo aseguro, desde ahora, y lo digo muy alto; yo aseguro que ningún Rey traído de fuera dormirá en las urnas del Escorial.

URRÍES (*aparte á Gauna*).—Con furia lo ha tomado este señor. No he querido contar las tonterías que en presencia de la momia se dijeron. No sé quien hizo esta frase: “De mal agüero es tu exhumación, amigo Carlos V. ¿Significará que vendréis otra vez los austriacos á jeringarnos?

EUFRASIA.—Compadezco al que venga. Deseo la ruína y el fracaso más horrible á los empresarios de la traída de Rey.

URRÍES (*alto*).—Por Dios, don Antonio, no se incomode, y sobre todo, guárdeme el secreto. Se me olvidó decir que nos juramen-

tamos para no contar á nadie lo que hicimos. Si se sabe, que no se sepa por mí... Verdaderamente, debí callarlo; pero el afán de referir algo extraordinario ha podido más que mi discreción... Ruego á todos que no me comprometan.,,

Diósele promesa de secreto, y la presencia de otros amigos de la casa generalizó y desgranó la conversación. Don Manuel Orovio, apenas puso el pie en la sala, acometió fieramente á Cánovas con apreciaciones políticas, de una seriedad aterradora. Más que con su seriedad, deslumbraba el ex-Ministro de Isabel II con sus chalecos, que en el último tercio del siglo xix suministraron á las gacetillas abundante materia pintoresca. Era un buen señor, tan probo como réaccionario, bastante sagaz en los días subsiguientes á la Revolución para ver en Cánovas el hombre del porvenir. A él se adhería mentalmente, poniendo al servicio del maestro todo lo que podía darle: su honradez, su experiencia de covachuelista y su ardiente devoción borbónica.

Las diez y media serían cuando se despidió Irazzo. Era hombre de una sociabilidad tan intensa como rutinaria, y en aquellos días no se retiraba sin pasar por el salón y tertulia de la Duquesa de la Torre. Esta fidelidad á una casa en que predominaban ideas tan contrarias á las del buen amigo de Cánovas, se explica ó por la atracción de los elementos opuestos, ó por la simpatía personal, que en España suele relegar

las ideas á un lugar secundario. Por esto, diluídas en el ambiente cortesano, acción y reacción han sido siempre tan benignas... Al ver salir á Iranzo, la de Campo Fresco, que poco antes había entrado, dijo á la *moruna* (viejo mote de Eufrasia): "Siempre que veo á este hombre, ¡ay! me le represento alzando la cortina para darme paso al salón de la San Lorenzo... Créame usted: si atontado está el mundo, es de las vueltas que da."

Llegó Carriquiri, un viejo amable, viviente archivo de su siglo; poco después el Conde de Toreno, joven con aire de bebé, coloradote y con barbas rubias, el más inteligente y lucido quizás de la nueva hornada reaccionaria; comparecieron después Cárdenas, Jove y Hevia y otros. Hablando pestes del Gobierno de la Revolución y zarandeando los candidatos al Trono, pasaban dulcemente las horas. Urriés se retiró después de las doce, y se fué á la indispensable escala en la tertulia de la Duquesa de la Torre, que aún residía en la Inspección de Milicias. Allí vió á Ortiz de Pinedo, con quien se entretuvo un rato en maldecir la Interinidad. Un General ilustre, Ros de Olano, comentando los apuros de la España sin Rey, hizo una indicación, que no comprendieron los que con risas la celebraron, viendo el chiste y no la profunda filosofía histórica que entrañaba. "No hemos caído en la cuenta—dijo,—de que lo más lógico es traer un Rey árabe, y que no debemos buscarlo

en las reinantes familias europeas, sino en los harenes africanos... Arabe y musulmán debe ser nuestro Rey, aunque luego, para que ande por casa con desenvoltura, tengamos que cristianizarlo. Un Rey descendiente del amigo Mahoma será el que mejor nos entienda, nos baraje y nos meta en cintura. Decidámonos, y traigamos un Abderramán, á quien llamaremos *califa*. Alá es grande... Con tal caudillo no tardaremos en apropiarnos toda la costa septentrional de Africa,... Esta idea no era para reída, sino para pensada.

Retiróse Urriés á su casa, donde estuvo unos días en preparativos de viaje, lo que no era tarea liviana, por el inmenso bagaje de sus pensamientos, unos que irían con él al Norte, otros que había de dejar en Madrid, y algunos que debieran ser expedidos á la tierra de María Santísima. Provenía la confusión del caballero de su desordenado y voluble deporte amoroso, pues como quien se ejercita en la circense habilidad que llaman *juegos icarios*, jugaba con varios corazones como si fueran platos ó palillos, tirándolos al aire para recogerlos y relanzarlos con diestra y limpia mano. El juego había de fallar alguna vez, y ello fué cuando el hermano de don Juan apareció en Madrid inopinadamente y le dijo:

“Ha llegado el momento de poner término á tus vacilaciones, y de decidirte por la solución que vengo indicándote desde el mes pasado. Nuestra casa necesita un apoyo. Tú

debes darlo casándote con Mariana de Pedroche, que á su condición de propietaria de las mejores vegas de Montilla y Lucena, une las cualidades de belleza y virtud. Acábense tus dudas. Sienta la cabeza, Juan; ya no eres un niño. Bastante tiempo te he dejado vivir á lo mozalbete. Ya llegó el día de llamarte al orden y decir: Hermano mío, te mando que seas Conde de Aldemuz.,,

XX

Y animándose con el mutismo de su hermano, prosiguió Ben Alí: "Irás inmediatamente á La Guardia, y sin dilación desharás el equívoco que allí existe por tu gran imprevisión y ligereza. Mil veces te dije: Juan, no sueltes prenda, no hables de matrimonio, ni empees tu persona irreflexivamente. Por no hacerme caso te ves ahora obligado á dar explicaciones, á pedir que te dejen retirar promesas y palabras que un hombre discreto no debe dar nunca. Y al propio tiempo te encargo que procedas como caballero, que no olvides tu nombre y procures quedar bien con esa familia de Ibero, según entiendo, muy respetable. La cuestión es como de encerrona, y para sortear la salida necesitas de mucha flexibilidad y mano izquierda...,"

Era el Conde de Ben Alí un hombre feo,

de esos en quienes la misma fealdad revela procedencia de padres hermosos. Sus ojos desmesurados y refulgentes eran como los faroles de un ferrocarril; las cejas dos tirajos curvos de paño negro; la distancia entre la nariz corta y la boca larga más grande de lo que marca el ideal helénico; la barba fuerte, espesísima, afeitada en los carrillos para que no invadiera las partes del rostro que, según ley estética, deben estar mondas de pelo; la color blanca dorada al sol; los dientes limpios, correctos y sanos. Su aspecto, en suma, comprendiendo cara y cuerpo, acomodábase al más arrogante tipo de bandido, y no había en ello incongruencia, pues rara vez vió y sufrió el pueblo español cacicón más audaz y despótico. Era el azote político, fiscal, judicial y administrativo de una comarca tan risueña como desdichada.

El ideal patriótico del Conde, fundamentado en su brutal egoísmo, no era otro que ver al bueno de Montpensier en el trono de España. Grande amigo del Duque, no dudaba que éste le facultaría para extender y reforzar con apretados tornillos su feudal máquina de tortura... Y por fin, las ambiciones de Ben Alí se redondeaban casando al hermano con la dama de Priego, Marquesa de Aldemuz, para que nuevos estados vinieran á la familia, y se constituyese el feudo en un considerable espacio rural.

Las amonestaciones severas del hermano mayor impresionaron á don Juan, que si bien ya estaba en la idea de cambiar de no-

via, su ligereza no le había permitido aún ver claramente la dificultad del paso. Pero había llegado el momento crítico de liquidación amorosa. El galán tenía que desenredar sus enredos y afrontar las consecuencias de su frivolidad. ¡Oh Fernanda grácil y seductora! ¡Cuán penoso era para tu accidental caballero sufrir la pena de dejarte libre y en disposición de admitir nuevo dueño, y al fin poseedor de tu excelsa hermosura!... Menos mal que el tirano Ben Alí le mandaba á La Guardia por largo camino, pues dispuso que fuese antes á Barcelona con importantes órdenes y pliegos para un coronel de Artillería retirado, que en aquella gran ciudad dirigía secretamente la trama montpensierista.

Cuando el arrogante andaluz disponía sus bártulos para tomar el tren, supo que la Subijana y Céfora habían levantado el vuelo. Días antes, salió el pobre Romarate, custodiado por un sirviente de los Marqueses de Gauna, en el mismo tren que á éstos condujo. Algo inquieto y sobresaltado, pudo creer el caballero que amigos y enemigos corrían hacia el Norte, imantados como él de un temor supersticioso, miedo á la verdad, al amor enojado y justiciero.

Partió el mismo día en que Prim modificó el Gabinete. La salida inevitable de Martín de Herrera, por su desatentada circular sobre la interpretación de los derechos individuales, y el decreto acerca del ingreso y ascenso en la carrera judicial, dieron al General óca.

sión de abrir la puerta grande á los demócratas. Quedó en Estado Silvela, pasó Ruiz Zorrilla á Gracia y Justicia, en Hacienda entró Ardanaz, en Fomento Echegaray, en Ultramar Becerra. Con estos últimos nombres en el cartel gubernativo refrescó Prim su política, y los demócratas conocieron la alegría del vivir: ya no eran simple adorno muerto, de azul y oro, en la vitela del libro de la Constitución...

El mayor, el único regocijo de Urríes al salir de Madrid por la vía de Zaragoza, fué ver la lozanía con que maduraban los frutos de la Interinidad. Como fanático de Montpensier, deseaba que en el cuerpo y extremidades de la Nación brotaran granos y pústulas, para que fuese menester acudir al heróico remedio. Gravísimas noticias traían el viento y el telégrafo, el correo y las públicas voces. España decía: "Estoy muy molesta con insufribles picazones en todo mi viejo corpacho. Por aquí me duele, por acullá me arde, por esta otra parte se me hincha la piel. Me salen carlistas por donde menos podía pensar, me salen federales por *do más pecado había.*„

Por el camino repasaba Urríes en su mente el sin fin de manifestaciones eruptivas que infestaban á la Nación. Todo aquel sarpullido era por don Carlos y la Unidad Católica. Indudablemente el ejemplar más castizo y picaresco de aquellos brotes insurreccionales, fué el que la Historia designa con el epígrafe de *El Cura de Alcabón*. Era don

Lucio Dueñas, según sus biógrafos, un clérigo chiquitín, casi enano, buen hombre en el fondo, pero tan fanático y cerril, que perdía el sentido en cuanto el viento á sus orejas llevaba rumores de guerra carlista. Apenas se enteraba de que ateos y masones sacaban los pies de las alforjas, preparaba él las suyas llenándolas de víveres y cartuchos. Convocaba inmediatamente al vecindario del mísero pueblo de Alcabón, y entre mozos y viejos disponibles reclutaba una docena, ó algo más, de gandules dispuestos á defender con su sangre y su vida la Unidad Católica y la Monarquía absoluta. Hecho esto y reunida su mesnada, que rara vez pasó de veinte hombres, echaba la llave á la iglesia, cogía la escopeta, enjaezaba su rocín flaco, y ¡hala! á pelear por Dios y por Carlos VII.

El campo de operaciones del minúsculo guerrillero tonsurado era la banda Sur de la provincia de Toledo. Pasaba el Tajo por donde podía; evitaba los pueblos grandes; en los pequeños entraba impetuoso, arregando á su gavilla; pedía raciones, cebada y pan ó lo que hubiese; y si en alguna parte le atendían, daba recibo en papel encabezado con este membrete: *Real Comandancia de Toledo*. Su refugio y descanso buscaba en Menasalbas ó en Guadalerzas. Era en verdad delicioso y romancesco el cleriguillo de Alcabón. Hacía poco ó ningún daño; no fusilaba; valíase de los muchos amigos que en la comarca tenía para escabullirse de la Guardia civil; pedía y tomaba raciones; no

despreciaba caballo cojo ni burro matalón, y aprovechando alguna coyuntura feliz arramblaba con los menguados fondos municipales. Como experto cazador de toda la vida, don Lucio conocía palmo á palmo el terreno. Alguna vez recalaba en la posesión de don Juan Prim, en Urda. El administrador, que era su amigo, le daba raciones y buen vino de las provistas bodegas del General. El jefe y los bigardos de la partida se apimplaban para hacer coraje, y luego salían por aquellos campos gritando como energúmenos: “¡Viva la Religión, viva la Virgen, viva don Carlos!”, El exaltado cura, tan pequeñín que apenas se le veía sobre el jamelgo, se esforzaba en suplir su menguada estatura con la fiereza de sus gritos y la bizarría de sus actitudes.

Más temibles que el enano de Alcabón eran en la Mancha Sabariegos y Polo, cabe-cillas veteranos que asolaban el Campo de Calatrava. Los bárbaros que les seguían llegaron á formar cuadrillas imponentes, que so color de la Unidad Católica cometían mil desafueros. Estos granos ó diviesos eran de más cuidado que los de tierra toledana, y mortificaban con punzadas dolorosas el tronco de la madre Iberia. Pero ésta sufría en otras partes de su cuerpo enardecido múltiples tumores que en sanguinoso avispero se juntaban. Los párrocos y canónigos de Astorga, alzando pendones por la Monarquía absolutamente católica, se comprometieron á dar cada uno para la santa guerra

un hombre armado ó su equivalencia en dinero. Pronto se reunieron elementos tan silvestres como belicosos. Del Seminario salió un intrépido sacerdote y catedrático, el señor Cosgaya, que, organizada la evangélica partidita, se lanzó á las aventuras macabeas. Su hazaña primera fué matar á un pobre alcalde; después siguió de pueblo en pueblo racionando á sus hombres y caballos, y aliviando al Fisco de la cobranza de contribuciones.

Pero la cuadrilla más audaz y vandálica de la provincia de León, fué la que guerreeaba bajo las banderas del heróico beneficiado de la Catedral, don Antonio Milla, de quien se dijo que era tan sutil teólogo como hábil estratégico. Asoló diferentes pueblos, dejando en Santa María de Ordax memoria perdurable, por los delitos que allí se perpetraron contra la vida, la hacienda y el pudor. Otro de estos Cides con puntas de bandoleros fué el ilustrado canónigo don Juan José Fernández, que no se quedó corto en los atropellos y depredaciones. En una provincia cercana, Palencia, salió Balanzátegui, no cura, sino soldado y de los más valientes, á quien perdió el necio delirio de imponer á tiros y sablazos la Unidad Católica y el Concilio de Trento. Su ciega y fanática intrepidez le perdió: fué pasado por las armas...

El divieso del Burgo de Osma fué García Eslava, que brotó y reventó entre aquel pueblo y Almazán. En tierra de Burgos apare-

cieron como abscesos infecciosos los afamados Hierros, que operaban con ruda valentía y eclesiástico fervor en la patria del Empecinado y en los términos de Aranda de Duero, Roa y Coruña del Conde... En la provincia de Segovia, los facciosos dispersos se juntaban en Revenga bajo el garrote y bonete del capellán de Juarrillos, para correr al latrocinio de leñas, carbones, pan y cebada; en tierras de Madrid, el cabecilla Jara salía de Santa Cruz de la Zarza en busca de los pingües esquilmos de Aranjuez; desde Valdemorillo y Colmenarejo partían bandas de campeones de la Unidad Católica en persecución del Real Sitio, y amenazaban las preciosidades de la *Casita de Abajo*. Era, en fin, un levantamiento general y á la menuda, en la mayoría de los casos organizado y dirigido por indignos clérigos. Y estos bribones, que al verse perdidos se acogían al último indulto, volvían luego tranquilamente á sus parroquias, santuarios ó catedrales, y sin que nadie les molestara continuaban ejerciendo su ministerio espiritual, y elevaban la Hostia con sus manos sacrílegas.

Y aún había más, mucho más que lo rápidamente contado, que fué repaso y enumeración en la mente de Urríes. Todo el mísero cuerpo de la Nación estaba invadido de la plaga. En el Maestrazgo, Valencia, Aragón y Cataluña, sufría España la terrible picazón. De aquella sarna que la obligaba á rascarse desesperadamente, brotaron

los horribles tumores que la pusieron en tan asqueroso estado. Acudía el Gobierno con los emplastos emolientes del envío de columnas en persecución de los malhechores católicos, unitarios, absolutos ó carlistas, que de mil modos se llamaban. Pero como era forzoso atacar un mal esporádico en tan distintas y distantes partes del enfermo, unas veces llegaba tarde el remedio, otras demasiado pronto, como pasó en Montealegre, cerca de Barcelona. Los conjurados se reunían por órdenes del cabecilla Larramendi, y conforme iban llegando al punto de cita, con arreos de cazadores, la columna del brigadier Casalis los cogía y tranquilamente los fusilaba. El único que pudo escapar fué Larramendi, que olió la quema y se puso en salvo.

De algunas de estas erupciones oyó hablar Urríes en el curso de su viaje; otras las supo en Barcelona, donde se detuvo pocos días para dar cumplimiento á la misión que llevaba. En el centro de propaganda y de irradiación activa que allí tenía el de Orleans, supo que los carlistas se llamaban á engaño y ya no daban juego. Mejor resultado se pensaba obtener de los federales, que ya en diferentes partes de Cataluña movían los secretos humores para salir á la epidermis nacional. El mal y su difusión aterradora provenían de la sangre viciada por el terrible virus de la Interinidad, y el enfermo llegaría pronto á la gangrena y la muerte si no le ingerían la droga interna, que era.

tragar al Duque. ¡Amarga pócima para España, que, rechazándola con signos negativos, se rascaba y se condolía, siempre risueña y grave, inmensamente noble y picaresca!

XXI

De regreso á Zaragoza, continuando su viaje parabólico, tuvo Urríes un encuentro feliz y desagradable. Presuroso comía en la estación cuando se le apareció su amigo Tapia, derrengado, cojo y con un brazo en cabestrillo, el rostro de vieja tachonado de negros parches de tafetán. Con frase compungida y rápida, hizo historia de sus lastimosas averías, obra de unos desalmados facciosos de Balaguer. Como la brevedad de la parada no daba tiempo á largas explicaciones, limitóse á decir que los carlistas que furiosamente le molieron los huesos eran de los de verdad; que el vapuleo fué desaforado y puso en peligro su existencia, y que huyendo de sus verdugos se vino á Lérida para curarse con árnica y quietud sus mataduras y contusiones. Dicho esto, pidió y obtuvo un auxilio de dinero... Metiéndose en el tren á toda prisa, después de socorrer al amigo, don Juan le mandó que fuese á Barcelona á recibir nuevas órdenes... Durmió en Zaragoza el caballero, y temprano salió en el tren que va y viene por la

margen derecha del Ebro, entre Zaragoza y Miranda.

A medida que avanzaba el vagabundo Urríes, espaciando sus miradas en los risueños campos ó en la caudalosa corriente del magno río, tristeza y zozobra se metieron á la calladita en su alma; y cuando al caer de la tarde, pasando por Cenicero, vió los montes de La Guardia y Toloño iluminados por el sol poniente con tintas y tornasoles de nácar, don Juan se recogió en sí... Como el sol doraba los montes, la imagen de Fernanda iluminó la mente del caballero, y en ella se reprodujo con singular viveza. La hermosura de la hija de Ibero, su gracia, su continente á la par modesto y noble, imitaban soberanamente la realidad.

En aquella hora de triste ocaso, propicia al examen interno, don Juan pensó que su inclinación á las livianas aventuras, por puro pasatiempo deportivo, y sus tratos con la Marquesa de Aldemuz, buscando una boda de conveniencia, le imposibilitaban en absoluto para pretender un hueco en el corazón de Fernanda. Pero contra la desazón que esta idea produjo en su alma, reaccionó el caballero al instante con sus arrogancias de libertino... Ciertó que Fernanda era mujer de extraordinaria valía... mas no la única... Otras había que... Y por último, ¡qué demonio! si él salía bien de la engorrosa obligación que le había impuesto su hermano, deshacer aquel impremeditado compromiso matrimonial, ¿no podía suce-

der que Fernanda siguiese amándole, que él...? Su buena estrella en lides de amor no había de abandonarle. Con tales pensamientos llegó á Miranda, y no sabiendo dónde residían á la sazón los señores de Ibero, corrió á la fonda en busca de un muchacho que allí servía, y que seguramente le sacaría de dudas. El mozo, natural de Paganos, hijo de un antiguo servidor de Castro-Amézaga, y muy afecto á la familia, le dijo que los señores habían pasado por Miranda dos días antes. Don Santiago y su señora, con el niño pequeño, estaban en Sobrón tomando las aguas; la señorita Fernanda, en Bergüenda con sus tíos doña Demetria y don Fernando.

Durmió Urríes en la fonda de Guinea, mejor será decir que se acostó, pasando en penoso desvelo toda la noche. Sus atormentadores eran: el mandato de su hermano, tan difícil de cumplir; la hermosura y bondad de Fernanda; la rígida entereza de Santiago Ibero. A la mañana siguiente, un buen coche de alquiler le llevó por la orilla izquierda del Ebro. Aunque iba con toda la atención en sus inquietudes, algo le quedaba para mirar el paisaje, que le pareció desolado y tristísimo. Detenido en Fontecha para pagar el portazgo, el corazón le dió avisos de mal recibimiento, augurios tristes... Pero aún había que andar algo más. Adelante, pues.. Por fin paró el coche frente á un muro enverjado en su parte superior. Urríes oyó ¡ay! la voz de Fernanda... en el mismo instante vió su esbelta figura

tras unas ramas de rosales floridos... Charlotteaba con unas muchachas. ¿Eran criadas ó señoritas del pueblo?... El caballero descendió junto á una puerta que no era entrada del jardinillo, sino de la casa, y ésta tenía un aspecto austero, señoril y arcáico, con escusones, reloj de sol y una graciosa ventana plateresca. La primera que salió á recibir á don Juan fué Demetria; poco después apareció Fernanda. Fríos, pero de suprema ficción cortesana, fueron los saludos. En lo poco que habló Demetria descollaron estas dos frases, que hirieron particularmente la atención de Urríes... "Mi esposo ha ido á Santa Gadea del Cid, á visitar á un amigo,..." "Ahora, don Juan, hablará Fernanda con usted; después hablaré yo."

Dicho esto, salió la señora, y los novios quedaron solos frente á frente. Las miradas de uno y otro vagaban en el espacio intermedio como pájaros asustados que no saben á donde volar.

¿Quién de los dos hablaría primero? El sentimiento que en el alma de Urríes hacía veces de dignidad, dijo á éste que debía romper el silencio, y así lo hizo: "He venido acá, olvidándome de todos los equívocos que nos han trastornado, he venido á decirte, Fernanda, que..."

—Acaba. Cuando á mí me toque hablar, verás qué pronto despacho.

—A decirte que no he dejado de amarte; que mi corazón es y será siempre tuyo, cualquiera que sea la determinación... á que me

lleve... mejor dicho, que me imponga mi Destino, un sino perverso... fatalidad debo decir... Ese nombre de fatalidad doy yo á mi familia... Más fuerte que todo eso será mi amor... más permanente la imagen tuya que llevo grabada en mi corazón.

—¿Y para qué quiero yo—dijo Fernanda con arrogante desdén,—para qué quiero un corazón que se contenta con llevarme grabada?... ¡Qué risa! ¿De modo que yo me vuelvo imagen, y tu corazón un altarito en que dice misa otra mujer?

—No me has dejado concluir. Aguarda un poco. He dicho que te amaré mientras viva, Fernanda; que...

—¡No dices verdad!... Podías dar á tus engaños otra forma, alegar razones: que has encontrado mujer más de tu gusto, que la conveniencia se sobrepone al cariño, ó que el cariño es voluble, loco... Podías en todo caso traerme la razón suprema, el *no quiero*, el *no puede ser*, que no dan lugar á más dimes y diretes. Juan, Juan, yo soy muy recta, y no admito disculpas estudiadas, ni volteretas del pensamiento... Quiero el *sí* ó el *no*, claros, redondos... Tengo el alma bien dura... dura para el sufrimiento... Dura soy también para querer, cuando en el querer soy correspondida. ¿Me entiendes? Si he de estimarte, ya que quererte no pueda, ven á mí honradamente con tus disculpas; no me traigas las mentiras endulzadas y las perfidias que usáis en las Cortes...

—Allá se quedan las ficciones; aquí ven-

go á declarar inextinguible el amor que te tengo, Fernanda.

—Mentira, mentira,, replicó la hija de Ibero, firme en su proceder rectilíneo. Era un alma enteriza. Desconocía las sutilezas de lenguaje que sirven para soslayar el pensamiento con adornadas curvas; no usaba nunca el lenguaje irónico ni las figuras tortuosas; en sus cariños como en sus antipatías jamás gastaba términos medios; no sabía poner sordinas ni apagadores en la ruda expresión de la verdad.

Repitió don Juan sus ditirambos amorosos. El niño que hay siempre dentro del calavera ó libertino le sugería procedimientos muy elementales: arrojar sobre la mujer, engañada flores bonitas y galanos requiebros. Creía que Fernanda era como las demás, y en esto se equivocó, poniéndose en el orden de los profesionales de amor más adocenados, conforme á la degeneración del tipo en el siglo xix. La enamorada doncella se levantó, protestando del artificioso galanteo. Con empañada voz le dijo: "No te canses, Juan: tus flores me parecen flores de muertos... flores de trapo. Llévalas á la rubia de Subijana, y en ella se volverán flores vivas, frescas, naturales. Bien cerca la tienes... Ha sido ella más dichosa que yo. Pero no debemos quejarnos... Al mundo venimos para eso, para que unos pierdan y otros ganen... Yo he perdido..."

Saltó Urriés con una gallarda negativa... Céfora no le interesaba. Era un cono-

cimiento, no un compromiso. No era caso de amor, sino de piedad de una huérfana desvalida. Con un *no hablemos más* dicho con entereza, ahogando su pena hondísima, puso Fernanda punto en la conversación, y se dirigió á la puerta. Su andar y su gesto eran como si arrojara y pisoteara las flores contrahechas con que el galán quería reconquistarla. Y saliendo ya, dijo: "Todo lo tenemos hablado... Lo que falta te lo dirá mi tía." Desapareció, y en el rato que estuvo solo, coordinó don Juan sus pensamientos, y analizó los de Fernanda. "Es muy particular — se dijo, — que su celera y su enojo señalen exclusivamente á Céfora... De Mariana ni una palabra. Sin duda hay aquí un equívoco que debo aprovechar."

No tuvo tiempo para más reflexiones. Entró Demetria, que deseando terminar pronto, evitaba toda prolijidad. "No puede usted figurarse, don Juan, el estrago que ha hecho en la familia, en nuestros corazones. Ya le queríamos á usted, ya le teníamos por nuestro... Reconozca que su comportamiento no ha sido como esperábamos. La corrección no parece por ninguna parte. ¿Qué? ¿Se ofende de lo que le digo? Peor sería para usted que se lo dijera Santiago... Ya, ya sé lo que usted me contestará... que en la vida no se hace todo lo que se quiere; que cuando menos se piensa saltan obstáculos insuperables. Naturalmente, no es el corazón el que manda en todos los casos... mandan los intereses..."

Por la primera brecha que Demetria le dejó libre, se coló Urriés con sus disculpas, comenzando por manifestar que su pena era de las que no admiten consuelo... que amaba á la familia Ibero tanto como á la suya, y acabó declarando que, en efecto, existían obstáculos; pero que acerca de ellos no había dicho aún en su casa la última palabra. “Dispénsame, don Juan, si me permito desmentirle —replicó Demetria triste y obstinada.—La última palabra está dicha ya; los dos hermanos se han entendido; usted se casará con la dama de Priego... Todo lo sabemos aquí; sólo está ignorante de ello la pobre Fernanda, á quien hemos ocultado la verdad para que su herida no sea tan dolorosa. Hemos tenido la desgracia de perderle á usted... digo desgracia, porque para nosotros era felicidad contarle en nuestra familia. El Conde de Ben Alí, que según parece no admite oposición á su autoridad, ha sentenciado... Es inútil que usted nos hable de su desconsuelo... Creo en él; creo que usted no va con gusto en ese machito del casorio con la viuda... Pero resígnese y háganos el favor de retirarse y de no volver por acá. Mi marido y mis hermanos Gracia y Santiago no apreciarían esta visita de usted como la aprecio yo...”

Quedó el caballero un tanto apabullado con estas severas y delicadas razones, á las que por el pronto no supo responder más que con declamaciones caballerescas, de las cuales tenía bien surtido repertorio. Y De-

metria, visiblemente afectada, con lágrimas en la voz, ya que no en los ojos, le despidió con frases de intensa ternura: “¿Ha traído usted las cartas de Fernanda para entregárselas como es uso y costumbre en todo rompimiento de noviazgo? Porque ella tiene ya dispuestas las de usted en un paquetito. Y para que se vea si es inocente y angelical esa criatura... esta mañana, hablándole yo de la obligación de devolver las cartas, me dijo: “Tía, ya las he reunido en un paquete; pero lo até con una cinta rosa, y estoy buscando una cinta negra para que lleven la expresión de muerte que es necesaria, indispensable.”

Contagiado de la emoción de la dama, uno y otro en pie para la despedida, don Juan no quiso rematar la visita sin dar también su nota de ternura y delicadeza. “Yo he traído las cartas de ella; pero las dejé en Miranda... El corazón se me rebelaba contra el trámite doloroso de rompimiento... y me decía que esta visita no podía ser la última. ¿Me permite usted, señora, que me despida de Fernanda y solicite nueva entrevista para el cambio de esas que vienen á ser papeletas de defunción, signos de muerte, el corazón suyo y el mío devueltos, como lo que no fué poseído, sino prestado?

—¡Ay, no!... no puedo consentirle á usted nueva entrevista, caballero. Despidase usted de ella en forma vaga, sin afirmar ni negar que se ven por última vez... De este modo la separación no será tan desoladora

para ese ángel... Véala usted en el jardín (*acércanse á la ventana*)... Allí está regando los claveles con las dos muchachas que aquí le hacen compañía... la una es sobrina del cura del pueblo; la otra es *Boni*, hija del que fué escudero de mi esposo y hoy el criado más antiguo de mi casa... Es hermana de Sabas, un muchacho que sirve en la fonda de Miranda... Observe usted á mi sobrina. ¡Qué bien disimula su pena! Ríe, y á ratos canta... Mientras esté usted aquí, sabrá mantenerse entera y tragarse sus amarguras. Salga usted, baje, despídase con su habitual cortesía... Yo no intervengo, no quiero intervenir; le dejo á usted solo, y fiada en su caballerosidad le veré desde aquí... Después, nada... Vuélvase á Madrid, y de la devolución mutua de cartas me encargo yo. Mándeme usted su paquete, las de ella; yo le enviaré después á Madrid, con un conductor del tren, hombre de toda confianza, el paquetito atado con cinta negra... y *requiescat in pace*. Todo queda muerto y sepultado... Pero los corazones revivirán... Usted será feliz con su viudita opulenta, y á mi sobrina, que es mujer de grandísimo mérito, no le faltará un buen partido... y también será feliz... Yo soy un ejemplo de este revivir de los corazones, mejor dicho, mi marido es el ejemplo. Amaba locamente á otra, y yo me dí mis trazas para ser su verdadero amor, el amor de toda su vida..,

Descendió al jardín el caballero, y reunióse con Fernanda junto á un grupo de al-

tos rosales. Los que fueron novios quedaron á distancia de las dos muchachas, en un sitio desde el cual podía verles Demetria. El taimado caballero, ducho en artes de amor, evocó en la mente todo su poder sugestivo y magnético... En breves instantes y contadas palabras había de crear una nueva situación sobre las ruínas de la antigua. “Fernanda—le dijo poniéndose en el rostro la máscara patética que usaba en las críticas ocasiones,—no ates el paquete de tus cartas con cinta negra, por Dios te lo pido... Lo negro es signo de muerte, y nuestros corazones quieren vivir, pese á quien pese. El paquete de tus cartas lo dejé en Miranda. Viene atado con cinta verde, que es color de esperanza. Lo que hoy parece rompimiento, no lo es... Yo me sublevo contra tal absurdo, y para darte mis razones necesito una entrevista, solos los dos... cerca de aquí, en el campo, donde tú digas.

—Eso no puede ser—replicó ella con temblor de voz, que de los labios á todo el cuerpo le corría.—Eso nunca. Hemos concluído para siempre.

—Piénsalo, vida mía, y no me empujes á la desesperación.,,

Con pérfido arte lo dijo, revistiéndose de una dramática gravedad que admirablemente realizaba sus ademanes varoniles. La inocente y crédula Fernanda se enganchó en la fina red arácnida de cazar moscas.

“La desesperada soy yo, Juan; yo, que... Pero cuanto digamos ya es inútil. Vete pron-

to... déjame. No volveremos á vernos... ¿Pero qué has dicho?„

La pobre criatura vacilaba entre darse por muerta y recobrar nueva vida. El galán echó el resto, y con aparatosa ficción romántica que le agigantaba, dándole á los ojos de ella mayor gallardía y hermosura, se expresó así: “Concederme ó negarme la entrevista, es como decidir que yo viva ó que muera. Es tristísimo que no pueda yo contarte mis horribles penas. ¿Eres tú acaso más mala y más perversa que mi destino? Bien. ¿No quieres volver á verme? En ese caso, me sentencias á desaparecer del mundo.

—¡Oh, no! Juan, no.

—¿Concedes la entrevista?

—No puedo.

—Pues yo podré. Adiós, Fernanda. Me verás otra vez. Adiós.,„

Hizo las reverencias y figurado saludo de quien se despide con *forma vaga*, como había indicado la señora, y salió. Corriendo en su cochecillo hacia Miranda, el caballero no iba triste. En su alma aleteaba la ilusión de empalmar los pedazos rotos de su historia de amor. Pensando en ello, acariciaba este hilo de zurcir que ingenuamente había dejado caer Demetria: *Boni, hermana de Sabas, el mozo que sirve en la fonda de Miranda...*

XXII

Con ardor empezó Urríes su trabajo apenas llegó á la estación; que en tales campañas no conocía la pereza ni dejaba perder los minutos. Con dinero y saliva conquistó fácilmente á Sabas, el cual no puso reparo á intervenir en el negocio, siempre y cuando no fuera para cosa mala. Muy adicto á la familia, y tan fiel como su padre y su hermana, no asintió á las proposiciones del caballero sin echar por delante sus escrúpulos: “¿Pero todo esto, don Juan, es para casarse?”

—Sí, hombre. ¿Pues para qué había de ser? ¿Por quién me has tomado?,”

Y con explicaciones enfáticas, de inventiva novelesca, le dejó en pleno convencimiento de que colaboraban en la paz de la familia. Sin perder tiempo, se puso el bueno de Sabas en comunicación con Boni... Esta se encargaba de persuadir á la señorita. Todo á pedir de boca se arreglaría, porque el jardín de la casa de Bergüenda lindaba con otro enteramente abandonado y en poder de caracoles y babosas. La entrada era facilísima de noche, sin que nadie lo advirtiese. Tapia de poca altura separaba los dos jardines, y en ella podían hablar los novios, cada uno por su lado, sin aproximaciones

ni tan siquiera *cogerse las manos*. Lo malo era que el perro guárdían seguramente con sus ladridos daría la voz de alerta. ¿Cómo se arreglaba esto?

Y el buenazo de Sabas, rascándose la testa, halló al fin la solución y la manifestó con llaneza ruda. “*Dejaivos* de jardines con caracoles, y del perro y la tapia, y los mil *incomenientes* que pasan. ¿No *saléis* tú y la señorita á prima noche para *irvos* al rosario en la iglesia?... Pues, coní, en vez de entrar en la iglesia, *meteivos* por el callejón que sale al juego de pelota y á las choperas del camino viejo, por *onde* no pasan ni las ánimas; que ya no andan ánimas *dende* que la Revolución quitó el Purgatorio... Allí estaremos don Juan y yo, y allí pueden hablarse los novios... que en media hora, coní, tiempo tienen de decir lo que quieran tocante á casamiento, y tú y yo apartadicos sin quitarles ojo, para que no *haiga* pegazón de personas una con otra, ni besos mismamente, *cétera...*”, A ciegas aceptó Urríes este plan, por no tener medios de ejecutar otro. Entregábase al acaso, fiando en su suerte loca; contaba con lo imprevisto, que rara vez deja de ser favorable en las comedias vivas de amor.

Llegó, pues, la noche fijada para la cita. Acudió el primero don Juan: llevaba coche cerrado. No tardaron en destacarse de la sombra nocturna las figuras de Fernanda y Boni. Todo resultaba tal como lo calculó el experto Sabas, que andaba por allí ceñudo

y vigilante, sin otra mira que el honor de la familia. Las intenciones de Urríes no eran buenas; pero su apetito *donjuánico* no tenía suficientes arrestos para proceder conforme al uso de los tiempos heróicos del libertinaje. La sociedad comedida y reglamentada del siglo xix, no permitía ciertas audacias. El raptó en el coche, burlando de un puntapié ó á cuchilladas la vigilancia de los servidores, era un delirio anacrónico. Robada Fernanda, ¿qué haría después? Estábamos en un siglo imposible, todo alambrado de leyes, reglas y miramientos. El ideal supremo sería tener dispuesta una casa próxima; entrar en ella con la hermosa joven; platicar juntos y solos en la forma más íntima, sin reparo de los desvaríos á que la mutua pasión les condujera, y después volverla al hogar paterno, quedando todo en secreto, con ó sin consecuencias visibles en corto plazo. Esto era lo procedente y lógico en un siglo de amañes, hipocresías y ziquizaques. Y la Humanidad iba perdiendo en ello, porque los males de la fuerza fueron siempre menos malos que los de la astucia.

Ya en el terreno, mano á mano con Fernanda (y las manos de él no osaban ir más allá de las de ella), vió don Juan que se había equivocado de lugar y ocasión. Otra cosa ideó y presumió su acalorada mente de burlador. ¿Qué hacían allí las estatuas sombrías de Boni, Sabas y la señorita del pueblo, como representantes ñoños de la moral? Los mirones ó testigos profanaban la santi-

dad de la poesía, y convertían en coplas insulsas el poema donjuánico... En la corrección de la entrevista, el pensamiento dominante de Urríes era recabar de Fernanda promesa de nueva cita, para lo cual precisaba reentablar sigilosa correspondencia entre la casa de Bergüenda y Miranda. Negóse la hija de Ibero, y encastillada en su honestidad tanto como en su agravio, acudía veloz al cierre de todas las brechas que el galán abría. En el corazón de la enamorada joven el odio á Céfora era una llama inextinguible. A Céfora tenía por autora de los tormentos que le ocasionaba el desvío de don Juan; y mientras más bello y seductor á sus ojos se presentaba el hombre amado, más terriblemente crepitaban las llamas del corazón, y más acerada y persistente era la idea fija, semejante á una brújula montada en el cerebro.

Con todas las artes de su ingenio fecundo se aplicó Urríes á desmontar aquella idea fija. Recelar de Céfora era ver visiones y asustarse de sombrajos. Aferrada tenazmente á sus odios, Fernanda insistió, diciendo: "Es verdad; no deliro. ¿Por qué estás aquí sino por estar cerca de ella?," Viendo que las sutilezas de su imaginación no daban juego, don Juan tomó el caso á broma; ridiculizó á Céfora, agregando chistosas comparaciones y conceptos saladísimos. Fernanda sonreía; pero aunque la sonrisa podía parecer señal de debilidad, continuaba rebelde al convencimiento. Repitió don

Juan muy en serio su declaración de que la rubia de Subijana no significaba para él más que las invisibles pajaritas del aire.

Fernanda era religiosa; creía que los juramentos obligan y son prendas de veracidad. Su candorosa fe, un poco rutinaria y formalista, respondió á las ardientes afirmaciones del galán proponiéndole que jurase lo que había dicho. ¡Buen cuidado le daba á Urriés complacer á su amada, y pasarse jurando toda la noche! Los juramentos dramáticos y líricos no tuvieron fin: juró por Dios y por su madre, es decir, por las dos madres, la de Dios y la del caballero, á la cual éste suponía muy bien aposentada en la mansión de los justos. Quedó así Fernanda consolada ó en disposición de creer, y dando por terminada la entrevista, ofreció conceder otra en breve plazo, y decidir en ella si reanudaban el carteo. Separáronse, él con pasión declamatoria, ella con ternura reservada. Triste y un tanto alicaído se retiró Urriés á Miranda. No le resultó la novelesca cita tal como él la soñara y presintiera. Pero en su riquísimo arsenal de per trechos amorosos, hallaría resortes, trampas y redes más eficaces.

En este lugar de la narración se marca una coyuntura que desvía los sucesos y los empuja por derrotero no previsto. Un personaje, una mujer ya mencionada, aparece ahora como activa palanqueta en la máquina de esta ejemplar historia. Era Nievécitas, sobrina del cura de Bergüenda, bondadosa

y honesta joven, agradable de rostro, menudita de cuerpo, un poco y un mucho picotera, y tan comunicativa que antes reventara que guardar un secreto. A los tres días del careo nocturno, llegóse á Fernanda y muy compungida, casi llorosa, le dijo que don Juan de Urríes visitaba las más de las noches á Céfora, en un caserío pobre de las inmediaciones de Salinas... Para evitar su paso por Bergüenda, el traidor tomaba la línea de Bilbao hasta Pobes, donde ajustado tenía un coche...

El primer efecto de este jicarazo en el ánimo de Fernanda, fué una estupefacción parecida á la insensibilidad; siguió la cólera, el ciego creer en lo que oía; vino después la duda... Nieves mentía... repetía cuentos y chismajos... A estos angustiosos estados de alma que cambiaban rápidamente, sucedió un repentino desbarajuste nervioso como arrebató de locura. En la sedación de su delirio, cayó Fernanda en taciturnidad sombría, lúgubre. Guardó en el alma el secreto de su aflicción con heróico y casi increíble disimulo. La violencia que hacía sobre sí para no dejar traslucir su congoja, parecía superior á las fuerzas humanas: divina fuerza era sin duda.

El primer cuidado fué que los tíos no sospecharan la grave desazón de la señorita. Conseguido esto, en su aposento y en los paseos vespertinos Fernanda tramaba con Nievécitas y Boni tenebrosa conspiración. Se le había metido en la cabeza com-

probar por testimonio de sus propios ojos la traición de Urríes. Amiga y criada trataron de apartarla de aquel propósito; mas antes lograrían que saliese el sol por Occidente. La hija de Ibero podía romperse y morir; doblarse y transigir, nunca. Era un sér fundido en una sola pieza, y no había medio de tomar una parte de ella dejando lo demás.

Las conspiradoras recibieron de Miranda un soplo interesantísimo. Algunas tardes sabía don Juan por la línea de Bilbao, diciendo que iba á visitar á un amigo en Orduña ó en Amurrio. Regresaba al día siguiente. Sin decirlo claro, quería pasar por conspirador, y aires de tal se daba. Esto á nadie sorprendía en tiempos de tanta libertad, y de tan activas y variadas propagandas por el achaque de buscar Rey... Una tarde, después de comer en la estación, se metió Urríes en el mixto de Bilbao. Al poco rato se apeaba en Pobes. En un coche que prevenido y bien pagado tenía, partió por la carretera de Nanclores á Espejo. El camino era tortuoso, costanero, y el paisaje melancólico se entristecía más al caer de la tarde, cuando las últimas luces del día se acostaban en él soñolientas.

Don Juan se distraía contando los robustos y frondosos nogales que en aquel país se ven frente á todas las casas y en la proximidad de las iglesias. La penumbra los agrandaba, la sombra los ennegrecía, y sus formas corpulentas querían ser ante la imaginación figuras de abades panzudos ó de at-

letas acurrucados bajo inmensos paraguas. En su vagorosa observación, así pensaba el caballero: "En la madera de esos árboles, que puede ser algún día mi cama, mi mesa, mi ropero, duermen ahora los pájaros tan tranquilos ...". Luego, enzarzando ideas, se decía: "A diferencia del hombre, los pájaros no aman nunca de noche... De día se dedican al canto, á sus amores y á robar para comer... El sér que no ama, no vive. Como el pájaro busca el grano, busca el hombre á la mujer, y donde la encuentra allí se para y come... toma lo suyo y lo ajeno...."

Entre pensativo y adormilado, llegó á un caserío pobre, á la entrada de Salinas. La noche era oscura y cálida; el lugar hondo, medroso, solitario, entre cerros y peñas. Próximo estaba el pueblo, y ninguna calle de él se veía. No faltaba, frente á la casa, el nogal pomposo que dormía envuelto en su capa ó copa, tapándose desde el tronco á la coronilla. Salió la casera al encuentro de don Juan y le dijo que la señorita no había llegado. Coche y cochero pasaron al corral, y Urríes entró renegando en la casa, pues los plantones le enojaban, como hombre acostumbrado á que los gustos y bienandanzas se le viniesen á la mano. Condujole adentro y arriba la mujer, prevenida de un candil, por escalera crujiente y sollado de castaño, que respondían á las pisadas con quejas y chirridos lastimosos. En una estancia bien puesta y limpia entraron. El galán se dispuso á esperar; preguntóle la

casera si quería tomar algo; negóse don Juan mohíno: tomaría tan sólo paciencia. A su pregunta de si la señorita tardaría mucho, respondió la mujer que nada sabía, y que la tardanza podía ser corta ó larga, según... Total, que era forzoso ponerse en manos del tiempo, árbitro de los plantones de amor.

La noche había de ser para don Juan penosísima; noche de fastidio y rabia, porque el plantón no acabó ni con el día. Fué una soberana burla del tiempo y del amor confabulados, un bromazo cruel, aunque no tanto como él merecía. A las doce perdió la esperanza de ver á Céfora. Ya cerca de la una, prefirió el galán dormir, y se tendió medio vestido en la cama, que no era mala, aunque sí de las de música, pues en cuanto el cuerpo se movía en ella, las secas hojas de maíz y las maderas de la armadura cantaban y reían como enemigas del sueño del huésped. A pesar de esto, durmió cuatro horas con leves interrupciones de picotazos; que no faltaron púlgas feroces, asesinas...

Temprano dejó las ociosas y musicales pajas, y desayunándose con un buen chocolate que le dió la casera, preguntó á ésta el camino más corto para entrar en las salinas sin pasar por el pueblo. Precisamente del caserío á las salinas había poco que andar, aunque ello era por vericuetos. Subiendo por un senderillo que arrancaba del nogal, se llegaba á una pared de piedra seca, deshecha en diversas partes y con practicales boquetes. Guiado por estas indicacio-

nes, allá se fué don Juan seguro de encontrar á Céfora, que todas las mañanas, antes ó después de misa, daba un paseíto por los dominios de la blancura.

Alguna noche estuvo Urríes en las salinas; de día, el espectáculo de aquella singular explotación del agua salada, le dejó maravillado y suspenso. Era un ancho y profundo barranco, cuyas dos vertientes habían sido convertidas en estanquillos ó balsas de madera, escalonadas como los jardines de Babilonia. Estacas verticales soportaban estos tenderetes; los más lejanos parecían galerías ó pórticos guindados unos sobre otros; las superficies altas, donde se estancaba el agua para someterla á la evaporación, eran de una horizontalidad perfecta. Los soportes y algunos trozos de muro que servían de armazón á tan industrioso artificio, ofrecían la complejidad y variedad más pintorescas. De una parte á otra, y aun por todo el espacio que separaba las dos vertientes del valle ó encañada, corrían los cauces de madera, conductores del agua. Esta bajaba del manantial y se distribuía por la enmarañada red de canalillos altos y bajos. Lo que daba al paisaje una singular y exótica hermosura, era que al evaporarse el agua salobre, en los trayectos quebrados ó rectilíneos que recorría y en la entrada y salida de los estanques, dejaba por todas partes cuajarones de sal. Aquí colgaban témpanos y estalactitas, allí corrían cristalinas cuerdas horizontales. Estos efec-

tos, los de las pilas de sal ya recogida, y la nitidez alba de los embalses, daban la impresión de un país nevado ó de una ciudad de pórticos, en parte de madera, en parte del más rico mármol de Paros. La general blancura superaba con mucho á la de la nieve, por el brillo y claridad que la viva luz y los directos rayos del sol daban á tan espléndido conjunto. No se cansaba Urríes de contemplar el bello, gracioso y divertido espectáculo: iba de una parte á otra buscando las variadas perspectivas, cuando vió á Céfora que sola y leyendo un librito avanzaba por la linde de los más bajos estanques. Había entrado por el portalón que comunica las salinas con el pueblo. “Ahí viene esa loca—se dijo Urríes andando hacia ella por los blancos senderos en que la sal pisoteada tenía el brillo mate del esmeril.— ¡Y qué guapísima! ¡Cómo realzan su belleza dorada estas nieves, hijas del sol; estos templos de sal!...,,

XXIII

Cuando á la dorada beldad se acercó el caballero, alzó ella del libro los ojos, y sin mostrar alegría ni pena, con fría tranquilidad, le hizo este saludo: “Ya contabas con encontrarme aquí. Buenos días, Juanillo loco.

—Contaba encontrarte, sí; pero no pensé que traieras por delante al amigo San Agustín, que sin duda es el culpable del plantón que me diste anoche.

—San Agustín, no, ¡pobrecito! Echame á mí la culpa. ¿De veras te ha dolido el plantón? Me alegro mucho. Juan... ¿Para qué estamos en este mundo más que para sufrir?... Reconoce, amigo mío, que mis desgracias, esta humillación en que vivo, me dan derecho á mortificar.

—Pero á mí no.

—Mortifico á los que me quieren, Juan. Así me querrán más.,

Esto decía con frialdad lacerante, que al caballero confundía, dándole impresión parecida á la del frote de un rallo en lo más sensible de la epidermis. Cuando así hablaba Céfora, don Juan creía ver en los ojos de ella un resplandor extraño, como si el azul celeste se cambiara en verde cenagoso. “Hoy vienes en la más cargante de tus fases... porque tienes fases, Céfora, como la luna... Tienes crecientes deliciosos, y menguantes horribles .. Te suplico que hoy, en compensación de la noche boba que me has dado, me presentes la fase amorosa...”

—Sí que soy lunática... Pero no esperes hoy la fase bonita. Estoy en la hora antipática y en el menguante de hacerme aborrecible... Vámonos por aquí, y metámonos en aquella cueva, que estos salineros todo lo ven, y llevan cuentos á mi tía.

—Vamos á donde quieras. Y ya que nom-

bras á tu tía, dime si anoche has tenido con ella algún zipizape... Eso me explicaría mi plantón y tu displicencia.

—Anoche no hemos reñido. Nunca reñimos; pero siempre estamos distantes una de otra, en espíritu. Mi tía es amable... amable como las serpientes que miran con tiernos ojos antes de enroscarse en la víctima. Carolina no me arroja de su lado; espera que yo me vaya; lo espera sentadita, sin decirme una palabra dura ni agria... Me arroja de sí con este dilema: "O monja ó casada,," Hace dos días me propuso por marido á un chico del pueblo, que tiene cuartos... hijo de un tendero de aquí, valenciano, que vende alpargatas, loza ordinaria, con especialidad en orinales, esteras, pelotas y muñecas baratas, de esas que miran con ojos espantados. El que quieren que sea mi novio es gordo y lucido... Siempre está sudando... Los ojos tiene asustadicos, como los de las muñecas, y como ellas está lleno de serrín. Su orgullo es jugar bien á la pelota, y cuando sale del trinquete trasuda horribilmente y apesta... Pues el otro punto del dilema es el convento de las monjas de la Esperanza, á media legua de aquí. El clérigo que se compinchó con mi tía para meterme en la Esperanza me ha resultado grilla. Carolina me mandó que oyese sus consejos... ¡Vaya una catequesis que se gastaba el hombre! Me hizo una declaracioncita muy mona... que le gusto mucho... que en vez de entrar en la Esperanza me arregle con él en clase

de ama con visos de sobrina... que seremos muy felices.

—Ya ves, Céfora—dijo el caballero gozoso,—cómo al fin tienes que venir á parar á mí... Rechazas el novio gordinflón; desprecias el curita hipócrita... Pues vente conmigo, tontuela... Te escapabas bonitamente una mañana... yo te llevo á Madrid. Tendrás una linda casita... y...,,

Buscando soledad y frescura, pues picaba ya el sol, se encaminaron á uno de los grandes huecos que los pórticos dejan entre sí, bajo el maderamen de los estanquillos. Eran como cavernas de fondo desigual, según la forma de la roca ó conglomerado terroso en que se apoyaba todo aquel tinglado. Allí se veía la sal apilada en montones, bloques endurecidos que semejaban esbozos de marmóreas estatuas. En algunos trozos, la imaginación veía intentos de modelado de figuras, y golpes del escoplo de Fidias.

“No me hables á mí—dijo Céfora sentándose en la sal blanca y dura,—de linda casita en Madrid, ni de nada de eso... ¡Bonito papel el mío!... No quiero casamientos de mano izquierda, mientras das la derecha en el altar de Dios á la señorita de La Guardia. Entre paréntesis... la he visto... ¿No sabes que estuve la otra tarde en Bergüenda con unas amigas? Es bonita tu novia, sólo que su hermosura va diciendo: “¡qué tonta soy!,,... Pero no hablemos de eso ahora... y á lo que iba. En ningún caso aceptaré lindas casitas, porque resueltamente me decido

por la vida religiosa... Si un clérigo indigno turbó mi alma, otro dignísimo me ha dado la paz... A él debo el afianzarme en mi vocación... ¿Quién es, me preguntas? Pues un sacerdote ejemplar, un sabio, un santo que vino aquí á misiones... hoy no está en Salinas; mañana volverá. El me ha marcado el camino único para llegar á la paz que ambiciono; él me ha reprendido mis liviandades contigo, me ha enseñado á evitar las tentaciones...

—Pero tú no le harás caso, como no te coja en alguna de tus fases de tontería... Eres voluble... yo te cogeré al fin en una voltereta de las que miran hacia mí... y contra clérigos y beatas.

—No lo harás, Juan. Esta veleta no mirará más para tu lado. ¿Qué puedo esperar? Posición social no has de darme... Yo ambiciono, ¿á qué negarlo? ambiciono ser algo más que una inclusera pobre. La sociedad no quiere nada conmigo, bien lo veo. Cien maldiciones pesan sobre mí. Si me quedo en el mundo, pienso que he de ser muy mala, y que haré daño á cuantas personas vea junto á mí... ¿Quieres que te abra mi conciencia, y te deje ver mis anhelos y mis odios? Pues vas á verlo. Si te asustas, no culpes á mi sinceridad, sino á tu curiosidad. No necesito recordar mi triste origen, pues hace pocos días tuve el valor de contártelo. Mi madre era judía, mi padre cristiano... Me educaron en el cristianismo. Lo que éste tiene de hebráico es lo que ha echa-

do más raíces en mi alma. Soy hebrea por mi madre... ¿No recuerdas lo que te conté de ésta? Pues por vengarse de mi padre, que la abandonó y me apartó de ella, ¿qué crees que hizo? Acecharle con un cantarillo de aceite hirviendo para quemarle la cara.

—Bárbara y loca venganza—dijo el caballero con súbito estremecimiento y contracción de su rostro.—Tu madre era una furia del infierno.

—Pues aquí me tienes á mí; también soy algo furia. Mi madre se llamaba *Mesooda*, que quiere decir *Dichosa*. Así me lo ha dicho mi director espiritual, que sabe lenguas orientales; yo me llamo *Nicéfora*, que significa... ya no me acuerdo... cosa de *llevar algo*, no sé qué... Lo cierto es que... ¿lo digo?... desde que tengo uso de razón, llevo en mi mano el cantarillo de aceite hirviendo... Creo que en mi naturaleza persiste el impulso aquél de mi madre contra mi padre... Pues verás: la otra tarde, cuando ví á tu novia, la señorita de La Guardia, al pasar junto á ella instintivamente levanté la mano... Con gusto le habría quemado la cara, convirtiendo su hermosura en fealdad repugnante... Estas perversidades mías he revelado á mi confesor, el cual me ha dicho que no hay para mí salvación si no abandono el mundo.

—Abandonando el mundo no te salvas—dijo el caballero asustado de la fase maligna de Céfora.—La soledad es lo más propicio á la perdición. Quédate en el mundo;

hazte cargo de que éste es un río, y tú un pedrusco anguloso... La corriente y el rodar continuo te irán gastando los ángulos y picos, y quedarás redondita y bien pulimentada... Satisfecho de su idea, y más aún de la feliz imagen con que logró expresarla, imagen por cierto adquirida en una lectura reciente, don Juan miró á la rubia, buscando en su rostro alguna señal de conformidad... Pero el pensamiento de Céfora había roto el hilo de la conversación y suelto divagaba por espacios desconocidos. Las miradas de ella lo perseguían; cazáronlo al fin en los blancos lomos de una pila de sal cercana; lo trajo á sí, y á Urriés lo brindó con estas palabras: “¿Qué decías, Juan? Mientras tú hablabas, me distraje recordando un pasaje de San Agustín muy bonito, que me sé de memoria. Dice así: “Dios mío, fortaleza y salud mía, pequé, y tuvísteis paciencia; falté, y todavía me esperáis; si me arrepiento, me perdonáis; si vuelvo á Vos, me admitís, y aun si tardo, me aguardáis...”

—Pues todo eso —replicó don Juan con el gozo que infunden las claridades de la lógica, —está conforme con lo que te digo... ¡Yo de acuerdo con San Agustín!... Ya ves; *si tardo me aguardáis*. Quiere decir el santo que debemos vivir en el mundo, rodar por él, baquetearnos en sus luchas, y después... Yo he pensado en eso mil veces. Tiempo tiene uno de volverse á Dios... En fin, Céfora, que Dios nos aguarda hasta que seamos viejos.

—¡Tonto!... ¡Bonita manera de entender la virtud!

—Tu capellán, ese clérigo... ese que llamas el Bueno, en contraposición al otro pillete que quiso tomarte de sobrina, ¿qué te aconseja?

—Pues que huya del mundo desde ahora, que me aparte del pecado... No creas que es demasiado rigorista, como esos que tienen siempre el infierno en la boca, y que por cualquier tontería ó dame acá esas pajas la quieren meter á una en el fuego eterno... Es hombre ilustrado, conoce el mundo, y sabe persuadir sin asustar. Perdona con tal que no se le oculte ningún secreto del alma ni de la vida.

—¿Es italiano, es español?

—Entiendo que es húngaro, ó polaco... Pero nada debe importarte este sujeto, enderezador de conciencias torcidas... Y ahora, Juan, bastante hemos hablado. Separémonos. Los salineros, y más aún las salineras, reparan en nosotros... No te quiero decir qué cuentos llevarán por el pueblo.

—No te dejo, Céfora, sin que me des tu palabra de reunirnos otra vez... Me debes una noche, y antes moriré yo que perdonarte esa deuda. Te perseguiré, te acosaré si no accedes, y si fuera menester acogotar ó sacarle las tripas al clérigo polaco, hablador de tantas lenguas, cree que lo haré. ¿Quiere el hombre ser mártir para subir al cielo con palma? Pues lo será... ¿Te espero, sí ó no?... Te advierto que si después de prometerme

la cita, faltas á ella, habrá en Salinas una catástrofe... Piénsalo y decide.”

Insistía Céfora en la negativa, primero ceñuda, después risueña. Supo don Juan emplear con hábil gradación sus medios sugestivos: primero amedrentó, poniendo en su rostro admirable ficción de ira; después atacó por la parte más flaca y peor defendida de la desigual fortaleza que debelaba. Bien sabía qué partes del muro se derrumbaban espontáneamente cuando el sitiador pedía entrada con ardiente lenguaje amoroso. Este era de seguro éxito para turbar la voluntad de Céfora, para enmarañar la red de sus nervios, encender su sangre y chamuscar su piel. Advirtió don Juan en los ojos de ella que el efecto se producía, y apretó más en la seducción para que el efecto no se perdiese en los días medianeros entre aquel instante y la noche de la cita. Pudo creer el hombre que bajo la acción de sus palabras ardientes, la rubia crepitaba cual manojito de espigas arrojado en la hoguera.

“No me tientes, Juan—dijo Céfora temblorosa, apartándose de él para buscar asiento en otro montón de sal.

Con eléctrica prontitud pasó don Juan de un artificio de combate á otro que conceptuaba de más terribles efectos. Había herido el flaco de la sensualidad, y ahora la emprendía contra el del orgullo y vanas ambiciones. “Yo te llevaré á donde ahora no puedes soñar, Céfora; yo te llevaré á un estado social decoroso, como corresponde á tu

belleza, á tu distinción nativa, á tu gracia inteligente; se te arreglará que tengas el nombre ilustre que te falta, que poseas medios de vida, que brilles, que triunfes, que seas como mereces, festejada y admirada. Sin mí te pudrirás en un convento tedioso y sucio, rodeada de imbéciles monjas; conmigo irás al esplendor de tu sér y de tus prendas naturales.

—No me tientes, te digo.

—No es tentación; es amor por tí, es interés por tí, es ambición de llevar al mundo una mujer exquisita, para que me digan: “¿De dónde has sacado esa divinidad? ¿En qué cielo has robado ese ángel?”

Céfora temblaba. Apoyándose en los bloques de sal, se puso en pie. De sus labios caían, entre escupidas y habladas, estas vocecillas melindrosas: “Juan, huyo de tí, me voy... te tengo un miedo horrible.

—Pero vendrás, vendrás á la cita—dijo Urriés asiéndola de la falda para no dejarla salir de la gruta.—Cada día que pase aumentará mi ansiedad hasta la desesperación. Nos reuniremos mañana... fíjate... mañana...”

Y ella: “Salgamos, Juan, y disimulemos... Nada puedo prometerte... Dentro de mí está empeñada la batalla. Puedo ceder, puedo hacerme fuerte y no acudir... No sé lo que pasará de hoy á mañana... En la mano llevo el cantarillo de aceite hirviente... Si lo vertiera en mi propia cara, repetiría el caso de una heroína española muy nombrada...”

—Déjate de heroínas, que no existieron más que en la imaginación de poetas malcomidos... Si llevas el acite, puedes freirle la jeta á tu director espiritual, para que diga lo de *gato escaldado*, etc... Nosotros entendemos que sobre todo está el amor. Nuestra religión nos manda embellecer y alegrar las horas de la vida. ¿Vendrás?

—Vuelvo á decirte que no y que sí. Estoy en lo más terrible de la borrasca de mis dudas. Vámonos despacito por el borde de estos estanques. Hablemos sin dar á conocer que estamos en plena discordia... Pasemos con tranquilidad aparente junto á estos hombres y mujeres que aquí trabajan... Imagina tú los pucheros que se pueden sazonar con la sal que aquí se recoge.

—No divagues, Céfora; no desvíes la conversación—dijo el caballero con salobre amargura en su boca.—Quedemos en algo preciso. Yo te espero...

—Como quieras... Yo ignoro todavía si te daré plantón ó no... En caso de que recibas plantón, echas á correr y me das por muerta para tí, Juan... No te sulfures: aguarda un poco. En caso de que yo descarrile, desde ahora te digo que no me retengas toda la noche... Volveré á casa antes que el gallo dé su primer canto, que es á las dos... Mi tía se levanta con el alba, y suele hacerme una visita de inspección... Teme que haya volado el pájaro... La Sagrario, que es mi discípula en perversidad, me aguarda, me abre la puerta del jardín, y protege mi paso á obs-

curas hasta la alcoba en que duermó... ó no duermo..”

Bordeaban los estanquillos, andando uno tras otro por angostos senderos blancos de esmerilado cristal. Y cuando dejaron atrás el grupo que con descarada observación les miraba, don Juan se paró y dijo: “Por tu madre, Céfora, no me faltes mañana..”

Y ella, con grave solemnidad, que degeneraba en picardía: “No invoques á mi madre, Juan, porque cuando la llevo dentro de mí, más dispuesta estoy á quemarte la cara que á las diversiones de amor. Invoca para esos devaneos á mi padre, á mi enamorado y ardoroso papá don Miguel de Zambrana, que no vivía más que para... ya lo sabes.

—Pues le invoco... Descienda á tí desde el Cielo, ó suba del Infierno el divino don Miguel...

—Tonto, no blasfemes... No hablemos más... Aquí nos despedimos. Yo me voy por el pueblo; tú sales por donde has entrado. Adiós... retírate... no me sigas..”

Y sin darle tiempo á la repetición de sus instancias, desapareció fugaz en las calles de Salinas. El galanteador de oficio retrocedió mohíno y meditabundo á las alturas, y traspuesta la tapia desmantelada, fué á esconder en el caserío su expectación, su cacha-za venatoria. Largas horas había de aguardar en el puesto, hasta ver si la res venía ó no venía. Se propuso entretenerlas paseando en coche y á pie por la comarca, camino arriba.

En tanto, Céfora pasó el día gozosa con las visitas que le hizo el espíritu de su padre. El *sacerdote de Venus*, después de asomarse al alma de la hija de *Mesooda* una y otra vez, acabó por meterse y anidar en ella risueño y desvergonzado, irradiando sensualidad. Con tal fuerza y estímulos dentro de sí, Céfora soltó el armadijo de alambres de su externa tiesura moral, y apenas cerrada la noche, escapóse de la casa con ciego afán y andar sonambulesco. No era dueña de sí: al sér vicioso, á la caldeada sangre del padre obedecía... En ascuas la esperaba el galán, paseo arriba, paseo abajo, midiendo el tiempo, y el suelo del solitario y hondo camino. Cuando se cansaba de mirar á las mortecinas luces del pueblo, miraba á las estrellas. Unas y otras eran signos de cruel incertidumbre. En el prado circunstante, rodeado de peñas, se oía el coloquio de los rumores nocturnos: aquí el silabeo de las aguas corrientes, allá la nota cristalina de los sapos en celo... Llegó Céfora á la vista de don Juan. ¡Hosanna!... Juntos, enlazados los brazos, entraron en el albergue oscuro y silencioso... Allí se quedan... Historia y Fábula, corred vuestras cortinillas...

Antes que el gallo, puntual vigilante y cosmógrafo, cantase las dos, don Juan y Céfora salieron del caserío. Iban sin abrigo ni tapujo, confiados en la soledad del sitio y en la templanza del aire; hablaban sin secreteo, creyendo que de nadie podían ser oídos... No habían andado veinte pasos en

dirección del pueblo, cuando unos rígidos bultos plantados en medio del camino parecían interceptar el paso á los amantes... Andando éstos un poco más, pudieron ver que los bultos eran tres, colocados equidistantes, el del centro mayor que los dos laterales... Un paso más, y... Eran mujeres: las tres llevaban negro manto por la cabeza, sin ocultar los rostros... Ante aquellas extrañas y temerosas figuras, quedó yerto Urríes... Segundos no más duró su perplejidad. Comprendiendo que no debía pararse ni manifestar miedo, empujó á Céfora, y ladeándose pasaron ambos por la cuneta. Invertida la posición, los amantes avivaron el paso, y las tres figuras se volvieron de la otra parte. Una voz clara y fuerte dijo: "Lo he visto,... Don Juan no permitió á Céfora mirar hacia atrás... Ya iban á distancia cuando el canto del gallo rasgó el velo estrellado de la noche. Otros gallos cerca y lejos repetían... repetía la voz de mujer, que ya no era voz, sino grito de vibrante sarcasmo, lanzado como bala en persecución de los fugitivos: "¡Eh!... caballero, ángel... os he visto...,

XXIV

Aún no iban lejos los amantes, cuando les alcanzó una piedra lanzada con recia mano. La suerte de Céfora fué que la peladilla pasó rozándole la falda. Si llega á darle en la cabeza, ¡pobre ángel de Dios! Otra piedra cruzó el aire; mas ya no pudo hacer blanco, porque el enemigo estaba lejos.

“No tires, Boni, no tires---dijo Fernanda á su criada, cogiéndole la mano en que ya tenía la tercera piedra.—Sabes que eso no me gusta... ¿Qué adelantamos con apedrearles? Un par de tiros con buena puntería ya sería otra cosa. Pero no podemos, no sabemos matar... Vámonos, llevadme á Bergüenda. Nieves, Boni, no perdamos tiempo... Hemos de estar en casa antes de amanecer... Ya he visto lo que quería ver... y nada tengo que hacer aquí.

—Ahora que lo has visto, lo crees.

—Ya lo creía... pero siempre me quedaba un poquitín de duda... Es bueno ver las cosas, por malas que sean, y apurarlas en toda su amargura, para que el alma descansa en una pena tranquila... Venga un padecer claro, sin incertidumbres ni falsas esperanzas. ¿Quién no preferirá la muerte á la agonía?

—Esta no es muerte, sino vida, salud—le dijo Nievecitas filosofando.—El suplicio que has pasado tiene ahora su término; la

indignidad de ese don Juan es la mejor medicina de tu ceguera. Mi tío lo dice: "Niñas que estáis ciegas de amor, frotaos los ojos con el desprecio de los hombres... Despreciadlos y curaréis.,

Por cura y por viejo—replicó Fernanda, dejándose llevar camino abajo,—no es tu tío el mejor médico para estas enfermedades del alma,... Dicho esto, sus labios figuraban un mudo monólogo durante el paso por las ásperas pendientes del pueblo. Calles abajo corrían las tres, como si un torrente las arrastrara, y sus pies ágiles no se detenían ante ningún obstáculo. Por fin viéronse en campo libre, y un instante se pararon para tomar aliento. "¡Qué pueblo más horrible!—dijo Fernanda desembarazando su cabeza del manto.—Hemos salido disparadas; hemos rodado por las calles, como si nos echaran á puntapiés... Yo estoy perdida de barro... Nieves, mira mis zapatos. ¡Ay, lo que más siento es llevarme barro de este pueblo!... Hasta el barro me ofende.

—Puedes creer que el barro no tiene ninguna culpa: el barro es sucio... al par que inocente—dijo Nieves rondando la filosofía. Siguieron su camino, el más del tiempo calladas, aplicándose en cuerpo y alma á sostener la vivaz andadura. A ratos Nieves y Boni bromeaban por sacar á Fernanda de su taciturnidad, y lo conseguían en apariencia. La desolada joven daba gusto á sus amigas respondiendo á las chanzas con palabras amables y hasta con risas, sin que por esto

se acallaran los piporrazos lúgubres de la procesión que le andaba por dentro... Gracias al sostenido paso militar, llegaron á Bergüenda cuando los gallos, con alegre clarín, espantaban á la Pereza y mandaban descorrer el velo del Día. Con asistencia del cochero y hortelano que les habían favorecido en la escapatoria, entraron las tres de puntillas. No quisieron Nieves y Boni abandonar á Fernanda hasta dejarla recogida. La señorita les dijo que tenía mucho sueño y quería dormir; mas lo que hizo, en cuanto se quedó sola, fué desatar la pena que hinchaba su pecho y soltar el río de sus lágrimas.

Pensaba la triste doncella que su vida se había frustrado absolutamente; que ya no existía felicidad mundana de la cual pudiera obtener una parte, por pequeña que fuese. La persona gallardísima y las promesas de don Juan habían constituido en ella una segunda naturaleza, por no decir alma segunda. Muerto don Juan, por defección moral imperdonable, quedaba el alma de ella lo mismo que estuvo, encendida en tiernísimos afectos. Con el símil de una casa robada, expresaba Fernanda en sus soliloquios aquel estado de dolor inaudito. "Nada: ha entrado el ladrón en mi casa, en mi alma; se ha llevado todo lo que había en ella: felicidad, alegría, y él... el ladrón, se ha quedado dentro. ¡Qué cosa más rara! ¡Robarme todo lo que tengo, y quedarse dentro!... ¿y cómo le echo ahora?... Más raro es todavía.

que no quiero echarle... Quiero tenerle en mí como las cosas muertas que pasan á ser reliquias, recuerdos queridos que fueron muy amargos, y luego se van volviendo dulces..”

Ya fué imposible ocultar á los padres y tíos lo que había ocurrido. Después del rompimiento con Urríes, Fernanda tenía sobre su conciencia algunos actos realizados á espaldas de la familia, y que pedían inmediata confesión. Declaró, pues, la entrevista nocturna en las Choperas, el cambio de algunas cartas, y por fin el caso atrevidísimo de ir de noche á Salinas para comprobar la traición del que aún se daba el nombre de caballero.

Tanto Demetria como Gracia y Santiago afearon á Fernanda la audacia de este paso tan contrario al decoro de una doncella noble; reprendieron ásperamente á Boni, y dieron quejas á la sobrinita del cura. Por las explicaciones que mediaron, se tuvo conocimiento de la intriga con que las tres muchachas lograron su fin. Iniciadora fué Nieves, instrumento activo el sacristán de Bergüenda, el cual, compinchado con su colega de Salinas, armó un admirable espionaje, por el cual supieron los días y noches, la hora de las citas, y hasta lo que el galán y la diablesa rubia hablaban en su escondrijo. El *sacris* de Salinas, que era el primer pícaro de la comarca, oyó una noche, aplicando su ancho pabellón auricular al tabique de madera, que los enamorados pensaban romper por todo y casarse á lo civil, como personas pú-

blicas, luteranas y dañadas de concupiscencia...

Todo lo perdonaban los Iberos á su querida hija, con tal que sacudiese con firme voluntad la maligna ilusión que le quedaba en el alma. Una muchacha inteligente, virtuosa y bella no debía embobarse mirando los pájaros idos, pues éstos no habían de volver, y si volvían, menester era recibirles á tiros... A vivir, á olvidar, á desocupar el corazón de viejas murrias y de ajados ideales para disponerlo á nuevos amores.

Aparentaba Fernanda someterse á estas exhortaciones; pero su espíritu se mantenía rebelde al convencimiento. Gustaba de estar sola para consagrarse con ancho y libre pensamiento á sus meditaciones, y dar mil vueltas al dolor, buscando la sutil alegría que esconde entre sus pliegues. Como no le permitían encerrarse de día en su aposento, por temor á que cultivara sus melancolías, refugiábase en la libertad de la noche; que los llagados de amor buscan su bálsamo en el pensar antes que en el dormir.

Por la proyección nocturna, los pensamientos de Fernanda, en aquel desfile de sombras ante su caldeado cerebro, tenían más semejanza con el sueño que con la realidad; eran una forma del dormir, y en cierto modo un descanso del cuerpo quebrantado y del alma dolorida... El primer delirio fué la idea de renunciar al mundo y sepultar su vida en un convento. Todas las almas juveniles rompen el vuelo en esa dirección cuan-

do azoradas ante la catástrofe del ideal de vida se lanzan á los espacios... Pero la hija de Ibero no persistió en aquella dirección tenebrosa, y volvió las alas hacia el punto de partida, sintiendo repugnancia de la pasividad monjil en disciplina rigurosa.

En su segundo delirio se estacionó tanto la dolorida joven, que en él parecía querer fijar su alma. Empezó el ensueño por avivar enérgicamente la memoria de su hermano Santiago, por reverdecer el cariño que siempre le tuvo, por mirar con benevolencia su vagar aventurero y su alejamiento de la familia. De aquí vino un cambio radical en la manera de apreciar los hechos del fugitivo. Las que fueron extravagancias ó locuras eran ya, si no razones, sinrazones con un reverso razonable. Todo en este mundo tiene su lógica transparentada cuando no la tiene á flor de superficie. Así, por gradaciones de benevolencia, la hermana admiró al hermano, y habría querido imitarle si la diferencia de sexos no fuera elemental impedimento. ¿Cómo dejar de admirar el primer arranque de Santiago, cuando se escapó de la paternal tutela de don Tadeo Baranda para lanzarse con Prim á la nueva conquista de Méjico?... A este poema infantil siguió el de arrojarse con salvaje brío á la independendencia, buscándose la vida por mar y por tierra, primero navegando con Lagier, después conspirando y batiéndose por Prim.

De recuerdo en recuerdo y de simpatía en simpatía, Fernanda llegó al último dis-

late de Santiago, que para la familia era de los que no admiten disculpa. Todo se le podía perdonar, menos la vileza de dejarse arrastrar por una mujer de mala conducta, huir á Francia con ella, y establecerse y ayuntarse con simulación de matrimonio, deshonor de su abolengo, y atropello de toda ley divina y humana... Recogiése en sí la hermana del delincuente, y al examen de aquel problema trajo algunos datos nuevos, entre ellos la manifestación de un grande amigo de su padre, Jesús Clavería, ya brigadier, que al volver de París en Junio último, se detuvo en Vitoria por pasar un día en casa de Ibero.

La feliz memoria de Fernanda nos reproduce, casi con honores de copia, esta interesante declaración de Clavería: "Tú me conoces, Santiago; sabes que no puedo engañarte; usted, Gracia, sabe también que rindo culto á la veracidad. Pues óiganme y crean lo que digo... He visto á esos. No quise salir de París sin acercarme á la pareja y observarla bien, para traer á esta familia noticias auténticas, de las que no admiten duda... Esa Teresita, de quien hemos hablado con tan poco respeto, afeando su presente con su pasado, es una mujer extraordinaria... Todos nos equivocamos, y como yo fuí el primero en denigrarla, quiero ser ahora el que rompa plaza en desdecirse y proclamar el error. Teresa es un caso inaudito de regeneración, del cual hay pocos ejemplos en el mundo... Yo creí que no había nin-

guno: he visto y comprobado el presente, y para que no me quedase dudá, hice mi prueba con las investigaciones y testimonios más minuciosos. Me ha llenado de asombro el ver cómo esos dos que parecían locos, Santiago y Teresa, han resuelto el problema de la vida con un arte y una inteligencia que ya podrían imitar muchos cuerdos. Fundamento fué el amor, y ejecutantes del milagro dos voluntades poderosas. Yo he visto el milagro, y he llegado á los extremos de la admiración, que se tocan y confunden con los comienzos de la envidia.,,

Amplió Jesús Clavería su informe, agregando que entre los dos ganaban ya veinte ó veinticinco francos diarios, y que vivían del modo más ejemplar: de ello daba fe Madama Ursula, la cual á tal punto llegaba en su confianza que había entregado plenamente á Teresa la dirección del negocio de encájes. La casa en que vivían los amantes, y así había que llamarlos aunque esto sonara mal en oídos gazmoños, era un modelo de orden y pulcritud... Teresa tenía tiempo para todo. En la vecindad no se oían más que elogios de *Madame Ibero*... ¡tan bonita y tan buena!... Su marido, su trabajo, su casa, y no más.

París complejo, París integral y babilónico tuvo siempre en su seno ejemplares de estas abejas industriales, fabricantes de la miel doméstica y de las virtudes silentes, opacas, que rehuyen el cartel y hasta los menores ruidos de la fama. Estas virtudes,

cualquiera que sea el sexo en que resplandezcan, necesitan el apoyo y estímulo de un sér del otro sexo, dotado de superior consistencia moral. En el caso de *Madame Ibero*, ésta no habría realizado el portento de su rehabilitación, si no hallara en Santiago un robusto pilar en que asentarla.

Falta decir que en los más de los casos no era parisiense todo el oro de estas virtudes escondidas. Había parejas mixtas y parejas totalmente exóticas, que en el ambiente de la gran ciudad, tan rico en principios vitales, habían llegado á rehacer la existencia en nuevos moldes, encontrándose poseedoras de cualidades que procedían ciertamente de un tronco étnico lejano, pero que en él no tuvieron efectividad por causas invisibles. En presencia de estos fenómenos, el curioso trataba de indagar la causa ó raíz de la fuerte concreción vital que París poseía. ¿Era por ventura la facilidad de la subsistencia, el vivir cómodo, la pronta y eficaz recompensa del trabajo, la puntualidad, la formalidad, el cumplimiento de las leyes, la blandura de éstas, la soberana tolerancia religiosa, que por su extensión y benignidad más parecía obra de la naturaleza que de los hombres? Difícil era precisar las causas; bastaba con reconocer los hechos.

No se engolfó en estas consideraciones Clavería; pero apuntó la idea, llegó á sostener que el terreno lo hace todo, y que las plantas oprimidas en el semillero donde han nacido, no dan flores ni frutos hasta

que se las pone en tierra libre y ancha, cruzada por cuantos aires, vientos y ventarrones quiera Dios mandar al mundo. Algo de esto dijo, sí, y si no lo dijo, lo mismo da. Lo que importa es que Fernanda recordó las informaciones de Clavería para encariñarse más con su hermano, y llegar á lo más increíble: á no sentir despego, sino simpatía, por la compañera de la regeneración de él; por la mujer aquélla de mala vida, que ya no lo era, pues algo excelso brillaba en su obscuridad.

Otro dato sobre lo mismo. Poco antes de salir la familia para Bergüenda y Sobrón, Fernanda sorprendió en el pupitre de su madre una carta á medio escribir. Sin duda, Gracia se olvidó de guardarla: era carta de tapadillo. El inflexible Santiago Ibero había decretado rompimiento de relaciones con el hijo rebelde, y el informe optimista y conciliador de Clavería no era tal que le moviese á cambiar de conducta. El primer impulso de Fernanda fué respetar el secretillo de su madre; pero la curiosidad pudo más que el respeto, y una mirada fugaz, deslizándose en la escritura, enganchó estos jirones de conceptos: "Hijo querido, tu padre se desenojará un poco si vienes á vernos. Ven, por Dios... Pero no puedes traerla... eso nunca... traerla no... Mándanos su retrato... bien disimuladito para que tu padre no se entere... Deseamos conocerla... Clavería nos ha dicho...."

Con lo poquito que leyó, pudo Fernanda

formar este juicio: su madre se dejaba rodar por la pendiente que arriba es rigor inflexible y abajo piedad... ¡Cuán difíciles sostenerse en los picachos del odio!... Cada día sería mayor la blandura de Gracia: el hijo ausente llamaba con fuertes aldabonazos en el corazón de la madre; la hija, por su parte, adelantábase á los demás de la familia, y abría desde luego su atribulado corazón al hermano querido, al aventurero, al vagabundo, al revolucionario, al amante de la Samaritana; y por no poner límites á su desbordada indulgencia y piedad, también absolvió y amó á Teresa... Ningún miramiento tenía ya que guardar la hermana de Iberito á la sociedad que la rodeaba. Fuérase la tal sociedad á paseo con todas sus morales triquiñuelas y sus necias hipocresías. Teresa era, según Clavería, un caso inaudito de regeneración. Pues á respetarla, á quererla, á morar con ella en espíritu.

Véase, pues, cómo en donde menos podía esperarse encontró Fernanda un alivio de su tribulación, y una salida al repleto embalse de sentimientos generosos que su noble corazón atesoraba... No hay forma de dar todavía explicación clara de este fenómeno: que Fernanda restañara sus penas con la felicidad de dos seres amantes. Entre el caso inocente y doloroso de la doncella enamorada y el caso de aquellos aventureros corridos, no había relación, contacto ni aun remota semejanza; ofrecían, por el contrario, en sus conclusiones brutal antítesis. La

paloma candidísima que en su corta existencia no había hecho más que arrullarse en honestos cálculos de amor, se estrellaba en un terrible desengaño, que más parecía castigo. ¡Y ellos, los de París, los que habían sido malos, concluían dichosos! Pronto comprendió la joven que este criterio de cuento de hadas no podía ser aplicado á los casos reales de la vida... Ya iría entrando en conocimiento de la escondida ley, por la cual los pecadores pueden ser felices y las almas angélicas no... Mientras encontraba un criterio justo que aplicar á tan endiabladas contradicciones, Fernanda se entregaba al deleite íntimo de amar á los irregulares, y de traerlos á su lado para verlos y oírlos, como á viajeros maravillosos que conocían y contaban los secretos más dulces del vivir.

XXV

Buen acuerdo de los padres y tíos de Fernanda fué apartar á ésta de los lugares que constantemente le recordaban su desventura. Partieron, pues, todos á La Guardia y Samaniego, y de allí, á los dos ó tres días, se fueron á Vitoria, donde esperaban hallar más bullicio de seres, más variedad de imágenes, más rotación de sucesos, y el exceso de impresiones que, destilándose lentamente, producen el benéfico bálsamo del olvido.

Con excepción de las de Gauna, todas las señoritas de Vitoria desagradaron á Fernandá. ¡Cosa más rara! En algunas, que habían sido sus amiguitas, ya no veía más que insulsas muñecas que se movían y hablaban por mecanismo. Muchas de ellas no pasaban del *papá* y *mamá*; otras, en cambio, eran tan redichas, que fácilmente recaían en la indiscreción. Algunas, en su primera visita, plantearon la cuestión de don Juan. Con lenguas, ora despiadadas, ora zalameras, azotaron al caballero y compadecían á Fernandá, llegando á esa locuacidad cotorril que no se sabe si expresa pena ó alegría.

A poco de residir en Vitoria los Iberos, corrieron por la ciudad (casinos, boticas, *Mentirón* y Florida), rumores de carácter un tanto novelesco, referentes á don Juan de Urríes. La fama del héroe popular andaluz, conquistador de mujeres, no cabía ya en los términos familiares, y propagándose por pueblos y montes, invadía el suelo pacífico y patriarcal de Alava. Cierto que en el trasplante se ajaban y destenían los colorines de la poesía *donjuánica*; pero en la airosa figura quedaban todavía el penacho y caireles que el pueblo modificó á su antojo. Lo que principalmente constituía el aura popular de Urríes, era su mano dadivosa, abierta siempre para el necesitado. En fondas y paradores no reparaba en cuentas, por desaforadas que fuesen; espléndidamente pagaba servicios de coches, recavistas y mediadores, y lo más bonito y seductor era

que, á más del dinero, derrochaba la influencia política, prodigando recomendaciones, promesas de credenciales, efectividad de favores políticos, con lo que algún burlado esposo quedó más que satisfecho. En fin, que el don Juan indemnizaba, cual si acometiera y realizara sus aventuras por cuenta del Estado.

Véanse las lindas hazañas *donjuanescas*, según el vulgo las refería. En Orduña, con sólo una tarde de trato y dos ó tres horas de la noche, enamoró, sedujo y enloqueció á una hermosa y hasta entonces honestísima señora casada. A los tres días de esta horrenda catástrofe moral, paseaban juntos los tres... es á saber, don Juan, la señora y el marido de ésta... á quien ya se indicaba para una plaza de *joven de lenguas* en el Ministerio de Estado. (Era francés el tal, y masculaba dos idiomas á más del suyo.) En Ulibarri Gamboa engañó don Juan á una linda muchacha que estaba para casarse. La encandiló con sólo un palique de media hora, echándole unas flores tan bonitas y al propio tiempo tan demoniacas, que la pobre chica, según contó después, no supo lo que le pasaba...

Luego ¡vaya por Dios! resultó que no hubo la malicia que al principio divulgaron las ociosas lenguas... El novio, que había sufrido un ataque de pataleo furioso y rabia blasfemante, estaba ya más calmado; poco á poco iba remitiendo su desconfianza, y no tardaría en descansar á la sombra de las

palmeras de la fe... Del buen cura don Prudencio Virgala, tío de la joven, varón sensato, conciliador y pacificante, debe decirse que á los seis meses del escándalo se consideraba ya con toda seguridad canónigo de Calahorra... ¡Y que no estaba poco ufano el hombre, viendo realizado al fin, por tan tortuosos medios, su ideal eclesiástico desde que cantó misa!

En Villarreal, Nanclares, Salvatierra y otros pueblos, siguió don Juan dando sus golpecitos de escandaloso libertinaje, con fugaz alboroto de los vecindarios inocentes. Pero todo terminaba con pacífico arreglo y pródigas mercedes del burlador. Prenda de paz solía ser una concesión de carretera por el Estado en territorio de Treviño, subasta de otra con adjudicación á determinada persona; ó bien destinillos y favores de menor cuantía; y aun se dió otro caso más chusco: don Juan hubo de pagar la dote de dos muchachas monjitas, de familia estrechamente unida por parentesco á la señora burlada.

Imperaba, pues, el criterio de las compensaciones, que tal vez era la rosada aurora de una moral nueva. Nueva era también y singularmente peregrina la transfusión de la sangre *donjuanesca* de las venas cálidas del Sur á las venas del Norte aguado y frío. La gallardía personal y la esplendidez dadivosa reproducían el Mañara sevillano; las artes escurridizas y el amaño para guardar el bulto, recordaban al *virote* de las ciudades andaluzas. El tipo evolucionaba en pos

de un maridaje discreto del romanticismo con la administración, y esquivaba el paso por encrucijadas dramáticas, llevando en su corazón el fuego de amor, en su escarcela el oro, las leyes, decretos, reales órdenes y todo el positivismo decoroso de las mejoras locales... Entraba en los pueblos como paladín de la Inmoralidad, y se despedía con esta tarjeta: *Don Juan Tenorio, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.*

Quisieron los padres y tíos de Fernanda poner barrera entre la perversa fama de don Juan y los oídos de la desairada señorita. Pero viendo que sería imposible este aislamiento sin cerrar con candados las bocas de las amigas, juzgaron conveniente informarla de todo, y así se hizo, tocando previamente las trompetas y trompetillas de la moral. "Ya ves, hija, qué hombre tan impúdico... ¡De buena te has librado!... Vete enterando, para que acabes de perder esa vana ilusión.,,

Revestía Fernanda su rostro de glacial indiferencia al oír estas cosas, y los padres y tíos se regocijaban creyéndola convalecida de la grave enfermedad de amor. Pero no iban las cosas por tal camino en la región invisible del alma, que Fernanda con cierto pudor místico recataba de las curiosidades más afectuosas. Según el juicio de ella, el *donjuanismo* era un mal; pero de tal naturaleza, que en él no podía existir la fealdad... como no existía tampoco la fealdad en la vida borrascosa de Santiago y Teresa,

antes de que un impenetrable destino los llevase á la tranquila honradez. Estas ideas eran nuevas en Fernanda; apuntaron en su cerebro después de la catástrofe, y en su rápido crecimiento ahogaban toda idea anterior. En ellas se mecía como en un columpio, viendo venir otras, viéndolas entrar en su pensamiento como pájaros asustados que huyen de la tempestad. Cada idea que entraba traía plumaje desconocido, y un piar distinto del de las aves de acá. Volando venían de países remotos, donde la locura es sensatez, y quizás el desorden virtud.

La Historia privada y pública convienen en que por aquellos días el trastorno mental de don Wifredo de Romarate, Bailío de Nueve Villas, se había resuelto en una plácida mansedumbre, casi equivalente á una radical curación. Ya era otra vez el hombre pacífico, atento, sin una palabra más alta que otra, extremado en la caballería, fino y consecuente en la amistad. Verdad que hablaba muy poco, y así no había ocasión de disputa; no se curaba de la Legitimidad, ni de las fatigas de Carlos VII por cñir la corona de España. Levantábase el hombre temprano; oía misa en San Vicente; consagraba después, en su casa, dos ó más horas á un prolijo aseo y aliño cuidadoso; se ponía unas botitas de tacón muy alto, con que acrecía un poco su menguada estatura; endilgaba la ropa que últimamente le hicieron en Madrid, un hermoso *chaquet estilo Romero Robledo*, pantalón y chaleco distintos;

se coronaba de un sombrero de altísimo cilindro terminado en airosa campana; revestía sus manos de amarillos guantes, y acompañado del más primoroso de sus bastones, emprendía su matinal paseo hasta la hora de comer.

El paseo del Bailío había llegado á ser en Vitoria fenómeno consuetudinario, inherente á la vida de la población. Su presencia servía de reloj á muchos. Invariablemente recorría dos veces los cuatro costados de la Plaza Nueva, una vez las aceras de la Vieja; seguía luego por la calle del Prado, hasta dar vista á la frondosa Florida. Por el Instituto, Capitanía General y San Antonio se encaminaba á la calle de la Estación, de la cual recorría invariablemente las dos terceras partes, ni baldosa más, ni baldosa menos; regresaba á la Plaza Nueva, y medidos por última vez los cuatro costados, tornaba á su vivienda en el Portal del Rey. El ritmo de andadura era siempre el mismo. Si se contaran los pasos, no habría cuatro de diferencia entre un día y otro. Su contoneo era grave y decoroso; su ademán, noble; su pisar, firme; no hablaba con nadie; sólo con leve sonrisa y una indulgente cabezada favorecía la persona de algunos traseuntes. A las señoras y sacerdotes cedía galanamente la acera. En medio paseo bastoneaba; en el otro medio llevaba mano y bastón á la espalda, y cuando entraba en su calle hacía un poco de molinete... Todas las tardes, después de la siesta, repetía la caminata por

los mismos sitios y con el mismo número de pasos; la única diferencia era que no sacaba el *chaquet Romero Robledo*, sino la levita *Manuel Silvela* y el pantalón *Camposagrado*.

Invariablemente terminaba el paseo de la tarde en el palacio de Gauna, donde por cena hacía don Wifredo una colación muy frugal; y si no estaban allí los Iberos, á la casa de éstos iba en busca de la tertulia, la colación y el extático contemplar á la hermosa Fernanda. Tenía ésta especial gusto en hablar con el Bailío; encontraba en su conversación algo del gorjeo exótico y del plumaje pintoresco de los pájaros que en forma de ideas venían á refugiarse en su cerebro. Los primeros días hallábase el pobre sanjuanista cohibido por un respeto casi religioso. En la hija de Ibero veía una santa, una mártir, un sér interna y externamente purificado por las tribulaciones; era para él la perfección moral y la suma hermosura. Después, ya se fué soltando; pero su franca espontaneidad no se mostraba sino cuando Fernanda era su única interlocutora, y esto acontecía las más de las noches, porque á las chicas de Gauna y á las de Prestamero se había prohibido severamente marear al buen señor, y darle bromas que pudiesen remover su dolencia ó despertar sus aletargadas manías.

Apartada con él en un rincón de la sala, Fernandita sabía tratar graciosamente los puntos más delicados, sin alterar la dulce

mansedumbre en que el caballero vivía. “Anoche, don Wifredo, me dejó usted á media miel. Ya sabe que sus aventuras amorosas me entretienen más que nada, y son lo único, puede creerlo, que me alivia de mi tristeza. Pues empezó á contarme su conocimiento y relaciones con una dama enlutada, triste, parienta pobre de otra muy compuesta y fachendosa, natural de Cáceres; y cuando estaba yo más entusiasmada con su historia, se nos acercó Sofía Prestamero; varió usted de conversación, y yo me quedé, como quien dice, en ayunas... Siga, siga, por Dios, y sepa yo en qué pararon aquellos amores tan volcánicos...,”

Tomó don Wifredo la postura de las grandes confidencias, la cual era como todas las suyas, postura correctísima, con la más decente colocación del cuerpo y las extremidades, y un orden artístico en todos los pliegues de su pantalón y levita, los cuales pliegues eran cada noche casi exactamente iguales á los de la noche anterior... Y en esta grave petrificación estatuaria, satisfizo la curiosidad de su noble amiguita. “Ya dije á usted que la conocí en las tribunas del Congreso, cuando Castelar nos habló del Dios del Sinaí, muy señor mío... Las miradas de aquella señora triste incendiaban el Salón de sesiones. Yo estaba sofocado, y me puse malo por no tener á mano un refresco... Un amigo que entonces me salió, pérfido y enredador, quiso hacerme creer que la dama estaba en el último mes de su embarazo

Fué una broma de mal gusto; y cuando la señora llamó á la puerta de mi casa, nadie observó en ella bulto de vientre ni cosa tal. No me fué posible recibirla; pero por *doña Leche*, que habló con ella, supe que es algo marquesa, viuda de un militar muerto en Cuba, y que allí dejó una fortuna... En sus cartas, arrebatadas de un amor insensato, del año 43, me pedía que fuéramos ella y yo á reclamar... En fin, que por mi dolencia no me decidí á embarcarme con ella... Mi negativa debió de exasperarla hasta la exaltación. Sus cartas terminaban con el terrible dilema: *Tu amor ó la muerte*... Trajéronme entonces á Vitoria, donde supe que murió de tristeza...

—No me parece inverosímil. ¡Pobre señora!... Y ahora, dejando esto á un lado, don Wifredo, va usted á explicarme otra cosa que anoche dejó medio en el aire... Ya no se acuerda. Pues me dijo usted que ese achaque de la cabeza que padeció en Madrid, por culpa de una tal *Africa*, le trajo muchos sinsabores y disgustos, y también grandes beneficios. Me falta saber qué beneficios fueron esos, señor Bailío.

—Verdad que no acabé de explicar... Lo que yo padecí fué como un terremoto que cuarteó mi cerebro... Hendido y lleno de grietas quedó... y si por este lado se escaparon muchas ideas y pedacitos de la razón, por estotro entraron hermosas verdades, que ya no quisieron salir... Una de las verdades que adquiriré en aquella revolución ó cata-

clismo, fué que Cristóbal de Pipaón es un malísimo poeta... sí, hija mía, no se asuste usted... no se ría... Cristóbal es el peor poeta que cabe imaginar... Sí, sí: un gato que maya en el tejado llamando á la gata es más poeta que él... Las voces que Cristóbal llama poéticas son adoquines, y sus odas calles empedradas... Suenan sus versos como las calles cuando pasa el pesado carromato de Burgos con seis mulas, ni más ni menos... Bueno: pues otra de las grandes verdades que aquí se me han metido y ya no salen, es que si mi amigo don Carlos de Borbón y de Este viene al trono, no lo calentará mucho tiempo.

XXVI

—¿Qué razones tiene mi buen don Wifredo para creerlo así? Eso ya no es poseer verdades, sino meterse á profetizar.

—Pues profetizo. En mi caletre han venido á guarecerse las verdades futuras. Don Carlos no calentará el trono, porque todas las señoras elegantes quieren al niño Don Alfonso... Así lo cuenta Luis Trapinedo, que conoce bien la sociedad... Y Luis y yo sabemos, porque lo hemos visto de cerca, que también aman al niño de Isabel II los enriquecidos, antaño salchicheros, chocolateros, contratistas de tabaco, prestamistas, logreros, y ogaño chapados de aristócratas,

algo marqueses ya, ó con ganas de serlo... Como estos ricachones y las damas bonitas vestidas á la última moda de París son la fuerza social efectiva, no cuajará ningún Rey que no venga empollado por las faldas y talegas... No digo que no haya Rey al fin, ya lo saquen de un pozo, ya escojan algún sobrero de ganaderías exranjeras... Lo que digo es que no cuajará...

—Pues yo, don Wifredo de mi alma—declaró Fernanda, humorística,—creo que el único monarca que conviene á los españoles es aquél de palo que Júpiter dió á las ranas cuando éstas le dijeron que no podían vivir sin Rey.

—Quizás esté usted en lo cierto, pues ahora todo es figuración, y el mejor Rey será el que sirva de imagen para llevado en andas en la procesión política. Con más fervor lo adorará nuestro pueblo viéndolo de palo que viéndolo de carne y hueso. El pueblo gusta de venerar los sujetos cuando se les presentan en traza de objetos barnizados é inmóviles, con ojos de vidrio... Y los que medran al amparo de esta superstición, no quieren Rey vivo, sino un lindo juguete monárquico que lo más, lo más, diga *papá y mamá*, y eche firmitas.

—Vaya, don Wifredo—dijo Fernanda con risueño entusiasmo,—que está usted hecho un sabio, y bien puede bendecir su cataclismo.

—Basta de verdades por esta noche—declaró el Bailío.—Ya mi señora doña Gracia

da la señal de retirada... Mañana seguiremos, amiga del alma, que aún hay aquí verdades como puños, y entre ellas algunas que interesan á usted particularmente...»

Empezó el desfile, y nada más hablaron aquella noche, con gran desconsuelo de Fernanda, á quien no se le cocía el pan hasta saber qué verdades eran aquéllas de su particular interés. La impaciencia y curiosidad tuviéronla desvelada, y no se durmió sin tornear en su mente atrevidos cálculos y conjeturas sobre aquel ignorado tema. A la siguiente noche debían reunirse todos los amigos y parientes en el palacio de Gauna, donde había familiar fiesta, por ser la de San Luis Rey de Francia, y celebrar sus días el futuro Marqués de Gauna y su hija Luisita.

Esta y su hermana, con Fernanda, Demetrio y los chicos hortelanos, tuvieron la feliz idea de adornar la frondosa huerta del palaciotte como para verbena, y toda la tarde emplearon en colgar de los árboles farolillos y banderolas de papel; antes dispusieron un barrido general de paseos, y se armó un tablادillo para colocar dos violines, dulzaina y tamboril. Todo resultó muy bien apañado, como improvisación de muchachas traviesas. Llegada la hora del juvenil regocijo, después de la cena, daba gusto ver las arboledas, aquí umbrosas, allá iluminadas de fantásticos colorines, y oír el rumorcillo de risas y coloquios por alegres bocas de ambos sexos, y ver los grupos que entre cerezos,

manzanos, morales y albérchigos bulliciosamente discurrían. La musiquilla cumplió hasta media noche, sin dar tregua ni paz á sus estridores rítmicos; bailó la juventud honestamente, y la cháchara interrumpió con crueles latiguillos galantes el tranquilo sueño de los pájaros, que tenían por suya la callada fronda.

Ya mediada la verbena, Fernanda y el Bailío reanudaron en tan apacible lugar sus coloquios. Apartados del tumulto, dejáronse ir quedamente á un paseo lateral, á donde llegaba medio muerto el resplandor de los farolillos, y hecho polvo de sonidos el parloteo de galancetes y damiselas... “Esta soledad—dijo don Wifredo saboreando el misterio nocturno,—es la más adecuada escena para que ciertas verdades pasen de mi boca á los oídos de usted...

—Pero lo hará sin asustarme—murmuró Fernanda, traspasada por fugaz calofrío.—Esto está muy obscuro, don Wifredo... Vamos por aquel paseíto... Estamos junto á la noria, que es lugar triste. Fué noria... ya no es por dentro más que una ruína, por fuera un armatoste abandonado... con mortaja de hiedras.

—Sí, ya veo... es la noria... que veinte años há sacaba de la tierra un hermoso raudal de agua fresca y cristalina... Me agrada verme junto al pasado glorioso... Detengámonos aquí un instante, que mis verdades pronto se dicen. Es cuestión de segundos... Fernanda, no tiemble, no se asuste. Don

Juan... ¡Eh! ¿qué hace usted? ¿Por qué chilla?... Venga aquí.

—No quiero que me hablen de ese hombre,—gimió Fernanda temblorosa, alejándose del Bailío.

—Si no me ha dejado concluir. Digo que don Juan ha de volver á usted... sé que ha de volver, Fernanda; lo sé...,

Aterrada, la hija de Ibero no se movía. El sanjuanista fué hacia ella, y alzando los brazos iracundos, y agitándolos sobre su cabeza, soltó estas palabras de fuego: “Volverá... volverá... lo digo yo... Y digo también, delante de Dios y delante de usted, que si no vuelve, le mato... le mato, Fernanda.

—Silencio: cállese, don Wifredo... No diga esos horrores. Pueden oírle.,

Y él, disparándose más en la exaltación, lanzó su clamor á las estrellas: “Por la presencia de Cristo vivo en la Hostia, juro que mato á ese hombre si no vuelve á usted... Pero volverá: yo lo sé, yo lo aseguro.,

Tuvo Fernanda que decir también *volverá, volverá*, para que el caballero se calmase... Y gracias á esta hipócrita conformidad, logró sacarle de aquel sitio sin que alborotara con sus destemplados juramentos y amenazas... Poco después, don Wifredo recobraba su tranquilidad entre los demás asistentes á la verbena, y habló á Fernanda en el tono de su habitual mansedumbre. Al salir para su casa, algunos que iban tras él notaron que gesticulaba moviendo el bastón

de un modo harto fantástico, y le oyeron mascullar y escupir frases incoherentes.

Fernanda tardó aquella noche más de lo regular en traer á su mente fatigada las dulzuras del sueño, pues aun dichas por un pobre vesánico, las palabras *don Juan volverá, le mato si no vuelve*, tenían bastante poder magnético para turbar su reposo... Y al siguiente día vió la noble Vitoria interrumpida la normalidad de su existencia, por la falta de un hecho que diariamente ocurría con cierta puntualidad astronómica: el Bailío no se dejó ver en sus paseos matinal y vespertino, y los vitorianos comentaron con asombro el eclipse. Amigos y parientes llegaron á la casa, y por Filiberta, la criada del sanjuanista, supieron que había pasado toda la mañana encerrado en su sala biblioteca, entre legajos, armas sacadas de los viejos arcones, y libros que parecían misales, con sus hojas rebarbeadas por los ratones; añejas crónicas, tal vez, de la Orden de San Juan en los gloriosos días de Tolemaida y Rodas.

Repitióse el eclipse un día, dos días más, que en esto no hay exacta medida histórica, y una prima noche hizo su reaparición en casa de Ibero, revestido de su pontifical elegancia nocturna, y luciendo además, ó aparentando, su caballeresca y dulce amabilidad. Rodeáronle y con lindas palabras le entretuvieron las chicas de Prestamero y de Gauna. Fernanda se apartaba de él, como si le temiera. Pero en una favorable coyuntu-

ra, hallándose Romarate solo en el ángulo donde sentarse solía, suplicó á la señorita con amable seña que se acercase un momento, y con fugaz secreteo le habló de este modo: "Fernandita, sepa usted que por aquí anda ese hombre... No quiere abandonar las tierras de Alava, donde por lo visto le va bien." Con temblor en su voz cristalina, la joven respondió: "Don Wifredo, le suplico otra vez que no me hable de... Ni nombrarle me gusta... Sea usted prudente, respete mi tristeza.

—Yo insisto en que volverá. Me lo dice el poder de adivinación que adquirí en mi terremoto cerebral. ¿Duda usted de este poder mío? Pues con ejemplos que fácilmente pueden comprobarse, lo demostraré. No hace muchos días, el caballero andaluz se corrió á San Sebastián, y de allí á Irún, donde se hizo el encontradizo con el general Prim, que pasó á Francia con varios amigos para tomar las aguas de Vichy... Don Juan quería informarse de los planes de Prim, referentes á candidatos al trono... Es un lío, un lío horroroso... Siéntese usted, ingrátula, y oiga los apuros y desengaños de los buscadores de Rey.

—Me sentaré, si usted se empeña en ello —dijo Fernanda.— Pero algo de eso sabemos ya. Nos lo contó anoche Luis Trapinedo, que está bien enterado.

—Pero Luis no sabe que si ningún príncipe extranjero quiere ser Rey de España, Montpensier no desiste de sus pretensiones,

y que el de Urríes propone á Prim, en nombre del Duque, un millón de reales para cada diputado que le vote, diez millones para Prim y otros diez para Serrano.

—Yo no sé nada de eso, don Wifredo, ni me importa... Si no se enfada, le diré que habla usted en sueños.

—Pronto se convencerá usted de que hablo bien despierto. No tardará mi amiguita en apreciar por sí misma que don Juan ronda, que don Juan acecha; ha conocido su error y quiere repararlo... Y como no entre en razón, peor para él. Ya sabe usted la que le espera... Si él se planta en la sinrazón, yo me planto en la justicia.,

En circunstancias comunes, estas arrogancias habrían hecho reír á la hija de Ibero; en la turbación de su espíritu, aún perseguido de sombras y no abandonado de las angustiosas dudas, el responder con bromas á las palabras del Bailío le repugnaba más que discutir las y tratarlas con seriedad. El motivo de esto fué que dos horas antes había sabido por otro conducto algo que confirmaba las noticias del buen Romarate. Don Juan, no sólo rondaba la ciudad, sino que había estado y quizás estaba aún en ella. Le habían visto recorrer de abajo arriba el paseo central de la Florida, entrar por la calle del Prado. Pasó después por delante del Instituto y entró en la Capitanía General. Al anoecer del mismo día, se le vió en los Arquillos con un sujeto de baja estatura que tiene cara de vieja... bajaron por

San Vicente, perdiéronse luego en la Plaza del Machete, donde los Iberos vivían... Estas noticias dió á Fernanda una buena mujer que fué su criada, y antes lo había sido de los Prestameros. Llamábase Marciana, y estaba casada con un guardia civil.

Dos noches después de la referida conversación con el Bailío, no esperó Fernanda á que éste la llamase, sino que se fué á él, aprovechando una feliz ocasión de hallarle solo. No fué á él temerosa de noticias, sino más bien buscándolas.

“El pájaro ha levantado el vuelo, Fernandita—dijo don Wifredo;—pero... me consta que volverá.

—¿Ha hablado usted con él?—preguntó Fernanda entre seria y burlona.

—Yo no hablaré con ese caballero más que una vez, y será la definitiva... Aparte de esto, la sonrisita de usted me dice que sabe algo de lo que yo sé... no todo, porque sería imposible. Lo que ha llegado á su conocimiento lo debe á Marciana... ¿Ve usted cómo adivino donde menos se piensa?

—Como que el pajarito que le cuenta á usted todo será la propia Marciana... será Filiberta. Vamos, don Wifredo, dejémonos de jugar á los secreticos. Yo sé más que usted... Sé que ese caballero estuvo en la Capitanía General... cosa naturalísima... Es amigo del General Allende Salazar...

—El cual fué... lo sabe todo el mundo... ayudante de Espartero...

—Pero la amistad no viene por Espartero,

sino por Zabala. Los Urriés son amigos y algo parientes del General Zabala.

—Está bien... Y después de visitar al Capitán General, fué don Juan á ver al Gobernador civil, señor Ezcarti, con quien tiene también amistad.

—De esa visita no sé nada. La amistad con Ezcarti debe venir por Pavía, que es muy amigo de don Juan. Ya sabe usted que el Gobernador tiene dos hijas casadas, y que sus dos yernos son oficiales de Artillería: Baltasar Hidalgo y Manuel Pavía.

—Justamente. No niego que usted sabe algo de lo que yo sé... Pero usted no adivina, hermosa Fernanda... Dios no ha querido conceder á usted la facultad que yo disfruto por singular favor, quizás como compensación de mis desdichas... Conoce usted, pues, algo de lo externo, algo de la vestidura de los hechos; pero no sabe ni palabra de los hechos profundos, de las intenciones... Veo que usted se asombra; veo que sus bellos ojos lanzan al espacio sus miradas como aves de cetrería, en persecución de todo pensamiento volante y reptante... ¿Me explico? Es que si mi trastorno me ha hecho adivino, también me ha hecho poeta, más poeta que Cristóbal de Pipaón, el adoquinador de odas... En fin, amiga del alma, ¿de veras no ve usted el sentido íntimo de las visitas de don Juan al Capitán General don José Allende Salazar y al Gobernador señor Ezcarti?

—Yo no veo nada, don Wifredo—dijo .

Fernanda con pudoroso disimulo de sus vagas esperanzas;—sólo veo que usted es muy bueno, que se emborracha de caridad, de abnegación...

—Deje el incensario y respóndame á esta otra pregunta: ¿No estuvo ayer el Capitán General á visitar á su padre de usted? (*Sig-no afirmativo de Fernanda.*) ¿Hallóse usted presente á la visita? (*Nuevo signo afirmativo.*) ¿Puede decirme lo que hablaron?

—Presente estuve un rato no más—dijo la señorita.—Luego mi madre y yo nos retiramos; quedaron solos mi padre y el General. Ya sabe usted que son muy amigos, desde los tiempos de Espartero y Zurbano. Delante de nosotros hablaron de política y de los aspirantes al trono... Allende Salazar, como mi padre, es partidario de Espartero... El odio á los carlistas enciende el genio del buen don José, que si siempre se parece á don Quijote por su alta estatura, flaqueza y sequedad del rostro, cuando habla contra esa gente es don Quijote mismo. Delante de mí, ayer, dijo que su mayor gusto sería fusilar al canónigo Manterola, que predica la guerra santa en el púlpito y en las conversaciones de los Arquillos... y que le pegaría los cuatro tiros en la misma tapia donde fué pasado por las armas, con menos motivo, el pobrecito Montesdeoca.,

Risueño comentó el Bailío esta humorada del Capitán General, añadiendo que no merecía tan fiero castigo el buen Manterola, defensor de la fe católica y de la monarquía

tradicional. “Mejor sería—dijo después— que fusilase á Cristóbal de Pipaón, no por carlista, sino por detestable poeta... Y no hablemos más esta noche, adorable Fernanda... Sólo diré á usted que don Juan, al partir hoy para Miranda, donde habrá cogido el tren del Ebro hasta Zaragoza, y de allí hasta Lérida, Reus y Tarragona, ha dicho: “Volveré,”... y yo lo repito... Con esta palabra me permito entrar en el amante corazón de usted, y como amigo y como poeta dejo en él una linda flor que se llama *Esperanza*...”

XXVII

¿Tendría razón don Wifredo?... Debe advertirse que si en su vida social no escaseaban las ridiculeces, en su vida íntima era un santo, y que Fernanda conocía no pocos ejemplos de su grandeza moral. Por esto quizás, al conjuro del caballero, sintió la joven que en su alma reverdecían esperanzas marchitas; las ramas secas é inodoras despedían leve fragancia de mejorana y tomillo, y en la mente obscurecida como alcoba de enfermo grave, entraban ya por innumerables rendijas luces del libre ambiente. Cierto que esto no era debido tan sólo al lisonjero vaticinio de don Wifredo; en el conjuro tenía buena parte Marciana, mujer

bien intencionada y discreta, que procedía con la mayor lealtad.

Y aún cobraron las esperanzas de la desconsolada señorita mayor aliento, cuando observó que llegaban á su casa visitas que á su parecer traían misterio y algo que á ella particularmente interesaba. Presentóse una mañana don Felipe García Fresca, alcalde de Vitoria, y aunque esto nada tenía de particular, por ser Santiago y el señor Fresca muy amigos y ambos liberales, Fernanda creyó ver en ello una extraordinaria encomienda. Quizás no hablarían más que de política, de la elección de Rey, de los temores de levantamiento carlista; pero estos asuntos no explicaban el extraño caso de que, al despedir á su amigo en la escalera, quedase Ibero contentísimo, con una cara de Pascua que la hija no había visto en él desde los tristes días de Bergüenda.

Pues la misma noche estuvo en casa de Gauna don Francisco Juan de Ayala, persona principal de la ciudad, cuñado del Conde de Cheste. Ayala y Luis de Trapinedo hablaron largamente á solas en un extremo de la sala; Fernanda notó que la miraban sonrientes. Luego creyó notar en Luis cierto alborozo... El hecho era que todos parecían contentos; pero nadie le decía nada. El único que con la señorita se franqueaba era su amigo el gran don Wifredo, que risueño le dijo: "No me ponga esa cara tristona. Alegrándose un poco, está usted más bonita... Ya puede salir al campo de la ilusión, á re-

coger y acopiar pajitas y pelusitas para un nuevo nido... Aquél se rompió, se deshizo... Pues á otro... Esto digo yo, y que venga ese bruto de Cristóbal Pipaón á competir conmigo en imágenes bellas... Fernanda, que la vea yo á usted, alegre y saltona, cogiendo pajitas y llevándoselas en el pico...„

Al llegar aquí, se detiene el historiador extasiado ante la noble figura caballeresca del Bailío de Nueve Villas, que en aquella segunda etapa de su azarosa vida se nos presenta con los caracteres de la más alta grandeza moral. Podría no estar el hombre en sus cabales; podría ser un vidente, un iluminado; fuera lo que fuese, la dirección que tomaba su voluntad merecía calurosas alabanzas. Volvió el hombre de Madrid medio loco ó loco entero, trastornado por pasiones que súbitamente entraron á saco en su espíritu. Madrid le había sido funesto; había caído el hombre en aquel infiernillo político y social, con cincuenta años largos de pacífica normalidad provinciana; pagó el tributo á los gustos retrasados, á los apetitos inéditos y adormecidos; se le fué el santo al cielo; se achispó de los sentidos y del corazón. Restituído por bondadosos parientes al suelo natal, se encontró con el tristísimo suceso de Fernanda, la mujer ideal, la mujer soñada, tan alta para él, que nunca osó rendirle adoración fuera del invisible altar del pensamiento.

Pudo estar don Wifredo perturbado cuando le trajeron de Madrid á Vitoria; pero no

cabía mayor señal de cordura que su proceder ante la hija de Ibero, abandonada del novio, sin perder su pureza. Ni por un momento pensó el Bailío en sustituir al galán fugitivo. Claramente vió que su edad avanzada, su posición modesta, la borrasca mental que había corrido en Madrid, le imposibilitaban para toda pretensión amorosa. No era falto de seso el hombre que así pensaba. Pero no contento con esto, y obedeciendo á las generosas y cristianas voces que sonaban en su alma, se dijo: "Todo por Fernanda y para Fernanda; y pues enamorada sigue del sujeto, á pesar del desaire sufrido, consagro mi vida al fin altísimo de traer al don Juan á su deber, ó de castigarle con la muerte si á ello se negara." Con esta especie de juramento quedó afianzado el sanjuanista en la desinteresada empresa, expresión fiel de la Orden de Caballería que profesaba.

La idea del regreso de don Juan nació en la mente del Bailío de confidencias que alteraba su lozana inventiva. Pero contando siempre con la volubilidad del andaluz, se previno por si llegaba el caso de tener que matarle. Los eclipses del paseo matutino y el encierro en su aposento, fueron motivados por la necesidad en que se vió de limpiar sus armas, enmohecidas por el ocio de una larga paz. Poseía espadas de fino temple, cuyos aceros jamás vieron sangre; sables, dagas y otras herramientas de muerte conservadas por curiosidad, ó como recuerdos de familia. Terminada esta faena en dos ma-

ñanas, otras consagró á poner en orden sus papeles, á desempolvar sus ejecutorias y á trazar con mano firme un testamento ológrafo, pues aunque confiaba en que el juicio de Dios le sería favorable por llevar consigo toda la razón, no podía dejar de admitir alguna probabilidad de fracaso y muerte. Sobre todo estarían siempre los altos desig-nios.

Fundado en vagas noticias, Romarate se imaginaba á don Juan encariñado con la reconciliación. Faltaba, no obstante, la nota de verosimilitud ó algún dato testimonial, para que tal creencia fuese algo más que vana conjetura. A este propósito, debe decirse que las atrevidas adivinaciones de don Wifredo solían tener más consistencia lógica y más aire de verdad que muchos de los informes que sus confidentes le comunicaban; pero él se las componía muy bien para llevar á los puntos débiles la fuerza persuasiva que en otros sobraba, para dar apoyo á los hechos tambaleantes arrimando á ellos los hechos firmes, y así lograba sostener aquel aparato en que no era fácil discernir lo imaginario de lo real.

El taller en que don Wifredo fabricaba su lógico artificio era su casa del Portal del Rey, y el ayudante ó discípulo la criada que desde remotos tiempos le servía, cincuenta como él, de una fidelidad inaudita, llena el alma de devoción y de supersticiones, con cierta salida de humos á lo caballeresco, plagio de su señor. Lo más extraño de Fili-

berta era que jamás creyó en la demencia del amo, y que en cuanto éste hizo y dijo al regresar de Madrid no vió más que donaires, ó rigurosa demostración de un carácter entero. Le amaba y le servía con absoluto desinterés; le cuidaba como á un hijo, y no tenía más finalidad en su existencia que verle saludable y alegre. Rara vez ha existido un caso de adhesión semejante, que se explica, más que por el natural bondadoso de la sirviente, por la increíble bondad, rayana en lo sublime, del caballero de San Juan.

Era Filiberta viuda de un contrabandista, que el año 54 contrajo una repugnante enfermedad en la boca y nariz. Hora es de que se conozcan las cristianas virtudes del ilustre Bailío, que llevó á su casa al pobre canceroso, le aposentó en su propia alcoba, asistióle como á hermano y no se apartó de él en la hora de la muerte. Entre él y la viuda le amortajaron; fué el caballero al Campo Santo, y con sus propias manos le dió sepultura. Como nunca hizo alarde de ésta ni de otras obras suyas de alta misericordia, que cumplía calladamente como Caballero Hospitalario, pocas personas lo sabían. Pero el historiador lo sabe, y nos manda trazar este perfil biográfico.

“Filiberta—decía una noche á su fiel sirviente cuando ésta le quitaba las botas,— en el testamento, que hace días escribí de mi puño y letra, te dejo el caserío de Argandona.” Y ella, con súbitas ganas de llo-

rar, oprimiendo contra su pecho la bota que acababa de quitarle al amo, respondió: "Señor, yo no quiero que me deje nada. Lo que quiero es que viva más que yo. Muérame yo primero.

—No te aflijas, mujer. Sólo Dios sabe los días que hemos de vivir. Comprenderás que hallándome yo pendiente de un lance gravísimo con ese don Juan, he debido arreglar mis asuntos, por si el juicio de Dios me fuera desfavorable.

—Quite allá, quite—dijo Filiberta retirando la otra bota después de limpiarse una lágrima en cada ojo.—¡Estaría bueno que Su Divina Majestad no le sacara á usted salvo y triunfador!.,

Disertando sobre esto con desigual reparto en el coloquio, pues don Wifredo no hacía más que asentir con frases breves, Filiberta expresó peregrinas opiniones respecto á la Caballería y á las virtudes de su amo. El que era un santo con sombrero de copa; el que practicaba la caridad sin que se enterara ni el cuello de la camisa; el cruzado de Jerusalén, amparo de los desvalidos, que andaba por el mundo lleno de misericordia, no podía quedar mal en un lance por defender á una dama noble y católica. Oyendo esto, despojóse don Wifredo de las prendas de vestir más pegadas á su cuerpo, y se metió en la cama. Hízolo en la forma más pudorosa, mientras la criada, poniéndose de espaldas para no ver al amo en su desnudez, recogía la ropa y la ordenaba. Era

Filiberta morena, tirando á negra; de granadera talla, huesuda, con bosquejo de bigote y barbas. Puesto en pie á su lado con altos tacones, apenas le llegaba al cuello el hombre chiquitín con quien compartía su existencia, y en quien veía un santo niño, digno de culto religioso.

Acostado el niño, su servidora le lió en la cabeza, á guisa de turbante, un pañuelo de seda. No dormía bien el caballero sin abrigar de este modo su cráneo y sus pensamientos, costumbre higiénica que le fué impuesta en Madrid por los cuidados de *doña Leche*. Y cuando Filiberta le hacía en la frente el nudito final, dijo á su señor: “Y para más seguridad, ya sabe que yo tengo un amuleto que me dieron los ermitaños de Barria. Se lo pongo en el pecho, y no haya miedo de que le toquen balas, ni de que le entre estoque ó daga en desafío, siempre que á él vaya con fe y devoción. No es más que un colgajito con el *haba de mar* cogida en Viernes Santo, unos palitos de hierba de Tierra Santa y la regla de San Benito. Bien probada tengo la virtud de ese divino escudo: que por dos veces se lo puse á Ramón, y fué como si llevara una coraza de diamante. En Vera le soltaron siete tiros á boca de jarro, y no le tocó ni un grano de pólvora.„ Bondadosamente replicó el Bailío que más eficaces que el amuleto de los ermitaños eran la razón y la justicia, formidables broqueles que él llevaba en su pecho, y con esto terminaron el coloquio.

A la mañana siguiente, serían las ocho, volvía ya el Bailío de San Vicente con su misa en el cuerpo. Sirviéndole un rico chocolate, Filiberta le dijo: “¿Y anoche, señor, durmió bien?... ¿Pensó mucho, vió las cosas que están lejos?”

—Te diré... Anoche estuve algo inquieto, distraído... Sin que yo los llamara, venían recuerdos y alguna que otra imagen, muy seductora por cierto, de las borrascas que corrí en Madrid... No pude concentrar bien el pensamiento en las cosas de acá... ni calcular lo que hace y piensa el caballero andaluz en Cataluña... No dejes de ver hoy á tu prima Marciana, y si puedes, haz por ver á su marido el guardia civil Antonio Castro. Un compañero de éste, llamado Matías Calero, acompañó á Urríes en el trajín de las elecciones, y un millón de los que están en el Gobierno civil llevó recados del Gobernador á don Juan en la fonda de Quintanilla... Y ahora que me acuerdo: ¿no conoces tú á dos muchachas de la fonda, que son de Comunión, tu pueblo? Pues esas tal vez sepan algo... Gozosa de colaborar en las imaginativas empresas de su amo, Filiberta se preparó para salir á la compra. “No te des prisa—le dijo el señor,—que hoy no pascó... No me arreglaré hasta las doce... Pasaré la mañana leyendo.” Partió la moza con la idea de que las páginas de aquellos librotos viejos de Tolemaida y Rodas contenían la misteriosa cábala... reveladora de las cosas futuras y los sucesos distantes.

Pero al enfrascarse en la lectura, no buscó el caballero su deleite en pesados mamotretos del tamaño de diccionarios, sino en volúmenes chicos, amenos y graciosos que guardaba en su reducida biblioteca, y que fueron sus delicias en la niñez como lo habían sido de sus padres... Se embelesaba en aquellos días con peregrinas historias de aventuras y correrías maravillosas por las regiones inexploradas del Globo; buscaba la distracción de momento, los lances más inauditos, los hallazgos de enanos y gigantes, de monstruos marinos y terrestres, los peligros de huracanes, desiertos de hielo, abismos, trombas, torbellinos y banquetes de antropófagos...

De uno de estos bárbaros festines volvía don Wifredo aturdido... cerró primero el libro, después los ojos, y en un breve letargo se vió llegando á Barcelona en un navío después de seis meses de viaje. Apenas saltó en tierra, vió á don Juan de Urriés tomando billete en la estación de un ferrocarril. Vendía los billetes una mujer, que asomó las narices por el ventanillo preguntando al caballero que á dónde iba... La voz era la de Filiberta que entraba con la cesta de compra, y dijo á su amo: "Señor, en la fonda de Quintanilla esperan al don Juan para dentro de tres días. Tiene la habitación reservada.

—Ya lo sabía—dijo don Wifredo pasándose la mano por los ojos.—En este momento toma el tren en la estación de Barcelona.,,

XXVIII

Y era verdad que tomaba el billete en la estación de Barcelona: mas no para Zaragoza, como pensó don Wifredo, sino para Tarragona. No iba solo: dos señores le acompañaban. No le movían empeños ó compromisos amorosos: empujábanle, con inquietud y curiosidad, móviles políticos y el inmediato interés de la causa dinástica que defendía. Observar quiso la tromba insurreccional que se iba formando en toda España, y con más ímpetu que en parte alguna en las regiones catalanas próximas al Ebro. Era la explosión del sentimiento republicano, el más joven y por tanto, el más vigoroso de los sentimientos políticos en aquella época de pasmosa florecencia vital. Brotaban los nuevos gérmenes con fuerte empuje de la savia, y el poder y virtud de ésta se malograban por querer crear el fruto antes de producir las flores... Este arrebatado movimiento tomó la encarnación teórica más atrevida, el pacto federal, y tras él iba con generoso raudal de sentimiento. El federalismo creyó llegar más pronto á su fin batiendo las alas de la razón filosófica que andando modestamente con los pies de la cautelosa realidad. Pronto había de pagar su error.

Como se ha dicho, fueron Urríes y dos más á ver de cerca el ciclón, sin acercarse mucho, por si llovían golpes y tiros. Los compañeros de don Juan eran un señor Angulo y un señor Solís, muy notados de montpensierismo doméstico y público. Lamentaban que en España hubiese tantos hombres que exponían su vida y su hacienda por don Carlos ó por la República, y que no saliesen de ninguna parte ni siquiera cuatro gatos armados que mayasen por el de Orleans. En su lista de adictos tenía éste generales y políticos de peso; en sus arcas millones que derrochar, si pudiera más la ambición que la codicia, y con tales elementos era el hijo predilecto de la impopularidad. Angulo, Solís y Urríes salieron de Barcelona con objeto de ver si en el revuelto río federal era fácil pescar alguna trucha que pudiese comer tranquilamente el señor Duque.

Vieron los tres caballeros la grande agitación de aquel país, y en un trís estuvo que retrocedieran á Barcelona; pero más pudo la curiosidad que el temor, y adelante siguieron. Sabían que las radicales ideas de Pí y Margall habían cristalizado en los organismos federativos de pueblos y regiones, y que pronto lo harían en la Junta central, común atadizo de los haces regionales. Sabían también que la guerra civil republicana se iniciaba en ciudades populosas y ardientes, como Zaragoza, y en otras que siempre fueron pacíficas. No desconocían que tras ellos quedaban soliviantados pueblos importan-

tes de Barcelona y de Gerona; que Suñer y Capdevila reclutaba hombres á centenares, á miles, para expugnar la institución monárquica todavía platónica y acéfala, pues había trono, mas no Rey que lo ocupase; pero ignoraban lo que podía venir del lado de Tortosa, donde algunos diputados republicanos y otros que no lo eran, hombres de tan viril entendimiento como Valentín Almirall, jóvenes exaltados como José Luis Pellicer, habían adestrado al pueblo en el arte de la reivindicación y en otras artes complementarias, como el maldecir cantando y el aclamar rugiendo. Inspiraba el gran niño admiración por su infantil fiereza; causaba miedo, porque su inocencia no era ya inofensiva.

Al llegar á Tarragona, nada vieron anormal Urríes y sus acompañantes. Fueron á visitar al Gobernador don Juan Manuel Martínez, hombre tan inteligente como simpático, amigo inquebrantable del General Prim, satélite de adversidad más que de fortuna, pues con alegre constancia le siguió por todos los ásperos senderos y atajos de la emigración... No le encontraron: había ido á Barcelona á conferenciar con el Capitán General Gaminde, y pedirle fuerzas con que contener el nublado que se le venía encima.

Recibió á los curiosos forasteros el Secretario, Gobernador interino don Raimundo Reyes García, el cual no pareció temeroso de que estallasen desórdenes graves á la llegada de los republicanos que vendrían

de Tortosa. Según dijo, conocía bien al pueblo tarraconense; tenía-le por reflexivo, poco dado á excesos revolucionarios; pensaba que arengándole con lenguaje conciliador, invocando su dignidad y cordura, todo se reduciría á un poco de ruido. Contagiados de la tranquilidad del Secretario, se fueron los caballeros á la fonda, luego á un café, Rambla de San Carlos, donde departieron sobre los presuntos alborotos. Seguramente, si éstos eran extremados y traían atropellos de la propiedad y ataques á las vidas, más ganaba que perdía la causa del Duque. Convenía que la odiada Interinidad se pusiera su máscara más cadavérica y su mortaja más pavorosa para asustar á la Nación.

Con estos comentarios ojalateros pasaban el rato cuando oyeron rumor de marejada popular, y á la calle se lanzaron, siguiendo la corriente que con hervor de gritos descendía de la Rambla de San Juan á la de San Carlos. Por la calle de la Unión precipitáronse á la Plaza de Isabel II, donde ya era menos fácil el paso por lo que iba espesando la muchedumbre. Dejábanse llevar del torrente humano que corría cuesta abajo, y por calles que desconocían, rectas y de anchura diferente, llegaron á una gran explanada, en cuyo término se veía la Estación del ferrocarril. Era la escena del drama federal anunciado, que se hallaba en su primer acto, mejor será decir en el único, porque fué tragedia breve, con muy poco espacio entre la prótasis y la catástrofe.

Sobre la multitud que ondeaba con hinchazón rugiente, como un mar tempetuoso, se destacó la figura arrogante de un militar anciano que subió á un coche. Su hermosa barba blanca dábale aspecto de un Gran Rabino, con ros y levita galonada... Era Pierrad, hombre valiente en la guerra, desgraciado en la paz, y en toda ocasión política enormemente inoportuno; tardió cuando debía llegar pronto, prematuro cuando su tardanza podía ser un suceso favorable. No se sabía si á la multitud arengaba, ó si oía su bronco alarido sin comprenderlo... El General era sordo.

Entre don Blas Pierrad y la Estación, el Gobernador interino arengaba en otra forma y con mejor sentido á la brava multitud. Esta, también un poco sorda como su ídolo en aquel momento, no se enteraba de las sensatas exhortaciones de la autoridad... se arremolinó en torno al señor Reyes; éste cayó al suelo... La fiera se inclinó sobre él... Era como el niño recogiendo el juguete que se le ha caído... Los niños, en sus juegos inocentes, inventan diversiones crueles y hacen simulacros de maldades... Ello fué que la iracunda caterva popular echó una cuerda á los pies del infeliz Gobernador interino y le arrastró, no sin tropiezos y dificultades, porque el suelo estaba muy mal empedrado... Los arrastradores, con incierta marcha de niños embriagados por la travesura, tiraban hacia el puerto... Pierrad fué y vino en su coche... los caballos enca-

britados, parecían luchar con las olas, como caballos de Neptuno. Alguien gritaba junto al General refiriéndole lo que ocurría; mas él no parecía comprenderlo bien.

Urríes, Angulo y Solís no creyeron prudente marchar á la cola de la bárbara tragedia que se alejaba; y deseando apartar de sus oídos el espantable resuello de la plebe, mezcla de carcajada hombruna y de aullar de canes, retrocedieron calles arriba...

“Filiberta—dijo don Wifredo á su criada, abriendo los ojos y requiriendo el libro que había dejado sobre sus rodillas,—¿has oído un estrépito como de loza que cae y se rompe en mil pedazos?

—No, señor—replicó la mujer huesuda, que entró de puntillas cuando su amo dormitaba en el sillón.—Nada oigo, y en casa no se han roto tazas ni pucheros.

—Pues creí... Estaba yo leyendo unas historias del País de los Volcanes... cada casa tiene su cráter... país de terremotos... el suelo está siempre bailando... Pues leía que estalló una gran erupción... no sé más, porque me amodorré... Dime, Filiberta, ¿fué ilusión mía, ó en la calle había bullanga? ¿No pasó un grueso gentío alborotando?

—No, señor: no ha pasado más que el carromato de Estella con cuatro mulas... Alboroto hemos tenido en Vitoria; pero ello fué anoche... En el teatro se juntaron esos locos republicanos, y estuvieron echando prediques hasta las once ó más. Luego, á la salida, hubo lo de *que si tú, que si yo*; vivas

y mueras, y empujones muchos que por poco se vuelven palos.

—Fuera de don Pedro la Hidalga, varón respetable, aunque de cáscara más amarga que la hiel, todos los republicanos de acá son niños echados á perder por el estudio... Entre ellos hay muchachos listos... simpáticos. ¡Ricardo Becerro, Daniel Arrese, Sotero Manteli, ángeles de Dios!... Antes de irme á Madrid discutía yo con ellos, y les volvía tarumba, despedazándolos con sus propios argumentos... Ahora, los ángeles se han quitado de cuentos, y tratan de traernos el Caos. ¿Sabes tú, Filiberta, lo que es el Caos?

—Señor, cómo saberlo, no lo sé... pero ello debe ser algo parecido á la República Federal, porque esta no se les cae de la boca... Pues el otro *Cao*, el de Carlos VII, también tiene pelos... Y para que estemos más divertidos, *Cao* de Montpensier, *Cao* de Espartero y del Demonio coronado. Digo, señor, que no ganamos para Caos.

—Es verdad; no ganamos... Y á propósito, Fili: estoy algo inquieto... El corazón, desde anoche, me dice cosas tristes. Todo cuanto leo me hace pensar en trifulcas lejanas, en calamidades y sucesos sangrientos... en volcanes y cataclismos. ¿No te parece que...?

—Sí, sí: me parece que debe el señor arreglarse, vestirse y echarse á la calle—dijo la mujerona con regaño y mimo, á la par severa y cariñosa.—¡A lucirla, á pintarla... á

que diga la gente: "Ahí va el primer caballero, y el *caos* de la pura elegancia!," Fuera murrias, y viva mi dueño." Fácilmente persuadido por este exabrupto de cariño maternal, don Wifredo despachó sus lavatorios matutinos; con media hora más quedó de punta en blanco, y á la calle... ¡Albricias! El gran Romarate reaparecía como el sol después de un largo y triste nublado.

Entrada la noche fué al palacio de Gauna, donde halló más gente que de costumbre, y la novedad de que estaba allí el Gobernador contando el trágico suceso de Tarragona. Un cronista muy autorizado fija en la noche siguiente la visita del señor Ezcarti. ¿Qué más da? Y en último caso, con correr una fecha queda la Historia en su punto... Al entrar don Wifredo, el digno Gobernador, rodeado de graves señores y algunas damas, iba ya muy adelantado en el relato del espantable motín, que sabía por telegramas oficiales: La autoridad militar, General Acosta, no dió señales de vida hasta que le llevaron noticia de que el pobre señor Reyes había sido arrastrado. Antes de que llegara la escasa tropa que guarnecía la plaza, algunos guardias civiles y carabineros lograron contener á la salvaje plebe; pero no salvar á la víctima, que aún estaba entre la vida y la muerte, yacente en la Plazuela de San Fernando, cerca del mar, á donde los arrastradores querían arrojarla...

—¿Y el Gobernador civil?

—Llegó de noche... pudo recoger el ca-

dáver del desgraciado Reyes, espantar á don Blas, que se volvió á Tortosa, y dar principio al desarme de los voluntarios de la Libertad. Don Juan Manuel hizo prender en Tortosa al general Pierrad, y le trajo á la cárcel de Tarragona; después, reuniendo toda la fuerza disponible, persiguió á los amotinados. Estos se corrían á Reus, á Valls, á Montblanch... En fin, que había para rato, y aquella insurrección daría mucho que hacer al Gobierno.

Los comentarios fueron, como es de suponer, vivos y medrosos. Algunos, encastillados en la rutina, creían que sólo al carlismo correspondía la especialidad, casi casi el derecho, de la insurrección. Romarate oía y callaba, pues había perdido el hábito de las disputas políticas. María Erro, Gracia y la señora de Prestamero no extremaban su indignación, y sólo veían en la tragedia el peor síntoma de la gravísima dolencia de España, llamada Interinidad. En cambio, las añosas damas doña Manuela Trigo y doña Rita de Landazuri sacaban de sus amojamadas laringes voces de ultratumba, para pedir un régimen absoluto sin Cámaras, aunque con camarillas, que pusiera freno á tantos desmanes. Luis Trapinedo, Ezcarti, Santiago Ibero y otros, pedían represión por los medios constitucionales, y los que blasonaban de católicos antes que políticos, como don Ramón Ortiz de Zárate, don Francisco Juan de Ayala y el valetudinario don Tirso Pipaón, ex-Provincial de

La Orden de Predicadores, afirmaron que la tragedia de Tarragona y otras que se estaban preparando tenían por único fundamento la relajación de los principios religiosos.

Oídas estas sesudas razones, se arrimó el Bailío al grupo de las muchachas, que al otro extremo de la sala picoteaban con cuatro mozalbetes. Al mirar á Fernanda, los ojos de ella le salieron al encuentro, mirándole á él. ¡Y con qué expresión tan rara! Asustados pedían auxilio, informes, luz, con ser tanta la que ellos despedían. Fácilmente se puso el caballero al habla con la señorita, y aprovechó ella el ruidoso charlar de la gente moza para decir quedamente al de San Juan: “¿No sabe? Ayer estuvo aquí de visita la Marquesa de Subijana... me lo ha contado Luisa. Esa señora quiere ahora reanudar sus amistades del siglo pasado, ó de no sé qué siglo, con estas venerables momias. María Erro le preguntó por la sobrina... por esa...”

Comprendió don Wifredo la repugnancia á pronunciar el nombre. El revolvió el *Céfora* entre los dientes, y después, mirando al suelo, lo escupió sin saliva... Y Fernanda siguió: “La respuesta de doña Carolina fué de lo más chusco... Que la chica esa... entra en un convento.

—Ya lo sabía yo. Es achaque antiguo en ella la falsa santidad.

—¡Monja!... ¿Pero es burla, es ironía?...
¿Y en qué Orden?..

Como don Wifredo no toleraba que los informes reales se anticiparan á su prodigiosa facultad de adivinación, contestó sin vacilar: “En las *Brígid*as de Vitoria.,”

XXIX

Retiróse el Bailío á su casa recelando que la traviesa realidad no quisiera ponerse de acuerdo con la inspiración profética... “Filiberta, ¿lo soñé yo, ó me dijiste tú que en las *Brígid*as entraría pronto una joven...?”

—El señor lo habrá soñado—replicó la huesuda, tirando de la bota derecha de su amo.—Yo no le hablé de semejante cosa... Pero ahora me acuerdo de haber oído ayer en la plaza...

—¿Ves cómo es verdad? ¡Si yo no me equivoco!... ¿Y oíste el nombre de la nueva monja?

—Lo dijeron. Pero tengo yo mala cabeza para nombres... y el de esa mujer no es de los que oímos todos los días.

—Filiberta—dijo el caballero ya en la cama, cuando con blanda mano le ponía su criada el turbante,—yo te suplico, y si es preciso te mando, que me averigües qué hay de nueva monjita en las *Brígid*as, y cómo se llama; y si es forastera, de dónde ha venido. Hace días que veo signos próximos y distantes de sucesos de suma gravedad...

Retírate, que yo aquí, solo y á obscuras, lo mismo pensaré dormido que despierto, y algo he de ver y he de sentir de lo presente y de lo futuro. Buenas noches, Fili....,

Al día siguiente, no llevó la fiel doméstica noticia ni rumor alguno referentes á la nueva parroquiana de las *Brígidas*. Y como al segundo día ocurriera lo propio, empezó á creer don Wifredo que había fallado su adivinación. En el barullo mental que esto le causaba, no sabía el hombre si desear ó temer que fuese verdad la presencia de Céfora en Vitoria. Al tercer día, ó tercera noche, la confusión del caballero subió de punto en la tertulia de Gauna, donde el Alcalde don Felipe García Fresca puso el paño al púlpito para referir los horribles desmanes de Valls. La plebe, desenfrenada de toda autoridad, se lanzó á satisfacer sus bárbaros apetitos, á descargar sus odios en personas quizás culpables, y en edificios inocentes. Aquí asesinó, allá incendió, ensañándose particularmente en los opresores del pueblo, y entreteniéndose en la quemazón de archivos, así municipales como notariales. Era el furor revolucionario en su mayor delirio, la ciega venganza de inveterados desafueros... Lo que el Alcalde de Vitoria refirió, sabíalo por un caballero de Madrid, testigo presencial de los terribles atentados, el cual llegó á Vitoria por la mañana, marchando por la tarde á un pueblo próximo.

La idea de que el caballero informante

era don Juan de Urríes se clavó en la mente del de San Juan, quien se impuso el deber de no dormir aquella noche sin despejar la formidable incógnita. En efecto, así lo hizo, y por el guardia civil Antonio Castro supo que Urríes estuvo aquella mañana en la fonda de Quintanilla dos ó tres horas; fué después á la Casa-Ayuntamiento, y á las dos próximamente alquiló un coche por días, partiendo á un pueblo cercano... ¿Ali, Armentia, Gomecha? Esto no se sabía; mas no era difícil averiguarlo. Con tales informes, don Wifredo creyó tener en su mano la mitad de la clave, y por tenerla entera, á la mañana siguiente muy temprano despachó á Filiberta con un recado para la señora Madre Abadesa de las *Brígid*as, con quien el Bailío tenía conocimiento. Iba el mensaje formulado interrogativamente en un papelito para que la criada no trabucase el extraño nombre. La respuesta fué bien categórica. En efecto, las *Brígid*as recibirían pronto como novicia á una señorita llamada Nicéfora, catequizada por el Padre Beck. Aún no había llegado. Hallábase en preparación ó ejercicios...

Seguro de poseer ya la clave entera, apresuróse el Bailío á construir á su modo toda la historia, con potente imaginación y lógica un tanto poemática. Conocía bien á Céfora, y se sabía de memoria las dos naturalezas que estrechamente enroscadas una en otra componían su carácter. Incompatible con Carolina, se había declarado indepen-

diente, haciendo la comedia del monjío para escaparse con Urríes en pos de goces y aventuras, menos secretas que las de Madrid. La que lloraba oyendo relatar la muerte de la Reina doña Francisca y poco después reía locamente repitiendo donaires picarescos; la que frecuentaba la iglesia, y dolorida de las rodillas por larga humillación ante el confesonario, se iba con don Juan á misteriosos nidos ó burladeros, no era susceptible de enmienda ni reforma.

Era el Diablo mismo en su duplicada encarnación histórica y romántica; era la infernal Antarés, que á don Juan ofrecía sus formas seductoras cuando se hallaba dispuesto á variar de conducta. Con ser tan malo, don Juan era mejor que ella. El caballero andaluz volvía seguramente, como había previsto ó adivinado don Wifredo; pero no volvía llamado por la virtud de Fernanda, sino por la sensualidad de Céfora. Según las presunciones del cruzado de Jerusalén, el burlador había tenido un instante de arrepentimiento: rayo del Cielo penetró en su alma, iluminándola con divinos resplandores; pero acudió Antarés con las tinieblas y el vicio, y don Juan perdió la vía del bien á que su vaga intención más que su rígida voluntad le encaminaba.

Ultimatum.—En cuanto se pudiese averiguar dónde moraba ó se escondía don Juan, el Bailío de Nueve Villas le plantearía con arrogante severidad la cuestión caballeresca en esta concisa fórmula: “Usted, señor

de Urries, está obligado á casarse con Fernanda, no por reparación del honor de ésta, que no ha sufrido ni podía sufrir ningún detrimento, sino por dar al alma nobilísima de la doncella de Ibero la paz y felicidad á que es acreedora. Padece la demencia de amar á usted. Su corazón pertenece á su verdugo.„ Si á este requerimiento respondía el andaluz con un *sí*, todo estaba felizmente terminado. ¿Respondía con un *no* iracundo ó siquiera displicente? Pues el de San Juan con la misma ó mayor entereza le diría: “Aquí traigo dos espadas de fino temple: escoja usted la que quiera, y solos, sin testigos, vámonos á resolver en Juicio de Dios, cual cumplidos caballeros, esta grave contienda.„

Al trazar con mente fervorosa este soberbio plan, el alma del caballero ardía en loco entusiasmo. ¿Qué mayor gloria que consagrar los últimos días de una vida intachable (salvo las canitas echadas al aire con la *Africana*), á una empresa de rehabilitación tan grande y bella? Y pensando en esto, á su mente traía la imagen de Fernanda, adornándola de innúmeras piedras preciosas que representaban otras tantas prendas morales. O devolverle su don Juan, ó morir por ella... En la mansión de los justos se encontrarían, limpios ambos de toda terrenal impureza, y contemplándose extáticos, gozarían eternamente el premio de sus virtudes... y á Dios vería cada cual en las pupilas del otro... Alargando después sus

brazos para alcanzar al cuello de Filiberta, que en estatura le ganaba más de un palmo, le dijo con desbordada vehemencia: "Abrazame, mujer, y abrazándome reconoce que tienes por amo al caballero que más alto pica en la abnegación. Abrazame, á ver si se te pega algo de la grandeza de mis fines... y aprende, Filiberta, aprende á sacrificarte por la belleza y la virtud. Este arranque gallardo que en mí ves, lo debo al cataclismo de mi cerebro. Dios me turbó y desconcertó, para darme después un natural y temple más varoniles, infundiéndome la querencia de los actos heróicos. Al propio tiempo me hizo más poeta que Cristóbal de Pipaón, y con esa ventaja me encontré de añadidura.,"

Derramando lágrimas, le abrazó Filiberta, diciéndole entre babas que si el señor moría en duelo, ó como Dios quisiera, ella no se quedaba por acá. A su don Wifredo se pegaría como una lapa, y juntos subirían á la Gloria eterna.

Tan ufano con su caballeresca resolución llegó á estar el Bailío, que le aterraba la idea de que un soplo de prosáica realidad deshiciera el hermoso castillete. Al regresar de su paseo una mañana, pensando en la ideal doncella por quien se desvivía, la encontró con su hermano Demetrio y con María Erro, que iban hacia la Plaza Nueva. Galantemente se agregó á las damas y al caballerito, y creyó ver en los divinos ojos de Fernanda sombra y luces que decían:

“temo y espero.” Al entrar en la Plaza, halláronse de manos á boca frente á un clérigo joven; vivo, con acento extranjero, el cual se enganchó en saludos amables con María Erro, después con Fernanda, Demetrio y la compañía. Era el Padre Beck, uno de los dos jesuitas que estuvieron con don Wifredo en La Guardia, en la primavera de aquel mismo año. Saludáronse todos, y particularmente extremó el clérigo sus cortesías con el Bailío, no sin recordarle las caminatas que juntos habían hecho por Estella, Viana y Logroño, preparando el terreno y las almas para el levantamiento carlista. Con sonrisa de conejo respondió don Wifredo á las remembranzas del ignaciano, que se despidió relamido y afable, ofreciendo su domicilio, una hospedería muy recatada, próxima al convento de las *Brígidas*.

Siguieron las damas y su acompañamiento. Al despedirse Romarate en la puerta de la casa de Gauna, Fernanda le recomendó, con expresivo acento de tímida confianza, que no faltase aquella noche... ¿Qué había de faltar?... Llegó el primero, y aun pensó que llegaba tarde. Apenas vió á la gentil doncella de Ibero, pudo advertir en ella un ardiente afán de ponerse al habla. Ambos se dieron sus mañas para encontrar la ocasión que deseaban. La sorpresa del caballero fué grande cuando la señorita le dijo con balbuciente voz: “Ya sé, don Wifredo, dónde está esa... esa... En Vitoria la tenemos ya.

—¡Céfora!... ¿Dónde?

—¿Se fijó usted en las señas que dió de su casa el clérigo de esta mañana?... Pues allí... allí.

—Ya lo sabía yo—replicó el caballero en un raptó de vanidad adivinatoria...—Digo: como saberlo precisamente, no... Lo había pensado, lo sospechaba. Ya sé, ya sé: la hospedería de las señoras de Ezquerecocha, á donde sólo asisten personas recomendadas, comunmente sacerdotes, beáticas...

—Dijo el Padre que es al lado de las Brígidas.

—Está esa casa en lo que fué *Hornabeque de la Victoria*... ¿Sabe usted?

—¿Qué he de saber?... En mi vida oí tal nombre.

—¡Oh, yo de chico he jugado allí más veces...! Ya el Hornabeque ó fortín estaba en ruínas... Pues el año 50 construyeron allí varias casas: una de ellas es esa, con sólo dos pisos altos, que ocuparon las Ezquerecochas, excelentes señoras á fe mía... Guadalupe, que era una santa, murió del cólera; Eduvigis está baldada... Hoy gobiernan la posada unas sobrinas de poco juicio según entiendo. Por esto ha perdido la casa su antiguo crédito y respetabilidad... En el bajo, que es un local muy espacioso, hubo hace años un almacén de granos; luego un gimnasio, que tronó hace dos meses. La semana pasada, esos locos republicanos quisieron alquilarlo para celebrar allí sus reuniones ó *metingues*; pero las vecinas de arriba pusie-

ron el grito en el cielo, y el propietario se negó... Ahora que me acuerdo: días há me dijo Filiberta que los valencianos de la Plaza Nueva alquilan ese local para depósito de loza y esteras... Amiga del alma, noto en usted un sobresalto que no tiene razón de ser... Estamos próximos á la Hora de Dios... Como dice muy bien Filiberta, el reloj de Dios es distinto del de los hombres, y cuando nosotros decimos *temprano*, él dice *tarde*, y cuando decimos *ahora*, él dice *todavía no*... Aguardemos con fe y serenidad.,

Hubiera desentrañado Fernanda estas sutiles razones; pero por atender más al pensar propio, no quería salir del alcázar de su silencio. Despidióse el Bailío con efusión concisa, y algo aturdido salió á la calle; mas en cuanto las auras frescas de la noche oearon su frente, sintióse poseído de ardimiento belicoso, y espoleado por febril actividad. Apenas encaró con Filiberta, dió órdenes semejantes á las de un caudillo que reúne á los jefes de cuerpo para dar comienzo á una fiera batalla. Al punto quiso ponerse al habla con la Marciana, con su marido Antonio Castro, con Matías Calero y con un miñón llamado Ciordi, que según Filiberta era el individuo mejor informado de los pasos de don Juan. Anhelaba don Wifredo conocer sin demora el paradero del andaluz para irse derecho á él, y plantearle la cuestión caballeresca en términos de inexorable precisión.

Divagando en conjeturas y sin resolver

nada, se pasó la noche, y á la mañana siguiente, dadas ya las ocho, sólo pudo averiguarse que la Marquesa de Subijana, desentendida ya de Céfora, se había ido á San Sebastián con su amiga la Villares de Tajo: ambas habían estado tres días en Quintanilla, donde tuvieron la dicha de alternar con los Marqueses de Beramendi y otras aristocráticas familias. Carolina Lecuona era feliz entre las damas elegantes y los señores ricos, que habían erigido en ley de buen tono el repudiar á todos los candidatos á la Corona de España y envolver en flores de simpatía al niño don Alfonso... También había partido de Vitoria el Padre Beck, creíase que á Tolosa, dejando á Céfora bajo la custodia y gobierno de una grave señora piadosísima, que habitaba en la misma casa.

Daban las diez cuando se supo que don Juan había pasado de Ali á un caserío cercano. Era inútil buscarle allí. Más práctico sería salirle al encuentro en Vitoria, á donde venía en cuanto cerraba la noche. El miñón José Ciordi, conocedor sin duda de los pasos, ya que no de las intenciones, del caballero, se encastillaba en una discreción á prueba de halagos. Era indudable que entre don Juan y Céfora mediaban cartitas. Desesperado don Wifredo ante la imposibilidad de apoderarse de alguna de ellas, invocaba y sutilizaba su poder de adivinación, tratando de penetrar ideológicamente el delicado arcano de las letras que iban y venían por el aire, como efluvios telegráficos. Pero esto no

le valía, y los esfuerzos de una imaginación potente y ágil no servían más que para internarse en enredosos laberintos... Por fin hubo de comprender que su fantasía deliraba, y que los monstruosos absurdos por ella engendrados eran obra de unos traviesos diablillos que se introdujeron en su máquina, y allí jugaban con el aparato de adivinar.

Para librarse de esta diabólica sugestión, se fué el hombre á San Vicente, y ante el altar mayor oró devotamente una media hora, de rodillas. Muy consolado y fortalecido en sus pensamientos salió de la iglesia para su casa, y antes de llegar á ésta sintió que en la bóveda de su cerebro llamaba con fuertes golpes el verdadero y genuino poder adivinatorio, como diciendo: "Atención: aquí estoy... abrid, abrid..." La grande adivinanza de origen divino entró en el cerebro precedida de espléndidas luminarias. Vedla aquí: El nuevo alquilador del local vacío, planta baja, en la casa de las Ezquerechas, era Servando Arregui... grande amigo de Romarate, moralmente ligado á éste por el cariño y la gratitud...

"Fili, Filiberta—dijo el Bailío con fuertes voces entrando en su casa,—averíguame al instante si los valencianos de la Plaza Nueva han alquilado el bajo de la casa... ya sabes...

—Señor, le estaba esperando para decirle que ayer alquiló el almacén Servando Arregui, y que hoy le han dado la llave. . .

XXX

—¿Ves, ves?... Lo adiviné—clamó el Bailío radiante de júbilo.—Y el barrunto vino de que recordé haber oído á Servando, seis días há, que pensaba tomar ese local para poner en él un establo.

—No, señor; establo no... pone almacén de ferretería.

—Eso es... confundí las vacas de leche con las llantas, flejes, clavazón... Lo mismo da. Corre, mujer: dile á Servando que quiero hablarle... Puedes desde luego explicarle tú mis fines y propósitos, que son de la más pura honestidad... inspirados en el supremo bien... En fin, quiero que me dé la llave... Es preciso que esta noche misma me apodere yo de aquella posición importantísima, para sorprender al don Juan, que por allí ha de recalar... Ahora sí que no se me escapa, ¡vive Dios!... Y detrás de la casa hay un campillo mal cerrado de tapias, el cual fué huer-ta, prado, y hoy es depósito de escombros, lavadero... Allí tenemos don Juan y yo un espacioso y solitario ejido donde plantear el juicio de Dios, si ese andaluz ·alocado se negase á la reparación que le pido... Filiber-ta, estoy loco de contento... Vete pronto á ver á Servando. Que me dé la llave... La llave es la clave, y cogiéndola podré excl-

mar: *Eureka... Eureka* quiere decir: *clave, ya te tengo...*”

Fué luego el ingenioso Bailío á la casa de Ibero, deseoso de hablar con Fernanda antes de llevar á la realidad su audaz propósito. Pero no pudo ver á la ideal señorita, porque hallándose enferma de fiebre palúdica Sofía Prestamero, junto al lecho de ésta pasaba tarde y noche, asistiéndola como cariñosa enfermera. Dirigióse don Wifredo al domicilio de Prestamero, calle del Prado, casi frente al Instituto y muy cerca de las *Brígid*s; pero en la puerta varió de idea, porque preveía la dificultad de no poder hablar á solas con Fernanda, y porque sus graves quehaceres le pedían aprovechar escrupulosamente el tiempo.

Recibida de manos del propio Servando Arregui la llave del local, y pasada revista á los confidentes y espías que auxiliaban su causa, no quiso demorar la ejecución de sus heroicos pensamientos; recogió al anochecer sus espadas, y llevándolas bien disimuladas con la envoltura de una tela, se fué al escondido palenque donde aguardar á pie firme debía la Hora de Dios.

Aunque el caballero quiso ir solo al puesto de peligro, contra su voluntad le acompañó Filiberta. “Bueno—le dijo el amo en la puerta del local.—Consiento que entremos juntos; pero luego te vas... Quiero estar solo. Las mujeres, con sus arrumacos y chillidos, perturban estos actos de carácter estrictamente varonil... Abramos... Ea, ya

estamos dentro...., Era un local vastísimo; gran salón corrido, con dos rejas y una puerta á la carretera, otra al campillo posterior, que por el Norte lindaba con la huerta de las *Brígid*s. Columnas de hierro fundido sostenían las gruesas vigas de carga del techo; las paredes eran desnudas y sucias, el suelo de baldosín. Del techo pendían aún argollas y cuerdas, resto del gimnasio que allí hubo. En algunos paramentos se veían desgarrados carteles de Ferias y Toros, cuentas trazadas con carbón sobre el yeso. Unicos muebles donde poder sentarse eran un banco de carpintería, otro más pequeño, y algunas piezas de tablazón apiladas contra el zócalo.

Vieron esto á la luz de una vela que con precaución doméstica trajo y encendió Filiberta. “Buena ha sido tu idea—dijo don Wifredo dejando sus espadas en el banco,— y no está mal que yo tenga aquí esa bujía, que podrá ser necesaria en alguna ocasión. Pero yo me propongo hacer mi guardia en completa obscuridad, para evitar el riesgo de que se espante el enemigo y no entre á la suerte..”, Después de cerciorarse de que el local no tenía comunicación directa con los pisos altos, apagaron la vela, que Fili dejó sobre el banco de carpintería con una palmatría de barro y caja de fósforos, y saliendo al campillo, reconocieron la puerta que daba salida á los pisos altos, y frente á ella lavaderos y colgadijos de ropa; más allá un estanco vacío y seco, y después soledad,

árboles muertos, restos de fortificaciones. Una tapia destruída á trozos limitaba el campo á lo largo de la carretera de Madrid á Irún.

Una vez examinado el terreno, ordenó don Wifredo á su criada que le dejase solo, y como ella se negara, poniéndose un poquito dengosa, tuvo el amo que cuadrarse y hablar recio... Al fin partió la huesuda, haciéndolo propósito de dar por allí unas vueltas á distintas horas de la noche. Solo en su torre, ufano como un guerrero feudal dentro de los muros que afianzaban su poder, esperó el Bailío los hechos que el reloj de Dios marcaría fijamente en el curso de la noche. Su punto de vigilancia era una de las ventanas enrejadas que daban á la carretera, frente al paseo de la Florida. Desde allí no se le escapaba don Juan, ni nada de lo que ocurriese en las Ezquerecochas. En su acecho le ayudaba una luna hermosa, con sólo dos noches de menguante, ligeramente recortada de un carrillo, y espléndida de dulce claridad. Alumbraba el astro lo exterior, y el caballero vigilaba en la obscuridad. Todo lo veía, y ni de hombres ni de alimañas podía ser visto.

No había pasado media hora desde que en el firmamento apareció la luna, cuando Fernanda Ibero, en un respiro que le dejó el descanso de la amiga enferma, salió á un mirador de los que engalanan la ciudad de Vitoria, con vistoso frente de cristales. Sola un momento ante la hermosa vista del cielo.

con claridad lunaria, y de las arboledas cercanas, iluminadas de un azul verdoso, el alma de la triste doncella salió á espaciarse en la dulce melancolía de la noche. Pocos minutos llevaba en su contemplación, cuando fué sorprendida por una muchacha de las que servían en la casa, Prudencia, la cual llegóse á ella medrosica y vacilante como quien trae un tapadillo. Después de mirar á las habitaciones próximas, de donde salía rumor de niños y criadas, le dijo: "Señorita, para usted traigo una cosa.", Tembló Fernanda. ¿Qué sería? El miedo de la criadita se le comunicó, y apenas pudo pronunciar dos palabras. Con un *tome, tome*, alargando un papel, cumplió Prudencia, que azorada seguía mirando á las puertas por donde venían las voces.

Cogido el papel por Fernanda, vió que era una cartita pequeña con sobre de tarjetas... vió la letra de don Juan en el sobre... le faltó poco para caer sin sentido. "¿Quién te ha dado esto, Prudencilla?", "Mi primo el miñón Pepe Ciordi... Abajo está esperando por si quiere la señorita contestar... Me dió el papel cuando volvía yo de la botica,... "¿Cómo he de contestar si no he leído...? Y no sé si debo leerlo... Dile que se vaya... No, espera... Sí, que se vaya, que no contesto... Aguarda, mujer... que sí, que contestaré... Pero tengo que pensarlo despacio... oye.. que pensarlo despacio., No sabía la pobre señorita qué decir, ni qué resolución tomar: tan violenta conmoción le traía el

inesperado mensaje, que era como bomba estallante en su alma. Con veloz mano rompió el sobre chiquito, y con mirar de relámpago leyó las seis líneas escritas por don Juan... Leerlas y arrugar papel y sobre, guardándolo todo en el seno con rapidez de prestidigitador, fué obra de pocos segundos...

Inmediatamente se internó en la casa; volvió al cuarto de la enferma, que aún dormía; salió... Marciana, de cuya fidelidad y honradez tenía tantas pruebas, era la única persona de quien se fiaba en el asunto obscuro y delicado que de improviso tomaba tan extraño giro. No hallándose en la casa la confidente, esperó su llegada con cruel ansiedad. En esto, la madre y la hermana de la señorita enferma ordenaron cariñosamente á Fernanda que se acostase, pues había pasado en vela la noche anterior... Aunque no tenía sueño, Fernanda obedeció por estar sola y aislada. Quería zambullirse con libertad en el mar de sus pensamientos.

La solitaria meditación fué para la enamorada doncella tormento, del cual proveían goces del espíritu, y ensueños que acababan en cruel suplicio de incertidumbres. En su breve carta, don Juan le proponía restablecimiento de relaciones, olvidando todo lo pasado. El galán reconocía el inmenso mérito de la que fué su novia y prometida, y renegaba de sus pasadas locuras. Momentos hubo en que Fernanda, que aún conservaba la carta en el seno (se acostó

vestida), sentía que el papel le comunicaba un calor dulcísimo; sentía renovado su amor ardiente, y veía posibles la confirmación y realidad de las esperanzas que alimentaron su alma desde que don Juan emergió en La Guardia hasta que se hundió en Bergüenda. El recuerdo de la parábola del Hijo Pródigo la alivió de sus dudas. Antes de media noche, disparada la imaginación de la señorita en velocísima carrera, llegó á ver cosas y personas tal y como fueron en los primeros meses del año. La ilusión de amor, el porvenir risueño... el matrimonio, el esposo, los hijos... hasta la remota esperanza de los nietos, revivieron como una vegetación milagrosamente cambiada de las zonas frías á las tropicales... Don Juan, curado de sus travesuras solteriles por los goces de la familia y por la paz doméstica, era un modelo de esposos, de padres... ¿por qué no ya de abuelos?...

Una brusca regresión, un repentino salto atrás llevaron el alma de Fernanda hacia otras ideas. Obra fué también de la imaginación, que es juntamente veleta y viento, pues á sí propia se cambia... Vió la señorita cómo se ajaba de súbito aquel rosado ensueño... pensó que la enmienda de don Juan sería difícil, y temió que si en efecto se arreglaba todo y con él se casaba, había de ser infelicitísima. Acordóse luego de su hermano Santiago, de sus aventuras, de su vida irregular, de su felicidad presente, y se dijo: "Quizás mi destino y el de mi hermano sean

igual destino... No podré llegar á la paz sin que antes pase por mil pruebas, sufra desdichas, y afronte horribles tempestades., Santiago y Teresa eran para ella un símbolo más admirado que comprendido, un mito que representaba la humana vida en su primordial concepto. Veíalos como un grupo de clásicas figuras, imponentes por su belleza y noble gravedad. Sin que hubiera en torno á ellos palabras escritas ni grabadas leyendas, algo decían... Invisibles trompetas de oro daban al aire estas voces: *Energía, Dignidad, Amor, Justicia*, y alguna más que no se oía bien...

Cansada de buscar enseñanzas de vida en la vida de su hermano, pasó Fernanda otra vez á lo fácil, próximo y tentador, á la fascinación *donjuanesca*. ¡Era tan interesante y galán el travieso andaluz!... Su carta revelaba propósito de enmienda... En el mundo no son raros los casos de pecadores súbitamente convertidos... Con estas generosas ideas se adormeció, ya de madrugada, y su caldeado cerebro tuvo algún descanso... Al despertar, su primer pensamiento fué para Marciana... Por fin, ¡ah!... Eran ya las nueve bien dadas, cuando la señorita pudo hablar con su leal servidora y confidente.

La primera observación de Marciana, en cuanto se enteró de la cartita, fué de una lógica intensa: "¿Por qué no le dice eso á tu padre? A tu padre debe dirigirse ahora, no á tí... No te fíes... lo que quiere es marearte, trastornarte, sabe Dios con qué idea.,

Protestó Fernanda tímidamente: tomaba la defensa del burlador por estímulos hondos del alma y nerviosos estímulos que enlazados subían á inspirar su pensamiento. Carifiosa rebatía Marciana sus débiles razones. Era una buena mujer, cuarentona, gordezuela, corta de estatura y de inteligencia, graciosa de cara, la mirada picante por causa de un ligero estrabismo, como gancho malicioso. Amaba con ternura maternal á Fernanda, de quien fué niñera, y no había olvidado el tutearla; no quería más á sus hijos. “Ten calma, cordera—le dijo.—Yo me enteraré hoy mismo. De ese Ciordi no debemos fiarnos, porque está vendido enteramente al don Juan, y no nos cuenta más que lo que le conviene... Pero mi Antonio sabe ó puede saber lo que Ciordi nos oculta. Volveré por aquí á primera hora de la tarde, y te diré lo que Antonio averigüe.”

Entre la primera y la segunda visita de Marciana, las horas, invisibles ruedas del tiempo, corrieron con doloroso engranaje en el corazón de la señorita. Adormeció ésta su ansiedad asistiendo á Sofía, recibiendo las órdenes del médico y aplicando sus manos al trajín de la casa. A las tres llegó Marciana con cara fosca, y á solas hablaron después de esperar ocasión favorable. “Hija del alma, lo que pensé ha resultado cierto. Tan engañada como yo lo estuve cuando te calenté la cabeza con lo de que volvía don Juan, lo estás tú ahora con la ilusión que te ha traído esa carta de brujería... No viene,

no, con buen fin... Si viniera de buenas, se habría dirigido á tu padre... Lo que quiere es perderte, arrastrarte á sus locuras...”

Rechazó Fernanda estas suposiciones que creía malévolas. Imposible que existiera en un hombre tanta maldad. Palideció en la protesta, como si las palabras de la confidente desgarraran sus sentimientos más vivos. Marciana, que blasonaba de su veracidad así como de su amor á la señorita, se aventuró á desembuchar la peor parte de las nuevas que traía... “Pues sabráslo todo, para que te desengañes de una vez. El don Juan juega con cartas dobles... Y esa que estudia para monja es tan santa como yo emperatriz... Don Juan y ella están de acuerdo, se escriben, se hablan... Todo lo tiene preparado para sacarla de aquella casa... La roba... se la lleva á Madrid de contrabando... Y no ha de pasar de esta noche.”

De la ira quedó Fernanda un momento sin habla; apretó los puños, y al oír á Marciana repetir sus últimos conceptos, rompió en acerbos negativas: “¿Cómo he de creer esas atrocidades? Marciana, te tuve siempre por leal; ahora te tengo por mentirosa... No es buena esa Céfora... pero sería un monstruo si de la puerta del convento se volviese atrás llamada por el vicio... No, te digo que no es la humanidad tan perversa... no, no... ¡Y el don Juan escribirme lo que has leído, para salir luego con...! ¡Oh, no! Marciana, no me harás creer que Dios permite infamias tan horribles... no mil veces.”

Acabó su protesta llorando amargamente. Marciana, con dignidad de mujer que no sabía mentir, replicó así: "Pues, hija, no estás poco romántica... Te traigo la verdad y dudas; no me crees... ¿Lo creerás si lo ves?"

—Sí, sí—dijo Fernanda, y el *sí* fué como un grito en que echaba toda su alma.—Marciana, llévame.

—Bien cerca estamos... pero es un compromiso... ¡Si tus padres lo saben!...

—Quiero verlo... La mayor vileza, la mayor abominación que Dios permite á sus criaturas, quiero ver.,

Hablando así, avanzó con tal fiereza hacia la pobre mujer, que ésta retrocedió asustada. "Bueno, paloma, no te pongas así—dijo apretándole las manos, que Fernanda soltó en seguida con tirón vigoroso.—Si te empeñas en ello, iremos... ¿No calculas que nos será difícil salir de noche... y dar una razón de nuestra salida?...," Y Fernanda, despreciando con gesto altivo los escrúpulos de la otra, contestó: "Digan lo que dijeren, y pase lo que pase, yo voy... Si no quieres ir conmigo, iré sola... Sé á dónde tengo que ir... Es muy cerca.,

Vaciló Marciana. El fuego que despedían los ojos de Fernanda prendió pronto en ella. Próximas la una á la otra, ya no se oyó más que un cuchicheo de ladrones en acecho: "Tráete tu mantón negro de crespón para mí,... "¿Fingiré un recado de tu madre llamándote á casa?... "No es preciso,... "¿Sa-

bes que tengo miedo? „... “Yo no „... “Bien mirado, ¿qué vamos á buscar allí? „... “La verdad: ¿te parece poco? „

XXXI

Desgracia y fastidio fué para el insigne don Wifredo que el reloj de su ansiedad no anduviese acorde con el del Padre Eterno, pues las horas de aquél pasaban y pasaban silenciosas, sin que llegara la de Dios. Venía, pues, atrasado el reloj divino, ó el del Bailío corría furioso, como si adelantara sus agujas el dedo de la impaciencia. El hombre esperaba, sin distraerse un instante de la escrupulosa atención de su acecho, y ni asomos del caballeresco lance aparecieron por parte alguna. ¡Lenta y tediosa noche, engalanada de una dulce claridad que resultó enteramente burlona! Diversa gente vió don Wifredo pasar por la carretera; mas nadie se acercó á la casa de Ezquerecocha después de cerrada la puerta, á las diez y minutos. Arriba sonaron pasos tenues... Murciélagos entraron en el almacén y se colgaron del techo; ratones transitaban bajo las tablas como corredores diligentes que van y vienen á sus negocios.

Ni con las claridades del día se acabó la paciencia del Bailío, pues cuando vió entrar á Filiberta, que sonreía en competencia con

la aurora, le dijo: "No ha pasado nadie, ni ha venido el enemigo; pero yo no desmayo. Tráeme el chocolate, que de aquí no me muevo. ¿Quién nos dice que la Hora de Dios ha de ser precisamente una de las de la noche?," Al volver con el chocolate, Filiberta le disuadió de su propósito. No debía esperar que de día hubiese drama. Lo conveniente era descansar en casa, para volver á la noche con los necesarios bríos. Cedió el hombre; se fué, llevando por delante á la huesuda, portadora de la chocolatera y de las espadas... Antes de anoecer ya estaba otra vez el Bailío en su puesto, más alentado aún que la noche anterior, pues algo y aun algunos le susurraba la cerebral trompetilla que anunciar solía las grandes adivinaciones.

Varió don Wifredo de táctica en la segunda noche, y dejando las armas en el banco salió á un reconocimiento en el campillo. Cerca de las tapias, cuyas roturas y boquetes permitían la entrada por diversas partes, se le acercó un miñón con el paso y modos de quien encuentra la persona que busca, y cortesmente le dijo: "Señor don Wifredo, ¿no me conoce? Soy Lucas Ciordi, hermano de Pepe Ciordi. Mi hermano, que está de servicio, no puede venir á verle... Por Filiberta supo que estaba usted aquí... Pues me manda á decirle que no se moleste en esta centinela, porque aquí nada ocurre ni puede ocurrir, señor. Para no cansarle, hay paces. Sépalo y alégrese.

—Me alegraré si me traes pruebas de esas

paces—dijo el Bailío con entonada gravedad en su voz y continente,—ó si me señalas dónde podré encontrarlas tan claras como yo las necesito.

—A eso vengo, pues. El señor don Juan de Urriés estaba hace un rato en la Capitania general. De allí salió para el Gobierno civil, donde ahora se encuentra con el Gobernador señor Ezcarti, el señor de Ayala y don Ramón Ortiz de Zárate... A mi hermano ordenó don Juan que se le diese á usted aviso de que le esperaban en el Gobierno civil... para ir todos juntos á visitar á don Santiago Ibero, Plaza del Machete., Quedó suspenso el ínclito Romarate. En su alma, la desconfianza y el temor suspicaz fueron pronto vencidos por la irrupción de sentimientos generosos, empapados en el dulce humor de la credulidad; y sin más palabra que un *vamos* decidido y seco, salió como una flecha, precedido del miñón.

Quedó sólo el campillo, pues al propio tiempo que don Wifredo lo abandonaban un muchacho y una mujer, que retiraron ropas de las cuerdas de secar, y desaparecieron por la puerta excusada de la casa de Ezquerecocha... Rodaron luego sobre aquella bostezante soledad minutos de silencio y paz... un hombre pasó silbando; sapos cantaban llamándose de una parte á otra con sonidos de flauta dulcísimos... conversación de ranas venía de la parte alta, lindante con las *Brígid*as. Apareció la luna, ya con la redonda faz más mermada de un carrillo, y su

claridad azul pintó fantásticamente los relieves del suelo y los objetos en él esparcidos, recortándolos de sombras intensas... Ya iba la luna bastante alta, despejada de nubecillas *stratus*, cuando por uno de los huecos de la tapia rota entraron dos bultos, que parecían enlutadas mujeres. El desigual terreno, con fuertes golpes de claridad y sombra, les imponía un andar lento, cauteloso.

Llegaron á la casa; dió Marciana con la puerta, y empujándola dijo á su compañera: "Está abierto... entremos... Aquí no habrá nadie, y si alguien hubiere, será ese ángel de don Wifredo, que cogió las llaves,"... Ya dentro las dos, sentóse Fernanda en el banco pequeño, y viendo en el de carpintero algo que á la luz de la luna relucía... tocó... era el manojo de llaves... Algo más pudo reconocer: las espadas del Bailío.

Después de examinar el local y de asomarse á una de las rejas, volvió Marciana junto á la señorita, diciéndole con voz sigilosa: "No se ve, no se siente nada..." Y Fernanda: "Habrá que esperar. Creo que debemos apostarnos fuera... en este campo abandonado... Por ahí saldrán, creo yo..." Y Marciana: "Estate ahí sentadita; yo miraré por una parte y por otra. Ten sosiego, hija mía; no olvides lo que me has prometido: ser prudente, no alborotar..." Y Fernanda: "No puedo decirte hasta dónde llegará mi prudencia... Tales cosas puedo ver que..." Y Marciana: "Pues nada; un paso de novela, tonto de puro viejo. Ella estará preparada..."

Llegará él con un coche... Lo probable es que deje el coche á distancia... Lo que no sabemos es si ella saldrá por alguna puerta, ó si se descolgará del balcón.,,

Callaron. Fernanda permanecía sentada; á su lado Marciana en pie... En el oído tenían las dos su alma, acechando rumores del piso alto y de la calle. La primera que dió un alerta como susurro casi imperceptible fué la hija de Ibero: "Arriba, pasos...,," Marciana susurró negando: eran ruidos de fuera. Insistió Fernanda: "De fuera no; de arriba... Son pasos... y pasos de mujer... Aguarda... Ahora abren la ventana ó balcón con mucho cuidado para que no chillen las bisagras.,,... Y Marciana: "Te equivocas: es el chillido de alguna lechuza en los árboles de la Florida.,,... Nueva pausa... minutos que se coagulaban en las venas del tiempo, y no querían correr... De pronto Marciana delató, con el gesto más que con la voz, una sombra, una figura que pasaba ante una de las rejas. Sin decir nada, Fernanda empujó á su confidente para que á la reja se acercara y... Antes de que la criada volviese á la reja, el bulto volvió á pasar: iba en sentido contrario. Acudió también Fernanda, y como la otra retrocediera, en medio del local encontráronse las dos... Marciana la abrazó, le sujetó los brazos, aun hizo ademán de taparle la boca... "No te arrebatas, hija; no hagas caso... Es él.,,

Más prudente fué la señorita de lo que creyó su antigua niñera. Caricias tiernísi-

mas le prodigó ésta para sosegarla y evitar una explosión dolorosa. Por señas le aseguró Fernanda que sabría contenerse. Segundos después vieron á don Juan de Urries plantado frente á la reja, la cabeza echada atrás, atento á una voz que del balcón descendía... Desde el centro del local donde las dos mujeres estaban, no oían los conceptos de arriba; oían tan sólo sonidos dispersos, sílabas aperladas que rebotaban en el cristal de la noche. La voz y los conceptos de don Juan sí que los percibían claramente. “Me has dado la razón, vida mía—dijo el galán.—Tu carta de hoy es el mayor alegrón que podrías darme. Resueltamente arrojas de tu alma el último sedimento de esa estúpida manía monjil...”, Algo dijo ella, y el caballero respondió: “Sí, sí: mi amor será inextinguible; te hago mía, te llevaré á Madrid. Serás dichosa, yo también...” Habló Céfora. La réplica de don Juan fué así: “Antes de recibir tu carta, tenía yo preparado todo para mañana, y á eso he venido, á decirte que todo está dispuesto para mañana... ¿Te parece bien esta hora?”, Poco antes de decir esto don Juan, Fernanda, retirada al fondo obscuro del local, dejábase caer en el banco donde antes estuvo. Con violentísimo esfuerzo sobre sí, pudo contener su angustia y desesperación, y sofocar las voces furibundas que de su boca querían salir. Marciana, en tanto, permaneció junto á la ventana para no perder nada de lo que hablaran... Y en esto, retiróse el andaluz viva-

mente, más pronto de lo que las mujeres esperaban.

“Llora, hija de mi alma—murmuró Marciana besándola con efusión;—llora un poquito... Esto ha concluído...”

—¿Pero se fué... se ha ido él?„ La interrogación de Fernanda era estupor, espanto, sospecha de mayor desventura.

—Sí... Te contaré. Sosiégate... Pues según parece, don Juan tenía dispuesta para mañana la función de robar á esa berganta. Pero ella ¿sabes lo que ha dicho? Que mañana no podrá ser, porque el Padre catequista, que está en Tolosa, vendrá en todo el día de mañana, y con el dichoso clérigo aquí no puede haber fuga sin escándalo... Tiene que ser la función esta noche. ¿Ves qué pillos?... Oí bien claro lo que la pájara dijo desde el balcón... Que esta noche, en cuanto esté dormida la vieja que arriba manda, podrá escabullirse sin ruido. Tiene llave para salir por la puerta que da á los lavaderos.

—¿Y él?

—Se fué corriendo... No tenía nada preparado... Dijo así: “Si nos quedamos aquí esta noche, ¿dónde nos guarecemos?... Si nos vamos, preciso es que ahora mismo alquile un carruaje... Esto será lo mejor; nos iremos á Miranda...”

—¿Eso dijo?...

—Esto, y algo más.

—Lo demás fácil es de adivinar... Quedaron en que él vendría con el coche y

aguardaría en la carretera. Tratar coche á esta hora, prepararlo, enganchar, y venir aquí, será cosa de cuarenta minutos... algo más quizás... ¿Vendrá él á esperarla, ó saldrá ella á un sitio de la carretera que él fijó?... Se irán por abajo, por el paso á nivel...

—Algo de eso dijeron... no pude enterarme bien. ¡Buena tengo yo mi cabeza para retener palabra por palabra!... Un oído tenía yo puesto en ellos, otro en tí, por si salías chillando y moviendo gresca... Y sobre todo, ¿qué nos importan ya esos últimos requilorios? Ya has visto lo que querías ver; ya tienes la verdad que buscabas... Vámonos á escape, hija, y demos gracias á Dios por no haber tenido ningún tropiezo..

Permanecía Fernanda inmóvil, y con su inercia taciturna decía claramente que aún era pronto para partir. La impaciente comenzón de Marciana no dió resultado alguno, y en esto transcurrió un buen cuarto de hora, veinte minutos que á la buena mujer se le hicieron larguísimos. Al fin, la joven, poniéndose en pie, dijo á la que bien podría llamar su escudera: "Adelántate un momento, y mira si hay alguien que pueda vernos..", Salió Marciana, y volvió al poco rato diciendo que no había nadie; en la puerta encontró á Fernanda que también salía, muy envuelta en su negro mantón... Ya en el campillo, la señorita se encaminó á la derecha, hasta llegar á una puertecilla que era la comunicación de la casa con los lavaderos... Detúvose junto á un poste de los que

mantenían las cuerdas de colgar ropa, y á las indicaciones apremiantes y temerosas de la escudera, contestó muy quedamente, pero con voz firme: "Déjame; es entretenido ver la puerta por donde ha de salir este diablo hecho mujer... No, no temas nada... no chillaré, no alborotaré si la veo salir... no haré más que reirme, Marciana; reirme de estos horribles sainetes del infierno... No es esto para llorar ni para encolerizarse; es para reir... para que nos hartemos de echar bur-las y salivazos sobre un hombre más falso que Judas y una mujer sin pudor.,"

A fuerza de amantes ruegos logró Marciana separarla de aquel sitio; pero no tardó Fernanda en rebelarse de nuevo y volver al lugar que con fuerte atracción la llamaba... Pausa y silencio, que cortó bruscamente un ruidillo metálico... llave requiriendo una cerradura... cerradura que chilla... puerta que gime y se abre lentamente, dando paso á un bulto, á una mujer... Esta salió rígida, cautelosa... No vió á los que la veían y pudieron reparar que vestía de gris, con un abrigo en el brazo luciendo su airoso cuerpo; en la mano derecha traía un envoltorio, un saquito, no podía distinguirse bien; en la cabeza nada... Echó sus miradas hacia la derecha buscando un sendero, y en aquella dirección anduvo hasta llegar fuera de la zona de sombra. Creyó sentir pasos; asustada miró hacia la parte desolada del campillo; pero no venía por allí el miedo: venía detrás de ella, con paso vivo, y en forma de una figu-

ra esbelta y obscura que al aproximarse le arrojó estas palabras, como saetas voladoras: "Señorita Céfora, va usted equivocada. No la espera á usted don Juan por esta parte. Es por la otra... hacia el ferrocarril. Párese un poco. ¿Quiere hablar un rato conmigo en tanto que...?"

Céfora se paró en firme. Había llegado á la zona de iluminación de la luna; la angelical figura y sus cabellos de oro se destacaron en la plateada noche. "¿Quién es usted?... ¿qué me quiere?—dijo asustada y desdeñosa.

—Quiero—replicó Fernanda, también parada en firme,—que reflexione usted, que se vuelva por donde ha venido, que entre en su casa y no salga de ella esta noche."

Cuando esto decía, fué reconocida por la otra, que lanzando terrible chillido salió disparada en carrera velocísima por el primer sendero que encontró delante. Tras ella corrió Fernanda igualándola en velocidad, y detrás, á bastante distancia porque su gordura y corto aliento no le permitían más, Marciana que gritaba: "Hija, cordera, déjala, no seas loca... Por tu madre, ven, aguarda."

Las dos jóvenes corrían á competencia con gallardos quiebro y brincos, salvando las desigualdades del terreno como gacelas perseguidas. Iban locamente al acaso, y sin darse cuenta recorrían todo el campillo, internándose en el recodo solitario próximo á la tapia de las *Brígidas*... A Céfora se le acabó el resuello antes que á Fernanda, y fué alcanzada por ésta, que con mano vigo-

rosa la cogió del brazo y la detuvo, quedando ambas frente á frente... Céfora gritó despa-
vorida: "Juan, Juan, ven á mí...", Y Fernan-
da con más furia, blandiendo la espada que
traía en su mano derecha: "Llámale, llá-
male. Juan, ven á este infierno, que es obra
tuya.", Frenética cerró contra ella, y ¡ras!...
allá fueron al suelo Céfora y espada, aguja
clavada en un acerico... La diablesa pasó de
este mundo al otro sin decir apenas ¡ay!

XXXII

Mediano rato tardó Marciana en llegar
jadeante al lugar de la tragedia... Sus ojos
dudaban de lo que veían... Pasado el estu-
por primero y sin aliviarse de su espanto,
comprendió la gravedad del hecho y asió el
brazo de Fernanda para llevársela... La in-
fortunada joven, que parecía privada de vo-
luntad, se dejó llevar largo trecho; pero de
improviso, como herida de recuerdo punzan-
te, desprendióse de la mano de su escude-
ra... y apretó á correr en querencia del lugar
trágico, pero sin dirigirse á él en línea recta.
Describió extensa curva con el ligero y brin-
cante paso de gacela, y al llegar cerca, como
á seis pasos, del cadáver de Céfora, se arro-
dilló ante él y permaneció en contemplación
muda... En tanto Marciana, medio loca de
consternación, iba y venía de una parte á

otra, las manos en la cabeza, sin saber qué resolución tomar.

Cerca de aquel desolado sitio, casi tocando la tapia de las *Brígid*s, había un tejár, charcas pobladas de ranas, que á ratos rompían el silencio nocturno con su crotorante canticio; más allá una casucha que habitaba la viuda de un tejero. Allí vió luz Marciana, allí acudió. La viuda y un hijo suyo, moce-tón hercúleo, que habían oído las alteradas voces, le salieron al encuentro. Relató la escudera el suceso como una riña sin consecuencias graves, y despachó al mozo con un recado para el guardia civil Antonio Castro, marido de ella, que estaba de servicio en el camino de Ali. Hecho esto, volvió en busca de su señorita, á quien encontró, no de hinojos, sino sentada en una piedra, los codos en las rodillas, el rostro sostenido en las palmas de las manos. Sentóse á su lado Marciana, poseída de intensa emoción religioso ante la mujer muerta; los suspiros de ella se concertaban, como fúnebre rezo, con los gemidos que de vez en cuando exhalaba la otra. Pasado algún tiempo, Fernanda alzó el rostro y dejó caer de sus labios estas lentas palabras: "Mírala... tan joven, y ya muerta..."

Marciana suspiró más fuerte, y Fernanda prosiguió así: "Morir en la juventud florida es ley de enamorados... El amor, el verdadero amor, no quiere envejecer...", Pasó más tiempo, inapreciable jirón del tiempo, y Marciana vió aparecer una figura humana,

dos... Eran don Wifredo y Filiberta. Al partir corriendo el tejero hercúleo en busca de Antonio Castro, encontró á medio camino al Bailío y su criada, y les refirió con vagas y medrosas indicaciones la ocurrencia y el lugar de ella... El primero que se acercó al lúgubre teatro fué el caballero sanjuanista, y al ver á Fernanda en actitud luctuosa, y á Céfora tendida con mortuoria compostura, la espada clavada en el pecho, quedó como estatua, en estupefacción terrorífica. Luego llegó Filiberta, que de la fuerza del repentino espanto cayó al suelo diciendo: "¡Ay, Dios, ampárame! Yo no he sido.,"

Las cuatro figuras rodeaban en lúgubre cerco el cuerpo de la que dormía el eterno sueño, vuelta hacia el cielo la blanca faz, el cuerpo yacente en gracioso abandono, un brazo extendido sobre el césped, recogido el otro hasta dar con la mano en la tremenda herida... Los cuatro callaban; sólo de la boca de Fernanda salieron palabras sueltas, sin sentido, sin relación alguna con la tristísima realidad: "En una lanchita... olas furiosas... al agua tú..., Oído esto por Marciana y don Wifredo, creyeron que la señorita deliraba. La terrible situación presente, ¿qué tenía que ver con olas ni con lanchas? No era delirio, sino este sutil comentario que pasaba por la mente de la infeliz damisela: "Mi hermano, escapado de Melilla, salió de Orán en un barco de contrabando... Perseguido, tuvo que meterse en una lanchita... Oleaje furioso... Iban él y un griego solos...

Dos hombres eran mucho peso para una embarcación tan chica... Mi hermano vió en el griego la intención de tirarle al agua... ¿Qué hizo?... Matar al griego y tirarle... Cae el que cae... se salva el que puede... „ Esto se decía Fernanda, y al pensarlo, algunas palabras salieron á los labios, otras quedáronse dentro...

FERNANDA. (*Mirando á Céfora.*)—Matarme tú á mí de dolor... matarte yo á tí con espada... Son dos espadas... ¿Cuál de nosotras dos está más muerta?... Venga la Justicia Divina y dígalos...

DON WIFREDO.—La Justicia Divina me ha burlado, Fernanda, pues creyéndome instrumento de ella, quise matar á un hombre perverso, y he matado á una mujer... á la infernal Antará, la que induce á los hombres al vicio...

FERNANDA.—He sido yo, señor.

DON WIFREDO.—Mía es la espada.

FERNANDA.—Mía fué la mano...

MARCIANA. (*Protestando con voz lacrimosa.*)—No delires, hija del alma. Tú no has sido... Como testigo que no miente, digo y sostengo que esa pobre mujer iba delante de nosotras... De pronto salió de lo obscuro un hombre enmascarado que la mató, atravesándola con su espada.

DON WIFREDO.—La espada es mía, y yo el matador enmascarado. Lo digo y juro yo, Bailío de Nueve Villas en la Hospitalaria Orden de Jerusalén; yo, que jamás he mentado; yo, que por riguroso mandato de la ca-

balleresca religión que profeso no puedo decir cosa contraria á la verdad.

FERNANDA. (*Con voz entera.*) — Por mi culpa, por culpa también de alguno que no está presente, he venido á caer en este infierno. Yo estoy en él por mi pasión furiosa. La generosidad del buen Bailío no tiene puesto aquí.

DON WIFREDO. — (*Inspirado, pulsando la lira, más bien templándola.*) No se obstine, Fernanda, en creer que sus manos pueden estar manchadas de sangre... En ellas veo yo la blancura de las azucenas, como en toda su alma la celeste claridad de la virtud... (*Tocando la lira con frenesí.*) Pasa la gentil doncella de Ibero por el valle que riegan nuestras lágrimas. Los ángeles la preceden, las estrellas la acompañan; coronan su frente y adornan su seno piedras preciosas, símbolo refulgente de la pureza. Recorre nuestro mísero valle la inefable dama; ella es el cielo que pasa; nosotros el infierno que permanece... Quedamos en el valle angosto y negro de la llamada justicia humana, de la falsa devoción, de la vanidad y de la mentira... Para ella el esplendor de la bienaventuranza; para nosotros la obscuridad de cárceles y presidios, entre la villana grey de estos diablos llamados hombres... (*Rompiendo alguna cuerda, de la furia con que toca.*) Adiós, virgen de Ibero, la del destino venturoso... Un triste caballero desconsolado, hoy criminal confeso, contempla la vía luminosa que dejas tras de tí, y en ese polvo

rutilante busca dejos de tu voz, estelas de tu sonrisa, destellos de tu mirada... Adiós, mujer que fuiste, querubín que eres. Reserva un lugar humilde en tu Paraíso al caballero loco y enamorado, matador de Antarés, la de las dos naturalezas.

FILIBERTA. — ¡Pobrecito amo mío, cómo está! (*Antes de que terminara el cantor Bailío su grave melopea, prorrumpen las ranas en cháchara clamorosa.*)

FERNANDA. (*Trastornada.*) — Oigo espantosos gritos, y una voz llorosa, y un sonar de cuerdas de laúd. Marciana, yo desfallezco de cansancio, de horror, de piedad... ¿Es verdad que he matado á esa?... Soy criminal... Mi madre, ¿dónde está? Quiero verla, quiero contarle... Mi madre y mi padre, mis hermanos queridos, me consolarán. (*Espántase de la vista del cadáver; con violenta sacudida se levanta, como queriendo huir.*)

MARCIANA. (*Aprovechando aquel movimiento para llevársela.*) — Ven, hija del alma... Estás enferma... Aparta de este horror tus ojos y tus oídos... (*Aparece una pareja de guardias civiles: uno de éstos es Antonio Castro. Tras los guardias viene el mocetón que fué á buscarlos.*)

FERNANDA. (*Poseída de terror, poseída del ansia de la verdad.*) — Guardias, yo maté. (*Marciana habla un momento con su marido; habla después con el hombre atlético. Este se va derecho á Fernanda y la coge en brazos como á un niño. Avanza con ella hacia el punto de salida; detrás Marciana.*)

DON WIFREDO. (*A los guardias que se acercan.*)—Señores guardias, tan claro es esto, que no necesitan interrogarme. En el corazón de la muerta está mi espada... y aquí, en mi corazón y en mis labios, la verdad de esta tragedia... Llevadme ante el juez.

FILIBERTA.—No le crean, guardias.

FERNANDA. (*En brazos del atleta, gritando.*)—Yo la odiaba... Ella me mató antes á mí. Muerta soy... Santiago, hermano mío, Teresa, ¿dónde estáis?... Espíritus fuertes, venid, resucitadme.

FIN DE ESPAÑA SIN REY

Madrid, Oct., Nov., Dic. de 1907; Enero de 1908.

EPISODIOS NACIONALES



ESPAÑA TRÁGICA

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.
Serán furtivos los ejempla-
res que no lleven el sello del
autor.



B. PÉREZ GALDÓS
EPISODIOS NACIONALES
SERIE FINAL

ESPAÑA TRÁGICA

6.000



MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1909

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Carrera de San Francisco, 4.

ESPAÑA TRÁGICA

I

“1.º de Enero.—Ha sonado la última campanada de las doce. 1870 recoge la herencia del escandaloso 69, año de acciones difusas y de oratoria sinfónica... “¿Y qué haré yo con tantos discursos?—dice este pobrecito 70, que nace sobre los mismos hielos que han sido sepultura de su padre.—¿De qué me servirá la opulencia verbosa de estos caballeros constituyentes?... ¿Por ventura, el diluvio retórico fecundará la simiente de la República ó nos traerá un nuevo retoño del árbol secular de la Monarquía?”

„2 de Enero.—Si escribir pudiéramos la Historia futura, corriendo más á prisa que el tiempo, yo escribiría que el Rey X, si acaso lo encuentran, no querrá venir á este cráter del volcán en erupción. Se le quemarán las botas.

„3 de Enero.—Estos Carabancheles son desprendimientos del apretado cascote que

llamamos *Madriles*. Hastiados de formar en ringleras, sin aire ni luz, algunos caseríos se han escurrido bonitamente hacia el campo. Aquí vivo, no por mi gusto, sino por el de mi madre, que como buena campesina tira siempre á las *Afueras*.

„6, *día de los Santos Reyes*. — ¡Oh, qué visión divina me trajeron los Magos de Oriente!... Pasó el tiempo en que mi buena madre dejaba en el balcón mi zapato para que Gaspar, Melchor y el negro Baltasar me pusieran en él soldados ó cañoncitos, que colmaban mis inocentes ambiciones. Anoche, sin aventurar zapato ni chinela, los Reyes fueron para mí más que nunca propicios y dadivosos, porque apenas abrí hoy la ventana por donde suelo contemplar la huerta de esta casa y la de la casa medianera, separadas por vieja tapia, ví una figura, imagen, persona, que al pronto me pareció ángel, después mujer. Verla y pensar que había encontrado mi novia definitiva, el ideal de amor, fueron dos facetas de un solo momento, iluminadas por un solo relámpago... Cuando absorto clavé mis ojos en la hermosa visión, ésta me miró á mí... Pasado un segundo, dos quizás, la imagen se desvaneció tras de un ciprés... Esperé un rato; no la ví más. Yo miraba al ciprés y le decía: „ciprés amigo, apártate un poco; déjame ver si...”

„7.—Estoy tristísimo. Temo y espero y desconfío. Mis pensamientos han volado á otro mundo, dejándome en una perplejidad

ansiosa y muda. Mi madre me riñe por mi sombrío silencio. Con falsas alegrías y afectada locuacidad disfrazo yo la turbación de mi alma... Viene mi amigo Enrique Bravo, exaltado patriota, escritor agresivo, tribuno vibrante, que cultiva en su propio ardimiento y en fogosas lecturas el arte de las insurrecciones. Con palabra bravía me habla de la Convención, de Bonaparte en el Consejo de los *Quinientos*, de Carlos X, del Ministro Polignac y de las Jornadas de Julio. Le contesto vagamente... Volvieron de muy lejos mis opiniones, y como bandada de ave-cillas que requieren sus nidos se posaron en el ciprés...

„12.—Con Enrique fuí hoy á Madrid. Estuve en la *Iberia* hablando con Fernando Garrido y con Gil Sanz. Luego entramos en el Congreso; subimos á la tribuna y asistimos á la presentación del nuevo Gabinete; ví á Rivero en el banco azul, le oí un discursillo corto y duro. Su facha es de cíclope, su palabra de hierro, ceceosa; va soltando las cláusulas como si las forjara con potente martillo sobre un yunque gramatical. No me enteré bien de lo que dijo, ni de los argumentos de Figueras, que interpelaba sobre la crisis... Salí de la tribuna y bajé á la calle con mi amigo, sin darme cuenta de lo que allí pasaba. Bravo lo decía todo; yo asentía con cabezadas mecánicas y con un mirar sin fijeza. La Política y el Parlamento me resultaban de una pequeñez atómista....„

Estas y otras ocurrencias ó impresiones, humoradas, hechos de índole personal ó de interés público, anotaba casi diariamente en un rayado libro el joven Vicente Halconero, hijo de Lucila; bien conocido ya del lector familiar, que en anteriores páginas le vió entrar y salir, paseante de Madrid, alma candorosa y bella, voladora por los infinitos espacios en que giran los astros y las ideas, inteligencia vagabunda, ambiciosa y sedienta, nunca satisfecha, nunca saciada.

Andaba ya Vicente en los veinte años no cabales. Su rostro melancólico, de viril belleza delicada, casi lampiño, reproducía las facciones de Lucila y las del Apolo de Belvedere. Aunque la corrección clásica no alcanzaba al cuerpo mezquino y endeble, éste no carecía de gentileza y arrogancia. Su cojera, modificada por el prurito de disimularla, había llegado á ser una imperfección casi distinguida y de buen tono, como la cojera de Byron. La adoración y el mimo de su madre realzaban con excelente ropa la persona del primogénito de Halconero; pero éste desdeñaba la elegancia sartoril, y apenas Lucila se descuidaba, iba derivando hacia la sencillez, y de la sencillez hacia el desaliño.

De cuanto pudiera decirse acerca de Vicente Halconero, lo más fundamental es que provenía espiritualmente de la Revolución del 68. Esta y las ideas precursoras le engendraron á él y á otros muchos, y como los frutos y criaturas de aquella Revolución

fueron algo abortivos, también Vicente llevaba en sí los caracteres de un nacido á media vida. Produjo ciertamente *la Gloriosa* medias voluntades, inteligencias en tres cuartos de madurez con incompleto conocimiento de las cosas, por lo que la gran procesión histórica partida de Cádiz y de Alcolea se desordenó á mitad de su camino, y cada pendón se fué por su lado. La razón de esto era que buena parte de la enjundia revolucionaria se componía de retazos de sistemas extranjeros, *procedentes de saldos políticos*. La fácil importación de vida emperizó en tal manera á los directores de aquel movimiento, que no extrajeron del alma nacional más que los viejos módulos de sus ambiciones y envidias, olvidándose de buscar en ella la esencia democrática, y el secreto del nuevo organismo con que debían armar las piezas desconcertadas de la Nación.

Casi todo el dinero que la hermosa Lucila destinaba al bolsillo particular de su primogénito, disipábalo éste en un tabuquito de la Carrera de San Jerónimo, la humilde librería que las manos de Monnier transmitieron á las de Durán, y de éstas había de pasar después á las de Fernando Fe, constituyendo en tan mezquino y oscuro local una especie de aduana por donde recibíamos la importación de cultura europea. Difícil es precisar la innumerabilidad y catálogo de libros que con la divisa de *Didot, Charpentier, Plon, Hachette, Levy* y otros

afamados mercaderes de material literario han entrado por allí en más de medio siglo, y el cúmulo de ideas que enfardadas en masas de papel pasaron de los grandes cerebros del siglo á la fácil asimilación de nuestros ávidos entēdimientos.

Parroquiano constante de Durán fué Vicente Halconero, que completaba el gusto de adquirir libros con el honor de encontrar en la menguada ermita ó cuchitril aduanero á Castelar ó á Cánovas del Castillo, arriados al estante bajo de la izquierda conforme entrábamos; á Campoamor, á Echegaray, á Gabriel Rodríguez, á don Francisco Canalejas, ó bien á Pí y Margall, Giner de los Ríos, Alcántara, Calderón y otros muchos que estaban en los medios ó en los principios de la fama. Muchos iban por la Literatura, otros por la Filosofía ó la Economía política... Halconero no hablaba con las personas eminentes que allí veía, por sentirse muy inferior á ellas en edad y saber: contentábase con el golpe de vista y oído, y con el roce; hablaba sólo con Durán, la mitad superior de un hombre pegado á una mesilla escritorio, en la cual, á la luz de un mechero de gas, despachaba el género cultural extranjero en grandes y pequeñas dosis.

Antes del 68, ya el hijo de Lucila dejaba pesetejas y duros en la covacha de Durán. Pero el gran derroche vino después de la sacudida del 29 de Septiembre. Como compuerta que se abre soltando el libre curso

de las aguas embalsadas, la Revolución dió entrada á una impetuosa corriente de literatura extranjera. Obras que en Francia eran viejas, vinieron acá como novedad fascinadora. La censura y las prohibiciones habían alejado de nuestros paladares el vino nuevo de Europa, y de pronto la libertad nos lo sirvió añejo, fortalecido por el largo reposo en botellas ó cubas.

Las primeras borracheras las tomó el neófito con Víctor Hugo, qué en verso y prosa le entusiasmaba y enloquecía. Vino luego Lamartine con sus dramáticos *Girondinos*; siguieron Thiers con *El Consulado y el Imperio*, y Michelet con sus admirables *Historias*. En su fiebre de asimilación empalmaba la Filosofía con la Literatura, y tan pronto se asomaba con ardiente anhelo á la selva encantada de Balzac, *La comedia humana*, como se metía en el inmenso laberinto de Laurent, *Historia de la Humanidad*. Por complacer á su padrastro don Angel Cordero, apechugó con Bastiat y otros pontífices de la Economía política, y para quitar el amargor de estas áridas lecturas, se entretuvo con la socarronería burguesa del *Jerónimo Paturot*.

Impelido por intensa curiosidad, dedicóse el incipiente lector á los maestros alemanes. Devoró á Goethe y Schiller; se enredó luego con Enrique Heine, *Atta Troll*, *Reisebilder*, y por esta curva germánica volvió á Francia con Teófilo Gautier, Janin, Vacquerie, que le llevaron de nuevo á la esplén-

dida flora de Víctor Hugo. Mayores estímulos de sed ardiente le empujaron hacia Rousseau y Voltaire, de donde saltó de un brinco á las constelaciones de la antigüedad clásica, Homero, Virgilio, Esquilo, el cual, como por la mano, le condujo hacia el espléndido grupo estelario de Shakespeare, *Otelo*, *Hamlet*, *Romeo y Julieta*. De aquí, por derivaciones puramente caprichosas, fué á parar á Jorge Sand, Enrique Murger y al desvergonzado Paul de Kock. El espíritu del neófito se rementó de improviso, requiriendo arte y emociones de mayor vuelo. Releyó historias y poemas, y buscando al fin con la belleza la amargura que á su alma era grata, se refugió en *Werther* como en una silenciosa gruta llena de maravillas geológicas, y ornada con arborizaciones parietarias de peregrina hermosura.

No tardó Halconero en tomar grande afición á la literatura concebida y expuesta en forma personal: las llamadas *Memorias*, relato más ó menos artificioso de acaecimientos verídicos, ó las invenciones que para suplantar á la realidad se revisten del disfraz autobiográfico, ya diluyendo en cartas toda una historia sentimental, ya consignando en diarios apuntes las sucesivas borrascas de un corazón atormentado. En densas epístolas puso Rousseau su *Nueva Heloísa*, y en espasmos de amor y desesperación, diariamente trasladados al papel, contó Goethe las desdichas del enamorado de Carlota. De este arte apasionado, melancólico y amar-

guísimo se prendó tanto el hijo de Lucila, que sin quererlo, y por inopinadas comezones de la edad juvenil, fué inducido á imitarlo... Aquella noche (Enero del 70), después de un día de aplanante tristeza, escribió en su Diario:

“14.—Hoy la he visto por tercera vez; hoy he podido admirar su belleza, porque se detuvo algunos minutos junto á la tapia medianera jugando con los chicos del hortelano de su casa. Figura más esbelta no ví en mi vida. De su rostro no puedo decir sino que al mirarlo me sentí enloquecido. Trato de analizarlo y no puedo. No cabe análisis de lo que se ofreció á mis ojos como el cielo mismo. Su propio esplendor, llenando todo mi espíritu, me incapacita para la descripción. ¿Es morena? ¿Son negros sus ojos? O no lo sé, ó lo sé demasiado. Oí absorto su voz sin entender lo que decía. El sonido blando de las eses y las eles entre vocales penetraba en mi alma como el eco de una música lejana. ¡Y pensar que esto que aquí escribo habría de parecer tonto á los que lo leyeran!... Pero nadie lo leerá.” Sólo el que siente y padece sabe ver el trasluz divino de las tonterías.

“15.—En mi hermosa vecina... cada día lo veo más claro... hay misterio. Misterio es, sin duda, que una mujer bonita y joven no salga nunca de casa. Mi madre me ha dicho que ni á misa va. ¿Será que algún suceso desgraciado le ha infundido el horror de mostrarse en público? ¿Será miedo,

será vergüenza, será enfermedad? Hoy he notado que anda con lentitud. Sus ojos, de intensa expresión amorosa y dramática, me han hecho pensar en las divinas mujeres que ganaron la bienaventuranza eterna con el martirio. Dios ha querido que esta santa escultura baje de los altares para que yo la adore viva.,,

No se trataba la familia de Vicente con la de la vecinita preciosa y pálida; pero sí con una dama que, dos números más adelante, en la misma calle vivía. Era la viuda de Oliván, mujer de historia, relegada al fin por los años á una obscuridad honorable, y á un extrañamiento que la puso á honesto resguardo de las murmuraciones. Por esta señora, con quien hizo conocimiento en la iglesia, supo Lucila que la señorita misteriosa se llamaba *Fernanda*, y que era hija de un coronel de reemplazo. Al oír esto, sintió Vicente alegría y un cierto alivio de su confusión y pesadumbre, porque el misterio con nombre es misterio que empieza á desembozarse. Ya no era tan hermética la bella y triste aparición que decía: *Me llamo Fernanda*.

II

Sin ningún accidente extraño, antes bien, con fácil sucesión de los hechos más vulgares, se fué aclarando día por día el enigma obscuro. En la parroquia, por mediación de la Oliván, hizo amistad Lucila con la madre de Fernanda. Simpatizaron apenas cambiados los primeros cumplidos; charlaron familiarmente al volver á casa, y se despidieron con la mutua invitación á entablar amistades... En su primera visita, poco ceremoniosa en verdad, á los señores de Ibero, se enteró Lucila de que estos habían abandonado su país, la Rioja alavesa, con la esperanza de que el cambio de aires fuese favorable á su querida hija. Del carácter y origen de la dolencia de ésta no dió la madre explicaciones. De Madrid habían venido á Carabanchel huyendo del bullicio cortesano, que destemplaba furiosamente los nervios de la señorita. ¡Ah, los pícaros, los traidores nervios!... Algo debió acontecer que moviera la insurrección espasmódica, porque la compleja máquina de nuestro sistema nervioso no suele descomponerse sin graves turbaciones del orden afectivo y moral. ¿Qué sería? ¿Pasiones contrariadas, desengaño amoroso precedido de extravío y deshonra?

“No, madre, no—dijo Vicente rebelándose contra las conjeturas expresadas por la celtíbera.—¡Deshonra no! Guárdate de usar esa palabra oprobiosa, cruel... A tí, por ser mi madre, te consiento que hables de ese modo; á otra persona no se lo consentiría... no podría consentirlo. Es mi gusto salir á la defensa de la debilidad, de la inocencia perseguida...”

Sonrió la celtíbera de este inesperado ademán caballeresco, y comprendiendo que el interés de Vicente por la vecinita no era superficial ó caprichoso, en el resto del coloquio cuidó de ponerse en discreta concordancia con las ideas de él. Si esta conversación avivó el incipiente desvarío del joven romántico, más radical fué su trastorno cuando la madre, al volver de su tercera ó cuarta visita, le habló así:

“Hijito mio, mañana tendrás que ir conmigo á la casa de esos buenos señores. Quieren verte, quieren que veas y trates á su hija. ¿Te parece esto muy extraño? A mí también; pero te cuento las cosas como son, y refiero puntualmente lo que don Santiago y doña Gracia me han dicho. Verás, verás qué raro es todo esto. Fernanda padece la monomanía de la soledad. No quiere ver gente; le causan horror las caras humanas, en particular las de jovencitas de su edad y las de caballeros de edad correspondiente á la suya. Se han hecho mil probaturas y ensayos para librarla de este desvarío; pero sólo han conseguido excitarla más en el

aborrecimiento del mundo. Su sociedad, ya lo has visto, se reduce á tres criaturas, con las cuales charla, ríe y parece dichosa... Quieren los padres romper el cascarón de hielo en que parece está encerrado el espíritu de la pobre señorita... Te han visto en la calle; han oído hablar de tí... Yo, madre amante y un poco tonta, figúrate lo que les habré dicho de Vicentillo Halconero... Y ellos, ¡ay!... cree que me han trastornado la cabeza. "Tráigale usted, por Dios; tráiganos á su hijo. Ya sabemos que es un muchacho excelente, juicioso, ilustradísimo, que no hace más que leer y leer; que entiende de poesía, de literatura, de artes, y que manifiesta su saber con donaire y viveza, con un decir elegante... que cautiva..." Así me hablaban uno y otro... Y yo tan hueca. Se me caía la baba de gusto, sin comprender el motivo de que esos señores te estimen en tanto antes de conocerte y tratarte... Pero sea lo que quiera, allá nos iremos mañana, y Dios sobre todo.."

Atontado como quien recibe un golpe en la cabeza, quedó el bueno de Vicente con lo dicho y propuesto por su madre. La pena y el gozo se disputaban su ánimo: la una entraba expulsando al otro, y al instante se repetía la operación contraria. La noche pasó desvelado, en lecho de espinas, sin poder aletargarse en el descanso de las sábanas, ni aquietar sus pensamientos en el apacible trato de los libros. ¿Por qué le llamaban los vecinos? ¿Qué significaba el empeño de

aproximarle á la doliente señorita, como un remedio de sus graves trastornos? ¡Tremendo arcano y enredoso acertijo! No había visto nunca que los padres buscasen un galán para la damisela. Estas, comunmente, con libre iniciativa los ojeaban y perseguían en el ancho coto social, y los hacían suyos antes que la familia se percatara de ello. En el mundo literario, no en el real, había visto Vicente algo semejante al solícito reclamo de los señores de Ibero. Recordaba la niña enferma de *El médico á palos*, y otras niñas neuróticas que graciosamente revestían de melindres patológicos su desolación. Si en efecto padecía Fernanda mal de amores en el grado agudísimo, ¿por qué no le llevaban el remedio propiamente suyo? ¿O había llegado el caso de aplicar el aforismo psicológico de la mancha de la mora, que con *otra verde se quita*?

En estas angustiosas cavilaciones llegó la hora de la visita, para la cual se vistió Vicente con elegante sencillez, por inspiración propia con el asenso de su madre, que le dijo: "Sin pretensiones ha de ir quien por ahora es más pretendido que pretendiente..". No hay que decir que fueron hijo y madre amablemente recibidos por el matrimonio Ibero, y que la conversación preliminar no rompió los moldes ó tópicos de la retórica de visitas. La crudeza del tiempo, los rigores de la helada, la tristeza de las dilatadas noches en un suburbio falto de todo atractivo social, consumieron no pocos ins-

tantes. Sin transición alguna pasaron del tema meteorológico al tema político, y éste no podía ser otro que el sabroso asunto de la elección de Rey, comidilla de todas las bocas en aquellos días. Burla burlando dieron de lado al de Aosta, al de Génova y al Coburgo... Don Santiago se mantenía en su tozuda fidelidad á la candidatura de Espartero, y Lucila, respondiendo á las ideas burguesas y positivistas de su segundo esposo, quería salvar á España con las virtudes administrativas de Montpensier.

Comenzó Vicente á expresar su opinión recordando los tres *jamases* de Prim, y estando en esto, oyeron risotadas de chiquillos en la huerta cercana. La salita era baja; el gorjeo de aquellos pájaros alegró por un momento la triste solemnidad de la visita. Luego sonó la voz de Fernanda, dulce y armoniosa, sobreponiéndose á las de sus amiguitos. ¿Les reñía ó les acariciaba? Con un signo afectuoso, Gracia sacó á Vicente de la sala. Seis escalones no más bajaron hasta pisar la tierra endurecida por la helada, y á los pocos pasos el caballerito y la damisela se encontraron frente á frente bajo un sol de Enero, tibio y pitarroso, pero que pintaba los objetos con vibrante color y fuerte claro-oscuro. Sintió Vicente grande emoción al ver á corta distancia el rostro descolorido de Fernanda, sus manos que parecían de cera y el general aspecto de figura mística y doliente. Con la persona desentonaba el vestido: falda de franela gris tórtola, y una ca-

pita moruna de paño escocés; en la cabeza, nada que amenguara la magnificencia de su cabellera negra como el fondo de un abismo.

Con asombro de Gracia, más encogido que la señorita y más indeciso de palabra estuvo el galán después de la presentación. Con soltura sonriente Fernanda dijo al vecino: “Ya tenía noticias de usted por mi amiguito Luis, el chico del hortelano. Me ha contado que usted se pasa la noche leyendo en ese cuarto que se ve desde aquí... Yo he mirado la luz á las nueve, á las diez... Desde esa hora no he podido mirarla, porque á las diez me recojo siempre...”, Contestó Halconero balbuciente que leía de noche por no tener mejor cosa que hacer... pero que su madre le quitaba la luz á las once para obligarle á dejar los libros por el sueño. “Pues á mí—dijo Fernanda—mi madre no me quita la luz en toda la noche, porque á obscuras no puedo dormir, y aun con luz duermo poco. La noche es muy triste... Dicen que desde Reyes acortan las noches... Yo no lo he notado... Yo me paso las madrugadas esperando las primeras luces del día, y cuando entran por los resquicios de la ventana de mi cuarto, me alegro y les digo: “bien venidas seáis, lucecitas mías. Entrad, entrad...”

Estas razones un tanto desconcertadas, emitidas con ingenuidad dulce y poética, fueron gratas al galán, que en la réplica pudo desembarazarse de su cortedad. “Yo celebro el día, que nos trae la madurez de

lo que pensamos por la noche—dijo;—celebro la luz que separa los buenos pensamientos de los malos... De día es más hermosa la soledad y más fecunda. Yo he visto á usted en las horas de pleno sol y de viva luz. Su bella persona me ha hecho pensar de noche y de día, acumulando tantas cavilaciones, tanto y tanto imaginar con miras á lo pasado y á lo futuro, que se maravillaría usted si pudiera yo contárselo...

—¿Por qué no ha de poder?—dijo Fernanda con singular brillo en la mirada y un poquito de coloración en las mejillas. —Cuéntemelo... Si no es para contarlo, ¿á qué ha venido usted?., Contestó Halconero que no era ocasión de referir las intimidaciones de su pensamiento: podrían parecer extravagantes, quizás ridículas... Tiempo habría de que él abriese su alma y dejara salir las locuras y desatinos que se agitaban en abierta insurrección dentro de ella... Soltó Fernanda una franca risa oyendo estas cosas... De la risa y de las palabras que oyó, cruzadas entre el galán y la damisela, se maravilló y alegró sobremanera doña Gracia. Tal fué su gozo, que dejando solos á los jóvenes corrió á llevar las albricias á su marido y á Lucila. Jadeante entró en la sala diciendo: “En tres meses no la he visto reir como ha reído ahora... Apenas se ven ella y él, ¡pobres ángeles! simpatizan y... honestamente, discretamente, se brindan amistad, confianza... Ha sido mano de santo para mi adorada hija. ¿Querrá Dios aho-

ra darnos el remedio que tantas veces le hemos pedido?...»,

Gozosos los tres llegaron á la ventana, y arrimados á los cristales siguieron con atentos ojos el vago pasear de la pareja por los rústicos andenes. A ratos se paraban, acentuando con miradas lo que se decían. Bien claro estaba el interés que cada cual alternadamente ponía en las palabras del otro. Cuando les veían de cara, notaban que la de Fernanda, risueña, parecía iluminada por un rayo interno de su propio espíritu. Creyérase que volvía por arte mágico á los dichosos días de su florida y sana juventud. En tanto las criaturas, dos mocosas de cinco y seis años y un chaval de siete, abandonados de su amiga y maestra, que á juegos mayores jugaba, entregáronse solos á ruidosas travesuras.

La huerta había sido jardín. Por una y otra parte se veían señales de su noble abuelengo. Testigos de la degeneración eran algunas matas de ciprés y boj recortados, y otras lastimosas reliquias del estilo versallesco, pedruscos y trozos de cemento que habían sido gruta, y aún se conservaba una estatuilla descabezada, que debió de ser un fauno venido muy á menos. La traza del pensil había sido alterada para convertir los arriates floridos en tablares de hortalizas. Berzas, escarolas y lombardas heredaron el suelo que fué patrimonio de las rosas, clavellinas y anémonas, bien así como los humildes labriegos heredan los timbres

linajudos de próceres arruinados. La casa también era degeneración tristísima, y de su grandeza pasada sólo quedaba el desnudo grandor de los aposentos.

Como se ha dicho, los padres de Fernanda y la madre de Vicente seguían con atenta mirada el vagoroso ir y venir de la pareja por senderos, ora curvos, ora rectos, de la plebeya finca, descendiente de un aristocrático jardín... Se perdían á ratos tras un grupo de arbolillos, supervivientes míseros de un lindo bosque destruído, y reaparecían entre un cenador en ruínas y un rímero de mantillo. Casi una hora duró el paseo y palique inocente, á que puso término Halconero con la fórmula más discreta y delicada. Bajaron Gracia y Lucila; se generalizó la conversación, interviniendo la gente menuda, gozosa de recobrar á su maestra. Los vecinos se retiraron, quedando en estrechar diariamente las amistades entabladas con tan buenos auspicios. Gracia y su esposo no disimulaban su satisfacción, que subió de punto á la hora de la cena, advirtiéndole en su amada hija un cambio radical. Habla la señorita como si su hastío de la vida y del mundo se trocara súbitamente en ganas de vivir, como si saliera del sepulcro que con su taciturnidad sombría se labraba, y corriera en pos de las hermosuras y armonías de la Naturaleza. A la Naturaleza renacía, y en el seno de ésta, mullido con promesas de amor y felicidad, descansaba de su fatídico viaje al Purgatorio y al Infierno.

Luego que á su hijita dejó acostada, parlotando graciosamente con la doncella, Gracia fué á reunirse con su marido, que sobre las diez acostumbraba fumar el último puro del día, paseándose en su despacho. Marido y mujer estaban de enhorabuena por haber encontrado al fin, tras ineficaces probaturas, la reparación psicológica de su adorada hija. Con militar rudeza expresó Santiago Ibero á su esposa sus esperanzas de triunfo en aquel empeño. Gracia le oía temblando, desconfiada del peligroso juego; pero él, con elevación de pensamiento y frase llana y baturra, habló de este modo: "No temas nada. Pase lo que pase, debemos alegrarnos del brinco que ha dado el alma de esta pobre criatura. ¿Qué hacía falta para sacarla de ese pozo en que se nos había metido? Un novio, un amor nuevo. Así mil veces lo pensamos. Pues ya tenemos novio. Otros le desagradaron, le repugnaron; éste le gusta, éste es el hombre... Ya hemos dicho que el mal ocasionado por un hombre infame, otro puede curarlo. Ya sabes mi lema: "un hombre, un hombre para la niña., Fíjate en que no digo *un marido*, ni siquiera *un novio*, sino *un hombre*. Por las trazas, este chico es un angelón; pero si no lo fuera, siempre saldríamos ganando. Gran beneficio será que la chica le ame y que con el nuevo amor se le encienda el corazón, que, á mi ver, no era más que un tizón apagado. Si en efecto se nos enamora de este joven, dejémosles que hagan lo que quieran. ¿Que la deshon-

ra? Eso será el mal menor, en todo caso preferible al estado presente... Ya te lo he dicho, mujer: "Contra un cataclismo, otro cataclismo.", ¿No has oído que un clavo saca otro clavo? Pues un hombre saca á otro hombre... Venga la resurrección de la niña, aunque nos traiga un poco de vilipendio. ¿Qué supone una mácula en la extensión de eso que llamamos *ser, vivir?*,"

Exhaló Gracia un suspiro, que quería decir: *Amén*.

III

Prosiguieron asiduamente las visitas con regocijo por parte de las dos madres. Fernanda revivía, tornaba visiblemente á su pristino sér. Vicente, más enamorado cada día, no había logrado aún la completa tranquilidad del ánimo, porque el misterio que en la vida anterior de su novia traslucía continuaba indescifrado. En sus discreteos galantes, de exquisita delicadeza, intentó alguna vez provocar una confidencia leal; pero Fernanda enmudecía, y un celaje obscuro pasaba sobre su rostro hechicero y místico. Desde su ventana, antes de bajar á la visita, solía el joven hablar con ella, y aun tomar parte en el candoroso divertimiento de la señorita con los nenes. Oía la inocente cantinela: *ambo ató matarilerilerite*, y contestaba: *matarilerilerón*... En el juego de

escondites intervenía con los risueños avisos de: *frío, frío... caliente... que te quemas.*

Un día salió á la ventana y no vió á Fernanda, ni sintió el rumor de su graciosa charla con los amiguitos. No tuvo tiempo de pasar de la extrañeza á la confusión, porque entró su madre y le dijo: “Hoy no bajaremos. Fernanda tuvo anoche un enfriamiento y no han querido que se levante. En cama está; la he visto. Parece que su indisposición no es de cuidado. Yo iré después sin tí. Gracia me ha dicho que quiere contarme algo que tú y yo no sabemos todavía.

—Ya era tiempo, madre. Convendrá usted conmigo en que no debieron tardar tanto en descorrer el velo.

—Hijo mío, no sabemos lo que habrá tras el velo. Sin duda es cosa de mucha gravedad... Hace un rato, al decirme Gracia que hoy me contará las causas del duelo de la familia, se le demudó el rostro... derramó algunas lágrimas... Dime: en tus conversaciones con la niña ¿no has tenido arte y malicia para provocar la confianza?...

—La he visto llegar al borde de la confianza y retroceder como espantada... Sólo me ha dicho claramente que este amor suyo no es el primero... Otro amor hubo... Le duele á uno ser segunda parte en estas cosas, ¿verdad, madre?... ¿Por qué te ríes?... ¿Quieres decir que hay casos en que lo segundo es mejor que lo primero?”

Poco más hablaron. Volvió Lucila á la

casa vecina, y el chico romántico, abrumado de melancolías, sin ganas de pasear, ni de conversar con sus amigotes, acogiéndose á la sociedad de sus amados libros. Trozos favoritos leyó de dramas y poemas; pero no pudiendo encadenar su atención, se entretuvo en mirar estampas. Días antes había comprado á Durán un libro bello y voluminoso, *La Mitología Griega*, con texto eruditísimo y sugestivas ilustraciones. Largo rato invirtió en ver dioses y diosas, ninfas del aire y el agua, sátiros, héroes divinos y divinidades humanizadas, copias de estatuas más ó menos desnudas, por las cuales conocemos el Olimpo y sus alrededores. En una hermosa lámina de las Musas detúvose con examen contemplativo, porque en ella había notado, desde que por primera vez la vió, una curiosa particularidad: la semejanza, más bien exacto parecido de su madre Lucila con Melpómene, la musa de la Tragedia. Una y otra tenían las mismas facciones: nariz y boca eran idénticas; y cuando Lucila, por algún enojo doméstico, fruncía su helénico entrecejo, creyérase que la personificación del numen de Sófocles y Esquilo andaba por estos mundos.

Hojeando el libro de las bellas deidades, mató Halconero un buen espacio de tiempo; y cuando, á las dos horas de partir, volvió Lucila de la casa de Ibero, hallábase el romántico por tercera vez con los ojos puestos en las figuras arrogantes de las hermanas de Apolo. Lo primero que Vicente dijo á su

madre, viéndola entrar alterado el rostro y fruncido el ceño, fué que nunca había sido más patente su parecido con la iracunda Melpómene.

—¿Quién es esa?—dijo Lucila mirando la figura y su leyenda.—¡Ah! es la señora Musa de los dramas y tragedias... Pues, hijo, ¿es esto casualidad ó magnetismo? Tragedia es lo que te traigo.

—¿Qué dices?

—Tragedia, lance de teatro es lo que ignorábamos, lo que yo sé ya, y tú sabrás ahora... En dos palabras te lo cuento. Luego sabrás pormenores... Fernanda tuvo un novio, caballero andaluz muy galán, pero más falso que Judas. La entretuvo y engañó con bonitas palabras largo tiempo... engañó también á la familia... la pidió en matrimonio, y haciendo la comedia del casorio, á otras enamoraba con doblez y villanía. No abusó de Fernanda porque no pudo, porque ésta fué siempre la misma virtud... Fué leal, ciega, enamorada... confió locamente en el hombre mentiroso y pérfido. Un día, á poco de oír de los labios del caballero protestas de amor, descubrió sus amoríos infames con una tal... no recuerdo el nombre... rubia, medio italiana, medio judía, medio religiosa, casi monja, casi diabla. Supo el sitio y ocasión en que la empecatada hembra se había de reunir con el mal caballero para escapar juntos á tierras andaluzas... Deja que recuerde bien... Lo que te cuento pasaba en Vitoria... en lugar so-

litario, noche obscurísima... Para concluir: Fernanda sorprendió á su rival, y antes que llegase al punto en que la esperaba con un coche el maldito don Juan... ¡es terrible, hijo mío!... la hirió con una espada... le atravesó el corazón... la dejó seca... ¿Has visto?... ¡Y creemos que sólo en el teatro hay tragedias cuando da en escribirlas algún poeta que jamás mató un mosquito! ¿Has visto?... Asómbrate, hijo, y de aquí á mañana no vuelvas de tu asombro... no vuelvas de tu admiración.,

Hijo y madre se miraron un rato con fijeza intensísima. Vicente permaneció mudo un mediano rato, viendo más claro que nunca el parentesco fisonómico entre su madre y Melpómene. Con terrible entrecejo, cerrando vigorosamente el puño con que golpeaba la mesa, Lucila pronunció estas entonadas estrofas: "Admiro á la mujer valiente, que supo llenar de ira el corazón que tuvo lleno de amor... Admiro á la heroína que castigó la maldad, matando á la rival embustera, prostituída y ladrona... Así... así. Digan lo que quieran, esto no es crimen: es justicia, es virtud... Y aún le faltó matar al bandido, al canalla... aunque debemos reconocer que la medio monja y medio judía era más culpable que él. Ella le embaucaba... así pienso yo... ella le arrastró á la fuga; él era el robado y ella la ladrona... Bien, Fernanda, bien... Eres la mujer fuerte, que no espera de los hombres la justicia... Los hombres hacen la justicia para sí, no para nosotras.

Ellos matan á sus rivales, ellos odian, y á nosotras nos mandan que seamos muñecas de amor..

Un tanto sorprendido de la vehemencia con que hablaba su madre, Vicente rompió en elogios de Fernanda, ensalzando su bizarra valentía. ¿Cómo no amar á mujer tan grande?... Acerca de su pureza, repitió Lucila que no tenían los padres de ella la menor duda... Ansiaba Vicente narración del suceso con todos sus aspectos y pormenores, como quien anhela leer y saborear un hermoso poema después de haber oído sucinta referencia de su asunto. La tragedia y su protagonista tuviéronle tarde y noche en febril exaltación. Veía todas las cosas agrandadas monstruosamente, y revestidas de un vivo resplandor de aurora boreal; agrandado veía su amor hasta lo infinito, y la heroína se le representaba con la majestuosa elegancia y la perfección estética de las diosas paganas. Amar á una mujer trágica, ¡qué hermosura! Amar á la que en sus divinos ojos dejaba traslucir el alma de Esquilo, ¡qué felicidad! Era una felicidad que espantaba y un terror placentero... En tal estado de bárbaro delirio le encontró su madre á la mañana siguiente. ¡Efervescencia de amor y poesía en un cerebro congestionado por la excesiva asimilación literaria!

A la hora de costumbre después de comer, fueron hijo y madre á la casa vecina. En un aposento alto vió Vicente á Fernanda. Hallábase la damita reclusa y res-

guardada del frío, cuello y cabeza envueltos en una nube, para que todo fuese á la moda olímpica. El galán creyó ver en la hermosa figura de su amada la reproducción de Polimnia, pensativa, rebozada en sutil velo, conforme aparece en una escultura famosa. Fernanda le acogió con afecto delicado. Sentáronse el uno junto al otro, y sin vigilancia de ninguno de la familia, hablaron cuanto quisieron. Departían vagamente, como paseantes desocupados en elíseos jardines, y se miraban para enmendar con los ojos la cortedad de la palabra... Ya se tuteaban. “Sé que estás enterado de mis desventuras,, dijo ella, creyendo decir poco. Y él prosiguió: “Son desventuras de almas superiores que se elevan sobre la turba-multa de los mortales. Tú has sido grande en la acción. Los demás, y yo entre ellos, no hemos hecho nada que merezca referirse.,”

La confianza crecía rápidamente. Fernanda era sincera y expresiva en su lenguaje, proyectando en rayos ó chispas la espiritual acción, que era la facultad primera de su alma. “Dudo mucho—dijo al caballero,—que después de saber lo que sabes, sigas queriéndome... Si te inspiro repugnancia ó miedo, retírate tranquilamente á tus libros y busca en ellos el modelo de la mujer esclava del hombre.,” A lo que replicó Halconero que la quería infinitamente más; que amaba en ella la fuerza psíquica, creadora en el amor, destructora en los casos de rivalidad y justicia. La fuerza le subyugaba en

su expresión moral y estética. De aquí partieron para un vivo y alterno tiroteo de protestas y promesas, en que se daban mutua fianza del presente y del porvenir. Fernanda encontraba en él su segundo amor, basado en la estimación. Hallábase Vicente en la eflorescencia robusta y total del primero, que había de ser único. En él ponía toda su existencia, y el amor no perecería sin llevarse la vida por delante.

Aquella misma tarde, cuando Fernanda se recogió á su alcoba, acompañada de su madre, don Santiago Ibero refirió á Vicente toda la historia, un ejemplar compendio de acción humana con sucesivas formas de idilio, madrigal, novela, drama y tragedia. No olvidó el Coronel el tremendo epílogo, las fatigas y malos ratos que hubo de pasar la familia para sustraer á la justicia el terrible suceso. Alcanzado este fin, los señores de Ibero abandonaron la ciudad de Vitoria, y luego la casa patrimonial de La Guardia, creyendo con razón que su dolor se atenuaría huyendo de la escena ensangrentada y pavorosa.

Pasó un día. Al levantarse, serían las nueve, supo Vicente que su madre estaba en la casa vecina. De allí la habían llamado al amanecer con urgente apremio... Sin entretenerse en interrogaciones, su ansiedad le llevó á la indagación directa, personal... Corrió á la casa de Ibero. En la puerta vió un coche. Al entrar, una mujer le dijo que la señorita Fernanda estaba muy malita...

Franqueó la corta escalinata, y en la sala baja halló á Lucila, que oía las órdenes facultativas del doctor Alejandro Miquis. Este salió á ocupar el coche que le esperaba. Lucila, leyendo la consternación en el rostro de su amado hijo, acudió á sosegarle con dulces palabras: "No hay motivo de alarma, creo yo. Ello ha sido una indisposición de más aparato que gravedad. Los padres se han asustado... Naturalmente... adoran á su hija. Ya está mejor... El reposo y buenos calditos la restablecerán. Mañana podrás verla..."

—¿Pero qué...?

—Un repentino ataque de... no recuerdo el término... un vómito de sangre.

—Hemoptisis...

—Eso mismo. Anoche se acostó tan tranquila. Despertó de madrugada... acudió la criada que duerme en la misma alcoba... acudieron todos... En fin, si no hay gravedad manifiesta, la pobrecita ha quedado muy débil... Quietud y calma le ha recomendado el médico, y hablar lo menos posible... Mañana podrás verla; hoy conviene tenerla en completo reposo, para que no se repita el ataque... ¡Lástima de mujer, tan bella y tan buena!... Buena podemos llamarla á pesar de aquella fiereza con que liquidó sus cuentas de amor....,

IV

Momentos después, vió Halconero á los padres, afligidísimos, sin poder ocultar un sombrío presentimiento. Aunque dejaron á la enferma tranquila y aletargada, desconfiaban de verla pronto restablecida. Gracia subió de nuevo, y junto al lecho vigilaba el respirar pausado y rítmico de Fernanda. En la sala baja, frente á Lucila y Vicente, Ibero refería con triste comentario las horribles desazones que le habían dado sus hijos, con la extraña particularidad de que los tres tenían excelentes cualidades. Del primogénito, Santiago, refirió las novelescas aventuras y su voluntario destierro en París, unido con ó sin sacramento... no pudo averiguarlo... á una mujer... demasiado conocida en Madrid... Demetrio, el hijo tercero, enloqueció de ira al conocer la tragedia y quiso rematarla digna y lógicamente. No se le podía quitar de la testaruda cabeza la idea de matar á don Juan de Urríes. Escapó de La Guardia con propósito de realizar su venganza en Madrid, en Córdoba, ó donde quiera que hallase al desleal caballero. Fué menester que los padres mandaran en seguimiento del exaltado chico á dos hombres de confianza, los cuales lograron detenerle á mitad del camino, y para sujetarle riguro-

samente, impidiendo una nueva catástrofe, don Santiago le llevó á Toledo y le puso interno en la Academia de Infantería.

Considerándose ligado por lazos de afecto indestructible á los señores de Ibero, Vicente no se apartaba de ellos. Tres días pasaron en alternadas emociones de temor y esperanza. El hijo de Lucila iba algunos ratos á su casa. Comía poco en una y otra parte. El latir de su corazón marcaba los segundos de su vida expectante, como el *tiqui-tiqui* de un reloj marca las partículas de tiempo que separan el hoy del mañana. Vivía esperando, minuto tras minuto, hora tras hora, el mañana dichoso en que pudiera ver á su amada restablecida. Llegó por fin el risueño día. A Vicente se le consintió verla; á Fernanda se le permitió hablar.

Trémulo entró Halconero en la alcoba, y hubo de reprimir su emoción ante la imagen de la señorita yacente en lecho de blancura, rodeada de flores que le habían llevado para alegrar su ánimo. Las flores y el albor de las telas y la inmovilidad de la enferma, daban la impresión de una belleza no perteneciente á este mundo, amortajada viva por un alarde de estética funeraria. Marcábanse vagamente en la ropa de la cama las formas supinas del cuerpo, como esbozadas en un gran trozo de mármol. Tan sólo los ojos eran vida, y vida muy intensa. De una parte á otra los revolvía buscando caras ú objetos en que posar la mirada. Cuando vió al entrañable amigo, descansó

en él su afán. Sentóse Vicente junto al lecho, y ella se apresuró á usar del permiso de hablar que se le había dado... "Hola, Vicente: ¡qué malita me encuentras! ¡Vaya, que has tenido mala suerte conmigo...! Apenas empezamos á tratarnos, salgo yo con este alifafe, y aquí me tienes hecha una calamidad.,,

Difícilmente pudo el joven disimular su pena con frases consoladoras de las más triviales. "Ya estás buena... Yo estoy muy contento de verte... Miquis ha dicho que mañana estarás en franca convalecencia...,," Sucedió á esto un silencio adusto. Gracia, esforzándose en desatar el nudo que se le había hecho en la garganta, les dijo: "Hijos míos, porque yo esté delante, no dejéis de hablar con libertad y de deciros todo lo que se os ocurra... Aquí estoy por tener cuidado de que Fernanda no se fatigue charlando demasiado. Algo puede hablar. Y usted, Vicente, procure que sus palabras no sean demasiado vivas. Hablen, díganse cosas:... cosas gratas, sencillitas y que no provoquen á emoción. Yo estoy sorda: callo y vigilo.,,"

Con tan amable licencia, ella y él se despacharon á su gusto en corto tiempo. Fernanda emitía la voz con alguna fatiga; pero dejaba en libertad á los ojos para que con su expresiva intervención dieran descanso á la palabra. "Ya creías tú que me moría, Vicente. Pues mira: aún no puedo asegurar que te has equivocado.,," Y él: "Nunca pensé tal cosa. Morirte tú y vivir yo no puede ser.

Mi vida me ha garantizado la tuya., Y ella: “Con frasecitas imitadas de tus libros no adelantamos nada... Yo te miré bien cuando entraste, por ver si estabas alegre... Pues aunque disimulabas, la tristeza traías contigo, y no podías dejarla al otro lado de la puerta.” Y él: “Mi tristeza consiste en no poder cambiar mi salud por tu enfermedad.” Y ella: “Tonto, si eso pudiera ser, la triste sería yo entonces. Devuelve tus frases á los libros de donde las has tomado. Convendrás conmigo en que para estar los dos contentos, debemos pensar que Dios, obligándonos á morir juntos, tal vez se compadezca de nosotros y nos deje vivir...”

—Morir no, hijos míos—dijo Gracia sintiendo que se le apretaba más el nudo;—ni juntos ni separados debéis pensar en moriros. Aunque yo esté delante, llevad la conversación del lado afectuoso, y decid que os queréis... No soy tan lerda que os prohíba la cháchara de amor. Es lo natural. Tú, Fernanda mía, debes callar y oír. Ya se te nota la fatiga. Callas y escuchas á Vicente, que te cantará, como él sabe hacerlo, su extremado cariño.” Con tales estímulos, el caballero se despachó á su gusto, soltando el raudal de su pasión por el cauce de su rica fantasía.

Cuidaba de evitar el énfasis literario, poniendo en su amoroso cántico notas de gracia y de familiaridad encantadoras. Tan pronto sonreía Fernanda, como expresaba con donoso mohín su incredulidad un tanto

coquetil; sostenía la conversación con arqueos y fruncimiento de cejas, con morritos de mimo, con ligero meneo de la cabeza y agitación de su cabellera, pronunciando monosílabos, palabras sueltas, cláusulas rotas. Así pasaron nn ratito, hasta que Gracia dió la voz de alto, diciendo: "Por ahora no más... Toma la medicina... Irá Vicente á dar un paseíto por la huerta ó á charlar con tu padre; tú y yo nos quedamos solitas... y dormirás un poco. Hasta luego, Vicente... Pero oye, hijo: para que veas si soy tolerante; para que veas cómo sé dar al cariño leal y honesto alguna franquicia de buena ley, te permito... voy más allá... te mando que des á Fernanda un besito en la frente." En un instante que pareció religioso, con cierta solemnidad de administración de sacramento, Vicente cumplió el mandato de la madre benigna. Besó la cálida frente de su amada, y ésta, en un sonreír pudoroso, le dijo: "Vicentillo, pronto me levantaré... creo yo...".

Salió de la alcoba el galancete, y como en su espíritu moraban por entonces las formas y representaciones del arte clásico, vió en Fernanda la exacta imagen de la interesante Reina Alceste en su lecho mortuario, antes que viniera Hércules á resucitarla. Fué reproducción mental de la famosa pintura de un vaso griego. La Reina parecía dormida entre rosas; la rodeaban los suyos, plorantes en humilladas actitudes, y el coro de plañideras, de retorcidos brazos.

En la huerta vió Halconero á las dos chi-

quillas y al chaval, con quienes Fernanda se solazaba en juegos inocentes antes de su noviazgo y enfermedad. Los tres correteaban con travesura y alboroto, sin echar de menos, al parecer, á su amiguita. Penosa impresión dejó en Vicente la brutal alegría de las criaturas, olvidadas de quien tanto las amó y quería ser como ellas. No se había hecho cargo aún de que la niñez es ingrata y desmemoriada, ni de que el egoísmo inocente informa al sér humano en los comienzos de la vida... En tanto, se le agregó Santiago Ibero con sus amigos, uno de ellos el cura de la parroquia, militar el otro, de servicio en Leganés. Hablando del suceso que entristecía la casa, recitaron tímidamente y con débil convicción el himno de la esperanza.

Renovóse al siguiente día la dulce y triste escena de la conversación de novios junto al lecho de Fernanda, en quien se acentuaban la debilidad y aplanamiento. Extremó Vicente la sutileza gentil de sus conceptos de amor, incitado á ello por Gracia y por Lucila, que presente estaba. Repitióse asimismo el beso final autorizado y prescrito por ambas señoras. Vicente se excedió en la obediencia, besando tres veces la frente abrasada de la damisela. Esta no pronunció palabra alguna; pero cogiendo la mano del caballero, la estrechó con leve presión contra su pecho. Los ojos tenía cerrados, la boca entreabierta.

Tres horas más, y sobrevino súbitamente

la extrema gravedad. El espanto entró en la casa... Llegó el médico con una oportunidad que desgraciadamente resultó ineficaz. Todos acudían al triste aposento, y de él salían más llorosos y descorazonados. Vicente tuvo que acudir á la iglesia para traer al cura. Al volver á la casa, oyó gemidos angustiosos que descendían de lo alto, y apenas pisaba el primer peldaño de la escalera, quedó aterrado ante la figura de su madre que lentamente bajaba. Traía Lucila un negro chal por la cabeza. Con su mano derecha envuelta en la tela se tapaba la boca. Sus ojos divinos, sombreados por las cejas contraídas, declaraban un pavor doloroso. Figura semejante había visto Vicente en el libro mitológico ó en los dibujos de Flaxman. Era Nemesis, que preside el tránsito á la Eternidad. Destapándose la boca, dejó salir estas palabras: "No subas, hijo. Todo ha concluído.,,"

Pero él subió con mayor presteza, sin parar hasta la fúnebre estancia. Vió el rostro muerto de Fernanda debajo del de su madre, que no se hartaba de besarlo; vió la faz curtida del coronel Ibero pegada á una de las yertas manos, mientras las criadas se disputaban la otra para poner en ella sus lágrimas y sus caricias. Las ropas del lecho compartían su blancura con grandes manchas de un rojo húmedo que les daba tonalidad trágica. Hallábanse presentes la viuda de Oliván, otras dos señoras y el cura, que había llegado tarde con las postrimerías sa-

cramentales. Entre todos apartaron á Gracia del cuerpo inanimado, y entonces Vicente se arrojó con bárbaro anhelo á sellar con sus labios las bellas facciones no desfiguradas aún por la muerte. Medio loco ante aquel cuadro desgarrador, no se dió cuenta de cómo salió de allí, ni supo qué brazos vigorosos le sacaron hasta la escalera.

Momentos después encontrábase en la sala baja con su madre, el cura y un militar. Tan hondo era el duelo de Lucila, que se sentía incapaz de intervenir con la familia en los fúnebres actos ineludibles que imponía la muerte. Hijo y madre confundían la expresión de su inmensa pesadumbre. Las pisadas que sonaban en el piso alto estremecían á Vicente, y atendiendo á ellas, creía presenciar la escena que arriba se desarrollaba. Para que la noche fuese más lúgubre, desde media tarde se inició un temporal que al anochecer adquirió aterradora violencia. La lluvia azotaba los cristales con tremendos latigazos, y el viento bramaba en derredor de la casa con variados acentos terroríficos, ya imitando el rugido de animales feroces, ya la voz lastimera del dolor humano.

Pensaba Vicente que si mil años viviera, no podría olvidar aquella noche de suprema desolación y pavora, acentuadas por espantables clamores de la Naturaleza. Dadas las doce, Gracia, que era de corta resistencia espiritual y nerviosa, hubo de sucumbir al cansancio, y en compañía de Lucila se re-

tiró á su aposento. El padre y Vicente, con el amigo militar y las criadas, hicieron la guardia en derredor de la heroína muerta, cuya bella faz apagada y marchita se hundía entre flores y aromoso follaje. En la turbación de su insomnio, el enamorado caballero veía desaparecer lentamente el perfil de cera, remedando el ocaso de una estrella en el mar.

De madrugada, el quebranto producido por tan hondas emociones venció la energía del pobre Halconero, abismándole en un sopor insano. Servíanle de almohada sus propios brazos, y en tal postura su cerebro enardecido le dió lóbregas visiones poéticas. Se vió con Fernanda en los espacios cavernosos de un Infierno medio dantesco, medio pagano... Vestidos iban los dos de luengos ropajes que caían con severas líneas. No hablaban, no sabían hablar; deteníanse ante los grupos de sombras vagantes que por una y otra parte discurrían... Pasaron de improviso á un campo abierto y luminoso. Veían un suelo azul, arbolitos del mismo color, de tronco rígido, follaje recortado, formando algunos copa semiesférica, otros copa cónica, sin proyectar ninguna sombra sobre el suelo. Por entre ellos iban y venían personas que no eran vivas ni tampoco muertas. Vestían túnicas azules que poco más allá tomaban matiz de rosa.

Con el azul y rosado gentío se confundieron Fernanda y Vicente, sin que su presencia fuese advertida de aquellos seres

diáfanos, ni muertos ni vivos. Allí no se conocía ningún ruido. Fernanda, que iba delante, volvióse hacia su compañero, y en un lenguaje sin voces, idioma de signos emitidos por la mirada, le dijo: "Aquí no está. ¿Dónde la encontraremos?" Y él dijo: "No lo sé, Lucero. Para mí que nos hemos equivocado de planeta..." Siguieron á éstas, otras visiones indeterminadas, que acabaron desvaneciéndose en los nimbos cerebrales. Volvió Vicente á la realidad, y tardó un mediano rato en reconocerla, dudando de lo que veía.

Desde aquel amanecer en que todo lloraba, el cielo y la tierra, los ojos y los corazones, hasta el momento en que vió desaparecer los despojos de su amada en el interior de un nicho, que fué tapado con ladrillos y yeso, el alma de Vicente Halconero estuvo emancipada de la vida corporal, y voló libremente por las negras regiones del dolor sin consuelo. Cuando á su casa volvió, su madre, que le esperaba intranquila, le obligó á recogerse y acostarse. El intenso cariño maternal fué medicina y salvación del desdichado joven. La idea del suicidio que embargaba su espíritu con clavada fijeza, señalándole el término eficaz de su inmenso padecer, se embotó en el corazón de Lucila. Y la terrible idea no vino, no, exenta de cierto orgullo, porque el propio aborrecimiento de la vida se encariñaba con un morir semejante al del joven Werther, gloria y ejemplo de los amantes desesperados.

V

La cuidadosa ternura de la madre y de toda la familia, el padrastro inclusive, apartaron á Vicente del disparadero; mas esto no fué obra de pocos días. Lucila no le permitía salir, ni tampoco entregarse desmedidamente á la lectura. A los amigos dió licencia para que le acompañaran algunos ratos, y en lo restante del tiempo ella se cuidaba de entretenerle y sosegarle como Dios le daba á entender. Por su madre supo el dolorido que á los dos días de la defunción llegó Demetria, hermana de Gracia, con su hija mayor. No habían venido antes por ignorar la gravedad y peligro del caso. Lo primero que determinaron las dos hermanas, después de desahogar con lágrimas su pena, fué abandonar la triste casa de Carabanchel, y así lo hicieron aquel mismo día, instalándose en Madrid. "Demetria es muy simpática—dijo Lucila,—inteligentísima y más dispuesta que su hermana. En cuanto tú te serenes, hijo mío, iremos á visitarlas.,,

Deseos tenía Vicente de abrazar á don Santiago y de saludar á la noble familia que tuvo por suya, y á la cual se sentía ligado para siempre por fibra de amor y respeto; pero su primera salida fué para visitar y

contemplar con melancolía extática el nicho de San Justo en que apagado yacía el *Lucero de la tarde*. La madre le acompañó en este religioso acto: ambos lloraron y mudamente anegaban su pensamiento en las tristes memorias, doliéndose del corte brusco que Dios suele dar á las dichas humanas y á las glorias apenas nacidas. Como el caballero se lamentara de la ruindad del nicho, señalado tan sólo con un tosco número y la inscripción del nombre, la celtíbera, lacrimosa, le dijo: "Hijo del alma, ya sabes que es provisional, y que cuando pase el tiempo que marca la ley, será trasladado el cuerpo al magnífico panteón de la familia en La Guardia.

—Es verdad... ya no me acordaba—replicó Halconero.—Aquí y allá todo es provisional en relación con lo eterno... Y por espirituales que seamos, no podemos acostumbrarnos á ver en esto algo más que polvo y despojos míseros. Esclavos somos de la rutina, y admiramos la piedra ó el yeso que tapan un hueco vacío de toda vida...,

Puso fin la madre á estas vagas razones, dictadas del no extinguido dolor, y se le llevó fuera del camposanto... Por aquellos días propuso Lucila que debían trasladarse á Madrid, y así se acordó en principio por todos. Intentó Vicente detener algunos días la mudanza, sintiéndose amarrado á los lugares fúnebres por fortísimos hilos de su propia pena. Temía el olvido; aborrecía la distancia. Olvido y distancia eran un agra-

vio á su inalterable consecuencia de amor; eran como una amenaza de infidelidad y traición.

Algunos días consiguió su padrastro don Angel Cordero llevarle á Madrid y sacudirle el ánimo, tratando de despertar en él las aficiones políticas, ya que hacerlo no podía con las político-económicas. Pero quien positivamente vigorizó el desmayado espíritu de Halconero, fué su amigo Enrique Bravo, joven apasionado y verboso, sentimental en el terreno de la lozana doctrina federalista como el otro lo era en el moral y literario. Las ideas, predicadas por el gran filósofo constituyente Pí y Margall habían conquistado el pensamiento y el corazón de Halconero, quedándose allí en forma teórica para un lejano porvenir. En cambio, Enrique Bravo las consideraba de fácil aplicación á la vida real, antes de aquilatarlas en su mente fogosa y de escasa cultura. Divagando por Madrid, de café en club y de logia en taberna, á los dos amigos se agregaron otros, entre los cuales hallábase Vicente un tanto dislocado, pues todos eran la acción irreflexiva y él la teoría reservada y meticulosa.

Politiqueando de calle en calle, Bravo propuso á Vicente que tomase un puesto en la Milicia Nacional, salvaguardia de la Libertad, y escudo contra los buscones de Rey y faranduleros de la reacción. A esto contestó el amigo que se consideraba incapacitado para mandar una compañía en los batallones patrióticos, porque su cojera, aun-

que leve y bien disimulada, era incompatible con la desenvoltura y arrogancia militar.

“¿Qué vale tu cojera, que apenas se conoce—dijo Enrique risueño,—comparada con la del bravo capitán del batallón de la Inclusa, Romualdo Cantera, que lleva una pata de palo, y marca el paso como nadie, y es el oficial más gallardo y más apuesto frente á su tropa?... En cuanto á uniforme, si el mío no te gusta, ahí tienes el del batallón de Antón Martín, con chambergo y botas, que por tu figura esbelta te caerá muy bien.” No se dió por convencido Vicente; pero sí asistió á las reuniones privadas de la oficialidad en la Casa Municipal de la Plaza Mayor, ó en las diferentes tiendas, clubs y mentideros á que habitualmente concurría.

En estas visitas, que á veces eran sabrosas cuchipandas, reanudó Vicente su amistad con un popular sujeto, sugestionador de multitudes, llamado por todo el mundo con familiar llaneza *El Carbonerín*. Era de mediana edad, de mediana estatura; sólo tenía grande la viveza del ingenio y la prontitud en las resoluciones. Informaba su carácter la guapeza jactanciosa. En los actos políticos, así como en todo incidente de la vida privada, ponía singular empeño en demostrar que era hombre capaz de *jugarse la cabeza* por un sí como por un no. Vestía bien, y cuidaba de llevar en público su ropa limpia del polvo de la carbonería. Tenía caballo, del tipo andaluz acarnerado, de ancho y prominente pecho. En él montaba, lleván-

dolo á paso rítmico de procesión ecuestre, como si el bruto fuese estatua marchando sobre su propio pedestal. En su trato mostrábase leal, violento, de una susceptibilidad bravía, por lo cual era tan temido como amado. Casado y con familia, tenía la mujer en Asturias, quedándose de este modo en holgada franquicia para sus mariposeos amorosos.

Con este tipo revolucionario simpatizaba grandemente Halconero, no porque se le pareciese, sino por todo lo contrario. Radicalmente se diferenciaban en alma y cuerpo, en modales y costumbres. El hijo de Lucila era rico en cultura, pobrísimo de acción; Felipe Fernández, *El Carbonerín*, tenía todo su sér polarizado en la voluntad, sin que le quedara espacio para el estudio... Con este amigo y con Enrique Bravo, solía pasar Vicente algunos ratos en el club federal de la calle de la Yedra, local destartallado, sombrío y sucio, donde tarde y noche se congregaba un pueblo bullicioso, entusiasta de ideales antes adorados que comprendidos. En aquel antro se respiraba, con los densos olores, el malestar social, ineducación agravada por la clásica pobreza hispana. Las conversaciones duras, entreveradas con discursos en tono agresivo y rugiente, versaban sobre estos temas invariables: dar disgustos al Gobierno; oponerse á la elección de Rey, pues ni reyes ni curas nos hacían maldita falta; tener, en fin, bien dispuestos los fusiles y los corazones para de-

fender la libertad, el federalismo y los derechos del pueblo.

A pesar del candoroso fervor revolucionario, no exento de grosería, imperante en el cotarro de la calle de la Yedra, Halconero pasaba buenos ratos en él, y allí se sentía más á gusto que en el Casino federal de la calle Mayor, *Casa de Cordero*, donde los primates departían y peroraban con discreta elocuencia y verbalismo parlamentario. Faltaban por aquellos días los *elementos* (ya era costumbre llamar así á los grupos de cada matiz) más levantiscos y más desmandados de palabra. Suñer y Capdevila, Joarizti, Guillén, Paúl y Angulo, Estébanez, Carrafa, Bertomeu, Santamaría y otros habían salido en el otoño del 69 á levantar en armas el partido federal. Vencida por Prim la formidable insurrección, los propulsores de ella andaban desperdigados por esos mundos; los unos presos, como Estébanez, que purgaba su ardiente radicalismo en cárceles de Salamarca; los otros refugiados en Francia, como Antonio Orense y el angelical ateo Suñer; dispersos los restantes en Gibraltar, Madera, Londres ó Lisboa.

Pero á medida que avanzaba el 70, los de acá se animaban, recobrando el calor perdido, y acibarando la vida del Gobierno con motines escandalosos. *In diebus illis*, Halconero pasó revista á todos los clubs y casinos políticos de Madrid, sin descuidar el llamado del *Congreso*, calle del Lobo, donde Enrique Bravo llevaba la voz cantante. Luego

fué arrastrado á la visita de logias, en las que no se entraba sin cierto respeto, por la tradición del misterio y de la pintoresca liturgia que allí se gastaba. Cierto que las formas rituales habían decaído enormemente, y que las iba sustituyendo el positivismo cooperativo; pero aún quedaba solemnidad, y persistían los arrumacos y simbólicas garatusas. Visitó Halconero la *Rosa Cruz*, la *Mantuana* y tres más. Unas estaban instaladas en sótanos, otras en desvanes. Nada sacó en limpio de aquellas secretas asambleas el ilustrado joven como no fuera el tenerlas por decaídas y amenazadas de muerte. Cuando todo podía decirse y concertarse en lugares públicos y aun al aire libre, para nada servía el tapujo en reuniones nocturnas y soterradas.

Nadie superaba al joven Halconero en lo radical de las ideas; pero como se hallaba vigilado estrechamente por la madre, que no le dejaba descoserse de sus faldas protectoras, resultaba un revolucionario teórico y faldero, incapaz para todo lo que no fuese observar los hechos y anotarlos en su mente. En cuanto Lucila se enteró, por él mismo, de que se había dejado llevar á escondrijos masónicos, le reprendió con el templado enojo que emplear solía en la corrección de su amado hijo... Más severo que la madre fué el padrastro don Angel Cordero, que apareció en el cuarto de Vicente con las manos en los bolsillos de su batín de moda, luciendo el pie pequeño calzado con zapa-

tilla de terciopelo rojo bordado de gualda, y en la cabeza, gorrete con borlón de seda, que de un lado pomposamente le caía.

“Tiene razón tu madre—dijo mediando en la conversación con sólido argumento.—Guárdate de alternar con masones, y de oficiar con ellos en sus pantomimas extravagantes. Tu madre te ha señalado el peligro... pero yo voy más allá; yo te digo: “Vicente, si peligroso es el trato con los que llamándose *maestros sublimes perfectos*, no son más que unos grandes tunos, peor es el roce con esos que se apodan *internacionalistas*... ya los conocerás... unos pajarracos extranjeros que andan por Madrid corrompiendo á nuestras honradas clases populares. Todos los crímenes políticos que hemos visto, obra fueron de la masonería. Los crímenes de mañana... que vendrán, ¡ay! si Dios no lo remedia... deberemos atribuirlos á esa *Internacional* tenebrosa, que es la masonería de abajo. Yo veo en esa locura europea, un aborto de la diabólica doctrina comunista... Pretende nada menos que poner patas arriba á la sociedad... las patas arriba, y las cabezas abajo: ya ves qué absurdo... hacer tabla rasa de las instituciones fundamentales, destruir la propiedad, la familia misma...”, Algo más dijo el buen señor, pertinente á las lecturas que debía preferir el estudioso joven. “Para que aprendas á odiar esa herejía social y política llamada *Comunismo*, menos literatura, Vicente, menos dramas y poemas y más ciencia econó-

mica y administrativa... Dice Pelletan: *El mundo marcha*. ¿Pero hacia dónde marcha, Vicente? Hacia la buena administración... y no le des vueltas... hacia el *Debe y Haber* ó la estricta cuenta del *toma y daca*..”

VI

Sin menoscabar el respeto que á su buen padrastro debía, Vicente se cuidaba poco de seguir su criterio para la elección de libros. Reanudó sus visitas al cuchitril aduana del amigo Durán, y anhelando nutrir su pensamiento con doctrinas fundamentales, recibió de manos del mercader importador las obras de Ahrens y de Spencer. Cargó luego con lo último de Proudhon y con *La Democracia en América*, de Tocqueville, libro que volvía locos á todos los políticos de aquel tiempo. En la librería, corriendo los últimos días de Febrero del 70, hizo conocimiento con Manuel de la Revilla y amistad con Eusebio Blasco.

Vinieron días apacibles que Halconero aprovechó para su peregrinación al santo nicho de San Justo, que guardaba el *Lucero de la tarde*. Acompañábale Enrique Bravo en esta devoción de amor viudo, y del cementerio se corrían á Carabanchel, entreverando, en sus pláticas de paseantes, el Federalismo con la literatura, y las ideas per-

manentes con la transitoria y voluble actualidad. Hablaban de las dificultades que se acumularon en el camino de Prim por las cuestiones económicas y el proyectado empréstito con el Banco de París. Los haces de la mayoría se desataban. Unionistas, demócratas y progresistas saldrían pitando, cada cual por su lado, y adiós Gobierno, adiós Prim, y adiós restauración monárquica... Entre col y col, sacaban á relucir la lechuga del Concilio Ecuménico, que á la sazón estaba reunido en Roma para darnos el nuevo dogma de la Infalibilidad del Pontífice. De esto, por caprichosos brincos del pensamiento, pasaba Enrique á referir que se había divertido locamente en el último baile de Capellanes, ó en el teatro-café de Calderón.

Aunque la familia de Vicente se había reinstalado ya en su casa de la calle de Segovia, Lucila pasaba semanas enteras en Carabanchel, solicitada de su tenaz afición á la vida de granja. Por hacerle compañía, dejaba la residencia de la Villa del Prado su padre Jerónimo Ansúrez, ya cargado de años, pero fuerte y en la plenitud de su saber campesino. Era la época de echar las gallinas, arreglándoles los nidaes y las huevadas con maternal solicitud, asistiendo después al romper de los cascarones, y al cebo y crianza de los graciosos pollitos. Lo que gozaba Lucila en este interesante período de la vida gallinesca, no es para dicho. En tanto que ella se embelesaba en su pa-

pel de comadrona de pollos y patitos, Jerónimo podaba las tres ó cuatro vides de latada, disponía la preparación de los terrenos para la siembra de patatas, algarrobas y yeros, para el plantío de calabacines, pepinos y zanahorias, y á toda hora se mostraba labrador peritísimo y archivo de refranes agrícolas. *No ha de llover en Marzo más de cuanto se moje el rabo del gato*, decía tranquilizando á su nieto que anhelaba el buen tiempo para sus campestres paseos.

Cuando Vicente se quedaba de noche en la casa de Carabanchel, solía retener á Enrique Bravo en su compañía, y por la mañana salían juntos para volverse á Madrid, ó peregrinar con rumbo á lo que fué Portazgo de Alcorcón, corriéndose luego hacia el campo de tiro y demás establecimientos militares. Una mañana, apenas salieron al camino real, vieron venir, como de Carabanchel Alto, tres figuras de mujer vestidas de negro, formadas en línea y andando á compás, guardando una distancia discreta entre sí. La que iba en medio era más alta que las otras dos; éstas, desiguales en su mediana talla. “Ya tenemos aquí á las tres estantiguas, que no descansan, que no se rinden, ni hay un rayo que las parta—dijo Bravo, hallándose aún á distancia de las visiones.—¿De dónde vendrán ahora estas beatas andariegas? Vendrán de Leganés, de visitar al inspirado historiador *Confusio*, que en aquel manicomio sigue escribiendo la Historia de España... por el reverso, ó

como él dice, *por la verdad de la mentira.*„

A pesar de estas burlas, detúvose Bravo ante las tres mujeres, y saludó á una de las pequeñas en tono de familiar conocimiento. “Doña Rafaela, ¿tan de mañana por estos arrabales? ¿Han dormido aquí, ó han venido en el coche de Tiburcio?...„ La respuesta fué breve, y denotaba pocas ganas de conversación. Durante el rápido coloquio y saludo, Halconero permaneció apartado, mirando con recelo cauteloso á la más alta de las tres, que por más señas era de rostro huesudo y desapacible. Siguieron las negras mujeres su camino á paso vivo y casi marcial, hollando la polvorosa carretera con pie calzado de zapato blando y holgón, como de santas peregrinas, y los dos amigos, viéndolas entrar en la casa de la viuda de Oliván, hicieron despiadada carnicería de ellas y de sus infecundos menesteres de falsa piedad.

La cháchara de los jóvenes facilita la obra del narrador. “¿Qué nombre les has dado?—decía Enrique.—¿Son las *Euménides*, ó las *Parcas*?„ Y Vicente respondió: “La noche en que murió mi Fernanda, cuando salí disparado á buscar al médico, las ví por primera vez en este mismo sitio. ¡Oh! Después las he visto en ocasión también memorable, y esa de aventajada talla y de cara tan dura que parece de bronce, me causa miedo... me da escalofrío...„ Insistió Bravo en que eran las *Parcas*, y Vicente, más fuerte que su amigo en Mitología, las declaró reproducción de la *triple Hécate*, divinidad infernal

que en tres figuras representa la venganza, el encantamento y la expiación.

A esto añade el narrador que la más talluda y desagradable era *Domiciana Paredes*, hija de un cerero de la calle de Toledo, más que cincuentona, de historia compleja y un si es no es dramática. Abrazó el monjío en el culminante período del valimiento de Sor Patrocinio, y la expulsaron del convento de Jesús por el delito de clavar un alfiler gordo en las nalgas de un señor obispo. Anduvo después en privadas intrigas y enjuagues palaciegos. Vivió en los altos de Palacio hasta que fué destronada doña Isabel, y cuando entraron á mandar los revolucionarios, según ella impíos y masones, dedicóse á la dulce masonería que en reservadas logias laboraba porque volvieran las aves negras á sus desiertos nidos. Terca como una mula, sagaz como raposa y escurridiza como serpiente, llevaba por buen camino sus propósitos, ayudada de sus malas pasiones y de su talento de organización. Conocía mejor que nadie la Historia interna de España desde el 46 al 70.

La de menor talla, que solía ir á su derecha, era *Rafaela Milagro*, ya entrada en años, proyectando en ellos las últimas luces de su decadente belleza graciosa y aniñada. En sus mocedades, aún soltera, cuando le aplicaban el gracioso mote de *perita en dulce*, tuvo que ver con diferentes sujetos, extremando su fragilidad con Montesdeoca, y antes, ó á la par, con un caballero militar,

que al cabo de los años resurge en esta historia. Casó luego Rafaelita con un señor acomodado que apodaban *don Frenético*; enviudó el 67, y apenas hubo endilgado las severas tocas que le aseguraban la prescripción de un pasado frívolo, se consagró á pasar revista nocturna y matinal á todas las iglesias de Madrid. En la sacristía de San Justo hizo amistad con Domiciana, que le confirió el cargo de su lugarteniente ó *Vicaria general*.

La tercera, la que se distinguía por su talla media entre Domiciana y Rafaela, se llamaba *Donata*, y había vivido desde su tierna infancia entre curas y capellanes más ó menos castrenses. El imponderable historiador *Confusio* la raptó, con audacia y escándalo, del gineceo del Arcipreste de Ulldecona, descendiente del de Hita. Pasó luego del servicio de Juanito Santiuste al de opulentos y refinados canónigos. Blando y encendido era el corazón de Donata, como de pura pasta de amor; pero no podía torcer el imán de su destino que la encaminaba inflexiblemente á la íntima familiaridad con personas eclesiásticas. A éstas consagraba toda la solicitud y ternura de su alma fogosa. Era la más joven de las tres, y en su faz de Dolorosa, pálida y lacrimante, persistía la belleza de imagen vieja, de luciente barniz, que reflejaba la llama de los cirios. Entre sus cualidades descollaba el saber litúrgico, pues en la dilatada convivencia con gente de iglesia su feliz memo-

ria llegó á encasillar en las fechas del calendario los nombres de todos los santos del Cielo; conocía las festividades y ceremonias, sin que se le escapara el menor detalle; sabía Derecho canónico, y merecía pertenecer á la *Sagrada Congregación de Ritos*.

Colaboradora y amiga de tanto precio encontró Domiciana en la vivienda de un ilustrado sacerdote, que había sido Capellán de Honor y Predicador de Su Majestad, y llevándola consigo en sus peregrinaciones quedó constituida la *triada* de mal agüero, que á Bravo causaba risa y miedo á Vicente. El continuo trajín de las reverendas fantasmomas se explica por un fenómeno social propio de aquellos días turbulentos: la revolución de Septiembre había llevado su espíritu reformador á la esfera y á las costumbres que parecían más rebeldes á toda mudanza. La discreción privada y pública recibió un golpe de muerte; las ideas más conservadoras buscaban el aura popular, y la falsa piedad, que antes vegetó en recintos oscuros, se hizo callejera. Obedeciendo al prurito social de libertad, gimnasia y ventilación, la sagaz Domiciana iba prendiendo de casa en casa el hilo de sus intrigas. Creíase destinada por Dios á recoger la grey cristiana dispersa, y á establecer contacto y acuerdo entre los españoles crédulos que del nuevo Recaredo Carlos VII esperaban la salvación.

Con éstos y otros artilugios, la *triada* iba

calentando el horno de la fe, lo que no era difícil aun en tiempos tan impíos. Organizaba pomposas funciones de desagravios, solemnísimos Triduos y Novenas, recaudando de casa en casa gotas de cera para un grande cirio pascual. Pedían asimismo para socorrer á emigrados católicos que ojalateaban en Bayona ó en Perpignan, y últimamente acudían al bolso de las personas ricas para obsequiar con esplendidez pontificia al Santo Padre en celebración de su dogmática infalibilidad.

No era todo venturas en los tientos que las andariegas daban á la caridad ó á la vanidad de las familias madrileñas, y si de algunas casas salían bien satisfechas, con carne entre las uñas, en otras, las menos, ó eran recibidas agriamente, ó tenían que retirarse á prisa con las manos en la cabeza. Uno de los más feos desaires recibió la *Triple Hécate* en casa de Lucila (*calle de Segovia*).

Con cierto temor mezclado de confusión, así lo contaba Vicente: “Iban sin duda equivocadas, desconociendo quién vivía en nuestra casa... Entraron las tres. Salió mi madre al recibimiento antes que pasaran á la sala. La Domiciana, grandullona y altiva, se turbó al ver á mi madre... Mi madre la miró como dudando si era ó no era persona conocida. La feróstica quiso recobrase de su asombro; le costó trabajo echar una sonrisa y estas palabras: “Lucila, ¿ya no me conoces?...”, Mi madre, sin esperar más razones, puso la cara trágica... Cuando mi

madre se pone la careta de Melpómene... se acabó... trapatiesta segura... Pues me cogió del brazo, como amparándose de mí, y con fiereza me dijo: "Vicente, echa de casa á esas mujeres., Yo me adelanté... Oída por ellas la intimación, la Domiciana soltó una risilla desdeñosa y se dirigió á la puerta rezongando así: "Pues no es poco tonta tu mamá. Abur... Que se alivie..., Cogieron la escalera más que de prisa... Pues en todo aquel día no se quitó mi madre la cara trágica. A las interrogaciones que le hicimos mis hermanos y yo, respondía vagamente... ¿Tú qué piensas de esto?

—Yo no sé más—replicó Bravo,—sino que esa Domiciana es un demonio que no se espanta de las cruces... como que las lleva siempre consigo... Es mala de veras... Quizás tenga tu madre, en sus cuentas atrasadas, alguna partida serrana de esa estantigua .. Si tu madre no te lo ha dicho, guárdate de preguntárselo.,

No se habló más del asunto. Tres días después, hallándose una tarde en Madrid y en lo alto de la calle de Fuencarral, acompañados del *Carbonerín* y de Emigdio Santamaría, vieron pasar á la *triada*. Bromearon los cuatro amigos acerca del apodo que debían aplicar á las damas callejeras, y discutiendo si las llamarían las *Parcas* ó las *Eu ménides*, *Carbonerín* se decidió por este mote, y lo corrompió al instante con su lengua inculta y graciosa. Quedaron bautizadas con el nombre de *las ecuménicas*.

VII

Las negras damas pedigüeñas habían salido del Hospicio. Tras ellas anduvieron un rato los cuatro federales. *Carbonerín* propuso que si ellas se corrían más allá de la Era del Mico, debían seguirlas y apedrearlas. Pero las postulantes se metieron en un palacete que hacía esquina á la calle del Divino Pastor, con jardín cerrado por elegante verja curva. “Esta es la casa de Fermín Lasalla—dijo Santamaría,—y aquí vive Montpensier, el pobre Duque derrotado en las elecciones de Oviedo. Pretende la corona y no ha podido alcanzar el acta de diputado.” Viendo entrar á las pécoras, todos á una dieron por seguro que iban á pedir dinero á Montpensier para ayuda de sus embelecos mogigatos. A este propósito contó Halconero lo que días antes había oído de boca de uno de los dependientes del librero Durán. De vez en cuando entraba el Duque en la tendilla de la Carrera de San Jerónimo á comprar alguna obra de Historia Contemporánea, ó de estudios graves de Economía Política. Le mostraban lo mejor que había, y su primera palabra, hojeando los volúmenes, era *¿Combien?*... De la repetición de esta muletilla vino el que le pusieran el nombre de *Monsieur Combien*. Comprara

ó no, siempre iba por delante la pregunta del precio.

“Pues á este *Monsieur Combien*—dijo Santamaría,—me parece que le van á poner las peras á cuarto muy pronto.”

“¿Quién, cómo, cuándo?,” A estas preguntas no quiso Santamaría responder concretamente. Dijo que tenía que ver al Infante don Enrique, y que si los amigos pensaban seguir paseando hacia Chamberí, no les acompañaría. Los otros declararon que eran vagos políticos, que ni como milicianos ni como patriotas libres tenían nada que hacer en aquella ocasión. Lo mismo divagaban por el Norte que por el Sur. Barruntando que Santamaría pudiera contarles algo nuevo, de picante actualidad, determinaron ir con él hasta dejarle en la Costanilla de los Angeles, y en la puerta misma de la morada del único Borbón residente en España.

Parecía el buen don Emigdio poco seguro de sí mismo, preocupado, vacilante, dudoso. Bajando por la calle Ancha, á ratos se adelantaba como si tuviera prisa, á ratos quedaba retrasado sin hacer caso de sus amigos... Uno de éstos propuso ir á pasar el rato al cafetín de la Plaza de Santo Domingo, llamado de *Lepanto*, donde tenía su asiento una tertulia federal de las más ardorosas. Allá se fueron, y al llegar á la puerta del café se despidió Emigdio Santamaría de sus compañeros diciendo secamente: “Vuelvo.” Los amigos entraron, dirigiéndose á las mesas de la izquierda. En

ellas rebullían grupos de gente ociosa, zumbante, fumante, embriagada por el espíritu y el vaho de ideales risueños. El local era de los más típicos: columnas prismáticas de madera sostenían el ahumado techo; el mostrador, el cafetero, los mozos, el echador, las mesas, el gato; el servicio, la jorobadita vendedora de cerillas y periódicos, reproducían con indudable propiedad arqueológica los gloriosos recintos de *La Fontana de Oro* y *Lorencini*.

En las mesas donde se apiñaban los bulliciosos federales, envueltos en irrespirable ambiente de tabaco y disputas, no se hablaba sólo de política. Un capitán del Batallón de Maravillas, y un chico del de Palacio, ambos cubiertos con la gorra colorada, embobaban á los compañeros refiriendo sus triunfos amorosos. El de Maravillas tenía por teatro de sus conquistas *La Novedad* (bailes de Capellanes), y otro saltó diciendo que para mujerío *hasta allí* y conquistas rápidas no había nada como *La Azucena Madrileña*, Carrera de San Francisco... En la caterva hirviente del cafetucho había también hombres estudiosos y jóvenes formales que alternaban con los demás por la común exaltación federalista. Halconero se arrimó á un tal Segismundo García Fajardo, hombre muy listo y de fácil palabra, sobrino del Marqués de Beramendi. Había comenzado su vida política alistándose en la Unión Liberal; al estallar la Revolución del 68 se pasó á los demócratas de Rivero; poco des-

pués, por no sabemos qué piques ó despechos, dió un salto tan grande que fué á caer junto á don Carlos; del carlismo se vino á la República, y seducido por las doctrinas de Pí, abrazó el Federalismo con fervor delirante. Respetando sus inconsecuencias, Halconero le admiraba por la agilidad de su ingenio y por su verbo rico, seductor.

En la mesa próxima, un federal vetusto, de abolengo progresista, lobo de barricadas curtido por los huracanes revolucionarios, hablaba del ciudadano Emigdio Santamaría, que minutos antes se separó de sus amigos en la puerta del café. No fué benévolo el tal en los comentarios que hizo del ausente y de su conducta en la vencida insurrección federal. En Octubre del año anterior salió de Madrid para Levante. Iban en el mismo tren Froilán Carvajal, Rodríguez Solís, Bertomeu, Palloc y otros. Con Antoñete Gálvez se corrió hacia Orihuela y Murcia, dejando en Alicante á sus compañeros. Estos sublevaron muchos pueblos de la provincia; se batieron con los *pandorgos*, que así llamaban á los monárquicos por allá; fueron vencidos... la tropa les dió caza, les abrasó... Al pobrecito Froilán nos le fusilaron... los demás se escondieron, volaron... En el extranjero esperaban un indulto... Pues Santamaría, después de andar en el fregado de Murcia sin hacer cosa de provecho, se vino acá tranquilamente y le dijo á Prim: "Don Juan, yo no he sido... Don Juan, yo no estuve en Murcia; yo soy

hombre de orden... yo no he tenido arte ni parte en esas locuras...„ Y con su poco de coartada y otro poco de *sanfasón*, ahí le tenéis tan campante...„

Empezaban el *Carbonerín* y Bravo á defender á Santamaría, ponderando su valor, su honradez republicana, cuando entró el aludido, tomando asiento en medio de la pandilla. Saltó la conversación á un punto interesante sugerido por la presencia del amigo que acababa de llegar. “Oiga, ciudadano don Emigdio—gritó un sujeto de bronca voz, echándola desde el extremo de la mesa más distante, como un proyectil parabólico,—aunque usted guarda una reserva, como aquél que dice, diplomática, ¡ajo!... no se nos oculta que podrá confirmar lo que por ahí corre tocante á los planes, ¡ajo! del Infante don Roque, digo, don Enrique.

—No sé nada... todo lo que se dice es música, amigo Tablares—replicó Santamaría apartando de la boca del vaso el platillo con los terrones de azúcar, para que el echador le sirviera.—El Infante es un caballero, es un liberal de toda la vida; pero su nombre y posición excepcional le prohíben adoptar actitudes demasiado activas...

—Se ha dicho, y yo lo creo—indicó el *Carbonerín*,—que don Enrique Borbón, sin *de*, ¡fuera ringorrangos! abraza el Federalismo con todas sus consecuencias, y está preparando el manifiesto que ha de dar á la Nación.

—No crean eso... El Infante es liberal,

muy liberal y muy caballero; pero debe apartar su nombre y su jerarquía de las luchas candentes—dijo Emigdio, quemándose los labios con los primeros sorbos del café, tan caliente como la opinión..”

Pausa breve, con maleantes murmullos de incredulidad... Era Santamaría un perfecto modelo del tipo arábigo levantino. Si vistiera chilaba ó albornoz, podría creerse que acababa de llegar de la Meca. Nació en Elche, oasis que los genios islamitas transportaron de las faldas del Atlas. Le destetaron con dátiles, y desde su tierna infancia aprendió el Korán de la Libertad, que luego fué ardiente Federalismo. Su color moreno aceitunado, su barba negra partida, sus labios gruesos, de un rojo ahumado, hacían creer á la gente que el simpático Profeta se paseaba por estos mundos vestido de español del siglo xix.

Rompió el silencio Segismundo García con una observación que denotaba su sentido político y su conocimiento de la historia contemporánea. “Me escamo mucho, señores—decía cautivando con sus primeras palabras la atención del auditorio;—me ponen en ascuas estos príncipes de sangre Real que se enamoran locamente de la República. ¿No os dice nada el ejemplo de Luis Napoleón? Ese hombre ladino y falso se declaró partidario ardiente de la forma de gobierno que más odian los reyes y los tiranos. Coqueteó con ella, le hizo la rueda hasta calzarse la presidencia; y apenas apagado el

eco de sus juramentos, empezó á conspirar contra la institución sacrosanta... y ya sabéis lo demás... Con un plebiscito amañado se burló de Francia y de los franceses, y les puso la albarda del Imperio... Amigos, ojo á los príncipes que se prendan de nuestra República y la encuentran preciosa, monísima....”

Una voz de bronce, al otro extremo de la pandilla, gritó: “No queremos Borbones en casa... no queremos República con *pachulí*... no, no... Fuera demócratas de sangre Real, aunque nos digan que vienen con buen fin... Besugo, te veo el ojo claro...”, Andese con tiento, el titulado Infante, y no juegue con nuestra Federal, que es doncella pulida y no admite chicoleos ni tentarujas. Borbón, á tus zapatos; zapatero, á tu monarquía... Haz las paces con tu cuñada la Isabelona, y no enredes aquí, pues ni con *plebecito* ni sin *plebecito* te tragaremos... He dicho.”

Protestó Santamaría buscando apoyo en la mirada de Halconero y de Segismundo, los más ilustraditos de la reunión, limitándose á repetir que don Enrique no quería más que la felicidad de España; que era un espejo de caballeros, hombre puro, limpio de ambición, con otros discretos razonamientos... A pesar de la réplica del buen Emigdio, siguieron los demás picoteando en aquel tema, hasta que les llevó á otros más risueños el voluble giro de la conversación.

El que menos hablaba era Vicente, que se sentía descentrado en aquella sociedad.

Ni sabía cómo alternar en las ardorosas disputas, ni hallaba modo de cortar y despedirse airoosamente. La superioridad de su entendimiento, su timidez y delicadeza le tuvieron un buen rato abstraído, y como ausente, en espíritu, del bullicioso cotarro. Soltando las alas á su imaginación, volaba muy lejos, y á sus oídos, físicamente ligados al torbellino del café, llegaban cláusulas dispersas. Oyó que un miliciano de colorada gorra leía trozos de un folleto muy celebrado en aquellos días, *Los neos en calzoncillos*, de Funes y Lustonó. Las carcajadas que coreaban la lectura interrumpían el libre pensar del joven soñador. Oyó también que hablaban de *La Carmañola*, comedia estrenada en *Lope de Rueda*, noches antes, con estrepitosa ira del público; á su cerebro llegó alguna palabra referente á las bravatas de los carlistas, á las disensiones que por aperturas económicas estallaron en la familia Real proscrita...

Nada de esto podía interesarle, ni lo que después dijeron de teatros y diversiones. Como se había echado encima la tediosa Cuaresma, los bailes de Piñata cerraron el ciclo coreográfico, y de amenos galanteos y conquistillas; pero en cambio tuvo el vago público en *Lope de Rueda* un drama sacro-bíblico tradicional, *Los siete dolores de María*, dividido en *pasos*, cada uno con decoración espléndida, lujoso vestuario y guardarropía... Había coros, comparsas; salían judíos y cristianos, los doce Apóstoles, las

tres Marías, y en la final apoteosis angelitos de ambos sexos y lindas muchachas que cantaban aleluyas... ¡*Gloria in excelsis Deo*, y *Viva la República Federal!*

VIII

Pasado un lapso de tiempo inapreciable (como toda fracción de tiempo perdido), y disuelta la tertulia, Halconero bajaba por la Costanilla de los Angeles llevando á su lado á Segismundo García Fajardo; delante iban Bravo y Santamaría, el cual, después de secretarse un instante con su amigo, entró en la casa del Infante. Siguieron los tres por la calle del Arenal. Enrique encontró á su amigo Felipe Ducazcal y se fué con él; Segismundo se metió en San Ginés, donde, según dijo, ojeaba una conquista... ya le contaría... caza mayor... una hermosa res de las que corren á la querencia del coto eclesiástico, y en él había que perseguirla y cobrarla.

Despidiéronse á la entrada del patio, y Vicente se alegró de encontrarse solo. Cabizbajo marchó á su casa, condoliéndose de que en su alma no encontraba calor nada de lo que en derredor suyo veía. La política callejera le hastiaba cada día más. Amaba al pueblo; pero no había sabido ponerse á tono con él, ni logró tampoco armonizar con las

pasiones populares la ciencia extraída de los libros. El clamoreo de los clubs, la gárrula y ociosa charla de cafés y cafetines, que un día le divertieron, ya le fatigaban. Véase metido en el charco de las ranas pidiendo libertad, y la algarabía de aquellos batracios le resultó más molesta y jaquecosa que la de los que pedían un rey, siquier fuese de palo. Diariamente veía crecer Halconero el vacío que en su existencia dejó la muerte de Fernanda; vacío de sentimientos no más, pues las ideas abundaban y crecían con extrañas ramificaciones.

En su casa no hallaba medio de abrigarse contra el frío espiritual, porque su madre, que era para él único foco de calor, continuaba en Carabanchel entretenida con el abuelo en sus trabajitos de avicultura y de jardinería *potajera*. Con sus hermanos pequeños Manolo y Bonifacia se entretuvo el resto de la tarde; comió con su padrastro don Angel, que si bien excelente persona, era un buen bloque de hielo espiritual, y al fin se recogió en la soledad plácida y casi religiosa de su aposento, donde le hacían dulce compañía la lectura y la meditación. Muchos días antes de lo que ahora se narra, Vicente había encerrado en una gaveta de su mesa aquel Diario en que anotar solía, por Enero, impresiones varias y cuenta corriente de sucesos públicos y privados. El rayado libro yacía en el cajón, como Fernanda en su nicho; pero de pronto se le antojó al caballero inhumarlo, y llenando con

largas cruces el espacio correspondiente á las fechas en claro, reanudó sus apuntes con casos de pura psicología, rápidas notas del estado de su ánimo. Véase la muestra.

"4 de Marzo.—Yo me siento aristócrata... ¿Y en qué te fundarías tú, Vicente Halconero y Ansúrez, para justificar ese sentimiento? En ninguna ley de sangre. Ni por la línea paterna ni por la materna me salen próceres ni caballeros. Mi padre fué labrador, de gloriosa dinastía de destripaterrones. Por su belleza, puede mi madre suponerse descendiente de los dioses del Olimpo; pero en el árbol de su linaje no aparecen héroes castellanos. Plebeyo soy, según lo que reza mi fe de bautismo. Y sin embargo, tengo á mi padre por noble.

Mucho he pensado en esto ayer y hoy... Buscando mis ejecutorias, digo y sostengo que no hay en el mundo ademán más noble que el de mi abuelo Jerónimo Ansúrez. ¿Quién le iguala en la dicción castiza, quién le aventaja en las actitudes de gran señor? O mi abuelo es un prócer disfrazado de villano, ó los villanos de antigua cepa labradora, del tipo del Alcalde de Zalamea, son los verdaderos fundadores de razas nobles. Esto me induce á estampar aquí un disparate, que entrego á mi propio paradojismo para sacar de él una gran verdad: *La aristocracia es la agricultura.*

5 de Marzo.—Poetas y dramaturgos me han enseñado el amor al pueblo. Yo amo al pueblo... *en principio.* Pero viéndome en

contacto con las multitudes bullangueras y sudorosas, me han nacido estos instintos aristocráticos. Son ellos más fuertes que yo, y van invadiéndome poco á poco. Me sucede una cosa muy rara: soy más tímido ante el *Carbonerín* que ante cualquier persona de mayor categoría social. Envidio la acción de Felipe, y me figuro que también él siente algo de aristocrático rebullicio dentro de sí. No sé por qué me figuro que *Carbonerín* ama al pueblo... en principio. Sin rebozo alguno y confiado en el secreto de este Diario, estampo aquí mi pensamiento: *Ven pronto, Dictadura.*

8 de Marzo.—Me agradaría mucho conocer y tratar al Infante don Enrique. Veré si Santamaría quiere llevarme á su casa, presentarme... Los individuos de estirpe real y de dinastía destronada, ¿cómo son, qué piensan, qué dicen? Este ilustre señor permanece en España privado de toda distinción jerárquica; se llama demócrata, y si no lo es, hace cuanto puede por parecerlo. Además, es pobre: ¿qué mayor diploma de democracia que la pobreza? Su familia, que en la proscripción harto hace con atender á sí misma, le abandona, por no decir que le desprecia. Su hermano don Francisco, que le pagaba la casa de la Costanilla, hogaño tiene que cuidarse de pagar la propia en París...

Los resquemores del Infante datan de los días ya lejanos en que se consumó el enorme desacierto de las Bodas Reales... Así lo

dicen los que conocen el asunto y han sido testigos de la creciente inquietud de este descontentadizo nieto de Carlos IV... Sólo de vista conozco al Infante. Se parece á don Francisco de Asís; pero el rostro de don Enrique es más varonil que el de su hermano. La frente y el cabello rizado les dan semejanza... Lo demás del rostro indica en don Enrique un vivir de fatigas y aun de pasiones que no advertimos en el mirar inexpressivo y cuajado del esposo de doña Isabel... Una tarde, estando yo en la tienda de Prast, calle del Arenal, ví salir al Infante con un paquetito de dulces ó pasteles que debían de ser para sus niños. Vestía con decencia un tanto estropeada y en uso cuidadoso. Al verle me dije: "*Adiós, sombra de Borbón, errabunda en los círculos del Infierno Revolucionario...*", Para mí solo escribo estas tonterías. No creo que el Infante dé que hablar á la Historia.,,

A la siguiente noche, don Angel Corde-ro, que había cenado fuera de casa con sus amigos Barca y el Marqués de Santa Cruz de Aguirre, furibundos *montpensieristas*, entró poseído de grande enojo, que manifestaba con temblor de manos y pataleo semejante al de los chiquillos contrariados en sus travesuras. No satisfecho con desahogar á solas su rabietina, se lanzó á profanar la soledad de Vicente, que con sus lecturas y su Diario se entretenía como un estudiante traga-libros. Entró, pues, rezongando en la leonera, y con el ademán resuelto y la

voz tartajosa le sacó para llevarle á su despacho.

“Ven acá, hijo, para que te enteres de este papelucho... de esta infamia, por no decir canallada indecente...” La voz del buen señor se volvió lúgubre y remedaba el *escucha y tiembla* que en toda tragedia se oye como anuncio de un terrible relato. “¿Qué es esto?”—dijo Vicente cogiendo de la mano trémula el arrugado papel y pasando por él sus ojos. “Dudo que la indignación te deje leerlo hasta el fin—indicó don Angel.—Dámelo... yo te leeré los trozos más desvergonzados para que veas á qué extremo llegan el cinismo y la grosería de ese desgraciado Príncipe. Tú dirás, como digo yo, que el que esto ha escrito está más loco que todos los huéspedes de Leganés. Sólo así se concibe que un magnate... que un individuo de sangre Real se produzca... es lo que digo... se produzca como suele producirse la plebe de los barrios bajos... Lee... no... dame... yo leeré el inmundo manifiesto que ha echado á las calles el titulado Infante... Atiende... escucha; reprime tu repugnancia: “Cumple á mi honor romper el silencio, etc...” En este párrafo se revuelve contra los que le acusan de hallarse acobardado ante el señor Duque, ó en tratos sumisos con él... Luego... verás... se burla de los que piensan que Antonio I será coronado por don Juan Prim... y en el siguiente párrafo estampa estas ignominias: “No hay causa, dificultad, intriga ni violencia que entibien el hondo despre-

cio que me inspira su persona, sentimiento justísimo que por su truhanería política experimenta todo buen español....

—Fuertecillo viene el hombre—dijo Vicente más risueño que indignado.—Esas querellas que entre ciudadanos del montón no pasan de Juan y Manuela, entre Príncipes adquieren tal resonancia, que bien puede meter el cuevo en ellas la trompetera Clío.

—Para mí, lo más indigno es lo que voy á leerte: “Este Príncipe, tan taimado como el jesuitismo de sus abuelos, cuya conducta infame tan claramente describe la Historia de Francia, habría sido proclamado Rey en las aguas de Cádiz si un ilustre compañero mío de Marina no se negase á manchar su uniforme indisciplinándose por Montpensier...”. Si lo dice por Topete, miente el bellaco, pues Topete no proclamó á la Infanta, porque Prim ¡ay! le ganó la acción echando por delante la *Soberanía Nacional* y diciendo á Topete (él mismo me lo ha contado): “Luego se verá... Que la Nación decida...”. Y la Nación no ha dicho todavía que sí ni que no... Este papelucho habla del *dinero montpensierista*, dando á entender que habrá diputados que voten al Duque mediante *conquibus*... No mil veces, Infante loco: le votarán por convicción y patriotismo.

—No se sulfure, don Angel... y considere que en este juego de la elección de Rey, si no son triunfo las *espadas*, tal vez lo sean los *oros*..

Tan desconcertado y nerviosillo estaba el buen Cordero, que sus manos no tenían sosiego. Quitábase el lindo gorro, lo amasaba entre sus dedos hasta dejarlo como una pelota, y después lo desenvolvía para coronar de nuevo con él su prestigiosa calva... El papel difamatorio pasó de las manos de don Angel á las de Vicente, que siguió leyendo: "¡Dicen los mercenarios que Montpensier es un sér perfecto, y el iris de paz y el Dios de bondad!... Por eso cuanta sangre se ha derramado, y tal vez se derrame antes de su completa desaparición, cae sobre su cabeza de pretendiente... El liberalismo de Montpensier, conducido por la fiebre de hacerse Rey, es tan interesado, que se merece la terrible lección que de cuando en cuando impone la justicia de las naciones indignadas."

—Más adelante verás sus ridículos alardes de patriotismo. Gibraltar le entristece... los héroes del 2 de Mayo le entusiasman. Mentira, fatuidad... Sigue...."

Vicente leyó: "En 1808, cuando mi padre provocaba el levantamiento del valiente pueblo de Madrid, era la invasión armada contra nuestra patria, y hoy es la invasión hipócrita, jesuítica y sobornadora, de los orleanistas contra nuestro país, tan cansado, tan desilusionado y tan ametrallado por los gobiernos..." Luego daba el Manifiesto su nota detonante con la bomba final: "Montpensier representa el nudo de la conspiración orleanista contra el emperador Napo-

león III, conspiración en que entraron ciertos españoles de señalada clase. Pero que sepan esos conspiradores de Francia y España que, caída la dinastía imperial, no la heredarán los Orleans, sino *Rocheport*, ó lo que es lo mismo, la República Francesa... Y sepan también que en España el esclarecido Espartero es el hombre de prestigio y el objeto de la veneración nacional, y de ninguna manera el hinchado pastelero francés....”

Así terminaba la rencorosa diatriba del de Borbón contra el de Orleans. Inquieto y medroso, don Angel Cordero concretó sus recelos en esta forma: “Pienso, querido Vicente, que los propósitos de ese infernal don Enrique no se limitan al escándalo. Lo que has leído es una provocación, un reto para llevar al Duque á un lance de los llamados de honor... Se le insulta, se le induce á volver por su dignidad, le obligan á batirse, y pim, pum, le matan... ¡Qué manera tan sencilla de resolver la cuestión de interinidad! Al Rey más calificado, ¿te enteras? más grato á la opinión, se le quita de en medio con un poco de farándula caballerisca y un mucho de alevosía... y ¡viva la Pepa!... La Pepa es la republiquilla federal... Pero... lo que yo digo: podría suceder que les saliera la criada respondona. ¿Has oído tú que el don Enrique es un gran tirador?

—Nunca oí tal cosa—replicó Vicente;—pero bien podría ser verdad, que el juego de

las armas fué siempre arte de príncipes... ¿Cree usted, don Angel, que esta querella entre el Orleans y el Borbón acabará en desafío?

—No, hijo, no. Sería lamentable, pues por mucho que iguallen los odios, Montpensier, llamado á ser nuestro soberano, no debe rebajarse...,

Y midiendo la estancia con paso de tendero meditabundo, remató su pensamiento con estas sesudas razones: "Don Antonio debe apuntar á su enemigo con el arma del desprecio... Buen tirador de desdenes es el Duque, que el año pasado, cuando don Enrique le insultó llamándole *naranjero* y volcando sobre él todo el diccionario de las verduleras, no tuvo más respuesta que un silencio verdaderamente augusto. Hoy, sin embargo, podría suceder que fueran las cosas por otro camino... En confianza te diré que ayer y hoy han menudeado ciertas embajadas entre el caserón de la Costanilla y el palacio de Fermín Lasala... Iban y venían mensajeros del honor... ¡qué guasa!... ese moro barbudo... ¿cómo se llama? ¿Emilio, Remigio...?

—Emigdio Santamaría.

—Y el otro barbudo sevillano, médico y federal, Federico Rubio... De otra parte los generales Córdova y Alaminos... No sé, no sé lo que traman... No he podido enterarme bien; pero se me antoja que la caballería andante ha tomado cartas en el asunto... Para mí, que el don Enrique cantará el *yo*

pecador con tal que le socorran de garbanzos y panecillos... Es triste cosa para los que creemos en la dignidad de las casas Reales... Pero á nadie más que á sí mismo debe culpar el Infante de haber venido tan á menos. El es su propio enemigo; él se ha hundido, se ha encenagado en sus propios desaciertos y locuras... Yo digo que quien busca el escándalo, en él perece... Es tarde, Vicente; acostémonos... Y para concluir: nuestra vivienda está tristísima sin tu madre... diré más, está muy fría. Tu madre es el calor. Harás un bien á toda la familia si te vas á Carabanchel y la convences de que es hora de venir á darnos su abrigo. Y no hablo yo precisamente del calor físico, sino del calor doméstico... No ha de ser todo el cariño para los polluelos... Que venga, que venga y medraremos todos... Nuestro nido está helado... Cada cual, según su estado propio, echa de menos las plumas de la madre, de la... En fin, hijo, que duermas mejor que yo... Vete y tráela, para que termine nuestra desaborida soledad.,,

Con estas dulces quejas, retiróse el buen Cordero á la matrimonial alcoba, y no tardó en estirarse en su lecho, cuyas frías anchuras no eran por entonces verjel, sino páramo desolado... Obediente á su padre político, el chico de Halconero se fué temprano á Carabanchel, y encontró á Lucila tan embelesada en la crianza de las nuevas generaciones gallinescas, que le fué penoso vencerla de que los hijos del hombre y el

hombre mismo tenían mayor derecho á su maternal asistencia. Horas dulcísimas pasaba la celtíbera en el entretenido enredo de prestar el primer socorro á los que salían del cascarón, y en alimentar á los que ya sabían comer, ya echaban sus traguitos de agua elevando al cielo los tiernos picos, y habían aprendido el lindo juego de escarbar la tierra para buscar comida. Luego ponía Lucila todo su cuidado en rodearles de precauciones contra la humedad y contra ruines animales.

La casa patética, donde espiró el *Lucero de la tarde*, hallábase aún desalquilada, coyuntura que aprovechó Vicente para renovar y espaciar sus melancolías en la huerta solitaria, empapándose en el dolor con deleite romántico y místico. La noche pasó en ensueños medio sentimentales, medio literarios, interrumpidos por insomnios en que recobraba su imperio la realidad. Era como un poema en verso con metódicos comentarios en prosa. Muy de mañana, antes de la hora en que solía dejar el lecho, entró su madre á llamarle con apremio. "Hijo, levántate: ahí está Enrique Bravo. Viene á buscarte. Le he preguntado que á dónde vais, y me ha respondido con esta tontería: "Que se levante y se vista pronto; vamos á ver la Historia de España.."

Saltó Vicente de la cama y á prisa se vistió. Faltaba un cuarto para las nueve cuando los dos amigos salían á la calle y de la calle al campo. Enrique le dijo que la His-

toria de España que iban á ver podría resultar una página trascendente ó un renglón burlesco, según el humor que en aquel día tuviera el Destino, árbitro de la existencia de los hombres y de los pueblos. Y Vicente replicó así: "El toque está en que madama Clío se ponga el coturno de dorados tacones, ó las chinelas de orillo, en que traiga el péplum ó una bata de tartán á cuadros blancos y negros.,,"

Lenguaje más positivo habló Enrique diciendo: "Aunque se quiere guardar secreto, yo he sonsacado la confianza de Santamaría... Démonos prisa. Soy amigo de un teniente, subalterno del comandante de la Escuela de Tiro, y espero que podremos meter el hocico y ver de cerca la función... El programa es magnífico... A diez metros avanzando... Pistola, y condiciones verdaderamente trágicas. Falta que los actores correspondan al interés y á la pasión que se ha querido poner en la obra...,," A campo traviesa anduvieron los dos amigos largo trecho en dirección del arroyo de Luche, y cuando se hallaban á corta distancia de la carretera de Extremadura vieron que por ésta venía un coche de dos caballos... detrás otro... luego simones... "Aquí están... Son los héroes del día, los sacerdotes de la Historia, acompañados de sus acólitos; van á officiar... van á celebrar la misa en la mesa ó ara del Destino. Adelante, Vicentillo, y tratemos de colarnos en el templo... ¡Hermoso día para una fiesta en honor del Honor!...

—Yo tengo mis dudas, Enrique. En mi corazón se balancea un péndulo doloroso... ¿Resultará Historia ó gacetilla?

IX

Vieron los amigos que los coches paraban en el lugar llamado Portazgo de Alcorcón, y que de ellos descendían caballeros que, unos tras otros, tiraron á pie hacia la derecha. Vicente y Bravo apresuraron el paso, carretera adelante, para tomarles las vueltas. Largo trecho anduvieron, sin poder penetrar en el coto militar: aquí encontraban cierre de alambres, allí un soldado que les cortaba el paso. Por fin Bravo, adelantándose á su amigo, logró la condescendencia de un oficial, que permitió la entrada con tal que observasen exquisita discreción, permaneciendo lejos del sitio del lance... Admitidos en el vedado, los dos jóvenes hubieron de caminar á la ventura, procurando orientarse. El terreno era extenso, ondulado, con pabellones y casetas aquí y allá, raso de arboledas, resplandeciente de luz vivísima y batido por aires matinales de picante fresca.

Aturdido del vago correr en distintas direcciones, y deslumbrado por la luz, Halconero sentía el cansancio precursor del aburrimiento. Llegó con su amigo á un lu-

gar donde vieron un alto y abultado armatoste, formado con vigas y planchas de hierro: era el blanco del tiro de cañón, enorme pantalla que les permitió parapetar su curiosidad en acecho de la comedia ó tragedia que se preparaba. Al amparo de aquel biombo robusto, abollado por los proyectiles, se tumbaron en el suelo boca abajo, postura de lagartijas con que fácilmente ocultaban sus personas, y en tal situación divisaron á los caballeros que en dos grupos avanzaban y retrocedían, como escogiendo lugar adecuado para la justa. Contaron unas diez personas: los dos adalides, tres padrinos para cada uno, y otros dos, que debían de ser médicos. Tanto se aproximaron algunos, que Halconero vió brillar los lentes de Montpensier. La preparación del duelo se efectuaba con exactitud parsimoniosa, semejante á las ceremonias litúrgicas.

“Tú no te has visto en estos lances, y desconoces la escrupulosidad con que se disponen—dijo Bravo al hijo de Lucila.—Yo he tenido tres, y en los tres acabamos con abrazo y almuerzo. Lo que importa es aparentar valor, sobreponer al peligro la idea de *quedar bien*, y ser caballeresco desde el principio al fin. ¿Ves? Ahora, después de elegir terreno, se cuidan de que ninguno de los combatientes reciba de cara los rayos del sol. Uno de ellos tendrá el sol á su derecha, el otro á su izquierda... Inmediatamente medirán la distancia. Ya lo ves: miden nueve ó diez metros con una cinta; luego echarán

suertes para designar quién ha de tirar primero... Se sorteará también el punto que cada cual debe ocupar en los extremos de la línea: La rifa de vida ó muerte va despacio, como ves, y los que han de batirse hacen de tripas corazón, mostrando una impavidez fría, etiqueta obligada de estos encuentros en la puerta de la Eternidad, que las más veces suele ser la puertecita de una fonda.,

Por la distancia que de estos trámites le separaba y por la extrañeza de ellos, Halconero los veía como actos y figuras de ensueño, y su atención se iba de la humana realidad á las líneas y colores del paisaje. Frente á sí, más allá del lugar de la liza, vió una caseta roja, otros mamparones que servían de blanco al tiro de fusil, y detrás, manchas verdosas de jara, las curvas del terreno acentuadas por la viva luz, y á lo lejos la torre de Húmera... El azul de la Sierra, con toques de nieve, embelesó sus ojos por un momento, y los habría embelesado más si Bravo no le trajese á la realidad inmediata diciéndole:

“Mira: ya están los caballeros de Orleans y Borbón cada uno en su puesto. El primero á nuestra izquierda, el otro á esta otra parte. Fíjate... Parecen estatuas. Ambos están serenos... con la serenidad del honor... con la vergüenza caballeresca, que es lo mismo que la torera, pongo por caso... Ninguno de ellos deja ver la procesión que le anda por dentro... Mientras los sacerdotes del Destino permanecen como marmolillos entregados á

la meditación y al cálculo de las probabilidades de vida ó muerte, los acólitos se ocupan en cargar las pistolas, operación delicada que realizan metódicamente, devotamente... Las balas son el símbolo del honor... son el criterio, el sí y el no de este tribunal que llamamos *Juicio de Dios*... Las balas deciden, y tienen siempre razón.

—Serán la razón de la sinrazón—dijo Halconero sin quitar los ojos de los que á distancia del punto de acecho cargaban las pistolas.—Desde aquí distingo las barbas morunas de don Emigdio y las blanquinegras de don Federico Rubio. Parece que han terminado de atacar las razones...

—Y ahora echan suertes para elegir pistola... A cada uno le llevan la suya... Se retiran los padrinos á distancia prudente... Las actitudes indican que se ha dado ya la voz: ¡atención!...

—Ya están los adversarios en manos de la Fatalidad.

—Ya están en guardia... los distingo claramente... el brazo derecho doblado, la pistola á la altura de la cara, con el cañón apuntando al cielo... Han alzado el cuello de la levita para ocultar el de la camisa, que hace blanco con su blancura.

—Ya los segundos se alargan... La Fatalidad se hace esperar... la esfinge retrasa su fallo, y dice *voy, voy*, sin venir nunca. ¿Pero cuándo tiran, cuándo se matan? Si tiraran á un tiempo y se matasen los dos, sería

lindo término de esta expectación angustiosa... y...„

Disparó el Infante, disparó luego Montpensier, y ambos quedaron ilesos. Los padrinos cargaron de nuevo las pistolas y discutieron, probablemente sobre la supresión del avance después de cada doble disparo... “La función es harto pesada—dijo Vicente;—los actos brevísimos, los entreactos interminables. A ver, guapos mozos, tiren otra vez, y hagan el favor de hacer blanco..” Y Bravo opinó que el lance llevaba trazas de inofensividad estudiada ó fortuita, para concluir sin víctima y sin vencedor, con el solo triunfo del honor en el concepto condecorativo y de social etiqueta... Al disparar los rivales por segunda vez, acudieron los padrinos al Infante, creyéndole herido. Sin duda no fué nada, porque se procedió á cargar nuevamente. “Esto va para largo..” dijo Bravo. Y Halconero: “A la tercera va la vencida. Veo á la Fatalidad arrugando el ceño...„ Y el otro: “Yo veo en su boca una muequecilla conciliadora. Desengáñate. Habrá vida y honor para todos..” Por un rato de duración inapreciable, siguieron comentando el lance prolijo, y cuando sus palabras pasaban resueltamente del tono serio y expectante al de las bromas, oyeron el tercer disparo del Borbón... y al sonar el de Montpensier, ¡ay! vieron á don Enrique girar con rápido quiebro y voltereta, y caer de un lado... Al rebotar en el suelo, quedó el cuerpo en posición supina.

Con excepción del caballero de Orleans, que impávido, tal vez temeroso, permanecía en su puesto, todos acudieron á examinar al caballero caído... Los amigos intrusos, espoleados por su curiosidad ardiente, metiéronse en el vedado del Juicio de Dios. Si un instante dudaron, pronto les decidió el ver que de la otra parte violaban la clausura diferentes personas, algunas en traje militar. Algo sucedía de gravedad suma. Cuando llegaron al grupo, destacóse de él Santamaría, y en su rostro moruno vieron los dos amigos la emoción trágica. “¿Herido el Infante?”, murmuró Bravo. Y el levantino respondió que si no estaba muerto, poco le faltaba... Acercóse Bravo codeando; mas de tal modo se apiñaban sobre el caído los ansiosos de examinarle, que sólo pudo ver el cuerpo de rodillas abajo... Federico Rubio, que antes que los dos médicos del duelo había podido apreciar la herida del Infante y su respiración estertorosa, se incorporó diciendo: “No hay remedio. Está espirando..”

Al propio tiempo volvió Halconero sus miradas hacia Montpensier, la contrafigura del duelo terminado, y vió que un señor, en quien pudo reconocer á Solís, secretario y padrino del Duque, le notificaba el terrible desenlace.

El de Orleans dejó caer sus lentes, que quedaron colgando de la cinta, y mientras los cristales devolvían la luz con picantes reflejos, el caballero vencedor se llevó las manos á la cabeza en ademán de desespe-

ración, y al aire salieron de su boca palabras doloridas que oyó tan sólo el secretario. O se lamentaba cristianamente de haber matado al primo hermano de su esposa, ó lloraba viendo desvanecida en humo su ilusión majestática. Fué al lance tal vez con la idea de hacer ante el público sus pruebas de valentía y de honor caballeresco, guardando las vidas de ambos para un reinado de conciliación, de lavatorio en aguas jordanicas. Pero el Destino le había jugado una mala partida. El quería comedia, y Melpómene le había cambiado los trastos. Frente á la catástrofe, Montpensier maldecía su suerte, confundiendo en su consternación los motivos políticos y los humanos. Había matado á un individuo de la Familia Real de España, hermano del Rey consorte, cuñado y primo de la Reina, tío del inocente Alfonso. Pero si la bala de Orleans quitó la vida al Infante, la bala de Borbón, perdida en el espacio, se llevó la corona de Isabel, que ya el esposo de Luisa Fernanda creía poder encasquetar en su cabeza. Con brutal humorismo, el Destino retirábase del escenario, dejando tras de sí las sílabas de su carcajada... ja, ja...

Espirante don Enrique, nada tenía que hacer allí Montpensier. Acompañado de dos de sus padrinos y de uno de los del adversario, se volvió á Madrid. Iba el egregio señor verdaderamente consternado. La gloria de triunfador era poca para sofocar el remordimiento de fratricida. Su ambición,

aliada con sus sentimientos humanitarios, había pedido al Destino una victoria incruenta, un éxito de pamplina honorífica para deslumbrar al profano vulgo. Lloraba el nieto de Felipe Igualdad la desfloración de sus ilusiones, y masticando los amargores de un triunfo desgraciado, entró abatidísimo en el palacio de Lasala... Como no vio que ha tenido que maltratar al hermano de la novia, suspiraba pensando en el estallido de la opinión al siguiente día, ó aquella misma tarde, cuando cundiesen por Madrid las lástimas de la tragedia, y empezase el clamoreo de los que no tienen más oficio que lloriquear por toda víctima y hablar pesates de todo matador.

Pasaron minutos, y los testigos de ambas partes desfilaron mudos y cabizbajos; temían la llegada de la Policía, que desde muy temprano recibió del Gobierno la orden de perseguir á los duelistas... En tanto, de los próximos edículos militares acudían curiosos, y en torno á la víctima se formó un ancho ruedo compasivo y susurrante. Aislado el cuerpo en medio de aquel redondel de mirones, todos podían verle y contemplarle consternados, y el comentario giraba una vez y otra con triste murmullo, por todo el círculo de cabezas. Muchos tenían al Infante por muerto; otros observaban tenues oscilaciones de la vida en su extinción solemne.

El desdichado Borbón tenía la cabeza hundida en la tierra, tal vez por la blandura

del suelo. La mortal herida sangraba en la sien derecha. En la mejilla y en el cuello de la camisa brillaba el rojo de la sangre, que ya invadía el hombro y brazo del mismo lado. El brazo izquierdo, doblado con violencia, desaparecía bajo la espalda; el derecho se extendía rígido, como brazo de cruz; las piernas se abrían; el pie izquierdo aparecía contraído violentamente, con la bota á medio descalzar. En la voltereta que dió el cuerpo, al ser taladrada la masa encefálica por el proyectil, sufrió, sin duda, el pie izquierdo una dislocación formidable... El rostro no se había desfigurado aún, y su expresión mortuoria satisfacía los diferentes gustos de los curiosos. Algunos veían el rencor en el entrecejo fruncido del muerto ó moribundo; otros descubrían en sus labios un intento de sonrisa irónica.

Esto vió Halconero, transido de compasión, y cuanto más le consternaba la tragedia, con más ahinco se clavaban en ella sus ojos. Ningún detalle perdía, ningún objeto accesorio se sustrajo á su tenaz observación. La pistola del Infante estaba no lejos de los pies. El sombrero y guantes á la derecha... Llegó el subdelegado de Orden Público, señor Maestre, y su primera disposición, después de reconocer á la víctima y de darla por muerta, fué requerir á los militares para que facilitaran una camilla en que trasladar el cadáver á un local cercano donde se le instalara con algún decoro, y pudiera ser examinado por los médicos forenses.

Llegaron los camilleros; fué recogido el cadáver, y en marcha se puso la triste procesión hacia la Venta de Retamares. Rodeaban la camilla los de Policía, y detrás formaban acompañamiento los curiosos, gente de pueblo, chiquillos, algunas mujeres que pedían la cabeza del matador. En el cortejo dolorido iban Bravo y Halconero, y éste no podía echar de su mente la página histórica, que había visto antes de que pudiera ser escrita. ¿Era el fin de una raza? ¿Con don Enrique morían la dinastía borbónica y su colateral, la rama de Orleans?... ¿Qué giro tomaría el pleito obscuro de la Interinidad?... No recordaba que ningún Príncipe español hubiese muerto en desafío... El duelo resultaba como una democratización de la realeza... Gran resonancia tendría en toda Europa el suceso del 12 de Marzo, aunque el Gobierno español lo desvirtuara con la fabulilla oficial de que don Enrique había muerto *probando unas pistolas* en el Campo de Tiro. A esta infantil versión contestaría la Iglesia negándose á enterrar en sepultura bendita al pundonoroso y desgraciado Príncipe.

Mientras la Policía cumplía sus deberes en la Venta de Retamares, Bravo intentó convencer á su amigo de que debían abrir un pequeño paréntesis en el duelo, haciendo por la vida... Hasta para llorar y condoler-nos necesitamos vivir sanamente, y la vida y la salud nos piden alimento. Declaró Bravo su buen apetito, y aunque Vicente se

resistió á descender de golpe desde lo espiritual á lo material, al fin pudo el amigo llevarsele á la reparación orgánica. Largo trecho anduvieron por el camino real y fuera de él hasta dar con la Venta de la Rubia, donde un adusto ventero y una Maritornes amable les sirvieron opulenta tortilla con jamón y unas magras carneriles con cartílagos y osamenta, vino peleón, y para postre blandas y melosas torrijas. Probó de todo Vicente con desgana; devoró Bravo, y luego se volvieron despacito al recinto mortuario de Retamares.

Yacía el cadáver de don Enrique en desnudo colchón, que sustentaban desiguales tablas sobre dos derrengados bancos. Flácidas almohadas sostenían la cabeza, que se inclinaba del lado de la herida. La sangre que de ésta manaba se iba empapando en un luengo paño, como toalla, que aplicado por un extremo á la sien se extendía hasta medio cuerpo como culebra roja y blanca. El pie izquierdo estaba descalzo, por haberse perdido la bota en el traslado del cuerpo. Entre las rodillas y los pies se veían el sombrero y los guantes... Golpe de gente había en el mísero local. De rodillas junto al muerto rezaba un sacerdote, que era, según después les dijo Santamaría, el capellán de las Descalzas Reales, señor Pulido y Espinosa. Entre los visitantes reconocieron á Luis Blanc, á Montero Tellinge, á García López y otros calificados republicanos, que iban á rendir triste homenaje al tataranieto

del Duque de Anjou (Felipe V), tronco del árbol hispano-borbónico.

Los mortales despojos del Príncipe sin ventura evocaban memorias históricas, y ponían de relieve sus lazos de sangre con todas las personas de la familia que había cesado de reinar en Septiembre del 68. Era primo y cuñado de Isabel II; tío carnal del niño Alfonso, que los fieles dinásticos habían traído á que reinara en sus corazones; primo hermano de la esposa de Montpensier, lanzado por la fatalidad á un lamentable fratricidio; primo de Montemolín, de don Juan de Borbón y tío en segundo grado de Carlos VII. Fué desdeñado pretendiente de Isabel, por ésta preferido, preferido también por los progresistas; mas rechazado por la Corte y las camarillas reaccionarias. De esta pugna y del desaire resultaron las llagas del corazón, las acritudes de carácter que habían de persistir en el resto de su vida como enfermedad crónica... Fué causa ó pretexto de la revolución gallega, que terminó con los fusilamientos del Carral. Halagado por los del Progreso y admitido con júbilo en los senos masónicos, hizo profesión y gestos de liberalismo que disgustaron á su parentela. Sufrió persecuciones, destierros y desdenes, por lo que su impetuoso ánimo se lanzó á más peligrosas inquietudes. Era hidalgo, valiente, liberal, amante de sus hijos, amante del aura popular. Su historia, desde el 46, en que los vientos de la opinión jugaron con

su nombre ilustre, hasta que murió en una tragedia doméstica, fué agitada y borrascosa, vida de rebeldía constante, de querella irreductible entre la realeza y la popularidad... En el Diario de Vicente Halconero descuella esta frase que no carece de sagacidad histórica: "Tempestad que turbaste á la Familia Real de España con ruidos y conmociones de escándalo, así en el trono como en el destierro, ya pasaste para siempre. Yo te ví exhalar el último soplo..."

X

Volvieron los dos amigos á Carabanchel, donde pasaron juntos la noche. Vicente contó á su madre lo que había visto, esmerándose en la veracidad, bien adornada de los más sutiles pormenores, y poco después anotaba en su cuaderno el sangriento drama del sábado 12 de Marzo. Terminó la velada con el acuerdo de que Lucila volvería con su hijo á Madrid... Y en la siguiente mañana, cuando Bravo y Halconero salieron á buscar coche, toparon de manos á boca, en la carretera, á la menor de las tres damas negras, que el *Carbonerín* con chunga y solecismo llamaba *las ecuménicas*. Era Rafaela Milagro, que había pasado la noche en la casa de su amiga la viuda de Oliván. Como Vicente se asustara del encuentro, Enrique le dijo:

“Pues ayer por la mañana, cuando entraba yo en la calle de Toledo para coger el coche en *la tienda del botijo*, me encontré á la estantigua mayor, la feroz Domiciana... Temblé y me dije: “*Malum signum*. Algo muy grave tendremos hoy.” Ya ves cómo acerté... Serían las nueve cuando salieron con Lucila. La buena señora partió desconsolada, oyendo el tierno piar de la infantil pollería.

Fué para Vicente aquel domingo, 13 de Marzo, día de variadas sorpresas y emociones. Iba por la calle de Alcalá viendo el señorío concurrente á las misas de Calatravas y San José, cuando se encontró de sopetón al coronel Ibero, el cual, después de abrazarle con paternal afecto, le reconvino cariñosamente en esta forma: “Pícaro, no has ido á vernos... Tu madre nos dijo: “Vendrá mañana,” y ese mañana no acaba de llegar... Vivimos con Demetria... Mi cuñada y su marido desean conocerte... “¡Pero ese chico!... ¿Qué hace que no viene?...” Enrojecido de vergüenza, se disculpó Halconero con vagas razones en que puso toda su alma. Y prosiguió Ibero: “Ven pronto, y conocerás á las dos niñas de Demetria... Verás qué monas, qué simpáticas... Y bastante instruiditas...” La confusión de Halconero subió de punto, y su vergüenza le encendió más el rostro cuando vió venir á la señora de Calpeña con sus dos hijas que salían de San José. Las tres llevaban luto por Fernanda. “Aquí las tienes...—dijo don Santiago.—¡Vaya,

que es casualidad!„ Hecha la presentación, se metió Vicente en el berengenal de los saludos, entreverados con excusas, apretando lindas manos, y desenvolviéndose atropelladamente del gracioso enredo en que le ponían la cortesía y la timidez.

En Demetria vió acabado modelo de gracia y afabilidad, y en las dos damiselas, lindas muchachas muy interesantes, si bien harto inferiores al clásico tipo de su prima Fernanda. Acompañando á la noble familia por la calle de las Torres hasta la del Barquillo, dijo Vicente que había presenciado el desafío y muerte del Infante don Enrique; y al comentario que hicieron las damas y el Coronel, éste agregó informes auténticos, transmitidos aquella misma mañana por un testigo presencial, don Fermín Lasala. “Cuando llegó á su residencia, á las once de ayer, el Duque de Montpensier, iba tan atribulado, que los amigos que allí le aguardaban le creyeron herido. Federico Rubio le sostenía; entre todos le llevaron á su habitación... Diéronle á beber tazas de tila con éter, y temiendo una congestión, por la tarde le sangraron... En la noche del viernes al sábado, don Antonio no pudo conciliar el sueño... Redactó un codicilo... Su esposa le había teleografiado estas palabras: *No te batas; despréciale...* La respuesta de él fué: *Nada temas; no pienso batirme...*”

Y la sin par Demetria llevó también su parte de testimonio al suceso del día. “Pepe

Beramendi le dijo anoche á Fernando que el pobre don Enrique confesó y comulgó anteayer en las Descalzas Reales, donde está sepultada su esposa, Elena de Castelví... Lo supo por el propio Capellán de las Descalzas, señor Pulido y Espinosa... Don Enrique llegó hace poco de París: allí tiene á sus hijos menores, internos en el *Liceo Napoleón*... Le amargaba el presentimiento de una desgracia próxima. Vivía solo y aislado en su caserón frío de la Costanilla, donde le visitaban republicanos de los más rabiosos, muchos de ellos afiliados en la Masonería. Contaba el Infante... así lo refiere el Capellán de las Descalzas... que al despedirse en París de la Reina doña Isabel, ésta le dijo: "Si vas á España, primo mío, haz cuanto puedas para que no sea Rey Montpensier." El hombre así lo prometió, y ha cumplido, porque de esta tragedia ha salido el vencedor imposibilitado para pretender una corona que ayer manchó de sangre.... En las despedidas se mezcló profanamente el espanto de la tragedia con el lindo entremés de instar al chico de Halconero á que apresurase la visita. No se preocupara de la hora... De tarde, salían poco; de noche, nunca... Adiós, adiós, y finezas y apretoncitos de manos.

Encantado quedó Vicente, y al retirarse á su casa (que ya se aproximaba la hora de comer), hacía propósito de pagar sin demora su deuda social con tan noble familia. En la calle Mayor se encontró á Segismundo García Fajardo, el cual le dijo que el cadá-

ver de don Enrique había sido trasladado á su casa, donde le embalsamarían para exponerle al público. La *masa popular* proyectaba una demostración de simpatía con su poco de ruido y parambomba. Quedaron en reunirse por la tarde en el Café Universal, para de allí alargarse á la Costanilla y ver lo que pasaba.

Acudió Halconero á la cita, y con Segismundo y otros amigotes de éste, pasó largos ratos de conversación perezosa en aquella parte interior del Universal, que formaba un martillo con salida al portal de la casa, departamento en que se reunían los canarios, servidos por *Pepe el Malagueño*. Era una tertulia de las más amenas de Madrid, compuesta de estudiantes de Derecho, de Medicina y de Caminos, y reforzada por personas mayores curtidas de marrullería y experiencia. Corrieron allí de boca en boca noticias referentes al duelo del día anterior, las unas verosímiles, extravagantes las otras, muchas de ellas transmitidas por el verbo inconsciente del *Malagueño*, que de mesa en mesa llevaba con el servicio sus fantásticos discursos. No ha existido mozo de café que en tan alto grado poseyera el don de las peroratas hinchadas y burlescas para divertir á los parroquianos. “Sé de buena tinta —dijo un chico de Derecho— que el reloj del Infante desapareció mientras estuvo tendido en el campo del honor, antes de la llegada de la justicia...” “Pues á mí me consta (esto lo dijo un caballero viejecito, clérigo

sin hábitos) que con el reloj volaron veinte mil duros en billetes, que del señor Martín Esteban había recibido don Enrique por venta de sus muebles: lo sé por el barbero que afeita al Capellán de las Descalzas Reales.,,

No podía faltar el comento de un discreto canario: "También es ocurrencia ir á un duelo con veinte mil duros en el bolsillo.,, Y el otro completó así su informe: "No le dejaron más que los retratos de sus hijos, y una carta-orden que le dió Napoleón III para su Embajador en Madrid, encargando á éste que velara por la seguridad del Infante.,, "Pues yo sé...—dijo el *Malagueño* en pie frente á los parroquianos.—En la mesa de los bolsistas lo han relatado... Pregunten á los bolsistas que están de cuerpo presente en aquella mesa... Pues yo sé que el Infante escribió á Espartero para que viniese á ser su padrino. Y Espartero le contestó: "allá voy,,... *Vele ahí* por qué adelantaron el desafío... Porque si llega á venir el de Logroño, por primera medida consagra al don Enrique Rey de España por los cuatro costados,,... Y Sègismundo habló así: "Dines, Pepe, ¿no has oído tú que la pistola de don Enrique la cargaron sin bala?,, Y el *Malagueño* respondió besándose los dedos: "Por esta cruz, que nada oí de ese *desacierto*... Lo que sí dijo el jorobeta vendedor de fósforos es que los padrinos volvieron á Madrid un poco *ajumados*, y que Montpensier se tapó la boca con el pañuelo, y luego los ojos,

para que no se le conociera que lloraba cuando vió muerto á su contrincante... Lloró y puso sus gritos en el sol, diciendo: "¡Ay, Dios mío, qué día tan desgraciado!... Yo no quería matarle, sino darle una lección del catecismo... por deslenguado y contraproducente...". El Infante había insultado al Duque con piropos provocativos en letra de molde, sarcasmo y vituperio con las de Caín... No iban á matarse, sino á velar por el honor consabido de mancomún, quedando en situación pacífica, y desagraviados de suyo cada cual. Con un *pim-pum y tente tieso* se cumplía para la visualidad. Pero las pistolas no entendían de fililíes, señores, y hubo la de *caiga el que caiga*. Esto es lo que llamamos tragedia superior... Según viene el tiempo, tendremos tragedia para todo el año... ¡Va!„

Con este grito acudió al servicio de otros parroquianos, dejando á los primeros en el vértigo de sus conversaciones... El voluble Segismundo, que ya se cansaba de aquella forma de ociosidad, propuso á su amigo tomar el aire en un corto paseo. Salieron, y apenas traspasada la puerta del café, vieron tropel de gente que subía por la calle de Alcalá, con voces y risas que les sonaron á motín. El rumor de *jarana* era, en aquel bendito tiempo, el tono corriente del resuello de las multitudes, y los ciudadanos no se asustaban de oirlo. Tranquilos y casi gozosos se metieron entre el gentío, ansiando saber por qué chillaba el buen pueblo de Madrid.

Oyendo aquí, preguntando allá, enteráronse los dos muchachos de que había salido por las calles una manifestación de protesta contra las quintas. ¡Oh, la eterna pesadilla del pueblo español! ¡Neurosis de rabia impotente!... Iban los manifestantes por Recoletos un poco desmandados, cuando acertó á pasar entre ellos el General Prim, que á caballo volvía de su paseo en la Castellana. Hombres y mujeres se arremolinaron en torno al jinete, cortándole el paso... Manos convulsas le conminaron, voces airadas le pidieron que cumpliese los sagrados compromisos de la Revolución.

El héroe se mantuvo sereno y digno; díjoles que ejercitaran con más comedimiento el derecho de manifestación, y picando el caballo, se zafó gallardamente. La multitud no se dió por convencida; siguió tras él... Cerca ya de la Cibeles le arrojaron una piedra, que dió en el anca del caballo... El General vió á tres bigardones con las peladillas en la mano, dispuestos á tirar. A los policías que allí se le agregaron, ordenó que los detuviesen y los llevasen al Ministerio de la Guerra... Total: que en presencia de Prim, los criminales rompieron á llorar... ¡Ellos no habían sido!... Se ignoraba lo que pasó después. Probablemente, el General les pondría en libertad. No era hombre que, por un quítame allá esa piedra, se enfrascara en la devoción del Orden y del sacro Principio de Autoridad.

“Pues anochece ya—dijo Segismundo á

su compañero, —vámonos á San Ginés, á rastrear mi conquista eclesiástica. Pasaremos un rato bueno. Pero no te asustes si en el sagrado recinto nos encontramos á la *Triple Hécate*, como tú dices; que si al entrar tomamos agua bendita, las *Ecuménicas* quedarán desarmadas de sus atroces maleficios.. Allá se fueron gozosos, y llegaron cuando concluía la función vespertina con Sermón y Reserva. En el patio de la calle del Arenal les estorbó el paso el tropel de mojigatería de ambos sexos, y colocados en alisbo junto á un puesto de flores, vieron salir en la última tanda á las tres negras mujeres. Ya sabía Segismundo que en la calle se separarían, partiendo dos hacia la Puerta del Sol, y la tercera en dirección contraria, para reunirse en otra iglesia una hora más tarde, después de cenar. Así fué. Domiciana y Rafaela tiraron de una parte; y cuando la Donata quedó sola, se le agregaron los dos jóvenes para darle convoy hasta su casa.

“Dispénseme la sin par Donata—le dijo Segismundo con fino rendimiento,—si hemos llegado tarde á San Ginés... La culpa es de este amigo, que tenía su arreglito y Cuarenta Horas en el Oratorio del Olivar.

—Déjeme en paz—respondió la dama, tétrica por su obscura y pobre vestimenta, blanca y bella por su faz de Dolorosa compungida.—Ya le he dicho que no me siga, que no me ronde ni me hable en la calle, y menos en la iglesia... Es usted enfadoso, y

trae consigo, aunque quiera disimularlo, un olor de masonería que apesta.

—No soy masón, Donata, ni lo es mi amigo, á quien con todo el respeto debido presento á usted... Vicente Halconero y Ansúrez, de familia noble y cristiana, niño sensato y puro, que por las noches y de mañanita reza el *Con Dios me acuesto, con Dios me levanto*... Si usted nos lo permite, le daremos escolta hasta su santa casa.

—Ni quiero que me acompañen, ni voy á mi casa, don Segismundo —replicó *la Ecuménica*, concediendo á los galanes, por especial misericordia, una leve sonrisa de amabilidad. —Esta noche no ceno, porque las sobrinas del Cura de San Ginés se empeñaron en darme merienda más fuerte de lo que tolera mi estómago... Chocolate del que llaman *macho*, con dos ensaimadas, y encima cabello de ángel y otras golosinas. Puede creerme que me ha quedado acidez y rescoldera... Ya no voy á casa. Esperaré á mis amigas en Santa Catalina de los Donados, tres pasos de aquí, donde tenemos la Novena de San José.

—Por mi fe y mi salvación le juro, hermosa Donata, que poco antes de encontrar á usted estábamos Vicente y yo en gran perplejidad por decidir en qué iglesia gozaríamos la Novena del Santo Patriarca. Y ahora que usted nos indica el modesto santuario de Santa Catalina, ya no dudamos, y allí nos meteremos, que yendo detrás de usted entraremos en la Gloria.

—Embustero, farsante, váyase con Dios, si con Dios pueden ir los masones.

—Hermana, ya le dije que me salí de la Masonería y abominé de sus gatuperios infernales, porque usted así lo quiso. La bella Donata es mi redentora, y yo su hermano espiritual.

—Malos vientos corren para el Masonismo, señor don Segismundo. Ya ve usted lo que le ha pasado á ese pobre don Enrique. Pues esta tarde, en la Castellana mismamente, han apedreado á don Juan Prim. Parece que la descalabradora ha sido tremenda, y que entre cuatro le llevaron al Ministerio de la Guerra, dejando tras de sí un reguero de sangre.”

Díjole Segismundo que el caso no había sido tan grave, y Halconero se asombró de que Donata y sus amigas, que en el momento de la pedrea se hallaban devotamente recogidas en San Ginés, conocieran con tales pormenores lo sucedido en Recoletos.

“En el recogimiento de la iglesia sabemos nosotras todo lo que ocurre —replicó la *ecuménica* con vaga petulancia,— y no aletea en Madrid una mosca sin que el zumbidito llegue á la capilla, á la sacristía ó al confesonario... Y digo más... digo que aun de diabluras y francachelas masónicas sabemos más que ustedes, los que se pasan la vida ganduleando en calles y cafés... De seguro no saben que esta noche hay gran jolgorio y aquellarre solemne en esa casa donde está de cuerpo presente el pobre señor á

quien dió muerte Montpensier, otro que tal... Pues en presencia del propio Infante difunto y condenado, habrá zarabanda con salterio, brindis con cítara ó bandurria, y todas las escandalosas ceremonias que usan esos protervos para ofender á Dios.

—No lo sabíamos—dijo Segismundo afectando sorpresa y gravedad;—pero pues lo decís vos, gentil Donata, ello ha de ser cierto, como Dios es nuestro Padre..”

En esto, llegando los tres cerca de la Costanilla de los Angeles, vieron espeso gentío que estorbaba la entrada por la calle del Arenal. La plazoleta de Santa Catalina de los Donados estaba también favorecida de público... Por la travesía pasaron, y en la puerta de la menguada iglesia se detuvieron para contemplar, en las ventanas de la casa del Infante, la claridad de los hachones funerarios.

“Vicente amigo—dijo Segismundo revisitando de solemnidad su intención picaresca,—penetra sin miedo en esa casa impía, para que veas y aquilates y puedas contar-nos todas las borricadas que hagan esta noche los de la *Acacia*, con triángulo y garatúsas. En esta plazoleta te esperaré, después de platicar un ratito con mi redentora dentro de la iglesita de mis amigos los *Donados*, pues *donado* quiero ser y á la santa fundación entregarme con bienes y persona..” Fué Vicente á la casa mortuoria, y Segismundo, desobedeciendo á Donata que no quería compañía de hombre en los actos de culto, se coló tras ella en Santa Catalina.

XI

Poca gente había en el santuario chiquitín, pues aún faltaba más de media hora para la Novena. Luces, pocas; sombra, mucha; silencio misterioso sólo turbado por el profano rumor que al abrir de la puerta entraba de la calle con soplos de aire frío. Cuatro bultos se veían aquí y allá: eran viejas baldadas y catarrosas, que respiraban con siniestros carraspeos. Al poco rato aparecieron otros bultos, anunciados por la quejumbre chillona de los goznes de la puerta... Las figuras entrantes tomaban posiciones, señalando su presencia con el arrastrar de suelas y el restallido de toses. El altar se destacaba de la obscuridad por saiteados golpes de resplandor en su estofa luciente, y San José, con las velas no encendidas aún, vestidito de fiesta, aguardaba risueño la ofrenda litúrgica, en unas andas domingueras al lado del Evangelio.

Donata oró un rato de rodillas. Los instantes del rezo fueron horas para Segismundo. Al fin, la dama *ecuménica* se sentó en el más delantero de los tres bancos colocados al lado de la Epístola, y el atrevido joven se instaló en el segundo, de donde sin escándalo de los fieles adormecidos hablar podía con ella cómodamente. "Donata—le dijo,

—ya que su nombre indica que usted se ha dado á Dios, yo me llamaré *Donado*, pues por usted, por seguirla como la sigo, religioso y amante, también quiero darme á Dios... ó darme á usted, para que lo vaya entendiendo...

—Cállese, libertino, y repare que estamos en lugar sagrado,—murmuró la hembra piadosa volviendo ligeramente su rostro.

—Me callaré —respondió Segismundo, deslizando las sílabas con susurro,—me callaré después de decir á usted, Donata sublime, que este *Donado* ama á usted con locura, con frenesí... No me culpe á mí; culpe á sus virtudes, á su hermosura, que no tiene igual en el mundo. ¿Quién hizo esa belleza dolorida y arrebatadora? Dios... Pues si Dios la hizo, ¿qué mal hay en que yo la reverencie, en que yo la adore?...

—Desvergonzado, no siga... Me está usted perturbando en mi devoción... Reserve su desatino y sofóquelo... Si usted quiere condenarse, yo no me condenaré por sus arrebatos...

—No nos condenaremos. Usted se salva y á mí me salvará de mis tormentos temporales, peores que los eternos. Sea usted benigna, Donata, y no vea en mí un tipo vicioso, ni un incrédulo enemigo de Dios, ni menos un masón corrupto. Yo me convierto á la fe, y por usted, que es toda pureza y amor, quiero ser su discípulo y su amante... con pureza y arrobamientos. A las personas eclesiásticas entrega usted su alma. No me

lo niegue: conozco la inmensa unción de su espíritu fogoso y pío. Pues aquí me tiene decidido á ser también religioso. ¿Quiere usted ver en mí el aspecto grave, el limpio rostro de las personas consagradas á la divinidad? Pues el aspecto, y la limpieza y la divina compostura verá pronto en este neófito. Abrazaré el estado canónico, y para que acompañen las apariencias á la vocación, mañana mismo, si usted lo manda, me afeitare el bigote, este signo infamante del hombre libre, siervo de una sociedad profana, por no decir atea....

Torció su cabeza la *Dolorosa* más á lo vivo, sin llegar á mirarle, y muy quedamente le dijo: "No me tienta, Segismundo, que si sus errores y las malas compañías le han hecho disoluto, el Diablo le ha hecho simpático. Apague el fuego de sus palabras, y si el de su corazón es como dice, y son sinceros sus propósitos de entrar en religión, ya hablaremos...

—¿Pero duda...? ¿Cuándo llegó á sus oídos la expresión de un amor como el mío? Sometame á cuantas pruebas quiera; impóngame penitencias; oblígueme á mortificaciones crueles, que yo he de cumplirlas, así me valgan y me conforten las potencias celestiales y los santos del día...

—Los santos de hoy—dijo Donata sin ladear la cabeza,—son San Leandro, arzobispo, San Rodrigo, San Salomón, y Santa Eufrasia; los de mañana, Santa Matilde, reina, y la Traslación de Santa Florentina.

Encomiéndese á ellos, y cálmese y espere.” Y á los nuevos parrafillos eróticos que el pícaro silbó en su oído como satánica serpiente, contestó con susurro estas discretas palabras: “Cálmese y espere. Tenga fe y paciencia... No soy persona blanda, ni tampoco puerco-espín erizado de púas. Si tanto me estima, obedézcame... Vea usted: ya encienden las luces del altar; ya se va llenando de gente la iglesia. Váyase de aquí, que pronto vendrá Domiciana, y como me vea y le vea tan cerca de mí, no será floja reprimenda la que me endilgue... Domiciana es mujer de tanta austeridad, que no nos permite hablar con ningún hombre, como no sea en las casas de gente piadosa y honesta á carta cabal. Con el ejemplo nos predica, porque ya sabrá usted que no hay otra que más aferrada viva en la abstención de todo melindre... Rechaza la dulzura, busca el padecer, reniega de los hombres... y ha sabido conservarse virgen.

—No lo sabía—replicó el pícaro;—pero sostendré que es la misma pureza si usted me lo manda. No me coge de nuevas la noticia de su virginidad, que ya me había llegado al alma el olor de sus virtudes...

—Obedézcame, Segismundo: por Dios se lo ruego.

—Obedezco, y aquí dejo mi corazón, Donatá... No quiero que por mí tire de disciplinas la santa maestra virginal, á quien deseo ver pronto en los altares... Adiós, alma y vida mía en lo temporal y en lo eter-

no. Me humillo, me encomiendo al Santo Patriarca, y desaparezco por el foro, anunciando á usted que esta noche, cuando se retire á su casa, calle de Silva, me encontrará. Adiós..”

Arrodillóse, y encorvado devotamente rezongó, dándose golpes en la caja torácica. Luego hizo mutis despacio con quiebro, genuflexión y agua bendita en la misma puerta... En la calle vió gentes que miraban á la casa mortuoria, adorantes del hecho trágico representado en la fúnebre quietud de un cuerpo que nadie podía ver desde fuera. El pueblo hace sus honras frente á una pared callada, ó ante el fulgor de luces que alumbran el camino de la Eternidad, para que no tropiecen los que á ella se dirigen.

En el portal le salió al encuentro su amigo Roque Barcia, y á él se agregó para entrar y subir como por su casa. En la escalera vió á dos ó tres señores vestidos con anticuadas levitas, encasquetado el sombrero de copa (de la moda del año 40), ceñidos de bandas, con el deslucido adorno de un mandil que del pecho hasta más abajo de la cintura les colgaba... En la antesala encontró á Luis Blanc, el cual se lamentaba de que no asistiesen á velar ó siquiera visitar al ilustre difunto los personajes de primera fila, pertenecientes á la Orden. “Ya ves: no ha venido ni vendrá don Juan Prim, que tiene el *grado 33* en el *Oriente de Escocia*; ni Sagasta, que ahora quiere ver olvidada su historia masónica..”

En el salón contempló el cuerpo del Infante en cama imperial de la Sacramental de San Isidro, vestido de vicealmirante. En la cabecera se veía el escudo con las armas Reales, y debajo de éste un paño bordado con signos diversos, descollando en el adorno el número 33 en letras de oro. El cadáver estaba colocado en la línea de Oriente á Occidente, y en los cuatro ángulos de la cama hacían guardia otros tantos individuos con bandas y mandil, empuñando la espada. Parecían estatuas, ó más bien maniquíes, vestidos de levitones demasiado anchos, ó de casaquines que reventaban de estrechos. En los relucientes aceros advirtió Segismundo todas las variedades arqueológicas. Alguno era ondeado, como el que le ponen al Arcángel vencedor de Satanás, y otros procedían sin duda de las panoplias de Zorobabel, ó de Ciro Rey de Persia.

Observado todo esto, se fijó el picaresco joven en las desnudas paredes del salón y en la pobreza de su mueblaje. Cuadros había dos: el uno de cacerías flamencas, grandón, ennegrecido, lucha de perros y venados; otro, un retrato de personaje del siglo XVIII, con peluquín, casacón galonado de plata, y venera de Santiago. Una consola vulgar recientemente barnizada para disimular su vejez plebeya, y algunos sillones de tapicería, de una modernidad de baratillo, hacían juego con la alfombra deslucida y de retazos, sin ningún parentesco con las de Santa Bárbara. Todo cuanto allí se veía daba tes-

timonio de la honrada escasez en que había vivido el infortunado Príncipe, que no quiso doblegarse ante su Real parentela. Digno era de respeto, de tanto respeto como lástima, y su cadáver merecía del pueblo y de los grandes más altos honores.

Pasó Segismundo á otras salas y gabinetes: en uno de éstos halló individuos de filiación ministerial en la política militante. Alguno se aventuró á sostener que no había derecho para sacar á relucir la guardarropía masónica en aquel acto. “Por estas tontunas —dijo Ricardo Muñiz, poniendo cátedra de discreción,—se han alejado de la casa mortuoria las *entidades políticas* de más viso. Por no *hacer el oño* se abstiene la Marina, que hoy se llama *Almirantazgo*, y esto es lo más grave, pues don Enrique de Borbón era, si no me equivoco, vicealmirante. La clase aristocrática, que habría sido el mejor ornamento de las honras fúnebres, también *brilla por su ausencia*, y henos aquí deseando tributar nuestros homenajes á este gran patriota de sangre Real, y temerosos de caer *en el ridículo*.”

En otro grupo halló Segismundo al joven Halconero, y juntos se internaron de sala en sala, huroneando en la fría y desamparada mansión. En una estancia de las más recónditas, próxima á la cocina, vieron al *Carbo-nerín* y á Romualdo Cantera (*el cojo de las Peñuelas*), con uniforme de milicianos; á otros dos de la misma vitola, y á tres de los de levitón, mandil y banda de colorines.

Habían mandado traer vino y cerveza del café de Santo Domingo, y estaban *refrescando*, ó haciendo *salvas*, según el vocabulario masónico. Excitado por la bebida, *Carbonerín* despotricó agriamente contra los del *triángulo*, que con sus artilugios habían hecho del funeral del Infante patriota una mala comedia para niños y criadas de servir. Si él y sus colegas de la Milicia se hubieran encargado de organizar la manifestación de luto, *formando* en el entierro, el día siguiente sería sonado en Madrid... Confirmó y acentuó estas opiniones Cante-
ra, diciendo: "Dennos el cadáver, y yo aseguro que las honras no acabarán en el camposanto. ¿Qué mejor responso para este señor que un toque de *Libertad*, y *Abajo el Gobierno?*", Los del mandil respondían, con cierta gravedad sacerdotal, que el acto debía tener carácter religioso, y ellos á este criterio elevado se ajustaban, entendiendo que lo litúrgico no quitaba lo revolucionario, antes bien, cada uno de los ritos masónicos simbolizaba la destrucción del templo de la farsa para construir el de la verdad.

No interesaban á los dos amigos estas vanas altercaciones, y desfilaron llevándose á Cantera, cuyo pie de palo batía marcha con duro compás al través de pasillos y salas de la triste casona. En la capilla ardiente se toparon de nuevo con Roque Barcia, que en actitud un tanto aflictiva expresaba su duelo, mezclando á las audacias democráticas alguna simpleza sentenciosa de cor-

te bíblico. Su cuerpo mezquino y su cara irregular, más ancha de un lado que del otro, perdiéronse en el gentío, y asimismo se perdió Cantera, fundiéndose en un grupo de milicianos. Libres ya Segismundo y Vicente, tomaron aire escaleras abajo, y se fueron á la calle, ávidos de franquía para correr á sus anchas. Halconero quería cenar; Segismundo también necesitaba un buen reparo del organismo; pero no desistía de acechar el paso de Donata cuando se recogiese á su vivienda. De una breve discusión brotó esta luz: ojear durante un cuarto de hora en la calle de Silva, y si la res no parecía, irse á cenar al café de la Luna... La suerte favoreció á los galanes, porque á los diez minutos de medir la calle, vieron que la incierta luz de un farol sacaba de la obscuridad el bulto negro de la linda *ecuménica*.

Al instante se le pusieron los dos al costado, y Segismundo, con elocuencia desco-
cada y mística, repitió sus endechas amorosas, pidiendo compasión á la santa mujer. Cumpliría ésta las obras de misericordia *dando posada al peregrino*, admitiendo aquella noche en su domicilio venerable al dolorido galán y catecúmeno. De tal desvergüenza protestó airada la bella santurrona, persignándose y rompiendo en estos anatemas: "Quite allá, insolente, deslenguado, y no me provoque á maldecirle y aborrecerle.

—Perdone, hermana y redentora... Si as-

piro á recogerme donde usted se recoge—dijo el pícaro con sutil argucia,—no es por mala idea, ni por acicate de concupiscencia; es por un intenso anhelo de que mi espíritu more junto al espíritu de usted y con él se compenetre, unidos en la oración y escondidos en un mismo cenáculo. Si he faltado, sea mi señora indulgente, y ofrézcame que me concederá otra noche el favor que le pido.

—Otra noche tampoco podrá ser... ¿Cómo va á poder ser eso que pide?—replico ella en lenguaje de persona sensata, que mide y pesa los obstáculos materiales más que los espirituales. Y volviéndose hacia Vicente, prosiguió así:—Convénzale usted, señor de Halconero; usted que parece más razonable que su amigo. Yo les agradeceré que se retiren y me dejen entrar en mi casa sin más paradas ni conversaciones. Aunque parece que no hay testigos, puede haberlos... En ninguna parte está la inocencia libre de sospechas.,

Para sosegarla afirmó el tuno que los ojos inquisitoriales de Domiciana no llegarían á la escondida calle donde á la sazón se hallaban los tres. A lo que respondió Donata que la maestra, como virgen y exenta de pecados, poseía un saber prodigioso y cierta divina inspiración que le permitía ver lo distante, y penetrar en el porvenir obscuro. “Esta noche—añadió—nos ha causado un miedo espantoso con su flujo de adivinación. Al través de las paredes de la casa del infelicísimo don Enrique, ha visto los horri-

bles actos sacrílegos de los masones, y ha oído sus blasfemias, burlas y rugidos infernales. Luego nos ha dicho que en este año se han de ver los efectos de la grande ira del Altísimo por los ultrajes que se le hacen en esta Nación perdida y en otras. Dice que si hoy la piedra lanzada por el pueblo no ha matado á Prim, piedras ó balas volarán que lo maten, pues ya está llamado á dar cuenta estrecha de sus acciones malas... Afirmaba también, como si lo viera, que en este año maldito ha de correr mucha, pero mucha sangre de cristianos, justo castigo de esa pestilencia que llaman el Pensamiento Libre.

—Nosotros—dijo Halconero—nos inclinamos ante las profecías de la venerable dama huesuda y zanquilarga, y pedimos á Dios que esa sangre de cristianos que ha de derramarse no sea la nuestra. Y ahora, Segismundo, acompañemos respetuosamente á esta señora hasta la puerta de su casa, y vámonos á cenar, que estamos desfallecidos..

Así lo hicieron, y Segismundo extremó sus amorosos aspavientos en la puerta, que muy á pesar suyo no podía franquear.

“Donata, como buen creyente—murmuró apretándole la mano,—yo siempre espero... La fe y la esperanza están en mí. Sólo me falta la caridad que veo en usted sin poder alcanzarla.

—Si es usted razonable, Segismundo—dijo la negra dama *Dolorosa*, abandonando sus dedos inertes en la cálida mano del

joven,—seguiré estimándole; no le diré que ponga punto en la esperanza. Adiós; una cosa les recomiendo al despedirles: que no vayan mañana al entierro de ese Príncipe masón. Habrá palos, correrá la sangre de culpables y de inocentes... Domiciana lo ha dicho... Sangre inocente es la que lava... Adiós, pollos alocados, adiós.,

Y con un saludito de su mano bella se metió en un portal lóbrego, muy cercano á la iglesia del Cristo de la Salud.

XII

“Esta pájara —decía Segismundo, calle arriba—hace siempre su nido en casas de clérigos. Hay que asaltar el nidal, ó sacarla de él con arte mañoso, y luego dejarla libre para que busque otro sagrado refugio, que hallará al primer vuelo.”

En el café se encontraron á Felipe Ducazcal, que también allí cenaba con algunos amigos militantes en el famoso bando de la *Porra*. Y el capitán de ésta, coincidiendo con la *ecuménica*, vaticinó que en el entierro menudearían los palos, por causa del metimiento de los masones en acto tan serio. “Si queréis libraros de un porrazo—agregó con su habitual petulancia,—*veníós á la Porra*.” Luego llevó su tributo al inagotable caudal de comentarios sobre la tragedia del día 12.

Como dijera uno de los presentes que ninguna persona de la familia del Infante se hallaba en Madrid, Felipe afirmó que el hijo mayor, llamado también Enrique, subteniente de Húsares, no había salido de la Corte. En la mañana del domingo tuvo sospechas de que su padre se batía con Montpensier, y salió á caballo acompañado de su primo, el hijo de Güell y Renté, dirigiéndose á los Carabancheles. En el camino encontraron al de Orleans que volvía de la tragedia, con su séquito de médicos y padrinos... Siguieron los dos jóvenes, y antes de llegar á donde querían, alguien les enteró del funesto desenlace. Ciego de ira, volvió grupas el que ya era huérfano, con la temeraria idea de alcanzar á Montpensier, retarle á un juicio de Dios, repentino, sin trámites ni etiquetas ociosas, y arriesgar su vida juvenil en el empeño de vengar á su padre... Amigos y deudos le atajaron en esta generosa insensatez, y cuando su coraje se deshizo en un dolor sin consuelo, le llevaron á la casa de su tío el Duque de Sesa.

Muy al tanto de la vida y andanzas de don Enrique estaba el fantástico Ducazcal, ó lo decía y aseguraba, declarándose íntimo del desgraciado Borbón. Todo lo sabía, y con desenfado airoso hacía las veces de Historia palpitante. "No están en lo cierto los que asignan á mi amigo cincuenta años de edad; sólo tenía cuarenta y siete, pues nació en Abril del año 23... Sus hijos menores don Francisco y don Alberto se hallan en París,

en el *Liceo Napoleón*, que antaño se llamó de *Enrique IV*. La niña, doña María del Olvido, que sólo cuenta diez años, allá está también, en uno de los mejores colegios de señoritas. Y en París viven, al cuidado de los hijos, los criados fieles del Infante, Camilo Carsy y Eugenia Saint-Blancat... A los dos les he conocido y tratado bastante aquí. Son excelentes, y de inquebrantable adhesión á la familia... Don Enrique vino á Madrid con ánimo de cerrar el paso á la candidatura Montpensier. El mismo me ha referido lo que le dijo doña Isabel al despedirle... Porque habéis de saber que la Reina le quiso siempre... ¡Ay, qué cosas os contaría si tuviéramos tiempo por delante! Yo lo sé todo... Las desavenencias en la familia, las amarguras y reconcomios de este caballero vienen de que debió casarse con Isabel... Pero entre la Cristina, Luis Felipe de Francia y el *Espadón* de acá, deshicieron la obra santa del amor para urdir la de la maldita razón de estado....»

Interrumpió Segismundo á Felipe con estas cortantes razones: “Todo eso que nos cuentas es información de segunda mano, pues no fuiste tan amigo del Borbón como dices, ni poseíste su confianza. No eres más que portavoz del Capellán de las Descalzas, señor Pulido y Espinosa, el cual me ha contado también á mí lo que acabamos de oírte. No te des tono, haciéndote pasar por fuente histórica. Tú y yo no somos más que los primeros bebedores de las aguas de la verdad.

—Pues me has descubierto, querido Segismundo—replicó Ducazcal con llaneza y frescura, —declino mi originalidad... Es muy desairado contar de referencia. Sin pensarlo se hace uno el *propio cosechero* de las noticias de importancia. En fin, lo dicho dicho, bajo la fe y autoridad del Capellán señor Pulido. Por él sabrás tú, como yo, que uno de los mejores amigos del Infante ha sido Espartero.

—Y que don Enrique conservaba cartas del ex-Regente, llenas de respeto y cariño. Una de ellas, escrita el 48 en Londres, es digna de pasar á la Historia. Ambos se hallaban desterrados en distintos países. El moderantismo furioso mangoneaba en España...

—Y en su carta al Infante, Espartero le decía...

—Le decía... Ya no me acuerdo .. El señor Pulido retiene en su memoria las ideas, mas no los conceptos...

—Lástima que esa carta se pierda...

—Se perderá. La muerte del hombre—dijo Segismundo con triste sagacidad,—suele apagar todas las luces que iluminaron su vida..”

Por fortuna, no se apagó aquella luz, y el narrador puede alumbrar con ella el cuerpo exánime del Príncipe sin ventura. La carta de Espartero dice así: “Serenísimo Señor: Cuando el infortunio que á tantos españoles agobia alcanza también á Vuestra Alteza, considero un deber manifestar

el profundo sentimiento de que me hallo poseído al ver arrojado á un país extranjero al Príncipe adherido á la causa del pueblo... Consagrado yo al servicio de la Patria, he cuidado poco de los bienes de la fortuna. No me es dado por lo mismo el hacer ofrecimientos espléndidos. Pero si lo que yo poseo puede contribuir á suavizar la suerte de Vuestra Alteza, disponga de ello con tanta franqueza como yo empleo de sinceridad en ofrecérselo... Ver á Vuestra Alteza restituído á la Patria con la consideración debida á su alto rango, es el deseo ardiente del más atento y respetuoso servidor de Vuestra Alteza, cuyas manos besa.—El Capitán general, Baldomero Espartero.,

Lo demás que hablaron Segismundo y Halconero en la ociosa compañía de los *cachiporros*, perdióse en el vago aire de las tertulias cafeteras. Al siguiente día, lunes 14 de Marzo, encontramos á nuestro amigo Vicente en la casa del Infante, esperando la salida del entierro. Sobre el ataúd cerrado se había puesto un crucifijo de bronce, el sombrero y la espada de vicealmirante; los emblemas masónicos habían desaparecido. En marcha se puso la fúnebre procesión... El día era ventoso y claro. En la calle no faltaba gentío popular; coches de lujo había muy pocos; personajes de viso, tan sólo el Duque de Sesa, el hijo de Güell y el Capellán de las Descalzas, que presidían. Uniformes de Marina no se veían por ninguna parte; altos funcionarios tampoco. Algunos

respetables sujetos de la Masonería salieron con bandas y mandiles; pero pronto hubieron de quitárselos y esconderlos, obedientes á un mugido del pueblo acentuado por las mujeres. Contó Segismundo que una desaforada hembra de Lavapiés había gritado: *Que se metan el faldón de la camisa.*

Por entre ringleras de curiosos iba la negra carroza, paseando su desairado acompañamiento, que era en verdad bien pobre para difunto de estirpe tan alta. Lo que llamamos *mundo oficial* se había quedado en sus cómodas oficinas, la Grandeza en sus palacios, los caballeros de la Armada en el pontón anclado en calles que llamamos Ministerio de Marina, el Ejército en Buenavista, la Milicia Nacional en sus ociosidades bullangueras, las Autoridades embozadas en sí mismas, y los ricos, que colectivamente designamos con el nombre de *alta banca*, retraídos en el sagrado de su cuenta y razón. El pueblo solo asistía, melancólico, desorientado y sin arranque, en masas no muy nutridas, pues no se le había preparado para el acto. La sociedad revolucionaria que en aquel año imperaba, se mantuvo perpleja y muda, asustada de los arrumacos masónicos. Era tarda en formar criterio; su cerebro hallábase atarugado con las mareantes disputas por los candidatos al trono, y con el más enconado litigio de la forma de Gobierno. El mundo aquél de la Interinidad había caído en honda modorra, congestionado por sus pasiones furibundas. No hacía

más que rumiar sus ideas, como un buey soñoliento.

Vicente y sus amigos iban contando las personas conocidas asistentes al entierro: Montero Telling con sus barbas de Isaías, García López con su atildada frialdad, Díaz Quintero, Sánchez Borguella, Barcia, Blanc, Bernardo García y otros muchos de significación radical. Los de la cuerda templada se podían contar por los dedos de ambas manos... En la Puerta del Sol hubo un poco de atasco y barullo. El coche fúnebre se paró junto al pilón, y en la muchedumbre que en dos filas se apiñaba se iniciaron carreras con tumulto y chillidos. Por fortuna se calmó pronto el oleaje. Del grupo bullicioso en que Halconero iba, se separaron, por oscilación mecánica de la multitud, Segismundo, Ducazcal y otros jóvenes, quedando solos el hijo de Lucila y Enrique Bravo.

En la corta parada, Bravito sacudió el brazo de Vicente, dirigiendo la atención de éste hacia unas mujeres que formaban en la primera tanda de apretados mirones. "Allí tienes—le dijo,—á la Eloísa, con *Paca la Africana* y otras tales. Míralas: nos han visto y se ríen. La Eloisilla rompe filas para venir á hablarte... ¡Pobrecilla! La tienes muy olvidada., En efecto: á Vicente se acercó una linda joven de esbelta figura y agraciado rostro, y sin melindre se le colgó del brazo, soltándole estas acaloradas expresiones: "¡Bandido, ladrón; tres siglos,

tres meses sin ir á verme! Desde el día de los Inocentes no he visto á mi *Vicentibiris*. ¡Faltón, perdulario, *ingratibiris!*„ Su lenguaje era como el de los pájaros, su acento sentido y risueño: á un tiempo le reconvenía y le acariciaba.

Halconero estrechó con afecto la mano blanca, y por un instante admiró el bello rostro de exquisito corte y finura, los ojos azules, la expresión inocente de la pobre mujercita en quien se juntaban las apariencias angelicales con la moral más desconcertada. Eloísa siguió así: “No te suelto si no me juras por tu salvación que irás á verme. ¿Te espero, *granujibiris?* ¡Tres meses sin acordarte de tu *silfidibiris*, tan *chalá* por tí!„ Afable y cariñoso le contestó Vicente que sí, que á verla iría prontito, y diciéndolo pensaba en las cosas que le habían pasado en aquel lapso de tres meses: el conocimiento con Fernanda, su admiración de la hermosa mujer trágica, su pasión repentina, las ansias de aquellos lúgubres días de Enero, la muerte, en fin, del *Lucero de la tarde*... No hubo tiempo para más, porque el carro fúnebre siguió, avivando la marcha, en dirección de la calle de Carretas. Halconero se despidió de la grácil y tierna Eloísa; despidióse también Bravito de la *Africana* y de las otras, echándoles familiares saludos, á que todas contestaron con gestos y sonrisas de picante franqueza.

Dejándose llevar en la pausada corriente del entierro, el hijo de Lucila no podía

echar de su mente á la sentimental diablesa, parecida externamente á los ángeles, y dió en traer á la memoria el cómo y cuándo de su conocimiento. Fué por Todos los Santos. Bravo había sido el introductor. Sobre vino del primer encuentro un ardiente apego por una parte y otra. Halconero se dejaba colar por simpatía y también por estímulo cerebral, procedente de sus amores literarios... Realizaba la *Vida de Bohemia* y otras vidas de cortesanas remojadas en el Jordán de la poesía... La pasión de ella era más intensa, más arraigada en el corazón. Decíale á Vicente que le *amaba con locura*, y éste pudo creerlo en algunos instantes... Al fin, tras devaneos y embriagueces que no duraron más de cincuenta días, el galán vió á Fernanda y contrajo la grande y definitiva dolencia de amor, con fiebre y delirio. Las relaciones corporales con Eloísa quedaron desde aquel punto cortadas bruscamente y disueltas en el olvido.

Reapareció de improviso la graciosa *silfidíbiris* en el fondo de un cuadro fúnebre, y la visión despertó en el guapo mozo memorias que no eran desagradables... Eloísa encarnaba en su persona la más absurda paradoja que pudiera imaginarse, pues su depravación pública no se acomodaba con la fineza ideal de su sér físico. Inmóvil y callada, era un perfecto tipo de distinción aristocrática; la palabra y el gesto descomponían el artificio, y ya no era más que un sér desgraciado, errante en el labe

rinto de las liviandades del hombre. Con estos pensamientos enlazó el joven otros pertinentes al vacío sentimental de su alma. Acordóse de la señora y niñas que en la calle había visto el día anterior... En falta estaba con Gracia lo mismo que con Deme- tria, y más aún con el amadísimo don San- tiago, padre del *Lucero de la tarde*. Hizo, pues, ante su conciencia juramento de pa- gar sin perder día la deuda de urbanidad.

En la calle de Toledo, donde el duelo se despedía, redujose bastante el acompaña- miento. Halconero y Enrique siguieron en simón hasta el camposanto, y reunidos allí con los amigos dispersos, entraron tras el cadáver hasta el lugar del sepelio. Domi- naba en la concurrencia la humanidad de chaqueta ó blusa, y el recinto lúgubre y los fríos patios, embaldosados de rotas lá- pidas mortuorias, se animaban con tanto ruido de pisadas enérgicas y de vivo len- guaje... Antes de encasillar el cuerpo de don Enrique de Borbón en un nicho de la horrible estantería sacramental, le rezó un responso el señor Pulido, rodeado de los pa- rientes y allegados del muerto. El susurro de las preces dió al acto severa solemnidad... Gemían los goznes del negro portalón de Ultratumba...

Fuera del cementerio, mientras las cabe- zas del duelo requerían sus coches para vol- verse á Madrid, el pueblo se derramaba por los cerros próximos á la ermita del Santo, juntándose con innumerables gentes que

subían de la pradera. Y si en las exequias del Príncipe de Borbón faltó la militar pompa y enmudecieron cañones y fusiles, en cambio estalló ruidosa tempestad popular con truenos y relámpagos oratorios. Aquí y allí lanzaron sus anatemas improvisados tribunales, y de la turbamulta se destacó al fin uno que impuso atención y silencio, soltando á los aires su voz bien timbrada y sus detonantes razones. Era Luis Blanc, joven que por su apellido parecía revolucionario francés, y lo era español de los más desahogados y atrevidos. Pequeño de cuerpo, de rostro agradable y sugestivo, completaba su persona con una palabra audaz que se disparaba sin saber á dónde iba.

Empinándose sobre las ruínas de una tapia, empezó diciendo que hablaba por obedecer al pueblo soberano... Hablaba para manifestar ante el pueblo que su presencia en aquel sitio no significaba que acompañase á un Borbón á su morada postrera; significaba el respeto á un español muerto por la mano de un francés... Don Enrique había perecido de un modo misterioso, cuando ya estaba secretamente elegido Presidente de la República... Griterío aterrador y palmoteo acogieron estas palabras: el aire quemaba, la tierra se estremecía con el ardiente resuello popular. Calmó Luis Blanc los atroces vientos recomendando que se disolviese la reunión con el mayor orden. El pueblo no es enemigo del orden, y lo reclama y practica en el ejercicio de las

sacrosantas libertades. "Orden, señores, para que no digan... para que no vengan diciendo que somos la demagogia, que somos el libertinaje..."

A pesar de la sensata indicación del orador, el pueblo no se retiraba con la debida compostura, ni cesó el relampagueo de protestas y tronio de aislados discursos. Del tronco de un árbol caído hizo púlpito un imberbe mozo, y emprendió con voz fogosa y ademanes epilépticos el panegírico de la Santa Masonería. Alelados le oían hombres y mujeres, y él se arrancó con este atrevido pensamiento: "Pío IX se tiene aún por francmasón, aunque hace tiempo se le borró de los cuadros jerárquicos de la Orden, por considerar al Rey de Roma incompatible con la fraternidad humana. ¿De qué os asombráis? ¿Por qué abris con estupor de ignorancia vuestras bocas? Meditad en lo que digo, y la razón entrará en vuestros oscuros entendimientos. No me miréis con ojos atónitos. Sobre las aguas turbias de la ignorancia flota la verdad... Si buscáis á Dios en el fanatismo sacerdotal, nunca le encontraréis... Buscadle en las almas sencillas de los que sufren, de los que lloran... Vuelvo á deciros que Pío IX es francmasón. ¿Y por qué no ha de ser francmasón el llamado Papa, habiéndolo sido nuestro padre Adán, Moisés y el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, que extrajo de los libros masónicos todo lo bueno que encontramos en los Evangelios?..."

XIII

“15 de Marzo. — Obediente á su madre Lucila, obediente á su conciencia y á un vago deseo de embellecer la vida, llamó Vicente Halconero á la puerta de la casa en que moraban los Iberos y Calpenas (calle del Barquillo). Eran las cuatro de la tarde. Los señores habían ido de paseo. Volvió el caballerito por la noche, después de comer, y á todos encontró, y de todos fué recibido, con alegría cordial. Abrazado tiernamente por Gracia, estuvo á punto de llorar viendo la aflicción de la pobre madre. Demetria le habló de Lucila, encomiando con ardor su belleza, su dulce trato, y reconociéndose igual á ella en el gusto de las artes del campo y en la chifladura de sacar pollos. Ibero y don Fernando, tocando la tecla política, pidieron á Vicente noticias del mundo plebeyo, federal y masónico que frecuentaba, dándole á entender delicadamente que en tal sociedad no hallaría nunca su ambiente propio un espíritu cultivado.

Después de picar en diferentes asuntos, los dos caballeros se fueron á la tertulia de Beramendi. Entraron otras personas, que luego se darán á conocer, y Vicente pudo platicar aparte con las niñas Pilar y Juani-ta. Ambas le cautivaron por su exquisita

educación, en que se armonizaban la gravedad y la soltura. Sin ser beldad estupenda, Pilar lo parecía por la esbeltez de su talle y la admirable composición de su rostro, en el cual, con facciones vulgares, se producía un hechicero conjunto. La blancura de su tez y el opulento cabello castaño eran los toques definitivos de su linda persona. Más pequeña de talla y menos viva que su hermana era Juanita, que aún no llevaba al ras del suelo la falda de su vestido. En los ojos de ambas veía el buen Halconero un fugaz destello del mirar de Fernanda; llegó á creer que el alma de la trágica damisela jugaba al escondite con el alma de sus primas, así cuando éstas reían como cuando se ponían serias.

Al poco rato de vago charlar con el nuevo amigo de la casa, reveló Pilar su genio sutil y vivaracho... Mejor que describiendo y perfilando sus caracteres, el narrador dará existencia real á las niñas de Calpena, dejándolas que hablen y se presenten á sí mismas. "Oiga usted, Halconero—decía Pilari—ya sabemos que se pasa usted la vida tragando libros franceses, ó libros ingleses y alemanes traducidos al francés. Dice mi padre, y no se ofenda, que tanta lectura extranjera podía indigestársele á usted. Nosotras, como nos hemos criado en Burdeos, hablamos el francés lo mismo que el español. Y tan lo hablamos, que mi hermana, como usted habrá notado, arrastra un poquito las erres... Pues mi padre, que es el

hombre más español que se conoce... entre paréntesis, sepa usted que le gustan muchísimo los Toros y no pierde corrida... pues mi padre, como le digo, nos ha quitado aquí todos los libros franceses que traíamos, dejándonos tan sólo dos ó tres... y nos ha obligado á leer el *Romancero* dos veces, tres veces el *Quijote*, y de lo moderno nos tiene á ración diaria de las *Leyendas* de Zorrilla y de las *Doloras* de Campoamor... Veo que usted se ríe... Sin duda, nos tomará por unas brutas... Ea, no se nos vaya á enfadar por eso... Y si se enfada, ¡qué hemos de hacerle!... Ya sé que usted se surte de ilustración en la librería de Durán. Lo que le digo es que hace días fuimos allá nosotras á comprar las *Novelas Ejemplares* de Cervantes... y no las había... sí, las había; pero no más que en una edición grandota, que cuesta cuarenta duros.”

Risueño y encantado, les contestó Vicente que el españolismo literario de sus nuevas amiguitas significaba una hermosa revelación. Ya comprendía que él, por tan aficionado á lo extranjero, era el verdadero *bárbaro*, y que de ellas tomaría lecciones: sería su discípulo...

“Oiga, Vicente, oiga...—dijo la menor.— Ya sabemos que es usted aficionado á la Mitología. Nosotras tenemos un libro chiquitín francés de *esas cosas*... con algunas láminas... Yo soy muy mitológica, y me entretengo con las mentiras de aquellos dioses pícaros, y de aquellos héroes... ¡Ay,

qué líos arman!... Yo digo que son hombres poéticos... Lo que más me llama la atención es que Neptuno, con su corte de ninfas, pudiera vivir dentro del mar... La verdad... ¡qué lindas son las Musas... y el tal Cupido, qué mono!„

Vicente se declaró también mitológico, y diciendo á sus amiguitas que el libro de ellas era un manual insignificante, ofrecióles el suyo, y cumplió á la noche siguiendo regalándoles su grandiosa obra de *Mitología Griega*. Después de hojearla, viendo las admirables estampas, Pilar pasó por lentas gradaciones á otro asunto. Habló de su prima Fernanda, y con expansiva crueldad puso sus delicados dedos en la llaga que aún sangraba y dolía. No pudo Halconero evadir la triste conversación, y con austero laconismo y sinceridad hizo á las niñas un resumen de su breve y tiernísima historia, desde que conoció al *Lucero de la tarde* hasta que lo dejó encerrado en el nicho de San Justo. Juana oyó el relato mirando al historiador con asustados ojos, y Pilarita derramó no pocas lágrimas. Al punto dijo: “Yo quise á Fernanda después de la tragedia tanto ó más que antes la quería... Pero no hablemos de esto ahora, que ya mi tía Gracia nos está mirando... Tú, Juana, discurre algo que nos haga reir... y usted, Vicente, cuéntenos otras cositas de su vida que no sean dolorosas.”

Y en la tercera visita, ya establecida una discreta confianza, Pilar dijo al caballero:

“Esta noche, señor don Vicentito, tengo que pedir á usted un favor.

—Concedido antes de saber lo que es.

—No se comprometa tan pronto. Tenga cuidado, que si le cojo la palabra, no va á tener más remedio que cumplir... El favor será para mí de gran precio; pero si usted se pone tontito y no quiere concederlo, tendré paciencia, y por ello no hemos de enfadarnos... Con que no suelte prenda y pregúnteme qué favor es... Pues es... Ya está rabiando porque se lo diga... Bueno: rabie una chispita más... No, no quiero que se caliente esos cascos tan llenos de ilustración... Allá voy... Sé que usted ha escrito un *Diario*... Lo empezó el 1.º de Enero, y en él ha ido apuntando todas sus impresiones, todos sus secretos... Sé que á nadie ha dejado ver el librito de esas memorias... Pero alguien que le quiere á usted mucho lo ha visto, y á mí me han entrado ganas de verlo también... Soy muy impertinente, ¿verdad? ¡Ay, pobre Vicentito! ya le cayó que hacer..”

Sorprendido y desconcertado, respondió Halconero que su *Diario* no era más que un juguete de estudiante... No quería que nadie lo viese... Lo había escrito sin reparar en las incorrecciones, amontonando idea tras idea, dejando correr lo absurdo entre lo razonable... A esto dijo Pilarita: “*Ahora lo comprendo todo*. Usted no quiere enseñarme su libro, porque en las últimas fechas ha puesto algo que va con nosotras... por ejem-

plo: Hoy, día tantos, he visto en la calle á esas desaboridas señoritas de Calpena, y...

—Sí, sí—replicó Vicente;—pensaba poner eso y algo más: que las niñas de Calpena me resultaban atrozmente antipáticas... Pero me ha faltado tiempo... Todo se andará; y ahora, pues empecé mi palabra, le traeré á usted lo que desea para que se ría de los disparates que pensé y escribí... Sólo pongo una condición. Que usted me devuelva el *Diario* después de leerlo, ó que lo queme, ó que lo guarde, sin enseñarlo á persona viva.,,

Aceptada por Pilarita la triple condición, Halconero le llevó á la noche siguiente el arca de sus secretos, con lo que bien pudo decir que le había entregado su alma.

En los comienzos de su intimidad con los Iberos y Calpenas, no iba Vicente todas las noches á la casa de la calle del Barquillo. Pensaba, con buen juicio, que no era delicada la puntualidad. Mas transcurrida una semana, suprimió por consejo de su madre los discretos paréntesis, y quedó *abonado* á la tertulia y al dulce platicar con las donosas niñas. De ello se holgaba enormemente Lucila; que así se iba desprendiendo el chico de las groseras amistades, para entrar de lleno en el mundo y sociedad que le correspondían. Y él apreciaba ya las ventajas del cambio, dándose cuenta de una feliz transfusión de sus ideas. El vacío sentimental se le disminuía gradualmente, y su alma descansaba de los tormentos del pen-

sar solitario, devorándose á sí mismo. Cesó además en la febril lectura, que ya tragado había bastante alimento en letras de molde, y se sentía mejor nutrido con la fácil asimilación de las letras vivas, hechos y personas.

Y no se concretaba el joven al cuchicheo galante con Pilar y Juanita, y otras agradables damiselas, las de Trapinedo, las de Lantigua, las de Monteorgaz; sino que se metía en el ruedo político formado por el Coronel y don Fernando con diferentes señores de grave continente y charla sesuda. En la mayoría de éstos advirtió Halconero la tendencia alfonsina. Sin rechazarla como solución que impusiera la dura necesidad, Calpena reservaba su preferencia para un príncipe de la casa de Saboya, si teníamos la suerte de vencer las dificultades de España y escrúpulos de Italia.

A la semana de trato, alguna tarde paseaba Halconero con Demetria y sus hijas, haciéndose el contradizo en la Castellana ó en el Retiro. Y antes de estos gratos encuentros, don Fernando le hizo el honor un día de pasear con él en el Prado y llevarle después al Congreso, á ver de cerca la comedia política, que ya era familiar y soporífera, ya de intensa vibración dramática. Por cierto que el señor de Calpena le cautivaba por la delicadeza y distinción de su trato. Era sin duda la persona de más noble prestancia que Vicente había visto en su vida. Por algunos días rondó su mente

la idea de asemejarse al modelo con una discreta imitación; pero luego hubo de caer en la cuenta de que para realzar la nobleza ingénita de su sér, le bastaría la proximidad al maestro sin necesidad de copiarle servilmente.

En una de sus visitas al Congreso, tuvo el hijo de Lucila la suerte de presenciar la famosa sesión que en la historia parlamentaria quedó con el nombre de San José, porque empezada en la tarde del 18 de Marzo, no acabó hasta la madrugada del 19. Don Fernando, que con él estuvo en la tribuna, se cansó del largo debatir, y se retiró á las nueve de la noche con la presunción de que Prim perdería la batalla. Ibero volvió después de comer, y lo mismo hizo Halconero... Vivamente se interesaba don Santiago por el Jefe del Gobierno, con quien había reanudado antiguas amistades, y eran de esas que toman su fuerza del compañerismo militar, en juveniles andanzas de guerra con gloria y peligros. Tenía Ibero á Prim por su segundo ídolo, pues como primero figuraba siempre en su alma el Duque de la Victoria, y al llegar aquella comprometida ocasión en que peligraba la supremacía política del hombre de los Castillejos, no tenía sosiego hasta ver qué daba de sí el fiero empuje de las revoltosas mesnadas con quienes tenía que habérselas el bueno de don Juan.

Mientras Halconero permanecía en la tribuna aguantando el nublado de discursos, don Santiago andaba de físgoneo en el Sa-

lón de Conferencias y pasillos, asomándose á ratos á las mamparas, de donde apreciar podía el giro del combate... Véanse ahora las causas, véanse las ambiciones que movían todo aquel cisco. Estaba el Gobierno á la cuarta pregunta. ¿Cómo tapar los agujeros abiertos en el Tesoro por las recientes sublevaciones carlista y federal? ¿Cómo acudir con hombres y dinero á la urgente obligación de atajar á los insurrectos cubanos? No hubo más remedio que sacar el dinero de debajo de las piedras, y las únicas piedras que guardaban á la sazón el dinero buscado por España eran un grupo de negociantes, que usureaban con el rótulo de *Banco de París*. No tenía Prim otro santo á quien encomendarse, y aceptó su auxilio, no porque fuera bueno, sino porque era el único que en aquel temporal de descrédito se le ofrecía.

En estos apuros del Gobierno y en lo que éste hacía para dominarlos por el momento, vieron los unionistas la mejor coyuntura para dar el encontronazo á sus aliados los progresistas y demócratas. Juntos habían hecho la revolución; en dulce contubernio habían gobernado desde Septiembre del 68; llevaba Prim mucho tiempo con la mano potente en la caña del timón. En su belicosa actitud, los unionistas y conservadores vieron el cielo abierto con el apoyo que les daban los federales echando del lado conservador la cuantía y el peso de sus votos. Porque los federales de aquel tiempo, como

todo partido español avanzado, padecían ya el mal de miopía, ó sea el ver de cerca mejor que de lejos. Jamás apoyaban á sus afines; en éstos veían el enemigo próximo, y cerraban contra él, descuidados del enemigo lejano, que era en verdad el más temible... Pues, señor, de cualquier modo que se sumaran por una parte y otra los votos probables, resultaba derrotado el Gobierno.

Halconero presenciaba desde la tribuna el tiroteo parlamentario. Oyó un grande y magistral discurso de Cánovas, otro muy substancioso y ático de don Manuel Silvela; oyó á Figuerola, á Santa Cruz, á Ulloa. Dándose unos á otros la denominación de *elocuentísimos*, y arrojándose el incienso de traidora cortesía, se destrozaban cruelmente, y el Gobierno llevaba la peor parte... No tenía hueso sano, y el banco azul despedía olores de matadero... Pero poco antes de las dos de la madrugada se levantó Prim en la cabecera del banco, y entre despojos lució su faz verdosa y sonó su palabra guerrera y cortante. Habló poco tiempo con frase dura, con lógica de hierro... Presentó la cuestión en su aspecto político y financiero, en su aspecto moral, todo ello con rápida flexibilidad oratoria; y al final, sacando y poniendo sobre el pupitre, no ya los argumentos, sino otras varoniles razones vigorosas, vino á decir poco más ó menos: "Nunca pensé que los que fueron nuestros amigos y colaboradores vinieran á darme esta batalla... Ya sabéis las dificult-

tades que he tenido que vencer, los cargos que se me han hecho, las consideraciones que he debido guardar á todos... los consejos, las súplicas... Si queréis guerra, no me queda que hacer más que decir también: *Guerra*,... Y terminó esgrimiendo la espada de los Castillejos, convertida en esta frase refulgente: *¡Radicales, á defenderse! ¡El que me quiera, que me siga!*

A votar, á votar... Ganó el Gobierno por 123 votos contra 117... ¡Seis votos de diferencia!... ¿De quiénes eran aquellos seis votos?

XIV

“Verás lo que ha pasado—dijo el Coronel Ibero á su amigo Vicente, cuando embosados en sus pañosas salían del Congreso entre dos y tres de la madrugada del 19 de Marzo.—Como he pasado la noche entre bastidores, he visto el manejo de la maquinaria. ¿Por qué sortilegio diabólico se cambió la suerte, y los 123 votos que las oposiciones creían suyos pasaron á ser del Gobierno? Vas á saberlo. Hay en las Cortes una fraccioncita de cinco, seis ó siete individuos que se han puesto el rótulo de *independientes*... Ya sabes cómo califica el Marqués de Albaida á los independientes, descomponiendo la palabra... Pues estos

caballeros que tal nombre se dan, son familiarmente conocidos con el apodo de *los Perlínos*, porque en ciertos días se reúnen á comer en el café de la Perla. Son, en puridad, pretendientes disgustados: uno lo está con Sagasta porque le negó no sé qué favor; otro con Rivero porque no le despachó tal ó cual expediente. Lo cierto es que se han juramentado para constituirse en grupo atrabiliario, ó en puerco-espines políticos *que no se casan con nadie*.

Refirió Halconero que en la tribuna de los periodistas, á donde se pasó para estar con Segismundo, oyeron, á eso de la una, voces tremendas que muy cerca sonaban. Preguntado el hujier, éste les dijo: "Son los señores *perlínos*, que están en la Sección Sexta.."

"Sabrás ahora quién daba esos gritos—prosiguió Ibero.—En el Salón de Sesiones, los amigos del General y los secretarios de la Mesa contaban y recontaban los diputados adictos y no adictos para poder anticipar el resultado de la votación. La cuenta no salía... faltaban votos... En esto dijeron á Prim que los *independientes* estaban reunidos en una sala de arriba, y que se abstendrían ó votarían en contra... Montó en cólera don Juan, y llamando á su amigo el doctor Mata, que, según parece, tiene algún ascendiente sobre los puerco-espines, le dijo: "Perico, vete á la Sección Sexta y no bajes sin traerte á esos majaderos á *paso de carga*, y si se resisten, subiré yo por ellos.."

Los gritos que oíste los dió Mata poniéndolos de vuelta y media por no querer votar con la mayoría, como era su deber. Ello fué que todos menos uno entraron por el aro... Me río yo de ciertas independencias cuando hay un pastor que sabe conducir las manadas de hombres... A la voz de *Radicales; á defenderse*, balaron todos el voto, y se salvó la situación... se salvó la Patria.,

Añadió el Coronel que Prim era la clave de la libertad y del porvenir de España, y que si aquel hombre faltase, volveríamos tarde ó temprano al reino de las camarillas, bajando de tumbo en tumbo hasta ponernos otra vez debajo de las tocas de Sor Patrocinio y del solideo del Padre Claret. Lo que parece vencido y muerto no lo está, y á cada momento sentimos el resuello del fantasmón que quiere volver á darnos guerra y á metérsenos en casa... De este asunto pasó el Coronel á otro que particularmente le interesaba, y era que Prim quería traerle de nuevo al servicio activo. Base principal de su política era tener á su lado á todos los hombres de probada lealtad y firmeza... Locuaz estaba don Santiago aquella noche. No bastándole el corto trayecto del Congreso á su casa para desahogar su mente congestionada, se pasearon un rato entre la plaza del Rey y la entrada al Ministerio de la Guerra por el Barquillo, dándose el uno al otro sus opiniones sobre el grande hombre que regía las Españas. Después de apurar los conceptos encomiásticos, Halconero puso

una sombra en la espléndida figura del Presidente del Consejo, y fué de este modo:

“Grande admiración debemos á Prim por su energía, por su buen tino como pastor de pueblos y por su habilidad ó astucia política; que en él se manifiestan reunidos el león y el zorro. En alto grado posee el valor, la inteligencia; pero los sentimientos de moralidad... de esa moralidad que debemos llamar pública, no están en él muy claros... El hombre se va con Maquiavelo, sin comprender que el maquiavelismo no encaja en el genio, en los humores, como dice Mariana, del pueblo español. La idea de vender á los Estados Unidos la Isla de Cuba es un alarde de positivismo llevado á las últimas consecuencias, y ese positivismo será siempre mirado como una ignominia en esta nación romántica, que ha sabido conquistar colonias y perderlas; pero venderlas no, mi querido don Santiago.

—También oí yo esa monserga de la venta de Cuba—dijo Ibero en tono displicente; —pero no lo he creído. Recordarás que hace pocas noches, en casa, hablamos de esto á Marcelo Azcárraga, Jefe de la Sección de Campaña en el Ministerio. De él y de Sánchez Bregua se dice que son los brazos de Prim... Pues Marcelo, al oírlo, rezongó mal humorado: “No debe hablarse de semejante asunto sin conocerlo á fondo.”

—Bien comprende usted, mi Coronel, que don Marcelo no ha de decir cosa alguna que sea depresiva para su Jefe. El mal humor

de ese señor y el de otros adláteres de Prim demuestran que lo de la venta es verdad. ¿Y cree usted que se vende un pedazo de España con sus habitantes, como se vendería una dehesa con sus rebaños? Los millones que cogiera España por ese negocio se le desvanecerían como el humo.

—En eso estamos conformes... Y de veras te digo que cuando oigo hablar de vender un lote del solar español, me corre un cierto escalofrío por el espinazo, y se me salen á la boca las expresiones de ira que son verbo patriótico para nosotros los aragoneses... Yo, no obstante lo que se dice, pienso que Prim no es hombre que se ponga, como quien dice, enfrente de la vergüenza nacional. Yo te prometo que he de enterarme de lo que haya... pues sin duda algo se ha tratado que pudo motivar esos desatinos. Las ideas más altas pueden, hijo mío, convertirse de honradas en afrentosas al pasar de la mente de un grande hombre al magín desconcertado del vulgo... Y ya sabes, tú lo has dicho: en ciertos terrenos toda España es plebe. Con esta sensata resolución de buscar elementos de juicio, aconsejada por la lógica y la hora (las tres y media de la madrugada), se despidieron, y cada cual se fué á buscar su descanso.

En lucha interna vivía por aquellos días el Coronel Ibero, solicitado por Prim para volver al servicio de la patria, y requerido por su propio espíritu á la quietud y al cuidado de sus haciendas. Gracia, que al oír las

primeras indicaciones de don Marcelo, mandatario de Prim, había sentido repugnancia de ver á su amado esposo en los trajines militares, se dejó al fin picar de la ambición. El ascenso á Brigadier no se haría esperar; y luego... Mariscal de Campo y Teniente General como tenerlo en la mano... El principal motivo de que don Santiago quisiera terminar sus días en la vida privada, era el aplanamiento en que le habían dejado la desaparición de su primogénito y la muerte de Fernanda. Acerca de esto, Demetria y su esposo don Fernando opinaban que la actividad marcial sería para las heridas del alma mejor medicina que el vivir sedentario...

En estas dudas, inclinándose á ratos de una parte, á ratos de otra, Ibero iba muy á menudo á Buenavista donde disfrutaba el privilegio de la franca entrada en el despacho del General. Pensando en sus cosas y en los graves aprietos que enzarzados unos en otros le salían al Gobierno, se fué al Ministerio una mañana, en los postreros días de Marzo. Llegó al portal por los desmontes de la calle de Alcalá, dejó á la derecha la escalera grande, y por una puerta humilde, á mano izquierda, llegó á la escalera de servicio privado, por donde á sus habitaciones particulares subía el Ministro y Presidente del Consejo. Todos los ordenanzas le conocían. Bastó un simple anuncio para que se le franqueara el paso á la estancia en que Prim despachaba los asuntos corrientes.

“No podías llegar más á tiempo, Santiago—dijo el héroe de los Castillejos, señalándole el asiento frontero al suyo en la mesa de despacho.—Hace un momento decía yo al amigo Azcárraga y á Sánchez Bregua: “Hoy que necesitamos á Ibero, verán ustedes cómo viene. Tengo yo una suerte loca para las evocaciones. Me siento magnético... Cuando deseo ver á un amigo, el amigo viene; cuando deseo perder de vista á otro, ese otro se muere, ó se lo llevan los demonios..”, Siéntate, y fuma un cigarro..”

La estancia era grande y señorial, sillería y paredes vestidas de seda carmesí rameada de blanco. Fuera de la escocia y techo, en que subsistían pinturas del género tonto-pompeyano, un tono de noble elegancia imperaba en la sala despacho del Ministro. Aristócrata por naturaleza, ya que no por nacimiento, Prim amaba los esplendores suntuarios, y quería convertir el palacio de la Guerra en morada de príncipes.

A la derecha del General se sentaba Sánchez Bregua, Mariscal de Campo y Subsecretario; á la izquierda el Coronel Azcárraga, Jefe de la Sección de Campaña. Los tres vestían de paisano. El Subsecretario, terminada la firma, recogía y apilaba los papeles, después de quitar á cada uno los polvos secantes, devolviendo éstos al arenillero.

El Presidente del Consejo siguió así: “Como los pasillos de tu propia casa conoces tú, querido Santiago, los caminos de Estella á Vitoria, de Estella á La Guardia,...

Afirmó Ibero que todo aquel terreno se lo sabía de memoria, y por él andaría con los ojos cerrados. Tratábase de adoptar con tiempo las medidas necesarias para cerrar el paso á una partida carlista que, según confidencias recientes, se formaba en las Amézcoas para recorrer y alborotar los pueblos ribereños del Ega... Asesoró Santiago, diciendo que con un-par de columnas en Santa Cruz de Campezu y otra en Gauna ó Maeztu, bien organizadas y al mandó de oficiales conocedores del país, bastaría para destruir cuantas partidas de carcas ó de bandoleros salieran de las guaridas altas de Urbasa y Andía. "No se olvide, mi General, de tener bien guarnecidas las posiciones de Peñacerrada y Pipaón, para cortar, en caso preciso, el paso al merodeo en la Ribera alavesa, que ha sido siempre la que-rencia de esos malditos."

Según indicó Azcárraga, para llevar una columna á Santa Cruz de Campezu tendría que sacarla de Vitoria ó de Logroño. Con la organización de las fuerzas que había que mandar á Cuba, forzosamente quedarían muy mermadas las guarniciones de las plazas del Norte...

"Y las del Sur—dijo Prim con acento amargo.—Tenemos menos ejército del que pide nuestra guerra interior. Tanto hemos dicho *¡libertad, libertad!* que ahora hemos de gritar *¡soldados, soldados!*... O en otros términos, necesitamos *libertad armada.*" De estos breves conceptos se derivó un diá-

logo vivo de apreciaciones y recuerdos. El uno relató episodios de Navarra, el otro de Cataluña ó del Maestrazgo, y cada cual puso un renglón en la vaga y amena historia de España. Y partiendo de aquella documentación fragmentaria, don Juan Prim cogió de la mesa una goma de borrar y un pedazo de lacre, como don Quijote cogió las bellotas en el convite de los cabreros, y jugando distraidamente con aquellos objetos, sin que esto significara más que un ritmo maquinal ó compás de la palabra, dió á la suya rienda suelta, no para celebrar, como el otro, la *edad y siglos dichosos*, sino para lamentarse de los afanados y difíciles que le habían tocado en suerte. Y ello fué en el estilo llano y descosido que usan los héroes en esta edad de hierro y papel, como por la muestra se verá:

“Prefiero, amigos, el tiempo de guerra declarada, con las viseras altas y las caras al sol, á esta paz guerrera en que nos sentimos cercados de enemigos, sin saber por dónde han de atacarnos, ni con qué semblantes vienen, ni qué arreos traen; paz que no es paz, sino un estado rabioso en el país y en los que lo gobiernan, pues todos rabiamos, todos maldecimos nuestra ineptitud para buscar y encontrar términos de inteligencia... Habrán ustedes visto, como yo, que España padece desde el año anterior una calentura muy alta, que más se enciende cuanto más agua fría tratamos de echar sobre ella con nuestra paciencia y

nuestra moderación. No hay templanza que baste; no hay razón con fuerza suficiente para llevar la tranquilidad á este manicomio... Yo creo que pocos han de igualarme en energía y coraje cuando la ocasión lo pida; pero también digo que en paciencia doy quince y raya á los santos del calendario, y haré gala de esta virtud cuando todos se hayan disparado en la insensatez... Pero tengo en mis manos el porvenir de la Nación, y la Nación ha de decirme algún día: "Juan Prim, no más paciencia, hijo.."

„Bien á la vista está que nuestro país ha venido á ser una caldera puesta al fuego. El agua hierve, hierve... Hace días, Figueras me dijo que prefiere la república más loca á la monarquía más cuerda y liberal. Yo creo que no dice lo que siente, ó que libre de responsabilidad se entretiene en tratar los problemas de hoy con las ideas del siglo *veintitrés*... España sigue hirviendo. Los federales quieren que yo me ponga un gorro colorado, y salga por ahí con unas tijeras descosiendo el mapa de España, y haciendo cantones como los de Suiza. Yo digo que la Suiza que conocemos no se hizo con tijeras, sino con hilo y aguja. Primero existían los cantones; después vino la nación confederada... ¡Federalismo! ¡Ah! yo admiro á mi paisano Pí y Margall. Es gran filósofo y hombre de perfecta rectitud y pureza. Pero entiendo que la pureza pura y la recta rectitud no hacen los pueblos, ni los sacan de los atolladeros hondos en que se atascan

por obra y gracia de la historia de cada día. La historia no es filósofa cuando está pasando, sino después que ha pasado, cuando vienen los sabios á ponerle perendengues... Los pueblos no entienden la filosofía cuando están descalabrados, febriles y muertos de hambre. El único filósofo que puede crear obras duraderas es el Tiempo, y nosotros, plantados en un *hoy* apremiante, tenemos la misión de resolver el problema de un solo día... Este día puede ser de veinte, de cincuenta, de cien años...

„El agua española hierve; pero se dan casos en que puedo meter los dedos en ella sin quemarme. Hay entre los políticos actuales alguno ó algunos que me dicen: “Prim, no se devane los sesos buscando rey, y pues usted conduce el carro, llévelo por el camino llano y hágase Rey de derecho; que de hecho ya lo es...”, Oiga estas cosas, y... como digo... no me quemo, antes bien enfrió el agua al meter en ella mis dedos... ¿Qué quieren? ¿que haga yo el Iturbide, ó el tiranuelo de otra república americana? No he nacido para eso... El rey que á España traigamos será de sangre Real, será rama de una gloriosa dinastía, y personificará la fusión perfecta del principio monárquico y del principio democrático... No será rey ningún figurón de quien el pueblo español pueda decir: *te he conocido ciruelo*...

„Las cabezas están en ebullición: pondría mil ejemplos; pero quiero fijarme en el más expresivo, en la cabeza de Paúl y Angulo,

que ha llegado al mayor desvarío y exaltación, por no saber encerrar las ideas dentro de los límites que marca la razón. ¡Oh! la razón de Paúl es un cohete continuo que va por los aires estallando sin cesar, y derramando chispas cuando sube, lo mismo que cuando baja... El pobre Paúl es un caso digno de estudio. En ocasiones me ha parecido un niño, en ocasiones un desalmado. De todo tiene un poco... Yo le quiero; no puedo olvidar que me ayudó y sirvió, mostrando un corazón más grande que la copa de un pino... Después ha enloquecido, como si las ideas se le volvieran infecciosas, envenenándole el cuerpo y el alma. Tales han sido sus exigencias, tan desconsiderados sus ataques á mi persona, que he tenido que mandarle á paseo... Y de paseo está. Fugitivo después de la sublevación federal, vivió en Lisboa, luego en Londres... ¿Y saben ustedes lo que se le ha ocurrido para matar sus ocios en el destierro? No lo creerán si no lo afirmo con toda seriedad, si no les aseguro que tengo pruebas irrefutables del mayor desatino que ha podido caber en cabeza humana... Oigan esto, que es lo más célebre...

„De Londres vino Paúl á París, donde organizó una peregrinación á Roma. ¡Y qué peregrinación tan pía! Era una partida de aventureros italianos y españoles, de demagogos franceses, lo más perdido de cada casa. El objeto de la peregrinación era disolver á latigazos ó á puntapiés el Concilio Ecumén-

nico... arrojando de San Pedro á los obispos, y... no sé lo que haría con el Papa... ¿Hase visto demencia igual?... (*Risas de los tres oyentes.*) Pues ya tenía unos noventa peregrinos, todos ellos de lo más bragado que existe en el mundo, cuando hubo de abandonar su empresa, porque Mazzini, á quien dió conocimiento de ella, le escribió diciéndole que no intentara locura tan descomunal... Quien ha visto la carta me ha contado el hecho, y el consejo de mi amigo Mazzini... Pues al tono de ese cerebro delirante están hoy muchos cerebros españoles. Cada uno chilla y desentona por su lado. Díganme ustedes qué director de orquesta podrá concertar estas músicas, y sacar un sonido agradable de esta desafinación sin fin., (*Asombro, risas y comentarios donosos de los oyentes. El héroe les convidó á almorzar.*)

XV

En el curso de Abril, entre Semana de Pasión y Pascua florida, floreció la amistad de Halconero con Pilarita Calpena, hasta llegar al noviazgo consentido por los padres, ó sea los amores en su expresión más correcta y fría, como un negociado más de la oficina social. Con agrado, ya que no con ardor, fué entrando Vicente en este género de relaciones, sometidas á un estrecho for-

mulismo y á melindrosas etiquetas. A los pocos días de verse en aquella blanda esclavitud, que pictóricamente se expresaría con los tonos rosado y gris perla, pudo el galán penetrar en el alma de la señorita; creyó ver en ella un fondo moral de gran solidez, y al propio tiempo cierta malicia inocente, no incompatible sin duda con el fondo moral, pero que desconcertaba la pareja.

Pilar había tenido ya dos novios ó pretendientes, relaciones fugaces, domésticas y de escasa formalidad; pero que fueron parte á que la damisela se adestrara en las artes del diálogo amoroso para novios honestos, en el cambio de insípidas esquelas, y más que nada, en las perfidias coquetiles, que, aun en estado embrionario, esconden algo de veneno. De estos amores zangolotinos no quedó otra huella que las artimañas de Pilar, sus desconfianzas, sus exigencias, celos á cada instante y por liviana causa, afán de interrogar, de inquirir, el romper hoy para reanudar mañana, y otros menudos y enfadosos alfilerazos. No era así Fernanda, mujer de extraordinaria grandeza, que daba ó negaba su corazón todo entero, y cuando le deparaba su destino agravios que reprimir, entuertos de amor que enderezar, no tomaba sus armas de los acericos, sino de las pañoplias...

Frente á la fuerza quisquillosa y femenil de Pilarita, tenía fuerza mucho más eficaz Halconero, su saber literario, el espíritu universal archivado en su propio espíritu, un

mundo grande dentro de otro pequeño; y aunque el conocimiento que de esto resultaba no era directo, valía como tal en aquel caso. Pasiones, batallas de amor, almas y personas de uno y otro sexo, procederes que no por imaginarios dejaban de ser profundamente humanos; todo esto, y la forma exquisita y los retóricos ejemplos, llevaba el buen Halconero dentro de su alma, y con semejante arsenal se aprestó á regalar su propio sér con ideales paseos por diferentes espacios del amor. ¿Era venganza? ¿era compensación? De todo había un poco.

Encendido el cerebro por la llama literaria, Halconero reanudó sus gratas expansiones con la desenvuelta Eloísa, y lo hizo sin escrúpulo de conciencia, sin creerse traidor á su cándido noviazgo, ni en deuda de fidelidad con la inocente doncella. Si alguna turbación sintió en los comienzos de su enredo con la bella *hetaira*, luego invocó augustos nombres: ¡*Libertad!* ¡*Juventud!*... Y dichas estas palabras, agregando otras, *Arte, Poesía*, declaró ante su conciencia el derecho del hombre libre á la independencia de amor. Esta independencia se conquista con el cultivo del espíritu. Dueño era de hacer su gusto el que había estado en comunicación con todos los grandes maestros de la literatura, desde Virgilio hasta Cervantes, y desde Cervantes hasta Balzac.

Así pasaron días. Pilarita, que poseía geniales dotes de observación y perspicacia, sospechó, por no decir adivinó, las distrac-

ciones de Vicente, y le atosigaba con interrogaciones y quejas reiteradas. “¿De dónde vienes?... ¡Vaya unas horas de venir!... ¿Y á dónde irás luego?... ¿En qué estás pensando ahora?... A tí te pasa algo; tienes el pensamiento á cien leguas de aquí... ¿Contestas ó no á lo que te pregunto?... Pues así no se puede seguir... ¿A qué hora te espero mañana?,” Otro día, para dar picante variedad á su impertinencia, empleaba Pilar la pregunta capciosa: “¿Saliste de casa esta mañana?,” Contestaba Halconero que no. Y ella, revistiendo su cara de artificiosa sequedad; y clavando en él los ojos, decía: “Mentira. A las once y cuarto pasaste por la calle de la Montera, frente á la tienda de Scropp,”... Vicente se sentía cogido. Alguien, tal vez ella misma, le habría visto... Parábase un poco; revolvía su mente buscando disculpas, explicaciones, y al fin encontraba un lindo artificio con que salir del paso.

Aliviábase al fin la señorita de su rigor inquisitivo, oyendo de boca de él dulces conceptos de madrigal. Pero al día siguiente volvían á las andadas. *¿Quare causa?* En el salón de sus amigas las de Monteorgaz oyó Pilarita reticencias que dejaban mal parada la honradez amorosa de Halconero, ó bien se le decía claramente que era muy favorecido del bello sexo... Mercedes Lantigua, inocente ó maliciosa, le aseguró que Vicente tenía la mala costumbre de retirarse á su casa á las tantas de la noche...

Sobrevino de estas hablillas una grave alteración de la modosa paz del noviazgo. Tardes enteras pasaron ella y él en dimes y diretes, y cándidas ironías. Pilarita le repriminaba; él se defendía con arte y gracejo... Por fin, una prima noche estalló en forma destemplada la ruptura. La niña de Calpena se presentó con faz luctuosa... Había llorado, y sobre la huella de las lágrimas traía como lindo afeite un toque de afectación. Engrosó su linda voz cuanto podía para decir: "*Lo sé todo...* Ya no valen disculpas ni enredos... *Hemos concluído...* fíjate bien, *concluído para siempre...* ¿Qué vas á decirme? Vale más que te calles. Ni tú ni yo debemos alborotarnos..., no. Esto se ha de resolver con frialdad. Los dos nos hemos equivocado... Ni yo soy para tí lo que creíste, ni tú para mí..."

Apareció una premiosa lagrimilla, que Pilar hubo de borrar pasándose la mano por los ojos con gracioso ademán gatesco, y luego repitió y agravó sus recriminaciones con acento un tantico teatral; que algo le valían los ejemplos de las comedias y dramas que había visto representar. Véase el latiguillo: "*Lo sé todo...* Ea; basta de fingimientos. Estás en relaciones con una señora casada..." Tronó Vicente contra tan absurda suposición. Contestó ella que no suponía, sino que afirmaba de ciencia cierta. Personas de todo respeto le habían revelado *la terrible verdad*. "Y antes de que me la revelaran, tuve indicios... ¡ay, Vicente! indicios

de esos que no dejan duda... Hace dos días... á ver cómo explicas esto... hace dos días traías en el cuello de tu levita... mejor dicho, entre el cuello y el hombro... un cabello rubio. Sobre el paño negro se destacaba como un hilo de oro... Yo, naturalmente, no te dije nada... No era decoroso, no era propio de mí preguntarte: "¿De quién es ese cabello, Vicente?,"... Me callé... Tragando amarguras estuve aquella tarde y toda la noche... En fin, no hay más que hablar... Acabemos, acabemos de una vez... Equivocados tú y yo... Adiós... Ya sabes... Nos devolveremos las cartas... Adiós... Retírate tranquilamente, como si nada ocurriese... y que te vaya bien con tu señora casada... Adiós, digo... No más, no más.,

Todas las protestas y negativas que puso Halconero en su defensa fueron inútiles, porque la niña, firme en su idea y propósito de rompimiento, como actriz concienzuda que sostiene su papel con artístico tesón, no se daba á partido, ni escuchaba razones, ni se apeaba de aquel inflexible tópico de la señora casada y del pelito de oro. Cerrado el camino á la conciliación, el buen Halconero, ya rendido al cansancio de aquellas enfadosas peleas, ya con miras de castigo y ejemplaridad como único medio de domar á la fierecilla, aceptó el desenlace, tomando un airecillo de resignación decorosa. Retiróse al Aventino de su casa con romana gravedad; y en dos días, que para entrambos resultaron nebulosos, la costurerilla, que

nacía el servicio de comunicación epistolar, fué y vino con paquetitos que despedían olor de flores ajadas y de ilusiones muertas.

Y ahora interviene la Historia, que nunca olvida sus viejas mañas de amalgamar los grandes hechos de público interés con los casos triviales, que componen el tejido de la vida común. Para que veáis cómo la severa Clío no se desdeña de ser traída y llevada por criaturas insignificantes que mariposean en los espacios del amor, sabed por ella que, efectuado el toma y daca de cartitas; la niña de Calpena cayó en vaga tristeza, que á la tristeza siguió un desconsuelo intensísimo, y que á los tres días del regaño, ya le faltaba poco para rasgar sus vestiduras y entregarse á la desesperación.

En noche horrible de insomnio y pesadillas, Pilarita delataba la grave turbación de su alma con febriles monólogos: "No sé qué me haría para castigarme por mi simpleza, por mi falta de seso y de tacto... ¿En qué estabas pensando, Pilar, cuando le pusiste en el disparadero de despedirse y decir *no vuelvo más*? ¡Pobre chico!... Vaya, que estuve impertinente y soberbia... Lo que digo: estuve muy cargante... ¡Y ahora!... Pues nada, que lo ha tomado en serio, y ya no vuelve... ¡Dios mío! ¿Pero he sido yo quien le ha dado libertad, ó es él quien se la toma para matarme de pena?... Estuve tontísima al decirle aquello de la *señora casada*. ¿Pero lo inventaste tú, Pilar, ó fué artimaña de las de Lantigua? Ellas, por envidia, me lo di-

¡Jeron, como sospecha no más, y yo... Bueno: pues admitiendo que sea verdad, y que lo del cabello de oro no fuera casual, ahora resulta que yo, ciega y embrutecida, en vez de atraerle á mí, le solté, para que á sus anchas se divierta con la *señora casada*... Estas son cosas de los hombres; cosas de las casadas casquivanas, que les trastornan á ellos, sin conseguir que ellos las quieran... ¡Pues me he lucido, como hay Dios! Da una estas pifias, y á muerte se condena por orgullo, por aquello de mostrar carácter y decirle al hombre: "Sobre tu voluntad estará siempre la mía..." Pero ya me vuelvo atrás... Yo te quiero, Vicente; yo te quiero á tí, y á ningún hombre podré querer aunque mil años viva... Pues si es así, acábase pronto esta ansiedad mía. Tú deseas volver; pero por puntillo de amor propio no darás el primer paso. Yo, que con mis tonterías he traído esta *terrible situación*, daré el primer paso... Tomo por la calle de en medio, y te escribiré mañana... ¡Pero que te escribiré, vaya, y de pensarlo y resolverlo ya me pongo más contenta que unas pascuas! ¡Ay, qué peso se me quita sólo con el propósito firme de escribir á Vicente!... Vicente, te escribo... Vicente, te pido perdón. Por Dios, no salgas ahora dándote tono... Ven á casa... Acuérdate de Fernanda... Fernanda se me aparece en sueños, y me dice que tú me quieres como la quisiste á ella..."

Pero sucedió que á la claridad del día cambiaron las ideas de Pilar, y le entró el

miedo á infringir las sosas etiquetas del noviazgo. No debía ella tomar la iniciativa para la reconciliación; podía, sí, emplear un ardid mañoso para echarle el lazo. Su hermana Juanita, con quien consultó el tremendo caso, opinaba lo mismo. Tempranito se encerró Pilar en su cuarto, y atormentó el tintero y la pluma buscando la fórmula *digna* de escribir al galancete; mas como ninguna le saliera conforme á su gusto, muchos plieguecillos rompió apenas rasgueados por la pluma. Luego fué á misa con su madre y hermana, y pidió á la Virgen del Carmen que la iluminase para poder salir del atranco. Al volver á casa, metióse de nuevo en el trajín de buscar la fórmula. Y entonces se vió, como socarronamente dice la Historia, que hay una Providencia, ó una Virgen del Carmen, para las niñas buenas, aunque sean frívolas y quisquillosas.

Pues aconteció que hallándose Pilarita suspensa, como Cervantes al escribir su prólogo, *con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que escribiría*, entró á deshora en el cuartito de la doncella su tío don Santiago, que venía del Ministerio de la Guerra... Aquel mismo día, muy temprano, llegó de Toledo, y por la tarde tenía que salir para La Guardia, de donde le llamaban los menesteres de su hacienda... Nada sabía de la ruptura de los novios, ni le importaría gran cosa si la supiera... Dispo-

niendo de poco tiempo entre la llegada y la partida, fió á su sobrina un delicado encargo.

“Toma este papel—le dijo, entregándole un plieguecillo doblado en cuatro,—y dáselo á Vicente en cuanto llegue... Cuidado; no lo pierdas, que ello es cosa de importancia, copia fiel de la nota que dió Prim á ese *Mister Sickles*, embajador de los Estados Unidos... ya le conoces; el que arrastra una pierna de palo... En este documento resplandece la luz, que nos saca de una gran confusión; y como Vicente y yo hemos andado medio locos con la falsa noticia de la *Venta de la Isla de Cuba*, pon en sus manos el desengaño para que se tranquilice, y vea en don Juan Prim, no un vendedor de islas, sino el más alto y sagaz de los patriotas..”

En el alma de Pilar estalló la franca alegría, y cogiendo el pedazo de Historia que el tío puso en su mano, lo colmó de besos. La Virgen del Carmen disfrazada de Clío había venido á verla, penetraba en su camarín, y bondadosa le decía: “Ahí tienes, niña del alma, la solución que me pediste; te doy la fórmula para escribir á ese alocado Vicentito...”, Con acción rápida tomó la pluma, y no tuvo que pensar mucho para escoger el tono y estilo que emplear debía... El tono había de ser severo, como de persona ofendida y completamente inflada de dignidad. Ved ahora la carta:

“*Señor don Vicente Halconero.* —Muy señor mío: Muy á pesar mío dirijo á usted esta

carta..., Suspendió la escritura, diciéndose: "Dos veces he puesto *mío*, que es palabra cariñosa... Pero no importa... En lo demás, me pondré muy fiera... ¡Que rabie, que rabie!... Sigue, Pilarica... "He tenido que violentarme para obedecer á mi tío Santiago, que me ordena remitir á usted este documento... Yo no quería... porque entre usted y yo *hay un abismo...*", Retiró la pluma pensando que lo del abismo sería demasiado fuerte; pero luego siguió, atenuando la frase... "*un abismo abierto por la fatalidad...* Me limito, pues, á cumplir el encargo de mi señor tío, y nada más tiene que comunicarle su segura servidora q. b. s. m.—*Pilar de Calpena...*"

Notó al instante que algo más debía decirle, y trazó con firme mano la postdata: "Ya comprenderá usted que á mí me importa tres pitos que vendan ó compren la Isla de Cuba, pues ni en esa isla ni en la de San Balandrán se me ha perdido nada... Lo que me faltó decirle es que no me escriba usted á mí, sino á mi tío, para que éste vea que he cumplido su encargo. Pero como mi tío sale esta tarde para La Guardia y no volverá hasta la semana que viene, puede dirigirme á mí la carta con sólo cuatro letras que digan: "Recibí, *etcétera...*" Y no se moleste en poner otras cosas, porque cerraré los ojos y romperé la carta sin leerla ."

XVI

Al tener que referir el cómo y cuándo recibió Halconero la carta, y dónde fué á leerla con el curioso manuscrito que contenía, la Historia, más pudibunda y remilgada en aquel caso que en otro alguno, se tapó la cara y disfrazó su voz para que no se la tuviese por persona de baja ralea. A su parecer, era grande ignominia que aquel documento, digno de ser guardado en el relicario de Simancas, pasase á lugares profanos que envilecen todo lo que en ellos entra... La narradora de los grandes hechos humanos no tuvo reparo en decir que la costurerilla encontró á don Vicente saliendo de su casa; que le entregó la carta en la misma puerta, y que el galán, guardándola cariñosamente en el bolsillo del pecho, se lanzó al laberinto de calles y callejuelas; pero dicho esto, se negó rotundamente á puntualizar y describir el sitio á donde fué á parar con su cuerpo el hijo de Lucila.

Digna de respeto es la gazmoñería de la sabia Matrona. Por conducto más bajo se sabe que Halconero dió fondo en un gabinete exornado de frescachonas láminas al cromo, de panderetas y pasajes taurinos, y que á su vera se puso una linda muchacha rubia, lá cual con gozosos modales y tier-

nas voces celebraba su presencia... Sábese también que por el camino, desde la calle de Segovia á la mansión X, la curiosidad y el amor le impulsaron á romper el sobre de la carta. Lo abultado de ésta le había puesto en gran inquietud. Enteróse rápidamente del contenido, y con propósito de leer despacio al volver á su casa, metió la esquila y papel adjunto en el bolsillo interno de su levita... Lo que ocurrió en la entrevista con la ninfa de cabellos de oro, no se narra. La Historia está presente, y vuelta de cara á la pared para no ver nada, recomienda con bronca voz la total omisión de lo que allí se ve y se oye. Al terrible veto escapa alguna frase aguda, que sale volando como ágil mariposa ó pajarita: "Por mi salud, que estoy contenta. Y tú, ¿qué tienes? ¿Por qué está mi nene tan *pensatibiribiris*?..."

Luego, la blanca mano sobadora, estrujando el pecho, promovió bajo el paño un áspero ruido de papel. El que usan en los Ministerios, de consistencia pergaminosa, se delata al menor roce y canta las rigideces burocráticas. "¿Qué es esto?," La respuesta fué seca: "Esto no es nada que á tí te interese. Haz el favor de..." Pasó un cuarto de hora, algo más quizás. El tiempo duerme á veces, y no sabe darse cuenta de sí mismo. Con osada rapacidad, la mano blanca sustrajo del bolsillo los papeles rumorosos, y de un brinco saltó la ninfa al otro extremo de la habitación. Reía como loca empuñando su presa, con la insolente amenaza de no dejá-

sela quitar... Estalló de súbito una repugnante porfía entre hombre y mujer. Con no poco trabajo, valiéndose de la fuerza, de la autoridad varonil, y viéndose obligado á golpear á la linda mujer en diferentes partes de su cuerpo y rostro, pudo Halconero recobrar lo suyo. Los chillidos de ella y sus bárbaras expresiones alborotaron la casa. Acudieron á la trapatiesta dos mujeres y un hombre, que ayudaron á contener el salvaje furor felino de la chica de cabellos de oro. Estos quedaron en un bello desorden. Diríase que despeinó á la ninfa la mano de un dios iracundo. De su pecho, ahogado por el esfuerzo muscular, brotaron voces de amante duelo, amostazadas con groseras locuciones que ensuciaban los oídos. Acudieron las mujeres á sujetar á la fiera, que en el espasmo de su ira arrojaba sobre el caballero cuantos proyectiles á mano encontraba: una bota, un candelero, un corsé... Y el hombre echó sus brazos al galán, diciéndole con acento de amistad conciliadora: "Basta, Vicente... ¿Qué ha sido?... Sosiégate... A esta gente hay que tratarla de cierto modo. No vale incomodarse... Es de mal gusto llegar á la riña material..."

La Historia, que no contenta con taparse la cara se había hecho invisible dentro de una espesa nube, sugirió á los amigos la resolución de marcharse con viento fresco. Era ésta la táctica mejor para dar fin á la batalla. Cogieron á toda prisa la puerta, y escaleras abajo, Vicente, que apenas hablar podía por

causa del sofoco, balbució estas palabras: "En el momento de llegarte á mí para sujetarme, no te conocí, Segismundo..."

—No me conociste, porque me he quitado el bigote; estoy transfigurado, y parezco un respetable clérigo..,

Comprendió Halconero el por qué de la metamorfosis; mas no quiso entretenerse por el momento en asunto tan baladí. Dióle cuenta de lo que había motivado su enojo con la Eloísa, y añadió: "Hemos de leer juntos un papel político de importancia. ¿A dónde nos vamos? Propuso Segismundo que se fueran á un café, y Halconero indicó que no iría donde encontraran tertulia de amigos, pues debían leer á solas, lejos de toda indiscreción y fisgoneo de curiosos. A esto dijo el otro que no le proponía llevarle á su casa, pues ya no la tenía, y el albergue en que moraba míseramente estaba muy lejos. Ya en la calle, Segismundo puso en su rostro la mixtura de aflicción y dignidad que usar solía en sus apelaciones á la bondadosa largueza del amigo: "Ateniéndome á la significación, no casual, sino providencial, de nuestro encuentro, te digo, Vicente de mi alma, que eres el hombre designado por Dios, ó por los Hados, como quieras, para proporcionarme doscientos reales que me hacen mucha falta... Déjame que te explique..."

Sin esperar las explicaciones, el liberal amigo, que en cien apreturas le había echado una mano, ofreció remediarle aquel mis-

mo día. "No puedes figurarte, querido Vicente—dijo Segismundo en tono patético,—á qué extremos llega mi desamparo. Mi padre me ha echado de casa; mi madre dice que no quiere verme ni en pintura, y el tío Beramendi, que siempre fué mi paño de lágrimas, también se me ha puesto de uñas. Yo reconozco que he sido un tronera, que he despilfarrado el dinero mío y el ajeno, que mis travesuras han llegado á la frontera del delito... Efectos de la edad, de la sangre joven, enardecida por el estudio de la Historia contemporánea... No te asombres: los que conocemos la efervescencia revolucionaria y psicológica de los tiempos modernos, padecemos la dolencia del olvido moral... Las ambiciones del *hijo del siglo*, como nos llama Roque Barcia, tienden al quebranto de toda ley... Discurriendo así, mi angustia y desesperación me determinaron á pedir un socorro á la Josefona, mujer de buenos sentimientos y de corazón hasta cierto punto magnánimo, á pesar de su vil oficio, del cual dijo Cervantes que es de los más necesarios en la república... Y estando yo convenciendo á la Josefona de que bien podía prestarme sin menoscabo de su erario los doscientos reales, oímos el bullicio de tu altercado con la Eloísa, y al encarar contigo ví claro, como la luz del día, que la Providencia que yo buscaba en aquella casa no era la Josefona, sino tú."

Contestóle Vicente risueño y afable que él actuaría de Providencia siempre que el

amigo le prometiera lealmente variar de conducta y ponerse á tono con su familia y la sociedad.

“Eso haré—replicó el otro casi compungido;—pero entre tanto, como mi tocayo el de *La vida es sueño*, he de recitar el *apurar cielos pretendo*... Sin casa ni hogar, vivo del amparo que me ha dado Romualdo Cantera en un cuartucho de la casa en que tiene su barbería... La comida es por mi cuenta, y de servírmela en el pesebre se encarga una feroz harpía á quien tengo por aborto del Infierno, *vulgo* de la Fábrica de Tabacos. Con todo, allí vivo tranquilo y casi contento. El contacto del pueblo me tonifica, me inspira ideas grandiosas, á veces épicas... Yo digo que frente al pueblo libre me educo en la oratoria tribunicia, como Demóstenes robustecía su voz hablando frente á las olas del mar embravecido.”

Del brazo atravesaron la Puerta del Sol, sin saber qué dirección tomarían para llegar á un lugar reservado. Decidiéndose á subir hacia Santa Cruz, Halconero quiso saber en qué ocasión se había rapado su amigo el bigote, y Segismundo le dió franca explicación del caso. “Esa perra *ecuménica* parecióme rendida la víspera de Dolores... Contaba yo con que me franqueara su nido al día siguiente, y me decidí á limpiarme de pelos la cara para ser más de su gusto... Pero la indina me salió con el pío-pío de que hasta después de Semana Santa no podía ser, y no en su casa, sino en otra

de una fiel amiga suya temerosa de Dios...

“No tuve más remedio que apencar con el aplazamiento, y llegado el día de Pascua me encontré compuesto y sin novia, mejor dicho, descompuesto, ó dígase afeitado... Luego vino mi degradante pobreza, y encontrándome tan raso de bolsillo como de cara, no me atreví á presentarme á la Donata, pues no tenía ni para pagar un coche, ni para convidarla tan siquiera á leche merengada, ó á café con media... Un caballero tronado es hombre al agua. Escribí á mi santurrona diciéndole que me había torcido un pie, y al siguiente día se me apareció en la calle con la estantigua de Domiciana. Una y otra me agraciaron con un mirar benévolo, y yo me hice el cojo y pasé de largo con el aire más compungido que pude poner en mí. No desisto, Vicente; sé que mañana irán á San Sebastián, *Cuarenta Horas y Novena del Alumbrado*... A la salida irá cada pájara á su nido. Yo sé dónde podré coger á la mía, que ya no duerme en la calle de Silva, sino en la de Embajadores, junto á San Cayetano..”

Completando los informes biográficos que Vicente deseaba, Segismundo acabó de pintarse á sí mismo con estos graciosos trazos: “En mi pobre domicilio estudio, leo cuanto puedo, que para eso me he llevado allí parte de mis libros. Y al propio tiempo me divierto y juego á las máscaras algunos días. En el Rastro me he comprado un bonete seboso y una sotana raída. Cuando el pueblo

de aquellos barrios se agita y sale vociferando, con el refuerzo de la turba chillona de las cigarreras, me calo mi bonete, endilgo la funda negra, y con esto y mi cara de cura, salgo á mi balcón y les echo cada discurso que tiembla Dios. Ya clamen contra las Quintas, ya contra otra cosa, yo despotrico en mi púlpito, y les vuelvo locos con aquellas palabras de Lamennais: "Soldado, ¿á dónde vas? A la conquista de mis derechos,, y otras majaderías por el estilo. Yo cito á Platón, á Descartes, á Roque Barcia, y les atribuyo cuantos disparates se me ocurren. Soy dichoso. Me aplauden á rabiar. Al final les doy mi bendición, saludo y me meto para adentro.,"

En esto llegaron á la Plaza Mayor, y Vicente propuso entrar en el café del Gallo, donde no encontrarían gente curiosa y patriotera que les estorbase. Pero Segismundo, temeroso de no hallar en aquel apartado sitio el deseado aislamiento, guió hacia otro lugar, bajando la Escalerilla y siguiendo por Cuchilleros hasta Puerta Cerrada. Metiéronse en la taberna de *Lucas*, que tenía un departamento interior para borrachos distinguidos, y allí se instalaron en banquetas, uno á cada lado de la mesa mojada de vino. La luz era escasa; pero se podía leer sin dificultad. Sacó Vicente el papel, arrugado en la lucha con Eloísa, y se dispuso á leerlo. "Al final—dijo—hay una nota de letra de don Santiago, en que me recomienda la mayor discreción. Entérate, Vicente: ni

en todo ni en parte debe pasar esto al dominio público, pues es por hoy cosa reservada.

—¿Tiene alguna cabecera ó título?

—Dice así: "Bases propuestas por el general Prim para conceder á la Isla de Cuba la autonomía, ó la completa emancipación."

En el momento en que Halconero esto leía, la Historia, que con los dos amigos había entrado invisible en la tasca indecente, se dejó ver... quiero decir, que espiritualmente hubo de presidir la reunión, y entre los dos jóvenes tomó asiento, sin mostrar repugnancia del ambiente plebeyo y vinoso. En la mesa puso la gentil matrona sus codos augustos, y con ambas manos sostuvo su rostro clásico, modelado por los padres de la estatuaría. Atentos los ojos y el oído á la lectura, que era recreo inocentísimo de dos almas españolas, no vió profanación en los lectores ni en el sucio lugar que les albergaba; antes bien, dió con su presencia grave solemnidad á lo que se leía. Su laureada frente no se humilló en aquel cuadro de apariencias groseras; los bordes de su clámide recamada de elegantes grecas, resbalaban de su cuerpo soberano y caían en el suelo entre polvo, hecés de vino y salivazos, sin que estas confundidas suciedades en manera alguna los manchasen.

Por abreviar, resumió Vicente en pocas palabras las cláusulas primeras: "Empieza diciendo que los insurrectos depondrán las armas, y que hecho esto, el Gobierno español concederá una generosa y amplia am-

ristía... En seguida procederá Cuba á la elección de sus diputados á Cortes: sin este requisito no se podrá legislar sobre aquella provincia con arreglo á la Constitución del Estado... Cuando los diputados cubanos libremente elegidos se encuentren en la Península, el Gobierno español presentará á las Cortes un Proyecto de ley concediendo á la Isla de Cuba amplias libertades, llegando, si necesario fuese, á la *autonomía bajo el protectorado de España, y aun á la completa independencia, si fuese indispensable para la felicidad de ambos pueblos...* El procedimiento que habría de seguirse y las compensaciones que España habría de reclamar se acomodarian á la extensión y alcance que la Nación diese á sus concesiones...”

—No está eso bien claro—dijo Segismundo.—¿Quieres que yo lo lea y le saque la miga?

—Espérate un poco, que ó mucho me engaño, ó la miga está en los siete artículos que siguen. Los leeré despacio, atendiendo á la idea más que á la forma, y viendo si una y otra están en perfecta concordancia. (Vicente lee con lentitud reflexiva.)

“Para llegar á la emancipación, juzgaría el Gobierno indispensable:

1.º Que así se acordara por los habitantes de la Isla, y por medio de un plebiscito.

2.º Que la Isla emancipada se obligase á garantizar la seguridad individual, y las propiedades y derechos de los españoles avecinados ó residentes en Cuba.

3.º Que por cierto número de años, diez por ejemplo, se concedieran ventajas al comercio español; quedando éste, al terminar aquel plazo, en las condiciones de la nación más favorecida.

4.º Que se daría indemnización á España por el valor de todas las propiedades inmuebles, fortalezas, establecimientos militares ó civiles, caminos, puertos, faros y demás obras públicas; en una palabra, de todos los bienes inmuebles que la nación española posee en la Isla.

5.º Que ésta tomaría á su cargo una parte de la Deuda pública de España. Para deslindar bien la carga que la Isla aceptaría por este concepto y por el del párrafo anterior, se computarían los valores en *doscientos cincuenta millones de pesos en metálico*, y España no recibiría nada de su importe, limitándose á que la Isla pagase los intereses de la parte de Deuda española que al tipo corriente, en una fecha convenida, fuese el equivalente de la indicada suma en metálico.

6.º El cumplimiento de este contrato exigiría forzosamente la intervención de una Potencia que lo garantizase; y en este concepto, España aceptaría gustosa la de los Estados Unidos de América. Esta garantía, en cuanto al pago de la suma convenida, consistiría en que los acreedores de España, á quienes cupiese tal ventaja por sorteo, tendrían derecho á canjear sus títulos por otros de la Nación garantizadora. Si

no lo hiciesen, ésta pagaría los intereses por semestres en Madrid ó en París, á voluntad del Gobierno español.

7.º El tratado que estipulase tales condiciones se habría de someter al Poder legislativo de los Estados Unidos, así como á las Cortes Constituyentes, sin cuyo requisito no tendrían valor alguno, ni crearía ninguna clase de compromiso.

Tales son las indicaciones que hoy pudieran hacerse; pero deberán ser puramente confidenciales, dando sólo lectura de ellas con toda reserva, sin entregar copia.,

XVII

La última palabra de la lectura abrió el espacio de un silencio en cuyo seno se agitaban los pareceres, temerosos de manifestarse. Quiso Vicente que su ingenioso amigo echara su opinión por delante, y viendo que no alzaba los ojos de la redonda tabla tabernaria, cual si en ella hubiera signos y garabatos que prendían su meditación, le dijo: "Bueno, Segismundo: ¿qué...?", Como ni con este puntazo volviera el otro de sus reflexiones, le sacudió de un hombro, pidiéndole juicio sincero sobre el pensamiento y planes de Prim.

"No es fácil opinar tan pronto de cosa tan grave—replicó Segismundo sobándose

la frente...—Aquí me tienes más que perplejo... En estos instantes he volado con una mirada de mi espíritu hacia el porvenir, y del porvenir vuelvo diciéndote... Espérate otro poco. Aún no es completo mi juicio... Esto debiera someterse al criterio de nuestro amigo *Confusio*, que si sabe rectificar la historia pasada, es maestro también en adelantarse á la futura.

—Yo pienso—afirmó Vicente con juicio á medio formar,—que si esto no es la venta descarada y burda de que tanto se habló, es un traspaso revestido de formas bellas, sugestivas y aun graciosas. Si la intención es discutible, debemos celebrar sin reservas la obra de arte.

—El arte es todo, mi querido Vicente. En la política, como en la vida, como en la misma religión, los grandes éxitos no son más que triunfos artísticos. ¿Quién duda que fueron artistas Moisés y el propio Jesucristo, y que en los tiempos cercanos al nuestro, Cromwell, Washington y Napoleón han sido ante todo admirables histriones?... Pero dejando á un lado el Arte, ó sea la sublime pantomima que engendra las transformaciones políticas, yo, á medida que te hablo, voy completando mi juicio y acabo por decirte que... Déjame tomarlo de otro modo. Si lo que acabas de leer se hiciera público, todos los juiciosos, todos los sensatos, todos los *sesudos omes* de nuestro país dirían á voz en grito: “Eso es una atrocidad, una vergüenza con taparrabo, una

ignominia sobredorada, ... y clamarían invocando la dignidad de una patria que nos quieren presentar con tricornio y chafarote para espantarse á sí misma... Pues yo, que más que hombre juicioso soy hombre sin juicio; yo, perdido, calavera, manirroto y dejado de la mano de Dios, te digo que en el pensamiento de Prim descubro una previsión profética, un mirar de águila que percibe lo distante mejor que lo próximo; veo el ensueño de fundar una nueva España más grande y potente, formada de pueblos ibéricos que se aglomeren y unifiquen, no con atadijos administrativos, sino con ligamento moral, filológico y étnico... ¿Me entiendes ó no? ¿Crees que desvarío? Aunque estamos en una taberna, no he probado el vino; menos el aguardiente... ¡Pum, pum!... ¡Mozo...!„

Golpeaba la mesa llamando al tabernero ó á su acólito, y éste se apareció preguntando qué se ofrecía. Pidieron algo de beber, y en el punto en que el chico entraba con botellas y vasos, la Historia, oídos los pareceres de sus alumnos, aprovechó el ver á medio abrir la puerta para escabullirse sin que nadie advirtiera su salida. Los amigos bebieron, aplicándose Segismundo al aguardiente de caña, que le inspiraba sutiles pensamientos. Halconero lo tomó también, pero en pequeña porción, atenuada por la mezcla con gaseosa. Era el hijo de Lucila mal amigo de Baco: la bebida fuerte le repugnaba, y jamás conoció

los desórdenes de la embriaguez. En cambio, Segismundo, lanzado á la vida libre sin poner freno á sus apetitos, se había conaturalizado con el alcohol, y bebiéndolo en cierta medida conservaba su serenidad, átizando y dando mayor brillo á las luces de su mente. Aquella tarde, á punto que el crepúsculo ponía entre dos luces á los descuidados amigos, Segismundo bebió con tino, y su ingenio paradógico y su fácil verbo se manifestaron gallardamente. Aca-riciando el vaso y consumiendo á sorbos la dulce y capitosa *caña*, decía:

“Este licor de América trae á mi pensamiento la idea de la *comunidad pan-hispánica*, que apoya uno de sus brazos en el viejo solar de Europa, para extender sin esfuerzo el otro por el continente americano... “Libertad, fraternidad”, dice la universal lengua soberana, Constitución íntima de estos gloriosísimos reinos; y por lo que toca al amigo Prim, opino que ha querido dar un salto en los tiempos, y se caerá al suelo sin que su idea por hoy tenga realidad... Y ahora, trayendo la cuestión del lado sublime al lado picaresco, te diré, ¡oh Vicentito! que será lástima el fracaso de nuestro General, porque si ese plan fuese un hecho, yo propondría que se modificara en aquella parte que trata de la indemnización y de que sólo se han de pagar los vagos intereses. Lo bonito será que nos traigan acá los *doscientos cincuenta millones de pesos*, para distribuirlos y aplicarlos conforme á las ne-

gras necesidades de estos empobrecidos pueblos. Muy desgraciado había de ser yo si no me tocaran algunas hebras de este vellocino...„

Tanto lo que Segismundo expresaba seriamente como lo que en picaresco decía, era muy grato á Vicente, que tenía singular predilección por aquel desordenado amigo. Las ideas de éste sobre el *pan-hispanismo* como síntesis palingenésica, le admiraban y seducían, pues él también acarició alguna vez en su cerebro aquella magna hermandad de los continentes, concibiéndola y desechándola como un rosado ensueño, y en el inofensivo picor de la gaseosa, se alumbró con las divinas luces que despedía de su mente el gracioso perdis... La conversación derivó por escalones hacia las sosas aventuras del propio Vicente, y éste dijo que la carta de su novia, incluyendo la nota de Prim, era un disimulado artificio para llamarle y dar por terminados los *moños*. La niña le amaba, y él también á ella, con pasión discreta de las que terminan en matrimonio. Su madre Lucila le incitaba á la reconciliación, buscando para ello un pretexto, un punto de apoyo.

“Sí, sí: haz pronto las paces... cástate... ponte la marca de los privilegiados de la vida. Posees bienes de fortuna; no tienes que aguzar el entendimiento para proporcionarte el cocido de mañana. Todo te lo dan hecho: la comida, la casa, la mujer... A cambio de esto, carecerás de libertad, de

aquella libertad preciosa que arraiga en el pensamiento y florece en los hechos políticos... Sí, Vicente, joven sensato: quíéraslo ó no, tú serás alfonsino, trabajarás por la Restauración... Puede que seas marqués, y ministro de un Borbón futuro...»

Halconero reía, tomando á chacota los presagios de su amigo. Y éste, apurando la caña, atizaba el fuego de su locuacidad. “Yo no soy sensato, y me quedo en la pobreza y en la insensatez; yo me tengo por hijo de una edad revuelta, y en este año 70, que es para mí la plenitud de los tiempos locos, me declaro ciudadano de la sinrazón, y no haré nada que sea razonable, según vuestra idea de la razón... Ya se verá lo que sale de esto. Lo que yo te aseguro es que antes de haber mundo hubo caos, un delicioso embarazo cósmico, y que viniendo á la edad histórica, la civilización y cultura han nacido del vientre abultado de una sociedad gestativa... En aquel barrio pobre me instalé, y en él vivo gozoso... Y aunque pudiera titularme *Marqués de la Cascarria*, me limitaré á llamarme *capellán honorario de Su Majestad la Plebe*... Podré ser Ministro de un Gabinete ó *Gabinetito con alcoba*. Desde mi púlpito predicaré la piadosa destrucción. Nada me importa el decir de la gente de allá. He abandonado Atenas para establecerme en Corinto, y allí puedo disfrutar mejor que en otra parte la única riqueza que me ha dejado la sociedad, el sol, el benéfico agente

de toda vida. Con mi sol y mi plebe me basta; no quiero nada más... Y para concluir, amadísimo Vicente, hombre nacido de pie y destinado á gozar de todo privilegio, no olvides que me has prometido un suministro de doscientos reales, que te devolveré el día en que se vuelvan gatos los leones de la Cibeles... No lo dejes para mañana, que en ese río del *mañana*, según un viejo refrán, se ahogan las buenas intenciones..

Con estas y otras donosas extravagancias, que Vicente oyó como chisporroteo del recalentado magín de su amigo, terminó la tarde. Fué Halconero á su casa, á corta distancia de la taberna, y al poco rato puso en manos de Segismundo la cantidad que éste necesitaba para sus urgencias de amor y el pago de su pitanza. Separáronse, prometiendo Vicente visitar al pobre misántropo en su retiro de Corinto... Volvió á su casa Halconero, y aquella misma noche ó al siguiente día (sobre esto no hay seguridad) dedicó un mediano rato á contestar á su novia. La carta era del tenor siguiente:

“Señorita: Conforme á lo que me indica en su esquila, doy recibo de la nota que incluye, para que su señor tío don Santiago tenga seguridad de la exactitud con que usted cumple sus encargos. Y tranquilizada usted sobre este punto, me permito decirle que el abismo abierto entre usted y yo es grandísimo y pavoroso. No me toca ninguna responsabilidad en la apertura ó excava-

ción del susodicho abismo, obra exclusiva de usted y de sus imaginarios agravios. No soy, pues, quien debe cegar esa cavidad, sino usted, Pilar, y para ello es menester que tenga el valor de reconocer en mí al leal caballero que amó á usted creyéndola dotada de tanta discreción como sensibilidad, y de un genio apacible, digno complemento de su gentileza y hermosura. Es cuanto tiene que decirle por hoy su atento servidor q. s. p. b.—*Vicente Halconero*.

„Como usted *postdatea*, no quiero ser menos. Reciba usted, por mi conducto, finas expresiones y recuerdos de esta *señora casada*, con quien me divierto y me divertiré hasta que logre olvidar á la que no hace mucho reinaba en mi corazón y era señora de mi pensamiento... En mis soledades no olvido á las amigas de usted, que tan bien la ayudaron á cavar el dichoso abismo. Deles memorias, y añada que me alegraré mucho de que se queden para vestir imágenes. A usted no le deseo lo mismo, aunque bien merece tener ese fin desgraciado; no se lo deseo, porque aún espero la enmienda de la interesante señorita, que ahoga las bondades de su corazón con suspicacias y reparillos sacados de su cabeza... un poquitín destornillada.

„Aunque usted me manda que no escriba palabra alguna dirigida á la que fué mi novia, y me amenaza con romper mi carta sin leerla, yo desobedezco, y escribiré cuanto me dé la gana. Quiero hacerla rabiar Ra-

bie usted Pilarita y conserve su furia hasta el Día del Juicio por la tarde... Allí, en el Valle de Josafat nos encontraremos.,,

Aunque esta carta llevaba entre líneas las paces, y paces cantó parabólicamente en su respuesta Pilarita, llamándole pillastre, libertino, granuja, epítetos que en mil casos no son mas que la proyección burlesca del cariño, la reconciliación se hizo esperar, y fué Vicente el que la llevó con pies de plomo, buscando así la eficacia de la lección que dar quiso á su novia. Y aunque ésta, corregida de su ligereza, trataba de apresurar el día feliz, aún fué menester que la costurerilla rompiese un par de zapatos llevando y trayendo conceptos sutiles, escrúpulos y reservas no menos prolijas que las de una negociación diplomática. Halconero se proponía rendirla y someterla de una vez para siempre, que así creía, como si dijéramos, reacuñar en nuevo troquel á su esposa futura.

Y tanto se alargó la lección, que hasta bien entrado Mayo no fué un hecho la paz, ajustada por fin en forma tal, que ambos la tuvieron por duradera. Vicente, justo será decirlo, no queriendo ser corrector incorregible, se puso también en paz con su conciencia, cortando de raíz sus livianos amores con la rubia Eloisa. Al llegar, pues, los floridos días de San Isidro, halláronse los novios en pleno éxtasis de amor sin nubes, de candorosa égloga y de idílico arrullo. Sus conversaciones, apartadas de los

oídos profanos, imitaban el canto pre-matrimonial de las enamoradas avecillas. Oigase el gracioso pío-pío: “¿Verdad, Vicente, que nosotros somos felices y que la infelicidad de España nos importa un bledo? ¿Verdad que este afán de buscar Rey y no encontrarlo, nos tiene sin cuidado? Porque nosotros ya hemos salido de la maldita interinidad; nosotros ya tenemos Rey: Mi Rey eres tú, y yo tu Reina...

—Así es; y lo mismo nos importa un Rey de *extranjis* que la traída de la República. La República no ha de causarnos la menor molestia; haremos nuestro nido en un árbol grande y alto, á donde no lleguen los alaridos de la muchedumbre soberana.

—Yo te digo, Vicente mío, que la vida humana es muy bonita, y que hicimos muy bien en nacer y venir á este mundo, porque este mundo, digan lo que quieran los predicadores, es precioso, y en él está todo dispuesto para nuestra felicidad. ¿No lo crees tú así? No tenemos para qué pensar en la muerte. Entiéndanse con ella los viejos. Nosotros hacemos bien en ser jóvenes, y como jóvenes pensamos en Dios, sin meter-nos en las tristezas de la religión... Nosotros no tenemos pecados... me parece que tú y yo somos ángeles... no te rías... Yo pienso que en el cielo se casan los ángeles.

—No nos cuidemos, vida mía, de si hay en el cielo una Vicaría para los ángeles que quieran vivir honradamente en sus casitas. Sin duda habrá por arriba ángeles hacen-

dosas que anhelan casa y marido, y ángeles que aspiren á ser cabezas de angelicales familias. „

Y otro día, la enamorada dijo esto á su enamorado: “Vicentillo, quiero revelarte un secreto... Dame tu palabra de no contárselo á nadie, ni á tu mamá... Lo he sabido casualmente por unas palabras que oí á mi tío Santiago hablando con mi tía Gracia... No es que yo me pusiera á escuchar... Eso no lo haré nunca. Fué que hablaron ellos sin verme, cuando yo estaba en el gabinete de mamá, detrás de aquel biombo, ¿sabes? buscando un pedazo de satén que guardé hace días en el arca que fué de doña María Tirgo... Te lo digo á tí solo .. Verás: tú has oído que mi tío sale mañana para La Guardia y Samaniego con objeto de ver los trigos y preparar la siega de las cebadas... Dicen que la cosecha será tremenda... Pues mi tío no va á La Guardia... Todo es mentirijilla y disimulo. A donde va es á Logroño, y lleva una carta que Prim escribe á Espartero ofreciéndole la corona... Vicente, tan verdad es esto como el sol que nos alumbra... Y como Espartero, naturalmente, aceptará esta vez la corona que le ofrecen Prim, Serrano y Sagasta, en triunfo le traerán á Madrid, y... aquí viene lo que no es más que figuración y corazonada mía. Espartero quiere mucho á mi padre, que fué su mejor auxiliar cuando preparaban el Convenio de Vergara... Pues Espartero Rey será padrino de nuestra boda, Vicente... ¡Anda, no espe-

rabas esta, pillo!... ¡El Rey nuestro padriño!... ¿La noticia no vale que me digas alguna cosa bonita?

—No es noticia; es corazonada. Y el corazón no acierta siempre, Pilarica. Por lo demás, nuestra felicidad será la misma apadrinados por Baldomero I, ó por cualquier hijo de vecino.,,

Aconteció que á los pocos días volvió el Coronel á Madrid, y toda la transcendencia del mensaje que había llevado á Logroño quedó en agua de cerrajas. Espartero rechazaba discreta y juiciosamente la corona. No se dió por defraudada Pilarita, y del aурoral optimismo en que vivía sacó este plácido razonamiento: “A decir verdad, Vicentillo, maldita la falta que nos hace que nos apadrine un Rey. Yo pensé en Espartero, por aquello de darnos tono y de que rabiaran mis amigos; pero como de todos modos han de tragar mucha quina, bien vamos así... Para el otoño han fijado nuestra boda tu mamá y la mía. Tú has dicho que debemos poner alas al verano. Por mí, que vuele todo lo que quiera. Te advierto que mi padre quiere llevarnos este año á Arcachón; pero mamá no está por eso, y prefiere á Royan. Con que ya lo sabes. Si vas este año á París... y cuidado con París, caballero, que es ciudad donde los hombres pierden el tino, y por eso la llaman *Babel* ó *Babilonia*... ya lo sabes... á la ida ó á la vuelta nos harás la visita, y ella no ha de ser corta... ¿Quedamos en eso?

Y ya entrado Junio, con su blando calor y alegría, Pilar pasó una tarde tediosa esperando á Vicente, que por primera vez después de la reconciliación faltaba á la hora de costumbre. “¡Ay, qué susto me has dado!—le dijo Pilarita viéndole entrar casi de noche.—No te riño... Lo de reñir por las tardanzas está mandado retirar, ya lo sé... Pero he pasado una tarde horrible. Creí que estabas malo.” Dió Halconero la explicación justa. Había ido al Congreso con Enrique Bravo y otros dos amigos... Les llevó á la tribuna el interés que despertaba el voto particular de Rojo Arias, y la votación que habría de recaer sobre él.

—¿Y qué es eso, y con qué se come?

—Pues nada... El Congreso acuerda que para elegir Rey será preciso reunir 171 votos, la mitad más uno de los diputados que han jurado el cargo...

—¿Y eso va con nosotros, Vicente? ¿Qué nos importa que sean ciento ó ciento y pico?... Mi padre ha dicho que lo que es Montpensier, por más dinero que gaste en la compra de periódicos y diputados, no sacará más de veinte ó veinticinco votos... ¡Ah! ¿no sabes lo que me dijo ayer tu padrastro don Angel? ¡Qué risa! Pues quiso atraerme al *montpensierismo*. Me ofreció, puesta la mano sobre el corazón, que si don Antonio es Rey, me nombrarán dama de honor de la Reina Luisa Fernanda. ¡Lo que pude reirme, Dios mío! ¿Qué falta me hace á mí ser dama de honor, que es como entrar en ser-

vidumbre?... Pues oye lo más gracioso... También me dijo que á tí, á los dos, nos darán un título de nobleza: seremos *Marqueses de la Villa del Prado*... Anda, hijo, date tono. Fruta por fruta, un *Marqués de la Uva de Albillo* no será menos que un *Rey de las Naranjas*..”

XVIII

Celebrando la ocurrencia, afirmó Vicente que el acuerdo votado aquella tarde por las Cortes dificultaría la elección de Rey, pues no habría candidato que reuniese 171 votos... Con esto salía ganando la República.

“Pues que venga de una vez—dijo Pilar gozosa, extendiendo su optimismo á la forma de gobierno.—¿Y qué nos va á pasar si suben los republicanos? Porque guillotina no han de traer... Todas las fierezas de esos buenos señores quedarán reducidas á quitar las quintas, á rebajar las contribuciones, y á suprimir unos cuantos clérigos de los muchos que hay..”

Terció en la conversación el Coronel Ibero, asegurando que don Juan no se acoquinaba por la dificultad de los 171 votos; que tendríamos Rey; que ya se habían echado los anzuelos para pescar uno de familia Real de muchas campanillas, y que... por el momento no podía decir más... Entendieron

los oyentes que algún secreto poseía, guardado en el arca de su discreción... Hablando de Prim y de sus dotes de gobernante, recordó Vicente el bosquejo de la emancipación de Cuba, y quiso saber si los Estados Unidos entraban por el aro. Según afirmó el Coronel, enterado por buen conducto, los *yanquis* estimaron aceptable la proposición y excesiva la cantidad. Entrarían tal vez, si España se contentaba con la mitad, *ciento veinticinco millones de pesos*... Pero aunque se llegase á un acuerdo en la cuestión metálica, el trato aquél tropezaría con enormes dificultades por los escrúpulos caballescrescos del patriotismo español.

Contó Ibero que el General había dado conocimiento de su atrevido plan al Consejo Supremo de Guerra. Los primates que componían aquel alto Cuerpo se indignaron viendo reducidos á una cuestión de ochavos los sacros fueros de Marte y el glorioso atavismo. Todo les pareció mal, y sin dar informe por escrito, pusieron en el cielo sus clamores. Prim ignoraba la opinión del venerable coro de ancianos de la Milicia, y á este propósito refirió el Coronel un pequeño pasaje histórico por él presenciado. Estaba el General en su aposento familiar, vistiéndose para salir á la calle. Presentes se hallaban Sánchez Bregua, el ayuda de cámara, el ayudante Moya y Santiago Ibero. El General, parado ante el espejo, en la operación de anudarse la corbata, preguntó al Subsecretario si algo sabía del efecto causado en

los del Consejo por la nota que sometió á su examen. Sánchez Bregua, recelando que el General desataría su coraje al saber la opinión de los veteranos, furiosamente contraria al proyecto, atenuó cuanto pudo la verdad de su respuesta. Ya Prim se lo tenía tragado: conocía la honda inercia de la rutina histórica y la rigidez de las corporaciones seniles, buenas para contener, ineficaces para el impulso... Sin apartar la mirada de su propia imagen en el espejo, ni desentenderse del lazo de su corbata y de la compostura de su efigie, pronunció friamente estas palabras: "Ya lo llorarán,... ya lo llorarán.."

Comentaron Ibero y la joven pareja el dicho del General. Ninguno de los tres tenía bastante clara la percepción adivinatoria para saber si los españoles futuros derramarían lágrimas sobre la inmovilidad de los hieráticos consejeros. Tan sólo Vicente, recordando al iluminado y erudito Segismundo, sabio, calavera y un poco borrachín, tuvo una rápida visión de la edad futura, visión de sangre, llanto y desconsuelo; pero creyéndola hechura del pesimismo que todos los españoles del siglo xix llevamos dentro, no se determinó á manifestarla.

El tiempo corría, precipitando á los madrileños hacia la desbandada veraniega. En todas las casas ricas se limpiaba el polvo á las maletas, y las señoras cuidaban de los complicados equipos que habían de lucir en las casas de baños y en las playas del Nor-

te. Lucila confirmó á Vicente la promesa del viajecito á París, y para que el joven tuviera freno y compañía en la grandiosa y divertida ciudad, determinó ir con él. Demetria y su familia partirían para Royan, con escala de pocos días en Vitoria. Gracia y su marido, y el hijo cadete, que tomaría vacaciones muy pronto, seguirían la misma ruta, después de pasar un par de semanas en Samaniego y Paganos, inspeccionando la recolección. Todos aguardaban gozosos el día en que tocaran á emigrar, y Pilarita singularmente piaba y trinaba, como aveci-lla que se dispone á levantar el vuelo hacia los climas dulces, y hacia los aleros y los árboles donde se han de colgar los nuevos nidos.

“¿Por qué está tan alegre mi Pilarica?—le dijo su novio una tarde, viéndola batir palmas y gorjear una canción de moda.

—¿Pero no sabes la noticia?... Nos vamos la semana que viene... Es casi seguro que iremos también á París. Allí nos veremos; allí nos pasaremos, *olivarej' arriba, olivarej' abajo*, como dijo Cúchares... Y puede que nos lleguemos á ver un poquito de Alemania... ¿Sabes ya que nos traen un Rey alemán? Lo ha dicho el tío Santiago; el nombre es algo así como *Ole-Ole*...

—El Príncipe Leopoldo de *Hohenzollern*... Parece que acepta... Al fin hay un caballero que no se asusta de regir estos alborotados reinos. Salazar y Mazarredo ha traído el notición de la conformidad del Príncipe

y del consentimiento del Rey Guillermo de Prusia.

—Pues esto del Rey prusiano me gusta mucho... Las modas no vendrán ahora de París, sino de Berlín, y ya no beberemos vino, sino cerveza. Tenemos que aprender algo de alemán, que es una lengua muy parecida á la que hablan los pájaros. En fin, Vicente: como no pienso más que en nuestra felicidad, todo me alegra. Y te digo también que si en vez de traernos Rey alemán nos lo trajeran turco, me alegraría lo mismo.

—Yo no... porque, según he oído, Napoleón está que trina... La noticia ha caído aquí como una bomba. Prim está en Daimiel, cazando con Milans del Bosch y otros amigos. Vendrá esta noche. Mañana sabremos si ese Hohenzollern cuaja ó no cuaja.

—El nombre de *Ole-Ole* me hace mucha gracia. Invita á las cañas de manzanilla y al baile flamenco... Yo me río y me divierto con estas cosas, porque, la verdad, no me dan frío ni calor: sobre esto que llamáis política y sucesos públicos, mi alma vuela como una mariposita. Todo lo ve y lo mira; pero no se posa más que en lo suyo, y lo suyo es un caballereito muy simpático y muy pillo, que se llama don *Ole Ole* Halconero....

Cada hora traía nuevas impresiones. La candidatura del Hohenzollern le había sabido á Napoleón á cuerno quemado. Su Embajador, Mr. de Mercier, llegó á decir: "An-

tes que ese prusiano, Montpensier., Y mientras el Gobierno español convocaba las Cortes para decirles: *Eureka, ya tenemos Rey*, las cancillerías de Francia y Prusia se alborotaban como gallineros visitados por el zorro. "Oye, Vicente—decía Pilarica á su novio.—¿Con que se ha roto ó está para romperse el *equilibrio*? Explícame eso...", "No se romperá nada—repuso Halconero,—porque el Príncipe Leopoldo ha renunciado á la mano de doña Leonor. No es mala gresca la que han armado con la tal candidatura. España no puede desmentir su *abclengo* histórico. Es la dama guerrera que preside los torneos del mundo. Una mirada suya, cayendo como centella donde menos se pensaba, ha estado á punto de incendiar los campos europeos.

—Pues mi padre sostiene que el gallinero sigue alborotado, y que en él anda un zorro muy listo que llaman Bismarck... Pero sea lo que quiera, podremos irnos á Francia tranquilamente."

Salió la familia Calpena, y en Vitoria supo don Fernando que Napoleón, impertinente y picajoso, había exigido al Rey Guillermo tales garantías para evitar la reproducción del conflicto, que el Soberano de Prusia hubo de mandarle á paseo en la persona del Embajador Mr. Benedetti. Partieron los Iberos para La Guardia, y en el camino se les dijo que Francia, ó más claro, el Imperio, ávido de laureles militares con que galvanizar su dominio, había declarado

la guerra á Prusia... Salieron Halconero y su madre, dejando en Madrid la desagradable impresión de que un guiño de España buscando Rey había encendido la guerra europea. En el descanso de Bayona oyeron la trepidación del suelo francés, y á los dos días, apenas llegados á París, presenciaron la furiosa exaltación de las turbas gritando: "A Berlín, á Berlín,,."

Asustada Lucila de aquel estruendo, propuso á su hijo volverse á España; pero Vicente no se avino á dejar la plataforma de donde tan bien se vería la descomunal tragedia que se anunciaba. Contagiado de la opinión corriente en Madrid y en toda España, creía que el poder militar de Francia era incontrastable; que el sol de la leyenda napoleónica no se había eclipsado, y como un lorito repetía la jactanciosa frase de Girardin: *Echaremos á los prusianos á culatazos al otro lado del Rhin*. Persistía en el noble mancebo el ardiente amor á Francia, por las afinidades de raza y por la exaltación de los amores literarios. Francia era Voltaire y Rousseau, Víctor Hugo, Musset, Balzac... Y aun los alemanes Goethe y Heine se afrancesaban, transmigrando del hermético idioma teutónico al transparente lenguaje de las modernas Galias.

París ardía en entusiasmo y en fiebre guerrera. En los bulevares, el paso de los batallones encaminados á la guerra promovía delirios de patriotismo loco. En toda Francia los ferrocarriles conducían tropas

hacia el Este; por las estaciones pasaban trenes y más trenes con la velocidad del rayo. El Gobierno francés, temiendo las indiscreciones del telégrafo, prohibió bajo penas severísimas las noticias de movilización... A pesar de estas precauciones, que pusieron en pugna el arte de la guerra con los adelantos científicos, las noticias volaban sin saberse de dónde salían. Prusia había lanzado á las orillas del Rhin medio millón de hombres... El Rey Guillermo tenía su cuartel general en Francfort... Dos formidables cuerpos de ejército, mandados por el Príncipe real de Prusia y por el Príncipe Federico Carlos, ocupaban Maguncia y Coblenza... Todas las naciones se armaban hasta los dientes. Italia y Bélgica eran verdaderos campamentos; Austria llamaba sus reservas; Inglaterra mandaba al Báltico sus escuadras... Francia retiraba de Civittavechia las tropas que allí tenía para defender de los garibaldinos los Estados del Papa...

Halcónero escribía desde París á su prometida, residente en Royan: "Estoy en el mejor sitio para ver la tragedia más grande y sangrienta que ha presenciado el siglo desde Waterlóo. No temas por mi madre y por mí. Aquí no corremos peligro alguno. París es la torre desde donde podremos ver sin riesgo la reforma del mapa de Europa. La tragedia será hermosa y terrible. Nunca pensé que me fuera dado ver de cerca un hecho de los que han de ser punto culmi-

nante en la Historia de la Humanidad. ¡Qué pequeños nos sentimos ante la historia vista en la realidad! Pero aún nos parecen más enanos los que han de leerla después de bordada en el cañamazo de la letra de molde... Vida mía, hoy no te escribo más... Voy al café *Cardinal* á saber noticias. Parece que algo se sabe ya de un primer encuentro, favorable á las armas de la divina Francia.,

En aquellos angustiosos días, París necesitaba una victoria... París no podía vivir sin victoria, y ésta le fué transmitida desde Saarbruck como un calmante telegráfico. Roto el fuego, los batallones franceses habían cortado del árbol germánico los primeros laureles. El telegrama llevó á París trompetazos de fanfarronería, y una nota sentimental: *La jornada había sido brillante... El fusil de aguja había hecho maravillas... El Príncipe Imperial se mostró sereno en medio del fuego.*

Enloqueció París con esta inyección de ideal napoleónico; pero poco hubo de durarle el efecto del estimulante. Lo de Saarbruck fué el 2 de Agosto, y el 4, la acción de Wissemburgo, empezó á deshojar la flor de las ilusiones, iniciando la serie de descabros con que Francia pagó su imprevisión y el descuido de sus organismos militares... Dejando ahora lo público por lo privado, se dirá que Halconero se encontró en París con su amigo Antonio Orense. A menudo se reunían en el café de Madrid ó en el *Cardinal* para rememorar á España, y condolerse

de sus querellas y desdichas. Con otros jóvenes emigrados hizo amistad Vicente, distinguiendo á un catalán llamado Garrigó, que había corrido la suerte de Suñer y Capdevila en la sublevación federal del 69. A principios de Agosto, después de la desastrosa acción de Worth, se organizó en París un cuerpo de voluntarios, en el cual se alistaron jóvenes emigrados de distintas naciones. Uno de éstos fué Garrigó, que con generoso ardimiento quería dar su sangre por la hospitalaria y gloriosa Francia.

El día en que partió para la frontera la legión de voluntarios, fueron Halconero y Ocenso á la estación de Estrasburgo á despedir al bravo Garrigó. Tan apretado era el gentío, que difícilmente pudieron abrirse paso hasta el andén. Entre el humano revoltijo formado por los legionarios y los que iban á despedirles, vió Halconero una cara de hombre que le produjo repentina emoción. No pudo contenerse... A codazos y empujones se abrió paso; llegó hasta el tal, que era joven, de figura gallarda y varonil belleza... y agarrándole el brazo, no se entretuvo en preguntarle quién era ni en presentarse con las formas usuales, sino que con airosa familiaridad le dijo: "Usted es Santiago Ibero.

—Sí, señor: yo soy...

—¿Y usted va también...?

—Voy... sí, señor... Perdóneme... no tengo el gusto de conocerle.

—No es ocasión de pedirle que aguce un

poco la memoria. Hace algunos años, no sé cuántos, nos conocimos en Madrid, en la casa de mi tío Leoncio. Yo era un chiquillo. Paseamos juntos una tarde, hablando de...

—Ya me acuerdo.

—Por la noche estuvo usted en mi casa, calle de Segovia...

—Sí, sí: la noche que el señor de Tarfe me disfrazó de fogonero para escapar de Madrid... Y usted me ha conocido...

—Más que por mis recuerdos, por el parecido de usted con su hermana Fernanda, de triste memoria...

—¡Ah!... ¡mi hermana Fernanda...!,,

Dijo esto con inflexión de duelo, mientras Vicente, ahogado por la pena, hubo de contener con esfuerzo viril las lágrimas que le salían á los ojos... Este diálogo nervioso, rapidísimo, no pudo prolongarse en ocasión tan importuna. El oleaje humano separó á los que ya parecían amigos. Por un esfuerzo de ambos volvieron á juntarse... Vió Halconero á una mujer hermosa que cogida al brazo de Santiago se despedía de otras mujeres... El hijo de Lucila, movido de intensa efusión, se dirigió á ella con fraternal confianza: "Usted es Teresa. La conozco sin haberla visto nunca. ¿Pero... usted también á la guerra?

—Sí, señor. Ya que no he podido disuadirle de esta calaverada heroica, me voy con él... no quiero que esté solo.,

No había tiempo para más explicaciones. Santiago abrazó á Vicente, diciéndole:

“Adiós... adiós. ¿Nos volveremos á ver en París? ¿Quién sabe si nos veremos en España! Adiós.”

Y Teresa, en los apretujones para subir al tren, pudo decir: “Le conocemos á usted, caballero don Vicente. En París sabemos todo. Tenemos en Madrid nuestro pequeño espionaje... Adiós... Una palabra no más. Si volvemos vivos de esta calaverada, llámela usted aventura, Santiago se reconciliará con sus padres... Yo se lo aconsejo...”

Y lo demás fué dicho por Santiago, ya en el estribo, después de subir Teresa: “Diga usted á mi madre y á mi padre que Teresa y yo iremos á visitarles en La...”

Ahogaron su voz los vivas y aclamaciones patrióticas. Halconero gritó: “En La Guardia...” Y Santiago y Teresa afirmaban con cabezadas.

Partió el tren, que al matadero llevaba tanta juventud, alucinada por un ensueño de gloria.

XIX

En el curso de Agosto vió Halconero el vertiginoso giro del desastre; vió la incapacidad militar de Napoleón; el engaño de Francia, conducida torpemente á una colossal guerra, sin organización, sin criterio estratégico y táctico, sin estudio, sin planes

ni concierto; vió claramente que el Ministro de la Guerra, Lebœuf, era una hinchada nulidad; que los generales se hacían un lío al primer paso; que la oficialidad llevaba planos de la topografía de Alemania, y desconocía la de su propio país; que los batallones iban con cifra menor que la del contingente oficial; que el aprovisionamiento era una vana palabra; que las tropas tenían que entrar en fuego fiándolo todo á un heroísmo temerario y á los arranques epilépticos del valor personal. Francia, vendida por sus ineptos conductores, sucumbía con hermosa desesperación.

Al descalabro de Worth siguieron Mars-la-Tour, Gravelotte, la salida de Metz, y por fin Sedan (1.º de Septiembre), con la resquebradura y desplome del fantasmón imperial. Y cuando París furioso, desengañado de la falsa ilusión guerrera y asqueado del organismo político que había perdido á Francia, proclamó el 4 de Septiembre la República; cuando el pueblo derramó su ira por plazas y bulevares, y tras de las pisadas de la Emperatriz fugitiva, recogió del arroyo la corona imperial para refundirla en mural corona, emblema de la Soberanía de la Nación, Lucila, temblando de miedo, dijo á Vicente: "Hijo del alma, vámonos sin perder día. Has visto ya bastante Historia viva, de esa que pone los pelos de punta... ¡Sabe Dios lo que va á pasar aquí! Yo te aseguro que las palabras *República y republicanos* me dan escalofríos y temblor

de piernas. Antes no era yo así; me gustaba lo que llaman *Soberanía del pueblo*. Pero ahora... *hogaño*, como dice mi padre, y yo lo decía también cuando era moza... *hogaño*, el bienestar me ha hecho bastante *moderada*... Vámonos, hijo. ¡Ay, París, qué feo estás! ¿Quién te conoce? ¡Oh, España mía, único país del mundo que sabe ser á un tiempo desgraciado y alegre!„

No pudo Halconero desoir el toque de retirada. En un día compró los regalos destinados á la novia, y partieron para Burdeos. Iba Lucila contenta, y su hijo muy triste, viendo cómo se le ajaba y desvanecía la ilusión de Francia. Hasta la literatura, desmereciendo á sus ojos, se rebajaba de su esplendor augusto. Voltaire y Rousseau, Víctor Hugo y Balzac se le representaban menos grandes de lo que fueron antes del desastre. Este sentimiento de chafadura del ideal fué por fortuna poco duradero, y tuvo su corrección en el propio espíritu del joven. De la gloriosa Nación maltrecha resurgió pronto con mayor pujanza lo que debía tener perdurable vida...

En Burdeos enteráronse hijo y madre de la concisa carta que el desdichado Emperador dirigió al Rey Guillermo declarándose prisionero: *Señor y hermano: No habiende podido morir en medio de mis tropas, sólo me resta entregar mi espada á Vuestra Majestad — Napoleón*. Con esta dolorida estrofa terminó uno de los actos de la tragedia. Pero ésta no había concluído, y sus pavo-

rosas convulsiones siguieron aterrando al mundo entero en lo restante del año 70 y en buena parte del 71.

Se comprenderá que el descanso de Halconero y su madre en Burdeos fué muy breve, y que el primer vaporcito que salió para Royan les llevó á esta risueña villa, situada en la desembocadura de la Gironda. Gran día de regocijo y plácemes. Las dos familias (Iberos y Calpenas) gozaban de excelente salud, sin otra contrariedad que el dolor por las desdichas de Francia. Pilarita no había podido echar de su mente la idea de que su prometido corría enormes riesgos en París, y hasta que le vió llegar vivo y sano no se recobró de su pavor. En sus insomnios creía que los hulanos cogían á Vicente y le llevaban preso á Berlín; mal dormida y soñando, veía que los descamisados del 4 de Septiembre le conducían á la guillotina y le cortaban la cabeza, ¡ay!

Halconero y su madre se instalaron en el Hotel de la *Croix Blanche*, y los Iberos y Calpenas vivían en una linda casa con jardín, propiedad de don Fernando. Todo el día pasaban juntos, y la feliz pareja irradiaba su contento sobre los demás. Mas era raro el día en que las malas noticias no arrojaban una sombra de tristeza sobre la triple familia. Hoy era la batalla de Artenay; mañana la toma de Soissons; por fin, que los prusianos iban ya sobre París... Y una mañana, cuando Vicente fué á la casa de su amada, de donde habían de salir to-

dos para una excursión á *Vieux Soulac*, pueblecito tragado por las arenas, Pilarita le sorprendió con un notición que de tan gordo parecía mentira.

—¿No sabes, Vicentillo, lo que pasa? Te quedarás atónito y estupefacto cuando yo te lo diga... Espera un poco, que ahora voy á decírtelo... Pues los garibaldinos han entrado en Roma... Como Francia tuvo que retirar sus tropas, dejando indefenso al Papa, ¿qué han hecho los italianos? Pues asaltar la *ciudad eterna* por una puerta que se llama... *Pía*... Nada, hijo, que á Pío IX le han birlado sus Estados, y Roma será la capital de Italia. ¿Qué te parece? ¿Ves qué cosa tan atroz?

—Ya estaba previsto. El Papa quedará de Rey espiritual de los católicos, que es destino de gran provecho... Dejemos correr la comedia del mundo hácia el reparto equitativo de papeles. Cada cual al suyo.

—¿De modo que tú no te asustas, ni siquiera te indignas? Pues mi tía Gracia dice que esto es un robo, una usurpación, y que si todas las naciones no acuerdan devolver al Santo Padre su reino, lo que debe hacer Pío IX es abandonar á esa Roma ingrata, y venirse á España con toda su Corte Pontificia. Aquí se le recibiría como si bajara del Cielo, por ser éste el país más católico del mundo... A mi tía Demetria no le da tan fuerte, y asegura que bien se está San Pedro en Roma. Por mi parte, te diré que si me apuran, todo lo que no sea casarme con-

tigo me importa un rábano, y que allá se las haya Pío IX con Víctor Manuel... Pero eso no quita que nos alegremos de que el Papa se establezca en Madrid... Dará gusto ver tantos Cardenales vestidos de colorado y centenares de Obispos, algunos con barbas... y figúrate el sin fin de frailes y monjas de todos colores que veremos por las calles... Confiésame que será muy bonito... Si nos traen Rey, tendremos dos Cortes; y como para el Papa habrá de ser el Palacio Real, al Rey le meteremos en la Casa Panadería ó en la Platería de Martínez.,

Pasados algunos días en gratas excursiones por las amenas orillas de la Gironda, llegó la ocasión del regreso á España. Partieron con pena, dejando á Francia tan agobiada de acerbos desdichas, y á medida que avanzaban hacia el Pirineo, les daba en el rostro el aliento de las calamidades españolas.

En aquella encrucijada internacional, donde se abren los portillos de Francia y España, los viajeros no lograron seguir juntos. Lucila, invitada por los Iberos, pasó la frontera para detenerse en la Rioja alavesa, gozando de una temporadilla geórgica en tierras de sus amigos. Vicente quedó con los Calpenas en Biarritz por unos días. Era tan considerable allí la colonia de españoles de viso, que no se daba un paso sin meterse en saludos y en chácharas interminables. Manolo Tarfe, Guillermo de Aransís, la Villares de Tajo, desfilaron esparciendo á un lado

y otro sus ditirambos sobre la guerra franco-prusiana y sobre el obscuro porvenir de nuestra política.

Nada de esto desagradó á Vicente. Lo que le sacó de quicio fué ver al mal caballero don Juan de Urríes y á su esposa doña Mariana de Pedroche, Marquesa de Aldemur. Con ellos iba Carolina de Lecuona, formando una trinidad harto antipática. Esquivó Halconero la presentación, desairando á su amigo Tarfe, con quien á la sazón estaba, y prefirió la sociedad de un improvisado figurón, funcionario del Gobierno civil, don Tellesforo del Portillo, que en su anterior vida policiaca fué vulgarmente conocido con el mote de *Sebo*. Este *hombre del siglo* y su esposa, una tal Fabiana Jaime, que había sido sastra de curas, presumían de elegancia. La sociedad estaba sin duda *trigonométricamente trastrocada*, como decía Raimundo Bueno de Guzmán. Los aristócratas se aburguesaban, y la señora de *Sebo* ponía en su sombrero los plumachos que eran signo de distinción social.

Septiembre era en años normales el mes del desfile de españoles á Francia. Los comerciantes iban á sus compras de otoño; las señoras á su acopio de perifollos de invierno, y á tomar nota de los nuevos modelos de vestir. Fabiana Jaime hacía también su escapadita, á *por* un abrigo de última novedad. París era la meta de las ambiciones indumentales. Pero en aquel año trágico la corriente se invertía, y el ferrocarril del Nor-

te más traía quellenaba españoles. Los unos huían de la guerra; los otros eran emigrados de las sublevaciones federal y carlista del 69, á quienes la amnistía concedida por el Gobierno español abría las puertas de la patria.

Con esta avalancha tropezó Vicente en su regreso, y aconteció que el plan de las tres familias para seguir juntas hasta Madrid, no pudo realizarse por imprevisión, ó descuidos de tiempo harto comunes en la estrategia de los viajes. Ello fué que Vicente llegó al encuentro de Lucila más tarde de lo presupuesto, y ambos se quedaron rezagados en Miranda. Hijo y madre cogieron el expreso, metiéndose en un coche ya ocupado por tres personas, y no fué poca suerte encontrar aquel acomodo, pues todos los trenes ascendentes iban atestados de viajeros.

Las tres personas que en el departamento venían instaladas desde Irún, eran Portillo y su mujer, y un caballero alto, picado de viruelas, inquieto y hablador. Antes de fijar la atención en aquel hombre extraño, dígame que los señores de Portillo (alias *Sébo*) venían inconsolables por no haber podido llegar á París. Billete gratis tenían hasta la frontera, y en el *Midi* les agraciaban con mitad de precio. Después seguían en *Orleans* con billete de segunda, y así podían, con arte económico, visitar la capital de Francia. Dos otoños seguidos habían efectuado su excursión, alojándose en casa de *Madame Noel*, donde amos, criados y huéspedes hablaban español. Hacía Fabiana sus

pequeñas compras de trapos, con añadidura de sombrilla, *fichú*, cintajos y otras menudencias, todo baratito, pues sabía entenderse con marchantes de poco pelo; luego lo pasaba todo de contrabando por la aduana de Irún, valiéndose de mil tapadijos y de su conocimiento con vistas y carabineros, y al llegar á Madrid, en el círculo de sus variadas amistades se daba un horroroso pisto. Pero la maldita guerra, promovida por las intrigas de *ese Bismar*, había cortado en flor dichas tan inocentes.

Trotando el tren hacia Pancorbo, el señor parlanchín, que ocupaba un asiento junto á la ventanilla del Oeste, prosiguió su conversación con Portillo, sentado en mitad del diván frontero de espaldas á la máquina. A juzgar por lo que dijo el desconocido, *Sebo* se había burlado de los derechos individuales, llamándolos *inaguantables*, y recordando que á Sagasta le pesaban *como losa de plomo*. Desatóse el otro en invectivas contra Sagasta, llamándole farsante y traidor á la Libertad... No intervino Halconero en la conversación, aunque á ello le incitaba el taravilla de ronca voz con su mirada insistente, como si le pusiera por fiador de lo que decía ó le pidiese su testimonio. Hallábanse en lados distintos y en ventanillas diagonalmente contrapuestas.

En tanto, las dos señoras, sentadas una junto á otra en el diván zaguero, de cara á la máquina, no podían vencer el prurito neamente español de la familiaridad, y pico-

tearon contándose sus viajatas. Fabiana, cuarentona de lucidas carnes, tomó un tonillo finústico, y sin dejar de la mano el saquito en que llevaba su dinero y algunas alhajas, ponderó á Biarritz por su elegancia y la mucha gente *de la grandeza* que allí veraneaba. “En Francia—decía—todo es amabilidad. En tiendas, cafés y *restauranes* la miran á una para adivinarle lo que quiere y servirla al instante. *Eso da gusto...* Cierro que cobran bien; pero paga una de buena gana la finura, acordándose de que en España no tenemos buena educación.”

El hablador del otro lado despotricaba con fuertes voces y ademanes violentos, alargando los brazos casi hasta tocar con sus dedos el rostro fiero y bigotudo de *Sebo*, que defendió á Sagasta, su jefe en otros días, empleando los argumentos más comunes con frase arrastrada y pedestre. El discutidor viajero soltó esta rociada: “Vivimos en una sociedad infame donde los unos son egoístas hasta el crimen; los otros, ignorantes ó pusilánimes hasta la estupidez... No tendremos verdad y justicia hasta que las clases trabajadoras despierten de su letargo... Esto lo digo yo, yo, que inicié la Revolución de Septiembre, y después arrastré al partido federal á la lucha violenta... No hay otro medio para facilitar al pueblo el camino de la verdadera revolución. Vengo del destierro; vuelvo á mi patria con el fin de agitar las masas... Yo no me canso; lucharé hasta morir, porque es mi tempera-

mento luchar por el pueblo y para el pueblo... Ese caballerito que está sentado frente á mí, me conoce, y puede decir si soy hombre que lleva en sus venas horchata de chufas, ó sangre caliente y rica..”

Sebo y las señoras miraron á Vicente. Este habló así, dirigiéndose al exaltado sujeto: “Desde que entramos aquí le conocí á usted, señor Paúl y Angulo; pero como no había tenido el gusto de tratarle más que una vez, y eso brevemente... no sé si se acuerda... una noche en casa de don Fernando Garrido, creí que no se acordaría de mí, y no me determiné á saludarle..”

Viéndose presentado al público, el hablador se aprestó á sermonear de nuevo. Lucila le miraba espantada. Nunca había visto aquel rostro cribado por la viruela, y encendido del ardor de la sangre... Los cristales azules de las gafas hacían veces de ojos, simulando los de un sér fantástico, de esos que representan el papel aterrador en los cuentos de niños. El marcado ceceo andaluz y las patillas negras completaban el cariz temerón y provocativo del viajero, que sin que nadie le excitara rompió en estas exaltadas manifestaciones:

“Yo soy todo corazón, ya lo sabe ese joven; yo llevo la honradez en mi alma y el anatema en mi boca; yo digo á España la verdad, y al pueblo señalo el camino para que llegue á la conquista de sus derechos... Los que me escuchan no me negarán que el orden existente es un conjunto repugnante

de leyes injustas, de códigos infames, de gobiernos cínicos, de costumbres vergonzosas. Y yo digo á los virtuosos y desgraciados trabajadores: "Nada tenéis que esperar de los ricos, de los instruídos, de los poderosos de la tierra."

Algo pensó contestar *Sebo*: su descomunal bigote se agitó debajo de la nariz minúscula; los vocablos querían salir, y el bigote no los dejaba, ó las ideas se recogían en el pensamiento, persuadidas de que las cerdas del mostacho bastarían á confundir al brutal preopinante. Halconero, sin ganas de discusión en tal sitio y delante de señoras que deseaban reposo, dijo que la sociedad no era perfecta ni mucho menos; pero más imperfecta sería por los medios violentos del amigo Paúl. España acababa de hacer una revolución de tres al cuarto, y anhelaba constituirse en un régimen práctico, ecléctico, que le permitiese vivir... No aspiraba por de pronto más que á un vivir de reparación y descanso, con media cabeza en el almohadón del régimen pasado, y la otra media en el de las ideas novísimas...

"¡Ah, según eso—exclamó Paúl soltando la carcajada,—usted es de los del balan-cín! Bonita generación de muchachos tenemos... Nada, que estamos á lo práctico. ¿Le ha dado á usted Prim un destinillo? Bien, hijo: por ese camino se va á la gloria. No ha cambiado usted poco desde que le ví en casa de Fernando Garrido... Claro: en casa

de aquel amigo no hacía usted nada. Allí no daban credenciales.”

La grosería impertinente del andaluz no podía ser tolerada. “Señor Paúl—le dijo Vicente con serena dignidad,—no he dado motivo á que usted me hable de ese modo. Si usted desconoce que estamos en una sociedad de personas bien educadas, le dejaremos que hable solo, y sus palabras serán para nosotros como un ruido más de las ruedas del tren.

—¡Ja, ja...! ¡Señoritos á mí! Dígame, pollo: ¿cuándo traen ustedes al bebé... al inocente Alfonsito? ¿Ya están de acuerdo con *Pringue*?

—Señor Paúl, lo único que puedo y debo decir por ahora, es que usted no debe molestar á estas señoras. Si no lo entiende así, será preciso decírselo de otro modo.”

Lucila, viendo cómo se alborotaba su hijo, trató de calmarle con amonestaciones cariñosas, dichas á media voz. Pronunció *Seba* frases conciliadoras. Vicente se movía en su asiento, cual si éste fuera todo espinas. Paúl rezongaba en el opuesto ángulo, mascullando crudas ironías, y en esto se detuvo el tren en la estación de Burgos; abrióse la portezuela, y entró un clérigo con maletín y una manta liada, dió las buenas noches y tomó asiento junto á Paúl. Cuando el tren proseguía su marcha, sacó de una de las maletas un gorro negro, y encasquetándose, se dispuso á envolver el traqueteo del viaje en un dulce sueño.

XX

Halconero se puso en pie y cubrió la luz mustia que alumbraba el departamento. En tono familiar, desvanecido ya ó disimulado su enojo, dijo: "Caballeros, llegó la hora del silencio. Las señoras quieren descansar." Refunfuñó Paúl, estirando su gorra hasta taparse los ojos; los demás callaron, y *Seba* se atusó los espesos bigotes, tomando un aire ceremonioso ante la majestad del sueño.

Cambió Halconero de sitio con su madre, para que ésta tuviese mayor lugar de descanso. Fabiana Jaime quedó entre Vicente y el clérigo, que era joven, bien parecido y de lucida estatura. Aunque este personaje viene á empalmár en la presente historia como un bulto durmiente, justo es que el narrador le consagre alguna referencia, diciendo que al tomar el tren en Burgos traía en el cuerpo cinco horas de coche desde Salas de los Infantes, y que la noche anterior no había dormido, por causas que se ignoran... Se consigna el hecho para que nadie extrañe que al caer en las blanduras del vagón quedara dormido como un tronco.

Nada digno de mención ocurrió hasta la hora de Avila, donde daban á los viajeros

diez minutos para desayunarse. Del coche descrito sólo Paúl salió, y al volver carraspeando y renegando del frío, de Avila y de Santa Teresa, despedía un tufo aguardentoso que tumbaba... Siguieron... amaneció... En Villalba ya venían todos despiertos, con caras descoloridas y tristes del madrugón y del mal dormir; las señoras, arreglándose un poquito para la llegada; los caballeros, requiriendo los bultos y rehaciendo los lós de mantas...

Apenas penetraron en el vagón las primeras luces del día, el truculento Paúl tomó pie de unas palabras de *Sebo*, tocantes á la lentitud del tren y al mal servicio, para perorar en esta forma: "Aunque ese caballero se incomode... y yo lo siento, porque le estimo, le considero... no puedo menos de afirmar que nuestro zarandeado país no saldrá de su miseria y de su ignorancia mientras no acabemos con la taifa de *gate-ras* que se han hecho pastores del rebaño español... Los que me oyen que sean empleados, rásquense... Ya sé que pico... y pico, porque digo las verdades.

—No sentimos picor, señor Paúl—dijo Halconero,—porque usted, con su violencia extremada, quita fuerza á sus diatribas. Hable usted de otro modo, y..."

Paúl interrumpió con esta cortante afirmación: "La vergüenza política no puede tener otro lenguaje que el mío. Yo sostengo todo lo que digo.

—Yo también... Y si no quiere usted lla-

mar á esto vergüenza política, llámelo vergüenza privada, personal.,

Estas palabras y el reir descompuesto de Paúl agriaron de nuevo la conversación. Todos, menos el cura, que impasible y atento permanecía, dijeron algo para calmar los ánimos, y Lucila, encarándose con el andaluz, le soltó estas puntadas: "Caballero, deje usted en paz á los que vamos tranquilamente en este cajón del ferrocarril, sin otra idea que llegar vivos y sanos á nuestras casas, y póngase á predicar á los palos del telégrafo... Vea cómo van pasando uno tras otro... quiero decir, nosotros pasamos, y ellos nos miran quietos y calladitos... Pero si usted les dedica sus parletas, ellos las transmitirán por los alambres á todos los confines del mundo, y eso va usted ganando.,

Ante la bella señora se inclinó Paúl con respeto, y acató su donaire, pues era hombre de principios. "Yo, señora, hablaré con los palos del telégrafo si su hijo de usted me promete contar á las nubes lo que me ha dicho á mí. Cada uno es como es, y yo estoy en el mundo para decir verdades como puños, hasta que me oigan... y me oirán, créalo usted. Tengo la voz muy gruesa, y unos pulmones grandísimos, y un corazón que descompondría la romana si quisieran pesármelo por arrobas.

—Lo que usted tiene—dijo *Sebo* envalentonándose, fiado en la erizada insolencia de sus bigotes,—es mucho tupé, pero muchísimo tupé.

—Pues usted, caballero—replicó Paúl,—lo tiene mayor que el de Sagasta; sólo que lo lleva en el labio superior, para infundir más miedo.

—Yo no provoco á nadie... soy hombre de paz—dijo Portillo recogiendo velas y mordiéndose el mostacho como si quisiera comérselo.—Mi tupé consiste en cumplir con mi deber, sin meterme en dibujos... Soy jefe de Sección en el Gobierno civil...

—Por muchos años—dijo Paúl con mueca que á *Sebo* le pareció infernal.—Por muchos años, no; por muy pocos, señor mío, porque no tardaremos en limpiarle á usted el comedero..”

El cura sonrió, y Fabiana Jaime puso unos morros harto despectivos. Lucila requirió á su hijo para que arreglase maletas y mantas, pues ya se aproximaban á Las Rozas. Paúl, no queriendo terminar el viaje sin deshacerse de las ideas que congestionaban su mente, rompió en estas duras fanfarronadas: “Yo, que inicié la Revolución de Septiembre, trato ahora de sacarla del atasco en que la han metido estos traidores. No me paro en barras. Yo grito: “Abajo la Monarquía llamada constitucional con sus *atributos esenciales* y su fausto escandaloso; abajo la Unidad Católica con su clero oficial; abajo el Ejército activo con sus quintas y sus ordenanzas peores que la Inquisición; abajo el centralismo administrativo con su presupuesto absurdo y su burocracia insolente... ¡Fuera el Código civil,

que sanciona las iniquidades, el despojo y el acaparamiento de la tierra y sus productos! ¡Fuera el Código penal con su garrote vil y su cadena perpetua, negación del derecho á la vida y obstáculo de la ley de perfectibilidad que dignifica á los hombres y á la sociedad!... Romperemos las tres cadenas del pueblo, que son: la Monarquía, la Iglesia privilegiada, el Código civil y penal. ¡Abajo lo existente y su antecedente! ¡Mue-
ra la Historia!„

—Caballero—dijo Lucila valerosa, creyendo interpretar el sentir de los oyentes,—eso que usted se trae sería obra de romanos para muchos hombres de buena voluntad; para usted solo es obra temeraria, que quedará en pura pamplina. Tal mudanza sólo puede hacerla Dios, y Dios no está por eso; al menos, no da señales de querer dar gusto á los revolucionarios rabiosos. Más bien tira del otro lado.

—Señora—respondió Paúl creciéndose al castigo.—Ya que habla usted de Dios, palabra que aún suena bien en boca de señoras, le diré que eso que yo llamo el *Gran Todo*, ó con más propiedad *Lo desconocido*, no toca pito en nada de lo que hacemos ó dejamos de hacer en nuestro mundo. Sólo intervienen *las fuerzas naturales*, y éstas, tratándose de política, ¿qué son más que el pueblo, el santo pueblo?„

Tapóse el rostro Fabiana ruborizada de tales sacrilegios, y volviéndose luego al cura, que á su lado continuaba silencioso y ri-

sueño, le dijo: "Usted, Padre, contéstele...,"

Y el Padre, dando al aire por primera vez en el curso del viaje su voz sonora, dejó á todos turulatos con esta rotunda declaración: "Estoy conforme con todo lo que ha dicho este caballero, con todo absolutamente." Asombro y escándalo de señores y damas. Paúl, radiante, alargó al clérigo su mano diciéndole: "Choque, choque."

Como habían pasado de Pozuélo, preparáronse todos para bajar del tren. Paúl guardó su gorra y se puso un sombrero blando de alas anchas. Su figura, sus patillas, su grueso chaquetón y su desgarró andaluz, dábanle lãs apariencias de un ganadero de toros.

En el andén apretujó la mano del clérigo, y éste desapareció entre el gentío, llevándose sus bultos. Los señores de Portillo despidiéronse de Lucila con ofrecimiento de las respectivas casas, y el terrible demagogo cambió con Vicente palabras equívocas: "Hasta la vista, joven alfonsino. No le digo más. Soy Paúl y Angulo." Y el otro replicó: "Mi nombre es Vicente Halconero. Si me necesita... *Segovia, 3.*," Algo más querían decirse; pero de la multitud salió don Angel Cordero con los hermanitos de Vicente, y éste se entregó á la familia, desentendiéndose del jerezano, que en el mismo instante fué cogido por los brazos de dos amigos, Ramón Cala y Pepe Guisasola.

Al tomar nuevamente posesión de Madrid, la primera visita de Halconero ya se

comprende para quién fué; y por cierto que no halló bienandanzas en su presunta familia. El joven Demetrio, alumno en la Academia de Toledo, había pescado en el Tajo calenturas malignas, y allá se fueron Gracia y don Santiago... De mal talante estaba Pilarita, no sólo por la dolencia de su primo, sino porque con tal motivo hubo de aplazarse la boda. Para mayor desdicha, avanzado el mes de Octubre, la fiebre que el cadete padecía se agravó considerablemente. Demetria fué también á Toledo; las noticias que de allí venían no eran consoladoras. Pilarita encubría su destemplanza con la tristeza común á toda la familia.

“Me da el corazón—dijo á su novio un día, que debió de ser el de Santa Teresa (15 de Octubre),—que no nos casaremos hasta San Eugenio. En nuestra boda comeremos las bellotas del Pardo. A mí me gustan; ¿y á tí? Pues... á propósito de bellotas: ¿estás ya enterado de que al fin encontraron Rey? Sí, hijo; el Duque de Aosta, que antes salió fallido y ahora parece que cuaja. Dicen que esta vez va de veras. ¿Conoces á Montemar? Pues ese es el que lleva las negociaciones directamente con Víctor Manuel.” Replicó Vicente que sería venturoso para España traer á reinar al caballeresco y liberal Príncipe Amadeo de Saboya.

“Pues venga de una vez y acabemos con la jaqueca de los candidatos—dijo Pilar pensando en su *trousseau*, que era muy bonito, pero que corría el riesgo de anticuarse

si no tocaban pronto á casorio.—Yo te aseguro que las marcas de lós almohadones, con palomitas entre las letras, son de una novedad estupenda. Lo mismo digo del rebozo de las sábanas... ¿Pero en qué estoy yo pensando?... ¿De qué hablábamos? Perdona, hijo: ya ves cómo está mi pobre cabecita... Decíamos que el Duque de Aosta...

—Mi cabeza no anda más concertada que la tuya, vida mía, y cuando hablábamos del nuevo Rey don Amadeo, pensaba yo en las hermosas vistas de nuestra casa en Claudio Coello, con vuelta á la calle de Alcalá. Ayer estuve un rato en el balcón del chaflán contemplando el Retiro. Es una delicia. Se ve parte del estanque... Se oye el rugido del león.

—¡Jesús, qué preciosidad! ¡El rugido del león!—exclamó Pilar, con centelleo de sus lindos ojos.—¡Oír al león! ¡Qué acierto tuviste en la elección de casa! ¿Y cuándo, Vicentillo...? Eilo ha de ser algún día, y vendrá ese don Amadeo, trayendo á España una paz deliciosa... También te digo que mis dos vestidos de sociedad son elegantísimos, y que el blanco de boda me lo pondré un día de éstos para que lo veas y te quedes bizco.,,

Con estas dulces tonterías iban pasando los tediosos días de espera... En tanto, Vicente no se había olvidado del pobre Segismundo García, y en cuanto tuvo una mañana disponible se fué al extremo de Embajadores, seguro de hallarle en la barbería

de Romualdo Cantera. Aún moraba en el cuchitril que éste le cediera meses antes; pero comía fuera de casa. Dió Vicente algunas vueltas por el barrio, hasta que tuvo la suerte de encontrar al propio Cantera que de las Peñuelas subía. Aquel buen hombre y bravo miliciano, alegrándose mucho de verle y de serle útil, se brindó á llevarle á donde Segismundo mataba su hambre, que era la taberna de *Tachuela*, en la calle de Toledo, frente á la Fuentecilla. Como vía más expedita cogieron la Ronda, y á cada paso encontraba Cantera correligionarios y amigos con quienes, por exigencia de su popularidad, tenía que echar un párrafo.

El Cojo de las Peñuelas, que por tal mote se le nombraba, ejercía cierto apostolado político en aquellós barrios. A cuantos le paraban en la calle decía una palabra patriótica, pertinente al suceso del día. “Estén tranquilos... Ese Rey italiano, ese *Macarroni* no pisará las calles de Madrid.” Subiendo por la de Toledo, frente al Matadero, el regatón de su pie de palo hería el suelo con fuerza, y al duro choque soltaba chispas el pedernal del empedrado de cuña. A su encuentro salían matachines y jiferos con los mandiles manchados de sangre; salían mondongueras hombrunas, vociferantes, y á todos atendía y arengaba: “No temáis. El patriotismo no se duerme... Estaría bueno que dejáramos entrár á ese Aosta ó *langosta*. Italianos á la ópera... Españoles á la República.”

En la taberna, que era la mayor y más lujosa del barrio, había poca gente. El tabernero, Joaquín Balbona, más conocido por *Tachuela*, con su chaleco de Bayona y sus manguitos de lanilla verde rayada de negro, campaba en el mostrador forrado de latón, y servía copas á dos paletos. Risueño y cortés, obsequió á los amigos con un par de *chatos*, y enterado del objeto de la visita, dejó el despacho, y guiando hacia un cuarto interior, echó dentro estas voces: "*Mundo*, aquí te busca un caballero.", Pasó Vicente, y Romualdo quedó en el cuerpo principal del establecimiento, agregándose á un grupo de parroquianos bulliciosos.

Segismundo celebró con alegría franca la presencia de su amigo, y después de abrazarle, se dispuso á seguir comiendo. "No te convido — le dijo, — porque estas miserias no son para tí... Ya ves: dos tajaditas de bacalao y un vaso de vino son hoy mi remedio. Me vengo á comer aquí porque este buen *Tachuela* me sirve por poco dinero, tan poco que no me cobra nada. Ya ves... Pocos hombres he conocido tan magnánimos. A más de gran patriota es el mejor discípulo de Marco Aurelio, y como éste, no quiere acostarse sin poder decir: "hoy he hecho algo en provecho del prójimo.", Con graciosa transición pasó el pícaro á diferente asunto.

"Te has sorprendido de verme otra vez con bigote. Sí, hijo: me quité la cara eclesiástica, que ya para nada me sirve. Conquisté á Donata:.. Aproveché unos días en

que llovió sobre mí algún dinero... ya te diré cómo... La perseguí de iglesia en iglesia, hice el papel de amante desesperado... imité como un perfecto cómico los preliminares del suicidio... Al fin cayó. En una casucha escondida de la calle de Santiago el Verde, vivienda de una mujer amiga suya, especuladora en *caras de Dios, cilicios, reglas de San Benito y muelas de Santa Polonia*, conocí á Donata, quiero decir, que apuré sus congojas de amor... Es mujer arrebatada, y debajo de su misticismo apócrifo esconde un corazón bueno... Torcida vive en una vida irregular y estrambótica, bajo la férula de Domiciana, de quien no puedo decir si es mujer desafortada, ó bruja que ha descubierto untos maravillosos para darse olor de santidad. ¡Peste del diablo!... Pues tres días tuve á Donata en mi poder, en silenciosos escondites de dos horas y media cada tarde. Al tercer día estaba dislocada por mí... no exagero... y la conciencia se le removió con el incendio de amor. Por cada ojo echaba un río de lágrimas, y abrazándose á mí con apretón tan fuerte que me trituraba los huesos, me decía: "Yo deseo ser tuya por toda la vida que me queda. Quiero que nos unamos para siempre; pero antes debo limpiarme de mis grandes pecados para darte una esposa enteramente pura. No conozco aquí fraile ni sacerdote con autoridad para perdonarme. Segismundo mío, si tú puedes allegar algún dinero, con eso y con lo poquito que

yo poseo de mis ahorros, reuniremos lo preciso para irnos á Roma y echarnos á los pies del Padre Santo, pidiéndole un perdón general para los dos... perdón que de *fi*jo tendríamos, y con él la licencia para casarnos santamente y ser los más felices, los más meritorios siervos de Dios..”

Yo le contesté así, *mutatis mutandis*: “Donata hermosa, mujer escogida, corazón sublime, yo haré cuanto quieras por lograr el bien inefable de la unión contigo. Mi anhelo es que juntos vivamos y muramos. Mas para proporcionarme esa cantidad que dices, necesitaré robarla... no podré proveerme de metálico más que por un hurto, más bien estafa picaresca y sutil. Y como eso sería, bien lo comprendes, añadir un pecado á los muchos y gordos que habremos de llevar á Roma, tú me dirás si aumentando la carga no corremos el riesgo de que se dificulte el lavado de nuestras almas...”, Quedó ella perpleja, sumida en meditaciones, y llegado el momento de la separación, me despedí *hasta otro día*; y ello fué la del humo, querido Vicente, porque dí por terminada mi aventura, y no volví. Como yo tuve buen cuidado de no darle las señas de mi casa, se acabó todo... Yo no había pretendido más que un triunfo sin consecuencias. Llegué, vencí, y á mi camaranchón á continuar viviendo la Historia de España..”

XXI

Condolido del mal traer de Segismundo y admirado de su ingenio, Halconero volvió en su busca al siguiente día, convidándole á un buen almuerzo en casa de Botín (Cuchilleros). El generoso amigo no se contentaba con matarle el hambre atrasada: era su propósito repararle totalmente, vestirle, devolverle á la familia y á la sociedad, para que tan lucido talento no se anegara en los remolinos de la plebe. No se mostró el perdulario muy conforme con aquel plan. En más estimaba su libertad, según dijo, que todos los bienes del mundo, y más dichoso le hacía el vulgo bajo que los demás vulgos que componen el conglomerado social. Sin hacer caso de estos coqueteos filosóficos, Vicente seguía en sus trece. Por de pronto, y mientras requerían un sastre que vistiera al desnudo, el amigo remedió á éste con su ropa decorosamente, cosa bien hacedera, pues ambos tenían la misma talla y anchuras.

Pensaba Halconero solicitar la intervención del Marqués de Beramendi para reconciliar al pícaro con sus padres; pero antes de que lo intentara, le disuadió de su buen propósito el propio Segismundo con su desatinada conducta. En los primeros días de Noviembre, fué á visitarle en su vivienda de

Corinto. Allí estaba el hombre afanado entre papeles y libros, que desordenadamente cubrían la mesa y parte del camastro. Sorprendió á Vicente ver á su amigo vestido con los pingajos que llevaba sobre su cuerpo el día del almuerzo en Botín, y antes que le pidiera explicaciones, Segismundo las dió terminantes con estos donosos conceptos:

“Ya, ya... Te asombras de no ver sobre mí las hermosas y casi nuevas prendas de vestir con que me obsequiaste. ¡Ay, querido Vicente! Si otra vez cubren mi esqueleto estos innobles guiñapos, débese, no á mi descuido, sino á mi acrisolada honradez. Sabrás que el *parné* que me diste para mi bolsillo tuve que traspasarlo al de unos feroces logreros, que me facilitaron fondos este verano con el módico rédito de una peseta por duro cada mes... Aquí donde me ves, pobre y casi desnudo, soy esclavo de mi palabra, cumplidor fiel de mis compromisos... Apenas llegó á mi bolsillo tu dinero, no pensé más que en pagar; pero como no me bastaba, ¿qué hice? pues depositar la ropa en los archivos de *Peñaranda* y volver á ponerme la vieja, con la cual, dígolo sin intención de molestarte, me encuentro muy á mis anchas, y en la plenitud de la holgura y comodidad...”

No sabía Vicente si reñir á su amigo ó perdonarle, atendiendo al sin fin de desdichas que sobre él se acumulaban. Segismundo se hizo más digno de compasión, prosiguiendo así el relato de sus calamidades:

“Pues no bastando lo que por tu ropa me dieron en las mazmorras de *Peñíscola*, me puse al trabajo, que en esta *apartada orilla* no deja de ser productivo. Yo me levanto muy temprano, y después de leer los *Diálogos Socráticos* de Platón, ó las *Tusculanas* del amigo Marco Tulio, me pongo á trabajar. Verás en qué. Tengo un parroquiano, sacerdote muy ejemplar, pero más bruto que las bolas del Puente de Segovia, que se gana el cocido predicando en los pueblos de Parla, Fuenlabrada, Griñón y otros de esta ilustrada provincia. Es un zote incapaz de toda sintaxis y de toda literatura. Nos conocimos vagando en Gilimón; tuvo la sinceridad de confesarme sus dificultades para componer los sermones; brindéme yo á socorrerle de gramática y fraseología, y al fin convinimos en que yo le sacaría de apuros por el estipendio de diez reales cada pieza oratoria. El hombre quedó contentísimo, y yo más, pues con esa corta ganancia he podido bandearme en mis borrascas de verano y otoño.”

Diciendo esto, Segismundo revolvió con nerviosa mano los papeles que en la mesa y en la cama tenía, y encontrando algo de lo que ansiaba mostrar á su amigo, le dijo: “Para que veas cómo las gasto en el arte de la sagrada oratoria, emulando á Bossuet, á Fray Luis de Granada y demás órganos del Espíritu Santo, aquí tienes los cartapacios de sermones que escribí para ese bienaventurado... Este es el que le hice para la

fiesta del Rosario en Torrejón de la Calzada... Leeré yo. Hago el elogio de Santo Domingo de Guzmán, y digo... Escucha: "Contra los infames albigenses luchó Domingo, y salió victorioso. ¿Con qué armas? Con la persuasión, con la oración, con la santa y dulce caridad; *cháritas gladium*... Y en memoria de triunfo tan grande, instituyó el *Santo Rosario*, que los píos fieles practican y practicarán hasta el fin de los siglos; *solvet sæclum*...", Y más adelante: "Apareció Domingo en medio de las tinieblas de la herejía, y con encendida antorcha las disipó... Dios bendijo tu santo Instituto, Domingo...", Le trato con esta confianza, *tú por tú*, porque así es costumbre en la literatura sermonaria.."

En esto, la puerta se abrió con estridente ruido, y en su hueco apareció una bestia feroz con trazas de mujer, desgredada, bigotuda, alta de barriga, baja de pechos y éstos colgantes como pellejos puestos á escurrir, los ojos bizcos, la trompa encarnada, la boca torcida y los pies en chancas astrosas, vestida de sucio y armada de una escoba; bruja, en fin, truculenta, la cual echó de sus fauces estos desaforados gritos: "A ver, *don Chirimundo*, si me deja libre el cubil para tan siquiera un barrido. ¿Qué hace ahí nadando en papelorios, escribano de los demonios?... Salga, que van tres días sin arreglarle el cuarto...", Y esgrimiendo la escoba sobre las cabezas de los dos amigos, exclamó: "¡A ver si va á poder ser!

—Anda, Vicente—dijo Segismundo levantándose;—vámonos, que esta loba viene hoy de malas... ¡Ah, *Señángela*, si fuera yo hombre de trabuco en vez de ser hombre de pluma, ya la había puesto á usted patas arriba!... Hala, Vicente, á la calle, para que mi harpía me limpie el chiquero... Y como aún tardaran en salir, porque Segismundo se detuvo á recoger papeles, la loba volvió á blandir la escoba, rugiendo con mayor coraje: “¡A ver si va á poder ser!

—Ahí te quedas, morcón infernal—dijo el pícaro.—Por burla te llaman *Señángela*... Ya nos vamos; no pegues...,”

Y como en el angosto pasillo, y bajando por la escalera desvencijada, continuara Segismundo denostando con bromas agrias á la mujerona, salió ésta y descargó un escobazo en el barandal de la escalera, repitiendo su aullido: “¡A ver si va á poder ser!

—Ahí donde la ves—dijo Segismundo á su amigo cuando cogían la calle,—es buena y me quiere... Su fealdad puerca sirve para espantar á mis enemigos. Hace días, cuando vinieron á sofocarme los foragidos mensuales, á *peseta por duro*, la *Señángela* salió con su escoba, y uno fué rodando por las escaleras, y al otro le puso un ojo como un tomate. Estos bárbaros contrastes no hallarás fuera de los barrios pobres, donde labra hoy sus madrigueras el genio brutalmente paradógico de la raza. Pasearemos un poco, y para evitar el encuentro de pelmazos y preguntones, vámonos hacia los terraple-

nes que dominan el Gasómetro, lugar solitario, donde podremos filosofar á nuestras anchas....”

Aunque en aquella dirección no faltaron amigotes de Segismundo que les detenían y molestaban, *Cheparunda* y *el Mosca*, no les fué difícil sacudírselos, y hallaron al fin un grato aislamiento. Dijo Vicente que mientras no saliesen maestros ó apóstoles que aleccionaran á la muchedumbre, y en ella infiltraran el sentido práctico, el vecindario del Sur sería un peligro para la paz pública. A esto replicó Segismundo que él, estudiando día y noche el sentir hondo y el vago pensar del pueblo, había sacado esta enseñanza: Como en las grandes crisis políticas de nada sirven las ideas si no vienen vaciadas en pasiones ardientes, la plebe del Sur cumplía muy bien su misión de poner al fuego las ideas para que hirvieran, y con su hervor fuesen cauterio del cuerpo social. La semilla lanzada por filósofos y pensadores, no germina sino cuando cae en los cerebros y en las almas de los que más directamente soportan el mal humano, de los mal comidos y semidesnudos, de los que soportan todas las cargas y no gozan de ningún beneficio.

“Es cierto—dijo Vicente;—mas para que de las revoluciones salga vida eficaz, es preciso que se casen y procreen la fuerza pensante y la mecánica ó impulsiva. De otro modo, todo es barullo estéril.

—Convenido... pero yo te digo que las

fuerzas mecánicas están ya fecundadas por la idea, ¡bendita vesícula!... Y el nuevo sér vendrá. Tú lo has de ver, Vicente... Y ahora gocemos de este delicioso sitio. Sentémonos en este sillar, que nuestra imaginación, ya que no nuestras nalgas, convertirá en diván blandísimo; respiremos este polvo, y contemplemos las pintorescas basuras que por todas partes esmaltan el suelo y los edificios. Esparce tu vista á un lado y otro, y abarcarás un soberbio escenario, digno de sublimes dramas históricos. A la izquierda verás el caserío de las Peñuelas, que si humilde en la realidad, en nuestra retina se vuelve grandioso; á la derecha se destaca la hinchada cúpula de San Francisco, llamado *el Grande*, porque es algo menos que chico. Bajo aquellas bóvedas y techos pasaron á mejor vida multitud de reverendos frailes en el zafarrancho que tuvimos el año 34... Vuelve los ojos á esta otra parte y verás la Fábrica de Tabacos, que alberga la comunidad de cigarreras, alegría del pueblo y espanto de la autoridad. Si miras á lo lejos, verás el lindo telón de la Sierra y las enramadas que bordan las orillas del Manzanares, risueño y pobre...

—No niego que este paisaje tenga cierto encanto—dijo Halconero.—No es bello; es majo. Los guiñapos y el sol le dan su colorido picante, y debe su majeza al desperdicio de las alegrías de Madrid, que caen todas hacia esta parte.

—Yo te aseguro, Vicente mío, que aquí

me acomodo como una joya en su estuche. ¿Consistirá el encanto de estos arrabales en que á ellos vienen, como tú dices, las barreras de las ideas y de los placeres de Madrid? Sea como quiera, yo amo esta vertiente, y la prefiero á lo de arriba, donde todo es artificio, importación y farándula... Pues reflexiona conmigo, y considera el sinnúmero de vidas españolas que alientan debajo de esos techos, debajo de los tenderetes y cobertizos que vemos desde aquí. Si pudieras examinarlas una á una, como yo, verías que particularmente y en conjunto todas esas almas abominan de los que nos traen ahora un Rey extranjero, un nuevo *Botellas*; aunque no sea bebedor; un *Intruso*, aunque venga por votos de 171 caballeros, si es que al fin tienen pecho para votarlo... Pues yo te digo que nuestra insigne plebe está cargada de razón, porque la razón no es privilegio de los *leídos y escribidos*, sino de los que conservan pura en sus entrañas bárbaras la fundamental idea de Patria y Libertad.

—Sobre esto no discutamos, Segismundo. Tú eres un hábil paralogista; tu ingenio escamotea las verdades.

—Yo estudio aquí la vida española en su estado elemental; yo veo lo que no ven los de arriba, engañados por su ambición, que sin quererlo ni pensarlo es la medula de su pensamiento. Esos... los hombres llamados públicos, los unos calvos y con lentes, los otros barbudos ó con bigote y perilla,

desconocen la vida elemental de España. El leer sin ton ni son libros ó revistas extranjeras; el parlamentar como cotorras, han hecho de ellos hombres artificiales. De buena fe algunos, otros con las picardías que les sugiere su ambición de provechos personales, han llegado á suponerse poseedores de la clave política, y lo que poseen es un bastón como los que llevan los ciegos para guiarse en las tinieblas.

—Metafísico estás... Que me maten si te entiendo.

—Te lo explicaré mejor. Con la mano puesta sobre el corazón del pueblo, yo he meditado en el problema político; ya veo muy claro que la Gloriosa de Septiembre fué tan sólo el acopio de materiales para la revolución que piden á voces el alma y el cuerpo de nuestra raza. ¡Y ahora, de lo que no es más que preparativo, queremos hacer un estado permanente! ¿Has visto que todo el país se sacude y se agita con una exaltación formidable? Pues esa exaltación, esa fiebre, significan que España se siente dentro del período épico; sus convulsiones son la lucha contra los que quieren ahogar esa situación épica... Dime, ¿las revoluciones de los grandes pueblos, como Inglaterra y Francia, no son epopeyas? ¿Tú, que has leído tanta historia, no lo ves así, ó es que á fuerza de leer has llegado á embotar tu entendimiento, y éste acaba por ser pura curiosidad que se deleita en la superficie pintoresca de los grandes hechos humanos?„

Vicente le miraba sin chistar, y el pícaro prosiguió así:

“El pueblo español quiere constituirse en estado de epopeya, y no lo dudes, en prólogo épico estamos. Pronto aparecerá lo que faltó en las abortadas revoluciones del 54 y del 68: el elemento trágico. Si quieres ilustrarte sobre la fatal necesidad de la tragedia, lee las páginas inéditas del divino *Confusio*, que supo reconstruir el movimiento sedicioso del 20 al 23, rematándolo con el toque felicísimo de llevar al patíbulo á Fernando VII. Lee en historias verídicas el suplicio de otros tiranos, Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia, y verás que para que tenga su natural desarrollo la epopeya hispana del siglo xix, hemos de sacrificar altas vidas; que estas vidas han de ser inmoladas para dar cumplimiento al trágico designio de la fatalidad histórica... Y ésta nos dice con acento de oráculo infalible: ¡Españoles, matad á Prim!„

XXII

Oída esta barbaridad, se levantó Vicente enojado y nervioso, diciendo: “Basta, Segismundo; hasta aquí llegaron las paradojas, las bromas ó epigramas picarescos. Vámonos de aquí..”

Dió algunos pasos, pisando cascós de loza

y vidrio, cortezas de naranja y cáscaras de piñones, mezcladas con el polvo y con escoria de fraguas. Tras él fué el amigo parafraseando sus últimas palabras: "Oye, Vicente; aguarda. ¿No somos literarios? ¿No tienes tú, como yo, atiborrado el cerebro de bellezas históricas y poemáticas? ¿No somos estéticos ó amantes de lo bello? ¿Pues quién más hermoso que Julio César, envolviéndose en la toga, cuando cae traspasado por la espada de Bruto?... Yo, bien lo sabes, soy incapaz de matar un mosquito, y al decir que Prim morirá, no hago más que reproducir el latido trágico de esta epopeya que viene, que avanza... Sus pisadas hacen temblar la tierra... Prim es el tirano; Prim quiere traernos esta pamplina del Rey constitucional, que reina y no gobierna; del Rey pantalla, tras el cual seguirá él gobernando y haciendo su voluntad... Esta traída de un italiano es como petardo puesto en el corazón del pueblo, que no conoce de Italia más que á los infelices saboyanos que vienen acá con arpas y organillos... Fíjate... toda la gente brava de estos barrios está que trina; no hablan más que de traición, de venta de España, y cada techo alberga un ciudadano que si no tiene trabuco, lo compra...

—Eres tú más literario que yo—dijo Vicente, que sin saber por dónde iba, se metió en las Américas,—y tienes la cabeza llena de lugares ó temas estéticos, que no podemos aplicar á la vida real.

—Yo fuí *libresco*; pero hace tiempo que me volví *humanesco*; he pulsado la vida, y mis libros son el pueblo. ¿Quieres instruirte en mi biblioteca? Pues vente á menudo acá, no de día, sino de noche, que nocturno es el culto de la Demagogia. No verás aquí masones con embeleco sacerdotal, sino hombres bien bragados con trabucò... Estamos en el Rastro: si quieres adquirir trabuco, carabina ó pistolones, yo te llevaré á donde te sirvan lo bueno... Para el estudio ven de noche, como te digo. Iremos al templo de *Tachuela*, que ya conoces; subiremos luego hasta el santuario de Antón Martín, donde hay cada misa cantada que tiembla el misterio.,

Replicó Vicente que no gustaba de tales templos. Hablando del pueblo, dijo que reconocía su poder anímico; pero que las multitudes, movidas por la pasión ó por la idea pasional, no podían dar de sí nada bueno si no eran regidas por un maestro, por un pastor inteligente... “Esto nos lo dice el sentido común... y la literatura.

—Aquí tenemos gente arisca y resuelta—dijo el pícaro;—corazones que aman la Patria y quieren servirla... pero como cabeza no tenemos más que la de *don José*, á quien los más siguen y obedecen.,

Comprendiendo Vicente que aquel don José, rabadán del rebaño patrioteril, era Paúl y Angulo, refirió á su amigo cómo le había conocido en el tren, y le calificó de tarambana y valentón de boquilla.

“Yo tengo á Paúl por hombre de talento y de corazón—dijo Segismundo.—El odio que ha tomado á Prim, no sé por qué, lo ha convertido en grito de guerra. Discurre bien cuando tiene la cabeza fresca; pero si se excede un poco en los *chatos* que suele tomar, ya le tienes perdido... Yo he visto en él rasgos de bondad admirables; le he visto también pasar de la dulzura de carácter á la grosería más soez. Por una palabra inocente se dispara, y al que le contradice le provoca y le desafía... Es gran tirador: yo recomiendo á sus amigos que no le hagan caso cuando le vean alumbrado por seis ó siete copas, porque si van con él al terreno los despacha para el otro mundo en un decir Jesús.

—Rebaja un poco de la ferocidad de don José—dijo Halconero.—Esos valientes, con *chatos* ó sin ellos, se acaban cuando les sale un hombre de dignidad que les arrea un par de bofetadas.

—Puede que tengas razón—indicó Segismundo;—pero hasta ahora, que yo sepa, ninguno le ha parado los pies al jerezano. En cambio, le he visto muchas noches en Antón Martín completamente sereno, diciendo la misa demagógica con gran sentido, y afinando bien la puntería... A mí me quiere... tiene debilidad por mí... Se ha empeñado en llevarme á su periódico *El Combate*, que se imprime en la Plaza de los Mostenses: allí tiene la redacción, con un trabuco detrás de cada puerta... Pero no

me doy á partido... Aunque don José me ofrece un sueldo, no acabo de convencerme. Temo que ofrezca y no pague... y yo con mis sermones me defiando y gano cuartos; que mi parroquiano el cura don Trinidad es tan mal gramático como buen pagador..”

Decían esto parados en la esquina de las Amazonas, donde acordaron separarse, el pícaro para ir á su comedero, la taberna de *Tachuela*, el otro en dirección de su casa. “Sí, chico—dijo Halconero:—no vayas al *Combate*; quédate por acá, en la dulce vida libre, escribiendo sermones... y yo te encargo uno dedicado á Santa Catalina, pues para esa fecha se ha fijado mi boda... aplazada ya dos veces. Y en pago de ese sermón toma cinco duros..”

Cogió Segismundo la moneda de oro, y ademán hizo de besarla guasonamente. “Dios te lo pague y te lo aumente, amigo del alma; y que *Catalina*... con esta confianza trato yo á todos los santos del Cielo... que *Catalina* te traiga en su día una buena boda, y asegure tu felicidad con masculina sucesión... Adiós, adiós..”

Siguió Vicente por la cabecera del Rastro, sumergido en vagas meditaciones. El pueblo español padecía de una honda enfermedad del juicio: loco estaba el Patriotismo, loca perdida la Libertad, y el año venía con una sarta de locuras trágicas engarzadas una en otra, como cuentas de rosario. Perdido de la cabeza estaba Segismundo, rematados Paúl y los brutos que le seguían.

Pero aún tenía que ver otro ejemplo vivo del desbarajuste mental de la sociedad, y ello fué al pasar por la calle de los Estudios. Absorto quedó ante un caballero y una señora que hacia él venían de bracete. La mujer era Donata; en el galán reconoció al clérigo que había tenido por compañero en el ferrocarril desde Burgos á Madrid... Al apartarse para dejarles la acera, se fijó en el sujeto. No podía dudar; era el mismo: alto, guapo, con traje oscuro de paisano, la cara sin afeitar, no por desaseo, sino por determinación de dejarse la barba. Pasaron... El caballero sacerdote saludó á Vicente con expresivo sombreroazo, y la graciosa beata volvió su rostro hacia la pared, para ocultar el *pavo* que hasta la raíz del pelo le subía...

Detúvose Halconero para verles de espaldas, y advirtió que se entretenían ante las tiendas que en la tal calle exhiben el tráfico de baúles y maletas, y examinaban el género con atención que delataba tendencias emigratorias. "Estos pájaros—pensó Vicente—rompen por todo, y para vivir á sus anchas quieren cambiar de aires,"... Lo primero que hizo el joven al llegar á casa fué contar á su madre lo que acababa de ver, y Lucila, soltando la risa, le dijo: "Yo también les he visto esta mañana en una tienda de Santa Cruz. Me quedé pasmada, y él me reconoció, saludándome con una reverencia... Ella se probaba un abrigo, un *sobreto* para viaje. No sé si al fin compraron,

porque yo me marché... Dirás tú que ella y él son un par de sinvergüenzas. Yo me calló... no, callar no... yo te digo que si predicáis y pedís libertad, ésta no ha de consistir tan sólo en dorar las cadenas. Y otra cosa te digo: "La libertad menos mala es la que no tiene tratos con la hipocresía.,,"

Almorzaron; llegó á la sobremesa Enrique Bravo, y suscitada conversación sobre el mismo asunto, el amigo dió más informes de la pareja sacrílega, pues al clérigo conocía, y dos días antes habló con él largamente. Llamábase don Andrés de Romeral; era hombre de mérito, pues en su espíritu se juntaban la doctrina severa y la dulce amenidad. Descolló en estudios teológicos, fué brillante alumno del Sacro Monte; después ganó en lucido certamen la Penitenciaría de Burgos. A estas evidentes galas del cacumen añadía Romeral su destreza en tañer la guitarra, su gracia para contar chascarrillos, su don de gentes y el despejo que en el comercio social mostraba. Amores tuvo con Donata, en tiempos no remotos que el narrador no podía precisar; sólo sabía que la *ecuménica* le guardaba fidelidad relativa en el sagrario de su corazón.

Los vientos de libertad trastornaron á don Andrés; se sentía varón, y de añadidura guapo, y dotado de espirituales atractivos. Viviendo y pensando, fué á dar en la tecla de hacerse protestante, que era un pastoreo compatible con los melindres de

la carne. Hombre de recia voluntad, no se anduvo en chiquitas para su apostasía. Rompió con la Iglesia como quien se despoja de un calzado molesto, y de la noche á la mañana, pisando hablillas y dándosele un ardite de la disciplina, hizo su evolución. "Porque esto, querido Vicente—añadió Bravo,—no es más que la evolución natural de las conciencias, conforme á los grandes principios de Septiembre. Romeral, según me ha dicho, se irá uno de estos días á Gibraltar con su coima. Allí se casarán, y luego... América es grande... Las paletadas de la hélice de los vapores, *pim, pam*, cantan: "¡Libertad, libertad!"

Horas después, cuando acompañaba Enrique al amigo hasta la casa de su novia, hablaron de otra evolución no menos extraña que la del cura Romeral, sólo que era en sentido contrario. A los oídos de Vicente había llegado el rumor de que Bravito evolucionaba resueltamente hacia la Monarquía. Interrogó el amigo al amigo, y éste, con gallarda valentía y sinceridad, confesó de plano. Se había visto constreñido á la defección por los aprietos de la vida, que ahogaban las ideas. Las ideas no dan de comer, ni con ellas se paga la pensión de una madre loca reclusa en un manicomio, ni se atiende á un padre paralítico, y á tres hermanos pequeños que necesitan educación... amén de otras mil urgencias que le agobian á uno... y atrasadas trampas que crecen como la espuma., Esclareció su in-

forme declarando que al cambio de casaca le había llevado su amigo el Gobernador don Juan Moreno Benítez, íntimo de Prim, y uno de los hombres más simpáticos y más caballeros de la situación... Según dijo Vicente, corrían voces de que el corredor ó intermediario entre Bravito y Moreno Benítez había sido Ducazcal. Nególo el interfecto, agregando que aunque era amigo de Felipe, ni éste medió en el asunto, ni el paso atrás significaba ingreso en la temida y execrable *Porrá*. Terminó Enrique su confesión, manifestando, como descargo de conciencia, que la traída de don Amadeo al trono de España, era una solución conciliadora, que satisfacía por el pronto los anhelos democráticos del país. "Contentémonos con lo posible, y no vivamos en la expectación de ideales utópicos. El don Amadeo, según dicen, es un Príncipe liberal, y con él tendremos un monarquismo templado, que casi casi será una República coronada, á estilo de la Monarquía inglesa."

Esto decía Bravo, entrando ya en la calle del Barquillo, cuando vieron los amigos que hacía ellos venían las *ecuménicas*, ya reducidas á dos por la voltereta de la ojerosa y sentimental Donata. Con súbito presagio, al recibir de frente el flechazo siniestro de la mirada de Domiciana, dijo Halconero: "Alguna desgracia nos anuncian las dos *Parcas* que quedan."

Pasaron moviendo con sus negras faldas una ola de aire, no tan frío como el acero

de sus miradas. Bravo dijo: "La corneja mayor, la infernal Domiciana está que echa lumbres por la fuga de su compañera... Cree que tú y Segismundo habéis tenido alguna parte en la captación de Donata y en su traspaso al cura Romeral... Ha intentado echarle la zarpa y volverla á su esclavitud... Sabe que Romeral anda en amistades con Paúl y Angulo, y no se ha recatado de hociocar con éste... Me consta que Paúl la mandó á paseo. Lo sé por Montesinos y Gabiola, amigos íntimos del jerezano.", Replicó Vicente que si odiosa era para él la *ecuménica*, no lo era menos, por otro estilo, el desaforado, el vesánico Paúl.

Por sucesivos encadenamientos lógicos hablaron de política, y convinieron en que la elección de Rey en las Cortes sería un capital acontecimiento, y un nuevo triunfo que Prim apuntaría entre los mejores de su vida heroica. Y por otra lógica derivación del diálogo se trató de la boda. Dijo Halconero con alegría franca que ya no habría más aplazamientos. Mostróse Bravo delicadamente envidioso de tanta ventura. En esta sociedad formada de mogollón y á puñetazos, unos lo tenían todo, otros nada. La desamortización no había hecho más que cambiar los términos de la desigualdad. Aumentaba el número de ricos, y en las clases inferiores aparecía un nuevo grupo miserable, que era el proletariado de levita y botas de charol. Para esta infeliz caterva social, no había otro refugio que la buro-

cracia. Las oficinas eran conventos modernizados en que hallaban techo y sopa los segundones de esta edad funesta... A la burocracia ó *pan-funcionarismo* había que atenerse.

“¿Sabes lo que me ofrecen por mi rellamamiento?—añadió Bravo casi con lágrimas en los ojos.—Pues la secretaría de un Gobierno de provincia, ó un destino en Cuba, á elegir. Aunque no siento ganas de *pasar el charco*, quizás me convenga alejar de Madrid todo lo posible este oprobio que me han traído mis desgracias... Querido Vicente, estoy pasando amarguras de que tú, el mimado de la suerte, no puedes tener idea. Ya no entro en ningún café, ya no voy al teatro... El temor de encontrar amigos que me zahieran ó me insulten, me retrae de la sociedad que siempre fué más de mi gusto...”

El bondadoso Vicente le dió ánimos y consuelo. En España tenemos un singular rocío de olvido, que descende benéficamente del cielo sobre las inconsecuencias políticas, y las hace desaparecer sin que quede rastro de ellas... Se despidieron al fin, quedando en verse á la noche siguiente, cuando Halconero saliese de la casa de su novia. A la misma hora saldría Bravito del nido en que tenía la suya, una linda muchacha, con quien estaba casado en vigésimas nupcias *por detrás de la iglesia*. Si admitía el destino en Cuba, la llevaría consigo... Como la tal moraba en la calle de Regueros, se reunirían los dos amigos á lo largo de la

del Barquillo, á hora bien determinada, y se irían á parlotear á una extraviada chocolatería, donde no topasen con sér viviente de los que causaban espanto al desdichado Bravito.

Así lo hicieron: las diez y media serían cuando Halconero y Bravo iban de pájaros nocturnos por la calle de San Mateo, de la cual pasaron á la de la Palma. Pero con tal desdicha ó mala intención guió sus pasos la fatalidad, que huyendo del perejil cayeron en él de cabeza. Todo les salió al revés de lo que pensaban, y donde creyeron encontrar paz, hallaron querella y bronca. Iba diciendo Bravito: "En esta calle, un poco más allá, tenemos una chocolatería que por lo tranquila es una sucursal del cielo,," cuando se vieron interrumpidos en su marcha por un tropel de gente bulliciosa, que de la Costanilla de San Andrés desembocó en la calle de la Palma. Eran unos ocho, lo más diez sujetos; pero alborotaban por ochenta.

No les valió á los amigos detenerse para dejar paso libre al tumulto. Venían dos delante como batidores, embozados hasta los ojos; los demás en desorden, graznando y riendo, con alegría tabernaria. Pasaron los primeros. De los que seguían se destacó uno que, reconociendo á Bravo, le abordó con burlas y ademanes descompuestos: "¡Hola, *don Gaita* ó *don Judas*!," Y otro se arrimó también desembozándose, y dejó ver un rostro inyectado de sangre y unos ojos chispos.

De los pliegues de la capa salió el cañón de un trabuco, y de la boca del hombre este disparo: "Dile al traidor Sagasta que esta noche le vamos á descacharrar la *Porra*... dale el recado de mi parte, de parte de Paco Huertas... Ya me conoce., Y vino un tercero y dijo: "Eres Bravo el vendido... So monárquico, ¿ya no saludas á los que fueron tus amigos? Yo soy Paco Robles, y te desprecio,... "Sigán su camino—gritó Halconero,—y déjennos en paz.,

Uno que á distancia iba ya, retrocedió en aquel instante, y plantándose en el grupo dejó ver su faz picada de viruelas, sanguinosa, sus gafas azules, su aire bravucón y desenvuelto, sin capa ni trabuco, con sólo un palo que esgrimía para marcar con acento irónico y brutal estas roncadas palabras: "¡Caray, si son los niños de la aristocracia del pavo!... ¿A dónde vais, *paví-paví*? ¿Sois de la *Porra*? ¿Besáis el faldón sucio de Felipe Ducazcal? Tú, Halconerín, no andes en compañía de este lambión... Tú eres rico, tú harás carrera, por tener madre guapa. No hay como gastar madre hermosa para echar buen pelo... Por el marido de tu madre te llamas Halconero... pero nadie, ni ella misma, sabe de quién eres hijo.,

Con terrible rugido se abalanzó Vicente hacia Paúl, y sus manos casi tocaron el pescuezo del jerezano; pero éste se apartó con viveza, soltando carcajada de insolente desprecio, y rodeado de algunos de los suyos, siguió calle adelante. Quiso Halconero co-

rrer tras él... El llamado Huertas le detuvo con vigorosa mano, gruñendo así: "Aguántate, niño, y sigue tu camino,..." Pero el pobre caballero, fuera de sí, trataba de desasirse de Huertas y del mismo Bravo, y no cesaba de gritar con toda su voz: "¡Canalla, cobarde, borrachín... déjame arrancarte esa lengua asquerosa!,,

XXIII

Solos al fin Halconero y Enrique, éste seguía encadenando con sus dos brazos al amigo, que, poseído de frenética indignación, no se arredraba ante el número y fuerza superior de la mesnada de Paúl. "¿Pero estás loco? ¿Qué podemos nosotros contra esa cuadrilla de bárbaros armados de trabuco? ¿Traes revólver?... ¿No?... Pues yo sí, y no lo saqué, porque de nada me habría servido... Cálmate, y reflexiona. En rigor, no debes considerarte agraviado por las palabras soeces de un hombre que trae esta noche dentro del buche una bodega tan grande como las que tuvo en Jerez. ¿Qué adelantas ahora con provocarle si él había de poder más que tú?... Lo que te digo. Las injurias de ese botarate no deshonoran más que al mismo que las pronuncia.,,

No cedía la furia de Vicente; pero la descomunal tensión muscular y nerviosa tocó

á su fin, y el hombre habría caído al suelo si su amigo no le sostuviera. “Busca donde pueda sentarme,, murmuró Halconero, agotado el aliento... La iglesia de Maravillas le ofreció los escalones de su puerta berroqueña, y allí se sentaron los dos. “Descansa; vuelve á la razón—le dijo Bravo.—Podemos retar á un enemigo insolente; pero á un loco de atar no... Y un loco embriagado carece de personalidad.,” “Pues que lo diga—replicó Halconero, con premiosa respiración.—Declárese irresponsable; eche la culpa al vino... cante la palinodia... y pida perdón...

—Eso no lo hará. Es tan soberbio como provocativo. Buscaremos la intervención de amigos suyos de los más adictos, como Balbona, Montesinos, Quintín, y no será difícil que consigan de ese bruto una explicación franca,,... Sosteniendo su cabeza con ambas manos, perdida la mirada en la obscuridad de la calle, permaneció Vicente como esfin. ge un mediano rato sin dar respuesta al amigo. Este oyó al fin palabras dichas con estóica frialdad. “Déjate de pasteleos indignos y de parlamentar con facinerosos. Mañana, tan seguro como hay Dios, mañana busco yo al miserable que me ha ofendido, y él y yo solos ajustaremos esta cuenta.

—Considera, querido Vicente, que estás á punto de casarte...

—Yo no me caso si antes no mato á ese hombre, ó me mata él á mí. Me ha herido en lo más vivo del alma. Con cien vidas de él no quedaría mi honor bastante satisfe-

cho... ¿Qué hora es? Será muy tarde. Las once y media escasamente... No te empeñes ahora en llevarme á cafés ó chocolaterías... No podré distraerme con nada, ni comer ni beber... Dentro de mí se ha metido de repente una idea, un bulto, un mundo... no sé cómo decírtelo; y mientras no eche de mí esa idea, esa pasión ó lo que fuere, mi existencia está interrumpida. A donde voy ahora es á mi casa... y no á dormir; me será imposible. Quiero estar junto á mi madre... sentirla cerca de mí aunque no la vea...,

Poco después, andando los dos taciturnos hacia la calle de Segovia, que era largo camino, Vicente rompió el silencio para decir á su amigo: "Cuidado, Enrique; cuidado con contar á mi madre el suceso de esta noche. Desde ahora te advierto que si hablas de esto á mi madre, perderás el único amigo que te queda... Más te digo: seré tu enemigo irreconciliable., Con medias palabras prometió Bravo callar, y al despedirse dejó en la puerta su promesa vaga, y se retiró con sus reservas hondas.

En vela estuvo Halconero toda la noche, viendo la inmensa procesión que no acababa de pasar por dentro de su espíritu; procesión de agravio recibido, de honor no satisfecho, de amor á su madre, de odio á su enemigo, del forzoso escarmiento que había de seguir á la soez injuria. Examinándose á sí mismo, vió llegada la gran crisis de su existencia. Hasta entonces había vivido en pasiva normalidad, arrimadito á las faldas

de una madre amantísima. Sus necesidades, desde lo elemental hasta lo supérfluo, estaban plenamente satisfechas; todo lo recibía de la incansable Providencia materna: el vivir sereno y sin fatigas, la ilustración fácil y el solaz literario, los amores. Si éstos fueron desgraciados con Fernanda, felices eran con Pilarita. Con ésta le daban esposa linda, buena, rica y de familia ilustre. Bienes tan eficaces no alteraron ni en un punto la pasividad del hijo de Lucila, que con hechuras y estampa de hombre se perpetuaba en la niñez, dulcemente mimado por la madre, por los amigos, por la sociedad.

Pero ¡ay! que de pronto surgió en el Limbo infantil el momento de la virilidad activa; apareció el caso en que había de decidir Vicente si era hombre completo ó no lo era. Hasta entonces no se le presentó ocasión de conocer en sí el más claro signo de la voluntad humana, que es el valor, con sus facetas de dignidad, de firmeza estóica, de menosprecio de la vida. Reconoció que al llegar ocasión tan solemne no se sentía débil, sino por el contrario asistido de una vigorosa fuerza interior, y el copioso archivo literario que llevaba en su cerebro no le estorbó para lanzarse camino de la bravura y aun del heroísmo, antes bien le alentaba, le esclarecía con rutilantes ejemplos.

En resolución, castigaría con prontitud, dureza y crueldad proporcionadas al agravio, la insolencia de su enemigo. Sin ceder en su fiero propósito, veía bien claro que se

colocaba en un terreno divisorio entre la vida y la muerte, con más probabilidades de muerte que de vida. Porque el plan de Vicentito era ir enteramente solo al escarmiento de Paúl, sin padrinos ni médicos, despreciando la tramitación caballeresca y en cierto modo elegante de los lances de honor.

Aunque Bravito prometió no informar á Lucila del suceso de la calle de la Palma, no estaba Vicente seguro de que el amigo cumpliera. Temía que con miras de sentimentalismo ñoño, Enrique faltase á la discreción... ¿Qué hacer? Bien sabía que Bravo se levantaba muy tarde. Determinó, pues, el improvisado paladín echarse fuera de casa antes que el oficioso amigo llegara, y esto no había de ser hasta mediodía. Con el embuste de que Beramendi le había convidado á almorzar, despidióse de Lucila, diciéndole que no le esperase hasta la noche... ¡Oh, qué dolor ver la cara de la celtíbera, que en el hijo clavó sus ojos con cierta lumbre patética y recelosa! Al salir intentó Vicente sofocar su pena con fortísima presión de la voluntad. “Mi madre—pensaba,—se ha puesto hoy la cara trágica... ¿Sospechará?,” La idea de que tal vez no la vería más le puso por un momento en consternación desgarradora, determinando en él un punzante cariño á la vida... ¡Fuera, fuera melindres! ¿Qué valía la vida sin honor?

En el café Oriental tomó un tente en pie, y después se fué á divagar por el Prado

y Retiro, sin otro móvil que hacer tiempo hasta la hora en que solía visitar á su novia. En la casa de ésta entró á las cuatro, después de un prolijo estudio de histrionismo para ponerse máscara y ademanes de alegría, que no dejasen traslucir el sorteo de vida ó muerte que llevaba en su alma. Y tan bien hizo su papel de hombre sereno y feliz, que Pilarita no sorprendió en él la menor sombra de inquietud. Hablaron... de lo mismo, del día dichoso, sólo separado del presente por una semana cachazuda, que deslizaba sus instantes con lentitud de caracol...

Llevaba Halconero bien guardado un revólver que le regaló meses antes su tío Leoncio, dueño á la sazón de un hermoso almacén y taller de armería. Vicente no había usado nunca el arma, que era del mejor sistema conocido entonces, y en tan buena ocasión pensaba estrenarla dignamente... Quedó, pues, Pilarita engañada por la bien fingida serenidad de su prometido, que supo sustraer á toda sospecha el conflicto anímico y el instrumento de muerte. En la despedida, con promesa de volver por la noche, la señorita vió partir á su novio tranquila y risueña, prolongando su alma en pos de la de él con un cariñoso *hasta luego*.

Bajó Halconero rápidamente los primeros peldaños de la escalera, como si se precipitase al fondo de un abismo; mas de pronto se paró sacudido por un lúgubre pensamiento. “¡Ay, Pilar, Pilar, mujer mía! No.

venta y nueve probabilidades contra una me dicen que no te veré más... Pero ¿es esto posible? ¡Y tan posible!... No te veré más... no seré tu marido; quedarás viuda antes de casada... Y al pensarlo dió tan fuerte golpe con la mano en el barandal de la escalera, que ésta se estremeció en toda su angulosa longitud de abajo arriba. Por un instante vaciló su ánimo, acogíendose á la idea del desistimiento de su aventura... ¿No sería mejor aplazarla para después de la boda? Así quedaría Pilar en viudez legal y canónica, no en la desabrida situación de viuda soltera... En el trastorno de su mente llegó á creer que si consultaba el caso con su futura, ésta opinaría lo mismo.

Al coger calle, se afianzó Vicente en su resolución caballeresca. El aplazamiento era una cobardía... Y en buena lógica, ¿por qué habían de ser noventa y nueve las probabilidades de muerte? Bien pudieran ser cincuenta, mitad por mitad entre la muerte y la vida. Sobre todos los cálculos en casos tales, se cernía con las alas extendidas el ave misteriosa de lo imprevisto, la fatalidad, que lo mismo podía ser desdichada que favorable... Metióse por calles transversales para llegar á Recoletos, y seguir luego por la Castellana, recorriéndola toda sin otra idea que hacer tiempo hasta las diez de la noche, hora infalible para encontrar á Paúl en la redacción de *El Combate*.

En nocturno paseo por rondas y proyectadas vías fué dejando minutos, horas, y

cuando se aproximaban las diez entraba en la calle Ancha de San Bernardo por la de las Navas de Tolosa. Despacito avanzó hacia el fin de su caminata. Por la calle de las Beatas hizo su entrada en los Mostenses. Antes de dirigirse á la redacción, en la esquina de la escalinata que conduce á la travesía de la Parada, dió la vuelta á los tinglados de la plaza por el Oeste, con el fin de reconocer el terreno; cruzó frente á la calle del Alamo; detúvose en la rinconada; en la bocacalle de la travesía del Conservatorio vió dos bultos que guardaban las esquinas. Nada de esto extrañó á Vicente, pues ya sabía que los mesnaderos de Paúl guarnecían la redacción, diariamente vigilada por la policía y á veces asaltada por la Partida de *la Porra*. Uno de los bultos que custodiaban la callejuela, dejaba ver su rostro: Vicente creyó reconocer al ferocísimo, al membrudo y peludo Paco Huertas; pero no podría jurar que fuese él... Al dar la vuelta, vió en la esquina de la calle del Rosal á otro individuo, que por lo hinchado del embozo debía de llevar trabuco bajo la capa. No se le despintó á Vicente la cara de aquel tipo. Era uno de los Quintines, héroe con Paco Huertas de la barricada del 22 de Junio en Antón Martín.

Entró en la casa de *El Combate* por una pieza baja en que tenían el cierre y despacho para la venta de números. El recinto estaba obscuro, y en él había hombres y muchachos cuya condición y oficio no era

fácil precisar. Tipógrafos no eran, porque el periódico se componía y tiraba en la imprenta de Tello, *Isabel la Católica*, 23. Un chico señaló á Vicente la escalera que á la redacción conducía. Subiendo por ella topó el joven con un hombre conocido que bajaba. Era *Tachuela*, el dueño de la taberna donde comía Segismundo. Repitió Vicente su pretensión de ver sin demora al señor Paúl, y el tabernero, fluctuando entre la desconfianza y la cortesía, le dijo: "No sé si podrá verle. Está trabajando... Suba y pregunte, que don José recibe siempre á los amigos... y á los enemigos.."

Peldaños arriba, Halconero tuvo una lúcida visión, hechura de su considerable saber histórico y literario. Y pensando que no era muy airoso compararse á una mujer, aunque ésta fuese grande heroína, se comparó con Carlota Corday cuando subía la escalera de la casa de Marat, hasta llegar, guiada por la sirviente, á la estancia en que el brutal revolucionario y libelista aguardaba la muerte, metido en su baño... Apenas llegó arriba, vió Halconero la claridad de un aposento, y en éste al terrible Paúl, no en el baño, sino escribiendo, encorvado sobre una mesa bajo la luz de un quinqué colgante... Junto á él, en pie, estaba el diputado federal jerezano Ramón Cala.

Sin pedir permiso ni andar en etiquetas, Halconero se coló dentro de la salita. El director y el redactor de *El Combate* le miraron sin gran extrañeza, quizás por estar

hechos á las visitas de sorpresa, sin previa licencia de entrada. Después de mirarle, atendieron á lo suyo. Dichas por Paúl algunas palabras al redactor, éste se retiró á una estancia próxima, concediendo á Vicente una sonrisa benévola.

Alzó Paúl los ojos de lo que escribía, dejando salir de su boca una interrogación rutinaria, sin interés: “¿Qué se le ofrece, caballero?...”

—Yo creí—dijo Halconero firme de acento y sereno de rostro,—que bastaba mi presencia para que usted comprendiera...

—Pues no caigo... pero, en fin, señor mío, con decírmelo usted salimos de dudas... Dispénsese un momento. Déjeme acabar este sueltecillo... cuestión de medio minuto... y luego hablaremos todo lo que usted quiera...”

Con un monosílabo asintió Vicente, y en la corta espera, viendo y oyendo el rasguear de la pluma del jerezano, pensaba que éste se hallaba completamente fresco, y que la hora del copeo no había llegado aún.

Terminó Paúl en breve tiempo su trabajo; dió un silbido; vino un chico de la imprenta, en cuyas manos negras puso las cuartillas, con una orden seca, y...

“Pues usted dirá... ¿Por qué no se sienta?”

—Gracias: estoy bien así... Si no comprende usted á qué vengo, es que ha perdido completamente la memoria...

—¿A ver, á ver?

—Perder la memoria de anoche acá, es

cosa incomprensible, á no ser que usted se quite la memoria cuando le conviene, como se quita uno los guantes ó el sombrero.

—¿A ver?... Explíquese mejor,, dijo Paúl friamente, sacando su revólver y poniéndolo sobre la mesa, junto á las cuartillas en blanco.

Halconero requirió en su bolsillo el arma que traía, y sin sacarla, sacó del pecho estas graves razones: “Yo le avivaré la memoria diciéndole que anoche nos cruzamos usted y yo en la calle de la Palma. Usted llevaba consigo un tropel de gente; yo iba con Enrique Bravo. Los amigos de usted se permitieron insultar á Enrique. Luego, usted, sin la menor provocación de mi parte, vino hacia mí; y con formas soeces me injurió... Personalmente no me hacían gran mella sus ofensas; pero usted injurió también á la primera señora del mundo, que para mí es mi madre, y esto no se lo tolero yo á ningún nacido. Vengo, pues, á que usted se trague todo lo que dijo, ó de lo contrario tendré que romperle la crisma, exponiéndome, como es natural, á que usted me la rompa á mí.

—Bien, joven—replicó el hombre terrible tirándose hacia atrás en el sillón, con sonrisa más guasona que iracunda.—Así me gusta á mí la gente. Estoy á sus órdenes. Elija dos amigos que vengan á tratar con los míos las condiciones del lance...

—La magnitud del agravio me manda prescindir de esa farsa, de las formas y eti-

quetas del duelo. Sin testigos nos entenderemos mejor usted y yo... Y si no se aviene á que nos matemos con esta sencillez primitiva, me veré en la precisión de asesinarle... Decida pronto.

—Decido que sí... que se hará como lo desea el chico de Halconero—afirmó Paúl echándose adelante...—Quiero ver si es usted un hombre, aunque el verlo me cueste la pena de matarle, con lo que haré á su señora madre daño mayor que el causado por las palabras que de ella dije... palabras y ofensas de que no me acuerdo, ¡caray!... puede creérmelo.

—¡Lo niega, lo niega y se desdice ahora! —exclamó Vicente con mayor coraje.

—No niego, señor mío—replicó Paúl flemático en grado sumo.—Digo que no me acuerdo; pero pues usted afirma que dije esto y lo otro y no sé qué, yo lo doy por cierto. Me basta su testimonio, y ya ve que hago honor á su palabra... Nada, nada: nos batiremos en esa forma primitiva que desea, forma verdaderamente trágica y hermosa... Se asombrará usted si le digo que empiezo á sentirme cansado de la vida... ¡Esta lucha, esta tensión continua...! Lo peor será que el instinto de defensa pueda más que mi cansancio, y que le mate á usted... Por muy bien que tire el chico de Halconero, yo tiro más... Nada: lo dicho, dicho... Me parece que no hay prisa, que podemos esperar á la madrugada. En cuanto yo cierre el periódico, estaré á su disposición...

Tome asiento, espere, ó vuelva por aquí: como usted guste.,,

Dijo Vicente que esperaría, y cuando con heróica paciencia se sentaba en la silla más próxima, entró Ramón Cala con cuartillas que había de someter á su amigo. Después de examinarlas rápidamente, Paúl dijo á Cala: "Este señor viene á desafiarme por palabras que, según él, pronuncié anoche... palabras ofensivas para su madre... ¿Tú te acuerdas?,,

Ramón Cala, que debajo de la fiereza revolucionaria y de los arrestos demagógicos ocultaba una bondad angelical, se explicó en esta forma: "Palabras, sí, que no tienen ningún valor... dichas en momentos de abandono y alegría... alegría que sale de los vapores de la cabeza, levantados por unas copas de más... ¿Y por eso quieren matarse?,, Llegóse á Vicente, y agraciándole con una sonrisa y un palmetazo en el hombro, le dijo: "Mire usted, joven: yo lo arreglaría de este modo...,, Y en el momento de oír Halconero el *de este modo*, subió del piso bajo y de la plazuela un gran estruendo; sonó un tiro... otro tiro...

Paúl saltó de su asiento gritando: "*¡La Porra, la Porra!* ¡A ellos!,, Con brinco felino corrió á coger un trabuco colgado tras de la puerta. Sus voces parecían gruñidos al decir: "Joven... usted no sirve para estas trifulcas. Quédese aquí. ¡A ellos, á ellos!,,

XXIV

Ramón Cala, muy sereno, dijo á Vicente: "Esto pasa una noche sí y otra también. No salga de aquí si tiene miedo.", Ofendió al joven que Cala le supusiera medroso, y sacando su revólver salió á ver la batalla, ó á tomar parte en ella si era menester. Los hombres que antes vió, y otros que parecían vendedores del Mercado estaban en la calle, y enredados con la gente de la *Porra*, llovían garrotazos y mojicones. Parecería batalla de chicos si los disparos de revólver que de una y otra parte se hacían no encendieran y agravaran la pelea. En retirada iban los *porros*, unos hacia la calle de las Beatas, otros escabulléndose por entre los cajones de la Plaza. En la parte baja de ésta, hacia la calle de Isabel la Católica, se avivó la lucha, con tiroteo de escopeta y gran carga de palos. Desde la travesía del Conservatorio tronaron los trabucos, y la patulea, viendo cortado aquel agujero de escape, tiró en busca de otro por la calle del Rosal. Nuevos trabucazos, desde la calleja de San Cipriano, asustaron más á los fugitivos, que ya no corrían, volaban. Bueno es decir que si algún trabucaire cargaba su arma con postas y clavos, los más de ellos tiraban con pólvora sola. Paúl dejó el re-

taco, y apaleó á cuantos cogía por delante entre el Mercado y la redacción, pues los *porros* más aturridos emprendieron la fuga por el escalerón de la travesía de la Parada.

En suma, la hueste de Ducazcal había llevado una nueva paliza, que seguramente no sería la última. Alguno de los vencedores aseguró haber visto al jefe de la *Porra* en la entrada de la calle del Alamo alentando á los suyos. Formaban el Estado Mayor de Felipe algunos policías. “Vaya un paso que llevan—decía Paúl runflante de gozo, rodeado de sus amigos y matones.—Vayan á contarle á Sagasta, á Martos y Prim el resorrido que han llevado., Ebrio de victoria, mas no satisfecho con embriaguez puramente abstracta, Paúl se puso á dar gritos: “*Tachuela*, Ramón, Pepe, que traigan jerez, coñac, cazalla, chinchón, ¡caray! y los doce judíos Apóstoles. Si no lo traen pronto, beberemos la *Reina de las Tintas*., Llegaban á la redacción ó castillo, á recabar sus *miajas* de gloria, los vecinos que habían intervenido á favor de *don José*. Corrieron órdenes para traer bebida, y en estas alegrías estaban cuando un carnicero entró diciendo que entre los cajones de la Plaza había visto un cadáver... Un segundo mozo rectificó: no era difunto mismamente, sino herido vivo que á gatas se arrastraba, queriendo salir... Debía de ser de la *Porra*.

Fué allá Ramón Cala con Balbona y otros, y á poco volvió diciendo: “Es el joven ese que vino poco antes de la trifulca.

—¡El Halconerín, caray! —exclamó Paúl sorprendido y lastimado.—Iba yo á preguntarte si le habías visto... ¡A ver! traerle pronto, y si hay remedio para él, se hará lo que se pueda. ¡Caray! ¡Pobre chico, en la que se metió! Como valiente, lo es. ¡Y parecía tan para poco! Pues si es perro, me muerde.,,

No tardaron en traer al herido entre dos de aquellos improvisados héroes, y cuidadosamente le pusieron en el suelo, mientras se buscaba colchón ó cualquier blandura en que acomodarle. El rostro tenía lívido; la sangre corría por el costado derecho, invadiendo el pantalón, así como la mano del mismo lado, aunque en ella no tenía señales de herida; su mirar era de dolor resignado; su habla intercadente y trabajosa.

El fiero Paúl prorrumpió en exclamaciones compasivas que pronto se hicieron jactanciosas. “¡A ver! ¿qué hacéis ahí?... No se os ocurre nada. Hay que prestar auxilio á este caballero sin pérdida de momento. Si no estuviera yo aquí, nada resolveríais... ¡Eh!... pronto, una camilla y llevarle á la Casa de Socorro.,,

En tanto Ramón Cala desabrochó á Vicente, y pudo apreciar heridas en el costado derecho... algo también en el brazo. En un quejido pidió Halconero que le llevarasen á su casa. Paúl siguió vociferando con atroces fanfarronadas de hombre de iniciativa. “Gracias que estoy yo aquí, joven;

que si llego á faltar yo, ¡caray! se queda usted hasta el día del Juicio en los cajones de la Plaza.”

Puso su mano en la sien del herido, y las jactancias tomaron un tono paternal. “Vamos, amigo, eso no es nada. Se ve que es usted nuevo en estas jaranas, y que no ha tomado gusto al plomo ni al hierro... Animo... que usted no es gallina, ni mucho menos. Bien ha mostrado esta noche, al venir á buscar á Paúl y Angulo, que tiene un alma como una torre... ¡Digo! venir con una cuestión grave de honor, dando la cara, como la ha dado usted, empezando por decir: *ni padrinos, ni reglas ni peinetas*... Eso lo hacen pocos. Y ahora que le veo caído, repito que no me acuerdo de haber dicho lo que dice usted que oyó de mi boca. O estaba usted soñando, ó yo... ¡A ver! basta de matemáticas. ¿Traéis ó no esa camilla? Tendrá que ir Paúl y Angulo á buscarla. Los demonios me lleven si hay aquí quien valga para un fregado como para un barrido... Vamos, gracias á Dios, ya pareció la camilla. ¿Habéis ido á Pekín por ella, gandules? Llevad al señor con cuidado. Vete tú, Ramón... Joven, eso es poca cosa. Iré á visitarle... Con que, ¿viene ó no viene el *Esíritu Santo*?,”

Entraban botellas á punto que salía la camilla... Vicente fué transportado á la Casa de Socorro, sita en la calle de los Dos Amigos, donde un médico y sus auxiliares diligentes le despojaron de la ropa y examina-

ron las heridas, que eran tres, en el costado derecho. Los proyectiles fácilmente se reconocían como de trabuco: dos de ellos pasaron de través, sin otro efecto que desgarrar los tejidos, de que resultó la hemorragia venosa; otro debió de alojarse en la cara externa de las falsas costillas. “¿Pero cuándo acabáis de alborotar á Madrid con estas batallas callejeras? —dijo el médico á Ramón Cala.—Ya es intolerable. Mientras discutíais á bofetadas y garrotazos, menos mal. Pero desde que habéis dado en hablar con la boca de las escopetas y retacos, sois un peligro serio.

—Nosotros no atacamos—dijo Cala.—Si nos buscan, hemos de defendernos.

—Pero emplead en la defensa vergajos, trallas ó varas de medir, ¡jinojo! —prosiguió el médico bondadoso y humanitario.—Ya le he dicho á don José que si emplean el trabuco con un fin terrorífico, lo carguen con sal ó perdigón menudo. Pero esos bárbaros cargan con clavos, postas y hierros de metralla, y hasta con ochavos morunos partidos en dos pedazos... A este joven, si no me equivoco, le han metido en el cuerpo un ochavo partido, con bordes desgarrados... Gracias que el proyectil, según parece, no ha penetrado en la región torácica... Será preciso extraerle el ochavo... que habría estado mejor echado en el cepillo de las ánimas.,,

En el biceps reconocieron otra herida, felizmente transversal. El proyectil que la

produjo había salido, desgarrando á su paso el tejido y algunas venas. El afectuoso médico y sus ayudantes se esmeraron en la cura de Halconero, el cual, una vez lavadas las heridas y taponadas con hilas y *bálsamo católico*, quedó en relativo bienestar, recuperado de su laxitud. Diéronle caldo, y como éste le repugnaba, mandó Cala traer café con leche, que el herido tomó con verdaderas ansias de vivir. En esto llegó Enrique Bravo, que desde las nueve de la noche, sospechando el mal paso de su amigo, salió á buscarle, y al fin, inquirendo aquí y allá, dió con él en la Casa de Socorro. No se había llevado mal susto, pues en la calle de Silva, unos chicos de la *Porra* le dijeron que de la zaragata de los Mostenses resultaron dos muertos, y que uno de ellos parecía ser Vicentito Halconero.

Respiró Enrique al ver vivo al amigo, y al saber por el médico que las heridas no eran de muerte. El cariño que á Vicente tenía inspiróle resoluciones acertadas. “¡A casa, á casa! Estate aquí una hora más, acostadito y fumándote tu cigarro... Voy á buscar un coche. Antes iré á prevenir á tu madre, que está en ascuas. Quiero tranquilizarla con la verdad, antes que un indiscreto, un mal intencionado le lleven algún cuento absurdo...”

A los pocos minutos de salir Bravo, entró en la Casa de Socorro Paúl con su amigo Guisasola. Venía el director de *El Combate* con los espíritus alborozados por su triunfo

y por el sinnúmero de copas con que acababa de celebrarlo. No traía la cabeza fresca; pero los vapores cálidos que la ponían fuera de la normalidad, eran de carácter festivo con tendencias á la mansedumbre humanitaria. “¿Con que vamos bien?—dijo sentándose junto al lecho.—¡Como que ello no es nada! Con pocos días de quietud en casita, podrá usted volver á las andadas. No hay vida como ésta para llegar á viejo. A mí las trifulcas y el andar á tiros me rejuvenecen. Por cierto que esta noche, apenas me reparé del estómago, me volvió la memoria que había perdido... De pronto, como si en mí entrara una luz, me acordé de lo que pasó anoche en la calle de la Palma... Y en efecto, joven: me dejé decir alguna ó algunas palabras incorrectas, ó si se quiere impertinentes y desatinadas... Pero créame usted, caballero: no fuí yo quien dijo lo que á usted puso fuera de sí... Como me llamo José Paúl, que en aquel momento habló por mi boca una fantasma de Madrid á quien llaman Domiciana, que el día antes vino á contarme que le habían quitado una oveja... Y contándomelo con boca y babas de serpiente, habló de usted, y me echó á la cara las injurias á su señora madre... Aquí está Guisasola, testigo de que la despedí con cuatro frescas de las que yo gasto, y un empujón que la llevó de golpe hasta la escalera... Salió de estampía; pero sus palabras venenosas se me quedaron dentro, se me quedó ella misma metida en mi cuerpo

Fué, digo yo, como cuando está un hombre endemoniado... Por mi salud, que endemoniado estuve hasta la noche siguiente... Recuerdo ahora que cuando le ví á usted en la calle de la Palma, sentí como una fuerte basca... y... ¡brum! eché por mi boca al demonio... ó sus palabras, que ello viene á ser lo mismo.,,

Oyó Vicente esta declaración picaresca y jerezana con el interés que inspira un trozo de literatura anacreóntica... Algo quiso decir; pero el médico le cerró el pico, instando á los demás á que hablaran lo menos posible con el herido. Paúl hizo corrillo aparte con Guisasola, Cala y el médico para desfogar á media voz su locuacidad. Inspirado por su exaltada imaginación, decía, comentando el suceso de aquella noche: “¿Qué quieren que yo haga? ¿Que me deje asesinar por la patulea de Ducazcal? Tengo que defenderme. Contra el *Mito*, que así llaman á la *Porra* Sagasta y Prim, trabucazo y adi. vina quién te dió. Ya verán quién es Paúl y Angulo. ¿No es una gorrinada que el capitán del *Mito* tenga un destino en la Conservaduría del Real Patrimonio?... Pues el muy gandul vive en las dependencias de Palacio, y anda por Madrid en un magnífico coche de los de la Casa Real... ¿Cabe mayor insulto á la sociedad, ni mayor cinismo en un Gobierno? Todos los días va el *mitorro* á tomar la orden al Ministerio de la Guerra. “Mi General, ¿á quién silbamos ó apedreamos esta noche?,” Y *su General*,

que en vergüenza está á la altura de una alpargata, le dice: "Felipe, quítame de en medio á Paúl, y te nombraré *azafato* de mi Rey *Macarroni I*,... Luego dicen que si yo, que si tal... Es que me sublevan, me dan asco los traidores.. Yo inicié la revolución de Septiembre, yo traje la Libertad, y Prim la vende... ¿No es un miserable, no es un bandido?... ¿Estoy ó no cargado de razón cuando digo: *hemos de matar á ese hombre?*,"

Ya eran las dos de la madrugada cuando Halconero fué conducido á su casa sin más compañía que la de Enrique Bravo. La consternación que tenía en vilo á toda la familia, quedó reducida á una mediana zozobra cuando vieron al herido, que entraba por su pie, risueño y con relativa agilidad. Todos, la madre, el padrastro, los hermanitos, le rodearon, le besuquearon y le hicieron mil carantoñas. No tardó Lucila en despachar á chicos y grandes, y se quedó sola con Vicente, á quien acostó, disponiéndose á permanecer á su lado toda la noche. Ni él le dijo una palabra de la gresca en que le sobrevino aquel percance, ni ella le molestó con interrogaciones que le habrían causado inquietud y desvelo. Guardó la señora para mejor ocasión su curiosidad, y puso toda su alma en aplicar al hijo los tiernos cuidados que habían de ser, según ella, la medicina más eficaz.

Vencido de la debilidad y del horrible desgaste nervioso, cayó Halconero en un sopor hondo, con fiebre no muy alta y deli-

rio á media voz, incoherente. De la herida no tenía la madre más informes que los traídos por Bravo, esto es, que no era de peligro, y que según el médico municipal, una operación sencillísima y quince días de asistencia cuidadosa bastarían para que el caballero se restituyese á su normal salud. Pensando en esto y sin quitar los ojos de su amado hijo, la celtíbera contaba los minutos, las horas, esperando la llegada de Augusto Miquis, á quien había mandado recado con Bravito.

En la familia de Calpena, la noticia del hecho levantó mayor sobresalto y ruido, por haber llegado repentinamente y sin preparación. Demetria y Gracia, avanzado ya el día, hubieron de emplear sin fin de circunloquios y artificios de lenguaje para dar á Pilarita conocimiento del triste caso. Cayó la doncella con un descomunal síncope, y fué menester meterla en la cama, llamar á Moreno Rubio, y probar en ella todo el arsenal de antiespasmódicos que ha inventado la ciencia para conjurar las tempestades del ánimo en el sexo femenino.

Las buenas noticias que durante todo el día administraron á Pilarita, no fueron parte á sosegarla. Rota la disciplina de sus nervios, pedía que su hermana Juanita no se separase un momento de su lado, y abrazándose á ella le contaba al oído sus imaginarias penas. Por la noche, después de disfrutar algún descanso, despertaba, tapándose los oídos, y sobresaltada y temerosa de-

cía: “Mamá, ¿no oyes el rugido del león? Si no lo oyes, estás sorda como una tapia. Yo lo oigo dormida y despierta... ¿Pero te ríes, mamá? Es el león del Retiro. Ya sabes que está muy enfadado... A nuestra casa llegan los rugidos... Juana me ha dicho que ella también los oye... ya ves... no soy yo sola...”

Al siguiente día reaccionó la señorita, y funcionaba ya su entendimiento hacia la normalidad. Ya no decía que don Juan Prim había mandado matar á Vicente, ni que don Amadeo y su señora, la de la Cisterna, al posesionarse del trono habían hecho ministro á Paúl y Angulo y al *Carbonerín*... Todo volvió al estado de realidad, y se vió clara la desgracia sin tenerla por irremediable. Diariamente iban á visitar al herido don Fernando Calpena y el Coronel don Santiago, que volvían á la otra casa con noticias lisonjeras. Recobró la novia la paz de su alma por virtud de una cartita que le escribió su prometido con firme pulso, en la cual tuvo buen cuidado de poner cuantas esperanzas, ternezas y alegrías le sugirieron su amor y su literatura. Pero ¡ay! ni la literatura ni el amor podían impedir que la boda se retrasara un siglo más... dígame un mes.

A los cinco días del percance, un hábil operador extrajo del cuerpo de Vicente dos postas y un fragmento de ochavo moruno, y desde la salida de estas piezas entró la mejoría franca, y poco después la convalecencia, que si no fué corta, no llevó consigo ninguna complicación. A fines de Noviem-

bre, cuando permitieron al herido el tónico moral de recibir la visita de su novia, se dió franca entrada á los amigos que quisieran entretenerle con pláticas no muy largas ni de temas excitantes. Don Santiago Ibero quiso referirle con pormenores curiosos, por él presenciados, la famosa sesión del 16 de Noviembre; pero Lucila le suplicó que dejase para otro día la votación de Rey, asunto complejo y peliagudo que podría perjudicar á Vicente si su cabeza, todavía muy débil, se obstinaba en discurrir sobre él.

Obediente á la señora, Ibero se metió en el despacho del candoroso don Angel, el cual, siempre que encontraba una víctima, no la soltaba sin espetarle sus *especiales puntos de vista* sobre la elección de Rey. "Si miramos á la calidad más que á la cantidad, mi querido Ibero, valen más los *veintisiete votos* por Montpensier que los *ciento noventa y uno* que se ha cargado don Amadeo... ¡Valiente cuadrilla le ha salido al italiano!... ¿Quiénes son y qué significan ese Albareda, ese Juanito Valera, ese Navarro y ese Duque de Tetuán? Yo puedo asegurarle á usted que fueron nuestros hasta *hace poco*... Y del *pollo antequerano*, ¿qué me dice usted?... Para mí que Ayala es el corruptor de toda esta familia, con el dinero que han traído de Cuba don Manuel Calvo y demás negreros para hacer propaganda en favor de la esclavitud... ¿Ha visto usted cómo la Bolsa ha saludado la elección con un alza considerable? Vea usted la mano

de Manzanedo, de Herrera, de Vinent. El dinero cubano nos perderá... Y hay que reconocer que los federales han sabido cumplir... Sus *sesenta* votos indican que hay en España hombres que no se venden. Los carlistas serán esto y lo otro; pero no se les puede negar la decencia. Viendo estas cosas —añadió sacando un número de *El Combate*,—casi estoy por dar la razón á este loquinario de Paúl, que dice (se cala los lentes y lee): “El 16 de Noviembre de 1870 será para la España revolucionaria de Septiembre la marca de una vida afrentosa, que en vano intentará borrar de su frente la *sangre del tirano*..” Pues fijese ahora en la salutación cariñosa que dirige á las Cortes y al nuevo Rey: “El edificio está coronado; lo remata un mamarracho, obra de la desesperación de algunos hambrientos..” ¿Qué tal, Ibero amigo?... ¿Medita usted?... Nosotros los *montpensieristas* nos lavamos las manos, y á su tiempo se verá si la *Soberanía Nacional* se lava, no las manos, sino el rostro, *con la sangre del tirano*..”

XXV

Ibero llevaba con paciencia la derrota de Espartero (ocho votos no más, ocho leales), y sólo pensaba en describir á su amigo la efervescencia y algarabía de la Representa-

ción Nacional en aquellas solemnes horas. Momentos hubo en que la semejanza de las Cortes con un circo de gallos fué completa. Federales y carlistas se levantan, se sientan, soltando de sus gargantas enardecidas voces de guerra y desafío. Figueras, Múzquiz, Vinader, Blanc, Moreno Rodríguez, Abarzuza, se suceden como en galope infernal, presentando exposiciones contrarias á la candidatura de Amadeo, ó leyendo listas de los diputados que en las Constituyentes del 54 votaron contra doña Isabel II. Uno pide que se lean tales artículos del reglamento; otro reclama la lectura de la Bula de Excomunión fulminada por Pío IX contra Víctor Manuel y su familia. El barullo crece, la temperatura parlamentaria llega al rojo, el Presidente rompe campanillas. En lo más recio del tumulto, se levanta Paúl, y en medio del hemiciclo, la voz ronca, los brazos por alto, la cara echando fuego, pronuncia estas atrocidades que el pudoroso *Diario de las Sesiones* no admite en sus columnas: *En nombre de todos los españoles que tienen vergüenza y dignidad, y que no son presupuestívoros como lo sois vosotros, protesto de las farsas indignas que aquí se representan.*

Por fin, cuando el Presidente, afónico ya y sudoroso, logra establecer una calma relativa, aporreando la mesa y mandando *que callen, que se sienten, que respeten la majestad del lugar*, empieza la votación... En el curso de ésta, surgen cómicos entorpeci-

mientos. El General Izquierdo: *Pido la palabra*. El Presidente: *No hay palabra*. El General Izquierdo: "La pido, señor Presidente, para decir tan sólo que si hasta este momento he defendido la candidatura del señor Duque de Montpensier, ahora voto al señor Duque de Aosta „ (*Aplausos aquí, risas allá.*) Desfilan uno tras otro los diputados, formulando su voto en una papeleta donde constan el nombre del votante y el del Rey elegible. En la Mesa, los Secretarios y los que intervienen la votación forman una piña espesa. El escrutinio dura largo rato, y es presenciado con expectación, que en ningún momento es silenciosa. Nadie ocupa su asiento. Van y vienen, y un vórtice de impaciencia y ansiedad llena la Cámara. Cuentan, recuentan, se lee la lista de los ausentes, la lista de los votantes. Del cúmulo de cifras y del laberinto de nombres, emerge al fin la voz del Presidente que dice: "*Queda elegido Rey el Duque de Aosta.* „ Eran las siete y media.

Mas con esto no se termina el acto ruidoso y memorable. Suspendida la sesión para designar los diputados que habrán de ir á Italia á presentar á don Amadeo el acta de su elección, se reanuda después de las ocho. Otra vez á votar. Los caballeros que por voluntad de la Cámara habían de ir á Italia á cumplimentar al Rey y á traerle al hispano redondel, recibieron desde aquella noche el nombre de *cabestros*. La guasa española ni en las ocasiones más solemnes se desmentía.

Y mientras allá en la Montaña del Príncipe Pío, cañones roncós anunciaban á Madrid y á España que teníamos Rey, el Presidente Ruiz Zorrilla pronunciaba con ronquera y cansancio un discurso apologético del hijo de Víctor Manuel. No quiso Dios que con este sermón acabase la borrascosa jornada del 16 de Noviembre, porque de nuevo se enredaron mayoría y minorías en acerbos disputas. Tronó Castelar, granizó Figueras, y el Presidente hubo de hacer frente con descomunal esfuerzo á la nueva tempestad que amenazaba. Sobre si después de la elección de Rey podía éste ser discutido, resurgió la borrasca, un nuevo desate de los vientos airados, y de las voces y réplicas que parecían gritos callejeros. La ingente pelea entre Monarquía y República, coleaba todavía con vigorosas convulsiones. ¡Y lo que aún habías de colear, morena!... Por fin, como quien despierta de angustiosa pesadilla, el Presidente respiró y dijo: "Se levanta la sesión.," Eran las nueve. El cañón lejano había enmudecido.

Rebañando en su memoria sacó Ibero detalles interesantes de la votación. Los conservadores, con Cánovas al frente, habían votado en blanco. Dos tan sólo, Iranzo y Otero Rosillo, dieron gallardamente su voto á don Alfonso de Borbón. No recataba el Coronel su derivación hacia el *aostismo* ó *amadeísmo*, guiado por el criterio superior de su hermano político don Fernando Calpena. En realidad, era el único partido *via-*

ble en las anómalas circunstancias del día. Los 191 votos decían bien claro que los hombres de orden entraban en aquel despejado camino, conducidos por don Juan Prim, ante cuya firme voluntad y agudeza cedían todos los obstáculos y dificultades.

Reconocía don Angel Cordero las dotes políticas del jefe; pero echaba de menos en él la potencia administrativa y el golpe de vista económico. “Créame usted, amigo Ibero—dijo á su amigo cogiendo de la mesa un libreo de pocas hojas.—El señor de Prim no será nunca económico ni administrativo. Vea usted lo que dice este papel, obra de un notabilísimo escritor á quien llaman don Roque Barcia. (*Lee.*) “Ese General (Prim) tiene de sueldo *diez mil reales* mensuales, y gasta *mil duros* todos los días... Ese General gasta su sueldo en el *postre ordinario* de su mesa... Ese General recibió dinero de los moderados, de los unionistas, de los progresistas, de los demócratas; lo recibiría mañana de los republicanos si éstos no le conocieran... Ese General, plebeyo insaciable, plébeyo ingrato, venderá á don Amadeo como vendió á su *augusta comadre* doña Isabel II... Si España diese á Prim un palacio de piedra, lo querría de plata; si fuese de plata, lo querría de oro; si fuese de oro, habría de ser de diamantes...”, No leo más; basta. Pues con un hombre así no voy yo á ninguna parte, don Santiago de mi alma. Digo con este don Roque: “Señor Duque de Aosta, *venid confesado.*”

Como se ve, el candoroso don Angel, al volver mohíno y desalentado del campo administrativo de Orleans, se prendaba de las doctrinas hiperbólicas y del bíblico estilo de Roque Barcia. España estaba loca, y la propia Economía política se iba del seguro, como decía Vicente Halconero. Este mejoraba rápidamente, y desentumecía su cerebro con el amigo Enrique remembrando los hechos pasados. Entre otras cosas, contó Vicente que en la noche de marras había salido de la redacción de *El Combate* sin saber si tomaría partido por los de Paúl ó por los de la *Porra*. Unos y otros éranle profundamente antipáticos. En cuanto se vió en el terreno de la lucha, sintióse inclinado á dar su apoyo á los que viera más débiles. Su único fin era que no se le tuviese por cobarde. Dos disparos hizo con su revólver desde los cajones de la Plaza. Con ellos alentó á unos *pau- listas*, que tenían traza de panaderos y se batían á garrotazo limpio. Después supo que eran operarios de una tahona cercana... A los pocos minutos, se vió envuelto en un grupo de *porros*, los cuales le estrêcharon tanto que no podía moverse. Un disparo les dispersó. Cuando intentaba reconocer de dónde había venido el tiro, ¡pum! le desce- rrajaron casi á quemarropa el trabucazo que le dejó tendido. En el tirador creyó reconocer al ojalatero Gabiola.

“Estás equivocado—dijo Bravito.—Gabiola no llevaba esa noche trabuco, sino escopeta, y cargada con sal para meter ruido sin

matar. Me consta esto de un modo indubitable.

—¿Sería Langerica? El demonio lo sabrá... Cuando me llevaron herido á la redacción, ví caras conocidas, ojos que me miraban con lástima. Los nombres relacionados con aquellas caras huían de mi memoria. Quizás eran de esos nombres que uno no sabe nunca, porque nada nos interesan las personas que los llevan.

—El que de seguro estaba era Montesinos.

—¿Uno pequeño, flacucho, vivaracho?

—No: Montesinos es figura procerosa. El chiquitín que dices, debía de ser ese que llaman *Matacristos*. Y estaría también otro tipo inconfundible, Torralba. De fijo lo viste allí. Es un madrileño neto y barbián, más conocido que la ruda.

—Buena figura: barba y pelo castaños, ojos garzos...

—El mismo. Pero más que las señas particulares de talle y rostro, le caracteriza el que tiene una mujer llamada Pepita, buena, inteligente y simpática, tan enamorada de su marido y tan celosa, que va con él á todas partes, incluso á los sitios y ocasiones de mayor peligro: barricadas, motines, trifulcas... Allí donde esté Torralba peleando por la libertad ó contra las quintas, no puede faltar Pepita, exponiéndose al fuego por vigilar bien de cerca al marido, tan valiente como pinturero.

—Pues te diré: si de haber visto al hom-

bre no tengo idea clara, sí recuerdo que cuando en la camilla me llevaban á la Casa de Socorro, fué junto á mí una mujer acompañándome con sus lamentaciones: *¡pobrecito... qué dolor!...* De cuanto en aquella noche me pasó, de las diferentes impresiones que entraron en mí por los ojos y los oídos, algunas han quedado en mi cerebro con tal intensidad, que no las olvidaré nunca. La voz de Paúl, jactanciosa, sin ningún acento de odio contra mí; la figura de Pepita plañidera, y el sonido del trabucazo que me tumbó, son sensaciones inolvidables. Durante muchas noches de insomnio y fiebre oía el terrible disparo... Era... no puedo explicártelo... algo como cien campanas que á la vez dieran el golpe, del cual quedaba en el aire una vibración nunca extinguida....

De éstas y otras cosas atañederas al suceso de la infausta noche hablaron los amigos, llevando graciosamente el asunto al vago humorismo, en que se desvanecían las trágicas emociones. Y lo más peregrino en los comentarios de aquella página histórica, fué la sinceridad con que declaró Vicente la transformación de sus sentimientos con respecto á Paúl. Ya éste le inspiraba menos odio que lástima; le tenía por un loco irresponsable, peligrosísimo...

“Es un iluminado, un poseído, un epiléptico, á quien no se debe permitir que ande suelto por el mundo—afirmó Bravo.—Lo mismo podría decirse de los bárbaros que le siguen. Casi todos ellos son en la vida pri-

vada hombres de bien; viven de su trabajo, y algunos tienen una holgura ganada honradamente. El fanatismo que don José ha metido en sus almas podrá llevarles á los mayores desafueros. Pero no hallarás entre ellos ninguno que vaya al crimen por interés. No son asesinos asalariados, sino matones espontáneos, espirituales, movidos por una exaltación morbosa y mecánica..”

Sobre el jerezano hizo Halconero observaciones muy atinadas. En él veía la representación personal de la fiebre ó locura que en aquel año fatídico padecía la sociedad española... Completará la figura el hecho que á continuación se refiere.

Una noche de las últimas de Noviembre, los *mitológicos* asaltaron el teatrillo de Calderón, donde había de estrenarse un sainete cómico-burlesco, titulado *Macarronini I*. Tomadas y ocupadas por la cuadrilla todas las butacas, desde la fila 4.^a á la 24, apenas se levantó el telón empezó el disparo de patatas y de verduras arrojadizas sobre los pobres comediantes; y como éstos protestaran con ira, los alborotadores invadieron el escenario, y allí no quedó decoración entera, ni mueble sano, ni actor sin desgarrones en la ropa y cardenales en el rostro. Huyó el público despavorido, se desmayaron muchas señoras, y algún niño salió magullado. A los agentes del Orden no se les vió el pelo, y el acto vandálico se consumó con discreto alejamiento de la autoridad. Y menos mal que no hubo muertos, como en el salvaje atro-

pello del Casino carlista de la Corredera.

De éste y otros desmanes quedó en el público un rastro de indignación, de acres disputas. Paúl en su *Combate* y Ducazcal en *La Iberia*, se pusieron de vuelta y media, achacándose uno á otro la culpa del escándalo. Felipe se jactó de haber maltratado al jerezano en plena calle. Lo más suave que Paúl dijo á su enemigo fué este puñado de flores: "Al jefe de la partida de asesinos, protegidos por el Gobierno que á España deshonra, á Felipe Ducazcal, tiene dicho el Director de *El Combate*:— Que le reconcce como vil y cobarde agente del ignominioso Gobierno de Prim y Prats.—Que mintió como un villano al asegurar que le había maltratado, quitándole el revólver.—Y, por último, que sin embargo de su despreciable condición, dispuesto estaba á batirse con él *cuando quiera y como quiera.*„

Inevitable fué salir al campo del honor; empezaron las visitas de caballeros, el discutir y fijar las condiciones del lance. Este se concertó al fin á muerte. Padrinos de Paúl fueron Santamaría y La Rosa; los de Ducazcal, Doñamayor y Menéndez Escobar, teniente de *Cantabria*. El 10 de Diciembre, muy de mañana, habían de encontrarse los dos valentones con sus testigos detrás de las tapias del cementerio de San Isidro. Si un duelo es siempre cosa de cuidado, para Ducazcal fué aquél atrozmente inoportuno, porque se hallaba el hombre en la luna de miel: días antes se había

casado con una hermosa pescadera de la calle Mayor.

Tempranito salió Felipe de su casa, próxima á la llamada *de Pajes*, detrás de la Armería, y en coche de la Casa Real, tirado por magnífico tronco de mulas, se fué con sus padrinos al *Tiro de Leonardo*, en la Castellana, donde estuvo más de una hora ejercitándose en el tiro de pistola. Con admirable destreza puso doce blancos. Los padrinos le felicitaron, asegurándole un triunfo si en el terreno apuntaba y afinaba tan bien como en la Castellana. Después del feliz ensayo, partieron á la carrera para San Isidro; llevaban las mismas pistolas que en Marzo de aquel año sirvieron para el duelo en que Montpensier mató al Infante don Enrique.

La llegada á San Isidro coincidió con la de un lujoso entierro escoltado de innumerables coches. Viendo de lejos los dos simones en que venía Paúl con sus padrinos, comprendieron la dificultad de escabullirse tras el cementerio sin llamar la atención. Vacilaron entre ir á lo suyo ó agregarse á la cáfila del entierro, y estando en estas dudas, se les presentó un sargento de la Guardia Civil de á caballo con dos números, interrogándoles en forma que indicaba el propósito de impedir el duelo. Grande fué la contrariedad de Ducazcal, que agotó todo el repertorio de apóstrofes para maldecir su suerte. Le sacaba de quicio la idea de que *el otro* le supusiera capaz de haber dado el

soplo á la policía, para librarse de un encuentro en tan graves condiciones.

Invocando á todos los demonios, dió con una estratagema que salvaría su opinión de caballero intachable. Convino con sus padrinos en echar pie á tierra para confirmar lo que habían dicho al guardia civil, esto es, que formaban parte de la comitiva del entierro. Y en tanto, el amigo Menéndez Escolar corrió á donde estaban los dos simones de Paúl, y contó á éste lo que pasaba. El mejor medio para salir del atranco era que don José y sus padrinos se metieran en el coche de la Real Casa, y salieran pitando para el Arroyo Abroñigal, mientras Felipe y los suyos irían en los alquilones al Gobierno Civil para ver á Martos y exponerle el caso. No dudaban que el Gobernador interino les daría permiso para matarse como caballeros en donde lo tuvieran por conveniente.

Así se hizo, no sin que Paúl, escamón, pusiera el ceño de matachín perdonavidas. Mientras los unos iban al Abroñigal en el coche regio, los otros emprendieron la carrera hacia el Gobierno Civil, donde Ducazcal, con fieras maldiciones, pintó á su amigo Martos el desairado trance en que le ponía echando la Guardia Civil en persecución de los honrados paladines. Martos le dijo: "Váyanse, váyanse al Abroñigal; pero á prisita, y despachen lo más pronto que puedan, que yo aguardaré un poco... Calcularé el tiempo para que la Guardia Civil llegue allá cuan-

do de los dos valientes no queden más que los rabos.,,

Salieron Ducazcal y los suyos con loca impaciencia, ofreciendo propina de un duro á cada simón; y ya eran más de las once, cuando se juntaron unos y otros en un barranco del Abroñigal, á la izquierda y fuera de la vista de las Ventas... Pero no había tiempo que perder, y aunque el sitio era estrecho, sin espacio bastante para partir el sol, no se entretendrían en buscarlo más cómodo, por no parecerse á Bertoldo eligiendo el árbol en que había de ser ahorcado. El día era glacial. De la nieve caída en la noche anterior, quedaban enormes cuajarones en los sitios no acariciados por el sol.

¡Al avío, al avío! Activaron los padrinos las prolijas funciones preparatorias: medir distancias, sortear los puestos y las armas, cargar, etc... Llevaba Ducazcal un majestuoso *carrick* nuevo de última moda, levita inglesa y chistera flamante. Paúl iba envuelto en luenga capa de paño verde, con larga esclavina y cuello alto. Sobre éste campeaba un sombrero de alas anchas. Llegado el instante de recibir las pistolas, cada uno de los duelistas dejó ver su peculiar temperamento y psicología. Felipe, con gesto semejante al de un tenor de ópera en la escena de las bodas de *Lucía*, arrojó lejos de sí el *carrick* elegante y la bimba lustrosa; Paúl se quitó la pesada capa, y doblada cuidadosamente, como si apreciase la prenda pluvial más que su propio cuerpo, la dejó en un

sitio despejado de nieve, y sobre ella puso el blando chapeo. Quedó la figura escueta, con zamarra, pantalón de pana y botas altas.

Tocó á Ducazcal disparar primero. También en la manera de tirar se declaraba la diferencia de temperamentos. Ambos eran valientes; pero el valor, como todo lo humano, reviste formas variadísimas. El de Felipe era enfático y decorativo; el de Paúl reconcentrado, profundamente austero... Tiró Ducazcal con precipitación desdichada, disgustando á sus padrinos, que en la mañana de aquel día le habían visto hacer blancos con admirable precisión en el *Tiro de Leonardo*... Por segunda vez disparó con más arrogancia que tino, con teatral guapeza. Y se le acercó su padrino Menéndez Escolar, diciéndole: "Afine usted, afine por Dios... ó ese hombre le mata."

Siguieron tirando. En una de las suertes, le falló á Ducazcal la pistola; arrojóla con gallardo gesto, volviendo la cabeza. En aquel momento la bala de Paúl le entró por una oreja. Felipe dió una gran voltereta y cayó como muerto. Mientras los padrinos, acudiendo á socorrerle, daban por terminado el lance, Paúl recogió y desdobló su capa tranquilamente, se la puso, se caló el sombrero, y sin más saludo que una grave reverencia, se marchó con su padrino La Rosa.

XXVI

En las primeras referencias que del lance llegaron á la casa de Halconero, se dijo que Ducazcal había muerto. Pero en la noche del mismo día (10 de Diciembre) rectificó Bravo la triste noticia, por testimonio del propio Menéndez Escobar. Cuando los padrinos llevaron á su casa en el coche de Palacio al jefe de la *Porra*, creyeron que se les quedaba en el camino. Pero no fué así. Vivía, y podría salvarse si se lograba extraer la bala. Los comentarios del desafío y de la relación del mismo con la cosa pública, no tenían fin en la tertulia de Halconero. Allí se leía *El Combate*, que en su número del 12 traía estas convulsiones epilépticas: "La traición revolucionaria está probada; el volcán de las iras populares está próximo á estallar... se aguarda un momento terrible; se aproxima una tempestad siniestra; óyense los primeros rugidos del aquilón revolucionario; se necesita una víctima para reivindicar nuestros derechos... Esta víctima la traéis vosotros al sacrificio... ¡Sobre vosotros caerá su sangre, y la sangre generosa del pueblo que por vuestra culpa se derrame!..

En otro número echaba estas flores á don Nicolás María Rivero: "Un Ministro de la Gobernación, tan tirano como cobarde, que

no tiene el valor del progreso ni de la reacción; apóstata y traidor por temperamento, que vendió la República española por un cuartillo de vino; ese gitano y regateador político, que adopta el procedimiento del hurto y de la estafa, detiene en las calles y en las estaciones inmediatas á Madrid los ejemplares de *El Combate...*„

Leídas estas ignominias, Bravo se afirmaba en sus nuevas aficiones monárquicas. Pero si el espíritu del ex-federal se avenía bien con el cambio, no se conformaba con la tardanza en recibir el premio de su resello. El ofrecido turrón no parecía. Cansado de esperar, puso toda su confianza en los buenos oficios de Vicente. Este habló del caso con su presunto suegro don Fernando, el cual era grande amigo de Moret, Ministro de Ultramar, y quedó concertado que en la primer combinación iría Bravito á Cuba, con un buen momio en la Aduana, ó en otro benéfico ramo...

En su convalecencia, Halconero fué visitado por amigos de diferentes castas, entre ellos Romualdo Cantera y *el Carbonerín*. Ambos milicianos se mantuvieron en el altar de sus sacros ideales. No transigirían con el nuevo Rey, no *formarían* en los actos solemnes de la entrada de Amadeo; protestaban de que Prim quisiera desarmarles, para refundir la Milicia en el molde monárquico... Pero esto no significaba que simpatizaran con las desvergüenzas y locuras de Paúl, ni á tan desaforado capitán prestarían

vasallaje. No reconocían otros ídolos que los antiguos: Figueras, Pí, Orense, Estébanez... Con éstos irían hasta el fin del mundo, guiados por la santa doctrina, no por el pregón de la violencia y el asesinato. Indicaron además que el don José no tardaría en quedarse solo con su cuadrilla de valentones. Muchos que seguían al jerezano en sus andanzas callejeras, como *Matacristos*, Torralba, y el mismo *Tachuela*, se iban apartando de él, á instancias de Figueras ó de Pí.

En estos aislados hechos, y en otros que los graves individuos de su nueva familia le mostraban, vió Halconero un instintivo retroceso de la sociedad española, la que-rencia del Orden, como si todo el país sintiese la necesidad de buscar el abrigo de las ideas conservadoras. No en vano él, desde que intimó con los Iberos y Calpenas, se sentía retrógrado, y como si dijéramos, un poquito *neo*. ¿A dónde iba á parar la sociedad si no seguía la despejada senda que el genio sagaz y enérgico de Prim le marcaba? Y como la soledad en que vivía (fuera de las visitas de su futura y sus amigos) convidábale al examen interior y al análisis de sus propios sentimientos, dedicaba al monólogo la parte de ociosidad sobrante de sus lecturas. El siguiente soliloquio merece ser conocido.

“La exaltación de dignidad y el acto de arrojo temerario que me llevaron al percan-ce de los Mostenses, han determinado en mí esta dirección conservadora que quiero to-

mar. Mi alma no estaba fortalecida para ninguna clase de acción. Me faltaban los bríos, el arranque, el desprecio de la vida. Ese valor y ese desprecio tuve, y aunque el Destino impidió que yo apurase aquel estado anímico, por circunstancias de tiempo y lugar, por el rendimiento de mi enemigo, *etcétera*, conservo las virtudes conquistadas en ocasión tan crítica. ¿Y á qué fines debo aplicar las nuevas virtudes y las que ya poseía, inculcadas por mi querida madre en los días placenteros, llanos, sin ningún saliente ni alteración de la superficie vital? ¿Debo aplicarlas á los ideales atrevidos del pueblo? No, porque éste tiene ya sus directores bien calificados, y porque yo, aunque plebeyo, ó aristócrata villano más bien, no siento en mí entusiasmo por reivindicaciones que apenas se marcan vagamente en la media luz de los siglos futuros. ¿Me aplicaré á los ideales é intereses de las clases superiores, nobleza de abolengo, y sus similares, ejército, religión? Tampoco. Esos cultos tienen ya sacerdotes del mismo pelambre, de la propia hilaza linajuda....

Deteníase en un punto de confusión; mas luego hallaba fácil salida: "Mi novia, la que será mi mujer dentro de algunos días, es mi Ariadna; ella me conduce al través del laberinto. Yo cojo de sus lindas manos el hilo salvador. Cuando me veo junto á ella, pienso que nuestra clase, la suya y la mía, estas familias medianamente ilustres, medianamente ricas, medianamente adereza-

das de cultura y de educación, serán las directoras de la Humanidad en los años que siguen. Este último tercio del siglo XIX es el tiempo de esta clase nuestra, balancín entre la democracia y el antiguo régimen, eslabón que encadena pobres con ricos, nobles con villanos, y creyentes con incrédulos....»

Tras otro momento de confusión, proseguía: "Bien clara veo mi esfera de actividad. Casado á mi gusto, resueltos definitivamente los problemas del corazón, viviré sin ningún estímulo de nuevos amores. Estaré como el santo patrono en su altar, entre dos imágenes guardianas, que serán mi madre y mi mujer; y no teniendo que pensar tampoco en mis intereses, porque ellos están bien asegurados, me consagraré al bien público... ¡Qué hermosura poder consagrarse al provecho de todos, sin ninguna mira personal!... De este modo, la política es el arte social por excelencia... De seguro que mi madre y mi mujer me estimularán á entrar por ese camino del sublime arte... En ambas he creído notar cierta noble ambición... Tienen de mí la idea, un poco extrañada, de que por haber leído tanto, tanto, estoy habilitado para dirigir á los pueblos. ¡Qué desvarío! Bueno es enriquecer noblemente nuestro espíritu con las ideas de todos los sabios antiguos y modernos; pero eso no será eficaz sin la acción. Mi madre y mi mujer me estiman en mucho por el adorno de mis lecturas; yo me estimo en algo por la acción que adquiriré en aquellas dos noches,

gracias á la violenta sacudida del sentimiento humano... Y á propósito de esto: á las conquistas de la voluntad deben acompañar nuevos conocimientos. Prepárate, Vicente... Da de mano á los poemas y á la historia vieja, y busca en la moderna y en los estudios económicos el secreto del arte político... Miren por dónde, habiéndome reído de mi buen padrastro don Angel, tengo ahora que acudir á su árida biblioteca... Ya, ya... *Capital y trabajo, Tratados de comercio... Cooperativas... Crédito agrícola...*»

Enumerando los elementos de su erudición futura, se adormeció el chico de Halconero... Porque estos monólogos se producían en la nocturnidad blanda y tibia del lecho, como una decantación de las ideas de cada día. Y en la última vuelta que dió buscando el profundo sueño, decía Vicentillo: "Siglo xx, ¿qué seré yo si á tí llego?... ¿Y tú qué serás?..."

Las visitas menudeaban día y noche. Fueron á verle Clavería y Ricardo Muñiz, amigos de la casa y muy allegados al General Prim. Hablaronle de la próxima venida del de Aosta. El triunfo de Prim era el mayor éxito del siglo. Tendríamos un Rey democrático, que imposibilitaría de un modo absoluto la vuelta de los Borbones... La Comisión del Congreso, que había regresado de Florencia, venía encantada de la cortesía del *Rey Galantuomo* y de la llaneza hidalga de su hijo, ya Rey de España por los cuatro costados... Prim sería Ministro del nuevo sobe-

rano por largo tiempo, para que pudiese implantar sólidamente, al abrigo de la majestad saboyana, los principios democráticos... Las Cortes funcionaban de nuevo, pues entre otras menudencias habían de resolver y votar la dotación del Rey, que no era grano de anís: treinta millones de reales. La energía y la paciencia del General, que habían triunfado de lo más, triunfarían de lo menos, y no quedaría el rabo por desollar, habiendo desollado con tanta fortuna el cuerpo del inmenso problema político.

En una de las visitas de Romualdo Cántera, dijo éste á Vicente que Segismundo había ido con él hasta el portal, no atreviéndose á subir porque no quería dejarse ver con la desastrada ropa que cubría sus pobres carnes. Volvió más de una vez el tal á la portería, sin otro objeto que preguntar por la salud de su amigo, y en una de éstas fué sorprendido y capturado por criados de Halconero con esta consigna, enteramente arbitraria y despótica: "Manda el señorito don Vicente que le prendamos á usted, y de grado ó por fuerza le llevemos arriba, donde tiene dispuesta ropa interior y exterior para que se vista de caballero decente y alterne con sus iguales...."

La primera persona que ante sí vió Segismundo al entrar en la casa fué Lucila. Llevándole á un cuarto próximo á la puerta, la señora le dijo en tono de guardia civil: "Ahí tiene usted cuanto necesita para mudarse de pies á cabeza; quítese toda esa

basura que lleva encima, y la mandaremos quemar... Luego que usted se vista de limpio, almorzará con Vicente y con Enrique.,,

¿Qué remedio tenía el pícaro más que aceptar? La gratitud se disfrazó de obediencia, y el hombre salió del cuarto como nuevo, sin ocultar el gozo que su transformación le producía. Vicente y Bravo le abrazaron. El charlar alegre, chispeante y caudaloso no cesó durante el buen almuerzo, servido para ellos solos en el gabinete del señorito... De su vida y milagros (que milagrosa parecía su existencia) refirió Segismundo varios ejemplos y casos, conforme á lo que le preguntaban sus amigos... Seguía componiendo sermones para el cura don Trinidad, pagador escrupuloso á diez reales pieza. De añadidura, le había salido trabajo de otra clase, aunque no tan productivo. Escribía discursos terroríficos para el tribuno de la plebe apodado *Cheparunda*. Era el tal un jorobeta que poseía las dotes mímicas y fonéticas del orador. Faltábanle las ideas y el arte retórico. Pues esto se lo suplía Segismundo redactándole las peroratas. *Chepa* se las aprendía de memoria y arrebatava al auditorio de la calle de la Yedra. En todos los discursos se enaltecían rabiosamente los derechos del pueblo, pisoteados y escupidos por Prim y sus acólitos. El estipendio de estos trabajos era mezquino y en especie, con el agravante de la impuntualidad. Era toque indispensable en la conclusión de las arengas pedir la cabeza de don Amadeo, y para

el caso de que ello fuese materialmente imposible, pegar fuego á Madrid, convirtiendo á nuestra villa en *antorcha funeraria*.

Uno y otro amigo desaprobaron la industria oratoria con fines criminales. Arguyó Segismundo que los demagogos para quienes él componía tales soflamas, eran absolutamente inofensivos. "*Cheparunda* es un ángel afligido de una gran corcova, y sus oyentes, revolucionarios de boquilla... El mal y el peligro vienen de otro lado... Los que ahora callan son los que darán que hablar, según yo entiendo.."

Siguió soltando retazos de su historia picaresca: "Ya no vivo en la barbería de Cantera, ni como en la taberna de Balbona. El dejar á Rómualdo no ha sido por desavenencia con este gran patriota, sino porque la *Señángela* me ha dado mejor acomodo en casa de una hermana suya, calle de la Lechuga, *primer piso bajando del Cielo*. Es comercianta en pitos, pelotas, triquitraques y otras cosucas, que varían según las estaciones. Tiene su puesto en la calle de Toledo. . Algunos días como con ella, y otros en la taberna de Casimiro, calle de Botoneras... establecimiento sosegado y limpio, á donde va gente muy callada... Y algunas noches voy á cenar á la tienda de vinos de *Tachuela*, con quien conservo las mejores amistades. Por cierto que si él me dió de comer de gorra por largo tiempo, yo le he pagado con creces. ¿Cómo, con qué moneda? Pues con el oro de un sano consejo que le dí y él tomó

y ha seguido, quedándome muy agradecido. "Joaquín—le dije,—no andes con Paúl, que la compañía de ese hombre te perderá.", ¿Por qué dí este consejo á Balbona? Todo no puedo decíroslo de una vez... Ni estaría, hoy por hoy, bien seguro de lo que dijera... En fin, amigos míos, si no puedo sostener que estoy otra vez en Atenas, sí afirmo que me voy acercando á ella. Un... no sé cómo decíroslo... un vago magnetismo histórico me atrae hacia el centro... No ví yo bien claro, querido Vicente, cuando te dije que la Historia elegiría para su teatro épico la vertiente del Sur donde yo habitaba.

HALCONERO.—¿Y en qué vertiente ó colina de las setecientas de Madrid pondrá su tinglado la Historia? ¿Puedes decirlo?

SEGISMUNDO.—No. Yo veo que *Palatino* y *Capitolio* se disputan el ser teatro de lo que ha de venir. *Aventino* está descartado.

BRAVO.—No nos hables en romano, ni vaticines tragedias.

HALCONERO.—Malos augurios no me traigas. De las heridas que recibí en los Mostenses he quedado muy débil. Mi cerebro y mi corazón rechazan las emociones fuertes, y mis ojos se cierran asustados ante todo espectáculo desagradable.

SEGISMUNDO.—Pues oye el consejo de un amigo que entrañablemente te quiere. Cástate pronto, que aun estando débil, el amor mismo te dará bríos para la iniciación matrimonial. Si tu familia y la de tu novia han señalado para la boda un día muy le-

¡ano, adelántalo tú: cástate, y sal pitando de aquí con tu mujer. Diviértete con ella en un país remoto, y no vuelvas hasta después que haya entrado don Amadeo, pues aunque muchos creen que entrará aquí como en su casa, á mí me da el corazón que antes ó después de la entrada tendremos una bella catástrofe.

HALCONERO. — Me casaré; mi mujer y yo nos iremos, en luna de miel, á donde mi madre disponga. Temo estar aquí; me da miedo la Historia, que si trajese alguna desdicha, sacudiría terriblemente mis nervios. Hay momentos en que me causa terror el pensar en las felicidades de mi boda.

BRAVO. — ¡Ah, Vicente, si yo tuviera tu independencia, valiente cuidado me daría la Historia!... Yo me casaré con mi mala suerte, y huiré á la isla de Cuba si no me limpian el comedero á los dos días de llenármelo.

SEGISMUNDO. — Todo podría ser, querido Bravo. No te embarques, y espera..

Algo más y aun algos hablaron. La partida se disolvió sobre las tres, pues Halconero salía en coche todas las tardes para visitar á su novia. La inclemencia de la temperatura no le permitía echarse á las calles á pie. Invitado el pícaro á entrar en el coche para llevarle á donde quisiese, pidió á su amigo que le dejase en la Plaza Mayor.

Placenteras eran las horas de Halconero en la dulce compañía de Pilarita y de los padres y tíos de ella. A media tarde iba

Lucila en coche; las señoras mayores tomaban chocolate, conforme al estilo y costumbre de los pueblos del Norte. Era la casa holgadísima. Tenía su ingreso por la Plaza del Rey, y en largo espacio se extendían las habitaciones hasta Levante, con vistas al Parque del Ministerio de la Guerra. Las señoras gustaban de charlar á solas, separadas de *los chicos*, tratando algún asunto de sus inocentes ambiciones maternas. Demetria y Lucila sondeaban con mirada optimista el porvenir, que para ellas no era obscuro ni problemático, sino bien esclarecido de luminosas venturas.

“DEMETRIA.—Me ha dicho Fernando que en cuanto venga el Rey habrá nuevas elecciones. Las Constituyentes están ya deshechas. El distrito de La Guardia es nuestro; Vicente será diputado.

GRACIA.—Un chico como éste, lector de cuanto se ha escrito, merece que se le lleve á la vida pública.

LUCILA.—Amigas del alma, Vicente lo agradecerá, y yo... ¡qué he de decirles! Soy tan madraza, que todos los honores me parecen pocos para mi amado hijo.

DEMETRIA.—Vicente tendrá pronto dos madres... estoy por decir tres, pues á mi hermana no le faltan motivos para quererle tanto como yo le quiero.

GRACIA.—Nuestro hijo será el gran hombre del porvenir.

DEMETRIA.—Vienen tiempos de regeneración, en que los intereses públicos estarán

en manos de la juventud ilustrada, independiente, que sepa mantenerse bien derecha entre las exageraciones.

LUCILA.—Así sea.,

En tanto, Santiago Ibero se corría de Poniente á Levante para remozarse con la alegría de los novios, instalados con Juanita en un risueño y luminoso aposento junto al comedor.

“JUANITA.—Oye, Vicente; oye, Pilar: si vosotros, desde vuestra casita frente al Retiro, oiréis el rugido del león, nosotros aquí oímos á otro león más fiero que el vuestro... En esas habitaciones de Buenavista que tenemos tan cerca, vive Prim.

IBERO.—Fijaos en el ángulo del edificio: dos ventanas que miran á la calle de Alcalá, otras dos que miran acá. Pues ahí duerme el General. En esa cueva, magnífica estancia tapizada de seda amarilla, se recoge de noche el león, como dice muy bien Juanita... Allí madura sus pensamientos y planes; allí afila el hierro de su voluntad; allí se reviste de la coraza de su paciencia... Pidamos á Dios que dé á nuestro león hispánico larga vida. Si le perdemos, ¿dónde encontraríamos otro?.,

XXVII

A medias tan sólo se ufanaba el león hispano del reciente triunfo, porque si su energía, su ingenio y perseverancia habían al fin salvado el inmenso atasco de encontrar un Rey y traerle acá, no estaban con esto desarmadas las imponentes dificultades que por humana ley circundaban á un suceso tan fuera de lo común; que siempre fué más fácil despachar á un soberano y sacudirse toda una dinastía, que traer á un viejo reino familia y monarca de naciones y climas extraños. Bien lo comprendía el General, sin que le arredrase la magnitud de su empresa, así en lo ya hecho, como en lo que restaba por hacer.

Si no temía complicación internacional, porque el aplomo europeo había de alterarse muy á su gusto, de Pirineos adentro veía dos fuerzas enemigas, á cual más poderosa: de un lado el Federalismo, de otro la Aristocracia. Si distinto era el terreno en que estos fieros dragones acampaban, diferentes en mayor grado eran sus armas, su táctica y sus banderas. Con menos ruido que los republicanos, con envenenadas ironías y menosprecios de damas linajudas, el bando borbónico había de dar más guerra que las muchedumbres mal vestidas, vociferantes en el extremo contrario del campo social.

Pero con sólo pensar en éllo, á don Juan le salían del corazón y de toda el alma estímulos de resistencia contra tales enemigos, y se le ocurrían ardidés para inutilizarlos; que su genio asistido de su paciencia era inagotable en recursos defensivos... Al propio tiempo pensaba en el viaje del Rey, ya próximo; en su llegada á Cartagena, y en los preparativos y precauciones para recibirle dignamente. Y aún faltaba que las Cortes despacharan asuntos pertinentes al cambio de política, y que votaran la Lista Civil; faltaba dictar infinidad de disposiciones que eran el puente por donde la Nación había de pasar de la Interinidad á un estado efectivo. En la cabecera de aquel puente estaba Prim, presidiendo el paso de la muchedumbre social, y fijándose bien en los que iban derechos ó torcidos.

La actitud del General era en aquellos días serena, revelando alguna fatiga, actitud y expresión de insomnio, de mala salud y de confianza en la propia voluntad. No participaba de la zozobra de sus íntimos, que presentían atentados criminales contra él. Dos conjuraciones fueron descubiertas; pero no parecían cosa formal. Prim las tuvo por conjuras de opereta. No consentía que se le supusiera medroso, ni gustaba de ver su camino guardado por policías. A pesar de esto, algunos de sus amigos iban al Congreso armados de revólver, y no se apartaban del General cuando al pasillo curvo salía con algún otro Ministro á fumar un cigarro.

La labor testamental de las Cortes era premiosa y áspera, últimos andares de un mecanismo ya oxidado. En la cabecera del banco azul, Prim apuraba su energía cachazuda; creyérase que se agotaba su numen fecundísimo para el sorteo de las dificultades. Vieron los amigos acentuado el verdor de su cara y empañado el claro timbre de su voz. Alguien dijo que la cara del General se revestía de una extraña expresión mística. Era que lo restante de la obra no había de consumarlo el valor, sino la paciencia.

El Combate de Paúl, abrumado de denuncias y multas, perseguido en los Tribunales por el Fiscal y en la calle por los corchetes, determinó suicidarse, y despidióse del público en una hoja furibunda, en la cual los *defensores de los derechos del hombre* declaraban que debían cambiar la pluma por el fusil. Cargando, pues, el fusil hasta la boca, y atacándolo con furia, los hombres de *El Combate* decían: "Una mayoría facciosa, prostituída y encenagada hasta la hediondez... *maniató traidoramente la soberanía* á la espuela del dictador don Juan Prim.,,

Y más adelante: "*La Patria está en peligro*. Basta ya de dudas y vacilaciones... ¿Hay algún español que dude y vacile ante el *golpe de Estado* de un *pequeño dictador*? Pues ese español es un cobarde, un ciudadano indigno, un hombre degenerado, un miserable... Ignominia y baldón para el ciudadano español que al saber que el Rey

extranjero ha manchado con su planta el suelo español, no se apresure á lavarlo con su sangre...»

En otro lugar hablaba de la Revolución, declarándola enteca, y añadía: “Mas por uno de esos milagros de la ciencia de curar, el hierro, el acero y el plomo la robustecerán muy pronto, tan *robustamente*, que no la conocerá la madre que la parió. Al tiempo, y un poquito de calma, no más que un poquito; que el verdadero *fiat lux* no se hará esperar muchos días..”

Nadie hacía caso de estas groseras bravatas. Pero no faltaban otros signos y barruntos de la vesania pública que á los amigos del General inquietaba. En la mañana del 26 fué Vicente Halconero á casa de su novia, no ciertamente á tortolear con Pilarita, que para esto sobraba tiempo en las tardes y noches de amoroso palique. Acompañábase Enrique Bravo, y ambos, validos de la confianza del primero en la casa, se colaron en el cuarto del Coronel, que estaba vistiéndose para ir al Ministerio de la Guerra.

“Pues llegamos á tiempo—dijo Vicente, mostrándole un papel con lista de nombres;—y usted, mi querido don Santiago, prestará un gran servicio á su amigo el General Prim, diciéndole que mande prender á los diez individuos comprendidos en esta nota..”

Tomó Ibero el papel; leyó los nombres, que en unos eran apellidos, en otros apodos, en los menos designación completa de la persona, con el oficio y las señas de resi-

dencia. Quedó Ibero suspenso, y á su estupor siguió un mohín de incredulidad. “Entiendo—les dijo,—que no es éste el primer soplo que á Buenavista llega. Don Juan no hace caso. Confía en su buena estrella, y en lo que hemos dado en llamar *hidalguía del pueblo español*. Por lo que he podido observar, más teme por don Amadeo que por sí mismo... Pero, en fin, debemos dar curso á estos avisos por lo que pudiera tronar. Decidme ahora por qué conducto ha llegado á vuestras manos este papel... Noto que la escritura es tuya, Vicente.

—Escribí los nombres al dictado—replicó Halconero.—El apuntador ha sido un amigo nuestro llamado Segismundo García. Si mi escritura me compromete, acepto la responsabilidad de la delación... Por el honor nacional doy la cara en este asunto... Yo acuso de tentativa de asesinato á los que están en esa lista.

—El delator —dijo Bravo—es un amigo á quien queremos mucho, perdonándole sus extravagancias, su vivir de *bohémio* en contacto con la ínfima plebe. Es hombre de talento extraordinario, nutrido por copiosas lecturas; pero en él distinguimos el hervor paradógico, la brillantez retórica y el flujo de originalidad, del sentido moral y de la rectitud del corazón.,,

Hechas estas manifestaciones, los amigos saludaron á las damas y señoritas, y con Ibero volvieron á la calle. Este subió á Buenavista por la rampa de la calle del

Barquillo, y los amigos se reunieron con Segismundo, que les esperaba en la Plaza del Rey. Vestía el *bohémio* la ropa de Vicente, ya mal traída y afeada por manchas y algún siete. “He cumplido un deber de conciencia—les dijo, andando los tres hacia la calle de Alcalá.—No sé si entramos en el período épico, ó salimos de una epopeya fallida, de un mal ensayo con chambones y héroes de la legua. Os confieso que estoy desorientado, y no sé si esto acabará en novela por entregas, ó en diálogos filosóficos en el estilo del nuevo Platón, *alias* Roque Barcia.

—Has hecho muy bien—dijo Vicente—en traernos esa lista, que hacemos nuestra. Si algo temes, escóndete. Vente á mi casa. Los diez de la lista dormirán esta noche en la cárcel.

—De veras os digo que el elemento trágico traído á la historia de España por esos *Brutos* de tan baja calidad, no entra en mis sentires de poeta histórico. De otro modo han de ser las tragedias. Danton y Robespierre me aterran, pero no me repugnan. Son la tempestad que purifica, no la alcantarilla que retrotrae sus aguas inmundas para verterlas sobre la sociedad. He delatado por vergüenza revolucionaria. Y ahora, mis queridos amigos, no me tildéis de pusilánime si os digo que abandono mi albergue de La Lechuga y mi pesebre de Botoneiras para volverme á mi *Corinto de abajo*, al amparo del buen Cantera y de mi morcón.

tutelar la *Señángela*... Me hago la cuenta de que salvar una vida da derecho al sueño tranquilo. El ansia de paz y del dormir largo y sin visiones lúgubres me ha llevado de nuevo á la vertiente Sur... Dejadme correr hacia allá, que hoy he mandado con un mozo de cuerda mis pobres bártulos, un cofre con más libros que ropa, y quiero ver si han llegado felizmente las únicas riquezas que poseo... Adiós. Si esta noche ó mañana tuviera que comunicaros algo nuevo, iré á tu casa, Vicente... y no dejéis hoy de la mano el asunto de la lista, que en estas cosas un minuto de pereza puede traer largos días de lágrimas. Abur.,,

Partió el pícaro por la calle del Turco, acompañado de Bravo, y Vicente volvió á la casa de su novia, donde había de pasar todo el día. El tiempo no era propicio para callejear. ¡Felices los que libres de cuidados tenían lumbré á qué arrimarse, y corazones amantes que dieran al alma confortante abrigo! A pesar de que la vida del afortunado mortal, hijo de Lucila, se hallaba fuertemente defendida contra la social intemperie, no gozaba el hombre la plenitud de la felicidad. Su salud no era completa; su anemia no estaba vencida; su ánimo, rebelándose á ratos contra las visiones alegres, quería llevarle á una región de sombríos presagios. Ya la boda se había fijado definitivamente para el día de Reyes, y en ambas familias nadie temía la emergencia de nuevos obstáculos.

A la hora del almuerzo, le dijo Ibero que don Juan Prim había leído la nota con indiferencia. Sonrisa de incredulidad acompañó á las palabras con que hubo de ordenar al Subsecretario que pasase la lista al Gobernador. Otra relación semejante, con alguna diferencia en los nombres, había recibido por conducto de Ricardo Muñiz. En el vago interés del General hacia las delaciones, vió Halconero como un desprecio del amaneramiento histórico. Amaneramiento era la repetición pedestre de las amenazas de muerte contra los hombres colocados en la cumbre social. Por lo mismo que estos avisos acusaban una monotonía tediosa en el arte de la Historia, el grande hombre no debía darles la menor importancia. En el curso de los sucesos faltaría toda majestad, si lo que había pasado en diversas ocasiones hubiese de ocurrir siempre. Conviene desconfiar de todo lo que se anuncia y de todo lo que se espera. En aquel caso, lo artístico era pedir al Destino venturas no previstas ni anunciadas por el vulgo...

Nada digno de mención pasó en el resto del día en la feliz morada de los Iberos y Calpenas. El 27 por la mañana fué Ricardo Muñiz á Buenavista, y almorzando con Prim se quejó doloridamente de que el Gobernador no hubiese preso más que á uno de los diez de la lista. El General, con escasa atención en el asunto, le dijo que viese á Rojo Arias y al coronel de la Guardia Civil, encareciéndoles mayor diligencia, y con

su amigo y sus ayudantes se fué al Congreso.

Apurada fué la labor parlamentaria en aquel día. El anterior, 26, partió de Génova la fragata *Numancia* conduciendo á don Amadeo, y la dotación del soberano popular no había sido aún aprobada por las Cortes. Un orador del grupo de Cánovas, el señor Bugallal, abogado de retóricas difusas y de acentos fiscales que difícilmente llevaban consigo la persuasión, combatió la Lista Civil en un discurso agrio... habló mucho de lo divino, poco ó nada de lo humano que se debatía. Le contestó Prim, sacando del alma las heces de su paciencia. Se veía que el hombre anhelaba llegar al fin de una lucha que aun para titanes habría sido fatigosa. Su oratoria fué aquel día seca y dura... Habló después Navarro y Rodrigo, con despejo y firme dialéctica.

En el curso de la discusión, dilatada y sin relieve, no pocos amigos se acercaron al banco azul á saludar al Presidente del Consejo. En el propio sitio sostuvo con éste una larga conversación Ricardo Muñiz. Díjole que aquel día, 27 de Diciembre, banquetearían los masones en memoria de San Juan Evangelista. ¿Qué tenía que ver el santo Apóstol con los *caballeros de la Acacia*? Nada. La Masonería se congregaba en fiesta solemne dos veces al año: Solsticio de verano y Solsticio de invierno, San Juan Bautista y San Juan Evangelista. El *agape* de aquel invierno se celebraba en el Hotel de las Cuatro Naciones, calle del Arenal.

Prim había ingresado recientemente en el *Gran Oriente Nacional de España*. Diéronle el cargo de *Portaestandarte del Supremo Consejo de la Orden*. Su grado era el 18, con título de *Caballero Rosa Cruz*. Al darle cuenta de la solemnidad masónica de aquel día, Muñiz le encareció la necesidad de honrarla con su presencia. Prim se mostró indolente, poco propicio á conceder á tales comedias el poco tiempo de que disponía. "Fíjese, Ricardo, en que necesito algún reposo. Llevo una vida que no es para llegar á viejo. Mañana sin falta saldré para Cartagena á recibir al Rey, que ayer partió de Génova. En el Ministerio tengo mil asuntos que debo despachar entre esta noche y mañana. Vaya usted al banquete; discúlpeme con estas razones, y con otras que á usted se le ocurrirán....", Insistió Muñiz en que fuese, aunque su visita no durara más que algunos minutos. La asistencia del grande hombre sería muy grata, *etc...* En esto que daron, y poco después se levantó la sesión. La Lista Civil fué aprobada por 115 votos contra 8. Para todos fué como el despertar de un mal sueño, y en Prim se pudo advertir la sensación de un descanso inefable.

Requerían los diputados sus gabanes ó capas para echarse á la calle, que la noche se presentaba en extremo glacial, noche de infinita soledad y tristeza. Por las calles desiertas discurrían á escape las contadas personas á quienes alguna obligación ineludible lanzaba de sus hogares. Los coches ro-

daban sin ruido sobre un suelo acolchado de fango y nieve. En el arroyo, las ruedas dejaban paralelas serpenteantes; en las aceras, las huellas impresas á compás de andadura parecían marcar el paso de seres invisibles. La atmósfera era una opacidad quieta y lechosa que rodeaba de nimbos las luces próximas y desvanecía las lejanas en dudosas penumbras. Ruidos de la calle: un ligero roce de algodones que al ser comprimidos crujían como el serrín...

Interior del Congreso: el Conde de Reus hablaba en el pasillo curvo con Rojo Arias, Gobernador de Madrid. ¿Le recomendaba que pusiera pronto en recaudo á los hombres de la trágica lista? Es probable que así fuese, y también que el flamante Gobernador, guardándola en su bolsillo, dijera que se ocuparía del asunto... todo ello sin precipitación, y estudiando los antecedentes de cada individuo, para que no se le acusara de arbitrariedad... Poco después de esto se vió al General en el pasillo recto, frente á la puerta del salón de Conferencias. Allí encontró á varios federales, con quienes sostuvo un afable diálogo: "Lo que debiera usted hacer—dijo á García López,—es venirse conmigo á Cartagena á recibir al Rey."

Contestaron los enemigos festivamente, y uno de ellos le aconsejó con sincero interés que no confiara demasiado en su buena estrella y se precaviese contra riesgos probables. Otro habló de prontas algaradas, y Prim dijo: "Que haya juicio. Llegado el caso, ten-

dré la mano dura,... Algunas palabras cambió con Morayta, excusándose nuevamente de asistir al banquete masónico... Aparecieron luego Sagasta y Herreros de Tejada, que habían convenido en acompañar á don Juan al Ministerio. Se encaminaron á la salida por la calle de Floridablanca. En la portería, los ordenanzas y un guardia de Orden Público charlaban tranquilamente, apiñados alrededor de un brasero.

En la calle, el intenso frío no ahuyentó á los desocupados que se recrean viendo el entrar y salir de personajes. Sagasta y Herreros de Tejada subieron á la berlina de Prim; siguióles éste, dejándoles los sitios de preferencia. Pero de pronto Sagasta y su acompañante se acordaron de que una ocupación urgente les obligaba á tomar otro rumbo. Salieron; los ayudantes del General, que ya se iban á pie, retrocedieron y entraron en el coche, que al instante partió... Al doblar la esquina de la calle del Sordo, un resplandor súbito iluminó la blancura opalina de la niebla. Uno de los ayudantes miró al través del vidrio. No era nada... Un fumador que encendía su cigarro.

XXVIII

A los pocos segundos, al torcer el coche para entrar en la calle del Turco, surgió otro fumador que daba fuego á su cigarro. Pensó el ayudante que ya eran dos las personas que en tal sitio y en noche tan fría se paraban á encender fósforos. El General iba meditabundo. Pensaba en lo que le habían dicho los federales, interesándose por su vida, que él mismo afectaba despreciar. No debió de ahondar mucho en sus reflexiones, porque ya próximo al extremo de la calle del Turco se detuvo el coche. Había un obstáculo... otro coche, parado y sin cochero. Oyóse la voz del de Prim que clamaba contra el estorbo. En el momento mismo, el ayudante gritó: "Mi General, agáchese, que nos hacen fuego..". Al través del vidrio empañado vió, ó antes sintió que vió, el súbito peligro. A un golpe de fuera saltó en pedazos el cristal del lado derecho, y por el hueco entró, con un hierro en forma de trompeta, un estruendo aterrador. El General quedó herido en la mano derecha con que empuñaba el bastón.

Antes que pudieran protestar de la barbarie, estalló el vidrio por el otro lado. Una voz tabernaria, infernal, gritó: "¡Fuego! ¡Prepárate; vas á morir!". Dos, tres, cinco disparos descargaron dentro del coche sin fin

de postas y hierros de metralla... El coche-ro fustigó furioso á los caballos, para zafarse de la horrible visión de los hombres que dispararon sus trabucos. Vió cinco, seis, repartidos en los dos costados. Vestían largas blusas. Palabras soeces, horrorosas blasfemias, eran la repercusión de los disparos... En segundos pasó todo: la descarga, el piafar de los caballos, el arrancar de éstos con arrogante fiereza invadiendo la acera, el encontronazo con el coche parado, la rauda salida á la calle de Alcalá tomando la dirección de la rampa de Buenavista...

El carruaje fusilado llevaba en su interior sangre, silencio y el estupor trágico, que aún no daba paso al claro conocimiento del hecho. Subiendo la rampa empezaron las voces á manifestar las impresiones... “¿Herido?... No será nada. ¡Canallas!”, Prim echó las llaves á su palabra. Manteníase derecho, mirando á los oficiales y soldados de la guardia que, al ruido de los trabucazos, salieron á ver qué ocurría. Alguien dijo: “Nada... unos miserables... tentativa de agresión...”, El coche entró en el portal. Un oficial abrió la portezuela. Salió Prim con bastante agilidad y rostro ceñudo, sin hablar con nadie; se dirigió á la escalera privada y subió agarrándose al pasamanos, que dejó manchado de sangre. Contestaba con frase cortante á los que bajaron á su encuentro.

Al pronto se creyó que el General no tenía más herida que la de la mano derecha, bien manifiesta por la sangre que de ella

corría. Al llegar arriba, la Condesa de Reus salió consternada. Su esposo le dijo: "No me toques... Estoy herido...", Fijáronse todos en el hombro izquierdo... Por la inmovilidad, por las señales de intenso dolor, por la sangre que empezó á calar la ropa, comprendieron que había en aquella parte gran destrozo... Pasaron silenciosamente á la alcoba del General. Este se sentó en una silla. El primer impulso fué acudir con pañuelos, con agua templada, con frases cariñosas... Siguió á esto la natural confusión, la febril impaciencia. "Losada, Losada...", y en otra parte: "Ledesma, Ledesma...",

Lentamente recobró sus fueros el método normal... Y á cada instante llegaban amigos, según se iban enterando del grave suceso. Uno de los primeros fué Muñiz, que había ido á la fonda de la calle del Arenal, donde se celebraba en santa paz el convite masónico. Presidía el *agape* don Clemente Fernández Elías, y el ritual de la Orden escrupulosamente se observaba en todos los pormenores del festín, así en la disposición de las mesas, como en el detalle de colocarse los comensales las servilletas en el hombro izquierdo. Primero Muñiz, luego Morayta, dieron cuenta de la bien motivada abstinencia del General, lo que desconsoló á todos; y aunque ambos dejaron entrever la posibilidad de que el *Caballero Rosa Cruz* asistiese por breves minutos, nadie esperaba verle aquella noche. Ya habían empezado las *salvas*, cuando entró un militar masón,

y habló al oído del *Venerable* Presidente. Este palideció. Diríase que su estupor le privaba del uso de la palabra... Una onda de ansiedad suspicaz corrió de mesa en mesa. El señor Elías escribió algo en un papel, y alargó éste á los comensales más próximos. Cuantos leían, quedaban suspensos y aterrados, y la general incertidumbre aumentaba. Por fin, el *Venerable*, sacando fuerzas de flaqueza, se puso en pie, y con voz de intenso duelo pronunció estas palabras: "Hermanos... imposible callar. No puedo ni debo ocultaros la verdad terrible. El Hermano Prim ha sido asesinado."

Levantáronse todos de golpe, como á impulso de una sacudida telúrica, y confundidos el lamento y la protesta, los elementales sentimientos humanos ahogaron el sentido masónico que á tanta gente congregaba. Se acabaron las *salvas*; la *pólvora* quedó en los *cañones* ó vasos ociosos. Todos mostraban honda pena, y los militares, que no eran pocos, añadían á la pena, la ira y el deseo de venganza. La dispersión fué instantánea. Los más acudieron á Buenavista.

A las diez, en el salón grande del Ministerio y en el despacho, recientemente decorados por el General Prim con exquisito gusto suntuario, apenas cabía la muchedumbre que acudió á condolerse del salvaje crimen y á maldecir á sus autores. Los amigos íntimos, como Damato, Muñiz, Moreno Benítez, y los funcionarios de la casa, Azcárraga, Sánchez Bregua y otros, pasaban á las es-

tancias interiores y volvían con noticias que interpretaban en el sentido más favorable. "Losada y Vicente han hecho la primera cura. Las heridas del hombro izquierdo son las de más importancia; pero, según parece, no comprometen la vida del General..." El ayudante Nandín, que se aguantó largo tiempo con la mano herida envuelta en un pañuelo, fué conducido á la Casa de Socorro... No cesaba el ardiente comentario del suceso. Moreno Benítez y Ricardo Muñiz declaraban que al entrar don Juan en su residencia, dijo á su esposa y á los amigos: "Oí su voz bien clara..."

Prim fué acostado después de la cura. La Condesa de Reus y contadas personas de la intimidad política del héroe, no se apartaban del lecho. Aunque los médicos habían recomendado el reposo y el silencio, era forzoso tratar sin demora de una cuestión de suma gravedad. Imposibilitado el Presidente del Consejo para recibir al Rey, que habría de llegar á Cartagena el 29, ¿quién desempeñaría misión tan alta? Serrano, sentado á la cabecera del lecho, propuso la cuestión á Prim, á Topete y á dos amigos presentes. Nadie osaba pronunciar una palabra en tal asunto. Rogó Prim al Regente que decidiera, como primera autoridad del Reino en los confines de la Interinidad á punto de extinguirse. El Duque de la Torre, que en todo el tiempo de la visita no acertó á disimular su tristeza y consternación, dijo á Topete con una mirada y un apretón de ma-

nos cuanto podía decirse en trance tan crítico, impropio para discusiones de palabra.

¿Con qué cara iría Topete á recibir á un Rey á quien había negado su voto? Esta cuestión peliaguda, insoluble para espíritus de bajas miras, la resolvió el hombre generoso y bueno, el heróico soldado de mar, con un gallardo arranque de su corazón, desoyendo cuantas sutilezas pudiera sugerirle el pensamiento. Los tres caudillos de la Revolución de Septiembre, separados por distintos criterios en las postrimerías de la Interinidad, se unían de nuevo lealmente, como en los comienzos de ella. Accedió Topete á partir para Cartagena, y lo hizo casi sin articular palabra; asintió, más que con la voz, con el gesto y un palmetazo en el hombro de Serrano, mirando al General herido, á quien no podía estrechar ninguna de las dos manos. “Don Juan—dijo al fin, empañada la voz,—esté tranquilo. Yo traeré al Rey... No tema nada. De que le traeré bueno y sano, respondo con mi cabeza. Restablézcase pronto... y que al volver de este viaje le encontremos á usted tan animado como le ví en el puente de la *Zaragoza*.”

Y Prim, inmóvil, pues sus vendajes le tenían como una momia, le contestó: “Amigo del alma... yo no dudaba que usted me sacaría de este mal paso... Dios se lo pague...”, Con Serrano habló luego un instante, mostrándose uno y otro más tranquilos. “Creo que saldré de ésta,” dijo Prim... Y Serrano: “Para mí es indudable. Quietud,

amigo. No pensar más que en remendar la pelleja, y adelante con ella. Yo pienso que nosotros tenemos siete vidas„... Y Prim: “Yo he contado siempre con setenta. Adiós. Descansar..”

Topete, al salir de la alcoba, se pasaba la mano por los ojos. Era hombre de corazón tan grande, que por no temer nada, no temía que le vieran llorando. Grave y silencioso salió Serrano, queriendo engañar con vaticinios consoladores su pesimismo... Para sí, muy para sí, pensaba que la nave de la Revolución de Septiembre había encallado.

XXIX

Antes de media noche contaba Muñiz en un corro de amigos, entre los cuales se encontraba Santiago Ibero, que él, por sí y ante sí, después de presenciar la cura del herido, había visitado al primer operador de España, don Melchor Sánchez Toca. Y oídas las impresiones del amigo, opinó el maestro que urgía la inmediata decolación del brazo izquierdo. De esto trataron los íntimos; pero ninguno se atrevió á proponer el caso á la familia, pues á la Condesa de Reus se había dicho que las heridas no eran de muerte, y la Facultad no consideraba precisa la intervención quirúrgica. . Muñiz y Moreno Benítez resolvieron quedarse hasta el

día; otros se retiraron á distintas horas de la noche.

A su casa llegó Ibero entre doce y una. Toda la familia velaba, anhelando noticias auténticas y dignas de crédito, pues en el curso de la noche habían llegado referencias distintas, las unas tranquilizadoras, las otras alarmantes. El Coronel adoptó un justo medio para informar á los suyos. Juanita no cesaba de atisbar desde la ventana de Levante, y cuando vió que de los balcones de la alcoba del General desaparecía la luz, por haber cerrado las maderas, dió por seguro que el león dormía tranquilamente.

Halconero, presente en la mansión de Calpena desde media tarde, no quiso retirarse á la suya sin noticias fidedignas. Hallábase afectadísimo, profundamente lastimado en su corazón, y se condolía de que el Gobernador y el Coronel Valencia tomaran á broma el aviso que se les dió con los nombres de los asesinos. Tal abandono era un nuevo crimen, ó un reverso del acto criminal, y merecía castigo severo... El tiroteo de la calle del Turco se oyó en la casa cuando se disponían á sentarse á la mesa. El primer tiro retumbó en el cerebro de Vicente, dejándole aterrado y sin habla. Oyó los cinco restantes con el mismo estupor. Pilarita y los demás de la familia se estremecieron del susto. Todos se manifestaron con una interrogación angustiosa, y Vicente recobró así la palabra: "Han matado á Prim.,"

Dudas, ansiedad... Ibero corrió á Buena-

vista. Pronto se supo por diferentes conductos la verdad... Esta siguió entrando en la casa con versiones que variaban desde la extrema levedad á los augurios más desconsoladores. Halconero se resistió á comer, por el estado de su ánimo. Decía que el primer tiro fué para él siniestra repetición del trabucazo que le dejó tendido entre los cajones de la Plaza de los Mostenses... el mismo son simultáneo de campanas, con honda quejumbre que rompía el tímpano y el cráneo... Por un segundo fué víctima de la terrible sensación, y habría caído al suelo si los tiros siguientes no le trajeran á la realidad... Pilarita intentaba distraer á su prometido, y llevarle á la serena apreciación de las cosas; mas todo era inútil, y acabó ella por trastornarse también y ponerse un poquito trágica.

Ya era más de la una cuando el joven se decidió á volver á su casa. Fué con él don Fernando, por no dejarle solo con la turbación que padecía, y el coche hubo de tardar lo indecible por el cuidado y entorpecimientos de la nieve en las calles. Ardiendo en impaciencia esperaba la madre; retiróse Calpena deseándoles descanso y buen dormir, y Lucila trató de que su amado hijo se recobrase de la tremenda emoción. Reduciéndole á meterse en la cama, la celtíbera combatió como pudo el prurito de hablar sin término, de referir el suceso, y condenar con atropellada indignación el descuido de las autoridades y el escandaloso alejamiento de

la policía. Y cuando parecía dar fin á su relación y comentarios, empezaba de nuevo. Hasta el alba estuvo á su lado la madre, y no se retiró á su aposento sino cuando el adorado hijo, rendido al desgaste físico, cayó en profundo sopor.

Por la mañana, Bravito, llamado por Lucila, acudió sin tardanza. Vicente había dormido unas cuatro horas, con sueño intercadente. Despierto, le atacó de nuevo la verbosidad, ya con persistencia en una sola idea, que era la de hacer públicos los nombres de los asesinos y de pedir para ellos perentoria justicia. Como su madre y Enrique le dijesen que mirase bien lo que hacía, pues su boda estaba señalada para Reyes, y no le convenía distraerse de aquella obligación sagrada, contestó muy serio: "Madre y amigo, el casarme es asunto de dos personas, Pilar y yo; y el reclamar y obtener justicia, no sólo á dos familias afecta, sino á toda la Nación, y á la Humanidad entera.

Por precaución, y esperando que el aislamiento le calmase de aquella inquietud, Lucila le mantuvo encerrado en casa todo el día 28. Creyó Enrique ponerse á tono con la madre aguando el vino de la tragedia, y aseguró que las noticias del día eran plenamente satisfactorias. *La Iberia*, en un artículo truculento contra los matadores de la Libertad, decía que las *heridas recibidas por el General no eran de cuidado*.

El 29 mostróse Halconero más tranquilo;

pero Lucila decretó un día más de encierro. Por la tarde presentóse Segismundo en la casa, cuando menos se le esperaba. Los tres amigos hablaron del suceso con calor, y enaltecieron la figura del mártir, á quien un corto número de hombres fascinados y delirantes querían cerrar brutalmente el paso hacia el coronamiento de una empresa política. Si á todos no era grata tal política, merecía respeto por el brío y la perseverancia que Prim había puesto en ella. De aquí pasaron al examen y expurgo de la lista de facinerosos, que intentaron cambiar el rumbo de los destinos de España con feroz dentellada más propia de tigres que de hombres.

Rompió luego Segismundo el freno de su sinceridad, y sin preparación alguna nombró á los bárbaros de la calle del Turco. “No hay ni mediana parida!—dijo Halconero—entre esos nombres y los que traía la lista... Aquí tengo la copia, que para mi uso particular guardé.” Sacó del bolsillo el papel, y examinado por el pícaro, dictó este á su amigo la rectificación, quitando dos nombres y sustituyendo otros dos por nombres nuevos. Total: ocho. Y luego que se hizo la enmienda, añadió estas palabras, dictadas por la radical convicción de lo que decía: “Ahora tienes completo y exacto el personal de la tragedia, cuyo desenlace ignoramos aún. Ahí verás al capataz de los bandidos; ahí los dos fosforeros, el del coche, y los cinco que dispararon sus retacos dentro de la ber-

lina... ¿De dónde salieron preparados para dar muerte á don Juan? Lo sabrás todo. Lugares y personas tienen igual importancia. Entre dos luces partieron de la taberna de Botoneras, llevando su plan bien maduro, contados los pasos que habían de dar. Seguros iban de la indolencia de la policía y de la ceguera de las autoridades. Podían despachar su obra en cómodas tinieblas, en un escenario admirable para trabajar á mansalva, sin ningún peligro. Un solo contratiempo temían: que la víctima no pasase aquella noche por la vía más breve entre su palacio y el de las Cortes. Pero si pasaba, como siempre inerme y descuidado, no había de salvarle ni la Paz y Caridad.

„Salieron uno por uno del escondrijo de Botoneras, tomando distintas direcciones, bien calculados tiempo y distancias para reunirse en el Prado. Llevaban los más blusas largas; dentro de éstas, los retacos... Unos subieron á la calle del Turco por la de la Greda, otros por la de Alcalá. Como habían de esperar á que terminase la sesión de las Cortes, entraron algunos en la taberna del Turco con disimulo de sus inicuas intenciones; su lenguaje fué jovial y totalmente extraño al asunto. Los demás divagaban por las proximidades andando á prisa, no como quien se estaciona, sino como quien pasa de largo... Con hábil estrategia, semejante á la de los ladrones, se juntaban para cambiar el alerta en espera del aviso. Este llegó comunicado por un sencillo telé-

grafo de fósforos encendidos en la obscuridad, y... lo demás pertenece á la historia visible y pública.

„Al General le ha perdido la vanagloria de su valor. Si hubiera dejado entrar en su alma un poco de miedo, ordenando que custodiara la calle una pareja no más de la Guardia Veterana, á estas horas estaría tranquilamente en Cartagena, sin otra inquietud que la de si aparecía ó no en el horizonte la fragata *Numancia*. La bravura temeraria salva en unos casos á los hombres, y en otros los pierde. La hombrada de los Castillejos dió á Prim fama, gloria, tras de las cuales vino el caudillaje de las multitudes, el poder revolucionario, el poder de gobierno... Los hombres se endiosan por el éxito, y en el delirio de su soberbia llegan á desconocer que si en largos días no los vence la legión de enemigos descubiertos, en cinco minutos puede vencerlos y aniquilarlos la cobardía traicionera y enmascarada. En el escenario militar de Africa y en el teatro político de Madrid, triunfa el hombre valiente y sagaz, y en un paso estrecho y obscuro, media docena de bárbaros en acecho acaban con él y con sus ideas altas y generosas.„

Dicho esto, el pícaro y *bohémio* abandonó á sus amigos alegando la necesidad de consagrarse á las ocupaciones que eran el nervio de su existencia. Su pródigo cliente don Trinidad le apremiaba para que se pusiese al telar, pues los pueblos, ante el adveni-

miento de un Rey excomulgado, pedían actos de fe y el consuelo de la santa cátedra. “Me da en la nariz—dijo Segismundo al salir,—que viene á escape una época en que veremos muy floreciente la industria sermonera ó sermonaria, y yo, que de ella vivo, quiero sostener, y si fuere posible, aumentar mi honrada parroquia..”

Quedó Halconero, con la visita y referencias de Segismundo, más caviloso que antes estuvo, y más aferrado á la idea de lanzarse á la palestra de la Verdad como paladín de la Justicia. Guardando cuidadosamente en su bolsillo la corregida nota de los matachines de la calle del Turco, expresó con grandísimo tesón su propósito de acusarlos á cara descubierta, sacrificando á este deber su tranquilidad, su posición, sus amores, su vida misma si fuere menester. Viéndole tan decidido y ardoroso, Lucila pensó que sería peor contrariarle, y así lo dijo secretamente á Bravito cuando en la puerta le despedía. Toda la tarde y parte de la noche persistió Vicente en su temeraria idea, sin que de ella pudiese apearle ni el propio don Angel Cordero con sesudos y amenos divagares sobre la economía y administración aplicadas al arte de pastorear á los pueblos. A media noche se durmió; junto al lecho observaba Lucila con atento amor las intermitencias del sueño del amado hijo. Retiróse al tener certeza de que había caído en un dormir profundo. La estancia quedó alumbrada por una mariposa

puesta en el gabinete próximo, frente á una imagen de la Virgen; la tenue llamita de la candileja proyectaba sobre el cuadro religioso extrañas claridades, que en unos puntos fingían figuras alargadas, y en otros sombras contraídas.

Media hora estuvo Lucila ausente de la habitación. Apareció de nuevo en ella, abriendo con lentitud la puerta para evitar el ruido. Venía mal cubierta de un manto, como persona que abandona su lecho para poner en ejecución una idea súbita, quizás una idea olvidada. Traía la cara trágica; podía ser comparada con *Lady Macbeth* cuando, en su vagar sonámbulo, intentaba lavar su mano de una mancha indeleble. Mas no era ésta la intención, no era éste el estado anímico de la noble señora en aquel instante, como se verá por la narración fiel de lo que hizo en la estancia donde su primogénito dormía.

Pasito á paso se acercó al lecho; sus pies descalzos no levantaban ni el más ligero ruido en la blanda alfombra. Observó á Vicente dormido, y llegándose á donde había dejado su ropa, la reconoció con dedos sutiles hasta encontrar el bolsillo en que guardaba el censo de asesinos. Suavemente lo sacó, poniendo en el mismo sitio otro papel que á prevención llevaba. Con el mismo andar de diosa ó figura evocada por un ensueño, pasó de la alcoba al gabinete, y llegándose á la mesa en que estaba la candileja, miró la lista que llevaba en la mano, y segura de

que no se había equivocado, acercó una de las puntas del papel á la lucecita que ardía sobre un disco de corcho, flotante sobre el aceite. El papel cogió lumbre. Viéndole arder lentamente, la señora de trágico rostro así pensaba: "Para nada sirve este infame papel, como no sea para trastornar á mi querido hijo y apartarle de su felicidad y de sus deberes. Quémate, lista criminal; quemaos, nombres de bandidos. ¡Lástima que con vuestros nombres no ardan también vuestras personas!... Descifren el acertijo los que tienen el deber de hacerlo; descubran los jueces lo que haya que descubrir, y queden los inocentes apartados de esta infamia. Ya se ha visto que no hay aquí policía ni autoridades previsoras. Para saber que tampoco hay justicia, no es necesario que este pobre hijo mío comprometa su nombre honrado y sacrifique sus días dichosos. Asesinos, pasad ignorados á la posteridad, y que ésta pueda maldeciros sin conoceros."

XXX

El papel, invadido por la llama, se ennegrecía y enroscaba como cuerpo vivo sensible á los efectos de la combustión. La celtíbera no lo soltó de sus blancos dedos hasta que éstos sufrieron el ardor de la quemadura. Recogidas las cenizas, las arrojó en un

cubo de agua, donde se deshicieron como saliva escupida en el mar... El papel que introdujo la buena madre en el bolsillo de Vicente, en sustitución del papel sustraído, era una carta que Pilar escribió á su novio aquella noche, expresándole su cariño con la ingenuidad más intensa, suplicándole además que por amor de Dios y de ella se abstuviera de comprometer nombre y persona en enredos de Justicia.

Lo que se ha referido pasaba en la madrugada del 30 de Diciembre, día que amaneció risueño y claro para los que en Buenavista seguían con ansiosa expectación el curso de la dolencia traumática del General Prim. Este había pasado la noche muy tranquilo; y de su sueño despertó con ganas de hablar, que todos interpretaron como ganas de vivir. La noticia de la mejoría salió á correr por Madrid, llevando alegría y esperanzas á todo el vecindario, y lanzada después por el telégrafo á ciudades y pueblos, difundió las albricias por España entera. A pesar de esto, se prohibió severamente la entrada en la alcoba, sin otra excepción que la de los amigos y familia que turnaban en velar al enfermo. Tenía el General su cabeza tan despejada, que de todo quiso informarse, y aun apuntó disposiciones acertadísimas, proyectos que había de realizar en cuanto el Rey llegara.

Ya el día anterior, 29, había presentado síntomas de mejoría por la remisión natural de la fiebre. Pudo resistir la emoción de

la despedida de Topete, que partió aquel día para Cartagena, revestido de la autoridad de Presidente del Consejo. Conoció y alabó la composición que en momentos tan angustiosos se dió al Ministerio. Sagasta había vuelto á Gobernación; Topete se encargó de Estado con la Presidencia, y Ayala entró en Ultramar. Asimismo tuvo Prim suficiente claridad mental para informarse de la interesante sesión del 28, y del hermoso arranque de Topete, que supo expresar su pensamiento y noble actitud con sublime elocuencia; pudo conocer las protestas contra el hecho de la calle del Turco, formuladas por amigos y adversarios, y las disposiciones y acuerdos de las Cortes para mantener el orden material en días de tanta inquietud y amargura.

No todos los que de cerca observaban y asistían al herido se hallaban conformes con las noticias optimistas que á cada instante eran lanzadas al público, ni creían que en caso de tal importancia debía ser engañado el país con piadosas mentiras. El Ministro de Hacienda, Moret, pidió que no se diesen noticias sin el refrendo de la Facultad, y el Gobierno acordó en la mañana del 30 que así se hiciera... En las rampas de Buenavista, por Alcalá y el Barquillo, se estacionaba mañana y tarde el pelotón de gente ociosa y compasiva que infaliblemente, desde que el mundo es mundo, monta la guardia pública á la vera del suceso trágico.

Salía Ibero de Buenavista, y al tomar la

bajada del Barquillo fué detenido por una mujer que del pelotón salió á cortarle el paso. Desagradó al caballero la presencia súbita de Rafaela Milagro (pues no era otra la mujer aparecida), con quien tuvo algo que ver en días anteriores á su casamiento con Gracia. Alguna vez habíala visto en Madrid, pasando de largo, sin hacer caso de las miradas de ella, que pedían saludo y conversación. No pudo don Santiago librarse aquel día del repentino encontronazo, y si éste no le satisfizo, menos le agradó el oírse tuteado familiarmente en cuanto abrió su boca la dama errante de antaño: "Dispensa que te detenga; pero te veo salir de Buenavista... Traerás noticias frescas de ese pobre señor... ¿Cómo está? ¿Es cierto que ha mejorado de ayer á hoy?,"

"Tanto ha mejorado el General—replicó Ibero con propósito de limitar á lo preciso la contestación,—que creemos asegurada su vida...," Y la *ecuménica*, componiendo su rostro con guiños y muequecillas coquetiles, para que Santiago recordase los tiempos en que la llamaban *perita en dulce*, habló de esta manera: "Aunque no es santo de mi devoción, me alegro... Viviendo, tendrá espacio su alma para el arrepentimiento... Ya sé que hoy eres su amigo. No vienen esas amistades de muy atrás, porque este Prim pasaba por moderado y enemigo del Regente, cuando tú, Santiago Ibero, fusilaste al pobre Montesdeoca en la Florida de Vitoria...,"

Frunció el ceño Santiago y revistió su rostro de amargo desdén al oír el intempestivo recuerdo. Quiso dar por terminada la conversación, cuando se acercó la fantasma ó estantigua mayor, que había permanecido alejada de su compañera. La huesuda y feroz Domiciana, cabeza principal de la *triple Hécate*, metió su viperina palabra en el coloquio con estos lúgubres conceptos: “¿Y dice usted que está mejor? Lo siento, porque esa es la mejoría de la muerte. Al verle á usted pasar tan á prisa, creímos que iba en busca del confesor... No está bien que le detengamos... Vaya, vaya pronto, que si no trae en seguida al médico del alma, podría llegar tarde...”

XXXI

De mal talante se apartó Ibero de las malditas cornejas, y procurando olvidar los lúgubres vaticinios, fué corriendo á su casa, ganoso de llevar á la familia las felices nuevas. Sin tardanza volvió al Ministerio, y apenas entró en la alcoba donde el General yacía, pudo advertir en las caras de los amigos presentes que las impresiones lisonjeras habían cambiado en el corto tiempo de su ausencia. Había dejado al héroe incorporado en su lecho, y le encontraba rígidamente tendido en todo su largo, la cabeza

hundida en las almohadas. Habíale dejado parlero y casi jovial, y le encontraba con la cara intensamente terrosa, la mirada fija en el techo con atención incierta. No hizo el Coronel á los circunstantes pregunta alguna. Todos miraban al General, esperando que hablase. Al fin el héroe y mártir dejó caer de sus labios una vaga pregunta: "¿Qué hora es?," Contestáronle que habían dado las doce, y el silencio volvió á posesionarse de la triste y amarilla estancia.

Pasado un rato, la misma pregunta del General rasgó el silencio: "¿Qué hora es?," Le respondieron agregando á la cifra anterior lo que aumentado había el paso inexorable del tiempo... Ya no dudó nadie que en el cerebro del General se iniciaba la somnolencia que conduce al eterno dormir; y cuando por tercera vez dijo con mayor desmayo y terneza de la voz: "¿qué hora es?," el terror cundió por toda la casa. Síntomas tristísimos no tardaron en presentarse, y la Facultad acudió á ellos con remedios que sólo servían para disimular la inmensa gravedad. Aumentó la fiebre, y en el ardor de ella el General tuvo un momento lúcido para preguntar con voz entera si había llegado el Rey á Cartagena; y como le contestaran que sí, lanzó de su pecho un descomunal suspiro. Fué sin duda el delantero que abría paso para la salida del alma. Pasó un rato angustioso, hasta que la noticia que habían comunicado al hombre de la Revolución tuvo de boca de éste un fúnebre co-

mentario: *El Rey ha llegado, y yo... me muero.*

¡Triste síntesis de la vida de España en aquellos turbados años! ¡Tanta energía y acción tan formidable concluídas en un cruce irónico del triunfo y la muerte! Llevaron apresuradamente al doctor Sánchez Toca, que no hizo más que verle, y salió diciendo: "Me traen á ver un cadáver... Ya no hay nada que hacer...". Anocheció. Las últimas claridades de un día velado y lacrimoso se despidieron del aposento amari- llo en que acababa sus horas el que unió su nombre á la más amada idea del siglo: *Prim Libertad*. Lámparas nocturnas alumbraron la inmovilidad del moribundo y el dolor de los suyos. En su delirio, el héroe mismo se cantaba sus honras pronunciando á ratos con fuerte voz, á ratos con torpeza balbuciente, este salmo lastimero: "He salvado la Libertad... me muero... ¡Canallas!...".

El grande hombre arrastró sus instantes hasta las ocho y quince minutos, en que espiró. Su figura histórica era la puerta de los famosos *jamases*, la cual tapaba el hueco por donde habían salido seres é institutos condenados á no entrar mientras él viviera. Muerto Prim, quedó abierto el boquete, y por él se veían sombras lejanas que miraban medrosas, sin atreverse á dar un paso hacia acá. Era pronto para entrar; pero como quedaba franco el camino, ya les llegaría su ocasión. Aquel día, *30 de Diciembre*

de 1870, supo España que toda puerta es practicable cuando no hay un cuerpo bastante recio que la tape y asegure... Las devociones reaccionarias y frailunas rezaron por el muerto con esta dulce letanía: "Vivir para volver.,,

FIN DE ESPAÑA TRÁGICA

Madrid, Marzo de 1909.

EPISODIOS NACIONALES

QUINTA SERIE

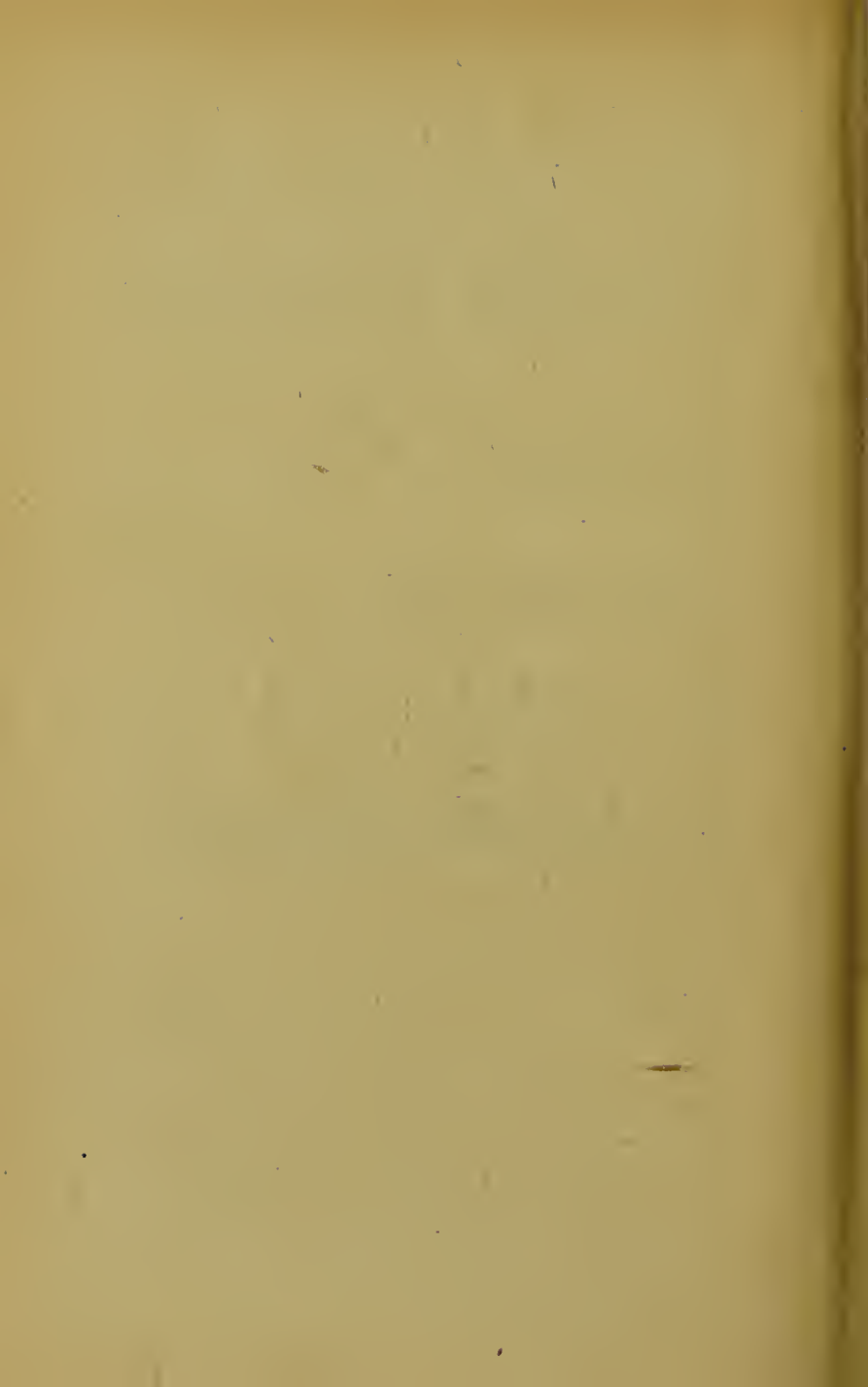
En 1910 aparecerán:

43

AMADEO I

44

LA PRIMERA REPÚBLICA



TRADUCCIONES

En inglés:

Doña Perfecta, a tale of modern Spain.

Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

Idem. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1885.

Idem. New-York, 1884.

Idem. Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1885.

Gloria. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

Idem. Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

León Roch. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

Marianela. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1885.

Idem. Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

Trafalgar. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

Zaragoza. Traducción de Minna Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

La batalla de los Arapiles. Traducción de Rollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

En francés:

Doña Perfecta. Traducción de L. Lugol. París, Giraud, 1885.

Idem id. id. París, Hachette.

La campaña del Maestrazgo (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L***. París, Calmann-Levy, Editeurs, 5, rue Auber.

Marianela. Traducción de Julien Lugol. París, Librairie des publications à 50 centimes, 54, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Idem. Traducción de A. Germond de Lavigne. París, Librairie Hachette et C^{ie}, 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

El amigo Manso. Traducción de Julien Lugol. París, Librairie Hachette et C^{ie}, 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

Misericordia. Traducción de Maurice Bixio. París, Librairie Hachette, 1900.

En alemán:

Doña Perfecta. Dos tomos, traducción

- de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.
- Electra*. Traducción de Rudolf Beer. Wiener Verlag, 1901.
- Idem*. Traducción de Rodolfo Beer, arreglada para la escena alemana por Ricardo Fellner. Berlín, 1901.
- Gloria*. Traducción del Dr. Augusto Hartmann. Berlín, Verlag von L. Schleiermacher, 1880.
- El amigo Manso* (Freund Manso). Traducción de E. von Buddenbrock. Berlín, Verlag von Karl Siegesmund, 1894.
- Trafalgar*. Traducción de Hans Parlow. Dresde y Leipzig, Verlag von Carl Reitzner, 1896.
- Marianela*. Traducción de E. Plücher. Breslau, Auterhaltungsblatt, 1888.

En sueco:

- Doña Perfecta*. Traducción de K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunds Förlag.
- León Roch*. Traducción de A. P. de la Cruz Frölich. Köpenhaun (Copenhague). Forlag. Andr. Schous, 1881.
- Torquemada en la hoguera* (Torquemada paa baalet). Traducción de Johanne Alleu. Cristianía y Copenhagen, Forlag A. Christiansens, 1898.

En italiano:

Nazarin (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

Gloria. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

Marianela. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturmo, 5, 1880.

La Fontana de Oro. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

Doña Perfecta. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

En holandés:

Doña Perfecta. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

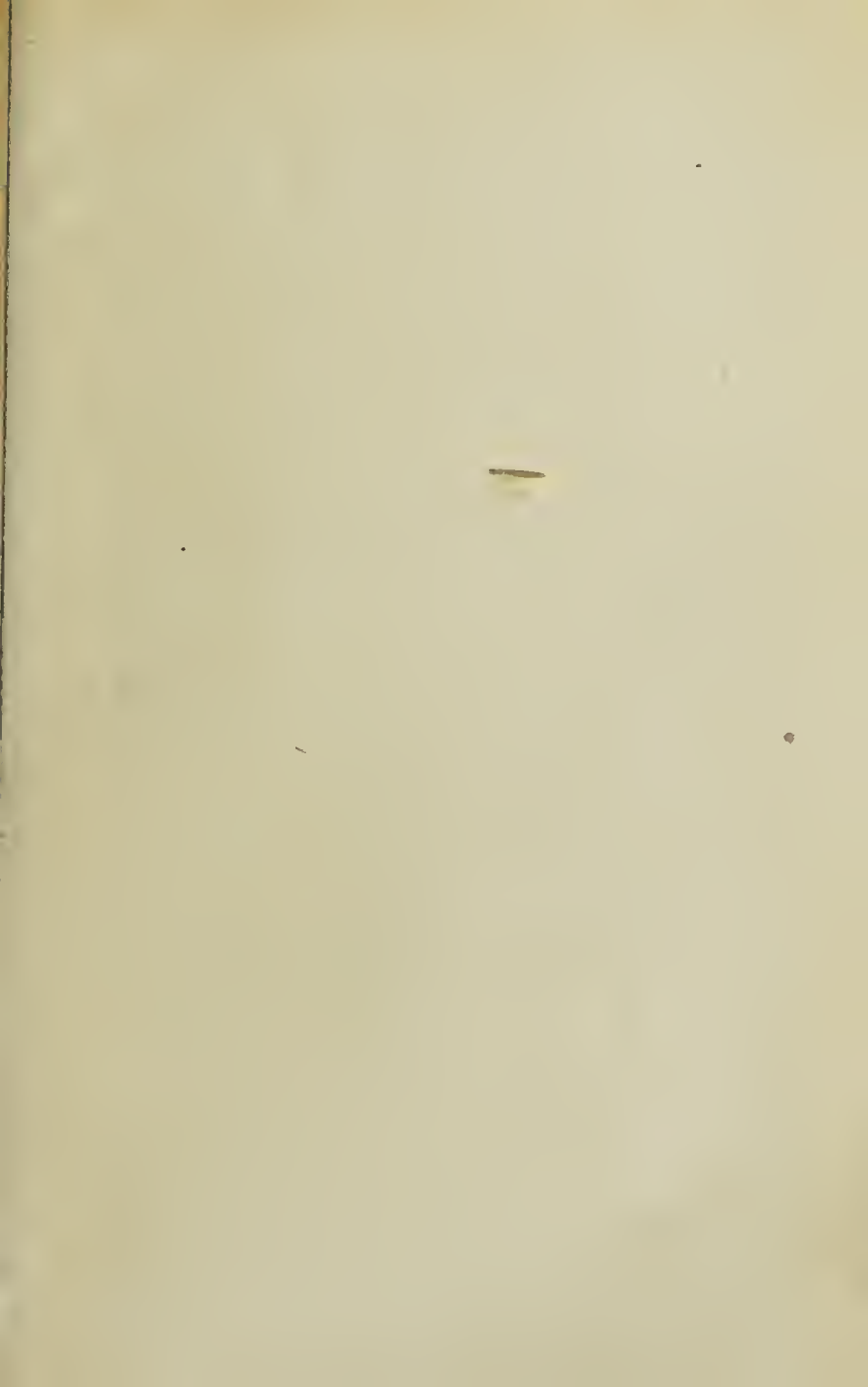
Electra. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

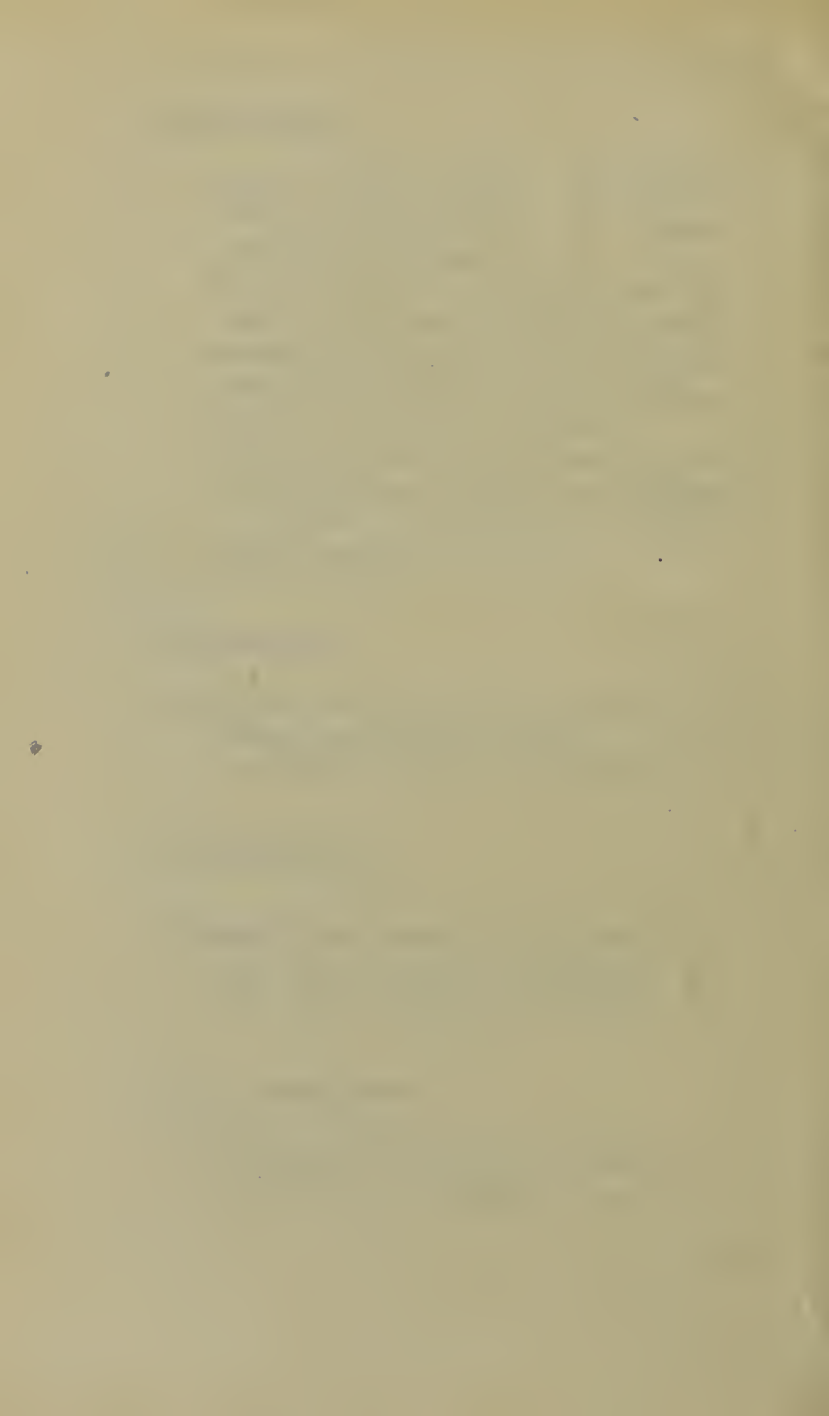
En portugueses:

Electra. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

En dinamarqués:

Fru Perfecta. Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.





CARR MCLEAN

38-297

TRENT UNIVERSITY



0 1164 0311601 9

